SAN IRENEO DE LYON

Contra las herejías

Adversus haereses

SABBATISMUS

San Ireneo de Lyon (c. 130–c. 202)
Adversus haereses · Contra las herejías

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Libro I

Prefacio

1. Puesto que algunos, rechazando la verdad, introducen palabras falsas y genealogías interminables, que más bien suscitan cuestiones, como dice el Apóstol, que la edificación de Dios que es en la fe (1 Tim 1,4); y con una verosimilitud astutamente ejercitada desvían el entendimiento de los menos experimentados y los llevan cautivos, falseando las palabras del Señor, hechos malos intérpretes de lo que fue bien dicho; y derrocan a muchos, apartándolos, so pretexto de conocimiento, de aquel que estableció y ordenó este universo, como si tuvieran que mostrar algo más alto y mayor que aquel que hizo el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos: persuasivamente, sí, atraen con el arte de las palabras a los más sencillos a su modo de indagar, pero malamente los pierden, en cuanto hacen blasfema e impía su mente contra el Fabricador, pues no son capaces de discernir lo falso de lo verdadero.

2. Porque el error no se muestra tal como es en sí mismo, para no ser descubierto al quedar desnudo; sino que, astutamente adornado con un revestimiento persuasivo, se presenta (es ridículo incluso decirlo) como más verdadero que la verdad misma, para engañar con su apariencia

exterior a los más rudos; como dijo de tales cosas uno mejor que nosotros: «La piedra preciosa, la esmeralda, de gran precio para algunos, es afrentada por el vidrio imitado con arte, mientras no esté presente quien pueda probarla y descubrir el artificio, con qué astucia fue hecho. Pues cuando el bronce ha sido mezclado con la plata, ¿quién, siendo inexperto, podrá probarlo fácilmente?» Por tanto, para que no sean arrebatados algunos por culpa nuestra, como ovejas por lobos, sin conocerlos a causa de su vestido exterior de piel de oveja, aquellos de quienes el Señor nos mandó guardarnos, que hablan como nosotros pero piensan de otro modo, he juzgado necesario, después de leer los comentarios de los discípulos, como ellos mismos dicen, de Valentín, y de haberme encontrado con algunos de ellos y haber captado su doctrina, darte a conocer, amadísimo, sus portentosísimos y altísimos misterios, que no todos contienen, porque no todos tienen cerebro; para que también tú, conociéndolos, los hagas manifiestos a todos los que están contigo, y les mandes guardarse de la profundidad de la insensatez y de la blasfemia contra Dios. Y en cuanto hay en nosotros poder, mostraremos breve y claramente la doctrina de los que ahora enseñan otra cosa, me refiero a los que rodean a Ptolomeo, que es como la florecilla de la escuela de Valentín, y daremos a otros ocasiones, según nuestra medianía, para derrocarla, mostrando que lo que ellos dicen ni se sostiene ni se ajusta a la verdad; nosotros, que ni estamos acostumbrados a escribir ni nos hemos dedicado al arte de las palabras:

pero el amor nos exhorta a darte a conocer a ti y a todos los que están contigo sus doctrinas, que hasta ahora estaban escondidas, pero ya, por la gracia de Dios, han salido a la luz. Pues nada hay cubierto que no haya de manifestarse, y nada escondido que no haya de conocerse (Mt 10,26).

3. No exigirás de nosotros, que vivimos entre los celtas y nos ocupamos casi siempre en una lengua bárbara, el arte de la oratoria, que no aprendimos, ni la fuerza de un escritor, que no hemos buscado, ni el ornato de las palabras, ni la persuasión, que no conocemos; sino que lo que con amor se te ha escrito, sencilla y verdadera y llanamente, lo recibirás con amor, y tú mismo lo harás crecer en ti, como más idóneo que nosotros, recibiéndolo de nosotros como simiente y principios; y en la amplitud de tu entendimiento harás fructificar abundantemente lo que en pocas palabras hemos dicho nosotros, y expondrás con poder a los que están contigo lo que débilmente ha sido referido por nosotros. Y así como nosotros nos hemos esforzado, porque desde hace tiempo buscabas conocer su doctrina, no solo en hacértela manifiesta, sino también en proporcionarte ayuda, para mostrar que es falsa; así también tú servirás eficazmente a los demás según la gracia que te ha sido dada por el Señor, para que los hombres ya no sean arrastrados por la persuasión de ellos, que es de esta clase.

CAPÍTULO 1

Lo que los discípulos de Valentín parloteaban sobre la génesis, el nombre, el orden y la prole

conyugal de sus Eones; y qué lugares de la Escritura adaptaban a sus artificios.

1. Dicen que hay en las alturas invisibles e inenarrables un Eón perfecto, que existía antes; a este lo llaman Proarche, y Propator, y Bythus; y que es invisible, y que nada puede contenerlo. Y como no era contenido por nadie, y era invisible, sempiterno e ingénito, dicen que estuvo en silencio y en gran quietud durante edades inmensas. Con él, dicen, estaba también Ennoia, a la que llaman también Charis y Sige; y en cierto momento este Bythus quiso emitir de sí mismo el principio de todas las cosas (y quiso que esta prolación fuese enviada delante como una simiente), y la depositó, como en una matriz, en la que estaba con él, Sige. Y dicen que ella recibió esta simiente y, quedando encinta, engendró a Nus, semejante e igual al que lo había emitido, y el único que contiene la grandeza del Padre. A este Nus lo llaman también el Unigénito, y Padre, y principio de todas las cosas. Juntamente con él, dicen, fue emitida Verdad; y este, dicen, es el primero y primogénito cuaternario pitagórico, al que llaman también raíz de todas las cosas. Pues están Bythus y Sige, luego Nus y Alethia. Y dicen que este Unigénito, percibiendo para qué había sido proferido, emitió también él a Logos y Zoe, padre de todos los que habían de venir después de él, y principio y formación de todo el Pleroma. Y de Logos y Zoe, dicen, fueron emitidos por emparejamiento Hombre e Iglesia; y este, dicen, es el octonario primogénito, raíz y sustancia de todas las cosas, nombrado entre ellos con cuatro nom-

bres: Bythus, y Nus, y Logos, y Anthropos. Pues dicen que cada uno de ellos es masculino-femenino, así: al principio Propator se unió en emparejamiento con su Ennoia, es decir, Pensamiento, a la que llaman Gracia y Silencio; el Unigénito, esto es, Nus, con Alethia, es decir, Verdad; Logos con Zoe, es decir, Vida; y Anthropos con Iglesia.

2. Dicen que estos Eones, emitidos para gloria del Padre, queriendo también ellos glorificar al Padre con algo propio, emitieron emisiones en emparejamiento: Logos y Zoe, después de que fueron emitidos Hombre e Iglesia, otros diez Eones, cuyos nombres dicen que son estos: Bythius y Mixis, Ageratos y Henosis, Autophyes y Hedone, Acinetos y Syncrasis, Monogenes y Macaria. Estos son los diez Eones que, según dicen, fueron emitidos de Logos y Zoe. Y dicen que también Anthropos emitió con Iglesia doce Eones, a los que dan estos nombres: Paracletus y Pistis, Patricos y Elpis, Metricos y Agape, Aenos y Synesis, Ecclesiasticus y Macariotes, Theletus y Sophia.

3. Estos son los treinta Eones de su error, de los que se guarda silencio y que no son conocidos. Este es, según ellos, el Pleroma invisible y espiritual, dividido en tres partes, en octonario, Década y Dodécada; y por esto dicen que el Salvador (pues no quieren llamarlo Señor) no hizo nada en público durante treinta años, mostrando el misterio de estos Eones. Y también en la parábola de los obreros que son enviados a la viña dicen que se declaran clarísimamente estos treinta Eones. Pues unos son enviados hacia la hora primera, otros hacia la tercera, otros hacia la sexta, otros

hacia la nona, otros hacia la undécima. Las horas mencionadas, pues, sumadas entre sí, completan el número treinta. Pues uno, y tres, y seis, y nueve, y once hacen treinta. Por las horas pretenden que se manifiestan los Eones; y que estos son los grandes, admirables y escondidos misterios que ellos mismos hacen fructificar; y así dondequiera que puedan adaptar y asimilar a su ficción algo de lo que se dice en las Escrituras.

CAPÍTULO 2

El primer Padre, conocido solo por el Unigénito. La emulación de Sophia, su turbación, su peligro y su parto informe. Es restituida por Horos. ¿Quién es Horos? Cristo y Espíritu Santo son emitidos para la consumación de los Eones. Jesús es producido de la contribución de los Eones.

1. Y dicen que su Propator es conocido solo por el que nació de él, Monogenes, esto es, Nus; y que para todos los demás es invisible e incomprensible. Solo Nus, según ellos, se deleitaba viendo al Padre, y exultaba contemplando su grandeza inmensa, y pensaba hacer partícipes también a los demás Eones de la grandeza del Padre: cuán grande y cuán magno era, y cómo era sin principio, e incontenible, e incomprensible a la vista. Pero Sige lo contuvo por voluntad del Padre, que quería llevarlos a todos a la idea y al deseo de la búsqueda de su Padre. Y todos los demás Eones deseaban en cierto modo calladamente ver al que profirió su simiente, y contemplar la raíz que es sin principio.

2. Pero se lanzó hacia adelante el Eón con mucho el último y más joven de la Dodécada que había sido emitida por Anthropos e Iglesia, esto es, Sophia; y padeció una pasión sin el abrazo de su consorte Theletus; pasión que había comenzado en los que rodean a Nus y Alethia, pero que se derivó a este Eón, es decir, a Sophia, que fue trastornada so pretexto, sí, de amor, pero en verdad de temeridad, porque no había estado en comunicación con el Padre perfecto, como Nus. Y dicen que la pasión era la búsqueda del Padre; pues quiso, como dicen, comprender su grandeza. Luego, dicen, como no podía, porque emprendía una cosa imposible, puesta en gran agonía a causa de la grandeza de la profundidad, y de lo inescrutable del Padre, y del amor que le tenía, mientras se extendía siempre hacia adelante, quizá habría sido al fin absorbida por su dulzura y disuelta en la sustancia universal, si no hubiera encontrado al Poder que afirma todas las cosas y las guarda fuera de la grandeza inenarrable. A este Poder lo llaman también Horos; por él, dicen, fue retenida y afirmada, y, vuelta a duras penas en sí y convencida ya de que el Padre es incomprensible, depuso su anterior intención, junto con la pasión que le había sobrevenido por aquella admiración llena de estupor.

3. Pero algunos de ellos narran esta pasión y el regreso de Sophia como una fábula: que, habiendo emprendido una cosa imposible e incomprensible, dio a luz una sustancia informe, cual era la naturaleza de la hembra dar a luz; y que, al fijar en ella la mirada, primero se entristeció

por lo inacabado de la generación; luego temió que esto mismo tuviera fin; después se espantó y quedó perpleja, es decir, confundida, buscando la causa, y el modo de esconder lo que había nacido. Y que, estando en estas pasiones, recibió una vuelta e intentó regresar al Padre; y que, habiéndose atrevido por algún tiempo, sin embargo desfalleció y se hizo suplicante del Padre. Y que juntamente con ella rogaron también los demás Eones, y sobre todo Nus. De aquí dicen que tuvo su primer principio la sustancia de la materia: de la ignorancia, y del tedio, y del temor, y del estupor.

4. Pero el Padre, dicen, además de esto, envía por medio de Monogenes al ya mencionado Horos, a su propia imagen, sin consorte, masculino--femenino. Pues pretenden que el Padre unas veces está con su consorte Sige, y otras hace las veces de varón y de hembra. A este Horos lo llaman también Stauros, y Lytrotes, y Carpistes, y Horothetes, y Metagogeus. Por medio de este Horos, dicen, Sophia fue purificada y afirmada, y restituida a su consorte. Pues, separada de ella la Intención, con la pasión adjunta, dicen que ella misma permaneció dentro del Pleroma; pero que su deseo, separado por Horos junto con la pasión, y crucificado, y puesto fuera de él, es ciertamente una sustancia espiritual, como un impulso natural de un Eón, pero informe y sin apariencia, porque no había aprehendido nada. Y por esto dicen que su fruto es débil y femenino.

5. Después de que esta fue separada fuera del Pleroma de los Eones, y su madre restituida a su

propio emparejamiento, dicen que Monogenes emitió de nuevo otro emparejamiento, según la providencia del Padre, Cristo y Espíritu Santo, por los cuales fueron consumados los Eones. Pues dicen que Cristo les enseñó la naturaleza del emparejamiento: que los que conocen la comprensión del No nacido son suficientes o idóneos; y que les declaró también el conocimiento del Padre: que es incontenible e incomprensible, y que no es posible ni verlo ni oírlo sino solo por medio de Monogenes. Y que la causa de la perduración eterna de todos ellos es lo incomprensible del Padre; y la de su generación y formación, lo comprensible de él, que es el Hijo. Y estas cosas las obró en ellos Cristo, que acababa de ser emitido.

6. Y el Espíritu Santo, habiéndolos igualado a todos, les enseñó a dar gracias, e introdujo el verdadero descanso. Y así, dicen, los Eones se hicieron semejantes en forma y en mente, y todos se hicieron Nus, y Logos, y todos Anthropos, y todos Cristo; y las hembras igualmente todas Alethia, y Zoe, y Espíritu, e Iglesia. Y que todas las cosas, afirmadas en esto y descansando perfectamente, cantan himnos, dicen, con gran gozo al Propator, que participa de una gran exultación. Y por este beneficio, dicen, todo el Pleroma de los Eones, con una sola voluntad y un solo parecer, consintiendo Cristo y Espíritu, aportando cada uno de los Eones lo que tenía en sí de mejor y más floreciente, hizo una contribución; y ajustando estas cosas con acierto y adaptándolas cuidadosamente en uno, emitieron un problema, en honor y gloria de Bythus, como una belleza perfectísima

y astro del Pleroma, el fruto perfecto, Jesús, que es llamado también Salvador, y Cristo, y Logos, patronímicamente, y Todo, porque provenía de todos. Y que con él fueron proferidos como acompañantes suyos, en honor de ellos, ángeles de la misma clase.

CAPÍTULO 3

¿De qué lugares de la sagrada Escritura se servían los herejes para sostener sus artificios?

1. Este es, pues, el asunto que se dice ocurrido dentro de su Pleroma: la calamidad del Eón que padeció y casi se perdió, como en mucha materia, a causa de la búsqueda del Padre; y la trabazón hexaeonia de Horos, y de su Cruz, y del Redentor, y de Carpistes, y de Horothetes, y de Metagogeus; y la postrera génesis de los Eones, la del primer Cristo con el Espíritu Santo, por obra de su Padre, por penitencia; y la fabricación compuesta del segundo Cristo, al que llaman Soter, a partir de la contribución. Dicen que estas cosas no fueron dichas abiertamente, porque no todos contienen su conocimiento; sino que fueron mostradas misteriosamente por el Salvador mediante parábolas a los que pueden entender. Así, dicen, los treinta Eones son significados por los treinta años, como dijimos antes, en los que dicen que el Salvador no hizo nada en público, y por la parábola de los obreros de la viña. Y dicen que Pablo nombra clarísimamente a los Eones muchísimas veces, e incluso guarda su orden, diciendo así: Por todas las generaciones del siglo de los siglos (Ef 3,21). Y que también nosotros mismos, en nuestras ac-

ciones de gracias, al decir «eones de los eones», significamos aquellos Eones; y dondequiera que se nombra eón o eones, pretenden que eso se refiere a ellos.

2. Y que la emisión de la Dodécada de los Eones fue significada porque el Señor, teniendo doce años, disputó con los doctores de la Ley, y por la elección de los apóstoles: pues eligió doce apóstoles. Y que los dieciocho Eones restantes se manifiestan en que, según dicen, después de la resurrección de entre los muertos convivió dieciocho meses con sus discípulos. Y también, dicen, por las dos letras que encabezan su nombre, Iota y Eta, se manifiestan significativamente los dieciocho Eones. Y los diez Eones igualmente dicen que son significados por la letra Iota, que encabeza su nombre. Y por esto, dicen, el Salvador dijo: Ni una iota ni un ápice pasará, hasta que todo suceda (Mt 5,18).

3. Y dicen que esta pasión que ocurrió en torno al duodécimo Eón es significada por la apostasía de Judas, que era el duodécimo de los apóstoles, y porque padeció en el duodécimo mes; pues pretenden que predicó un año después de su bautismo. Y además en la que padecía flujo de sangre dicen que esto se significa clarísimamente; pues ella, habiendo padecido doce años, fue sanada por la venida del Señor, al tocar la orla de su vestido; y por esto, dicen, el Salvador dijo: ¿Quién me ha tocado? (Mc 5,31), enseñando a los discípulos el misterio que había ocurrido entre los Eones, y la curación del Eón que padeció. Pues por aquella que padeció doce años se significa aquel Poder,

porque, como dicen, se extendía y su sustancia fluía hasta lo inmenso. Y si no hubiera tocado el vestido, esto es, el de aquel Hijo, la Verdad de la primera Tétrada, que se manifestó por la orla, se habría derramado, dicen, en toda su sustancia. Pero se detuvo y cesó de su pasión por el poder del Hijo que salió de él. Y pretenden que este es Horos, que la curó y separó de ella la pasión.

4. Y que el Salvador, procediendo de todos, es el Todo, dicen que se manifiesta por esta respuesta: Todo varón que abre la matriz (Ex 13,2; Lc 2,23). Él, siendo todas las cosas, abrió la matriz de la Excogitación del Eón que padeció, separada esta fuera del Pleroma, a la que llaman también la segunda Ogdóada, de la que hablaremos un poco después. Y dicen que también por Pablo fue dicho claramente por esto: Y él es todas las cosas (Col 3,11). Y otra vez: Todas las cosas son para él, y de él son todas las cosas (Rom 11,36). Y otra vez: En él habita toda la plenitud de la divinidad (Col 2,9). Y aquello: Que todas las cosas han sido recapituladas en Cristo por Dios (Ef 1,10). Así interpretan estos dichos, y cualesquiera otros semejantes.

5. Además, acerca de su Horos (al que llaman con muchísimos nombres), muestran que tiene dos operaciones, una que afirma y otra que separa: y que en cuanto afirma y consolida es Cruz; en cuanto divide, Horos. Y que el Salvador mostró así sus operaciones: primero la que afirma, donde dice: El que no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo (Lc 14,27). Y otra vez: Tomando la cruz, sígueme (Mc 10,21). Y la que separa, donde dice: No he venido a traer la paz, sino la espada

(Mt 10,34). Y dicen que Juan mostró esto mismo, diciendo: El bieldo está en su mano, para limpiar la era, y recogerá el trigo en su granero, pero la paja la quemará en un fuego inextinguible (Lc 3,17); y que por esto significó la operación de Horos. Pues aquel bieldo lo interpretan como la cruz, que consume todas las cosas materiales como el fuego la paja, pero limpia a los que se salvan como el bieldo el trigo. Y dicen que también el apóstol Pablo recuerda esta cruz, así: Pues la palabra de la cruz es necedad para los que se pierden; pero para los que se salvan, poder de Dios (1 Cor 1,18). Y otra vez: Pero lejos de mí gloriarme en cosa alguna, sino en la cruz de Cristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo (Gál 6,14).

6. Tales son, pues, las cosas que dicen de su Pleroma y de la fabulación de todas las cosas, deseosos de adaptar lo que fue bien dicho a lo que ellos han inventado malamente. Y no solo intentan hacer demostraciones a partir de los escritos evangélicos y apostólicos, torciendo las interpretaciones y adulterando las exposiciones; sino también a partir de la Ley y los Profetas: como se han dicho muchas parábolas y alegorías, y lo ambiguo puede llevarse a muchos sentidos, adaptándolo con su exposición, con más presteza y con dolo, a su ficción, llevan cautivos lejos de la verdad a los que no conservan una fe firme en un solo Dios, Padre omnipotente, y en un solo Jesucristo, Hijo de Dios.

CAPÍTULO 4

Cómo pretendían los herejes que fue formada la Madre Achamoth. Fingían que este mundo visible nació de sus turbaciones.

1. Y las cosas que, según ellos, están fuera del Pleroma son de esta clase: dicen que la Enthymesis de aquella Sophia superior, a la que llaman también Achamoth, separada del Pleroma superior junto con la pasión, se derramó hirviendo por necesidad en lugares de sombra y de vaciedad; pues quedó fuera de la luz y fuera del Pleroma, informe y sin apariencia, como un aborto, porque no había aprehendido nada. Y que el Cristo superior, compadecido de ella y extendido a través de la Cruz, le dio con su propio poder una forma, que era según la sustancia solamente, pero no según el conocimiento; y que, hecho esto, se volvió apresuradamente, retirando su poder, y la dejó; para que, sintiendo la pasión que la afectaba por la separación del Pleroma, deseara las cosas mejores, teniendo algún olor de inmortalidad dejado en ella por Cristo y Espíritu Santo. Por lo cual, dicen, también ella es llamada con dos nombres: Sophia, por su padre (pues su padre se llama Sophia), y Espíritu Santo, por el Espíritu que está en torno a Cristo. Y que, formada y vuelta sensible, pero vaciada en seguida del que estaba invisiblemente con ella, el Verbo, esto es, Cristo, salió en busca de aquella luz que la había abandonado; y no pudo aprehenderla, porque era contenida por Horos. Y que así Horos, conteniéndola para que no se precipitara más adelante, dijo «Iao»: de donde dicen que se originó el nombre de Iao. Como no podía atravesar a Horos, porque

se había enredado en la pasión y había quedado sola fuera, sucumbió, dicen, a cada parte de la pasión, que era múltiple y variada: padeció tristeza, porque no había aprehendido; temor, de que, como la había dejado la luz, así la dejara también la vida; y además consternación; y todo ello en la ignorancia. Y no experimentó en sus pasiones, como su madre, la primera Sophia, que era Eón, un cambio, sino una contrariedad. Además de esto, dicen que le sobrevino también otra afección, la de la conversión hacia el que le había dado vida.

2. Dicen que esto fue el conjunto y la sustancia de la materia, de la que consta este mundo. Pues de la conversión, dicen, tomó su génesis toda alma del mundo y del Demiurgo; y del temor y la tristeza tuvieron su principio las demás cosas. Pues de sus lágrimas, dicen, se hizo toda la sustancia húmeda, y de su risa la luminosa; y de la tristeza y el pavor, los elementos corporales del mundo. Pues unas veces lloraba y estaba triste, como dicen, porque había quedado sola en las tinieblas y en el vacío; otras, viniéndole al pensamiento la luz que la había abandonado, se dilataba y reía; otras, en cambio, temía; otras se consternaba y padecía éxtasis.

3. Y en efecto hay aquí ya mucha tragedia, y la fantasía de cada uno de ellos, que expone gravemente, uno de un modo y otro de otro, de qué pasión y de qué elemento tomó su generación la sustancia. Y con razón, me parece, no quieren enseñar estas cosas abiertamente a todos, sino solo a aquellos que también pueden pagar grandes honorarios por tales misterios. Pues ya no dicen

cosas semejantes a aquellas de las que dijo nuestro Señor: Gratuitamente recibisteis, dad gratuitamente (Mt 10,8); sino misterios apartados, y portentosos, y profundos, rebuscados con gran trabajo por los engañadores. Pues ¿quién no gastaría todo lo que tiene para aprender que de las lágrimas de Enthymesis, que procede de la pasión del Eón, tomaron su generación los mares, y las fuentes, y los ríos, y toda la materia húmeda; de su risa, la luz; y de su pavor e inestabilidad, los elementos corporales del mundo?

4. Quiero también yo aportar algo a su fructificación. Pues como veo que algunas aguas son dulces, como las fuentes, y los ríos, y las lluvias, y otras tales; y que las que están en el mar son saladas, descubro que no todas fueron emitidas de sus lágrimas, porque las lágrimas son saladas por su cualidad. Es manifiesto, pues, que estas aguas saladas proceden de las lágrimas. Pero opino que ella, puesta en agonía y en gran inestabilidad, también sudó. De donde, según su propia argumentación, hay que suponer que las fuentes y los ríos, y si hay otras aguas dulces, tuvieron su generación de sus sudores. Pues no es persuasivo que, siendo las lágrimas de una sola cualidad, salieran de ellas unas aguas saladas y otras dulces. Esto es más persuasivo: que unas proceden de las lágrimas, y otras de los sudores. Y como también hay en el mundo algunas aguas calientes y ásperas, debes entender qué estaba haciendo y de qué miembro las emitió. Pues frutos de esta clase son apropiados para su argumento.

5. Cuando, pues, su Madre hubo recorrido toda pasión y a duras penas se hubo levantado, se volvió, dicen, a suplicar a aquella luz que la había abandonado, esto es, a Cristo; el cual, habiendo regresado al Pleroma, tuvo él mismo, según se da a entender, pereza de descender por segunda vez, pero le envió el Paráclito, esto es, el Salvador, dándole el Padre todo poder y entregándole todas las cosas bajo su potestad, y los Eones igualmente, para que en él fuesen creadas todas las cosas, visibles e invisibles, tronos, divinidades, dominaciones (Col 1,16). Y es enviado a ella con sus ángeles coetáneos. Y dicen que esta Achamoth, sobrecogida de reverencia ante él, primero se puso una cobertura por respeto; pero después, cuando lo vio con toda su fructificación, corrió hacia él, recibiendo poder de su vista. Y que él le dio la formación que es según el conocimiento, e hizo la curación de sus pasiones, separándolas de ella, y no las descuidó. Pues no era posible que fueran aniquiladas, como las de la primera, porque ya eran habituales y poderosas; sino que, dicen, apartándolas, las mezcló y las coaguló por separado, y las trasladó de una pasión incorpórea a una materia incorpórea; y así puso en ellas aptitud y naturaleza para que vinieran a compuestos y cuerpos, de modo que se hicieran dos sustancias, una mala, procedente de las pasiones, y otra, la de la conversión, pasible: y por esto dicen que el Salvador fabricó en potencia. Y enseñan que esta Achamoth, puesta fuera de la pasión, concibió por el gozo la visión de las luces que están con él, es decir, de los ángeles que estaban con él, y que,

deleitada en su contemplación, dio a luz frutos según la imagen de él, un parto espiritual hecho según la semejanza de los acompañantes del Salvador.

CAPÍTULO 5

Es formado el Demiurgo. ¿Quién es y cómo es? Él es el creador de todo lo demás que está fuera del Pleroma.

1. Subsistiendo, pues, estas tres cosas, según ellos, una procedente de la pasión, que era la materia, otra de la conversión, que era lo animal, y otra que ella dio a luz, que es lo espiritual, así se volvió ella a la formación de ellas. Pero dicen que lo espiritual no pudo formarlo, porque era de su misma sustancia. Y que, vuelta a la formación de la sustancia animal, que se había hecho de su conversión, emitió también las enseñanzas procedentes del Salvador. Y dicen que primero formó de la sustancia animal a Dios Padre y Salvador, y rey de todas las cosas de su misma sustancia, es decir, de las animales, que llaman de la derecha, y de las que proceden de la pasión y de la materia, que llaman de la izquierda. Pues dicen que formó las cosas que vienen después de él, movido ocultamente por su madre. De donde lo llaman Metropator, y Apator, y Demiurgo, y Padre: llamándolo Padre de los de la derecha, es decir, de los psíquicos; y Demiurgo de los de la izquierda, es decir, de los hílicos; y rey de todos. Pues dicen que esta Enthymesis, queriendo hacer todas las cosas en honor de los Eones, hizo imágenes de ellos, o más bien el Salvador por medio

de ella. Y que ella misma se conservó en imagen del Padre invisible, desconocida por el Demiurgo; él, en la del Hijo unigénito; y los ángeles y arcángeles hechos por él, en la de los demás Eones.

2. Dicen, pues, que fue hecho Padre y Dios de las cosas que están fuera del Pleroma, y que es el fabricador de todas las cosas psíquicas e hílicas. Pues, dicen, separando las dos sustancias confundidas, y haciendo de las incorpóreas las corporales, fabricó las cosas celestes y terrenas, y fue hecho fabricador de las hílicas y las psíquicas, de las de la derecha y las de la izquierda, de las ligeras y las pesadas, de las que vuelan hacia arriba y de las que se inclinan hacia abajo; e hizo también siete cielos, sobre los cuales dicen que está el Demiurgo. Y por esto lo llaman Hebdómada, y a la Madre Achamoth, Ogdóada, pues guarda el número de la Ogdóada primogénita y primera del Pleroma. Y los siete cielos, que dicen que son intelectuales, los tienen por ángeles; y al Demiurgo mismo también por ángel, pero semejante a Dios; como también dicen que el paraíso, que está sobre el tercer cielo, es en poder un cuarto arcángel, y que de él recibió algo Adán mientras vivió en él.

3. Dicen que el Demiurgo pensaba que había fabricado del todo por sí mismo estas cosas; pero que las hizo Achamoth. Pues hizo el cielo sin conocer el cielo, y plasmó al hombre sin conocer al hombre, y mostró la tierra sin saber de la tierra; y en todo, dicen, ignoró así las figuras de las cosas que hacía, y a la madre misma, y pensó que él mismo era todas las cosas. Y dicen que la causa de tal opinión fue para él su madre, que quiso

producirlo así: cabeza y principio de su propia sustancia, y señor de toda la operación. A esta Madre la llaman también Ogdóada, y Sophia, y Tierra, y Jerusalén, y Espíritu Santo, y Señor, en masculino. Y que ocupa el lugar del Medio, y está sobre el Demiurgo, pero debajo, o fuera, del Pleroma, hasta el fin.

4. Pues como dicen que la sustancia material consta de tres pasiones, temor, y tristeza, y aporía: del temor y de la conversión recibieron su subsistencia las cosas animales; de la conversión pretenden que tuvo su génesis el Demiurgo; y del temor, toda la restante sustancia animal, la de los animales mudos y la de los hombres. Y por esto, dicen, él, siendo superior, conoce de antemano las cosas espirituales, y pensó que era el único Dios, y dijo por medio de los profetas: Yo soy Dios, y fuera de mí no hay nadie (Is 45,5; 46,9). De la tristeza enseñan que fueron hechas las cosas espirituales de la malicia: de donde tuvo su génesis también el diablo (al que llaman también Cosmocrator), y los demonios, y toda la sustancia espiritual de la malicia. Pero dicen que el Demiurgo es hijo psíquico de su madre, y el Cosmocrator, criatura del Demiurgo: y que el Cosmocrator entiende las cosas que están sobre él, porque es una malicia espiritual; pero el Demiurgo las ignora, por ser animal. Y que su Madre habita en el que es el lugar celeste, esto es, en el Medio; el Demiurgo, en el lugar que está en el cielo, esto es, en la Hebdómada; y el Cosmocrator, en el mundo que es el nuestro. Y que del espanto y de la aporía, como de lo más vesánico, fueron hechos, como dijimos

antes, los elementos corporales del mundo: la tierra según la inmovilidad del espanto, el agua según el movimiento del temor, el aire según la fijeza de la tristeza; y enseñan que el fuego está en todos ellos como muerte y corrupción, como también la ignorancia está escondida en las tres pasiones.

5. Habiendo fabricado, pues, el mundo, hizo también al hombre coico, tomándolo no de esta tierra seca, sino de una sustancia invisible, y de una materia derramable y fluida; y en este, establecen, insufló al psíquico. Y que este fue hecho según la imagen y semejanza: según la imagen, el hílico, próximo ciertamente, pero no de la misma sustancia que Dios; según la semejanza, el psíquico; de donde también su sustancia fue llamada espíritu de vida, por proceder de una efluxión espiritual. Después dicen que se le puso alrededor la túnica de piel: y pretenden que esta es la carne sensible.

6. Y el parto de su Madre, que es Achamoth, que ella engendró según la contemplación de los ángeles que rodean al Salvador, siendo de la misma sustancia que su madre, espiritual, dicen que también el Demiurgo lo ignoró; y que fue depositado ocultamente en él, sin que él lo supiera, para que, sembrado por medio de él en el alma que procedía de él, y en este cuerpo material, llevado en ellos como en un útero y engrandecido, llegara a estar preparado para recibir la razón perfecta. Así, pues, como dicen, el hombre espiritual, sembrado por Sophia juntamente con su insuflación, pasó inadvertido al Demiurgo, por un poder y

una providencia inenarrables. Pues como ignoró a su madre, así también a su simiente. Y dicen que esto mismo es la Iglesia, copia de la Iglesia superior: y pretenden que este es el hombre que hay en ellos mismos, de modo que tienen el alma del Demiurgo, el cuerpo del limo, lo carnal de la materia, y el hombre espiritual de la madre Achamoth.

CAPÍTULO 6

El hombre triple de los herejes. Decían que las buenas obras eran inútiles para ellos y necesarias solo a los católicos. Creían que ninguna infamia podía mancharlos. Sus costumbres perdidas.

1. Siendo, pues, tres las cosas, dicen que lo material (que llaman también izquierdo) perece por necesidad, porque no puede recibir ningún soplo de incorrupción; que lo animal (que llaman también derecho), siendo intermedio entre lo espiritual y lo material, va a parar allí adonde se incline; y que lo espiritual fue emitido para que, unido aquí a lo animal, fuese formado, instruido juntamente con él en el modo de vida. Y dicen que esto es la sal y la luz del mundo (Mt 5,13-14). Pues lo animal tenía necesidad de enseñanzas sensibles. Por esta causa dicen que fue fabricado el mundo, y que el Salvador vino a lo animal para esto, porque es de su propia potestad, para salvarlo. Pues dicen que tomó las primicias de aquellos a quienes iba a salvar: de Achamoth, lo espiritual; del Demiurgo se revistió del Cristo psíquico (es decir, animal); y de la disposición, un cuerpo puesto en torno a él, que tenía sustancia

animal, pero preparado con arte inenarrable para que se hiciera visible, y palpable, y pasible. Y de lo hílico no tomó nada en absoluto: pues dicen que lo hílico no es capaz de salvación. Y que la consumación sobrevendrá cuando todo lo espiritual haya sido formado y perfeccionado en la ciencia, esto es, los hombres que tienen el conocimiento perfecto de Dios, y los que han sido iniciados por Achamoth en los misterios; y dicen que estos son ellos mismos.

2. Y son instruidas las cosas psíquicas (es decir, animales), los hombres psíquicos (es decir, animales), que se afirman por la acción y la fe desnuda, y no tienen el conocimiento perfecto. Y dicen que estos somos nosotros, los que somos de la Iglesia. Por lo cual responden que para nosotros es necesario el buen modo de vida; pues de otro modo, dicen, es imposible salvarse. Pero dicen que ellos mismos se salvan de todos modos, no por la acción, sino por ser espirituales por naturaleza. Pues así como es imposible que lo coico reciba la salvación (pues dicen que no es capaz de salvación), así a su vez, dicen, es imposible que lo espiritual (que pretenden ser ellos mismos) reciba corrupción, cualesquiera que sean las acciones en que se hayan hallado. Pues como el oro depositado en el fango no pierde su belleza, sino que guarda su naturaleza, porque el fango no puede dañar en nada al oro, así también dicen de sí mismos que, en cualesquiera obras materiales que estén, ellos mismos no sufren daño alguno ni pierden la sustancia espiritual.

3. Por lo cual los que son perfectos entre ellos hacen sin temor todas las cosas que están prohibidas, de las cuales afirman las Escrituras que los que las hacen no heredarán el reino de Dios (Gál 5,21). Pues comen indiferentemente lo sacrificado a los ídolos, pensando que no se contaminan en nada por ello, y son los primeros en acudir a toda fiesta de los paganos celebrada por placer en honor de los ídolos; de modo que no se abstienen ni siquiera de lo que es odioso a Dios y a los hombres, el espectáculo homicida de los combates de gladiadores. Y algunos, entregándose insaciablemente a los placeres de la carne, dicen que se dan las cosas carnales a lo carnal y las espirituales a lo espiritual. Y algunos de ellos corrompen a escondidas a las mujeres que aprenden de ellos esta doctrina; como muchas mujeres, a menudo persuadidas por ellos y convertidas después a la Iglesia de Dios, lo han confesado también junto con el resto de su error. Otros, en cambio, abiertamente y sin sonrojarse siquiera, apartaron de sus maridos a cualesquiera mujeres de las que se enamoraron, y las hicieron sus esposas. Otros, en fin, muy recatadamente al principio, fingiendo vivir con ellas como con hermanas, fueron descubiertos con el paso del tiempo, cuando la hermana quedó encinta del hermano.

4. Y haciendo otras muchas cosas odiosas e irreligiosas, a nosotros, que por el temor de Dios tememos pecar incluso en nuestras mentes y palabras, nos reprochan como a iletrados que no saben nada; y se ensalzan a sí mismos, llamándose perfectos y simientes de la elección. Pues dicen

que nosotros recibimos la gracia en préstamo, y por eso se nos quita; pero que ellos la poseen como propia, teniendo la gracia que desciende de arriba, de la sicigia inenarrable e innombrable, y que por eso se les añade. Por lo cual, dicen, es necesario que ellos ejerciten siempre de todos modos el misterio de la sicigia. Y persuaden de esto a los insensatos, diciendo con estas palabras: «Todo el que está en el siglo y no ama a una esposa para unirse a ella, no es de la verdad y no pasará a la verdad. Pero el que es del siglo y se ha mezclado con una mujer no pasa a la verdad, porque se ha mezclado con una mujer en concupiscencia». Por lo cual para nosotros, a quienes llaman psíquicos y dicen que somos del siglo, son necesarias, dicen, la continencia y la buena acción, para que por ella lleguemos al lugar del Medio; pero para ellos, llamados espirituales y perfectos, de ningún modo. Pues no es la acción, dicen, la que introduce en el Pleroma, sino la simiente, que fue emitida de allí pequeñita, pero aquí se hace perfecta.

CAPÍTULO 7

Que, consumada toda la simiente, la Madre Achamoth pasará con los hombres espirituales al Pleroma; el Demiurgo, con los hombres animales, al lugar del Medio; y el hombre coico irá a la corrupción. La materia ha de ser consumida por el fuego. Blasfemia contra la verdadera Encarnación de Cristo de la bienaventurada Virgen. División de las profecías, y su origen. La supina ignorancia del Demiurgo.

1. Y cuando toda la simiente haya sido perfeccionada, dicen que su Madre Achamoth pasa del lugar del Medio y entra dentro del Pleroma, y recibe a su esposo, el Salvador, que fue hecho de todos, para que se haga la sicigia del Salvador y de Sophia, que es Achamoth. Y que esto es el esposo y la esposa; y el Nymphon, todo el Pleroma. Y que los espirituales, despojados de sus almas y hechos espíritus intelectuales, entrando dentro del Pleroma de modo inaprensible e invisible, son dados como esposas a los ángeles que rodean al Salvador. Y que el Demiurgo pasa también él al lugar de su madre Sophia, esto es, al Medio. Y que también las almas de los justos se refrescan en el lugar del Medio. Pues nada psíquico, dicen, pasa dentro del Pleroma. Y, hechas así estas cosas, el fuego que está escondido en el mundo, ardiendo y apoderándose de toda la materia, la consume, y dicen que él mismo, consumido juntamente con ella, desaparece hasta no existir ya. Y muestran que el Demiurgo no conoció nada de esto antes de la venida del Salvador.

2. Hay algunos que dicen que él emitió también a Cristo, su Hijo, pero animal; y que de este habló por medio de los profetas. Y que este es el que pasó a través de María como el agua pasa a través de un tubo; y que sobre él descendió en el bautismo aquel que provenía del Pleroma, de todos, el Salvador, en figura de paloma; y que hubo en él también lo que procede de Achamoth, la simiente espiritual. Dicen, pues, que nuestro Señor estaba compuesto de estos cuatro, guardando el tipo del primogénito y

primer cuaternario: de lo espiritual, que provenía de Achamoth; y de lo animal, que provenía del Demiurgo; y de la disposición, que había sido hecho con arte inenarrable; y del Salvador, que era aquella paloma que descendió sobre él. Y que este permaneció impasible (pues no era posible que padeciera, siendo incomprensible e invisible); y que por esto fue quitado, cuando era llevado ante Pilato, aquel que había sido depositado en él, el espíritu de Cristo. Pero dicen que ni siquiera la simiente que provenía de la madre padeció. Pues también aquella era impasible, por ser espiritual, e invisible incluso para el Demiurgo mismo. Pero padeció, según ellos, el Cristo animal, y aquel que fue fabricado de la disposición en misterio, para que por medio de él la madre mostrara el tipo del Cristo superior, de aquel que fue extendido en la Cruz y formó a Achamoth con la formación según la sustancia: pues dicen que todas estas cosas son copias de aquellas.

3. Y dicen que las almas que tuvieron la simiente que procede de Achamoth fueron mejores que las demás; y que por eso fueron más amadas por el Demiurgo, que no conocía la causa, sino que pensaba que eran tales por él mismo. Por lo cual, dicen, las distribuía entre los profetas, y los sacerdotes, y los reyes. Y exponen muchas cosas dichas por medio de los profetas acerca de esta simiente, puesto que era de naturaleza más alta. Y dicen que también la madre dijo muchas cosas acerca de las cosas superiores; pero por medio de él, y por medio de las almas hechas por él. Y luego dividen las profecías, enseñando que una parte

fue dicha por la madre, otra por la simiente, y otra por el Demiurgo mismo; y que asimismo Jesús dijo una parte [por medio del] Salvador, otra por la madre, otra por el Demiurgo, como mostraremos al avanzar nuestro discurso.

4. Y que el Demiurgo, como ignoraba las cosas que estaban por encima de él, se conmovía ciertamente con lo que se decía, pero lo despreciaba, atribuyéndolo a una causa u otra distinta del espíritu que profetiza (que tiene también él algún movimiento propio), o al hombre, o a la confusión de los peores; y que así permaneció ignorante hasta la venida del Salvador. Y que, venido el Salvador, aprendió de él todas las cosas, y se pasó gozosamente a él con todo su poder; y que él es aquel centurión del Evangelio que dice al Salvador: Pues también yo tengo bajo mi potestad soldados y siervos, y lo que mando, lo hacen (Mt 8,9; Lc 7,8). Y que llevará a término la creación del mundo que le corresponde, hasta el tiempo debido, sobre todo por su diligencia y cuidado de la Iglesia, y por el conocimiento del premio preparado: que pasará al lugar de la madre.

5. Dicen que hay tres géneros de hombres, el espiritual, el psíquico, el coico, como fueron Caín, Abel, Set; para mostrar también a partir de ellos las tres naturalezas, ya no en cada individuo, sino en el género. Y que el coico va a la corrupción; el animal, si elige lo mejor, se refrescará en el lugar del Medio; pero si lo peor, pasará también él a lo semejante. Y lo espiritual lo siembra Achamoth desde aquel tiempo hasta ahora; por

lo cual también las almas serán instruidas aquí; y las simientes, nutridas, porque son emitidas pequeñitas, y tenidas después por dignas de la perfección, responden que son dadas como esposas a los ángeles del Salvador, mientras sus almas se refrescarán necesariamente en el Medio con el Demiurgo para siempre. Y subdividiendo a su vez las almas mismas, dicen que unas son buenas por naturaleza y otras malas por naturaleza. Y que las buenas son estas, que se hacen capaces de la simiente; pero las otras, malvadas por naturaleza, nunca contienen aquella simiente.

CAPÍTULO 8

Cómo torcían los valentinianos las Escrituras hacia lo que impíamente fingían.

1. Siendo, pues, tal su argumento, que ni los profetas predicaron, ni el Señor enseñó, ni los apóstoles transmitieron, y del cual se glorían de haberlo conocido más abundantemente que los demás, leyendo de cosas que no están escritas, y, como suele decirse, empeñándose en trenzar cuerdas de arena, intentan ajustar de modo digno de fe a lo que fue dicho ya las parábolas del Señor, ya los dichos proféticos o las palabras apostólicas, para que su ficción no parezca carecer de testigo; sobrepasando el orden y el tejido de las Escrituras, y, en cuanto está en ellos, disolviendo los miembros de la verdad. Y trasladan y transforman, y, haciendo una cosa de otra, seducen a muchos con lo que ajustan, tomado de los oráculos del Señor, a su fantasma mal compuesto. Como si alguien, tomando una hermosa

imagen de un rey, fabricada cuidadosamente con gemas preciosas por un sabio artífice, deshiciera la figura de hombre que está debajo, trasladara aquellas gemas y, recomponiéndolas, hiciera con ellas la forma de un perro o de una zorra, y esta mal dispuesta; y luego afirmara y dijera que esta es aquella hermosa imagen del rey que fabricó el sabio artífice, mostrando las gemas, que habían sido bien compuestas por el primer artífice en la imagen del rey, pero mal trasladadas por el posterior a la figura de un perro; y con la apariencia de las gemas engañara a los iletrados, que no tienen comprensión de la forma del rey, y los persuadiera de que esta fea figura de zorra es aquella hermosa imagen del rey: del mismo modo también estos, cosiendo fábulas de viejas, y arrancando luego de aquí y de allá palabras, y dichos, y parábolas, quieren adaptar a sus fábulas los oráculos de Dios. Y cuánto ajustan a los que están dentro del Pleroma, ya lo hemos dicho.

2. Y lo que, acerca de los que están fuera de su Pleroma, intentan inculcar a los suyos a partir de las Escrituras es de esta clase: dicen que el Señor vino a la pasión en los últimos tiempos del mundo para mostrar la pasión que ocurrió en torno al último de los Eones, y para manifestar por su fin el fin de la disposición que concierne a los Eones. Y narran que aquella virgen de doce años, la hija del jefe de la sinagoga, a la que el Señor, inclinado sobre ella, libró de entre los muertos, es tipo de Achamoth, a la que su Cristo, extendido, configuró y llevó a la percepción de la luz que la había abandonado. Y que el Salvador se le mani-

festó a ella, que estaba fuera del Pleroma, como en un parto abortivo, dicen que lo dijo Pablo en la primera Epístola a los Corintios: Y por último, como a un abortivo, se me apareció también a mí (1 Cor 15,8). Y que la venida del Salvador con sus coetáneos a Achamoth la manifestó igualmente en la misma Epístola, diciendo: Que la mujer debe tener un velo sobre la cabeza, a causa de los ángeles (1 Cor 11,10). Y que, al venir el Salvador a ella, Achamoth se puso un velo sobre el rostro por pudor. Y dicen que el Señor significó las pasiones que ella padeció (en esto, a saber, que fue abandonada por la luz) cuando dice en la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt 27,46); que con esto manifestó que Sophia fue abandonada por la luz, y fue impedida por Horos de lanzarse hacia adelante. Y su tedio, en que dijo: ¡Qué triste está mi alma! (Mt 26,38) Y su temor, en que dijo: Padre, si es posible, pase de mí el cáliz (Mt 26,39). Y su aporía (es decir, consternación) igualmente, en que dijo: Y qué diré, no lo sé (Jn 12,27).

3. Y enseñan que mostró los tres géneros de hombres: el hílico, en lo que respondió al que le decía: ¿Te seguiré? El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza (Lc 9,57-58). Y el animal, en lo que dijo al que le decía: Te seguiré, pero permíteme ir a despedirme de los de mi casa: Nadie que pone la mano sobre el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de los cielos (Lc 9,61-62). Y dicen que este es de los intermedios. Y asimismo aquel que confesaba haber cumplido muchas partes de la justicia, pero luego no quiso

seguirle, sino que, vencido por las riquezas, no llegó a ser perfecto, pretenden que también este fue del género psíquico. Y el espiritual, en que dice: Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú, en cambio, ve y anuncia el reino de Dios (Lc 9,60); y diciendo a Zaqueo el publicano: Baja deprisa, porque hoy debo quedarme en tu casa (Lc 19,5). Y dicen que la parábola de la levadura, que se dice que una mujer escondió en tres medidas de harina, manifiesta los tres géneros. Enseñan que la mujer se dice de Sophia; las tres medidas de harina, de los tres géneros de hombres, el espiritual, el animal, el coico. Y dicen que la levadura se dice del Salvador mismo. Y que Pablo habló claramente de coicos, animales, espirituales. En un lugar: Cual el coico, tales también los coicos (1 Cor 15,48). En otro: El hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu (1 Cor 2,14). En otro: El espiritual examina todas las cosas (1 Cor 2,15). Pero el animal no percibe las cosas que son del Espíritu, dicen que fue dicho del Demiurgo, que, siendo psíquico, no conoció ni a la madre, que es espiritual, ni su simiente, ni a los Eones que están en el Pleroma. Y que el Salvador recibió los comienzos de aquellos a quienes iba a salvar, dicen que lo dijo Pablo: Y si las primicias son santas, también la masa (Rom 11,16). Enseñan que las primicias se dicen de lo espiritual; y que la masa somos nosotros, es decir, la Iglesia psíquica, cuya sustancia dicen que él asumió y levantó consigo, puesto que él mismo era la levadura.

4. Y que Achamoth anduvo errante fuera del Pleroma, y fue formada por Cristo, y fue buscada

por el Salvador, dicen que él lo manifestó al decir que había venido a la oveja que se había extraviado. Pues refieren que con la oveja extraviada se designa a su madre, de la cual pretenden que fue sembrada la Iglesia que está aquí; y con el extravío, su permanencia fuera del Pleroma en todas las pasiones, de las cuales enseñan que se hizo la materia. Y narran que aquella mujer que limpia la casa y encuentra la dracma se dice de la Sophia superior, que, habiendo perdido su Intención, después, purificadas todas las cosas por la venida del Salvador, la encontró; pues también esta, según ellos, es restituida dentro del Pleroma. Y dicen que Simeón, que tomó en sus manos a Cristo, y dio gracias a Dios, y dijo: Ahora despides a tu siervo, Señor, según tu palabra, en paz (Lc 2,29), es tipo del Demiurgo, que a la venida del Salvador aprendió su traslado y dio gracias a Bythus. Y dicen que por Ana, de la que se dice en el Evangelio que vivió siete años con su marido, y que todo el tiempo restante permaneció viuda, hasta que vio al Salvador, y lo reconoció, y hablaba de él a todos, se significa clarísimamente a Achamoth: la cual, habiendo visto entonces por un momento al Salvador con sus coetáneos, permaneciendo todo el tiempo posterior en el Medio, lo aguardaba, para cuando venga de nuevo y la reponga en su emparejamiento. Y que su nombre fue significado por el Salvador cuando dijo: La sabiduría ha sido justificada por sus hijos (Lc 7,35); y por Pablo así: Hablamos sabiduría entre los perfectos (1 Cor 2,6). Y dicen que Pablo habló de los emparejamientos que están dentro del Pleroma,

mostrándolos en uno. Pues, escribiendo acerca del emparejamiento que es propio de esta vida, dice: Pues este misterio es grande: pero yo digo, en Cristo y en la Iglesia (Ef 5,32).

5. Además, enseñan que Juan, el discípulo del Señor, significó la primera Ogdóada y la generación de todas las cosas con estas mismas palabras: «Así, pues, puso como base un cierto Principio, que fue lo primero hecho por Dios; al cual llama también Nus e Hijo, y llama Unigénito del Señor, en el cual el Padre envió delante todas las cosas en simiente. Y de este», dicen, «fue emitido el Verbo, y en él toda la sustancia de los Eones, a la que después dio forma el Verbo mismo. Puesto que habla, pues, de la primera génesis, con razón comienza su enseñanza desde el Principio, esto es, desde el Hijo y el Verbo. Y habla así: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio junto a Dios (Jn 1,1-2). Distinguiendo primero tres, Dios, y el Principio, y el Verbo, de nuevo los unió, para mostrar tanto la emisión de ambos, es decir, del Hijo y del Verbo, como su unión mutua y a la vez con el Padre. Pues en el Padre y del Padre está el Principio, y en el Principio y del Principio, el Verbo.

»Bien dijo, pues: En el principio era el Verbo; pues estaba en el Hijo: y el Verbo estaba junto a Dios; pues así también el Principio: y el Verbo era Dios (Jn 1,1), en consecuencia; porque lo que ha nacido de Dios es Dios. Pues este estaba en el principio junto a Dios (Jn 1,2) muestra el orden de la emisión. Todas las cosas fueron hechas por

él, y sin él nada se hizo (Jn 1,3); pues para todos los Eones que vienen después de él el Verbo se hizo causa de formación y de generación. Pero lo que fue hecho en él, dice, es vida (Jn 1,3-4); aquí manifestó las sicigias: pues todas las cosas, dice, fueron hechas por él, pero la vida, en él. Esta, pues, que fue hecha en él, está más próxima que las cosas que fueron hechas por él; pues está con él, y por medio de él fructifica. Puesto que añade: Y la vida era la luz de los hombres (Jn 1,4). Y ahora significó a Hombre e Iglesia con un nombre semejante, para manifestar por un solo nombre la comunión de la sicigia. Pues de Logos y Zoe son engendrados Hombre e Iglesia. Y llamó a Vida luz de los hombres, porque fueron iluminados por ella, lo cual es ser formados y manifestados. Y esto lo dice también Pablo: Pues todo lo que se manifiesta es luz (Ef 5,13). Puesto que Vida manifestó y engendró a Hombre e Iglesia, fue llamada luz de ellos. Abiertamente, pues, manifestó Juan con estas palabras, entre otras cosas, también el segundo cuaternario: Logos y Zoe, Anthropos e Iglesia.

»Pero significó también la primera Tétrada. Pues, al narrar acerca del Salvador, y enseñar que todas las cosas que están fuera del Pleroma fueron formadas por medio de él, dice también que él es el fruto dentro del Pleroma: en efecto, lo llamó la luz que brilla en las tinieblas, y no es comprendida por ellas (Jn 1,5), porque, formando todas las cosas que fueron hechas de la pasión, fue ignorado por ellas. Y lo llama Hijo, y Verdad, y Vida, y Verbo hecho carne (cuya gloria hemos

visto, dice, y su gloria era cual la del Unigénito, que le fue dada por el Padre), lleno de gracia y de verdad. Y habla así: Y el Verbo se hizo carne, y habitó en nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14). Diligentemente, pues, mostró el primer cuaternario, nombrando al Padre, y a Gracia, y a Monogenes, y a Verdad. Así habló Juan de la primera Ogdóada, madre de todos los Eones. Pues nombró al Padre, y a Gracia, y a Monogenes, y a Verdad, y a Verbo, y a Vida, y a Hombre, y a Iglesia». Así Ptolomeo.

CAPÍTULO 9

Se impugnan las impías interpretaciones de los herejes.

1. Ves, pues, amadísimo, la invención de la que se sirven para seducirse a sí mismos, calumniando a las Escrituras, esforzándose por hacer que su ficción se sostenga en ellas. Por esto he expuesto sus mismas astucias y dichos, para que por ellos consideres la malicia de la invención y la maldad del error. Pues, en primer lugar, si Juan se hubiera propuesto mostrar aquel octonario que está arriba, habría guardado ciertamente el orden de la emisión, y habría puesto ciertamente el primer cuaternario, por ser más venerable (como dicen), entre los primeros nombres, y así le habría añadido el segundo, para que por el orden de los nombres se mostrara el orden del octonario; y no habría hecho mención del primer cuaternario al final, después de tan largo intervalo, como quien lo ha olvidado y luego

lo recuerda. Luego, si hubiera querido significar también los emparejamientos, no habría omitido el nombre de Iglesia; sino que, o bien también en los demás emparejamientos se habría contentado con la denominación de los varones, pudiendo igualmente sobrentenderse a la vez las otras, para guardar en todo la unidad; o bien, si enumeraba los emparejamientos de los demás, habría manifestado ciertamente también la consorte de Anthropos (es decir, de Hombre), y ciertamente no nos habría dejado tomar su nombre por adivinación.

2. Es manifiesta, pues, la transformación de su exposición. Pues, mientras Juan expone un solo Dios, y anuncia un solo Unigénito, Cristo Jesús, por quien dice que todas las cosas fueron hechas, diciendo que este es el Verbo de Dios, este el Unigénito, este el Hacedor de todas las cosas, este la luz verdadera que ilumina a todo hombre, este el Fabricador del mundo, este el que vino a lo suyo, este mismo el que se hizo carne y habitó en nosotros: estos, desviando la exposición según lo verosímil, pretenden que uno es Monogenes según la emisión, al que llaman también Principio; que otro fue Soter (es decir, Salvador), y otro Logos (es decir, Verbo), hijo de Monogenes (es decir, del unigénito), y otro Cristo, emitido para la enmienda del Pleroma; y quitando de la verdad cada una de las cosas que se han dicho, y abusando de los nombres, las trasladaron a su argumentación: de modo que, según ellos, en tantas palabras Juan no hizo memoria del Señor Cristo Jesús. Pues si nombró al Padre, y a Charis,

y a Monogenes, y a Alethia, y a Logos, y a Zoe, y a Anthropos, y a Iglesia, según la argumentación de ellos habló de la primera Ogdóada, en la cual todavía no estaba Jesús, todavía no estaba Cristo, el maestro de Juan. Pero que el apóstol no habló de sus sicigias, sino de nuestro Señor Jesucristo, de quien sabe también que es el Verbo de Dios, él mismo lo puso de manifiesto. Pues, recapitulando acerca de aquel Verbo de quien había hablado al principio, expone además: Y el Verbo se hizo carne, y habitó en nosotros (Jn 1,14). Pero según la argumentación de ellos no fue el Verbo el que se hizo carne, pues este ni siquiera salió nunca fuera del Pleroma, sino el que fue hecho de todos y es posterior al Verbo, el Salvador.

3. Aprended, pues, insensatos, que Jesús, que padeció por nosotros, que habitó en nosotros, es él mismo el mismo que es también el Verbo de Dios. Pues si otro de los Eones se hubiera hecho carne por nuestra salvación, habría que pensar que el apóstol habló de otro. Pero si el Verbo del Padre, que descendió, es él mismo también el que ascendió, el Hijo unigénito del único Dios, encarnado por los hombres según el beneplácito del Padre, Juan no habló de ningún otro, ni de la Ogdóada, sino del Señor Cristo Jesús. Pues, según ellos, tampoco el Verbo se hizo carne principalmente. Pues dicen que Soter se revistió de un cuerpo animal, ajustado a partir de la disposición con providencia inenarrable, para hacerse visible y palpable. Pues la carne es aquella antigua plasmación del limo, hecha por Dios según Adán, que Juan mostró que el Verbo de Dios verdadera-

mente llegó a ser. Y queda deshecho su primer y primogénito octonario. Pues cuando se muestra que uno y el mismo es Logos, y Monogenes, y Zoe, y Phos, y Soter, y Cristo el Hijo de Dios, y este mismo encarnado por nosotros, queda deshecha la trabazón de su octonario. Y deshecha esta, cae toda su argumentación: soñándola bajo un falso nombre, infaman las Escrituras para forjar una argumentación propia.

4. Luego, recogiendo dichos y nombres esparcidos aquí y allá, los trasladan, como dijimos antes, de lo que es según la naturaleza a lo que es contra la naturaleza: haciendo cosas semejantes a los que se proponen a sí mismos cualesquiera temas y luego intentan elaborarlos también con versos de Homero, de modo que los iletrados piensan que Homero hizo los versos sobre aquel tema declamado para la ocasión; y muchos son arrastrados por el trabado encadenamiento de los versos a pensar que quizá Homero los hizo así. Así, uno que describe con versos de Homero a Hércules enviado por Euristeo al perro que está en los infiernos escribe de este modo (pues nada impide recordar también estos a modo de ejemplo, siendo semejante y la misma la argumentación en ambos casos): «Dicho esto, despidió desde el umbral, llorando, / A Hércules invicto, no ignorante de grandes hazañas, / Euristeo, hijo de Esténelo, del linaje de Perseo, / Para traer del Érebo el perro del negro Dite al aire de arriba. / Pero él va, como fiero león criado en los montes, / Por medio de la ciudad: sus conocidos partían todos juntos, / Y ancianos, y niños, y muchachas

aún no casadas, / Llorando mucho, como si fuera a la muerte misma. / Mercurio y Palas de ojos glaucos lo escoltan en su marcha: / Pues sabía cuánto el dolor atormentaba a su hermano». ¿Quién de los sencillos no sería arrastrado por versos de esta clase, y pensaría que Homero los hizo así sobre este argumento? Pero quien conoce los poemas de Homero reconocerá los versos, pero no reconocerá el argumento, sabiendo que uno de ellos fue dicho de Ulises, otro de Hércules, otro de Príamo, otro de Menelao y Agamenón. Y si los toma y devuelve cada uno a su libro, eliminará el argumento presente. Así también quien guarda inmóvil en sí mismo la regla de la verdad, que recibió por el bautismo, reconocerá los nombres, y los dichos, y las parábolas que proceden de las Escrituras, pero no reconocerá el argumento blasfemo de ellos. Pues aunque reconozca las gemas, no aceptará la zorra en lugar de la imagen del rey. Y devolviendo cada una de las palabras a su orden, y ajustándola al cuerpo de la verdad, desnudará su ficción y mostrará que carece de sustancia.

5. Pero como a esta escena le falta la redención, a saber, que alguien, desenredando su mimo, introduzca la palabra que lo destruya, hemos creído bueno mostrar primero en qué discrepan entre sí los mismos padres de esta fábula, como quienes proceden de diversos espíritus de error. Pues por esto, y por la demostración, se puede conocer con exactitud tanto que es firme la verdad que predica la Iglesia, como que es mentira lo que ellos fingen.

CAPÍTULO 10

Que toda la Iglesia, cuanto se extiende por el orbe entero, tiene una y la misma fe y doctrina; y que de que en la Iglesia unos sean más entendidos que otros no puede deducirse variedad o mudanza alguna de la fe.

1. Porque la Iglesia, sembrada por todo el orbe hasta los confines de la tierra, recibió de los apóstoles y de sus discípulos aquella fe que es en un solo Dios, Padre omnipotente, que hizo el cielo y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos; y en un solo Jesucristo, Hijo de Dios, encarnado por nuestra salvación; y en el Espíritu Santo, que por los profetas predicó las disposiciones de Dios, y la venida, y la generación que es de la Virgen, y la pasión, y la resurrección de entre los muertos, y la ascensión en la carne a los cielos del amado Jesucristo nuestro Señor, y su venida de los cielos en la gloria del Padre para recapitular todas las cosas y resucitar toda carne del género humano, a fin de que ante Cristo Jesús nuestro Señor, y Dios, y Salvador, y Rey, según el beneplácito del Padre invisible, se doble toda rodilla de los celestes, de los terrestres y de los infernales, y toda lengua lo confiese, y él haga justo juicio en todas las cosas: que envíe al fuego eterno a los espíritus de la maldad, y a los ángeles que transgredieron y se hicieron apóstatas, y a los impíos, e injustos, e inicuos, y blasfemos entre los hombres; y que, dando la vida a los justos y rectos, y a los que guardan sus preceptos y perseveran en su amor, unos desde el principio y otros desde la

penitencia, les conceda como don la incorrupción y los rodee de gloria eterna.

2. Habiendo recibido esta predicación y esta fe, como dijimos antes, la Iglesia, aunque esparcida por el mundo entero, la guarda con diligencia, como si habitara una sola casa; y cree estas cosas del mismo modo, como si tuviera una sola alma y un solo corazón, y las predica, y las enseña, y las transmite concordemente, como si poseyera una sola boca. Porque, aunque en el mundo las lenguas son diversas, la fuerza de la tradición es una y la misma. Y ni las iglesias fundadas en Germania creen de otro modo ni transmiten de otro modo, ni las que están entre los íberos, ni las que están entre los celtas, ni las que están en el Oriente, ni las que están en Egipto, ni las que están en Libia, ni las establecidas en el centro del mundo; sino que, así como el sol, criatura de Dios, es uno y el mismo en todo el mundo, así también la luz, la predicación de la verdad, brilla en todas partes e ilumina a todos los hombres que quieren llegar al conocimiento de la verdad. Y ni el que, entre los que presiden las iglesias, es muy poderoso en la palabra dirá otras cosas que estas (pues nadie está por encima del maestro), ni el débil en el hablar disminuirá la tradición. Porque, siendo la fe una y la misma, ni el que puede decir mucho de ella la aumenta, ni el que puede menos la disminuye.

3. Pero que algunos, según su prudencia, sepan más o menos en entendimiento no se produce porque se cambie el asunto mismo y se idee otro Dios fuera del Fabricador, y Hacedor, y Nu-

tridor de este universo, como si él no nos bastara, u otro Cristo, u otro Monogenes; sino en esto: en indagar todo lo que se ha dicho en parábolas y unirlo al asunto de la verdad, y en narrar la obra y la disposición de Dios realizada en el género humano; y en explicar que Dios fue longánime tanto en la apostasía de los ángeles transgresores como en la desobediencia de los hombres; y en anunciar por qué uno y el mismo Dios hizo unas cosas temporales y otras eternas, unas celestes y otras terrenas; y en atender a por qué, siendo invisible, se apareció a los profetas de Dios no en una sola forma, sino a unos de un modo y a otros de otro; y en anunciar por qué fueron entregados muchos testamentos al género humano, y en enseñar cuál es el sello de cada uno de los testamentos; y en indagar por qué Dios encerró todas las cosas en la incredulidad, para tener misericordia de todos (Rom 11,32); y en dar gracias por el porqué de que el Verbo de Dios se hiciera carne y padeciera; y en anunciar por qué la venida del Hijo de Dios apareció en los últimos tiempos, es decir, al fin, y no al principio; y en desplegar cuanto está puesto en las Escrituras acerca del fin y de lo que ha de venir; y en no callar por qué Dios hizo a las naciones de las que se desesperaba coherederas, y concorporadas, y partícipes de los santos; y en anunciar cómo esta carne mortal se vestirá de inmortalidad, y lo corruptible de incorrupción (1 Cor 15,54); y en pregonar cómo el que no era pueblo se hizo pueblo, y la amada, amada (Os 2,25; Rom 9,25), y cómo son más los hijos de la desolada que los de la que tiene marido

(Is 54,1; Gál 4,27). Pues en tales cosas, y en otras semejantes a ellas, exclamó el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas, y de la sabiduría, y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! (Rom 11,33) Pero no en esto: en que inventes, por encima del Creador y Fabricador, una madre de él y de ellos, la Enthymesis de un Eón extraviado, y llegues a tan gran blasfemia; ni en mentir que por encima de ella hay a su vez un Pleroma, unas veces de treinta, otras de innumerables multitudes de Eones, como dicen esos maestros que están verdaderamente desprovistos de juicio divino; mientras que la Iglesia universal, como dijimos antes, tiene una y la misma fe en el mundo entero.

CAPÍTULO 11

Cuál es la doctrina de Valentín y en qué discrepan de él sus discípulos. Los dogmas de Segundo, de Epífanes y de algunos otros.

1. Veamos ahora también el parecer inconstante de estos: cómo, siendo dos o tres, no dicen lo mismo de lo mismo, sino que responden cosas contrarias tanto en los nombres como en las cosas. Pues el primero, Valentín, que trasladó las antiguas doctrinas de la llamada herejía gnóstica a un sello propio, definió así: que hay una cierta dualidad innombrable, de la cual una parte se llama el Inenarrable y la otra Sige. Después, que de esta dualidad fue emitida una segunda dualidad, de la cual a una parte la llama Padre y a la otra Alethia. Y que de este cuaternario fueron producidos como fruto Logos y Zoe, Anthropos e Iglesia. Y

que este es el primer octonario. Y de Logos y Zoe, dice, fueron emitidos diez Poderes, como dijimos antes. Y de Anthropos e Iglesia, doce, de los cuales uno, apartándose y quedando desamparado, hizo el resto de la disposición. Pone dos Límites: uno entre Bythus y el Pleroma, que separa del Padre no hecho a los Eones nacidos; el otro, que separa a la Madre de ellos del Pleroma. Y que Cristo no fue emitido por los Eones que están en el Pleroma, sino que la Madre, hallándose fuera, lo dio a luz con una cierta sombra, según el recuerdo de las cosas mejores. Y que él, siendo varón, cortó de sí la sombra y regresó al Pleroma. Y que la Madre, dejada atrás bajo la sombra y vaciada de la sustancia espiritual, emitió otro hijo; y que este es el Demiurgo, al que llama también omnipotente sobre las cosas que le están sometidas. Y que junto con él fue emitido también un príncipe de la izquierda, semejante a los que nosotros mencionaremos como los falsamente llamados gnósticos. Y a Jesús dice que lo emitió unas veces el que fue separado de la Madre de ellos y fue aunado con los demás, es decir, Theletus; otras veces el que volvió corriendo arriba al Pleroma, es decir, Cristo; y otras veces Anthropos e Iglesia. Y dice que el Espíritu Santo fue emitido por Verdad para la prueba y la fructificación de los Eones, entrando en ellos invisiblemente, para que por él los Eones produjeran como fruto las hojas de la verdad. Hasta aquí él.

2. Segundo transmitió así la primera Ogdóada, diciendo que hay un cuaternario de la derecha y un cuaternario de la izquierda, la luz y las tinie-

blas; y dice que el Poder que se apartó y quedó desamparado no procedía de los treinta Eones, sino de sus frutos.

3. Otro, que es también ilustre maestro de ellos, extendiéndose hacia una mayor altura y como hacia un mayor conocimiento, habló así del primer cuaternario: «Hay antes de todas las cosas una Proarche, proanennoetos, inenarrable e innombrable, a la que yo llamo Monotes. Con esta Monotes está un Poder, al que llamo también Henotes. Esta Henotes y Monotes, siendo uno, emitieron, sin emitir nada, un principio de todas las cosas, noeton, y agenneton, y aoraton, Arche a la que la palabra llama Mónada. Con esta Mónada está un Poder de la misma sustancia que ella, al que llamo también Hen. Y estos Poderes, es decir, Monotes, y Henotes, y Mónada, y Hen, emitieron las demás emisiones de los Eones.»

4. ¡Iu iu! ¡Y feu feu! En verdad hay que clamar a lo trágico ante esta fabricación de nombres y tanta audacia: cómo sin rubor ha puesto nombres a su mentira. Pues al decir: «Hay antes de todas las cosas una Proarche, proanennoetos, a la que yo llamo Monotes»; y otra vez: «Con esta Monotes está un Poder, al que llamo también Henotes», ha confesado manifiestamente que son ficciones cuantas cosas ha dicho, y que él mismo puso a su ficción nombres que nadie más había puesto; y si no se hubiera atrevido a esto, hoy la verdad, según él, no tendría nombres. Nada impide, pues, que otro, en tal asunto, fije también así los nombres: «Hay una cierta Proarche, regia, proanennoetos, Poder proanhypostatos, proprocylindo-

mene. Con ella está un Poder al que yo llamo Calabaza; y con esta Calabaza está un Poder al que llamo también Supervacuidad. Esta Calabaza y Supervacuidad, siendo uno, emitieron, sin haber emitido, un fruto visible en todo, comestible y dulce, fruto al que la palabra llama Pepino. Con este Pepino está un Poder de la misma potestad que él, al que llamo también Melón. Estos Poderes, Calabaza, y Supervacuidad, y Pepino, y Melón, emitieron la restante multitud de los delirantes melones de Valentín.» Porque, si es preciso trasladar al primer cuaternario el discurso que se hace sobre todas las cosas, y que cada cual ponga él mismo los nombres como quiera, ¿quién prohíbe estos nombres, mucho más creíbles, y de uso corriente, y conocidos por todos?

5. Otros de ellos, a su vez, nombraron con estos nombres su primer y primordial octonario: primero Proarche, después Anennoetos, la tercera Arrhetos, y la cuarta Aoratos. Y que de la primera, Proarche, fue emitida en primero y quinto lugar Arche; de Anennoetos, en segundo y sexto lugar Acataleptos; de Arrhetos, en tercero y séptimo lugar Anonomastos; y de Aoratos, en cuarto y octavo lugar Agennetos. Este es el Pleroma de la primera Ogdóada. Pretenden que estos Poderes existieran antes de Bythus y de Sige, para aparecer más perfectos que los perfectos y gnósticos más verdaderos que los gnósticos; a los cuales con justicia podría alguien decir esto: «¡Oh blandos, sofistas vituperables, y no verdaderos!» Y en efecto, acerca del mismo Bythus hay entre ellos pareceres diversos. Pues unos dicen que es sin

emparejamiento, ni varón, ni hembra, ni en absoluto cosa alguna. Otros, diciendo que es varón y hembra, le atribuyen la génesis de un hermafrodita. Otros, a su vez, le añaden a Sige como consorte, para que se forme el primer emparejamiento.

CAPÍTULO 12

La doctrina de los discípulos de Ptolomeo y de los colorbasianos.

1. Pero los más sabios de los que rodean a Ptolomeo dicen que Bythus tiene dos consortes, a las que llaman también disposiciones, Ennoia y Thelesis. Pues primero concibió en la mente emitir algo, según dicen, y después lo quiso. Por lo cual, mezclados como entre sí estos dos afectos y poderes, es decir, el de Ennoia y el de Thelesis, se produjo la emisión de Monogenes y de Alethia a modo de emparejamiento. Y que estos salieron como tipos e imágenes de los dos afectos del Padre, visibles de los invisibles: Nus, de Thelema, y Alethia, de Ennoia; y que por eso la imagen de la Voluntad advenediza es masculina, y la de la Ennoia no nacida, femenina, porque la Voluntad vino a ser como el poder de Ennoia. Pues Ennoia pensaba siempre en una emisión, pero no podía emitir por sí misma lo que pensaba. Pero cuando sobrevino el poder de la Voluntad, entonces emitió lo que pensaba.

2. ¿No te parece, oh amadísimo, que estos han concebido más bien al Júpiter de Homero, que por su cuidado no dormía, sino que se preocupaba de cómo podría honrar a Aquiles y hacer perecer a

muchos de los griegos, que a aquel que es el Dios de todas las cosas? Él, en cuanto ha pensado, realiza lo que pensó; y en cuanto ha querido, piensa también lo que quiso: pensando entonces cuando quiere, y queriendo entonces cuando piensa; porque es todo pensamiento, y todo entendimiento, y todo ojo, y todo oído, y todo fuente de todos los bienes.

3. Los que entre ellos son tenidos por más prudentes dicen que el primer octonario no fue emitido gradualmente, un Eón por otro, sino que afirman que ellos mismos asistieron como parteras a la emisión de los Eones, a la vez y en uno, desde el Propator y su Ennoia, cuando eran creados. Y dicen que ya no fueron engendrados Anthropos e Iglesia de Logos y Zoe, sino Logos y Zoe de Anthropos e Iglesia, hablando de este modo: «Cuando el Propator pensó emitir algo, esto fue llamado Padre; pero cuando lo que emitió fue verdadero, esto fue llamado Alethia. Así pues, cuando quiso mostrarse a sí mismo, esto fue llamado Anthropos. Y aquellos en quienes había pensado de antemano, una vez que los emitió, esto fue llamado Iglesia. Anthropos pronunció a Logos: este es el hijo primogénito. Y a Logos le sigue Zoe; y así quedó completo el primer octonario.»

4. Hay también entre ellos mucha pugna acerca del Salvador. Pues unos dicen que fue engendrado de todos, y que por eso se llama Bienquerido, porque al Pleroma entero le plugo glorificar al Padre por medio de él. Otros, que procede solo de los diez Eones emitidos por Logos y

Zoe; y que por eso se le llama Logos y Zoe, porque conserva los nombres de sus progenitores. Otros, de los doce Eones hechos por Anthropos e Iglesia; y que por eso se confiesa Hijo del hombre, como nacido después de Anthropos. Otros dicen que fue hecho por Cristo y Espíritu Santo, que fueron emitidos para la afirmación del Pleroma, y que por eso, dicen, se le llama Cristo, porque conserva el nombre de su Padre, por quien fue emitido. Y hay otros que dicen que el mismo Propator de todas las cosas, la Proarche, el Proanennoetos, se llama Anthropos; y que este es el misterio grande y escondido: que el Poder que está sobre todas las cosas y las contiene a todas se llama Anthropos; y que por eso el Salvador se llama a sí mismo Hijo del hombre.

CAPÍTULO 13

Sobre los prestigios y las artes nefandas de Marcos.

1. Otro de los que están entre ellos, que se jacta de ser el corrector de su maestro (Marcos es su nombre), peritísimo en la impostura mágica, por medio de la cual, seduciendo a muchos hombres y a no pocas mujeres, hizo que se volvieran hacia él como al más sabio y al más perfecto, y como a quien posee el poder más grande venido de los lugares invisibles e inenarrables, siendo, por así decir, verdaderamente un precursor del Anticristo. Pues, mezclando los juegos de Anaxilao con la maldad de los llamados magos, se cree que por estos medios obra prodigios entre los que no tienen entendimiento y han salido de su juicio.

2. Pues, fingiendo dar gracias sobre un cáliz mezclado con vino, y alargando mucho la palabra de la invocación, lo hace aparecer purpúreo y rojo, de modo que se crea que aquella Gracia, desde lo que está sobre todas las cosas, destila su propia sangre en el cáliz de él por su invocación, y que los presentes ansíen mucho gustar de aquella copa, para que también sobre ellos destile la que por medio de este mago se llama Gracia. Otra vez, dando a mujeres cálices mezclados, les manda que ellas mismas den gracias en su presencia. Y cuando esto se ha hecho, saca él mismo otro cáliz mucho mayor que aquel en el que la mujer seducida hace la Eucaristía, y, trasvasando del menor, que por la mujer ha sido hecho Eucaristía, a aquel mucho mayor traído por él, dice al punto así: «Aquella Gracia que está antes de todas las cosas, impensable e inenarrable, llene tu hombre interior y multiplique en ti su conocimiento, sembrando el grano de mostaza en la tierra buena»; y diciendo tales cosas, y arrojando a la locura a aquella infeliz, aparece como obrador de maravillas, cuando el cáliz mayor se llena desde el cáliz menor hasta el punto de rebosar. Y haciendo otras cosas semejantes a estas, ha sacado de sí a muchos y los ha arrastrado tras de sí.

3. Se da a entender que tiene también un cierto demonio familiar, por medio del cual él mismo parece profetizar, y hace profetizar a cuantas juzga dignas de llegar a ser partícipes de su Gracia. Pues se ocupa sobre todo de las mujeres, y de las que son nobles, y vestidas de púrpura, y riquísimas, a las que a menudo intenta llevarse,

diciéndoles con halagos: «Quiero que participes de mi Gracia, porque el Padre de todos ve siempre a tu ángel ante su rostro. El lugar de tu grandeza está en nosotros: es preciso que nos unamos en uno. Recibe primero de mí y por medio de mí la Gracia. Disponte como una esposa que aguarda a su esposo, para que seas lo que yo, y yo lo que tú. Pon en tu tálamo la simiente de la luz. Recibe de mí al esposo, y contenlo, y sé contenida en él. He aquí que la Gracia ha descendido sobre ti: abre tu boca y profetiza.» Y cuando la mujer responde: «Nunca he profetizado, y no sé profetizar», haciendo de nuevo ciertas invocaciones, para asombro de la que es seducida, le dice: «Abre tu boca y di cualquier cosa, y profetizarás». Y ella, seducida y exaltada por lo que se le ha dicho, enardecida el alma por la sospecha de que va a profetizar, palpitándole el corazón mucho más de lo debido, se atreve, y dice desvaríos, y todo cuanto le viene, vana y audazmente, como quien ha sido enardecida por un espíritu (según expone uno mejor que nosotros acerca de tales profetas, que es audaz e impúdica el alma enardecida por aire vacío); y desde entonces se tiene a sí misma por profetisa, y da gracias a Marcos, que la hizo partícipe de su Gracia; y ansía recompensarlo, no solo con la entrega de su hacienda (de donde ha reunido él también gran abundancia de riquezas), sino también con el acoplamiento del cuerpo, y desea unirse a él en todo, para descender con él en uno.

4. Pero algunas de las mujeres más fieles, que tienen temor de Dios y no son seducibles, a las

que intentó seducir como a las demás mandándoles profetizar, soplando contra él y anatematizándolo, se han apartado de semejante insensato, que fingía exhalar lo divino; sabiendo con certeza que el profetizar no lo infunde en los hombres Marcos el mago, sino que aquellos a quienes Dios desde lo alto envía su gracia tienen la profecía dada por Dios, y hablan donde y cuando Dios quiere, y no cuando Marcos lo manda. Pues lo que manda es mayor y más señor que lo mandado, ya que lo uno gobierna y lo otro está sometido. Si, pues, Marcos manda, u otro cualquiera, como acostumbran estos hombres en sus cenas a jugar a suertes y a ordenarse unos a otros profetizar, y que los otros les profeticen según sus propios deseos, el que manda será mayor y más señor que el Espíritu profético, siendo un hombre; lo cual es imposible. Pero tales espíritus, que son mandados por ellos y hablan cuando ellos quieren, son terrenos y débiles, audaces e impúdicos, enviados por Satanás para la seducción y la perdición de los que no guardan firme la fe que recibieron desde el principio por medio de la Iglesia.

5. Además, este mismo Marcos prepara también filtros de amor y atractivos para algunas mujeres, aunque no para todas, a fin de afrentar incluso sus cuerpos. Estas, vueltas muchísimas veces a la Iglesia de Dios, han confesado que fueron sacadas de sí por él en el cuerpo, como por un deseo, y que, inflamadas, lo amaron mucho; hasta tal punto que también un diácono de los nuestros de Asia, al recibirlo en su casa, cayó en una calamidad semejante. Pues, siendo hermosa

su esposa, fue corrompida en el juicio y en el cuerpo por este mago, y lo siguió durante mucho tiempo; y después, cuando con gran trabajo los hermanos la convirtieron, pasó todo el tiempo en exomologesis, llorando y lamentándose por esta corrupción que había padecido de este mago.

6. Y algunos de sus discípulos, ocupados en lo mismo, han seducido y corrompido a muchas mujerzuelas, llamándose a sí mismos perfectos, como si nadie pudiera igualar la grandeza de su conocimiento, ni aunque nombres a Pablo o a Pedro o a cualquier otro de los apóstoles; sino que dicen haber conocido más que todos, y que solo ellos han bebido la grandeza del conocimiento de aquel poder inenarrable. Y que ellos están en la altura, por encima de todo poder; y que por eso obran todo libremente, sin tener temor alguno en cosa alguna. Pues a causa de la redención, dicen, se vuelven incomprensibles e invisibles para el juez. Y si él llega a apresarlos, presentándose ante él con la redención dirán esto: «Oh asesor de Dios y de aquella mística Sige anterior a los eones, por quien las Grandezas, que ven siempre el rostro del Padre, usándote como guía del camino y como introductor, atraen hacia arriba sus formas, las formas que aquella muy audaz, llevada por una aparición, a causa de la bondad del Propator, emitió, a nosotros, imágenes de ellas, teniendo entonces la intención de los que están arriba como un sueño: he aquí que el juez está cerca, y el heraldo me manda comparecer para mi defensa. Pero tú, como quien conoce la razón de ambos nosotros, como siendo una sola, asiste

ante el juez.» Y la Madre, al oír esto, les puso al punto encima el yelmo homérico de los infiernos, para que escaparan invisiblemente del juez; y en seguida, arrebatándolos, los condujo al tálamo y los devolvió a sus esposos.

7. Diciendo y obrando tales cosas, han seducido a muchas mujeres también en nuestras regiones del Ródano; las cuales, teniendo cauterizadas las conciencias, unas hacen incluso públicamente su exomologesis; otras, avergonzadas de esto mismo, se retiran poco a poco en silencio, desesperando de la vida de Dios; unas se han apartado del todo, y otras vacilan entre lo uno y lo otro y han padecido lo que dice el proverbio, no estando ni dentro ni fuera, teniendo este fruto de la simiente de los hijos del conocimiento.

CAPÍTULO 14

La hipótesis de Marcos. Finge que la Tétrada suprema descendió hasta él en figura de mujer para descubrirle arcanos no revelados hasta entonces a nadie. Bajo una enigmática mezcolanza de letras, sílabas, sonidos y caracteres transmite el Pleroma y los artificios de los valentinianos.

1. Este Marcos, pues, diciendo que él solo fue la matriz y el receptáculo del Silencio de Colorbaso, como quien es unigénito, dio a luz de este modo la simiente de la deficiencia que fue depositada en él. Y que el cuaternario mismo, desde los lugares altísimos, invisibles e innombrables, descendió hasta él en figura de mujer (porque, dice, el mundo no podía soportar su forma masculina), y le mostró también qué era ella misma, y le

narró a él solo la génesis de todas las cosas, que nunca había revelado a nadie, ni de los dioses ni de los hombres, hablando así: «Cuando primero el Padre, que no tiene padre, que es impensable y sin sustancia, que no es ni varón ni hembra, quiso que su inenarrable se hiciera narrable y que lo que en él es invisible tomara forma, abrió la boca y profirió un Verbo semejante a él; el cual, asistiéndole, le mostró lo que él mismo era, habiendo aparecido como forma del invisible. Y la enunciación del nombre fue así: pronunció la primera palabra de su nombre; fue ἀρχή, y su sílaba era de 4 letras. Unió también la segunda, y esta fue de 4 letras. Después pronunció también la tercera, y esta fue de 10 letras. Y pronunció la que viene después de estas, y fue de 12 letras. Así, la enunciación del nombre entero resultó de 30 letras y de cuatro sílabas.» Y que cada uno de los elementos tiene sus propias letras, y su propio sello, y su propia enunciación, y figuraciones, e imágenes; y que no hay ninguno de ellos que vea la forma de aquel que está por encima del elemento mismo. Y que ninguno lo conoce, ni siquiera cada uno sabe la enunciación de su vecino; sino que lo que él mismo enuncia, todo lo que enuncia, lo enuncia como si nombrara el todo. Pues cada uno de ellos, siendo parte del todo, nombra su propio sonido como si fuera el todo; y no cesan de sonar hasta que llegan, enunciados uno a uno, a la última letra del último elemento. Y dice que entonces vendrá la reintegración de todas las cosas, cuando todas, llegando a una sola letra, hagan sonar una y la misma consonancia;

y enseñó que la imagen de esta exclamación es el Amén que decimos todos juntos. Y que los sonidos son los que forman al Eón sin sustancia e ingénito, y que estas son las formas que el Señor llamó ángeles, que sin interrupción ven el rostro del Padre (Mt 18,10).

2. Y a los nombres comunes y enunciables de los elementos los llamó Eones, y palabras, y raíces, y simientes, y plenitudes, y frutos. Y dice que lo singular de ellos y lo propio de cada uno se contiene y se entiende en el nombre de Iglesia. De estos elementos, la última letra del último elemento emitió su voz, cuyo sonido, al salir, engendró elementos propios a imagen de los elementos; de los cuales, dice, fueron engendradas tanto las cosas que aquí están dispuestas como las que están antes de ellas. Y dice que la letra misma, cuyo sonido seguía al sonido hacia abajo, fue recibida arriba por su sílaba para el cumplimiento del todo; pero que el sonido quedó abajo, como arrojado fuera. Y dice que el elemento mismo, del cual la letra descendió hacia abajo con su enunciación, es de 30 letras, y que cada una de estas 30 letras tiene en sí otras letras, por medio de las cuales se nombra el nombre de la letra. Y que a su vez las otras se nombran por otras letras, y otras por otras, de modo que la multitud de las letras se precipita en lo inmenso. Así aprenderás más claramente lo que se dice. El elemento delta tiene en sí cinco letras, la misma δ, y ε, y λ, y τ, y α; y estas letras a su vez se escriben por otras letras, y las otras por otras. Si, pues, toda la sustancia de la delta se precipita

en lo inmenso, engendrando unas letras otras y sucediéndose unas a otras, ¿cuánto mayor no será el piélago de letras de aquel elemento? Y si una sola letra es tan inmensa, mira la profundidad de letras del nombre entero, de las cuales el Silencio de Marcos enseñó que consta el Propator. Y que por eso también el Padre, conociendo lo que en él es incontenible, concedió a los elementos, a los que llama también Eones, que cada uno de ellos clamara su propia enunciación, porque uno solo no podía enunciar el todo.

3. Y que el cuaternario, después de exponerle estas cosas, dijo: «Quiero también mostrarte a la Verdad misma. Pues la he bajado de las moradas superiores, para que la contemples desnuda y mires su hermosura, y también la oigas hablar y admires su sabiduría. Mira, pues, qué hay en su cabeza, arriba: primero A y Ω; el cuello, B y Ψ; los hombros con las manos, Γ y X; el pecho, Δ y Φ; la cintura, E y Y; el vientre, Z y T; las partes pudendas, H y Σ; los muslos, Θ y P; las rodillas, I y Π; las espinillas, K y O; las piernas, Λ y Ξ; los pies, M y N.» Este es el cuerpo de la que, según el mago, es la Verdad; esta la figura del elemento, este el sello de la letra. Y a este elemento lo llama Hombre, y dice que es la fuente de toda palabra, y el principio de toda voz, y la enarración de todo lo inenarrable, y la boca del callado Silencio. Y este es su cuerpo. «Pero tú, elevando más alto la inteligencia de tu entendimiento, oye de la boca de la Verdad la palabra autogenitor y patrodotor.»

4. Y que, dicho esto por aquella, la Verdad, mirando hacia él y abriendo la boca, pronunció

una palabra; y que la palabra se hizo nombre, y que el nombre es este que conocemos y pronunciamos, Cristo Jesús; y habiéndolo nombrado, calló al punto. Y como Marcos pensara que ella diría algo más, el cuaternario, viniendo de nuevo al medio, dijo: «Has tenido por despreciable, por así decir, la palabra que oíste de la boca de la Verdad. Esto que conoces y crees poseer no es el nombre antiguo. Pues tienes solo su sonido, pero ignoras su poder. Jesús es un nombre insigne, que tiene 6 letras, conocido por todos los que son de la vocación. Pero el que está entre los Eones del Pleroma, siendo múltiple, es de otra forma y de otro tipo, y lo entienden los que le son afines, cuyas grandezas están siempre junto a él.

5. Entiende, pues, que estas 24 letras que hay entre nosotros son emanaciones, imágenes de los tres Poderes que contienen el número entero de los elementos que están arriba. Pues considera que las 9 letras mudas son del Padre y de la Verdad, porque son sin voz, es decir, inenarrables e indecibles. Y las semivocales, siendo 8, de Logos y Zoe, porque están como en medio entre las mudas y las vocales, y reciben la emanación de las que están encima y la elevación de las que están debajo. Y las vocales, siendo también ellas 7, de Anthropos e Iglesia, porque la voz, saliendo por medio de Anthropos, formó todas las cosas. Pues el sonido de la voz los revistió de forma. Así pues, Logos y Zoe tienen 8, Anthropos e Iglesia 7, y Padre y Alethia 9. Pero de la cuenta menor descendió el que estaba junto al Padre, enviado allí de donde había sido separado, para la corrección

de lo hecho, a fin de que la unidad de los Pleromas, teniendo igualdad, produjera como fruto en todos el único poder que procede de todos. Y así el que es del número 7 recibió el poder de los que son 8, y los tres lugares se hicieron semejantes en número, siendo octonarios; los cuales, viniendo tres veces sobre sí mismos, mostraron el número 24.» Y los tres elementos (que él mismo dice que existen en el emparejamiento de tres Poderes, que hacen 6, de los cuales emanaron las 24 letras), multiplicados por cuatro según la razón del cuaternario inenarrable, hacen el mismo número; y dice que estos son del que es innombrable. Y que son revestidos por los tres Poderes, a semejanza del que es invisible; y que imágenes de las imágenes de estos elementos son las letras dobles que hay entre nosotros, las cuales, contadas con las 24 letras, por el poder que es según la analogía, hacen el número 30.

6. Dice que el fruto de esta razón y disposición apareció a semejanza de una imagen: aquel que después de seis días subió al monte como cuarto y se hizo el sexto; que descendió y fue retenido en la Hebdómada, siendo el octonario insigne y teniendo en sí el número entero de los elementos, que manifestó cuando él mismo vino al bautismo, el descenso de la paloma, que es Ω y A. Pues su número es 1 y 800. Y que por eso Moisés dijo que el hombre fue hecho en el sexto día; y que la disposición, el último hombre, apareció en el sexto día, que es la cena pura, para la regeneración del primer hombre. Y que el principio y el fin de esta disposición fue la hora sexta, en la que fue

clavado al madero; porque el Entendimiento perfecto, conociendo que el número que es seis tiene el poder de la fabricación y de la regeneración, manifestó a los hijos de la luz aquella generación que se hizo por medio del que se manifestó insigne en ese número. De aquí, dice, que también las letras dobles tienen el número insigne. Pues el número insigne, mezclado con los 24 elementos, desplegó el nombre de 30 letras.

7. Y se sirvió, como de un servidor, de la grandeza de los siete números, según dice la Sige de Marcos, para que se manifestara el fruto del pensamiento pensado por él. Y dice que este número insigne ha de entenderse, por ahora, como el que fue figurado por el insigne, el que fue como dividido en partes, o cortado, y permaneció fuera; el cual, por su propio poder y prudencia, mediante la emisión que procede de él, animó este mundo, que es de siete Poderes, a imitación del poder de la Hebdómada, y puso un alma para que fuera la de este universo que se ve. Y también este mismo usa esta obra como si la hubiera hecho espontáneamente; pero lo demás, siendo imitaciones de lo inimitable, sirve a la Enthymesis de la Madre. Y el primer cielo hace sonar A, el que viene después de él E, el tercero H, y el cuarto, que es el medio del número 7. Proclama el poder de la iota; el quinto hace sonar O, el sexto Y, y el séptimo, cuarto desde el medio, clama el elemento Ω, según afirma la Sige de Marcos, que expone muchas cosas con gran locuacidad, pero no dice nada verdadero. Y estos Poderes, dice, todos juntos, abrazados entre sí, suenan y glorifican a aquel por quien fueron

emitidos; y la gloria del sonido es enviada al Propator. Y dice que el sonido de esta glorificación, llevado a la tierra, se hizo el Plasmador y engendrador de las cosas que hay en la tierra.

8. Y aduce como demostración a los infantes que ahora nacen, cuya alma, en cuanto ha salido del seno, clama este sonido de cada elemento. Así pues, como los siete Poderes, dice, glorifican al Verbo, así también el alma en los infantes, llorando y gimiendo, lo glorifica a él, a Marcos. Y que por eso dijo también David: De la boca de los infantes y de los lactantes has perfeccionado la alabanza (Sal 8,3). Y otra vez: Los cielos cuentan la gloria de Dios (Sal 19,2). Y que por eso, cuando el alma está en dolores y calamidades, para su alivio dice Ω en señal de alabanza, para que el alma que está arriba, reconociendo lo que le es afín, le envíe ayuda abajo.

9. Acerca del nombre entero, que es de 30 letras, y acerca de Bythus, que recibe crecimiento de las letras de este; y además acerca del cuerpo de la Verdad, que es de doce miembros, constando cada miembro de dos letras; y acerca de su voz, que pronunció sin pronunciar; y acerca de la resolución de aquel nombre que no ha sido enunciado; y acerca del alma del mundo y del hombre, en cuanto tienen aquella disposición que es a imagen, así deliró. A continuación referiremos cómo su cuaternario muestra un poder igualado a partir de los nombres; para que no se te oculte nada, amadísimo, de lo que ha llegado hasta nosotros de las cosas que ellos dicen, como a menudo nos lo has pedido.

CAPÍTULO 15

Sige sigue narrando a Marcos la generación de los veinticuatro elementos y la de Jesús. Ireneo confuta estos delirios.

1. Así anuncia, pues, su sapientísima Sige la generación de los 24 elementos. Que con la Soledad está la Unidad, de las cuales hay dos emisiones, como se dijo antes, la Mónada y Hen, que, duplicadas, se hicieron 4: pues dos veces 2 son 4. Y a su vez 2 y 4, compuestos en uno mismo, mostraron el número 6. Y estos 6, multiplicados por cuatro, engendraron 24 figuras. Y los nombres del primer cuaternario se entienden como santos de los santos, que no pueden enunciarse; y son entendidos solo por el Hijo, y el Padre sabe cuáles son. Pero los otros, que se nombran con gravedad, y honor, y fe, son para él estos: Ἄῤῥητος y Σιγή, Πατήρ y Ἀλήθεια. Y el número entero de este cuaternario es de 24 letras: pues el nombre Ἄῤῥητος tiene en sí 7 letras, Σειγή 5, y Πατήρ 5, y Ἀλήθεια 7; las cuales, compuestas, dos veces 5 y dos veces 7, completaron el número 24. Del mismo modo también el segundo cuaternario, Logos y Zoe, Anthropos e Iglesia, mostró el mismo número de elementos. Y el nombre enunciable del Salvador, Ἰησοῦς, es de 6 letras; pero su nombre inenarrable es de 24 letras. Υἱός y Χριστός, de 12 letras; pero lo que hay de inenarrable en Cristo, de 30 letras. Y por eso dice que él es A y Ω, para mostrar la περιστερά, ya que esta ave tiene este número.

2. Y Jesús, dice, tiene esta génesis inenarrable. Pues de la Madre de todas las cosas, es decir, del

primer cuaternario, procedió en lugar de hija el segundo cuaternario, y se formó el octonario, del cual procedió la Década: así se formó el 18. Así pues, la Década, unida al octonario y haciéndolo diez veces mayor, hizo el número 80; y a su vez 80 tomado diez veces hizo el número 800; de modo que el número entero de las letras, procediendo del octonario a la Década, es 8 y 80 y 800, que es Jesús. Pues el nombre Jesús, según el cómputo de las letras griegas, es 888. Tienes ahí claramente la génesis del Jesús supraceleste según ellos. Por lo cual también, dicen, el A B de los griegos tiene 8 unidades, y 8 decenas, y 8 centenas, que muestran el número 888, es decir, a Jesús, que consta de todos los números; y por eso se le nombra A y Ω, porque significan su generación a partir de todos. Y otra vez así: del primer cuaternario, compuesto en sí mismo según la progresión del número, apareció el número 10. Pues A y B y Γ y Δ, compuestos en sí mismos, hacen 10, que es I; y pretenden que esto sea Jesús. Pero también Cristo, dice, es de 8 letras, por las cuales se significa el primer octonario, que, unido con la iota, engendró el número 888. Y se le llama también, dice, Hijo Cristo, es decir, la Dodécada: pues el nombre υἱὸς es de 4 letras, y Χριστὸς de 8; las cuales, compuestas, mostraron la grandeza de la Dodécada. Pero antes de que apareciera a los hijos, dice, lo insigne de este nombre, es decir, Jesús, los hombres estaban en gran ignorancia y error. Pero cuando se manifestó el nombre de 6 letras, este nombre que se revistió de carne para descender a la sensibilidad del hombre, teniendo

en sí también el 6 y el 24, entonces, conociéndolo, cesaron de su ignorancia y subieron de la muerte a la vida, hecho el nombre su guía hacia el Padre de la verdad. Pues el Padre de todas las cosas, dice, quiso disolver la ignorancia y destruir la muerte. Y la disolución de la ignorancia era el conocimiento de él. Y por eso se dijo que, según su voluntad, fue dispuesto el hombre que es a imagen de él, el poder que está arriba.

3. Pues del cuaternario procedieron los Eones. Y en el cuaternario estaban Anthropos e Iglesia, Logos y Zoe. De estos, pues, dice, emanaron los Poderes y engendraron al que se manifestó en la tierra, Jesús. Y que el ángel Gabriel ocupó el lugar de Logos, el Espíritu Santo el de Zoe, y el poder del Altísimo el de Anthropos; y la Virgen mostró el lugar de Iglesia. Y así, según él, el hombre que es según la disposición es engendrado por medio de María; al cual, cuando pasaba por el seno, eligió el Padre de todas las cosas por medio del Verbo para el conocimiento de sí mismo. Y que, cuando él vino al agua, descendió sobre él, como paloma, el que había vuelto corriendo arriba y había completado el número 12; en el cual estaba la simiente de los que fueron sembrados juntamente con él, y descendieron con él y subieron con él. Y dice que el Poder mismo que descendió es la simiente del Padre, que tiene en sí al Padre, y al Hijo, y aquel Poder innombrable de Sige que se conoce por medio de ellos, y a todos los Eones. Y que este es el Espíritu que habló por la boca de Jesús, el cual se confesó Hijo del hombre y manifestó al Padre; y que, descendiendo a Jesús, se unió a él.

Y el que fue el Salvador de la disposición, Jesús, dice, destruyó la muerte; pero conoció al Padre, Cristo. Dice, pues, que Jesús es el nombre del hombre de la disposición, pero que fue puesto para asimilación y figuración del Hombre que había de descender a él; y que, conteniéndolo, tenía al mismo Hombre, y al mismo Logos, y al Padre, y a Arrhetos, y a Sige, y a Alethia, y a Iglesia, y a Zoe.

4. Esto está ya por encima de ¡Iu iu! y por encima de ¡Feu!, y por encima de toda exclamación trágica y de todo clamor de dolor. Pues ¿quién no odiará al que es malvado compositor de tantas mentiras, un poeta, cuando vea la verdad hecha ídolo por Marcos, y marcada además con las letras del alfabeto? Hace poco, comparado con lo que es desde el principio, como suele decirse, ayer y anteayer, confiesan los griegos que recibieron primero dieciséis letras de Cadmo; que después, con el correr del tiempo, ellos mismos inventaron unas veces las aspiradas, otras las dobles; y que, por último, dicen, Palamedes les añadió las largas. Antes, pues, de que esto sucediera entre los griegos, ¿no había verdad? Pues su cuerpo, según tú, Marcos, es posterior en el tiempo a Cadmo y a los que fueron antes de él; posterior también a los que añadieron los demás elementos; y posterior en el tiempo aun a ti mismo. Pero tú solo has bajado a un ídolo a la que es predicada por ti como verdad.

5. ¿Y quién soportará a esa Sige tuya, tan verbosa, que nombra al Eón innombrable, expone al inenarrable, enuncia al que es inescrutable, y dice que abrió la boca aquel a quien tú llamas

incorpóreo y sin figura, y que emitió un Verbo como si fuera uno de los seres vivos compuestos; y que su Verbo, semejante al que lo emitió, y hecho forma del invisible, es de 30 elementos y de cuatro sílabas? Será, pues, el Padre de todas las cosas, según la semejanza del Verbo, como tú dices, de 30 elementos y de cuatro sílabas. ¿O quién te soportará, a su vez, encerrando en figuras y números, unas veces 30, otras 24, otras solo 6, al Creador, y Demiurgo, y Hacedor de todas las cosas, el Verbo de Dios, y reduciéndolo a cuatro sílabas y 30 elementos; y rebajando al Señor de todas las cosas, que afirmó los cielos, al número 888, como el alfabeto; y subdividiendo al mismo Padre, que contiene todas las cosas y no es contenido por nadie, en un cuaternario, un octonario y una Dodécada, y enunciando por multiplicaciones de este género lo que en el Padre es, como tú dices, inenarrable e incognoscible? Y de aquel a quien llamas incorpóreo y sin sustancia fabricas la materia y la sustancia a partir de muchas letras, engendradas unas de otras, tú mismo un Dédalo, modelador, hecho artesano malvado del poder más sublime; y subdividiendo en sonidos mudos, vocales y semivocales la sustancia que llamas indivisible, atribuyendo falsamente lo que entre ellos es mudo al Padre de todas las cosas y a su Intención, has arrojado a todos los que te creen a la suma blasfemia y a una gran impiedad.

6. Por lo cual, justa y oportunamente, el anciano de inspiración divina y heraldo de la verdad arremetió contra semejante temeridad tuya, diciendo así: «Marcos, fabricador de ídolos y ob-

servador de prodigios, conocedor de la astrología y del arte mágico, con los que confirmas las doctrinas del error, mostrando señales a los que son seducidos por ti, obras del poder apóstata, que tu padre Satanás te concede hacer por el poder angélico Azazel, teniéndote como precursor de la maldad contraria a Dios.»

Hasta aquí el anciano amante de Dios. Nosotros, por nuestra parte, intentaremos exponer brevemente los demás misterios de ellos, que son largos, y sacar a la luz lo que durante mucho tiempo ha estado oculto. Pues así sucede que puedan ser fácilmente refutados y convencidos por todos.

CAPÍTULO 16

La insulsa explicación de las parábolas de la oveja y de la dracma perdidas, inventada por los marcosianos. Advertencia del autor sobre su asombrosa vesania.

1. Así pues, aunando en uno la generación de los Eones, y el extravío de la oveja, y su hallazgo, se atreven a anunciarlos místicamente estos que han reducido todas las cosas a números, diciendo que todo consta de la Mónada y la dualidad; y contando desde la Mónada hasta 4, engendran así la Década. Pues 1, y 2, y 3, y 4, compuestos en uno, engendraron el número de los 10 Eones. Y a su vez la dualidad, procediendo desde sí misma hasta el episemon, 2, y 4, y 6, muestra la Dodécada. Y a su vez, contando nosotros del mismo modo desde la dualidad hasta 10, se muestra el número 30, en el cual están la Ogdóada, la Déca-

da y la Dodécada. A la Dodécada, pues, porque tiene el episemon a continuación de sí, la llaman la pasión, a causa del episemon. Y que por eso, habiéndose producido un cierto defecto en torno al número 12, la oveja, retozando, se extravió; pues dicen que la apostasía se produjo a partir de la Dodécada. Del mismo modo adivinan que un Poder, apartándose de la Dodécada, se perdió; y que esta es la mujer que perdió la dracma, y encendió una lámpara, y la halló. Así, pues, también los números restantes, los 9 de la dracma y los 11 de la oveja, entrelazados entre sí, engendran el número 99; porque 9 veces 11 son 99. Por lo cual dicen que también el Amén tiene este número.

2. No me dará pereza referirte cómo lo interpretan también de otro modo, para que contemples su fruto por todos lados. Pues pretenden que la letra H, con el episemon, sea la Ogdóada, ya que está puesta en el octavo lugar desde alfa beta; y a su vez, computando sin el episemon el número de las letras mismas y sumándolas hasta la H, muestran la Triacóntada. Pues si uno comienza por la A y termina en la H, a través de los números de las letras, pero quitando el episemon y sumando además el incremento de las letras, hallará el número 30. Pues hasta la letra E resultan 15; después, añadido a ellos el número 7, se completan 22; y cuando se les ha añadido la H, que es 8, se ha completado la admirable Triacóntada. Y de aquí muestran que la Ogdóada es la madre de los treinta Eones. Puesto que, pues, el número 30 fue unido a partir de tres poderes, hecho tres veces lo mismo, hizo 90. Y la tríada misma,

compuesta consigo, engendró 9. Así la Ogdóada engendró el número 99. Y como el duodécimo Eón, al apartarse, dejó arriba 11, dicen que en consecuencia el tipo de las letras fue puesto en la figura de Logos (pues la undécima entre las letras es la Λ, que es el número 30), y que fue puesto a imagen de la disposición superior; ya que, desde alfa sin el episemon, el número de las letras mismas sumado hasta la Λ, según el incremento de las letras, con la misma Λ, hace el número 90 y 9. Y que la Λ, que está en el undécimo lugar en el orden, descendió en busca de lo semejante a sí para completar el número 12, y que, cuando lo halló, quedó completa, dicen que es manifiesto por la figuración misma de la letra. Pues la Λ, viniendo como en busca de lo semejante a sí, y hallándolo, y arrebatándolo hacia sí, completó el duodécimo lugar, constando la letra M de dos lambdas, ΛΛ. Por lo cual, dicen, ellos mismos, por el conocimiento, huyen del lugar del 99, es decir, de la disminución, tipo de la mano izquierda; y siguen al uno que, añadido a los noventa y nueve, los trasladó a la mano derecha.

3. Tú, amadísimo, al recorrer estas cosas, sé muy bien que te reirás mucho de su necedad, tan sabia en su hinchazón. Pero son dignos de llanto los que enuncian tan grande religión de Dios, y la grandeza del poder verdaderamente inenarrable, y tan grandes disposiciones de Dios, por medio de A y B, y por medio de números tan fríos y arrancados a la fuerza. Y cuantos se apartan de la Iglesia y asienten a estas fábulas de viejas están verdaderamente condenados por sí mismos; y Pablo nos

manda evitarlos después de una primera y una segunda corrección. Pues Juan, el discípulo del Señor, extendió aún más su condenación, no queriendo que nosotros les digamos siquiera Salve: Pues quien les dice, dice, Salve, participa de sus obras perversísimas (2 Jn 11). Y con razón: pues no hay alegría para los impíos, dice el Señor (Is 48,22). Y son impíos por encima de toda impiedad estos que dicen que el Hacedor del cielo y de la tierra, el único Dios omnipotente, sobre el cual no hay otro Dios, fue emitido de un defecto, y este hecho a su vez de otro defecto; de modo que ya, según ellos, él es la emisión de un tercer defecto. Soplando contra esta doctrina y anatematizándola, como merece, es preciso huir lejos de ellos a otra parte; y cuanto más afirman estas cosas y se alegran en estas invenciones suyas, tanto más sepamos que son agitados por los espíritus perversísimos de la Ogdóada. Así como los que han caído en un frenesí, cuanto más ríen, y se creen sanos, y lo hacen todo como si estuvieran sanos, y algunas cosas incluso como si estuvieran más que sanos, tanto peor están: así también estos, cuanto más se cree que son sabios, extenuándose a sí mismos, disparando más allá de la tensión del arco, tanto menos saben. Pues el espíritu inmundo de la ignorancia, saliendo, y hallándolos luego desocupados, no para Dios, sino para cuestiones mundanas, tomando consigo otros siete espíritus peores que él, y entonteciendo su mente, como si pudieran inventar las cosas que están por encima de Dios, una mente dispuesta a propósito para

la exclusión, ha puesto en ellos la Ogdóada de la ignorancia de los espíritus perversísimos.

CAPÍTULO 17

Cómo fingían los marcosianos que las cosas creadas fueron creadas a imagen de las invisibles.

1. Y quiero referirte cómo dicen que la creación misma fue fabricada a imagen de las cosas invisibles por el Demiurgo, como si él lo ignorara, por medio de la Madre. Primero dicen que los cuatro elementos, el fuego, el agua, la tierra y el aire, fueron emitidos como imagen del cuaternario superior; y que sus operaciones, contadas con ellos, es decir, lo cálido y lo frío, lo húmedo y lo seco, figuran cuidadosamente la Ogdóada; de la cual enumeran así diez Poderes: siete cuerpos que giran en círculo, a los que llaman también cielos; después el círculo que los contiene, al que llaman octavo cielo; después el sol y la luna. Estos, siendo diez en número, dicen que son imágenes de aquella Década invisible que procedió de Logos y Zoe. Y que la Dodécada se muestra por medio del círculo que se llama Zodíaco. Pues dicen que los doce signos pintaron clarísimamente, como por medio de una cierta sombra, a la hija de Hombre e Iglesia, la Dodécada. Y puesto que, dicen, el cielo colocado encima, unido en sentido contrario sobre la mole de todas las cosas, siendo velocísimo, hace peso sobre la bóveda misma y por su contrariedad modera con su lentitud la velocidad de aquellos, de modo que en treinta años hace su recorrido de signo en signo, dicen que es imagen de Horos, que circunda a la Madre

de ellos, trigésima en nombre. Y a su vez que la luna, recorriendo su cielo en treinta días, significa por los días el número de los treinta Eones. Y que el sol, girando en doce meses y completando su apocatástasis circular, manifiesta la Dodécada por medio de los doce meses. Y que los días mismos, que tienen una medida de doce horas, son tipo de la Dodécada que no aparece. Y dicen que también la hora, que es la duodécima parte del día, está adornada de treinta partes, a causa de la imagen de la Triacóntada. Y que la circunferencia del mismo círculo zodiacal es de trescientas sesenta partes; pues cada uno de los signos tiene treinta partes. Así también, dicen, por medio del círculo se conserva la imagen del acoplamiento de los doce con los treinta. Y además, diciendo que la tierra está dividida en doce zonas, y que en cada zona recibe un poder de los cielos según su descenso, y engendra hijos semejantes al poder que envió la destilación, aseveran que es un tipo clarísimo de la Dodécada y de sus hijos.

2. Y además de esto dicen que el Demiurgo, queriendo imitar lo interminable, y eterno, e infinito, e intemporal de la Ogdóada superior, y no pudiendo configurar su perduración y perpetuidad, por ser fruto de un defecto, redujo su eternidad a espacios de tiempo, y a tiempos, y a números de muchos años, creyendo imitar lo interminable de ella con la multitud de los tiempos. Aquí, dicen, al escapársele la verdad, siguió la mentira; y por eso su obra, cumplidos los tiempos, recibe la destrucción.

CAPÍTULO 18

Qué lugares de Moisés torcían los herejes hacia su hipótesis.

1. Y diciendo tales cosas sobre la creación, cada uno de ellos inventa cada día, como puede, algo nuevo. Pues nadie es perfecto entre ellos, sino el que ha producido como fruto las mayores mentiras. Y cuanto de los escritos proféticos transforman y acomodan, es necesario ponerlo de manifiesto y aducir contra ellos la refutación. Pues Moisés, dicen, al comenzar la obra de la creación, mostró en seguida, en el principio, a la Madre de todas las cosas, diciendo: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Gn 1,1). Nombrando estos cuatro, Dios y principio, cielo y tierra, figuró su cuaternario, según dicen ellos mismos. Y que, mostrando lo invisible y escondido de él, dijo: Y la tierra era invisible e informe (Gn 1,2). Y pretenden que del segundo cuaternario, progenie del primer cuaternario, haya hablado así, nombrando el abismo y las tinieblas, en los que están también las aguas, y el espíritu que se movía sobre las aguas. Después de esto, dicen, haciendo mención de la Década, habla de la luz, y del día, y de la noche, y del firmamento, y de la tarde, y de lo que se llama mañana, y de la tierra seca, y del mar, y además de la hierba, y en décimo lugar del árbol; y así, por diez nombres, manifestó los diez Eones. Y el poder de la Dodécada está formado así entre ellos: pues habla del sol, y de la luna, y de las estrellas, y de los tiempos, y de los años, y de los monstruos marinos, y además de los peces, y de

los reptiles, y de las aves, y de los cuadrúpedos, y también de las fieras, y por encima de todos estos, en duodécimo lugar, del hombre. Así enseñan que la Triacóntada fue dicha por el espíritu por medio de Moisés. Y también que el hombre, formado a imagen del poder superior, tiene en sí el poder que procede de la única fuente. Y que está establecido en el lugar que está en el cerebro, del cual fluyen cuatro poderes a imagen de la Tétrada superior, que se llaman: uno, vista; el otro, oído; el tercero, olfato; y el cuarto, gusto. Y dicen que el octonario está significado por medio del hombre así: tiene dos oídos, y otros tantos ojos, y además dos olfatos, y un gusto doble, de lo amargo y de lo dulce. Y enseñan que el hombre entero tiene así toda la imagen de la Triacóntada: en las manos lleva la Década por medio de los dedos; y en el cuerpo entero, por estar dividido en doce miembros, la Dodécada. Y lo dividen como está dividido entre ellos el cuerpo de la Verdad, del cual hablamos antes. Y que la Ogdóada, inenarrable e invisible, se entiende escondida en las entrañas.

2. Dicen también, a su vez, que el sol, que es la gran lumbrera, fue hecho en el cuarto día a causa del número del cuaternario. También los atrios del tabernáculo construido por Moisés, hechos de lino fino, y de jacinto, y de púrpura, y de escarlata, han mostrado entre ellos la misma imagen. También declaran que la túnica talar del sacerdote, adornada con cuatro hileras de piedras preciosas, significa el cuaternario. Y cualesquiera cosas semejantes que estén puestas en las Escri-

turas que puedan designar el número 4, dicen que fueron hechas a causa de su cuaternario. A su vez, el octonario se muestra así: dicen que el hombre fue formado en el octavo día; pues unas veces pretenden que fuera hecho en el sexto día, y otras en el octavo; a no ser que digan que el coico fue formado en el sexto día, y el carnal en el octavo; pues estas cosas se distinguen entre ellos. Y algunos pretenden que haya otro hombre, el que fue hecho a imagen y semejanza de Dios, masculino--femenino, y que este es el espiritual; y otro, el que fue plasmado de la tierra.

3. Y dicen que la disposición del arca en el cataclismo, en la cual se salvaron ocho personas, muestra clarísimamente la Ogdóada. Y que David significa también lo mismo, por haber nacido el octavo entre sus hermanos. Y además, que la circuncisión, que se hace en el octavo día, manifiesta la circuncisión de la Ogdóada superior. Y, en general, cuantas cosas se encuentran en las Escrituras que pueden reducirse al número ocho, dicen que cumplen el misterio de la Ogdóada. Y dicen que la Década está significada también por las diez naciones que Dios prometió dar en posesión a Abraham; y que la disposición relativa a Sara, cómo después de diez años le da su esclava Agar para que tenga de ella un hijo, significa lo mismo. Y el siervo de Abraham enviado a Rebeca, que le da junto al pozo brazaletes de diez piezas de oro, y los hermanos de ella, que la retienen diez días; además Jeroboán, que recibió diez cetros, y los diez atrios del tabernáculo, y las columnas de diez codos, y los diez hijos de Jacob enviados la

primera vez a Egipto a comprar trigo, y los diez apóstoles a los que se manifestó el Señor después de la resurrección, no estando presente Tomás: estos, según ellos, figuraban la Década invisible.

4. Y la Dodécada, en torno a la cual tuvo lugar también el misterio de la pasión del defecto, pasión de la cual pretenden que hayan sido fabricadas las cosas visibles, dicen que está puesta en todas partes de modo señalado y clarísimo. Y pretenden que los doce hijos de Jacob, de los que proceden también las doce tribus, y el oráculo multicolor que tiene doce piedras y doce campanillas, y las doce piedras puestas por Moisés al pie del monte, y asimismo las puestas por Josué en el río, y las otras puestas en la otra orilla, y los que llevaban el arca del testamento, y las puestas por Elías en el holocausto del becerro, y también el número de los apóstoles, y absolutamente todo lo que guarda el número doce, signifiquen su Dodécada. Y la unidad de todos estos, que se llama Triacóntada, por el arca cuya altura fue de treinta codos en tiempo de Noé; y por Samuel, que hizo recostarse a Saúl… que se escondía treinta días en el campo; y por los que entraron con él en la cueva; y porque la longitud del santo tabernáculo fue de treinta codos; y cualesquiera otras cosas que se hallen iguales a estos números: con aseveraciones de este género muestran su Triacóntada.

CAPÍTULO 19

Con qué testimonios de la Escritura probaban que el Padre supremo fue desconocido antes de la venida de Cristo.

1. Y he juzgado necesario añadir a estas cosas también cuánto se esfuerzan por persuadir, escogiéndolo de las Escrituras, acerca de su Propator, que era desconocido para todos antes de la venida de Cristo, para mostrar que nuestro Señor anunció otro Padre fuera del Fabricador de este universo, del cual, como dijimos antes, blasfemando impíamente, dicen que es fruto de un defecto. Así pues, acomodan al profeta Isaías, que dice: Pero Israel no me ha conocido, y el pueblo no me ha entendido (Is 1,3), como si hubiera hablado de la ignorancia del invisible Bythus. Y lo que se dijo en Oseas: No hay en ellos verdad, ni conocimiento de Dios (Os 4,1), intentan torcerlo hacia lo mismo. Y: No hay quien entienda o busque a Dios; todos se desviaron, a una se hicieron inútiles (Sal 14,2-3; Rom 3,11-12): esto lo aplican a la ignorancia de Bythus. Y lo dicho por medio de Moisés: Nadie verá a Dios y vivirá (Ex 33,20), quieren persuadir que se refiere a él.

2. Y dicen que el Fabricador fue visto por los profetas; pero pretenden que lo que está escrito: Nadie verá a Dios y vivirá (Ex 33,20), se haya dicho de la grandeza invisible y desconocida para todos. Que se dijo del Padre invisible, Hacedor de todas las cosas: Nadie verá a Dios, es manifiesto para todos nosotros; pero que no se dijo de aquel que fue inventado por ellos, Bythus, sino del Demiurgo (y él es el Dios invisible), se muestra a medida que avanza el discurso. Y que Daniel significa lo mismo, en cuanto pregunta al ángel las soluciones de las parábolas, como quien no sabe. Y que el ángel, escondiéndole el gran misterio

de Bythus, le dijo: Vuelve, Daniel; pues estas palabras están cerradas, hasta que los que entienden entiendan, y los blancos sean blanqueados (Dan 12,9-10); y se glorían de que ellos mismos son los blancos y los que entienden.

CAPÍTULO 20

Sobre los escritos apócrifos y fingidos de los marcosianos, y sobre los lugares del Evangelio de que abusaban.

1. Además de esto, aducen una inenarrable multitud de escritos apócrifos y espurios, que ellos mismos han fingido, para asombro de los insensatos y de los que no conocen las letras de la verdad. Y toman para esto también aquella falsificación: que el Señor, cuando era niño y aprendía las letras, habiéndole dicho su maestro, como es costumbre: «Di A», respondió: «A». De nuevo, cuando el maestro le mandó decir B, el Señor respondió: «Dime tú primero qué es A, y entonces yo te diré qué es B». Y exponen esto como si él solo hubiera conocido al Desconocido, al que manifestó en el tipo de la alfa.

2. Y algunas de las cosas puestas en el Evangelio las transforman según este sello: como lo que, teniendo doce años, respondió a su madre diciendo: ¿No sabéis que es necesario que yo esté en las cosas que son de mi Padre? (Lc 2,49) Dicen que les anunciaba a este Padre, al que no conocían; y que por eso envió a los discípulos a las doce tribus, anunciándoles al Dios desconocido. Y que al que le había dicho: Maestro bueno,

confesó al Dios que es verdaderamente bueno, respondiendo: ¿Por qué me llamas bueno? Uno solo es bueno, el Padre en los cielos (Mt 19,17; Mc 10,18; Lc 18,19); y dicen que ahora a los cielos se les llama Eones. Y por eso, interpretan, no respondió a los que le dijeron: ¿Con qué poder haces esto? (Mt 21,23; Mc 11,28; Lc 20,2), sino que, por el contrario, los confundió con su propia pregunta; y que, al no decirlo, no mostró lo inenarrable del Padre. Y también en que dijera: Muchas veces he deseado oír una de estas palabras, y no tuve quien me la dijera, dicen que por este «una» manifestaba al que es verdaderamente el único Dios, al que no habían conocido. Además, dicen, en que, acercándose a Jerusalén, lloró sobre ella y dijo: Si conocieras también tú hoy lo que conduce a la paz; pero te está escondido (Lc 19,42), por esa palabra, «escondido», manifestó el apócrifo de Bythus. Y otra vez, diciendo: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré, y aprended de mí (Mt 11,28-29), anunció, dicen, al Padre de la Verdad. Pues lo que no sabían, dicen, les prometió que se lo enseñaría.

3. Y como demostración de lo anterior, y como coronamiento de su regla, aducen esto: Te confieso, Padre, Señor de la tierra y de los cielos, que has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños. Así, Padre mío, porque así ha sido de tu agrado. Todas las cosas me han sido entregadas por el Padre; y nadie ha conocido al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre, y aquel a quien el Hijo lo haya revelado (Mt 11,25-27; Lc 10,21-22). Pues en estas palabras,

dicen, mostró clarísimamente que antes de su venida nadie había conocido claramente al Padre de la Verdad; y pretenden ajustarlo a que el Fabricador y Creador fue, por así decir, conocido siempre por todos; y que el Señor dijo estas cosas del Padre desconocido para todos, al que ellos anuncian.

CAPÍTULO 21

Qué es la redención de los herejes, y de cuántas maneras.

1. Ahora bien, sucede que la tradición de su redención es invisible e incomprensible, como que es la madre de las cosas incomprensibles e invisibles. Y por eso, siendo inestable, no ha de referirse de modo simple ni con un solo discurso, porque cada uno de ellos la transmite como ellos mismos quieren. Pues cuantos son los prelados místicos de esta doctrina, tantas son también las redenciones. Y como esta especie ha sido enviada por Satanás para la negación del bautismo de aquella regeneración que es en Dios, y para la destrucción de toda la fe, los referiremos refutándolos en un lugar más oportuno.

2. Y dicen que es necesaria a los que han recibido el conocimiento perfecto, para que sean regenerados en aquel Poder que está sobre todas las cosas. Pues de otro modo es imposible para nosotros entrar dentro del Pleroma, ya que es ella la que conduce a lo profundo de Bythus, según ellos. Y que el bautismo del Jesús visible es para la remisión de los pecados, pero la redención del Espíritu que descendió en él es para la perfección; y aseguran que aquel es animal, y esta, espiritual.

Y que el bautismo anunciado por Juan fue para la penitencia, pero la redención del Cristo que está en él fue puesta para la perfección; y que esto es aquello de lo que dice: Tengo otro bautismo con que ser bautizado, y me apresuro mucho hacia él (Lc 12,50). Y dicen que también a los hijos de Zebedeo, cuando su madre pedía que los hiciera sentar a la derecha y a la izquierda con él en el reino, el Señor les propuso esta redención, diciendo: ¿Podéis ser bautizados con el bautismo con que yo he de ser bautizado? (Mc 10,38) Y dicen que Pablo mostró manifiestamente y muchísimas veces la redención que es en Cristo Jesús; y que esta es la que ellos transmiten de modos variados y sin concordancia.

3. Pues algunos de ellos disponen una especie de cámara nupcial y celebran como un rito místico, con ciertas palabras profanas, para los que son iniciados; y dicen que lo que ellos hacen es un matrimonio espiritual, a semejanza de los emparejamientos superiores. Otros los llevan al agua, y al bautizarlos dicen así: «En el nombre del Padre desconocido de todas las cosas, en la Verdad, Madre de todas las cosas, en el que descendió a Jesús, para la unión, y la redención, y la comunión de los poderes». Otros pronuncian además sobre ellos nombres hebreos, para asombrar o aterrar a los que son iniciados, así: «Basyma cacabasa eanaa, irraumista diarbada, caeota bafobor camelanthi». Y su interpretación es esta: «Invoco aquello que está por encima de todo poder del Padre, que se llama luz, y espíritu, y vida, porque has reinado en el cuerpo». Otros, a

su vez, pronuncian así la redención: «El nombre que está escondido a toda deidad, y dominación, y verdad, del cual se revistió Jesús Nazareno en las zonas de la luz, Cristo, Señor del que vive, por el Espíritu Santo, para la redención angélica. El nombre de la restauración: Messia ufar magno in seenchaldia mosomeda, eaacha faronepseha Jesu Nazarene». Y la interpretación de estas palabras es esta: «No divido el espíritu de Cristo, el corazón, y el poder supraceleste misericordioso; goce yo de tu nombre, Salvador de la verdad». Y esto lo pronuncian los mismos que inician; y el que es iniciado responde: «Estoy confirmado, y estoy redimido, y redimo mi alma de este eón y de todas las cosas que proceden de él, en el nombre de Iao, que redimió su alma para la redención en el Cristo viviente». Después pronuncian los que están presentes: «Paz a todos sobre los que reposa este nombre». Después ungen al iniciado con opobálsamo. Pues dicen que este ungüento es tipo de aquella suavidad que está por encima de todas las cosas.

4. Algunos de ellos dicen que es superfluo llevarlos al agua; pero, mezclando aceite y agua en uno, con ciertas palabras profanas semejantes a las que dijimos antes, los derraman sobre la cabeza de los que son iniciados; y pretenden que esto sea la redención; y también ellos ungen con opobálsamo. Otros, rechazando todo esto, dicen que el misterio del poder inenarrable e invisible no debe realizarse por medio de criaturas visibles y corruptibles, ni lo que no puede concebirse con la mente, y es incorpóreo e insensible, por medio

de cosas sensibles y corpóreas. Y que la redención perfecta es el conocimiento mismo de la grandeza inenarrable. Pues, habiéndose producido por la pasión las cosas que proceden de la ignorancia del defecto, todo el estado de ignorancia, dicen, se disuelve por el conocimiento; de modo que el conocimiento es la redención del hombre interior. Y que no es corporal, pues el cuerpo es corruptible; ni animal, porque también el alma procede del defecto, como morada del espíritu: luego también la redención debe ser espiritual. Pues el hombre interior, espiritual, dicen, es redimido por el conocimiento, y les basta el conocimiento de todas las cosas; y esta es la verdadera redención.

5. Hay otros que redimen a los muertos al término de su partida, poniéndoles sobre la cabeza aceite y agua, o el ungüento antes dicho con agua, y con las invocaciones arriba mencionadas, para que se hagan incomprensibles e invisibles a los príncipes y a las potestades, y para que su hombre interior suba por encima de las cosas invisibles, como si su cuerpo quedara en la creación del mundo, mientras el alma es arrojada al Demiurgo. Y les mandan que, cuando lleguen a las Potestades después de muertos, digan esto: «Yo soy hijo del Padre, del Padre que existía antes, e hijo en aquel que existía antes. Y he venido a ver todas las cosas, las mías y las ajenas; pero no del todo ajenas, sino que son de Achamoth, que es hembra, y ella las hizo para sí; pues deriva su linaje del que existía antes; y vuelvo de nuevo a lo mío, de donde vine». Y dicen que, diciendo esto,

se evade y escapa de las Potestades. Y que llega también a los que rodean al Demiurgo y les dice: «Yo soy un vaso precioso, más que la hembra que os hizo. Si vuestra madre ignora su raíz, yo en cambio me conozco a mí mismo, y sé de dónde soy, e invoco a la incorruptible Sophia, que está en el Padre, y es madre de vuestra madre, la cual no tiene padre ni consorte; una masculino-femenina, nacida de una hembra, os hizo, ignorando incluso a su propia madre y creyéndose sola; pero yo invoco a la madre de ella». Y que los que rodean al Demiurgo, al oír esto, se turban mucho, y reprenden su raíz y el linaje de su madre; pero que ellos se van a lo suyo, arrojando sus ataduras, es decir, el alma. Y esto es lo que ha llegado hasta nosotros acerca de su redención. Pero, como discrepan entre sí tanto en la doctrina como en la tradición, y los que entre ellos se reconocen como más recientes se afanan cada día por inventar algo nuevo y producir como fruto lo que nunca nadie ideó, es difícil describir los pareceres de todos.

CAPÍTULO 22

Cuál es la regla de la verdad, y en qué se apartan de ella todos los herejes.

1. Pero, como nosotros tenemos la regla de la verdad, es decir, que hay un solo Dios omnipotente, que creó todas las cosas por su Verbo, y las ajustó, y las hizo de lo que no era, para que todas las cosas fuesen, según dice la Escritura: porque por el Verbo del Señor fueron afirmados los cielos, y por el Espíritu de su boca todo su

poder (Sal 33,6); y otra vez: Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo (Jn 1,3) (y de todas las cosas nada ha quedado sustraído; sino que el Padre hizo todas las cosas por él, ya sean visibles, ya invisibles, ya sensibles, ya inteligibles, ya temporales, en razón de alguna disposición, ya sempiternas y eternas); no por medio de ángeles, ni por medio de poderes separados de su juicio, pues Dios no necesita de ninguna de todas las cosas, sino haciendo todas las cosas por su Verbo y Espíritu, y disponiéndolas, y gobernándolas, y dando a todas el ser: este es el que hizo el mundo (pues también el mundo está entre todas las cosas), este es el que plasmó al hombre, este es el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, por encima del cual no hay otro Dios, ni Principio, ni Poder, ni Pleroma; este es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, como mostraremos: teniendo, pues, esta regla, por variadas y numerosas que sean las cosas que dicen, fácilmente probamos que se han desviado de la verdad. Pues casi todas cuantas herejías hay dicen ciertamente que Dios es uno, pero por una mala doctrina lo alteran, siendo ingratos para con aquel que los hizo, como también las naciones por la idolatría. Y desprecian la hechura de Dios, contradiciendo su propia salvación, siendo ellos mismos sus más amargos acusadores y falsos testigos. Ellos ciertamente resucitarán en la carne, aunque no quieran, para que reconozcan el poder del que los resucita de entre los muertos; pero no serán contados con los justos, a causa de su incredulidad.

2. Puesto que, pues, el desenmascaramiento y la refutación de todos los herejes es variada y multiforme, y nuestro propósito es contradecirlos a todos según su propio sello, hemos juzgado necesario referir primero su fuente y su raíz, para que, conociendo su sublimísimo Bythus, entiendas el árbol del cual han brotado tales frutos.

CAPÍTULO 23

La doctrina y las costumbres de Simón el Mago y de Menandro.

1. Pues Simón el samaritano, aquel mago del que dice Lucas, discípulo y seguidor de los apóstoles: Pero un hombre llamado Simón, que antes estaba en la ciudad ejerciendo el arte de la magia y seduciendo a la nación de los samaritanos, diciendo que él era alguien grande, al cual escuchaban desde el pequeño hasta el grande, diciendo: Este es el poder de Dios que se llama grande (Hch 8,9-10). Y le atendían, porque durante mucho tiempo los había trastornado con sus artes mágicas (Hch 8,11). Este Simón, pues, que fingió la fe, pensando que también los apóstoles realizaban sus curaciones por magia y no por el poder de Dios; y sospechando que también esto, que llenaran del Espíritu Santo, por la imposición de las manos, a los que creían en Dios por aquel cuya buena nueva ellos anuncian, Cristo Jesús, se hacía por cierta ciencia mágica mayor; y ofreciendo dinero a los apóstoles para recibir también él esta potestad de dar el Espíritu Santo a quien quisiera, oyó de Pedro: Tu dinero sea contigo para perdición, porque pensaste que el don de Dios se

poseía con dinero: no tienes parte ni suerte en esta palabra, pues tu corazón no es recto delante de Dios (Hch 8,20-21). Pues veo que estás en hiel de amargura y en atadura de injusticia (Hch 8,23). Y como había creído a Dios todavía menos, se empeñó ávidamente en competir con los apóstoles, para parecer también él glorioso, escudriñando todavía más toda la magia, de modo que llevaba al estupor a muchos hombres; pues vivía bajo Claudio César, por quien incluso se dice que fue honrado con una estatua a causa de su magia. Este, pues, fue glorificado por muchos como Dios, y enseñó que era él mismo quien entre los judíos se había aparecido como Hijo, en Samaria había descendido como Padre, y en las demás naciones había venido como Espíritu Santo. Y enseñó que él era el Poder sublimísimo, es decir, aquel que es Padre sobre todas las cosas, y que consentía en ser llamado con cualquier nombre con que lo llamen los hombres.

2. Ahora bien, Simón el samaritano, de quien surgieron todas las herejías, tiene para su secta una materia de esta clase. Habiendo él mismo rescatado de Tiro, ciudad de Fenicia, a una tal Helena, una prostituta, la llevaba consigo, diciendo que ella era la primera concepción de su mente, la madre de todos, por la cual al principio concibió en su mente hacer ángeles y arcángeles. Pues dijo que esta Ennoia, saltando fuera de él y conociendo lo que quiere su padre, descendió a las regiones inferiores y engendró Ángeles y Potestades, por los cuales también fue hecho este mundo. Y después que los engendró, ella fue

retenida por ellos por envidia, porque no querían ser tenidos por progenie de algún otro. Pues él mismo, dice, era del todo desconocido para ellos; pero su Ennoia fue retenida por las Potestades y los Ángeles que habían sido emitidos por ella, y padeció de parte de ellos todo ultraje, para que no volviera a subir a su padre, hasta el punto de quedar encerrada incluso en un cuerpo humano y de pasar a lo largo de los siglos, como de vaso en vaso, a otros cuerpos de mujer. Estuvo también, dice, en aquella Helena por la cual se libró la guerra de Troya; por lo cual también Estesícoro, que la maldijo en sus poemas, quedó privado de los ojos, y después, arrepintiéndose y escribiendo las llamadas palinodias, en las que la celebró con himnos, volvió a ver. Y pasando de cuerpo en cuerpo, y por eso sufriendo siempre ultraje, al final se prostituyó incluso en un burdel; y ella es, dice, la oveja perdida.

3. Por lo cual, dice, vino él mismo, para tomarla a ella la primera y librarla de sus cadenas, y para otorgar a los hombres la salvación por su propio conocimiento. Pues como los Ángeles gobernaban mal el mundo, porque cada uno de ellos codiciaba el primer lugar, vino, dice, para enmendar las cosas, y descendió transfigurado y asemejado a los Poderes, a las Potestades y a los Ángeles, de modo que también entre los hombres apareció él como hombre, no siendo hombre, y se creyó que había padecido en Judea, no habiendo padecido. Los profetas, dice, pronunciaron sus profecías inspirados por los Ángeles fabricadores del mundo; por lo cual los que tienen su esperan-

za en él y en su Helena no han de hacer ya caso de ellos, y pueden hacer como libres lo que quieran: pues los hombres se salvan, dice, según su gracia, pero no según obras justas. Pues las obras, dice, no son justas por naturaleza, sino por accidente, según las establecieron los Ángeles que hicieron el mundo, reduciendo a los hombres a servidumbre por medio de tales preceptos. Por lo cual prometió que el mundo sería disuelto y que los suyos serían liberados del imperio de los que hicieron el mundo.

4. Así pues, los sacerdotes místicos de estos viven lujuriosamente y practican magias, cada uno de ellos según puede. Usan exorcismos y encantamientos. También los filtros de amor y los hechizos de atracción, y los llamados espíritus familiares y enviadores de sueños, y cualesquiera otras artes mágicas, se ejercitan con empeño entre ellos. Tienen también una imagen de Simón hecha a figura de Júpiter, y otra de Helena a figura de Minerva, y las adoran; y tienen además el nombre de Simón, el jefe de esta impiísima doctrina, pues se llaman simonianos, de los cuales tomó sus comienzos la falsamente llamada ciencia, como se puede aprender de sus mismas afirmaciones.

5. Su sucesor fue Menandro, samaritano de raza, que también él llegó a la cumbre de la magia. Este dice que el primer Poder es desconocido para todos, y que él es el enviado por los invisibles como Salvador para la salvación de los hombres. Y dice que el mundo fue hecho por Ángeles, los cuales también él, como Simón, dice que fueron

emitidos por Ennoia. Y que, por la magia que él enseña, da una ciencia para esto: para vencer incluso a los Ángeles que hicieron el mundo. Pues sus discípulos, dice, reciben la resurrección por el bautismo en él, y ya no pueden morir, sino que perduran sin envejecer e inmortales.

CAPÍTULO 24

Sobre Saturnino y Basílides.

1. Tomando de estos sus ocasiones, Saturnino, que era de Antioquía, la que está junto a Dafne, y Basílides mostraron doctrinas muy distintas: el uno en Siria, el otro en Alejandría. Saturnino, como Menandro, presentó un único Padre, desconocido para todos, que hizo Ángeles, Arcángeles, Poderes, Potestades. Y que el mundo y todo lo que hay en él fue hecho por ciertos siete Ángeles. Y que el hombre es cosa hecha por los Ángeles: habiendo aparecido desde arriba, desde la Potestad suprema, una imagen luminosa, y no habiendo podido retenerla, dice, porque al punto volvió a subir, se exhortaron unos a otros diciendo: Hagamos al hombre a imagen y semejanza (Gn 1,26); y una vez hecho, como la hechura no podía erguirse por la flaqueza de los Ángeles, sino que se retorcía como un gusano, el Poder de arriba, compadeciéndose de él porque había sido hecho a su semejanza, emitió una chispa de vida, que irguió al hombre, lo articuló y lo hizo vivir.

Esta chispa de vida, pues, dice, vuelve corriendo después de la muerte a lo que es de su mismo género, y lo demás de lo que fueron hechos se disuelve.

2. Al Salvador lo presentó como no nacido, incorpóreo y sin figura, y visto como hombre en apariencia; y dijo que el Dios de los judíos es uno de los ángeles. Y porque todos los príncipes quisieron destruir a su Padre, vino Cristo, dice, para la destrucción del Dios de los judíos y para la salvación de los que creen en él; y estos son los que tienen la chispa de su vida. Pues fue él el primero en decir que dos géneros de hombres fueron plasmados por los Ángeles, el uno malvado y el otro bueno. Y como los demonios ayudan a los peores, vino el Salvador, dice, para la disolución de los hombres malos y de los demonios, y para la salvación de los buenos. Casarse y engendrar, dicen, viene de Satanás. Y muchos de los que proceden de él se abstienen también de los animales, seduciendo a muchos con una continencia fingida de esta clase. Algunas profecías, dice, fueron pronunciadas por los Ángeles que fabricaron el mundo, y otras por Satanás, al que presenta también a él como un ángel, adversario de los fabricadores del mundo, y sobre todo del Dios de los judíos.

3. Basílides, para parecer haber hallado algo más elevado y más verosímil, extendió sin medida la opinión de su doctrina, mostrando que primero nació del Padre no nacido Nus, y de este nació Logos, luego de Logos Phronesis, y de Phronesis Sophia y Dynamis, y de Dynamis y Sophia los Poderes, los Príncipes y los Ángeles, a los que llama también los primeros, y que por ellos fue hecho el primer cielo. Después, otros, hechos por derivación de estos, hicieron otro cielo seme-

jante al primero; y habiendo sido hechos del mismo modo otros por derivación de ellos, antitipos de los que estaban sobre ellos, configuraron un tercer cielo; y del tercero, de los que descendían hacia abajo, un cuarto; y así sucesivamente, dicen, fueron hechos de esa manera unos y otros Príncipes y Ángeles, y trescientos sesenta y cinco cielos. Por lo cual, dicen, el año tiene otros tantos días, según el número de los cielos.

4. Y los Ángeles, dicen, que ocupan el último cielo, el que también nosotros vemos, establecieron todo lo que hay en el mundo, y se hicieron partes de la tierra y de las naciones que hay sobre ella. Y su príncipe, dicen, es el que se tiene por Dios de los judíos. Y como este quiso someter las demás naciones a sus hombres, es decir, a los judíos, todos los demás príncipes se le opusieron y obraron contra él. Por lo cual también las demás naciones se apartaron de su nación. Y el Padre no nacido e innominado, viendo su perdición, envió a su primogénito Nus (y este, dicen, es el que se llama Cristo) para la libertad de los que creen en él, lejos de la potestad de los que fabricaron el mundo. Y a las naciones de ellos se apareció en la tierra como hombre, y obró prodigios. Por lo cual, dicen, no padeció él, sino que un tal Simón de Cirene, forzado, llevó su cruz por él; y este fue crucificado por ignorancia y error, transfigurado por él para que se creyera que era el mismo Jesús; y el propio Jesús tomó la forma de Simón y, estando presente, se rió de ellos. Pues como era un poder incorpóreo, y el Nus del Padre no nacido, se transfiguró como quiso, y así subió al que lo había

enviado, burlándose de ellos, ya que no podía ser retenido y era invisible para todos. Así pues, los que saben esto, dicen, han sido liberados de los príncipes fabricadores del mundo; y no se debe confesar al que fue crucificado, sino al que vino en forma de hombre, y se creyó que fue crucificado, y fue llamado Jesús, y fue enviado por el Padre, para disolver por esta disposición las obras de los fabricadores del mundo. «Si alguno, pues», dice, «confiesa al crucificado, ese es todavía esclavo y está bajo la potestad de los que hicieron los cuerpos; pero el que lo haya negado queda liberado de ellos y conoce la disposición del Padre no nacido».

5. La salvación, dicen, es solo del alma, pues el cuerpo es corruptible por naturaleza. Y las profecías mismas, dice, procedieron de los Príncipes fabricadores del mundo, y la Ley en particular de su Príncipe, que sacó al pueblo de la tierra de Egipto. Sostienen que se ha de despreciar también lo sacrificado a los ídolos, y tenerlo por nada, sino usarlo sin temor alguno; y que la práctica de todas las demás acciones, y de toda lujuria, es indiferente. Usan también estos la magia, las imágenes, los encantamientos, las invocaciones y todas las demás artes mágicas; e inventando ciertos nombres como de Ángeles, anuncian que estos están en el primer cielo y aquellos en el segundo; y así sucesivamente se esfuerzan en exponer los nombres, los principios, los Ángeles y los Poderes de trescientos sesenta y cinco cielos fingidos. Como también el mundo es un nombre,

así el nombre en que, dicen, descendió y ascendió el Salvador es Caulacau.

6. Así pues, el que haya aprendido estas cosas y haya conocido a todos los Ángeles y sus causas se hace, dicen, invisible e incomprensible para todos los Ángeles y Potestades, como lo fue también Caulacau. Y así como el Hijo es desconocido para todos, así también ellos, sostienen, no deben ser conocidos por nadie; sino que, mientras ellos conocen a todos y pasan a través de todos, son invisibles y desconocidos para todos. Pues «tú», dicen, «conoce a todos, pero que nadie te conozca». Por lo cual los que son tales están dispuestos a negar; más aún, ni siquiera pueden padecer por el nombre, puesto que son semejantes a todos. Y no muchos, dicen, pueden saber estas cosas, sino uno entre mil, y dos entre miríadas. Y dicen que ya no son judíos, pero todavía no cristianos; y que en modo alguno se deben divulgar sus misterios, sino guardarlos ocultos en silencio.

7. Distribuyen las posiciones locales de los trescientos sesenta y cinco cielos como los astrólogos. Pues, tomando los teoremas de aquellos, los trasladaron al sello de su propia doctrina; y dicen que el príncipe de aquellos es Abraxas, y que por eso tiene en sí trescientos sesenta y cinco números.

CAPÍTULO 25

Sobre Carpócrates.

1. Carpócrates y los que proceden de él dicen que el mundo y lo que hay en él fue hecho por Ángeles muy inferiores al Padre ingénito. Y que

Jesús nació de José, y siendo semejante a los demás hombres, se distinguió de los demás en que su alma, siendo firme y pura, recordó lo que había visto en aquel circuito que había tenido lugar junto al Dios ingénito; y que por eso le fue enviado por él un poder, para que pudiera escapar de los fabricadores del mundo y, habiendo pasado a través de todos y habiendo sido liberada en todos, subiera a él; y del mismo modo las que abrazan cosas semejantes a ella. Y dicen que el alma de Jesús, criada en las costumbres de los judíos, los despreció, y por eso recibió poderes, por los cuales anuló las pasiones que, como castigos, había en los hombres.

2. Así pues, el alma que, como aquella alma de Jesús, puede despreciar a los arcontes fabricadores del mundo recibe, dicen, del mismo modo poderes para obrar cosas semejantes. Por lo cual han llegado a tanta altivez que algunos dicen que son semejantes a Jesús, y otros que son incluso más fuertes que él en algún aspecto, aventajando todavía más que sus discípulos, por ejemplo que Pedro y Pablo y los demás apóstoles; y que estos en nada son inferiores a Jesús. Pues sus almas, dicen, procediendo del mismo circuito, y despreciando por eso del mismo modo a los fabricadores del mundo, han sido tenidas por dignas del mismo poder, y vuelven de nuevo al mismo lugar. Y si alguno, dicen, ha despreciado las cosas de aquí más que él, puede ser mejor que él.

3. Pues también ellos practican artes mágicas y encantamientos, bebedizos también y charitesia, y espíritus familiares y enviadores de sueños,

y las demás malas artes, diciendo que tienen potestad para dominar ya a los príncipes y fabricadores de este mundo; y no solo a ellos, sino también a todo lo que ha sido hecho en él. También estos, como las naciones, han sido enviados por delante por Satanás para difamar el nombre divino de la Iglesia, a fin de que los hombres, oyendo de uno y otro modo lo que es de ellos y pensando que todos nosotros somos así, aparten sus oídos del pregón de la verdad; o bien, viendo lo que es de ellos, nos blasfemen a todos, aunque en nada comunicamos con ellos, ni en la doctrina, ni en las costumbres, ni en el modo de vida cotidiano. Pero, llevando una vida desenfrenada y sosteniendo una opinión impía, abusan del nombre como velo de su malicia: su juicio es justo (Rom 3,8), pues reciben de Dios una retribución digna de sus obras.

4. Y se han desenfrenado hasta tal locura que dicen que tienen en su poder todo cuanto es irreligioso e impío, y que lo hacen. Pues dicen que las acciones son malas y buenas solo por la opinión humana. Y que, en efecto, dicen, por las transmigraciones a los cuerpos las almas deben llegar a estar en toda vida y en toda acción (a no ser que alguno, adelantándose, lo haga todo de una vez y a la par en una sola venida: cosas que no solo no nos es lícito decir ni oír, sino que ni siquiera deben venir a la concepción de la mente, ni creerse, si entre los hombres que viven en las ciudades que son las nuestras se practica algo semejante), para que, como dicen sus escritos, sus almas, habiendo estado en todo uso de la vida, al salir no tengan

ya nada en absoluto que les falte por obrar en él; no sea que, porque falta algo a su libertad, se vean obligadas a ser enviadas otra vez a un cuerpo. Por esto dicen que Jesús dijo esta parábola: Cuando estás con tu adversario en el camino, pon empeño en librarte de él, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te meta en la cárcel (Lc 12,58; Mt 5,25). En verdad te digo: no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante (Mt 5,26; Lc 12,59). Y dicen que el adversario es uno de los ángeles que están en el mundo, al que llaman diablo, diciendo que fue hecho para esto: para llevar las almas que perecieron desde el mundo al príncipe (y dicen que este es el primero de los fabricadores del mundo); y que aquel entrega tales almas al otro ángel, que le sirve, para que las encierre en otros cuerpos: pues dicen que el cuerpo es la cárcel. Y lo que dice: No saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante (Mt 5,26), lo interpretan como si nadie saliera de la potestad de los ángeles que fabricaron el mundo, sino que pasara así siempre de cuerpo en cuerpo, hasta que haya estado en absolutamente toda acción que hay en el mundo; y cuando nada le falte, entonces su alma, liberada, es elevada a aquel Dios que está por encima de los ángeles fabricadores del mundo. Así también, dicen, se salvan todas las almas, ya sea que ellas mismas, adelantándose, se mezclen en todas las acciones en una sola venida, ya sea que, pasando de cuerpo en cuerpo, o enviadas a cada especie de vida, sean liberadas cumpliendo y pagando sus deudas, de modo que ya no obren en un cuerpo.

5. Y que de verdad se hagan entre ellos estas cosas, que son irreligiosas, injustas y prohibidas, yo de ningún modo lo creeré. Pero en sus escritos así está escrito, y ellos mismos así lo exponen, diciendo que Jesús habló en misterio a sus discípulos y apóstoles aparte, y que ellos exigieron que estas cosas se transmitieran aparte a los dignos y a los que asienten. Pues se salvan, dicen, por la fe y la caridad; y lo demás, siendo indiferente, se llama según la opinión de los hombres bueno en unos casos y malo en otros, ya que nada es malo por naturaleza.

6. Otros de ellos marcan a sus discípulos, cauterizándolos en la parte posterior del lóbulo de la oreja derecha. De ahí también Marcelina, que vino a Roma bajo Aniceto, siendo de esta doctrina, sacó de sí a muchos. Se llaman a sí mismos gnósticos; y tienen imágenes, unas pintadas y otras fabricadas también de otra materia, diciendo que la figura de Cristo fue hecha por Pilato en aquel tiempo en que Jesús estuvo con los hombres. Y las coronan, y las exponen junto con las imágenes de los filósofos del mundo, a saber, con la imagen de Pitágoras, y de Platón, y de Aristóteles y de los demás; y les rinden el resto de su observancia como las naciones.

CAPÍTULO 26

Sobre Cerinto, los ebionitas y los nicolaítas.

1. Y un tal Cerinto, en Asia, enseñó que el mundo no fue hecho por el primer Dios, sino por cierto Poder muy separado y distante de aquella Preeminencia que está sobre el universo, y que

ignora al Dios que está sobre todas las cosas. A Jesús lo supuso no nacido de la Virgen (pues esto le pareció imposible), sino hijo de José y de María como todos los demás hombres, y que pudo más que los hombres en justicia, en prudencia y en sabiduría. Y que después del bautismo descendió en él, desde aquella Preeminencia que está sobre todas las cosas, Cristo en figura de paloma; y que entonces anunció al Padre desconocido y obró prodigios; pero que al final Cristo volvió a alejarse volando de Jesús, y Jesús padeció y resucitó, mientras que Cristo permaneció impasible, siendo espiritual.

2. Los que se llaman ebionitas convienen en que el mundo fue hecho por Dios; pero lo que toca al Señor no lo opinan del mismo modo que Cerinto y Carpócrates. Usan solo el Evangelio según Mateo, y rechazan al apóstol Pablo, llamándolo apóstata de la Ley. Lo profético se esfuerzan en exponerlo con excesiva curiosidad; y se circuncidan, y perseveran en las costumbres que son según la Ley y en el sello judío de vida, hasta el punto de adorar incluso a Jerusalén como si fuera la casa de Dios.

3. Los nicolaítas tienen por maestro a Nicolás, uno de los siete que fueron los primeros ordenados para el diaconado por los apóstoles; viven sin discernimiento. Quiénes son se manifiesta con toda plenitud por el Apocalipsis de Juan: enseñan que no hay diferencia alguna en adulterar y en comer lo sacrificado a los ídolos. Por lo cual dijo de ellos también la palabra: Pero esto tienes: que

odias las obras de los nicolaítas, que también yo odio (Ap 2,6).

CAPÍTULO 27

Sobre Cerdón y Marción.

1. Y un tal Cerdón, tomando ocasión de los que rodean a Simón, habiendo venido a Roma bajo Higinio, que tuvo el octavo lugar del episcopado por sucesión desde los apóstoles, enseñó que el Dios anunciado por la Ley y los Profetas no es el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Pues este, enseñaba, es conocido, y aquel desconocido; y el uno es justo, y el otro bueno.

2. Sucediéndole, Marción del Ponto amplió la doctrina, blasfemando desvergonzadamente del Dios que fue anunciado por la Ley y los Profetas, diciendo que es hacedor de males y amante de guerras, inconstante además en su parecer y contrario a sí mismo. Y que Jesús, viniendo de aquel Padre que está sobre el Dios fabricador del mundo, a Judea, en tiempos de Poncio Pilato, gobernador, que fue procurador de Tiberio César, se manifestó en forma de hombre a los que estaban en Judea, disolviendo los Profetas y la Ley y todas las obras de aquel Dios que hizo el mundo, al que también llama Cosmocrator. Y además de esto, recortando el Evangelio según Lucas, y quitando todo lo escrito sobre la generación del Señor, y quitando mucho de la enseñanza de los discursos del Señor, en los que está escrito que el Señor confiesa clarísimamente que el Creador de este universo es su Padre, persuadió a sus discípulos de que él mismo era más veraz que los apóstoles

que transmitieron el Evangelio, transmitiéndoles no el Evangelio, sino una partícula del Evangelio. Del mismo modo mutiló también las Epístolas del apóstol Pablo, quitando todo lo que el Apóstol dice claramente del Dios que hizo el mundo, que este es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, y todo lo que el Apóstol enseñó recordando los escritos proféticos que preanunciaban la venida del Señor.

3. La salvación, dice, será solo de las almas, de las que hayan aprendido su doctrina; pero el cuerpo, evidentemente porque fue tomado de la tierra, no puede participar de la salvación. Además de la blasfemia contra Dios, añadió también esto, tomando verdaderamente la boca del diablo y diciendo todo lo contrario a la verdad: que Caín, y los que son semejantes a él, y los sodomitas, y los egipcios, y los semejantes a ellos, y absolutamente todas las naciones que anduvieron en toda mezcla de maldad, fueron salvados por el Señor cuando descendió a los infiernos y ellos acudieron corriendo a él, y que los tomó consigo en su reino; pero que Abel, y Henoc, y Noé, y los demás justos, y los que rodean al patriarca Abraham, con todos los profetas y los que agradaron a Dios, no participaron de la salvación: así lo pregonó la serpiente que estuvo en Marción. «Pues como sabían», dice, «que su Dios siempre los ponía a prueba, sospecharon que también entonces los probaba, y no acudieron corriendo a Jesús ni creyeron a su anuncio»; y por eso dijo que sus almas se quedaron en los infiernos.

4. Pero a este, puesto que es el único que se ha atrevido abiertamente a recortar las Escrituras y a denigrar desvergonzadamente a Dios por encima de todos, le contradiremos aparte, refutándolo a partir de sus escritos; y a partir de aquellos discursos del Señor y del Apóstol que él ha conservado y de los que él mismo se sirve, haremos su derrocamiento, si Dios lo concede. Pero ahora hemos tenido que mencionarlo, para que supieras que todos los que de cualquier modo adulteran la verdad y dañan el pregón de la Iglesia son discípulos y sucesores de Simón el Mago, el samaritano. Aunque, para seducir a los demás, no confiesan el nombre de su maestro, enseñan sin embargo la doctrina de aquel: presentando el nombre de Cristo Jesús como cebo, e introduciendo de diversos modos la impiedad de Simón, dan muerte a muchos, difundiendo malamente su doctrina por medio del buen nombre, y ofreciéndoles, por la dulzura y la belleza del nombre, el veneno amargo y maligno de la serpiente, príncipe de la apostasía.

CAPÍTULO 28

Sobre Taciano y los Continentes, y sobre algunos otros.

1. De estos que han sido mencionados han surgido ya muchos retoños de muchas herejías, porque muchos de ellos, o más bien todos, quieren ser maestros y apartarse de la herejía en que estuvieron; y componiendo un dogma a partir de una opinión, y luego otro a partir de otra, se empeñan en enseñar de modo nuevo, presentán-

dose a sí mismos como inventores de la opinión que hayan compuesto. Por decirlo a modo de ejemplo: a partir de Saturnino y de Marción, los que se llaman Continentes anunciaron la abstinencia del matrimonio, anulando la antigua plasmación de Dios y acusando indirectamente al que hizo varón y mujer para la generación de los hombres; e introdujeron la abstinencia de lo que entre ellos se llaman animales, mostrándose ingratos para con Dios, que hizo todas las cosas. Contradicen también la salvación del que fue plasmado primero; y esto se ha inventado ahora entre ellos, siendo un tal Taciano el primero en introducir esta blasfemia. Este, siendo oyente de Justino, mientras estuvo con él no expuso nada semejante; pero después del martirio de aquel, apartándose de la Iglesia, y engreído e hinchado por la presunción de ser maestro, como si estuviera por encima de los demás, constituyó un sello de doctrina propio: contando, como una fábula, ciertos Eones invisibles, del mismo modo que los que proceden de Valentín; llamando al matrimonio, como Marción y Saturnino, corrupción y fornicación; y oponiéndose por su cuenta a la salvación de Adán.

2. Otros, a su vez, tomando sus ocasiones de Basílides y de Carpócrates, introdujeron los coitos indiferentes y los muchos matrimonios, y la despreocupación en comer lo sacrificado a los ídolos, diciendo que Dios no se cuida mucho de estas cosas. ¿Y qué, pues? No es posible decir el número de los que de uno y otro modo han caído de la verdad.

CAPÍTULO 29

Sobre las diversas sectas de los gnósticos, y en primer lugar sobre los barbeliotas, o borborianos.

1. Además de estos, de los simonianos que hemos mencionado ha surgido una multitud de gnósticos de Barbelo, y han aparecido como hongos de la tierra; de ellos referimos las opiniones principales que hay entre ellos. Pues algunos de ellos suponen un Eón que nunca envejece, en un espíritu virginal, al que llaman Barbelo. Allí, dicen, hay un padre innombrable; y que este quiso manifestarse a la misma Barbelo. Y que esta Ennoia, habiendo salido, se puso en su presencia y pidió a Prognosis. Y habiendo salido también Prognosis, pidiéndolo ellos de nuevo salió Incorrupción, y después Vida eterna; y que Barbelo, gloriándose en ellos y mirando en la grandeza y en la concepción, deleitada en ella, engendró una luz semejante a ella. Dicen que esta es el principio de la iluminación y de la generación de todas las cosas; y que el Padre, viendo esta luz, la ungió con su benignidad, para que se hiciera perfecta. Y dicen que este es Cristo; el cual a su vez pide, según dicen, que se le dé Nus como ayuda; y salió Nus. Además de estos, el Padre emite a Logos. Y se forman los emparejamientos de Ennoia y Logos, y de Aphtharsia y Cristo; y la Zoe eterna se unió a Thelema, y Nus a Prognosis. Y estos magnificaban la gran luz y a Barbelo.

2. Después, dicen, de Ennoia y de Logos fue emitido Autogenes, para representar la gran luz; y dicen que fue sumamente honrado, y que todas

las cosas le fueron sometidas. Y que junto con él fue emitida Alethia, y que hay un emparejamiento de Autogenes y Alethia. Y de la luz, que es Cristo, y de Incorrupción, dicen que fueron emitidas cuatro lumbreras para estar en torno a Autogenes; y de Thelema a su vez y de la Zoe eterna se hicieron cuatro emisiones, para servir a las cuatro lumbreras, a las que llaman Charis, Thelesis, Synesis, Phronesis. Y que Charis está unida a la grande y primera lumbrera; y pretenden que esta sea Soter, y la llaman Harmogenes; Thelesis a la segunda, a la que nombran también Raguel; Synesis a la tercera lumbrera, a la que llaman David; Phronesis a la cuarta, a la que nombran Eleleth.

3. Habiendo quedado así establecidas todas las cosas, además de estas Autogenes emite un hombre perfecto y verdadero, al que llaman también Adamas, porque ni él mismo fue domado, ni lo fueron aquellos de quienes procedía; y fue apartado, con la primera luz, por Harmogenes. Y que con el hombre fue emitido por Autogenes el conocimiento perfecto, y unido a él (de donde también este conoció al que está sobre todas las cosas); y que le fue dado también un poder invencible por el espíritu virginal; y que todas las cosas hallan refrigerio en él para cantar himnos al gran Eón. De aquí, dicen, se manifestaron Madre, Padre, Hijo; y de Anthropos y de Gnosis nació el árbol, al que también llaman Gnosis.

4. Después, dicen que del primer ángel, que asiste a Monogenes, fue emitido el Espíritu Santo, al que llaman también Sophia y Prunicus.

Este, pues, viendo que todos los demás tenían emparejamiento, y él en cambio estaba sin emparejamiento, buscó a quién aunarse; y como no lo encontraba, se esforzaba, y se extendía, y miraba hacia las partes inferiores, pensando hallar aquí un consorte; y no hallándolo, saltó fuera, hastiada además, porque había hecho su ímpetu sin la buena voluntad del Padre. Después, movida por su sencillez y benignidad, engendró una obra en la que había ignorancia y audacia. Dicen que esta obra suya es Proarchon, el fabricador de esta creación; y cuentan que arrebató a su madre un gran poder, y se apartó de ella hacia las regiones inferiores, e hizo el firmamento del cielo, en el cual dicen también que habita. Y que, siendo ignorancia, hizo las potestades que están debajo de él, y los ángeles, y los firmamentos, y todas las cosas terrenas. Después dicen que, aunado a Authadia, engendró a Kakia, Zelos, y Phthonos, y Erinnys, y Epithymia. Y engendrados estos, la madre Sophia, entristecida, huyó y se retiró a lo más alto, y para los que cuentan desde abajo resulta un octonario. Así, retirándose ella, él se creyó solo, dicen, y por eso dijo: Yo soy un Dios celoso, y fuera de mí no hay nadie (Ex 20,5; Is 45,5-6; 46,9). Tales son, en verdad, las mentiras de estos.

CAPÍTULO 30

Sobre los ofitas y los setianos.

1. Otros, a su vez, dicen cosas monstruosas: que hay una primera luz en el poder de Bythus, bienaventurada, incorruptible e ilimitada; y que

esta es el Padre de todos, y se llama el Primer Hombre. Y dicen que su Ennoia, al salir, es hijo del que la emite, y que ella es el Hijo del Hombre, el Segundo Hombre. Y que bajo estos está el Espíritu Santo, y bajo el espíritu superior los elementos separados: el agua, las tinieblas, el abismo, el caos, sobre los cuales dicen que es llevado el Espíritu, llamándolo la Primera Mujer. Después, dicen, regocijándose el Primer Hombre con su hijo por la hermosura del Espíritu, es decir, de la mujer, e iluminándola, engendró de ella una luz incorruptible, un tercer varón, al que llaman Cristo, hijo del Primero y del Segundo Hombre, y del Espíritu Santo, la Primera Mujer.

2. Y habiéndose unido el padre y el hijo a la mujer, a la que llaman también Madre de los vivientes, como ella no pudo llevar ni contener la grandeza de las luces, dicen que quedó colmada en exceso y rebosó por las partes de la izquierda; y que así su hijo, solo Cristo, como de la derecha y levantado hacia lo superior, fue arrebatado al punto con su madre al Eón incorruptible. Y que esta es la verdadera y santa Iglesia, que fue la denominación, y la reunión, y la unión del Padre de todos, el Primer Hombre, y del Hijo, el Segundo Hombre, y de Cristo su hijo, y de la mujer antes mencionada.

3. Y enseñan que el Poder que rebosó de la mujer, teniendo la humedad de la luz, cayó hacia abajo desde los padres, pero teniendo por su propia voluntad la humedad de la luz; y a este lo llaman también la Izquierda, y Prunicus, y Sophia, y masculino-femenino. Y que, descendiendo con

sencillez a las aguas cuando estaban inmóviles, las movió también, obrando con petulancia hasta los abismos, y tomó de ellas un cuerpo. Pues dicen que a su humedad de luz acudieron todas las cosas, y se adhirieron a ella, y la rodearon; y si no la hubiera tenido, tal vez habría sido tragada del todo y sumergida por la materia. Así pues, atada por el cuerpo, que era de la materia, y muy agobiada, volvió en sí en algún momento, dicen, e intentó huir de las aguas y subir a la madre; pero no pudo a causa del peso del cuerpo que la rodeaba. Y hallándose muy mal, maquinó esconder aquella luz que era de arriba, temiendo que también ella fuera dañada por los elementos inferiores, como ella misma. Y habiendo recibido poder de la humedad de la luz que estaba en ella, saltó hacia atrás y fue llevada a lo alto; y estando en lo alto, se extendió, y cubrió, e hizo este cielo que se ve, de su cuerpo; y quedó bajo el cielo que hizo, teniendo todavía el tipo de un cuerpo acuático. Y habiendo recibido el deseo de la luz superior y tomado poder por medio de todas las cosas, depuso, dicen, el cuerpo y quedó libre de él. Dicen que se despojó de este cuerpo, y lo llaman mujer de la mujer.

4. Y dicen que también su hijo tuvo en sí cierta aspiración de incorrupción que le dejó su madre, por la cual obra; y hecho poderoso, emitió también él, según dicen, de las aguas un hijo sin madre: pues pretenden que no conociera a su madre. Y que el hijo de este, imitando a su padre, emitió otro hijo. Este tercero, a su vez, engendró un cuarto, y el cuarto también engendró

un hijo; del quinto dicen que fue engendrado un sexto hijo; y el sexto engendró un séptimo. Así se completó entre ellos la Hebdómada, ocupando la madre el octavo lugar; y como en las generaciones, así también, dicen, en dignidades y en poderes se preceden unos a otros.

5. Y en su mentira les pusieron nombres como estos: el que es primero desde la madre, dicen, se llama Ialdabaoth; el que procede de él, Iao; y el que procede de este, el gran Sabaot; el cuarto, Adoneus; y el quinto, Eloeus; y el sexto, Horeus; y el séptimo y último de todos, Astaphaeus. Y suponen que estos son cielos, y areothas, y Poderes, y Ángeles, y creadores, que se sientan por orden en el cielo según su generación, sin aparecer, y que rigen también las cosas celestes y las terrestres; despreciando el primero de ellos, Ialdabaoth, a su madre, en cuanto hizo hijos y nietos sin permiso de nadie, y además Ángeles, y Arcángeles, y Poderes, y Potestades, y Dominaciones. Hechos estos, dicen, sus hijos se volvieron contra él en pleito y disputa por el primer lugar; por lo cual Ialdabaoth, entristecido y desesperado, miró hacia la hez de la materia que yacía debajo, y fijó en ella su deseo, de donde dicen que nació un hijo (y que este es el mismo Nus retorcido en figura de serpiente); después, el espíritu, y el alma, y todas las cosas del mundo; de allí fue engendrado todo olvido, y la malicia, y los celos, y la envidia, y la muerte. Y dicen que este Nus suyo, en forma de serpiente y retorcido, pervirtió todavía más al Padre con su tortuosidad, cuando estaba con el Padre de ellos en el cielo y en el paraíso.

6. Por eso, dicen, Ialdabaoth, regocijándose, se gloriaba en todas estas cosas que estaban bajo él, y dijo: Yo soy Padre y Dios, y sobre mí no hay nadie. Y la madre, al oírlo, clamó contra él: «No mientas, Ialdabaoth: pues sobre ti está el Padre de todos, el Primer Anthropos, y Anthropos hijo de Anthropos». Y turbados todos ante la voz nueva y el nombre inesperado, y preguntando de dónde venía el clamor, dicen que Ialdabaoth, para llamarlos a sí y atraerlos a su lado, dijo: Venid, hagamos al hombre a nuestra imagen (Gn 1,26). Y los seis Poderes, oyendo esto, dándoles la madre el pensamiento del hombre, para vaciarlos por medio de él del Poder principal, reuniéndose formaron un hombre inmenso en anchura y en longitud; y como él solo se retorcía, lo llevaron a su padre, obrando también esto Sophia, para vaciar también a aquel de la humedad de la luz, de modo que no pudiera erguirse contra los que están arriba, teniendo poder. Y dicen que, al soplar aquel en el hombre el espíritu de vida, quedó vaciado ocultamente de su poder; y que el hombre tuvo de ahí Nus y Enthymesis (y esto, dicen, es lo que se salva), y al punto dio gracias al Primer Hombre, dejando a los fabricadores.

7. Y que Ialdabaoth, celoso, quiso idear cómo vaciar al hombre por medio de una mujer, y de su propia Enthymesis sacó una mujer; y aquella Prunicus, tomándola, la vació invisiblemente de poder. Y que los demás, viniendo y admirando su hermosura, la llamaron Eva, y deseándola, engendraron de ella hijos, que dicen que son también los ángeles. Y la madre de ellos maqui-

nó, por medio de la serpiente, seducir a Eva y a Adán para que traspasaran el precepto de Ialdabaoth; y Eva, oyéndolo como de un hijo de Dios, creyó fácilmente, y persuadió a Adán a comer del árbol del que Dios había dicho que no comieran. Y dicen que, al comer, conocieron el Poder que está sobre todas las cosas, y se apartaron de los que los habían hecho. Y que Prunicus, viendo que también por su propia hechura fueron vencidos, se gozó mucho, y clamó de nuevo que, existiendo un Padre incorruptible, el que antes se llamaba a sí mismo Padre había mentido; y que, existiendo desde antiguo el Hombre y la Primera Mujer, también esta había pecado adulterando.

8. Y que Ialdabaoth, por el olvido que lo rodeaba, sin atender siquiera a estas cosas, arrojó a Adán y a Eva del paraíso, porque habían transgredido su precepto. Pues quiso que le fueran engendrados hijos de Eva, y no lo consiguió, porque su madre se le oponía en todo, y vaciaba ocultamente a Adán y a Eva de la humedad de la luz, para que no participara ni de la maldición ni del oprobio el que procedía de la preeminencia del Espíritu. Así también, enseñan, vaciados de la sustancia divina, fueron maldecidos por él, y arrojados del cielo a este mundo. Y también la serpiente, obrando contra su padre, fue arrojada por él al mundo de abajo; y reduciendo a su potestad a los ángeles que están aquí, engendró también ella seis hijos, siendo ella misma el séptimo, a imitación de la Hebdómada que está en torno al Padre. Y dicen que estos son los siete demonios mundanos, que siempre se oponen y resisten al género humano,

porque por causa de ellos su padre fue arrojado abajo.

9. Y que Adán y Eva tuvieron al principio cuerpos ligeros y luminosos, y como espirituales, tal como fueron plasmados; pero viniendo aquí, se cambiaron en algo más oscuro, y más grueso, y más torpe; y también el alma, floja y lánguida, puesto que tenían del hacedor solo una insuflación mundana; hasta que Prunicus, compadecida de ellos, les devolvió el olor de suavidad de la humedad de la luz, por la cual llegaron al recuerdo de sí mismos, y se conocieron desnudos, y conocieron la materia del cuerpo; y conocieron que llevan a cuestas la muerte; y se hicieron longánimes, conociendo que el cuerpo los rodeaba por un tiempo; y que hallaron también alimentos, yendo delante de ellos Sophia, y saciados se unieron carnalmente, y engendraron a Caín, al que la serpiente arrojada, con sus hijos, tomó al punto y derrocó, y llenó de olvido las cosas del mundo, lanzándolo a la necedad y a la audacia, de modo que, al matar a su hermano Abel, fue el primero en mostrar los celos y la muerte. Después de estos, dicen, por la providencia de Prunicus fue engendrado Set; después, Norea; de los cuales dicen que fue engendrada la restante multitud de los hombres, y que fue lanzada por la Hebdómada inferior a toda malicia, y a una apostasía más fuerte que la Hebdómada santa, y a la idolatría, y a todo otro desprecio, mientras la madre les era siempre contraria invisiblemente y salvaba lo que era suyo, es decir, la humedad de la luz. Y pretenden que la Hebdómada santa sean las

siete estrellas que llaman planetas; y dicen que la serpiente arrojada tiene dos nombres, Miguel y Samael.

10. Y que Ialdabaoth, irritado contra los hombres porque no lo adoraban ni lo honraban como Padre y Dios, les envió el diluvio, para perderlos a todos juntos. Pero oponiéndose también aquí Sophia, fueron salvados los que rodeaban a Noé en el arca, por la humedad de aquella luz que procedía de ella, por la cual el mundo volvió a llenarse de hombres; y de ellos el mismo Ialdabaoth eligió a un tal Abraham, y estableció con él un testamento: que, si su simiente perseveraba sirviéndole, le daría la herencia de la tierra. Después, por medio de Moisés, sacó de Egipto a los que procedían de Abraham, y les dio la Ley, y los hizo judíos; y de entre estos los siete días, a los que llaman también la Hebdómada santa, eligieron cada uno su propio heraldo, para glorificarse a sí mismo y anunciar a Dios, a fin de que también los demás, oyendo sus glorias, sirvieran también ellos a los que eran anunciados como dioses por los profetas.

11. Y distribuyen así a los profetas: de Ialdabaoth fueron, dicen, Moisés, y Josué, hijo de Nun, y Amós, y Habacuc; de Iao, Samuel, y Natán, y Jonás, y Miqueas; de Sabaot, Elías, y Joel, y Zacarías; de Adoneus, Isaías, y Ezequiel, y Jeremías, y Daniel; de Eloeus, Tobías y Ageo; de Horeus, Miqueas y Nahún; de Astaphaeus, Esdras y Sofonías. Cada uno de estos, pues, dicen, glorifica a su propio padre y Dios. Y dicen que la misma Sophia habló por medio de ellos muchas cosas

del Primer Hombre, y del Eón incorruptible, y de aquel Cristo que está arriba, advirtiendo de antemano a los hombres y haciéndoles recordar la luz incorruptible, y el Primer Hombre, y el descenso de Cristo; y que, aterrados por ello los príncipes y admirados de la novedad de lo que anunciaban los profetas, Prunicus obró por medio de Ialdabaoth, que no sabía lo que hacía, de modo que se hicieron las emisiones de dos hombres: el uno de la estéril Isabel, el otro de María la virgen.

12. Y que, como ella misma no tenía descanso ni en el cielo ni en la tierra, entristecida, invocó en su ayuda a su madre. Y su madre, la Primera Mujer, se compadeció de la penitencia de su hija, y pidió al Primer Hombre que le fuera enviado Cristo en su ayuda; el cual, emitido, descendió a su hermana y a la humedad de la luz. Y que la Sophia que está abajo, sabiendo que su hermano descendía, anunció su venida por medio de Juan, y preparó el bautismo de penitencia, y ajustó de antemano a Jesús, para que Cristo, al descender, encontrara un vaso limpio, y para que por medio de su hijo Ialdabaoth la mujer fuera anunciada por Cristo. Y dicen que él descendió a través de los siete cielos, asemejado a sus hijos, y poco a poco los vació de su poder. Pues dicen que toda la humedad de la luz acudió a él; y que Cristo, al descender a este mundo, se revistió primero de su hermana Sophia, y ambos se regocijaron hallando refrigerio el uno en el otro; y definen que esto es el esposo y la esposa. Y que Jesús, como engendrado de la Virgen por la operación de Dios, fue más sabio, y más puro, y más justo que todos

los hombres; que Cristo, entrelazado con Sophia, descendió en él, y así se hizo Jesucristo.

13. Dicen, pues, que muchos de sus discípulos no conocieron el descenso de Cristo en él; pero que, al descender Cristo en Jesús, entonces comenzó a obrar prodigios, y a curar, y a anunciar al Padre desconocido, y a confesarse abiertamente hijo del Primer Hombre. Irritados por esto los príncipes y el padre de Jesús, obraron para matarlo; y dicen que, mientras era conducido a ello, el mismo Cristo con Sophia se retiró al Eón incorruptible, y que Jesús fue crucificado; pero que Cristo no se olvidó del suyo, sino que envió desde arriba cierto poder a él, que lo resucitó en un cuerpo, al que llaman cuerpo animal y espiritual: pues las partes mundanas las dejó en el mundo. Y los discípulos, viendo que había resucitado, no lo conocieron a él, ni siquiera al mismo Jesús, por causa del cual resucitó de entre los muertos. Y dicen que este fue el error más grande entre sus discípulos, que pensaban que había resucitado en un cuerpo mundano, ignorando que la carne y la sangre no alcanzan el reino de Dios (1 Cor 15,50).

14. Quieren confirmar el descenso y la ascensión de Cristo a partir de esto: que los discípulos dicen que Jesús no hizo nada grande ni antes del bautismo ni después de la resurrección de entre los muertos, ignorando que Jesús había sido aunado a Cristo, y el Eón incorruptible al hebdomadario; y al cuerpo mundano lo llaman animal. Y que, después de la resurrección, se detuvo dieciocho meses, y, descendiendo en él la percepción, aprendió lo que es claro; y enseñó estas cosas

a unos pocos de sus discípulos, a quienes sabía capaces de tan grandes misterios; y así fue recibido en el cielo, sentándose Cristo a la derecha del padre Ialdabaoth, para recibir en sí, después de que hayan depuesto la carne mundana, las almas de los que los conocieron, enriqueciéndose a sí mismo, ignorándolo su Padre y sin siquiera verlo; de modo que, en la medida en que Jesús se enriquece con las almas santas, en esa medida su Padre, sufriendo pérdidas, sea disminuido, vaciado de su poder por las almas. Pues ya no tendrá, dicen, almas santas para enviarlas de nuevo al siglo, sino solo las que son de su sustancia, es decir, las que proceden de la insuflación. Y que la consumación vendrá cuando toda la humedad del espíritu de la luz sea recogida y arrebatada al Eón de la incorruptibilidad.

15. Tales son, según ellos, las opiniones; y de ellas, como la hidra de Lerna, ha sido engendrada la fiera de muchas cabezas de la escuela de Valentín.

Pues algunos dicen que la misma Sophia se hizo serpiente; y que por eso se opuso al hacedor de Adán, e infundió el conocimiento en los hombres; y que por esto se dijo que la serpiente era la más sabia de todos. Y también por la posición de nuestros intestinos, por los cuales se introduce el alimento, porque tienen tal figura, que muestra en nosotros la sustancia oculta generadora de la figura de la serpiente.

CAPÍTULO 31

Sobre los cainitas.

1. Otros, a su vez, dicen que Caín procede de la Preeminencia superior; y confiesan como parientes suyos a Esaú, y a Coré, y a los sodomitas, y a todos los tales; y que por eso, atacados por el hacedor, ninguno de ellos sufrió daño. Pues Sophia, dicen, arrebataba de ellos para sí lo que de ella era propio. Y dicen que Judas el traidor conoció bien estas cosas, y que él solo, conociendo la verdad más que los demás, consumó el misterio de la traición; por el cual dicen que todas las cosas terrenas y celestes fueron disueltas. Y presentan una invención de esta clase, llamándola el Evangelio de Judas.

2. Y he recogido además sus escritos, en los que exhortan a disolver las obras de Hystera; y a Hystera la llaman fabricador del cielo y de la tierra: pues dicen que no se salvan de otro modo sino pasando por todas las cosas, como también dijo Carpócrates. Y que en cada uno de los pecados y de las acciones torpes asiste un ángel, y que el que obra se atreve a la osadía y le atribuye la inmundicia, y dice en nombre del ángel lo que es propio de esa acción: «Oh tú, Ángel, me sirvo de tu obra; oh tú, tal Potestad, consumo tu operación». Y que esta es la ciencia perfecta: entrar sin temor en tales acciones, que ni siquiera es lícito nombrar.

3. Que los que proceden de Valentín vienen de tales madres, y padres, y abuelos, como lo muestran sus mismas opiniones y reglas, era necesario probarlo abiertamente, y sacar a la luz sus dogmas, por si algunos de ellos, haciendo penitencia y convirtiéndose al único solo Creador, y Dios Hacedor del universo, pudieran salvarse;

y para que los demás no sean ya arrastrados por su depravada persuasión, que parece verosímil, pensando que aprenderán de ellos algún misterio mayor y más elevado; sino que, aprendiendo bien de nosotros lo que ellos enseñan mal, se rían de su doctrina, y se compadezcan de aquellos que todavía, en estas fábulas tan miserables e inestables, han adquirido tanta altivez que se juzgan mejores que los demás por tal conocimiento, o más bien ignorancia. Y este es su desenmascaramiento, o la victoria contra ellos: la manifestación de sus opiniones.

4. Por lo cual nos hemos esforzado en sacar a la luz todo el cuerpecillo de esta zorra mal compuesta, y en hacerlo manifiesto por medio de ti. Pues ya no habrá necesidad de muchas palabras para derrocar su doctrina, hecha manifiesta para todos. Como cuando una fiera se esconde en un bosque y desde allí ataca y devasta a muchos: el que desbroza y despeja el bosque, y saca a la vista a la misma fiera, ya no tiene que esforzarse para capturarla, pues ven que esa fiera es fiera; porque ellos mismos pueden ver y guardarse de sus ataques, y lanzarle dardos por todas partes, y herir, y matar a aquella bestia devastadora. Así también para nosotros: cuando hayamos sacado a la luz sus cosas ocultas y los misterios que callan entre sí, ya no será necesario destruir con muchas palabras su opinión. Pues está a tu alcance, y al de todos los que están contigo, ejercitaros en lo que se ha dicho, y derrocar sus doctrinas malvadas y desordenadas, y mostrar los dogmas conformes a la verdad. Siendo, pues, así estas cosas, como pro-

metí, según nuestras fuerzas llevaremos a cabo su derrocamiento, contradiciéndoles a todos en el libro siguiente (pues la narración se extiende a lo largo, como ves); y daremos también provisiones para el camino hacia su derrocamiento, saliendo al encuentro de todas sus opiniones según el orden de la narración: para que no solo mostremos la fiera, sino que también la hiramos por todas partes.

Libro II

Prefacio

1. En el primer libro, el que precede a este, al refutar el falsamente llamado conocimiento, te mostramos, amadísimo, que toda la mentira de los que proceden de Valentín ha sido inventada de muchos y contrarios modos; expusimos también las doctrinas de los que existieron antes que ellos, mostrándolos en desacuerdo consigo mismos, y mucho más con la verdad misma. También la doctrina de Marcos el mago, puesto que es uno de ellos, la expusimos con sus obras con toda diligencia; y referimos con diligencia cuántas cosas escogen de las Escrituras y tratan de adaptar a su ficción; y recorrimos al detalle de qué modo, por los números y por las veinticuatro letras del alfabeto, intentan y se atreven a afirmar la verdad. Y referimos cómo dicen que la creación fue hecha según la imagen del Pleroma, invisible entre ellos, y cuántas cosas piensan y enseñan del Demiurgo; y pusimos de manifiesto la doctrina de su progenitor, Simón el Mago, el samaritano, y de todos los que le sucedieron. Hablamos también de la multitud de los gnósticos que proceden de él, y señalamos sus diferencias, sus doctrinas y sus sucesiones; y expusimos todas las herejías que por ellos fueron instituidas. Y mostramos

que todos los herejes, tomando sus comienzos de Simón, han introducido en esta vida doctrinas impías e irreligiosas; y pusimos de manifiesto su redención, y cómo inician a los que son hechos perfectos, y sus fórmulas y sus misterios; y que Dios Creador es uno solo, y que no es fruto de lo postrero, y que no hay nada ni por encima de él ni después de él.

2. En este libro dispondremos lo que nos conviene y lo que el tiempo permite, y derrocaremos toda su regla por grandes capítulos; por lo cual, puesto que es un desenmascaramiento y un derrocamiento de su doctrina, hemos dado tal título a la redacción de esta obra. Porque sus emparejamientos ocultos, mediante la revelación y el derrocamiento de los emparejamientos puestos de manifiesto, han de disolver a Bythus; y hemos de recibir la demostración de que ni existió nunca ni existe.

CAPÍTULO 1

Que Dios es uno, y que no puede haber por encima ni por debajo de él otro Dios, ni Principio, ni Pleroma, ni Potestad.

1. Bien está, pues, que comencemos por el primero y mayor capítulo, por Dios el Demiurgo, que hizo el cielo y la tierra y todas las cosas que hay en ellos, a quien estos, blasfemando, llaman fruto de la extremidad; y que mostremos que no hay nada ni por encima de él ni después de él; que no fue movido por nadie, sino que por su propio juicio y libremente hizo todas las cosas, siendo el único Dios, y el único Señor, y el único Creador, y

el único Padre, y el único que contiene todas las cosas, y él mismo concede a todas que sean.

2. Porque ¿cómo podrá haber por encima de él otra Plenitud, o Principio, o Potestad, u otro Dios, cuando es preciso que Dios, Pleroma de todas estas cosas, en su inmensidad circuncontenga todas las cosas y no sea circuncontenido por nadie? Pero si hay algo fuera de él, ya no es el Pleroma de todas las cosas, ni contiene todas las cosas. Porque al Pleroma, o al Dios que está por encima de todas las cosas, le faltará aquello que dicen que está fuera de él. Y lo que tiene falta, y ha sido mermado por algo, no es el Pleroma de todas las cosas. Y tendrá además término, y medio, y fin respecto de los que están fuera de él. Y si hay un fin hacia lo que está abajo, hay también un comienzo hacia lo que está arriba. Del mismo modo, también por los demás lados es de toda necesidad que experimente lo mismo, y que sea contenido, determinado y encerrado por los que están fuera. Porque el que es el fin por abajo, por necesidad y de todo modo circunscribe y rodea al que termina en él. Porque, según ellos, el Padre de todo (a quien llaman también Proon y Proarche), junto con su Pleroma, y el Dios bueno de Marción, estarán guardados en algo, y encerrados, y rodeados desde fuera por otra preeminencia, que necesariamente ha de ser mayor; puesto que lo que contiene es mayor que lo contenido; y lo que es mayor es también más firme y más señor; y lo que es mayor, y más firme, y más señor, eso será Dios.

3. Porque, como según ellos hay también otra cosa, que dicen que está fuera del Pleroma, a la que piensan que descendió el Poder errante superior, es de todo punto necesario o bien que lo que está fuera contenga, y que el Pleroma sea contenido (de lo contrario no estará fuera del Pleroma: pues si hay algo fuera del Pleroma, el Pleroma estará dentro de eso mismo que dicen que está fuera del Pleroma, y el Pleroma será contenido por lo que está fuera; y con el Pleroma se sobrentiende también el primer Dios); o bien, a su vez, que disten inmensamente y estén separados uno de otro, es decir, el Pleroma y lo que está fuera de él. Pero si dicen esto, habrá una tercera cosa que separa inmensamente el Pleroma y lo que está fuera de él; y esta tercera cosa delimita en torno y contendrá a ambos, y esta tercera cosa será mayor que el Pleroma y que lo que está fuera de él, como quien contiene a ambos en su seno; y el discurso caerá en el infinito acerca de lo que es contenido y de lo que contiene. Porque si esta tercera cosa tiene su comienzo hacia lo superior y su fin hacia lo inferior, es de toda necesidad que esté delimitada también por los lados, comenzando o acabando en otras cosas; y aquellas a su vez, y otras que están arriba y abajo, tendrán sus comienzos en otras cosas, y así hasta el infinito; de modo que su pensamiento nunca se detenga en el único Dios, sino que, por ocasión de buscar más de lo que hay, caiga en lo que no es y se aparte del Dios verdadero.

4. Del mismo modo, estas cosas se ajustan también contra los que proceden de Marción.

Porque también sus dos Dioses serán contenidos y delimitados en torno por el intervalo inmenso que los separa entre sí. Y así hay necesidad de idear, por todas partes, muchos dioses que distan por una separación inmensa, que comienzan unos a partir de otros y acaban unos en otros; y con la misma razón con que se esfuerzan en enseñar que por encima del Fabricador del cielo y de la tierra hay algún Pleroma, o Dios, cualquiera, usando de la misma razón, sostendrá que por encima del Pleroma hay otro Pleroma, y por encima de aquel otro más, y por encima de Bythus otro piélago de Dios, y por los lados del mismo modo lo mismo; y así, cayendo el pensamiento en lo inmenso, habrá siempre necesidad de idear otros Pleromas y otros Bythus, y de no detenerse nunca jamás, buscando siempre otros además de los dichos. Y será incierto si estas cosas nuestras están abajo, o si ellas mismas son las superiores; y si las que ellos llaman de arriba están arriba o abajo; y ningún asiento ni firmeza sostendrá nuestro entendimiento, sino que habrá necesidad de salir a mundos inmensos y a dioses indeterminados.

5. Y siendo así estas cosas, cada Dios se contentará con lo suyo y no se entrometerá en lo ajeno; de lo contrario será injusto y codicioso, y dejará de ser lo que Dios es. Y cada creación glorificará a su propio Fabricador, y se bastará con él, y no conocerá a otro; de lo contrario, juzgada apóstata con toda justicia por todos, incurrirá en un castigo merecidísimo. Porque o bien ha de haber uno que contiene todas las cosas, y que en lo suyo hizo cada una de las cosas que han sido hechas,

como él mismo quiso; o bien, a su vez, muchos e indeterminados hacedores y dioses, que comienzan unos a partir de otros y acaban unos en otros por todas partes; y será necesario confesar que todos los demás son contenidos desde fuera por algún otro mayor, y que cada uno de ellos está como encerrado y permanece en lo suyo; y que ninguno de todos ellos es Dios. Porque a cada uno de ellos, que tiene una parte pequeñísima en comparación con todas las demás, le faltará algo, y se deshará el nombre de omnipotente, y tal entendimiento habrá de caer necesariamente en la impiedad.

CAPÍTULO 2

Que el mundo no fue fabricado por ángeles ni por ningún otro contra el juicio del supremo Padre de todo, sino creado por el mismo Padre por medio del Verbo.

1. Los que dicen que el mundo fue fabricado por ángeles, o por algún otro fabricador del mundo, contra el juicio de aquel que es Padre sobre todas las cosas, pecan primero en esto mismo: en que dicen que los ángeles hicieron tal y tan grande creación contra la voluntad del primer Dios; como si los ángeles fueran más eficaces que Dios, o, a su vez, como si él fuera negligente, o inferior, o no tuviera cuidado de lo que sucede en sus propios dominios, si sucede mal o bien, para disipar e impedir lo uno, y alabar lo otro y alegrarse de ello: y esto no se lo atribuiría uno ni siquiera a un hombre diligente, ¿cuánto menos a Dios?

2. Después, que nos digan: ¿fueron fabricadas estas cosas en lo que es contenido por él y en sus propios dominios, o en lo ajeno y puesto fuera de él? Si dicen que fuera de él, todos los inconvenientes antes dichos les saldrán igualmente al paso, y el primer Dios quedará encerrado por lo que está fuera de él, en lo cual también será necesario que termine. Pero si en sus propios dominios, será del todo vano decir que el mundo fue fabricado contra su juicio, en sus propios dominios, por ángeles que están ellos mismos bajo su potestad, o por algún otro; o como si él mismo no previera todas las cosas que hay en lo suyo, hasta el punto de no saber lo que iban a hacer los ángeles.

3. Pero si no fue contra su voluntad, sino queriéndolo y sabiéndolo él, como piensan algunos, entonces ya no serán los ángeles ni el fabricador del mundo las causas de esta fabricación, sino la voluntad de Dios. Porque si él es el fabricador del mundo, él mismo hizo a los ángeles, o al menos fue él mismo la causa de su creación; y se verá que hizo el mundo él mismo, que preparó las causas de su fabricación. Aunque digan que los ángeles, o el fabricador del mundo, fueron hechos por el primer Padre a través de una larga sucesión hacia abajo, como dice Basílides, no por eso la causa de las cosas que fueron hechas dejará de recaer en aquel que profirió tal sucesión: como el buen éxito de una guerra se atribuye al rey que preparó lo que fue causa de la victoria, y la fundación de esta ciudad o de esta obra al que preparó las causas para la perfección de lo que se hizo más abajo. Por lo cual no decimos que el hacha corta la madera, o

que la sierra sierra, sino que con toda razón diría uno que el que corta y sierra es el hombre, el que hizo para esto el hacha misma y la sierra, y mucho antes todas las herramientas con las que fueron fabricadas el hacha y la sierra. Así, pues, según su propia razón, con justicia se llamará al Padre de todo fabricador de este mundo, y no a los ángeles, ni a ningún otro fabricador del mundo fuera de aquel que profirió y fue la causa primera de la realización de tal preparación.

4. Este razonamiento será tal vez persuasivo, o seductor, para los que no conocen a Dios y lo asemejan a hombres necesitados y a los que no pueden fabricar algo al punto con lo que tienen a mano, sino que necesitan muchas herramientas para fabricarlo; pero no es en modo alguno verosímil para los que saben que Dios, que no necesita de ninguna de todas las cosas, creó todas las cosas por el Verbo y las hizo; sin necesitar de ángeles como ayudantes para lo que se hace, ni de algún Poder muy inferior a él e ignorante del Padre, ni de defecto alguno ni de ignorancia, para que llegara a ser hombre el que había de conocerlo; sino que él mismo en sí mismo, de un modo inenarrable e inconcebible para nosotros, predestinando todas las cosas, las hizo como quiso, dando a todas armonía, y su propio orden, y el comienzo de su creación: a las espirituales una sustancia espiritual e invisible, a las supracelestes una celeste, a los ángeles una angélica, a las animales una animal, a las que nadan una acuática, a las nacidas de la tierra una terrestre, a todas una sustancia de

cualidad adecuada; y todas las cosas que han sido hechas las hizo por su Verbo infatigable.

5. Porque esto es propio de la supereminencia de Dios: no necesitar de otras herramientas para la creación de las cosas que se hacen; y su propio Verbo es idóneo y suficiente para la formación de todas las cosas, como dice de él también Juan, el discípulo del Señor: Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo (Jn 1,3). Y entre todas las cosas está también este mundo, el que es el nuestro. También este, pues, fue hecho por su Verbo, como dice la Escritura del Génesis que Dios hizo por su Verbo todas las cosas que son nuestras. Y del mismo modo prosigue David: Porque él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas (Sal 33,9; 148,5). ¿A quién, pues, creeremos más acerca de la fabricación del mundo: a estos herejes de los que hemos hablado, que parlotean cosas tan necias e inconsistentes, o a los discípulos del Señor, y a Moisés, fiel siervo de Dios y profeta? Él es quien primero narró el origen del mundo, diciendo: En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Gn 1,1), y luego todo lo demás por orden; pero no dioses, ni ángeles.

6. Y que este Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, por eso también lo dijo el apóstol Pablo: Un solo Dios, el Padre, que está sobre todos, y por todas las cosas, y en todos nosotros (Ef 4,6). Ya hemos mostrado que Dios es uno; lo mostraremos todavía por los apóstoles mismos y por las palabras del Señor. Porque ¿qué clase de cosa es dejar las voces de los profetas, y del Señor, y de

los apóstoles, para atender a estos, que no dicen nada sano?

CAPÍTULO 3

Que el Bythus y el Pleroma de los valentinianos, y el Dios de Marción, se contradicen. Que el mundo fue hecho por el mismo que lo concibió en la mente, y que no es fruto del defecto y de la ignorancia.

1. Inestable es, pues, el Bythus que es según ellos, lo que es el Pleroma de este, y el Dios de Marción. Si en efecto, como dicen, tiene fuera de sí algo que yace debajo, que llaman el vacío y la sombra, entonces este vacío resulta mayor que su Pleroma. Y es inestable también decir que, mientras él contiene todas las cosas dentro de sí, la creación fue fabricada por algún otro. Porque necesariamente han de confesar algo vacío e informe, debajo del Pleroma espiritual, en el que fue fabricado esto que es el universo; y en cuanto a esto informe, ¿lo dejó así el Demiurgo a propósito, sabiendo el Propator lo que había de haber en ello, o sin saberlo? Y si sin saberlo, Dios ya no conocerá de antemano todas las cosas. Ni siquiera podrán dar la razón por la que dejó este lugar tan ocioso durante tantos tiempos. Pero si conoce de antemano, y contempló en la mente la creación que había de haber en aquel lugar, él mismo la hizo, el que también la preformó en sí mismo.

2. Dejen, pues, de decir que el mundo fue hecho por otro; porque en cuanto Dios lo concibió en la mente, fue hecho también lo que había

concebido en la mente. Pues no era posible que uno concibiera en la mente, y que otro hiciera lo que había sido concebido en la mente por aquel. Pero o bien Dios, según estos herejes, concibió en la mente un mundo eterno, o bien uno temporal: ambas cosas increíbles. Porque si lo concibió en la mente eterno, y espiritual, y visible, tal habría sido también hecho. Pero si es tal cual es, él mismo lo hizo también tal, el que tal lo había concebido en la mente. O bien quiso que fuera tal en presencia del Padre, según la concepción de la mente: compuesto, y mudable, y pasajero. Y siendo tal como el Padre lo había configurado junto a sí mismo, es una fabricación digna del Padre. Pero decir que lo que fue concebido en la mente por el Padre de todas las cosas, y preformado tal como también fue hecho, es fruto del defecto y prolación de la ignorancia, es una gran blasfemia. Porque, según ellos, el Padre de todo, por la concepción de su mente, estará engendrando en su propio pecho emisiones de defecto y frutos de ignorancia: pues lo que había concebido en la mente, eso también fue hecho.

CAPÍTULO 4

Se demuestra lo absurdo del vacío y del defecto de los herejes.

1. Hay que buscar, pues, la causa de tal disposición de Dios, pero no hay que atribuir a otro la fabricación del mundo; y hay que decir que todas las cosas fueron preparadas de antemano por Dios para que llegaran a ser, tal como también fueron hechas; pero no hay que inventar

sombra ni vaciedad. Por lo demás, se preguntará: ¿de dónde la vaciedad? ¿Fue también ello, según ellos, proferido por el Padre de todas las cosas, el que profiere; y es igual en honor y pariente de los demás Eones, y quizá aun más antiguo que ellos? Pero si fue emitido por el mismo, es semejante al que lo emitió, y a aquellos con quienes fue emitido. Habrá, pues, toda necesidad de que su Bythus, junto con Sige, sea semejante al vacío, es decir, que sea vacío; y de que los demás Eones, siendo hermanos del vacío, tengan también una sustancia vacía. Pero si no fue emitido, nació de sí mismo, y fue engendrado de sí mismo, y es igual en tiempo al que según ellos es Bythus, el Padre de todo; y así el vacío será de la misma naturaleza y del mismo honor que el que según ellos es el Padre de todo. Porque es preciso o que haya sido emitido por alguien, o que haya sido engendrado de sí mismo y nacido de sí mismo. Pero si el vacío fue emitido, vacío es también Valentín, el que lo profiere, y vacíos son sus seguidores. Pero si no fue proferido, sino engendrado de sí mismo, entonces lo que es vacío es semejante, y hermano, y del mismo honor que aquel Padre de quien habló Valentín; pero más antiguo, y existente mucho antes, y más honorable que los demás Eones del mismo Ptolomeo, y de Heracleón, y de todos los demás que opinan lo mismo.

2. Pero si, perplejos en estas cosas, confiesan que el Padre de todo contiene todas las cosas, y que fuera del Pleroma no hay nada (pues es de toda necesidad que él sea delimitado y circunscrito por algo mayor), y que hablan de lo de fuera

y lo de dentro según el conocimiento y la ignorancia, y no según la distancia de lugar; y que en el Pleroma, o en lo que es contenido por el Padre, las cosas hechas por el Demiurgo o por los ángeles, cuantas sabemos que han sido hechas, son contenidas por la grandeza inenarrable, como el centro en el círculo, o como una mancha en la túnica: en primer lugar, ¿qué clase de Bythus será el que consiente que se produzca una mancha en su seno, y permite que en lo suyo otro cree, o profiera, contra su mente? Lo cual acarrearía ciertamente indecencia a todo el Pleroma, puesto que él podía cortar desde el principio el defecto y las emisiones que de él tomaron comienzo, y no permitir que la constitución de la creación se hiciera en la ignorancia, ni en la pasión, ni en el defecto. Porque el que después enmienda el defecto, y limpia el defecto como una mancha, mucho antes podía haber cuidado de que ni siquiera al principio se produjera en lo suyo tal mancha. O si al principio lo consintió, porque las cosas que fueron hechas no podían llegar a ser de otro modo, es preciso que lleguen a ser siempre así. Porque las cosas que al principio no pueden recibir enmienda, ¿cómo la recibirán después? ¿O cómo dicen que los hombres son llamados a lo perfecto, cuando se dice que están en el defecto las causas mismas de las que fueron hechos los hombres, el Demiurgo mismo o los ángeles? Y si, por ser benigno, tuvo compasión de los hombres en los últimos tiempos y les da lo perfecto, debió compadecerse primero de los que fueron los hacedores del hombre, y darles a ellos lo per-

fecto. Así también los hombres habrían recibido sin duda misericordia, hechos perfectos por los perfectos. Porque si tuvo compasión de su obra, mucho antes debió compadecerse de ellos, y no dejar que llegaran a tanta ceguera.

3. Se deshará también aquel discurso suyo acerca de la sombra y del vacío, en los que dicen que fue hecha la creación que es la nuestra, si estas cosas fueron hechas en lo que es contenido por el Padre. Porque si piensan que su luz paterna es tal que puede llenar todas las cosas que están dentro de ella e iluminarlo todo, ¿cómo podía haber un vacío o una sombra en lo que es contenido por el Pleroma y por la luz paterna? Porque han de mostrar un lugar dentro del Propator, o dentro del Pleroma, no iluminado ni ocupado por nada, en el que o los ángeles o el Demiurgo hicieran cuanto quisieron. Porque no es pequeño el lugar en el que fue hecha tal y tan grande creación. Habrá, por tanto, toda necesidad de que ellos lleguen a ser localmente, dentro del Pleroma o dentro de su Padre, algo vacío, e informe, y tenebroso, en lo que fueron fabricadas las cosas que fueron fabricadas. También su luz paterna recibirá la acusación de no poder iluminar y llenar lo que está dentro de ella. Y además, al llamar a estas cosas fruto del defecto y obra del error, introducirán el defecto y el error dentro del Pleroma y en el seno del Padre.

CAPÍTULO 5

Que dentro de lo que es contenido por el Padre este mundo no fue hecho por otros.

1. Contra los que dicen, pues, que este mundo fue hecho fuera del Pleroma, o bajo el Dios bueno, vale lo que dijimos poco antes; y tales hombres quedarán encerrados, junto con su Padre, por lo que está fuera del Pleroma, en lo cual también ellos han de terminar necesariamente. Pero contra los que dicen que este mundo fue hecho por ciertos otros dentro de lo que es contenido por el Padre, se alzarán todos los absurdos e inconvenientes que se acaban de decir; y se verán obligados o a confesar que todas las cosas que están dentro del Padre son luminosas, y llenas, y activas; o a acusar a la luz paterna de no poder iluminarlo todo; o a confesar que, como la parte, así todo su Pleroma es vacío, y desordenado, y tenebroso. Y todas las demás cosas, cuantas pertenecen a la creación, las acusan como si fueran temporales: es preciso o que sean eterno-coicas, o que sean irreprochables, puesto que están dentro del Pleroma y en el seno del Padre; o bien las acusaciones recaerán igualmente sobre todo el Pleroma; y su Cristo resulta ser la causa de la ignorancia. Porque, según dicen, después de haber formado a su Madre según la sustancia, la arrojó fuera del Pleroma, es decir, la separó del conocimiento. Él, pues, que la separó del conocimiento, produjo en ella la ignorancia. ¿Cómo, pues, podía el mismo dar el conocimiento a los demás Eones, a los que eran anteriores a él, y en cambio ser para su Madre causa de ignorancia? Porque la puso fuera del conocimiento al arrojarla fuera del Pleroma.

2. Además, si hablan de dentro del Pleroma y de fuera del Pleroma según el conocimiento y la ignorancia, como dicen algunos de ellos que el que está en el conocimiento está dentro de aquello que conoce, han de admitir necesariamente que el Salvador mismo (a quien llaman el Todo) estuvo en la ignorancia. Porque dicen que formó a su Madre cuando salió fuera del Pleroma. Si, pues, a lo que está fuera lo llaman la ignorancia de todas las cosas, y el Salvador salió para formar a su Madre, llegó a estar fuera del conocimiento de todas las cosas, es decir, en la ignorancia. ¿Cómo, pues, podía darle a ella el conocimiento, cuando él mismo estaba fuera del conocimiento? Porque dicen que también nosotros, estando fuera de su conocimiento, estamos fuera del Pleroma. Y otra vez: si, pues, el Salvador salió fuera del Pleroma en busca de la oveja perdida, y el Pleroma es el conocimiento, llegó a estar fuera del conocimiento, es decir, en la ignorancia. Porque o bien han de admitir que lo que está fuera del Pleroma lo está localmente, y les saldrán al paso todas las contradicciones antes dichas; o bien, si llaman conocimiento a lo que está dentro e ignorancia a lo que está fuera, su Salvador, y mucho antes Cristo, habrán llegado a estar en la ignorancia, al salir fuera del Pleroma para formar a su Madre, lo cual está fuera del conocimiento.

3. Estas cosas se adaptarán igualmente contra todos los que dicen, de cualquier modo, que el mundo fue hecho o por ángeles o por algún otro fuera del Dios verdadero. Porque la acusación que hacen acerca del Demiurgo, y acerca de las

cosas que fueron hechas materiales y temporales, recaerá sobre el Padre: puesto que ¿cómo fueron hechas en el seno del Pleroma cosas que pronto habían de disolverse, con la concesión y según el beneplácito del Padre? Ya no es, pues, el fabricador la causa de esta operación, aunque está muy persuadido de que es él mismo quien fabrica; sino el que en lo suyo concede y aprueba que se produzcan prolaciones del defecto y obras del error: en las cosas eternas, las temporales, y en las incorruptibles, las corruptibles, y en las que son de la verdad, las que son del error. Pero si estas cosas fueron hechas sin concederlas ni aprobarlas el Padre de todas las cosas, entonces es más poderoso, y más fuerte, y más señor el que hizo, en lo que es propio de aquel, cuanto aquel no concedió. Pero si su Padre lo concedió sin aprobarlo, como dicen algunos, o lo concedió por alguna necesidad pudiendo impedirlo, o no pudiendo. Pero si no podía, es impotente y débil; si podía, es un seductor, y un hipócrita, y un esclavo de la necesidad: que no consiente, ciertamente, pero concede como si consintiera. Y habiendo concedido al principio que el error se estableciera y creciera, en los tiempos posteriores intenta deshacerlo, cuando ya muchos han perecido miserablemente a causa del defecto.

4. No es digno decir de aquel que es Dios sobre todas las cosas, siendo libre y de su propia potestad, que sirvió a la necesidad, de modo que algo existiera por concesión contra su juicio; de lo contrario, harán a la necesidad mayor y más señora que Dios, puesto que lo que más puede

sería más antiguo que todas las cosas. Y debió cortar enseguida, al principio, las causas de la necesidad, y no encerrarse a sí mismo en tener necesidad, concediendo algo fuera de lo que le conviene. Porque era mucho mejor, y más consecuente, y más digno de Dios, cortar al principio el comienzo de tal necesidad, que intentar después, como por penitencia, arrancar de raíz tan grande cosecha de necesidad. Y si el Padre de todas las cosas ha de servir a la necesidad, y ha de caer bajo el hado, llevando a mal las cosas que suceden, y no puede hacer nada fuera de la necesidad y del hado (igual que el Júpiter de Homero, que dice por necesidad: «Pues también yo te lo di como queriendo, con ánimo que no quería»), entonces, según esta razón de la necesidad y del hado, su Bythus resultará esclavo.

CAPÍTULO 6

Que el Dios supremo no pudo ser desconocido para los ángeles ni para el fabricador del mundo.

1. ¿Y cómo ignoraban al primer Dios los ángeles, o el fabricador del mundo, cuando estaban en sus dominios, y eran criaturas suyas, y eran contenidos por él? Invisible para ellos podía serlo ciertamente, por su eminencia; pero desconocido de ningún modo, por su providencia. Porque aunque por su descenso estuvieran muy separados de él, según dicen, sin embargo, extendiéndose su dominio sobre todos, debieron conocer a quien los domina, y saber esto mismo: que el que los creó es el Señor de todas las cosas. Porque lo invisible de él, siendo poderoso, concede a todos

una gran intuición de la mente y percepción de su poderosísima y omnipotente eminencia. Por eso, aunque nadie conoce al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre, y aquellos a quienes el Hijo lo haya revelado (Mt 11,27; Lc 10,22), con todo, todas las cosas conocen esto mismo, cuando la razón, implantada en las mentes, las mueve y les revela que hay un solo Dios, Señor de todas las cosas.

2. Y por esto todas las cosas están sometidas al nombre del Altísimo y Omnipotente; y por la invocación de él, aun antes de la venida de nuestro Señor, se salvaban los hombres de los espíritus perversísimos, y de todos los demonios, y de toda apostasía: no como si los espíritus terrenos o los demonios lo hubieran visto, sino porque sabían que existe el Dios que está sobre todas las cosas, ante cuya invocación temblaban, y tiembla toda la creación, y el principado, y la potencia, y toda virtud sometida. ¿O es que los que están bajo el imperio de los romanos, aunque nunca hayan visto al Emperador, sino que están muy separados de él por tierra y por mar, conocerán, a causa de su dominio, al que tiene la máxima potestad del gobierno; y los ángeles que estaban por encima de nosotros, o aquel a quien llaman fabricador del mundo, no conocerán al Omnipotente, cuando aun los animales mudos tiemblan y ceden ante tal invocación? Y aunque no lo han visto, sin embargo todas las cosas están sometidas al nombre de nuestro Señor: así también al nombre de aquel que hizo y creó todas las cosas, puesto que no es otro que el mismo que hizo el mundo. Y por esto los judíos, hasta hoy, ahu-

yentan a los demonios con esta misma fórmula, puesto que todas las cosas temen la invocación de aquel que las hizo.

3. Si, pues, no quieren que los ángeles sean más irracionales que los animales mudos, hallarán que, aunque estos no hubieran visto al Dios que está sobre todas las cosas, debían conocer su poderío y su dominio. Porque resultará verdaderamente ridículo que digan que ellos, que están sobre la tierra, conocen al Dios que está sobre todas las cosas, a quien nunca han visto, y que no permitan a aquel que, según ellos, los hizo a ellos y a todo el mundo, estando en las alturas y por encima de los cielos, conocer lo que ellos mismos saben, estando en los lugares bajos. A no ser que digan que su Bythus está bajo la tierra, en el Tártaro, y que por eso lo conocieron ellos antes que los ángeles que habitaban en lo alto; llegando a tal locura que declaran demente al fabricador del mundo: de los cuales hay que tener verdaderamente compasión, puesto que en tan gran demencia dicen que él no conoció ni a la Madre ni a su simiente, ni el Pleroma de los Eones, ni al Propator, ni qué eran las cosas que fabricó; sino que estas son imágenes de las cosas que están dentro del Pleroma, obrando el Salvador ocultamente que así fueran hechas en honor de los que están arriba.

CAPÍTULO 7

Que las cosas creadas no son imágenes de los Eones que están arriba, dentro del Pleroma.

1. Ignorándolo todo, pues, el Demiurgo, dicen que el Salvador honró al Pleroma en la creación por medio de la Madre, emitiendo semejanzas e imágenes de las cosas que están arriba. Pero que era imposible que hubiera algo fuera del Pleroma, en lo cual dicen que fueron hechas las imágenes de los que están dentro del Pleroma, o que este mundo fuera fabricado por algún otro fuera del primer Dios, lo hemos mostrado. Pero si es grato derrocarlos por todas partes y convencerlos de mentirosos, diremos contra ellos que, si estas cosas fueron hechas por el Salvador según la imagen de aquellas, en honor de las que están arriba, es preciso que perduren siempre, para que siempre estén en honor las que fueron honradas. Pero si pasan, ¿qué utilidad tiene este honor de un tiempo tan brevísimo, que en otro tiempo no existió y de nuevo no existirá? El Salvador, pues, queda convencido por nosotros de ser más bien un buscador de vanagloria que alguien que honra a las cosas que están arriba. Porque ¿qué honor son las cosas temporales para las eternas que siempre existen; las que pasan para las que permanecen; las corruptibles para las incorruptibles? Pues aun entre los hombres, que son temporales, no se agradece el honor que pasa rápidamente, sino el que perdura cuanto puede. Y de las cosas que son destruidas apenas hechas se dirá con justicia que fueron hechas más bien para afrenta de los que se piensa que son honrados; y que lo que es eterno es tratado con afrenta cuando su imagen se corrompe y se disuelve. ¿Y qué, si su Madre no hubiera llorado,

ni reído, ni estado perpleja? ¿No habría tenido el Salvador con qué honrar a la Plenitud, puesto que su extrema confusión no tenía sustancia propia por la cual honrar al Propator?

2. ¡Oh honor de vanagloria, que pasa al instante y ya no aparece! Habrá algún Eón en quien se considerará que tal honor no existió en absoluto, y entonces quedarán sin honor las cosas que están arriba; o será necesario emitir de nuevo otra Madre que llore y esté perpleja, en honor del Pleroma. ¡Oh imagen no desemejante, y al mismo tiempo blasfema! Me decís que la imagen del Unigénito fue emitida por el fabricador del mundo, y queréis que sea la del Nus del Padre de todas las cosas; y que esta imagen se ignora a sí misma, e ignora la creación, e ignora a la Madre, y todo cuanto hay de las cosas que existen y de las que por él fueron hechas: ¿y no os avergonzáis ante vosotros mismos, llevando la ignorancia hasta el mismo Monogenes? Porque si estas cosas fueron hechas por el Salvador según la semejanza de las que están arriba, ignorando tantas cosas el que fue hecho según la semejanza, es necesario que tal ignorancia exista espiritualmente también respecto de aquel y conforme a aquel a cuya semejanza fue hecho el que ignora. Porque no es posible, habiendo sido ambos emitidos espiritualmente, sin ser plasmados ni compuestos, que en unas cosas haya conservado la semejanza y en otras haya corrompido la imagen de la semejanza, la cual fue emitida para esto: para ser según la semejanza de la emisión que está arriba. Y si no es semejante, la acusación recaerá sobre el Salva-

dor, que emitió una imagen desemejante, como un artífice reprobable. Pues no pueden decir que el Salvador, a quien llaman el Todo, no tuviera la potestad de emisión. Si, pues, la imagen es desemejante, el artífice es malo, y la culpa es del Salvador, según ellos. Pero si es semejante, la misma ignorancia se hallará respecto del Nus de su Propator, es decir, Monogenes: y el Nus del Padre se ignoró a sí mismo, e ignoró al Padre, e ignoró las cosas que por él fueron hechas. Pero si aquel conoce, también el que fue hecho a su semejanza por el Salvador ha de conocer necesariamente las cosas semejantes; y queda deshecha, según su propia regla, la mayor blasfemia de ellos.

3. Y aun sin esto, ¿de qué modo pueden las cosas de la creación, tan variadas y numerosas e innumerables, ser imágenes de los treinta Eones que están dentro del Pleroma, cuyos nombres, tal como ellos los dan, pusimos en el libro anterior a este? Y no solo la variedad de la creación entera, sino ni siquiera la de alguna parte de ella, sea de las cosas celestes, sea de las que están sobre la tierra, sea de las acuáticas, podrán adaptar a la pequeñez de su Pleroma. Porque que su Pleroma son treinta Eones, ellos mismos lo atestiguan; y que en una sola parte de las cosas dichas hay no treinta sino muchos millares de especies, cualquiera que las enumere confesará que puede mostrarse. ¿Cómo, pues, pueden las cosas de tan múltiple creación, que subsisten de contrarios, y se combaten entre sí, y se matan unas a otras, ser imágenes y semejanzas de los treinta Eones para el Pleroma, si en verdad estos, como dicen,

son de una sola naturaleza, hechos de lo igual y semejante, y no tienen diferencia alguna? Pero si estas cosas son imágenes de aquellos, así como dicen que algunos hombres son malos por naturaleza y otros, a su vez, buenos por naturaleza, debieron mostrar también tales diferencias entre los Eones mismos, y decir que algunos de ellos fueron emitidos buenos por naturaleza y otros malos por naturaleza, para que su invención de la imagen se ajustara a los Eones. Además, puesto que en el mundo unas cosas son mansas y otras fieras, unas inofensivas, otras dañinas y destructoras de las demás; unas sobre la tierra, otras acuáticas, otras volátiles, otras celestes: deben mostrar igualmente que los Eones tienen tales afecciones, si en verdad estas cosas son imágenes de aquellos. Y deben explicar también de cuál de los Eones que están arriba es imagen el fuego eterno que el Padre preparó para el diablo y sus ángeles (Mt 25,41): porque también él se cuenta en la creación.

4. Pero si dicen que estas cosas son imágenes de la Excogitación de aquel Eón que padeció, en primer lugar obrarán impíamente contra su Madre, diciendo que ella es iniciadora de imágenes malas y corruptibles. Y luego, ¿de qué modo cosas que son muchas, y desemejantes, y contrarias por naturaleza serán imágenes de uno y el mismo? Y si dicen que los ángeles del Pleroma son muchos, y que las cosas que son muchas son imágenes de ellos, ni aun así se sostendrá su razonamiento. Porque primero deben mostrar que las diferencias de los ángeles del Pleroma son

contrarias entre sí, como también las imágenes que están debajo son de naturaleza contraria entre sí. Y luego, puesto que los ángeles en torno al Hacedor son muchos e innumerables, como confiesan todos los profetas, que diez millares de diez millares están en pie ante él, y muchos millares de millares le sirven (Dan 7,10), según ellos los ángeles del Pleroma tendrán por imágenes a los ángeles del Hacedor, y la creación permanece entera en la imagen del Pleroma, sin corresponder ya los treinta Eones a la múltiple variedad de la creación.

5. Más aún: si estas cosas fueron hechas según la semejanza de aquellas, ¿según la semejanza de cuáles habrán sido hechas, a su vez, aquellas? Porque si el fabricador del mundo no hizo estas cosas por sí mismo, sino que, como un artífice de ninguna valía y como un niño que empieza a aprender, las trasladó de arquetipos ajenos, ¿de dónde tomó su Bythus la forma de la disposición que emitió primero? Se sigue, pues, que él recibió el modelo de algún otro que está por encima de él, y aquel a su vez de otro. Y no por eso dejará el discurso sobre las imágenes de caer en lo inmenso, como también el de los dioses, si no fijamos nuestro entendimiento en un solo artífice, como en un solo Dios, que por sí mismo hizo las cosas que fueron hechas. ¿O es que uno concede a los hombres haber inventado por sí mismos algo útil para la vida, y no concede al Dios que acabó el mundo haber hecho por sí mismo la forma de las cosas que fueron hechas, y el invento de su ordenada disposición?

6. ¿Y cómo pueden estas cosas ser imágenes de aquellas, siendo contrarias a ellas y no pudiendo comunicar con ellas en nada? Porque las cosas que son contrarias pueden, ciertamente, ser destructoras de aquellas a las que son contrarias, pero imágenes de ningún modo: como el agua y el fuego, y a su vez la luz y las tinieblas, y tantas otras cosas, nunca serán imágenes unas de otras. Así tampoco las cosas que son corruptibles, y terrenas, y compuestas, y pasajeras serán imágenes de las que, según ellos, son espirituales; a no ser que confiesen que también estas son compuestas, y están en circunscripción y en figuración, y ya no son espirituales, ni difusas, ni copiosas, ni incomprensibles. Porque es necesario que estén en figuración y en circunscripción para ser imágenes verdaderas; y es claro que no son espirituales. Pero si dicen que aquellas son espirituales, y difusas, e incomprensibles, ¿cómo pueden las cosas que están en figura y en circunscripción ser imágenes de los que están sin figuración y son incomprensibles?

7. Pero si dicen que estas cosas son imágenes [no] según la figuración, ni según la formación, sino según el número y el orden de la emisión, en primer lugar no deberían llamarse imágenes y semejanzas de los Eones que están arriba. Porque las cosas que no tienen ni su porte ni su figura, ¿cómo son imágenes de ellos? Después, que acomoden los números y las emisiones de los Eones superiores, idénticos y semejantes, a las cosas de la creación. Pero ahora, mostrando treinta Eones, y llamando a tan gran multitud de cosas que hay

en la creación imágenes de los treinta, con justicia quedan convencidos por nosotros de insensatos.

CAPÍTULO 8

Cuán lejos de lo verosímil está que las cosas creadas sean la sombra del Pleroma.

1. Pero si dicen que estas cosas son la sombra de aquellas, como algunos de ellos se atreven a decir, de modo que en este sentido son imágenes, será necesario que confiesen que también las cosas de arriba son cuerpos. Porque las cosas que están arriba hacen sombra como cuerpos, pero ya no como cosas espirituales, puesto que estas no pueden oscurecer nada. Pero aun si les concedemos esto, que es imposible, que hay una sombra de las cosas que son espirituales y luminosas, en la cual dicen que descendió su Madre: sin embargo, siendo aquellas eternas, también la sombra que de ellas se produce perdura para siempre, y estas cosas ya no pasan, sino que perduran con las que las sombrean. Pero si estas pasan, es necesario que pasen también aquellas de las que estas son sombra; y si aquellas perduran, perdura también su sombra.

2. Pero si dicen que es sombra no en cuanto es sombreada, sino en cuanto estas cosas están muy separadas de aquellas, acusarán de pequeñez y debilidad a su luz paterna, como si no llegara hasta estas cosas, sino que no alcanzara a llenar lo que está vacío y a disolver la sombra, y esto sin que nada se lo impida. Porque, según ellos, su luz paterna se convertirá en oscuridad y se cegará, y desfallecerá en los lugares de la vaciedad, puesto

que de ningún modo puede llenarlo todo. Que no digan ya, pues, que su Bythus es el Pleroma de todas las cosas, puesto que no llenó ni iluminó lo que es vacío y sombra; o bien que renuncien a la sombra y al vacío, puesto que su luz paterna lo llena todo.

3. No puede, pues, haber nada fuera del primer Padre, es decir, del Dios que está sobre todas las cosas, o fuera del Pleroma, en lo cual dicen que descendió la Enthymesis del Eón que padeció, sin que el Pleroma mismo, o el primer Dios, quede delimitado y circunscrito por lo que está fuera, y contenido; ni puede haber vacío, ni contendrá sombra, puesto que el Padre ya existe antes, para que su luz no desfallezca y quede delimitada en el vacío. Y es irracional e impío inventar un lugar en el que cese y tenga fin el que, según ellos, es Propator, y Proarche, y Padre de todo, y de este Pleroma. Ni tampoco es lícito decir que algún otro fabricó en el seno del Padre tan grande creación, ya consintiéndolo él, ya sin consentirlo, por las causas antes dichas. Porque es igualmente impío y demente decir que ángeles, o alguna emisión ignorante del Dios verdadero, fabricaron tan grande creación en lo que es suyo; ni es posible que las cosas terrenas y coicas hayan sido hechas debajo de su Pleroma, siendo este enteramente espiritual; ni siquiera es posible que, según la imagen de aquellos que se dice que son pocos, y de semejante formación, y uno solo, hayan sido hechas cosas de múltiple creación y contrarias entre sí. Y su discurso acerca de la sombra del kenoma, es decir, del vacío, ha resultado falso en todos

los sentidos. Así, su ficción ha quedado mostrada como vacía, y su doctrina como inconsistente; y vacíos son también los que les prestan atención, descendiendo verdaderamente a la profundidad de la perdición.

CAPÍTULO 9

Que hay un solo Creador del mundo, Dios Padre; y que todos los antiguos concuerdan con la Iglesia en esta tradición.

1. Que Dios es el Fabricador del mundo consta aun para los mismos que lo contradicen de muchos modos, y lo confiesan, llamándolo Fabricador y diciendo que es un ángel; por no decir que lo proclaman todas las Escrituras, y que el Señor enseña que este es el Padre que está en los cielos, y no otro, como mostraremos al avanzar el discurso. Pero por ahora basta el testimonio de los que dicen cosas contrarias a nosotros, puesto que todos los hombres concuerdan al menos en esto: los antiguos, en primer lugar, que conservaron esta persuasión desde la tradición del protoplasto y cantaban himnos a un solo Dios, Fabricador del cielo y de la tierra; los demás, después de ellos, que recibieron el recuerdo de esto de los profetas de Dios; y los paganos, que lo aprenden de la creación misma. Porque la creación misma muestra al que la creó; y la cosa hecha misma sugiere al que la hizo; y el mundo manifiesta al que lo dispuso. Y toda la Iglesia, por el mundo entero, ha recibido de los apóstoles esta tradición.

2. Constando, pues, este Dios, como hemos dicho, y recibiendo de todos testimonio de que

existe, aquel que según ellos es inventado como Padre sin duda no consta y está sin testigo: Simón el Mago, el primero, diciendo que él mismo era el Dios que está sobre todas las cosas, y que el mundo fue hecho por sus ángeles; y después los que le sucedieron, como mostramos en el primer libro, enredando en diversos pareceres doctrinas impías e irreligiosas contra el Fabricador; y siendo estos discípulos de aquellos, hacen a los que les asienten peores que los paganos. Porque aquellos, sirviendo a la criatura antes que al Creador (Rom 1,25), y a los que no son dioses (Gál 4,8), atribuyen sin embargo el primer lugar de la divinidad a Dios, Fabricador de este universo. Pero estos, llamándolo fruto del defecto, y llamándolo animal, e ignorante del Poder que está por encima de él, y diciendo que, cuando dice: Yo soy Dios, y fuera de mí no hay otro Dios (Is 45,5; 46,9), miente, mintiendo ellos mismos; cargándole toda malicia, e inventando que existe el que no está por encima de él, quedan descubiertos por su propia doctrina, blasfemando del que es Dios, e inventando como Dios al que no es, para su propia condenación. Y los que se dicen perfectos, y que tienen el conocimiento de todas las cosas, resultan peores que los paganos, y más blasfemos en su entendimiento aun contra su propio Hacedor.

CAPÍTULO 10

Cuán mal explican los herejes las Escrituras. Dios creó todas las cosas de la nada, no de una materia subyacente.

1. Es, pues, de todo punto irracional dejar de lado al que es verdaderamente Dios y tiene el testimonio de todos, e indagar si hay por encima de él uno que no existe y que nunca ha sido anunciado por nadie. Porque que nada se ha dicho abiertamente de él, ellos mismos lo atestiguan; y es manifiesto que, transfiriendo mal al que fue inventado por ellos parábolas que también son objeto de indagación en cuanto a cómo fueron dichas, engendran ahora a otro, que nunca antes había sido buscado. Porque por querer resolver Escrituras ambiguas (ambiguas no como si apuntaran a otro Dios, sino como apuntando a las disposiciones de Dios), han fabricado otro Dios; como dijimos antes, trenzando cuerdas de arena, y engendrando sobre una cuestión menor una cuestión mayor. Pero ninguna cuestión tendrá su resolución por medio de otra cosa que también se busca, ni una ambigüedad se resolverá por medio de otra ambigüedad entre los que tienen entendimiento, ni los enigmas por medio de otro enigma mayor; sino que tales cosas reciben sus soluciones de lo que es manifiesto, y concorde, y claro.

2. Pero estos, buscando resolver las Escrituras y las parábolas, introducen otra cuestión mayor e impía: si acaso hay otro Dios por encima de Dios, el Fabricador del mundo; sin resolver las cuestiones (¿de dónde, en efecto?), sino atando a una cuestión menor una cuestión grande, e insertando un nudo insoluble. Porque, para saber que saben esto mismo, que el Señor vino al bautismo de la verdad a los treinta años, sin aprender esto,

desprecian impíamente al mismo Dios Fabricador, que lo envió para la salvación de los hombres; y, para que se piense que pueden explicar de dónde viene la sustancia de la materia, no creyendo que Dios, como quiso, hizo todas las cosas de lo que no era, para que las cosas hechas existieran, usando de su voluntad y poder como sustancia, han recogido palabras vanas, mostrando verdaderamente su infidelidad: puesto que no creen en las cosas que son, han caído en lo que no es.

3. Porque cuando dicen que de las lágrimas de Achamoth salió la sustancia húmeda, de su risa la luminosa, de su tristeza la sólida y de su temor la móvil, y en estas cosas se ensoberbecen y se hinchan, ¿cómo no es esto digno de burla y verdaderamente ridículo? No creen que Dios, siendo poderoso y rico en todo, creó la materia misma, sin saber cuánto puede una sustancia espiritual y divina; pero creen que su Madre, a la que llaman hembra de hembra, emitió de las pasiones antes dichas tan gran materia para la creación; y preguntan de dónde se suministró al Fabricador de la creación la sustancia, pero no preguntan de dónde le vinieron a su Madre, a la que llaman la Enthymesis e ímpetu del Eón errante, tantas lágrimas, o sudores, o tristezas, o la demás emisión de la materia.

4. Porque atribuir la sustancia de las cosas que fueron hechas al poder y a la voluntad de aquel que es Dios de todas las cosas es creíble, y aceptable, y consistente; y en esto se dirá bien que lo que es imposible para los hombres es posible para Dios (Lc 18,27). Porque los hombres no pue-

den hacer algo de la nada, sino de una materia subyacente; pero Dios es en esto, en primer lugar, superior a los hombres: en que él mismo inventó la materia de su fabricación, no existiendo antes. Pero decir que la materia fue proferida de la Enthymesis del Eón errante, y que el Eón está muy separado de su Enthymesis, y a su vez que la pasión y la afección de esta son materia fuera de ella misma: esto es increíble, y necio, e imposible, e inconsistente.

CAPÍTULO 11

Que los herejes, al no creer a la verdad, han caído en la profundidad del error. ¿Por qué decide Ireneo interrogarlos?

1. Y no creyendo que el Dios que está sobre todas las cosas fabricó por el Verbo, en lo que es suyo, cosas variadas y desemejantes, como él mismo quiso, siendo el Fabricador de todas las cosas, como un sabio arquitecto y un rey grandísimo; sino creyendo que ángeles, o algún Poder separado de Dios e ignorante de él, hicieron este universo: así, no creyendo a la verdad, sino revolcándose en la mentira, perdieron el pan de la vida verdadera, cayendo en el vacío y en la profundidad de la sombra; semejantes al perro de Esopo, que dejó el pan y se lanzó sobre su sombra, y perdió su comida. Y por las palabras mismas del Señor es fácil mostrar que él confiesa un solo Padre, Hacedor del mundo y Plasmador del hombre, que fue anunciado por la Ley y los Profetas, y no conoce a otro, y que este es el Dios que está sobre todas las cosas; y que enseña, y por sí mismo

otorga a todos los justos, la adopción de hijos que es para con el Padre, la cual es la vida eterna.

2. Pero como les gusta acusar, y como calumniadores sacuden lo que está libre de calumnia, presentándonos una multitud de parábolas y cuestiones, hemos juzgado bien interrogarlos primero, a la inversa, sobre sus propias doctrinas, y mostrar lo que hay en ellos de inverosímil, y cortar su temeridad; y después aducir las palabras del Señor; para que no estén libres solamente para proponer, sino que, no pudiendo responder con razón a lo que se les pregunta, y viendo deshecha su argumentación, o bien vuelvan a la verdad, y se humillen, y cesen de su multiforme fantasía, y aplaquen a Dios por lo que blasfemaron contra él, y se salven; o bien, si perseveran en la vanagloria que se ha adueñado de su ánimo, cambien su argumentación.

CAPÍTULO 12

Que la Triacóntada de los herejes a la vez se queda corta y rebasa. Que, siendo sus emparejamientos unidos e inseparables, Sophia no pudo padecer ni engendrar nada sin la mezcla de su consorte. Que Logos y Sige no pueden existir a la vez.

1. En primer lugar, pues, diremos esto de su Triacóntada: que toda ella falla de modo admirable por ambos lados, tanto por lo que tiene de menos como por lo que tiene de más; la Triacóntada por causa de la cual dicen que el Señor vino al bautismo a los treinta años de edad. Y dicho esto, quedará manifiesto el derrocamiento

de toda su argumentación. En cuanto a la disminución, pues, es así: en primer lugar, porque cuentan al Propator con los demás Eones. Pues el Padre de todos no debe ser contado con el resto de la emisión: el que no fue emitido, con lo que fue emitido; el no nacido, con lo que nació; aquel a quien nadie contiene, y que por eso es incontenible, con lo que es contenido por él; el que no tiene figura, con lo que ha recibido figura. Pues, en cuanto es mejor que los demás, no debe ser contado con ellos; y esto, el que es impasible y no yerra, con un Eón pasible y puesto en el error. Pues que, comenzando por Bythus, cuentan la Triacóntada hasta Sophia, a la que llaman el Eón errante, lo hemos mostrado en el libro anterior a este, y hemos puesto los nombres que dan: pero si él no se cuenta, ya no son treinta las emisiones de Eones según ellos, sino que resultan veintinueve.

2. Después, al llamar a la primera emisión Ennoia, a la que llaman también Sige, de la cual dicen que a su vez fueron emitidos Nus y Alethia, se extravían en ambas cosas. Pues es imposible que la ennoia de alguien, o su silencio, se entienda por separado, y que, emitida fuera de él, tenga una figuración propia. Pero si dicen que ella no fue emitida fuera, sino aunada al Propator, ¿por qué la cuentan con los demás Eones, que no están aunados, y por eso desconocen su grandeza? Y si además está unida (consideremos también esto), es de todo punto necesario que de un emparejamiento unido, e inseparable, y que existe como uno, la emisión que procede de él resulte indivisa y unida, de modo que no sea desemejante del

que la emitió. Y siendo así, serán uno y lo mismo, como Bythus y Sige, así también Nus y Alethia, adheridos siempre el uno al otro. Y puesto que no puede entenderse lo uno sin lo otro, así como ni el agua sin la humedad, ni el fuego sin el calor, ni la piedra sin la dureza (pues estas cosas están unidas entre sí), y no puede separarse lo uno de lo otro, sino que coexiste siempre con ello: así también Bythus debe estar aunado con Ennoia, y Nus con Alethia del mismo modo. A su vez, Logos y Zoe, emitidos de seres unidos, deben estar unidos y ser uno. Y según esto, también Hombre e Iglesia, y toda la emisión del emparejamiento de los demás Eones, deben estar unidos, y coexistir siempre lo uno con lo otro. Pues el Eón femenino debe existir juntamente con el masculino, según ellos, ya que es como una afección suya.

3. Y aunque esto sea así, y aunque ellos mismos lo digan, de nuevo se atreven desvergonzadamente a enseñar que el Eón más joven de la Dodécada, al que llaman también Sophia, padeció una pasión sin la mezcla de su consorte, al que llaman Theletus, y que aparte de él engendró un fruto, al que llaman hembra de hembra; han llegado a tal punto de demencia que de la manera más manifiesta sostienen dos opiniones contrarias sobre la misma cosa. Pues si Bythus está aunado con Sige, y Nus con Alethia, y Logos con Zoe, y los demás por orden, ¿cómo podía Sophia padecer algo, o engendrar, sin el abrazo de su consorte? Y si ella padeció sin él, es necesario que también los demás emparejamientos sufran un apartamiento y una separación de sí mismos: lo

cual es imposible, como dijimos antes. Es imposible, pues, que Sophia padeciera sin Theletus: y de nuevo queda deshecha toda su argumentación. Pues sobre la pasión que dicen que ella padeció sin el abrazo de su consorte han añadido de nuevo todo el resto, como la composición de una tragedia.

4. Pero si desvergonzadamente dijeren que también los demás emparejamientos están disjuntos y separados unos de otros, a causa del último emparejamiento, para que no se deshaga su palabrería vana: primero, se apoyan en una cosa imposible. Pues ¿cómo separarán al Propator de su Ennoia, o a Nus de Alethia, o a Logos de Zoe, y a los demás del mismo modo? ¿Y cómo dicen ellos mismos que vuelven a la unidad, y que todos son uno, si los emparejamientos que están dentro del Pleroma no guardan la unidad, sino que están distantes unos de otros, hasta el punto de padecer y engendrar sin el abrazo del otro, como las gallinas sin los gallos?

5. Por último, también así quedará deshecha a su vez su Ogdóada primera y primordial. Pues estarán, cada uno por sí, en el mismo Pleroma Bythus y Sige, Nus y Alethia, Logos y Zoe, Anthropos e Iglesia. Pero es imposible que haya Sige estando presente Logos, o que, a su vez, se muestre Logos estando presente Sige. Pues estas cosas se consumen la una a la otra, así como la luz y las tinieblas nunca estarán en el mismo lugar: si hay luz, no hay tinieblas; y donde hay tinieblas, no habrá luz: pues al venir la luz, se deshacen las tinieblas. Así, donde está Sige, no estará Logos; y

donde está Logos, ciertamente no está Sige. Pero si dijeren que Logos es endiathetos, también Sige será endiathetos; y no por eso dejará de quedar deshecha por el Logos endiathetos. Pero que no es endiathetos, lo significa el orden mismo de su emisión.

6. Que no digan ya, pues, que la Ogdóada primera y principal consta de Logos y de Sige, sino que rechacen o a Sige o a Logos: y queda deshecha su Ogdóada primera y principal. Pues si dijeren que los emparejamientos están unidos, queda deshecha toda su argumentación. Pues ¿cómo, estando ellos unidos, engendró Sophia el defecto sin su consorte? Pero si dijeren que cada uno de los Eones tiene su propia sustancia, como en una emisión, ¿cómo pueden mostrarse en el mismo lugar Sige y Logos? Esto en cuanto a la mengua.

7. Y en cuanto a lo que es de más, su Triacóntada queda de nuevo deshecha así: dicen, en efecto, que Horos, al que llaman con muchísimos nombres, como dijimos antes en el libro anterior a este, fue emitido por Monogenes, como también los demás Eones. Y a este Horos unos dicen que lo emitió Monogenes, y otros, el Propator mismo, a semejanza suya. Dicen además que por Monogenes fue hecha una emisión, Cristo y Espíritu Santo, y a estos no los cuentan en el número del Pleroma: ni tampoco al Salvador, del que dicen también que es el Todo. Pues esto es manifiesto aun para un ciego: que, según ellos, no solo fueron emitidas treinta emisiones, sino también cuatro junto con estas treinta. Pues cuentan en el Pleroma al Propator mismo, y a los que fueron

emitidos unos de otros en sucesión. ¿Qué razón hay para que estos no sean contados con aquellos, existiendo en el mismo Pleroma y habiendo obtenido la misma emisión? Pues ¿qué causa justa pueden alegar por la que no cuentan con los demás Eones ni a Cristo, del que dicen que fue emitido por Monogenes por voluntad del Padre, ni al Espíritu Santo, ni a Horos, al que llaman también Soter; ni tampoco al Salvador mismo, que vino en auxilio y para la formación de su Madre? ¿Es en la idea de que son inferiores a aquellos, y por eso indignos del nombre y del número de los Eones; o en la idea de que son mejores y diferentes? Pero ¿cómo serán inferiores los que fueron emitidos incluso para afianzar y corregir a los demás? Ni tampoco pueden ser mejores que la Tétrada primera y principal, por la cual fueron también emitidos: pues también aquella se cuenta en el número dicho. Debían, pues, también estos haber sido contados en el Pleroma de los Eones; o bien haberse quitado también a aquellos Eones el honor de semejante nombre.

8. Puesto que su Triacóntada ha quedado deshecha, como hemos mostrado, tanto por lo que es de menos como por lo que es de más (pues en tal número, si hay uno de más o de menos, hará reprobable el número; ¿cuánto más, tantos?): inestable es, pues, la fábula sobre su Ogdóada y sobre la Dodécada. Inestable es también toda su regla, disipado su mismo fundamento y disuelto en Bythus, es decir, en lo que no es. Busquen, pues, de ahora en adelante mostrar otras causas por las que el Señor vino al bautismo a los treinta

años de edad; y de la Dodécada de los apóstoles; y de la que padeció el flujo de sangre; y de todo lo demás en lo que deliran trabajando en vano.

CAPÍTULO 13

Que el primer orden de emisión de los herejes no puede defenderse con razón alguna.

1. Y que su mismo primer orden de emisión es reprobable, lo mostramos así. Pues dicen que de Bythus y de su Ennoia fueron emitidos Nus y Alethia, cuando lo que se muestra es lo contrario; pues Nus es aquello mismo que es principal, y supremo, y como el principio y la fuente de todo entendimiento. Y la ennoia, que procede de él, es un movimiento cualquiera, hecho acerca de cualquier cosa. No cabe, pues, que Nus haya sido emitido de Bythus y de Ennoia: pues habría sido más verosímil que ellos dijeran que Ennoia fue emitida como hija del Propator y de este Nus. Pues Ennoia no es madre de Nus, como dicen; sino que Nus se hace padre de Ennoia. ¿Y cómo fue emitido Nus por el Propator, siendo él quien ocupa el lugar principal y primero de aquella afección interior, escondida e invisible? de la cual se genera el entendimiento, y la ennoia, y la enthymesis, y cosas tales, que no son otra cosa que Nus; sino que, como dijimos antes, son movimientos cualesquiera de ese mismo Nus, dispuestos en el pensamiento acerca de algo; que toman sus nombres según su perduración y su crecimiento, no según un cambio, y que terminan en el conocimiento, y son emitidos juntamente en un verbo, mientras el entendimiento permanece

dentro, y crea, y administra, y gobierna libremente y por su propia potestad, como quiere, las cosas que se han dicho.

2. Pues su primer movimiento acerca de algo se llama ennoia; y cuando perdura y ha crecido, y se apodera de toda el alma, se llama enthymesis. Y esta enthymesis, cuando pasa mucho tiempo en lo mismo y ha sido como probada, se denomina percepción. Y esta percepción, muy dilatada, se ha hecho consejo; y el crecimiento y el movimiento del consejo, muy dilatado, es el examen del pensamiento: el cual, perdurando en la mente, se llamará con toda razón verbo; y de él se emite el verbo emisible. Y todas las cosas que se han dicho son una y la misma, que toman su principio de Nus, y asumen sus nombres según su crecimiento. Así como también el cuerpo del hombre, unas veces joven, otras varonil y otras anciano, ha recibido sus nombres según su crecimiento y su perduración, pero no según un cambio de sustancia, ni según una pérdida del cuerpo: así también aquellas cosas. Pues aquello que uno contempla, en eso piensa; y aquello en que piensa, eso también discierne; y aquello que discierne, sobre eso también delibera; y aquello sobre lo que delibera, eso también revuelve en el ánimo; y lo que revuelve en el ánimo, eso también habla. Y todas estas cosas, como dijimos, las gobierna Nus, siendo él mismo invisible, y emitiendo de sí mismo el verbo por medio de las cosas que se han dicho, como por medio de un rayo; pero él mismo no es emitido por otro.

3. Y estas cosas pueden decirse, en efecto, de los hombres, ya que son compuestos por naturaleza, y subsisten de cuerpo y de alma. Pero los que dicen que de Dios fue emitida Ennoia, y de Ennoia Nus, y luego de estos Logos, han de ser refutados, en primer lugar, por haber usado impropiamente de las emisiones; y después, por describir las afecciones, y las pasiones, y las intenciones de la mente de los hombres, mientras desconocen a Dios: ellos aplican al Padre de todos lo que sobreviene a los hombres cuando hablan, al Padre de quien dicen también que es desconocido para todos, negando que él mismo hiciera el mundo, para que no se le tenga ni siquiera por mezquino; pero atribuyéndole las afecciones y las pasiones de los hombres. Pero si hubieran conocido las Escrituras y hubieran sido enseñados por la verdad, sabrían sin duda que Dios no es como los hombres, y que sus pensamientos no son como los pensamientos de los hombres. Pues el Padre de todos dista mucho de las afecciones y pasiones que sobrevienen a los hombres: es simple, y no compuesto, y de miembros semejantes, y todo él semejante e igual a sí mismo; siendo todo entendimiento, y todo espíritu, y todo facultad de sentir, y todo ennoia, y todo razón, y todo oído, y todo ojo, y todo luz, y todo fuente de todos los bienes; como corresponde a los religiosos y piadosos decir de Dios.

4. Pero está también por encima de estas cosas, y por eso es inenarrable. Pues bien y rectamente se le llamará entendimiento que contiene todas las cosas, pero no semejante al entendi-

miento de los hombres; y con toda razón se le llamará luz, pero en nada semejante a la luz que es la nuestra. Así también en todo lo demás el Padre de todos no será en nada semejante a la pequeñez de los hombres: y se habla de él según estas cosas por el amor, pero se le siente por encima de ellas según su grandeza. Si, pues, aun en los hombres el entendimiento mismo no es emitido, ni se separa del ser vivo el que emite lo demás, sino que sus movimientos y afectos salen a lo manifiesto; mucho más el de Dios, que es todo entendimiento, de ninguna manera se separará de sí mismo, ni es emitido como una cosa de otra.

5. Pues si emitió el entendimiento, el que emitió el entendimiento, según ellos, se entiende como compuesto y corpóreo, de modo que sea por separado Dios, el que emitió, y por separado el entendimiento, el que fue emitido. Pero si dicen que el entendimiento fue emitido del entendimiento, cortan el entendimiento de Dios y lo dividen. ¿Y adónde, y de dónde fue emitido? Pues lo que es emitido de algo es emitido en algo que está debajo. ¿Y qué había debajo, más antiguo que el entendimiento de Dios, en lo cual dicen que fue emitido? ¿Y cuán grande era el lugar, para recibir y contener el entendimiento de Dios? Pero si dicen que es como un rayo del sol, entonces, así como aquí el aire está debajo como su receptor, y será más antiguo que el rayo mismo: así muestren que allí había algo debajo, en lo cual fue emitido el entendimiento de Dios, capaz de contenerlo y más antiguo que él. Después, así como vemos que el sol es menor que el universo, y emite sus

rayos lejos de sí mismo, así tendrán que decir que también el Propator emitió el rayo fuera y lejos de sí mismo. Pero ¿qué puede concebirse fuera de Dios, o lejos de él, en lo cual emitiera el rayo?

6. Pero si dicen que aquel no fue emitido fuera del Padre, sino en el Padre mismo, en primer lugar será superfluo incluso decir que fue emitido. Pues ¿cómo fue emitido, si estaba dentro del Padre? Pues la emisión es la manifestación, fuera del que emite, de lo que se emite. Después, emitido este, también el Logos que procede de él estará dentro del Padre; y del mismo modo las demás emisiones de Logos. Entonces ya no desconocerán al Padre, puesto que están dentro de él; ni nadie lo conocerá menos según el descenso de las emisiones, rodeados todos por el Padre igualmente por todas partes; sino que todos permanecerán igualmente impasibles, estando en las entrañas paternas, y ninguno de ellos estará en disminución. Pues el Padre no es disminución: a no ser que acaso, como en un círculo grande se contiene un círculo menor, y dentro de este a su vez otro menor, o a semejanza de una esfera, o de un cuadrado, digan que el Padre contiene dentro de sí por todas partes el resto de la emisión de los Eones a semejanza de una esfera, o cuadrada, rodeado cada uno de ellos por el que está sobre él, que es mayor, y rodeando al que viene después de él, que es menor, y que por eso el menor y último de todos, puesto en el medio y muy separado del Padre, no conoció al Propator. Pero si dijeren esto, encerrarán a su Bythus en una figura y una circunscripción, rodeando y rodeado; pues se verán forzados a

confesar que también fuera de él hay algo que lo rodea. Y no por eso el discurso dejará de caer en lo inmenso acerca de los que contienen y son contenidos: y todos aparecerán manifiestamente como cuerpos encerrados.

7. Además, o confesarán que él está vacío; o todo lo que está dentro de él, todos igualmente participarán del Padre. Así como, si alguien hace en el agua círculos, o figuras redondas o cuadradas, todas ellas participarán igualmente del agua; así como también lo que se fabrica en el aire es necesario que participe del aire, y lo que en la luz, de la luz: así también los que están dentro de él participarán todos igualmente del Padre, sin que la ignorancia tenga lugar entre ellos. Pues ¿dónde está la participación del Padre que los llena? Pero si los ha llenado, allí no habrá ignorancia. Quedará deshecha, pues, su obra de la disminución, y la emisión de la materia, y el resto de la fabricación del mundo, que pretenden que tuvo su sustancia de la pasión y de la ignorancia. Pero si confiesan que él está vacío, cayendo en la mayor blasfemia, negarán lo que hay de espiritual en él. Pues ¿cómo es espiritual el que ni siquiera puede llenar lo que está dentro de él?

8. Y lo que se ha dicho de la emisión del entendimiento se ajusta igualmente contra los que proceden de Basílides, y contra los demás gnósticos, de quienes también estos, como quedaron convictos en el primer libro, tomaron los principios de sus emisiones. Pero que la primera emisión, la de Nus, es decir, la de su Entendimiento, es reprobable e imposible, lo hemos

mostrado claramente. Veamos, pues, también lo demás. Pues dicen que de él fueron emitidos Logos y Zoe, los fabricadores de este Pleroma; y toman la emisión de Logos, es decir, del Verbo, de la afección de los hombres, y adivinan contra Dios, como si hubieran descubierto algo grande al decir que Logos fue emitido por Nus: cosa que, por supuesto, todos saben que se dice con coherencia de los hombres; pero en el Dios que está sobre todos, siendo todo Nus y todo Logos, como dijimos antes, y no teniendo en sí nada más antiguo ni posterior, ni una cosa de otra, sino permaneciendo todo él igual y semejante y uno, ya no se sigue semejante emisión en este orden. Así como el que dice que él es todo vista y todo oído (pues en aquello en que ve, en eso mismo oye; y en aquello en que oye, en eso mismo ve) no peca; así también el que dice que él es todo entendimiento y todo verbo, y que en aquello en que está el entendimiento, en eso está también el verbo, y que este Nus es su verbo, sentirá aún, ciertamente, menos de lo debido acerca del Padre de todos; pero con más decoro que estos, que trasladan la generación del verbo proferido de los hombres al Verbo eterno de Dios, y le dan un principio de prolación y una génesis, como a su propio verbo. ¿Y en qué se diferenciará el Verbo de Dios, o más bien Dios mismo, siendo el Verbo, del verbo de los hombres, si ha tenido el mismo orden y la misma emisión de generación?

9. Pecaron también respecto de Zoe, diciendo que fue emitida en sexto lugar, a la que debían anteponer a todos, ya que Dios es vida, e inco-

rrupción, y verdad. Y no es por descenso como tales cosas recibieron emisiones; sino que son nombres de aquellos poderes que están siempre con Dios, en cuanto es posible y digno que los hombres oigan y digan de Dios. Pues en el nombre de Dios se oirán juntamente el entendimiento, y el verbo, y la vida, y la incorrupción, y la verdad, y la sabiduría, y la bondad, y todas las cosas de este tipo. Y nadie puede decir que el entendimiento sea más antiguo que la vida, pues el entendimiento mismo es vida; ni que la vida sea posterior al entendimiento, de modo que el que es el entendimiento de todos, es decir, Dios, estuviera alguna vez sin vida. Pero si dijeren que la vida estaba, sí, en el Padre, pero que fue proferida en sexto lugar para que viviera el Verbo, mucho antes debía ser emitida en cuarto lugar, para que viviera Nus, y aún antes que él, con Bythus, para que viviera su Bythus: pues contar a Sige con su Propator, y dársela como consorte, y no contar con él a Zoe, ¿cómo no está por encima de toda necedad?

10. Y acerca de la segunda emisión, que procede de estos, la de Hombre e Iglesia, sus mismos padres, los falsamente llamados gnósticos, luchan unos contra otros, reclamando cada uno lo suyo, y convenciéndose a sí mismos de ser malos ladrones; diciendo que es más adecuado a la emisión, como verosímil, que el Verbo fuera emitido del Hombre, y no el Hombre del Verbo; y que el Hombre es anterior al Verbo, y que él es el Dios que está sobre todas las cosas. Y hasta aquí, como dijimos antes, sacando conjeturas verosímiles de

todas las afecciones de los hombres, y de los movimientos de la mente, y de las generaciones de las intenciones, y de las emisiones de los verbos, han mentido inverosímilmente contra Dios. Pues trasladando a la razón divina lo que acontece a los hombres, y cuanto ellos mismos reconocen por lo que padecen, parecen decir cosas adecuadas ante los que desconocen a Dios; y llevando el entendimiento de estos a través de estas pasiones humanas, narrando del Verbo de Dios una génesis y una probolé en quinto lugar, dicen que enseñan misterios admirables, inenarrables y profundos, no conocidos por ningún otro, acerca de los cuales, según ellos, dijo el Señor: Buscad, y hallaréis (Mt 7,7); es decir, que busquen cómo procedieron de Bythus y de Sige Nus y Alethia; si de ellos proceden a su vez Logos y Zoe, y luego, de Logos y de Zoe, Anthropos e Iglesia.

CAPÍTULO 14

Que Valentín y sus seguidores tomaron de los gentiles los principios de su doctrina, cambiando solo los nombres.

1. Mucho más verosímil y más gratamente habló de la génesis de todas las cosas Antífanes, uno de los antiguos poetas cómicos, en su Teogonía. Pues dice que de la Noche y del Silencio fue emitido el Caos, después del Caos y de la Noche el Amor, y de este la luz, y luego, según él, el resto de la primera génesis de los dioses. Después de estos introduce a su vez una segunda generación de los dioses, y la fabricación del mundo; luego narra la plasmación de los hombres por

los dioses segundos. De ahí tomaron ellos para sí la fábula y la han tramado como si fuera una indagación sobre la naturaleza, cambiando solamente los nombres, pero mostrando el mismo principio de la generación de todas las cosas y la misma emisión: en lugar de la Noche y del Silencio, nombran a Bythus y a Sige; en lugar del Caos, a Nus; y en lugar del Amor (por quien, dice el poeta cómico, fue dispuesto todo lo demás), estos han traído al Verbo; y en lugar de los dioses primeros y mayores, han formado los Eones, y en lugar de los dioses segundos narran la disposición de su Madre, que está fuera del Pleroma, llamándola segunda Ogdóada; y a partir de ella, del mismo modo que aquel, anuncian la fabricación del mundo y la plasmación de los hombres, diciendo que solo ellos conocen estos misterios inenarrables y desconocidos: cosas que en todas partes, en los teatros, representan en comedia los actores con voces resonantísimas; las trasladan a su propia trama, o más bien enseñan con las mismas tramas, cambiando solo los nombres.

2. Y no solo se les convence de presentar como propio lo que está puesto en los poetas cómicos; sino que también lo que han dicho todos los que desconocen a Dios y se llaman filósofos, eso lo reúnen y, como cosiendo un centón de muchos y pésimos harapos, se han preparado con sutil elocuencia un fingido revestimiento: introduciendo una doctrina nueva, ciertamente, por cuanto ahora ha sido compuesta con un arte nuevo; pero vieja e inútil, puesto que estas mismas cosas han sido cosidas a partir de viejas opiniones que hue-

len a ignorancia y a irreligiosidad. Tales de Mileto dijo que el agua era la generación y el principio de todas las cosas. Y lo mismo es decir agua que Bythus. Y el poeta Homero estableció como doctrina que Océano era la génesis de los dioses, y Tetis su madre: y estos lo han trasladado a Bythus y a Sige. Y Anaximandro estableció como principio de todas las cosas lo que es inmenso, que tiene en sí mismo seminalmente la génesis de todas las cosas, del cual dice que constan los mundos inmensos; y también esto lo han transformado en Bythus y en sus Eones. Y Anaxágoras, que fue llamado también el Ateo, enseñó como doctrina que los seres vivos fueron hechos por simientes que caían del cielo a la tierra: también esto lo han trasladado ellos a las simientes de su Madre, y dicen que ellos mismos son esta simiente: confesando así en el acto, ante los que tienen sentido, que ellos mismos son las simientes del irreligioso Anaxágoras.

3. Y su sombra y su vacío los tomaron de Demócrito y de Epicuro y se los ajustaron a sí mismos, ya que aquellos fueron los primeros en hablar largamente del vacío y de los átomos; de los cuales a lo uno llamaron algo que es, y a lo otro lo que no es: así como también estos llaman ser a las cosas que están dentro del Pleroma, como aquellos a los átomos; y no ser a las que están fuera del Pleroma, como aquellos al vacío. Así pues, se han asignado a sí mismos, estando en este mundo y fuera del Pleroma, a un lugar que no es. Y cuando dicen que estas cosas son imágenes de las que son, de nuevo exponen de la

manera más manifiesta la opinión de Demócrito y de Platón. Pues Demócrito fue el primero en decir que muchas y variadas figuras, impresas a partir del universo, descendieron a este mundo. Y Platón, a su vez, habla de la materia, y del modelo, y de Dios; y estos, siguiéndolos, han llamado a las figuras y al modelo de aquel imágenes de las cosas de arriba, gloriándose, mediante un cambio de nombre, de ser ellos mismos los inventores y hacedores de semejante ficción imaginaria.

4. Y también esto que dicen, que el fabricador hizo el mundo de una materia subyacente, lo dijeron primero, antes que estos, Anaxágoras, y Empédocles, y Platón; inspirados también ellos, como se nos da a entender, por su Madre. Y que cada cosa, por necesidad, se retira a aquellas de las que dicen que también fue hecha, y que Dios es esclavo de esta necesidad, de modo que no puede añadir inmortalidad a lo mortal, ni dar incorrupción a lo corruptible, sino que cada uno se retira a una sustancia semejante a su naturaleza: esto lo afirman tanto los que, por el Pórtico, son llamados estoicos, como todos los poetas y escritores que desconocen a Dios. Estos, teniendo la misma infidelidad, han atribuido a los espirituales su propia región, la que está dentro del Pleroma; a los animales, la del Medio; y a los corporales, lo coico; y afirman que Dios no puede nada fuera de esto, sino que cada uno de los dichos se retira a lo que es de la misma sustancia.

5. Y cuando dicen que el Salvador fue hecho de todos los Eones, depositando todos en él como su flor, no aportan nada nuevo fuera de la Pandora

de Hesíodo. Pues lo que aquel dice de ella, esto insinúan estos del Salvador, presentándolo como Pandoros, como si cada uno de los Eones le hubiera dado lo que tenía de mejor. Y su misma opinión de que los alimentos y las demás acciones son indiferentes, y el pensar que por su nobleza de linaje nadie puede mancharlos en absoluto, coman o hagan lo que sea, lo han heredado de los cínicos, ya que son del mismo testamento que ellos. Y las minucias y la sutileza acerca de las cuestiones, siendo cosa aristotélica, intentan introducirlas en la fe.

6. Y que quieran trasladar a números este universo, lo tomaron de los pitagóricos. Pues estos fueron los primeros en poner los números como principio de todas las cosas, y como principio de ellos mismos lo par y lo impar, de los cuales establecieron tanto las cosas sensibles como las que no lo son. Y dicen que unos son los principios de la constitución, y otros los de la percepción y de la sustancia; y que de estos principios primeros todo fue perfeccionado, como una estatua a partir del bronce y de la forma que se le da. Y estos han ajustado esto a las cosas que están fuera del Pleroma. Y llamaron principios de la percepción a aquello por lo que el entendimiento, entendiendo lo que primero se tomó, indaga hasta que, fatigado, converge en lo uno e indivisible. Y que el principio de todas las cosas y la sustancia de toda la generación es Hen, es decir, uno; y de este, la díada, y la tétrada, y la péntada, y la múltiple generación de las demás cosas. Estas cosas las dicen estos al pie de la letra de su Plenitud y de

Bythus; de donde también se esfuerzan por introducir los emparejamientos que proceden del uno, de los cuales Marcos, jactándose de ellos como si fueran suyos, pareció haber descubierto algo más nuevo que los demás, presentando el cuaternario de Pitágoras como génesis y madre de todas las cosas.

7. Y diremos contra ellos: ¿todos estos que se han mencionado, con quienes se os convence de decir lo mismo, conocieron la verdad, o no la conocieron? Y si la conocieron, superfluo es el descenso del Salvador a este mundo. Pues ¿para qué descendía? ¿Acaso para traer al conocimiento la verdad que ya era conocida, para hombres que la conocen? Pero si no la conocieron, ¿cómo es que, diciendo lo mismo que los que no conocían la verdad, os gloriáis de tener vosotros solos el conocimiento que está sobre todas las cosas, que tienen también los que desconocen a Dios? Por antífrasis, pues, llaman conocimiento a la ignorancia de la verdad: y bien dice Pablo: novedades de palabras del falso conocimiento (1 Tim 6,20). Pues verdaderamente su conocimiento ha resultado falso. Pero si, obrando desvergonzadamente además de esto, dijeren que los hombres, ciertamente, no conocieron la verdad, sino que su Madre, [o] la simiente paterna, enunció los misterios de la verdad por medio de tales hombres, como también por medio de los profetas, sin saberlo el Demiurgo: en primer lugar, lo que se ha dicho no era de tal naturaleza que no pudiera entenderlo cualquiera: pues los hombres mismos sabían lo que decían, y también sus discípulos,

y los sucesores de estos. Después, si la Madre o la simiente conocían y narraban las cosas de la verdad, y la verdad es el Padre, entonces el Salvador, según ellos, habrá mentido al decir: Nadie ha conocido al Padre sino el Hijo (Mt 11,27). Pues si ha sido conocido o por la Madre o por su simiente, queda deshecho aquello de que nadie ha conocido al Padre sino el Hijo; a no ser que digan que su simiente, o la Madre, no es nadie.

8. Y hasta aquí, por medio de las afecciones humanas, y por decir cosas semejantes a muchos que desconocen a Dios, han parecido arrastrar verosímilmente a algunos; atrayéndolos, por medio de aquello a que están acostumbrados, al discurso que trata de todas las cosas, exponiendo la génesis del Verbo de Dios, y de la Vida, y además del Entendimiento, y asistiendo como parteras a las emisiones de Dios. Pero lo que viene a partir de esto lo han mentido sin verosimilitud y sin demostración, todo a partir de todo. Así como los que, para cazar algún animal, le ponen delante los alimentos a los que está acostumbrado, para atraerlo, halagándolo poco a poco con los pastos habituales hasta que lo cogen; y una vez apresado, lo atan durísimamente y lo arrastran por la fuerza adonde ellos quieren: así también estos, persuadiendo poco a poco, con pitanología, a los que se han acostumbrado a ellos a aceptar la emisión dicha, introducen cosas ni congruentes ni creíbles, las formas de las demás emisiones; diciendo que de Logos y de Zoe fueron emitidos diez Eones, y de Anthropos y de Iglesia, doce: y sin tener de esto ni demostración, ni testimonios,

ni verosimilitud, ni absolutamente nada de este tipo, sino en vano y al azar, quieren que se crea que de Logos y de Zoe, que son Eones, fueron emitidos Bythius y Mixis, Inenvejecible y Unión, Natural y Deleite, Inmóvil y Atemperamiento, Monogenes y Macaria. Y que de Anthropos y de Iglesia, que son igualmente Eones, fueron emitidos Paracletus y Pistis, Patricos y Elpis, Metricos y Agape, Aenos y Synesis, Ecclesiasticus y Macariotes, Theletus y Sophia.

9. Las pasiones y el error de esta Sophia, y cómo, según dicen, estuvo en peligro de perecer a causa de su búsqueda del Padre, y su afanosa actividad fuera del Pleroma, y de qué clase de defecto enseñan que fue emitido el fabricador del mundo, lo hemos expuesto con toda diligencia en el libro anterior a este, narrando las opiniones de los herejes: y a Cristo, del que dicen que fue emitido después de todos estos, nacido más tarde, y a Soter; o que tuvo su sustancia de los Eones que llegaron a ser en el defecto. Y por necesidad hemos recordado ahora estos nombres, para que por ellos se haga manifiesta su absurda mentira, y la confusión de su fingida nomenclatura. Y ellos mismos rebajan a sus Eones con muchos nombres de este tipo; pues los paganos ponen nombres verosímiles y creíbles a los que se llaman sus doce dioses, de los cuales pretenden estos que son también imágenes de los doce Eones; teniendo las imágenes nombres mucho más decorosos, y más poderosos para conducir, por su etimología, a la idea de la divinidad.

CAPÍTULO 15

Que no puede darse razón alguna de las emisiones.

1. Pero volvamos nosotros a la cuestión de las emisiones de la que hablamos antes. Y en primer lugar, que nos digan la causa de semejante emisión de Eones, sin tocar nada de lo que pertenece a la creación. Pues dicen que aquellas cosas no fueron hechas por causa de la creación, sino la creación por causa de ellas; y que no son aquellas imágenes de estas, sino estas de aquellas. Así como dan la causa de las imágenes diciendo que el mes tiene treinta días por los treinta Eones, y el día doce horas, y el año doce meses, por los doce Eones que están dentro del Pleroma, y cuantos otros delirios semejantes dicen; que nos digan ahora la causa de esta emisión de Eones, por qué fue hecha tal: ¿y por qué fue emitido el octonario primero y primordial de todas las cosas, y no un quinario, o un ternario, o un septenario, o alguno de los que se delimitan por otro número? ¿Y por qué de Logos y de Zoe fueron emitidos diez Eones, y no más ni menos; y a su vez de Anthropos y de Iglesia doce, cuando también estos podían haber sido más o menos?

2. También el Pleroma entero, ¿por qué está dividido en tres, en octonario, y Década, y Dodécada, y no en algún otro número fuera de estos? Y la división misma, ¿por qué fue hecha en tres, y no en cuatro, o cinco, o seis, o en algún otro número, sin tocar nada de los números que pertenecen a la creación (pues dicen que aquellos son más

antiguos que estos, y que deben tener su propia razón, la que es anterior a la constitución, y no la que es según la constitución), y en concordancia con la armonía?

3. Y nosotros, al hablar de esta armonía a propósito de la creación, decimos cosas acomodadas a esta ordenación rítmica (pues esta ordenación rítmica está acomodada a las cosas que fueron hechas); pero ellos, no teniendo una causa propia que enunciar de las cosas que son anteriores y perfectas por sí mismas, es necesario que caigan en la mayor aporía. Pues lo que nos preguntan a nosotros acerca de la constitución de las cosas, como si lo ignoráramos, ellos mismos, preguntados a su vez acerca del Pleroma, o narrarán afecciones humanas, o descenderán al discurso que trata de la armonía que hay en la creación, respondiendo impropiamente acerca de las cosas segundas, y no acerca de las que, según ellos, son las primeras. Pues no les preguntamos acerca de la armonía que es según la creación, ni acerca de las afecciones humanas; sino que, puesto que su Pleroma, del que dicen que la creación es imagen, es óctuple, y décuple, y duodécuple, confesarán que su Padre hizo un Pleroma de semejante figura en vano y sin previsión, y rodearán al Padre de deformidad, si hizo algo sin razón. O, a su vez, si dijeren que el Pleroma fue emitido así según la providencia del Padre, por causa de la creación, para que su misma esencia fuera bien ordenada por el que le da ritmo, entonces el Pleroma ya no habrá sido hecho por causa de sí mismo, sino por causa de la imagen que había de existir a

semejanza suya (así como la estatua de barro no se modela por causa de sí misma, sino por causa de la que ha de hacerse de bronce, o de oro, o de plata), y la creación será más honrada que el Pleroma, si aquellas cosas fueron emitidas por causa de ella.

CAPÍTULO 16

Que o bien el creador del mundo tomó de sí mismo las imágenes de las cosas que había de crear, o bien el Pleroma fue hecho a imagen de alguna otra disposición superior, y esta a imagen de otra, y así hasta el infinito.

1. Pero si no quisieren asentir a ninguna de estas cosas, puesto que serán convencidos por nosotros de no tener causa que dar de semejante emisión de su Pleroma, se verán forzados a quedar encerrados, de modo que confiesen que por encima del Pleroma hay alguna otra disposición más espiritual y más soberana, según la cual fue configurado su Pleroma. Pues si el Demiurgo no fabricó de sí mismo semejante figuración de la creación, sino según la figura de las cosas que estaban arriba; su Bythus, que hizo que el Pleroma fuera de semejante figuración, ¿de quién recibió la figura de las cosas que fueron hechas antes de él? Pues o es preciso mantenerse en la opinión, respecto del Dios que hizo el mundo, de que por su propia potestad y de sí mismo recibió el modelo de la fabricación del mundo; o, si uno se aparta de esto, habrá siempre necesidad de preguntar de dónde le vino al que está por encima de él la figuración de las cosas que fueron hechas,

cuál el número de las emisiones, y la sustancia del modelo mismo. Pero si a Bythus le fue lícito realizar de sí mismo semejante figuración del Pleroma, ¿por qué no le fue lícito al Demiurgo hacer de sí mismo semejante mundo? A su vez, pues, si la creación es imagen de aquellas cosas, ¿qué impide decir que aquellas son imágenes de las que están sobre ellas, y que las que están sobre ellas lo son a su vez de otras, y caer así en imágenes de imágenes sin fin?

2. Como le sucedió a Basílides, que, no habiendo alcanzado en absoluto la verdad, y pensando escapar de semejante aporía mediante una sucesión sin fin de cosas hechas unas de otras, enunció que 365 cielos fueron hechos unos de otros por sucesión y semejanza, y que la demostración de ellos es el número de los días del año, como dijimos antes; y por encima de estos un Poder, al que llaman también el Innombrable, y su disposición: y ni aun así escapó de semejante aporía. Pues, si se le pregunta: ¿de dónde le vino la imagen de su figuración a aquel cielo que está sobre todos, del cual quiere que los demás fueran hechos en sucesión? De aquella disposición, dirá, que es según el Innombrable. Y o dirá que el Innombrable la hizo de sí mismo; o tendrá que admitir que hay otra potestad por encima de él, de la cual recibió su Innombrable tan grande figuración de las cosas que son según él.

3. ¡Cuánto más seguro y diligente, pues, es confesar desde el principio lo que es verdadero: que este Dios, el Fabricador que hizo el mundo, es el único Dios, y que no hay otro Dios fuera de

él, recibiendo él mismo de sí mismo el modelo y la figuración de las cosas que fueron hechas; que, fatigados tras tanta irreligiosidad y tanto rodeo, verse forzados al fin a fijar el entendimiento en algún ser único, y a confesar que de él procede la figuración de las cosas hechas!

4. Porque eso mismo que nos imputan los que proceden de Valentín, diciendo que nosotros permanecemos en la Hebdómada de abajo, como si no levantáramos la mente a lo alto ni percibiéramos las cosas de arriba, porque no aceptamos su palabrería monstruosa, eso mismo se lo imputan a ellos los que proceden de Basílides, como si ellos todavía se revolcaran entre las cosas de abajo, hasta el primero y el segundo octonario, y como si, después de los treinta Eones, pensaran neciamente que habían hallado enseguida al Padre que está sobre todas las cosas, sin indagar con el entendimiento el Pleroma que está por encima de los 365 cielos, el cual está por encima de cuarenta y cinco ogdóadas. Y a su vez alguien podría con justicia imputárselo a ellos, fingiendo 4.380 cielos, o Eones, puesto que los días del año tienen otras tantas horas. Y si alguien añade también las de las noches, duplicando las horas dichas, y piensa haber descubierto una gran multitud de octonarios y una innumerable afanosa actividad de Eones contra el Padre que está sobre todas las cosas, creyéndose más perfecto que todos, imputará lo mismo a todos: que la multitud de cielos o de Eones de la que ellos hablaban no alcanza a su altura, sino que, quedándose cortos, permanecen o en las cosas de abajo o en el Medio.

CAPÍTULO 17

Se pregunta de qué clase es la emisión de los Eones, y se muestra que, como quiera que se la imagine, se contradice por todas partes; y que, supuesta la hipótesis de los herejes, el mismo Nus, y aun el Padre, queda manchado con el defecto de la ignorancia.

1. Puesto que tenemos, pues, tantas contradicciones y aporías contra la disposición que es según su Pleroma, y sobre todo contra la que es según la primera Ogdóada, examinemos también lo demás; indagando también nosotros, a causa de su insensatez, acerca de cosas que no son; pero haciéndolo por necesidad, ya que se nos ha confiado el cargo de este asunto, y porque queremos que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad: y porque tú mismo has pedido recibir de nosotros muchos y todos los medios de derrocarlos.

2. Se pregunta, pues: ¿cómo fueron emitidos los demás Eones? ¿Unidos al que los emitió, como los rayos del sol, o eficazmente y por partes, de modo que cada uno de ellos esté separado y tenga su propia figuración, como el hombre del hombre y la bestia de la bestia? ¿O por germinación, como las ramas de un árbol? ¿Y eran de la misma sustancia que los que los emitieron, o tenían su sustancia de alguna otra sustancia? ¿Y fueron emitidos a la vez, de modo que fueran del mismo tiempo unos y otros; o según un cierto orden, de modo que unos de ellos fueran más antiguos y otros más jóvenes? ¿Y fueron emitidos simples y

uniformes, y por todas partes iguales y semejantes a sí mismos, como los espíritus y las luces; o compuestos y diferentes, desemejantes en sus miembros?

3. Pero si cada uno de ellos fue emitido efectivamente y según su propia génesis, a semejanza de los hombres, o las generaciones del Padre serán de la misma sustancia que él y semejantes al que las engendró; o, si aparecen desemejantes, es necesario confesar que son de alguna otra sustancia. Y si las generaciones del Padre son semejantes al emisor, las cosas que fueron emitidas permanecerán impasibles, como también el que las emitió; pero si son de alguna otra sustancia, capaz de pasiones, ¿de dónde esta sustancia desemejante dentro del Pleroma, que es de incorrupción? Además, según esta razón, cada uno de ellos se entenderá dividido por separado del otro, como los hombres, no mezclado ni unido el uno con el otro, sino configurado cada uno de ellos en una figuración distinta, y en una circunscripción definida, y en una cantidad de magnitud: cosas que son propias del cuerpo, y no del espíritu. Que no digan ya, pues, que el Pleroma es espiritual, ni que ellos mismos son espirituales; si es que sus Eones, como hombres, se sientan a banquetear junto al Padre, y él mismo existe en semejante figuración, tal como lo descubren los que fueron emitidos por él.

4. Pero si, como luces encendidas de una luz, los Eones proceden de Logos, y Logos de Nus, y Nus de Bythus, como, por ejemplo, antorchas de una antorcha, se diferenciarán quizá unos de

otros por la generación y por el tamaño; pero, siendo de la misma sustancia que el principio de su emisión, o todos permanecen impasibles, o también su Padre participará de las pasiones. Pues la antorcha que fue encendida después no tendrá una luz distinta de la que hubo antes de ella. Por lo cual también sus luces, reunidas en una, vuelven a la unión originaria, puesto que se hace una sola luz, la que existía también desde el principio. Y lo que es más joven y más antiguo no puede entenderse ni en la luz misma (pues toda la luz es una sola), ni en las antorchas mismas que recibieron la luz (pues según la sustancia de su materia tienen el mismo tiempo; pues una y la misma es la materia de las antorchas): sino solo según el encendido, ya que la una fue encendida un poco antes, y la otra ahora.

5. El defecto, pues, de la pasión que es según la ignorancia, o le sobrevendrá igualmente a todo su Pleroma, puesto que son de la misma sustancia, y el Propator estará en el defecto de la ignorancia, es decir, ignorándose a sí mismo; o todas las luces que están dentro del Pleroma permanecerán igualmente impasibles. ¿De dónde, pues, la pasión en torno al Eón más joven, si es la luz paterna, de la cual fueron constituidas todas las luces, la que es por naturaleza impasible? ¿Y cómo puede llamarse a algún Eón entre ellos más joven o más viejo, siendo una sola la luz de todo el Pleroma? Y si alguien dice que son estrellas, no por eso dejarán todos de aparecer como partícipes de la misma naturaleza. Pues si una estrella difiere de otra estrella en claridad (1 Cor

15,41), no es, sin embargo, según la cualidad, ni según la sustancia, según la cual algo es pasible o impasible; sino que, o todos ellos, siendo de la luz paterna, deben ser por naturaleza impasibles e inmutables, o todos, junto con la luz paterna, son a la vez pasibles y capaces de las mudanzas de la corrupción.

6. Y la misma razón se seguirá aunque digan que la emisión de los Eones nació de Logos como las ramas de un árbol, puesto que Logos tiene su generación de su Padre; pues todos resultan ser de la misma sustancia que el Padre, diferenciándose unos de otros solo en el tamaño, y no en la naturaleza, y completando la grandeza del Padre, como los dedos completan la mano. Si, pues, el Padre está en pasión e ignorancia, también lo están, sin duda, los Eones que fueron engendrados de él. Pero si es impío atribuir ignorancia y pasión al Padre de todos, ¿cómo dicen que fue emitido por él un Eón pasible, y, atribuyendo esa misma impiedad a la Sophia misma de Dios, se dirán religiosos?

7. Pero si dijeren que sus Eones tuvieron sus emisiones como los rayos del sol, entonces, siendo todos de la misma sustancia y del mismo origen, o todos serán capaces de pasión junto con el que los emitió, o todos permanecerán impasibles. Pues a partir de semejante emisión ya no pueden confesar que unos son impasibles y otros pasibles. Si, pues, dicen que todos son impasibles, ellos mismos deshacen su trama. Pues ¿cómo padeció el Eón menor, si todos eran impasibles? Pero si dicen que todos participaron de esta pasión,

como algunos se atreven a decir, que comenzó en Logos, pero que su derivación fue hacia Sophia, entonces, remontando la pasión a Logos, y a este Nus del Propator, quedarán convictos de confesar que tanto el Nus del Propator como el Padre mismo estuvieron en pasión. Pues el Padre de todos no es una especie de ser vivo compuesto, distinto de Nus, como hemos mostrado antes; sino que Nus es el Padre, y el Padre es Nus. Es necesario, por tanto, que también el Logos que procede de él, o más bien el mismo Nus, siendo Logos, sea perfecto e impasible; y que las emisiones que proceden de él, siendo de la misma sustancia que él, permanezcan perfectas, e impasibles, y siempre semejantes al que las emitió.

8. No es verdad, pues, que Logos, por tener el tercer orden de la generación, desconociera al Padre, como enseñan estos: pues esto quizá se tendrá por verosímil en la generación de los hombres, porque a menudo desconocen a sus padres; pero en el Logos del Padre es de todo punto imposible. Pues si, existiendo en el Padre, conoce a aquel en quien está, no se desconoce a sí mismo: y las emisiones que proceden de él, siendo sus poderes y asistiéndolo siempre, no desconocerán al que las emitió, como tampoco los rayos al sol. No cabe, pues, que la Sophia de Dios, la que está dentro del Pleroma, siendo de semejante emisión, cayera bajo la pasión y concibiera semejante ignorancia. Pero es posible que la sabiduría que procede de Valentín, siendo de la emisión del diablo, llegue a estar en toda pasión, y dé por fruto una profundidad de ignorancia.

Pues cuando ellos mismos dan testimonio de su Madre, diciendo que es generación de un Eón errante, ya no hay que buscar la causa por la que los hijos de semejante Madre naden siempre en la profundidad de la ignorancia.

9. Fuera de estas emisiones, yo, por mi parte, no entiendo qué otra puedan nombrar; ni se nos ha dado a conocer que ellos mismos hayan dado alguna vez otra propiedad de la emisión, aunque hemos tenido con ellos muchísima discusión acerca de tales especies: solo dicen esto, que fue emitido cada uno de ellos, y que conoció solo al que lo emitió, pero desconocía al que estaba antes de aquel. Pero no avanzan con demostración alguna para mostrar cómo fueron emitidos, o cómo cabe que tal cosa suceda entre los seres espirituales. Pues por dondequiera que avancen, quedarán atados, y, rodeando la verdad lejos de la recta razón, llegan hasta decir que el Discurso que fue emitido del Nus de su Propator fue emitido en disminución (pues Nus, dicen, engendrado perfecto del perfecto Bythus, ya no pudo hacer perfecta la emisión que procede de él, sino cegada en cuanto al conocimiento y a la grandeza del Padre: y el Salvador mostró un símbolo de este misterio en el que fue ciego de nacimiento, porque así fue emitido ciego por Monogenes el Eón, es decir, la ignorancia), atribuyendo falsamente ignorancia y ceguera al Verbo de Dios, que según ellos tiene la segunda emisión a partir del Propator. ¡Admirables sofistas, que indagan las alturas del Padre desconocido, y narran los misterios supracelestes en los que los ángeles desean asomarse (1 Pe 1,12)!

para que aprendan que el Verbo emitido del Nus de aquel Padre que está sobre todas las cosas fue emitido ciego, es decir, ignorando al Padre que lo emitió.

10. ¿Y cómo, oh vanísimos sofistas, el Nus del Padre, o más aún el Padre mismo, siendo Nus y perfecto en todo, emitió a su Logos como un Eón imperfecto y ciego, pudiendo emitir enseguida junto con él también el conocimiento del Padre? Así como decís que Cristo, nacido después de los demás, fue sin embargo emitido perfecto; mucho más, pues, el Logos, que es más avanzado en edad que él, habría sido emitido perfecto por el mismo Nus, y no ciego: ni él a su vez habría emitido Eones más ciegos que él, hasta que vuestra Sophia, cegada para siempre, dio a luz tan grande sustancia de males. Y la causa de esta malicia es vuestro Padre; pues decís que la grandeza y el poder del Padre son causas de la ignorancia, asemejándolo a Bythus, y poniendo este nombre al Padre innombrable. Pero si la ignorancia es un mal, y establecéis que todos los males han brotado de ella, y decís que su causa es la grandeza y el poder del Padre, mostráis que él es el hacedor de los males. Pues decís que la causa del mal es el no haber podido contemplar su grandeza. Pero si era imposible para el Padre darse a conocer desde el principio a los que fueron hechos por él, era inculpable, puesto que no podía quitar la ignorancia de los que vienen después de él. Pero si después, queriéndolo, pudo quitar la ignorancia que había crecido con el avance de las emisiones y había sido sembrada en los Eones, mucho más,

queriéndolo, no habría permitido antes que llegara a existir esa ignorancia que aún no existía.

11. Puesto que, pues, cuando quiso, fue conocido, no solo por los Eones, sino también por los hombres que vivían en los últimos tiempos; pero, no queriendo ser conocido desde el principio, fue desconocido: la causa de la ignorancia, según vosotros, es la voluntad del Padre. Pues si sabía de antemano que estas cosas habían de ser así, ¿por qué no cortó su ignorancia antes de que llegara a ser, la ignorancia que después, como por penitencia, cura mediante la emisión de Cristo? Pues el conocimiento que dio a todos por medio de Cristo, podía haberlo dado mucho antes por medio de Logos, que era también el primogénito de Monogenes. O si, sabiéndolo de antemano, quiso que estas cosas llegaran a ser, las obras de la ignorancia perduran para siempre, y nunca pasan. Pues lo que fue hecho por voluntad de vuestro Propator debe perdurar junto con la voluntad del que lo quiso; o, si estas cosas pasan, con ellas pasará también la voluntad del que quiso que tuvieran sustancia. Pues ¿qué fue lo que aprendieron los Eones para hallar reposo y recibir el conocimiento perfecto? ¿Que el Padre es incontenible e incomprensible? Pero este conocimiento podían haberlo tenido antes de llegar a estar en pasiones: pues no habría disminuido la grandeza del Padre si ellos hubieran sabido desde el principio que el Padre es incontenible e incomprensible. Pues si era desconocido a causa de su grandeza inmensa, también debía, a causa de su inmenso amor, conservar impasibles a los

que habían nacido de él: ya que nada lo impedía, sino que era más útil que ellos hubieran conocido desde el principio que el Padre es incontenible e incomprensible.

CAPÍTULO 18

Que Sophia no pudo padecer ignorancia, ni sufrir nada al indagar al Padre, ni caer en peligro manifiesto. Que su Enthymesis no pudo separarse de ella, y mucho menos tener afecciones propias.

1. ¿Y cómo no es vano lo que dicen, que también su Sophia estuvo en ignorancia, y en disminución, y en pasión? Pues estas cosas son ajenas a Sophia, y contrarias; ni son tampoco afecciones suyas. Pues donde hay imprevisión e ignorancia de lo útil, allí no está Sophia. Que no llamen ya, pues, Sophia al Eón que padeció; sino que renuncien o a su nombre o a sus pasiones. Y que no llamen espiritual a la Plenitud entera, si dentro de ella vivió este Eón estando en tantas pasiones. Pues ni siquiera un alma fuerte, por no decir una sustancia espiritual, padecerá estas cosas.

2. ¿Y cómo, a su vez, podía su Enthymesis, saliendo con la pasión, llegar a existir por separado? Pues la Enthymesis se entiende como existente respecto de alguien; por sí sola nunca llegará a existir. Pues la mala enthymesis es expulsada y absorbida por la buena, como la enfermedad por la salud. Pues ¿cuál era la Enthymesis anterior a la pasión? Indagar al Padre, y considerar su grandeza. ¿Y de qué fue persuadida después, de modo que se restableció? De que el Padre es incompren-

sible, y no puede ser hallado. No era bueno, pues, que quisiera conocer al Padre; y por eso es también pasible; pero cuando fue persuadida de que el Padre era inescrutable, entonces se iba también restableciendo. Pero el mismo Nus, que buscaba al Padre, dejó, según ellos, de buscarlo más, al aprender que el Padre es incomprensible.

3. ¿Cómo, pues, podía la Enthymesis, separada, concebir pasiones, que eran ellas mismas afecciones suyas? Pues la afección se da respecto de alguien; por sí sola no puede ser, ni subsistir. Y no solo es esto inestable, sino también contrario a lo que fue dicho por nuestro Señor: Buscad, y hallaréis (Mt 7,7). Pues el Señor hace perfectos a sus discípulos buscando y hallando al Padre; pero aquel que está arriba, su Cristo, hizo perfectos a los Eones mandándoles no buscar al Padre, persuadiéndolos de que, aunque se esforzaran mucho, no lo hallarían. Y así dicen que ellos mismos son perfectos en cuanto afirman haber hallado a su Bythus; y que los Eones lo son en cuanto fueron persuadidos de que es inescrutable aquel a quien buscaban.

4. Puesto que, pues, la Enthymesis misma no podía subsistir por separado sin el Eón, introducen una mentira todavía mayor acerca de su pasión, dividiéndola de nuevo por separado, y diciendo que ella es la sustancia de la materia. Como si Dios no fuera luz, ni hubiera a mano una palabra que pudiera refutarlos y derrocar su maldad. Pues, en efecto, todo lo que el Eón sentía, eso también padecía; y lo que padecía, eso también sentía: y su Enthymesis no era, para

ellos, otra cosa que la pasión del que maquinaba comprender lo incomprensible, y la pasión era la Enthymesis: pues sentía cosas imposibles. ¿Cómo, pues, podía la afección y la pasión separarse aparte de la Enthymesis, y llegar a ser sustancia de tanta materia, cuando la Enthymesis misma era la pasión, y la pasión era la Enthymesis? Así pues, ni la Enthymesis sin el Eón, ni las afecciones sin la Enthymesis, pueden tener sustancia por separado; y también aquí queda de nuevo deshecha su regla.

5. ¿Y cómo el Eón se iba disolviendo y padecía? Si es que era de la misma sustancia que el Pleroma; y el Pleroma entero procede del Padre. Pues lo que es semejante no se disolverá en la nada dentro de lo semejante, ni correrá peligro de perecer, sino que más bien perdurará y crecerá; como el fuego en el fuego, y el espíritu en el espíritu, y el agua en el agua: pero las cosas que son contrarias padecen por las contrarias, y se transforman, y son destruidas. Y así, si hubiera sido una emisión de luz, no habría padecido, ni corrido peligro, en una luz semejante, sino que más bien habría resplandecido y crecido, como el día por el sol: pues dicen que Bythus es la imagen de su Padre. Todos los seres vivos que son extraños y ajenos entre sí, y contrarios por naturaleza, corren peligro y se corrompen: pero los que están habituados unos a otros, y son afines, no sufren ningún peligro al convivir, sino que incluso adquieren de ello seguridad y vida. Si, pues, este Eón hubiera sido emitido de él con la misma sustancia que el Pleroma entero, nunca habría sufrido cambio, ya

que vivía entre cosas semejantes y habituales, espiritual entre espirituales. Pues el temor, y el espanto, y la pasión, y la disolución, y cosas tales, en las cosas que son nuestras, y en las corporales, quizá se produzcan por los contrarios: pero en los seres espirituales, y que tienen la luz difundida, ya no se siguen semejantes calamidades. Pero me parece que han revestido a su Eón con la pasión de aquel que, en el poeta cómico Menandro, está muy enamorado y es odiado. Pues los que fingieron estas cosas tuvieron en la mente la aprehensión y la concepción de algún hombre infelizmente enamorado, más que de una sustancia espiritual y divina.

6. Además, el pensar en buscar al Padre perfecto, y el querer estar dentro de él, y tener comprensión de él, no podía producir ignorancia ni pasión, y eso en un Eón espiritual; sino más bien perfección, e impasibilidad, y verdad. Pues ellos mismos, siendo hombres, al pensar en aquel que es anterior a ellos, y como si ya comprendieran al perfecto y estuvieran establecidos dentro de su conocimiento, no dicen que ellos mismos están en una pasión de consternación, sino más bien en el conocimiento y en la aprehensión de la verdad. Pues dicen que el Salvador dijo a los discípulos: Buscad, y hallaréis (Mt 7,7), para que buscaran a aquel que fue fingido por ellos, por excogitación, por encima del fabricador de todas las cosas, el inenarrable Bythus: y pretenden que ellos mismos son perfectos porque, indagando, hallaron al perfecto, estando todavía en la tierra; pero dicen que el Eón que está dentro del Pleroma, todo espi-

ritual, buscando al Propator, y esforzándose por llegar a estar dentro de su grandeza, y deseando tener la comprensión de la verdad paterna, cayó en pasión: y en una pasión tal que, si no le hubiera salido al encuentro el Poder que afianza todas las cosas, se habría disuelto en la sustancia universal, y habría sido destruido.

7. Vesánica es esta presunción, y verdaderamente propia del entendimiento de hombres destituidos de la verdad. Pues que este Eón es mejor que ellos, y más antiguo, también ellos mismos lo confiesan, según su propia regla, diciendo que son la concepción de la Enthymesis de aquel Eón que padeció; de modo que este Eón es el padre de su Madre, es decir, su abuelo. Y a los nietos posteriores la búsqueda del Padre les procura la verdad, y la perfección, y el afianzamiento, y la depuración de la materia fluyente, según dicen, y la reconciliación con el Padre; pero en su abuelo esta misma indagación produjo ignorancia, y pasión, y espanto, y temor, y consternación, de las cuales dicen que fue hecha también la sustancia de la materia. Decir, pues, que inquirir e indagar al Padre perfecto, y el deseo de comunicación con él y de unidad, se vuelve salvador para ellos; pero que para el Eón de quien tienen incluso su linaje fue causa de disolución y de perdición: ¿cómo no es esto en todo incongruente, y necio, e irracional? Y los que asienten a ellos, verdaderamente ciegos, valiéndose de guías ciegos, caen también con justicia en la profundidad de la ignorancia que está debajo.

CAPÍTULO 19

Que es fútil y vano lo que los herejes afirman de su simiente. Que es del todo ajeno a toda razón que el Demiurgo recibiera en sí esta simiente y, sin embargo, la ignorara a ella y lo que está arriba, y sea animal, mientras ellos se glorían de ser espirituales y de entenderlo todo por haber recibido solo una partícula de ella.

1. ¿Y qué clase de discurso es el suyo acerca de la simiente, que fue concebida por la Madre según la figuración de los ángeles que rodean al Salvador, informe, y sin forma, e imperfecta; y depositada en el Demiurgo sin que él lo supiera, para que, sembrada por medio de él en el alma que procedía de él, recibiera la perfección y la formación? En primer lugar, hay que decir que estos ángeles que rodean a su Salvador son imperfectos, y sin figura, e informes, si es que, concebida según su forma, se generó tal cosa.

2. Después, lo que dicen, que el Fabricador ignoró el descenso de la simiente a él, y a su vez la siembra en el hombre hecha por medio de él, es palabra fútil y vana, que de ningún modo puede mostrarse. Pues ¿cómo la ignoró, si la simiente misma tenía alguna sustancia y una cualidad propia? Pero si era sin sustancia, y sin cualidad, y no era nada, en consecuencia la ignoró. Pues las cosas que tienen algún movimiento y cualidad propios, ya de calor, ya de velocidad, ya de dulzura, o alguna diferencia de claridad, no se ocultarían ni siquiera a los hombres, estando con los hombres; cuánto menos a Dios, el Fabricador

de este universo; por quien con justicia no fue conocida su simiente, siendo sin cualidad de utilidad alguna, y sin sustancia de acción alguna, y no siendo nada en absoluto. Y por esto me parece que también el Señor dijo: De toda palabra ociosa que hayan dicho los hombres darán cuenta en el día del juicio (Mt 12,36). Pues todos los que son tales, que meten palabras ociosas en los oídos de los hombres, comparecerán en el juicio para dar cuenta de lo que vanamente conjeturaron y de lo que mintieron contra Dios; hasta el punto de decir que ellos mismos, por la sustancia de la simiente, conocen el Pleroma espiritual, mostrándoles el hombre interior al Padre verdadero (pues el hombre animal, dicen, necesita enseñanzas sensibles): pero que el Demiurgo, recibiendo en sí mismo toda esta simiente al depositarla la Madre, lo ignoró todo en absoluto, y no tuvo ningún entendimiento de las cosas que rodean al Pleroma.

3. Y que ellos mismos son espirituales, porque una cierta partícula del Padre del universo ha sido depositada en su alma, aunque, según dicen, tienen sus almas de la misma sustancia que el Demiurgo; pero que él, habiendo recibido de una vez toda la simiente de la Madre y teniéndola en sí, siguió siendo animal, y no percibió en absoluto nada de las cosas superiores, que estos se glorían de entender mientras están todavía en la tierra: ¿cómo no está esto por encima de toda irracionalidad? Pues pensar que la misma simiente atribuyó conocimiento y perfección a las almas de estos, pero atribuyó ignorancia al Dios que los

hizo, es verdaderamente propio de vesánicos, y de hombres del todo destituidos de mente.

4. Además, es vanísimo lo que dicen, que en este depósito ella es figurada, y crece, y se prepara para la recepción de la razón perfecta. Pues la mezcla con la materia, que pretenden que tuvo su sustancia de la ignorancia y del defecto, le será más apta y más útil que lo que fue su luz paterna: si es que, nacida según la contemplación de aquella, fue informe y sin figura; pero de esta tomó formación, y forma, y crecimiento, y perfección. Pues si la luz que procede del Pleroma fue causa para lo espiritual de que no tuviera ni forma ni tamaño propios; y el descenso aquí le añadió todas estas cosas y lo llevó a la perfección: mucho más eficaz y más útil parecerá el modo de vida de aquí, a la que llaman también tinieblas, que lo que fue su luz paterna. ¿Y cómo no es ridículo decir que su Madre corrió peligro en la materia, hasta el punto de casi ahogarse y faltar poco para corromperse, si no se hubiera entonces a duras penas extendido por encima y salido de sí misma, recibiendo ayuda del Padre; pero que su simiente crece en esta misma materia, y es formada, y se dispone apta para la recepción de la palabra perfecta; y eso hirviendo en cosas desemejantes y desacostumbradas: puesto que ellos mismos dicen que lo terreno es contrario a lo espiritual, y lo espiritual a lo terreno? ¿Cómo, pues, algo pequeño emitido entre cosas contrarias y desacostumbradas, según dicen, pudo crecer, y ser formado, y llegar a la perfección?

5. Además, también se preguntará acerca de lo que se ha dicho: ¿dio a luz su Madre la simiente de una sola vez, cuando vio a los ángeles, o por partes? Pero si fue a la vez y de una sola vez, lo que fue concebido desde entonces ya no será ahora infantil: superfluo es, pues, su descenso a los hombres que existen ahora. Pero si fue por partes, entonces ya no concibió según la figura de los ángeles que vio; pues, viéndolos y concibiéndolos a la vez y de una sola vez, debía haber dado a luz de una sola vez a aquellos cuyas figuras había concebido de una sola vez.

6. ¿Y por qué, viendo a los ángeles juntamente con el Salvador, concibió sus imágenes, pero no la del Salvador, que es más hermoso que ellos? ¿Acaso no le agradó este; y por eso no concibió al mirarlo? ¿Y cómo el Demiurgo, al que llaman psíquico, teniendo, según ellos, una grandeza y una figura propias, fue emitido perfecto según su sustancia; mientras que lo espiritual, que debe ser más eficaz que lo animal, fue emitido imperfecto; y necesitó descender a un alma, para ser formado en ella, y así, siendo perfecto, quedar preparado para recibir la palabra perfecta? Si, pues, es formado en hombres terrenos, y en hombres animales, ya no es según la semejanza de los ángeles, a los que llaman luces, sino según la de los hombres que están aquí. Pues no tendrá la semejanza y la forma de los ángeles, sino la de las almas en las que es formada (como el agua echada en un vaso tendrá la forma del vaso mismo; y si se congela en él, tendrá la forma del vasito en que se congeló), puesto que las almas mismas tienen la

figura del cuerpo; pues han sido adaptadas al vaso mismo, como dijimos antes. Si, pues, también aquella simiente se cuaja y se forma aquí, tendrá figura de hombre, y no tendrá forma de ángeles. ¿Cómo, pues, es aquella simiente a imagen de los ángeles, si es figurada según la semejanza de los hombres? ¿Y por qué, siendo espiritual, necesitó descender a la carne? Pues la carne necesita de lo espiritual, si es que ha de ser salvada, para que en ello sea santificada, y glorificada, y lo mortal sea absorbido por la inmortalidad; pero lo espiritual no necesita en absoluto de las cosas que están aquí. Pues no somos nosotros quienes lo hacemos mejor a ello, sino ello a nosotros.

7. Además, el discurso que tienen acerca de su simiente se convence de falso aún más manifiestamente, y puede ser descubierto por cualquiera, en cuanto dicen que las almas que tuvieron la simiente de la Madre llegan a ser mejores que las demás: y que por eso son honradas por el Demiurgo, y establecidas como príncipes, y reyes, y sacerdotes. Pues si esto fuera verdad, Caifás el sumo sacerdote, el primero, habría creído sin duda en el Señor, y Anás, y los demás sumos sacerdotes, y los doctores de la Ley, y los príncipes del pueblo, acudiendo a ese parentesco; y antes que ellos también el rey Herodes. Pero puesto que ni este, ni los sumos sacerdotes, ni los que estaban al frente, ni los notables del pueblo acudieron a él; sino, por el contrario, los que estaban sentados mendigando en los caminos, los sordos y los ciegos, y los que eran pisoteados y despreciados por los demás, como también dice Pablo: Mirad,

pues, vuestra vocación, hermanos: no hay entre vosotros muchos sabios, ni nobles, ni fuertes; sino que lo despreciable del mundo eligió Dios (1 Cor 1,26-27). No eran, pues, mejores tales almas por el depósito de la simiente, ni eran por eso honradas por el Demiurgo.

8. Y acerca de que su regla es débil e inestable, y además vana, basta con lo que se ha dicho. Pues, como suele decirse, no hace falta que se beba el mar entero el que quiera aprender que su agua es salada. Pero así como, de una estatua hecha de barro y coloreada en la superficie para que se la tenga por de oro siendo de barro, cualquiera que tome de ella un trocito cualquiera y, abriéndolo, muestre el barro, librará de una falsa opinión a los que buscan la verdad: del mismo modo también nosotros, deshaciendo no una pequeña parte, sino los capítulos que son lo principal del contenido de su regla, hemos mostrado a todos los que a sabiendas quieren no ser seducidos lo que hay de perverso, y engañoso, y seductor, y pernicioso en la escuela de los que proceden de Valentín, y de los demás herejes, cuantos tratan mal al Demiurgo, es decir, al Fabricador y Hacedor de este universo, el único que existe como Dios, poniendo de manifiesto que su camino puede deshacerse.

9. Pues ¿quién que tenga entendimiento, y alcance aunque sea un poco de la verdad, soportará a los que dicen que por encima del Dios Demiurgo hay otro Padre; y que uno es Monogenes, y otro el Verbo de Dios, del que dicen además que fue emitido en disminución; y otro Cristo, del que dicen además que fue hecho después de los

demás Eones junto con el Espíritu Santo; y otro el Salvador, del que dicen que fue reunido y amontonado, no ya por el Padre de todas las cosas, sino por los Eones que llegaron a ser en disminución, y que fue emitido por necesidad a causa de la disminución? de modo que, si los Eones no hubieran estado en ignorancia y disminución, según ellos no habría sido emitido ni Cristo, ni el Espíritu Santo, ni Horos, ni Soter, ni los Ángeles, ni su Madre, ni la simiente de esta, ni el resto de la fabricación del mundo; sino que todas las cosas habrían quedado desiertas y privadas de tantos bienes. Así pues, no solo son irreligiosos contra el Fabricador, llamándolo fruto del defecto; sino también contra Cristo y contra el Espíritu Santo, diciendo que fueron emitidos a causa del defecto; y asimismo el Salvador, después del defecto. Pues ¿quién soportará el resto de su palabrería vana, con la cual, intentando astutamente adaptarla a las parábolas, se han vuelto, ellos y los que les creen, a la mayor impiedad?

CAPÍTULO 20

Demuestra que son vanas las pruebas con que afirmaban las turbaciones y angustias del duodécimo Eón, y que no pueden confirmarse por la apostasía y defección de Judas. Por último muestra con diversas antítesis que la pasión de nuestro Señor no tiene nada en común ni afín con la fingida pasión del Eón.

1. Que introducen en su ficción tanto las parábolas como los hechos del Señor de manera impropia e incoherente, lo mostramos así. Pues

aquella pasión que, según dicen, le sobrevino al duodécimo Eón, intentan mostrarla por esto: que la pasión del Salvador fue llevada a cabo por el duodécimo de los apóstoles, y en el duodécimo mes. Pues pretenden que predicó durante un año después de su bautismo. Y en la que padecía flujo de sangre, dicen, quedó claramente mostrado; pues la mujer padeció doce años, y tocando la orla del Salvador obtuvo la curación de aquel poder que salió del Salvador, el cual, según dicen, preside. Pues aquel poder que padeció, extendido y derramándose en lo inmenso, de modo que corría peligro de disolverse en toda su sustancia, al tocar el primer cuaternario, que es significado por la orla, se detuvo y cesó de su pasión.

2. En cuanto a lo que dicen, pues, que la pasión del duodécimo Eón se muestra por Judas: ¿cómo puede compararse en semejanza Judas, que fue arrojado del número de los doce y no fue restituido a su lugar? Pues el Eón del que dicen que Judas es tipo fue restituido, o vuelto a llamar, una vez separada de él su Enthymesis; pero Judas fue depuesto y arrojado, y Matías fue ordenado en su lugar, según lo que está escrito: Y que otro reciba su episcopado (Hch 1,20; Sal 109,8). Debieron, pues, decir que el duodécimo Eón fue arrojado del Pleroma, y que otro fue proferido, o emitido, en su lugar; si es que en Judas se muestra. Además, del Eón mismo dicen que padeció; pero de Judas, que fue el traidor. Pero el que vino a la pasión fue Cristo, que padeció, y no Judas; y ellos mismos lo confiesan. ¿Cómo, pues, podía Judas, el que

entregó a aquel que había de padecer por nuestra salvación, ser tipo e imagen del Eón que padeció?

3. Pero tampoco la pasión de Cristo es semejante a la pasión del Eón, ni se cumplió en circunstancias semejantes. Pues el Eón padeció una pasión de disolución y de perdición, de modo que el mismo que padecía corría peligro incluso de corromperse; pero nuestro Señor Cristo padeció una pasión fuerte y que no cedía: no solo él mismo no corrió peligro de corromperse, sino que aun fortaleció con su propia fuerza al hombre corrompido y lo volvió a llamar a la incorrupción. Y el Eón padeció una pasión buscando él mismo al Padre y no logrando encontrarlo; pero el Señor padeció para conducir a los que se habían extraviado lejos del Padre al conocimiento, y junto a él. Y para aquel la búsqueda de la grandeza del Padre se volvió pasión de perdición; pero a nosotros el Señor, padeciendo y otorgando el conocimiento del Padre, nos dio la salvación. Y la pasión de aquel dio un fruto femenino, como dicen, débil, y enfermo, e informe, e ineficaz; pero la pasión de este dio por fruto fortaleza y poder. Pues el Señor, subiendo a lo alto por su pasión, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres (Ef 4,8; Sal 68,19), y concedió a los que creen en él pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo (Lc 10,19), es decir, del príncipe de la apostasía. Y el Señor por su pasión destruyó la muerte, y disolvió el error, y desterró la corrupción, y destruyó la ignorancia; pero manifestó la vida, y mostró la verdad, y otorgó la incorrupción. Pero su Eón, después de haber padecido, puso en

su lugar la ignorancia y dio a luz una sustancia informe, de la cual fueron proferidas todas las obras materiales, según ellos: la muerte, la corrupción, el error y cosas semejantes.

4. Judas, pues, el duodécimo discípulo, no era tipo del Eón que padeció; ni tampoco la pasión de nuestro Señor; pues en todo se ha mostrado que son desemejantes e incongruentes entre sí, no solo en lo que hemos dicho antes, sino también en el número mismo. Pues que Judas el traidor era el duodécimo, en ello concuerdan todos, ya que en el Evangelio se nombran doce apóstoles; pero este Eón no es el duodécimo, sino el trigésimo: pues no fueron proferidos por voluntad del Padre solo doce Eones, según estas cosas, ni fue emitido el duodécimo en orden; lo cuentan como emitido en el trigésimo lugar. ¿Cómo, pues, puede Judas, duodécimo en orden, ser tipo e imagen de aquel Eón que está en el trigésimo orden?

5. Pero si dicen que Judas, al perecer, es imagen de su Enthymesis, tampoco así será la imagen semejante a la verdad que le corresponde. Pues la Enthymesis, separada del Eón, formada después ella misma por Cristo, luego hecha prudente por el Salvador, y habiendo obrado todas las cosas que están fuera del Pleroma a imagen de las que están en el Pleroma, fue recibida al final en el Pleroma, según dicen ellos, y unida según los emparejamientos al Salvador, el que fue hecho de todos. Pero Judas, una vez arrojado, nunca vuelve al número de los discípulos: de lo contrario, nunca se habría contado a otro en su lugar. Y el Señor dijo también de él: ¡Ay del hombre por quien el

Hijo del hombre será entregado! (Mt 26,24) Y: Más le valdría no haber nacido (Mc 14,21); y fue llamado por él el hijo de la perdición (Jn 17,12). Pero si dicen que Judas es tipo, no de la Enthymesis separada del Eón, sino de la pasión entrelazada con él, tampoco así puede el número doce ser tipo del número tres. Pues aquí Judas fue arrojado, y Matías ordenado en su lugar; pero allí se dice que el Eón corrió peligro de disolverse y que pereció, y están la Enthymesis y la pasión; pues separan también la Enthymesis de la pasión, y hacen que el Eón sea restituido, que la Enthymesis sea formada, y que la pasión, separada de ellos, sea la materia. Siendo, pues, tres estos, el Eón, y la Enthymesis, y la pasión, Judas y Matías, que son dos, no pueden ser su tipo.

CAPÍTULO 21

Que los doce apóstoles no son tipo de los Eones.

1. Pero si dicen que los doce apóstoles son tipo de aquella sola prolación de doce Eones que Hombre profirió con Iglesia, que den también, como tipo de los otros diez Eones, que, según dicen, fueron proferidos por Verbo y Vida, otros diez apóstoles. Pues es irrazonable que los Eones más jóvenes, y por eso menores, sean mostrados por el Salvador mediante la elección de los apóstoles, y que los mayores que estos, y por eso mejores, no sean mostrados de antemano: pues el Salvador podía (si es que eligió a los apóstoles para esto, para mostrar por ellos a los Eones que están en el Pleroma) elegir también otros diez apóstoles, y

antes de estos también otros ocho, para mostrar aquella principal y primera Ogdóada, haciéndose el tipo por el número de los apóstoles; podía mostrar también la segunda Década: pues después de los doce apóstoles se encuentra que nuestro Señor envió delante de sí a otros setenta; pero setenta no pueden ser tipo ni del número ocho, ni del diez, ni del treinta. ¿Qué razón hay, pues, para que los Eones menores, como dije antes, sean mostrados por los apóstoles, y los mejores, de los que también estos fueron hechos, no sean prefigurados? Y si los doce apóstoles fueron elegidos para esto, para que por ellos se significara el número de los doce Eones, también los setenta debieron ser elegidos como tipo de setenta Eones: digan, pues, que los Eones hechos ya no son treinta en número, sino ochenta y dos. Pues el que hace la elección de los apóstoles según el tipo de los Eones que están en el Pleroma, nunca la haría de unos y de otros no; sino que habría procurado guardar la imagen por medio de todos los apóstoles, y mostrar el tipo de los Eones que están en el Pleroma.

2. Pero tampoco hay que callar acerca de Pablo, sino exigirles de qué Eón nos fue dado el Apóstol como tipo: a no ser, quizá, de su Salvador compuesto, que subsiste por la aportación de todos, al que también llaman el Todo, porque es de todos; del cual también Hesíodo el poeta dio espléndida señal, llamándolo Pandora, es decir, don de todos, porque en él fue puesto el mejor don de todos. En lo cual la razón es esta: Hermes (como se expresa en lengua griega) Αἰμυλίους τε

λόγους καὶ ἐπίκλοπον ἦθος Ἐς αὐτοὺς κάτθετο, para decir esto mismo en lengua latina: «Palabras de fraude, o de seducción, y costumbres furtivas puso en su entendimiento», para seducir a los necios de entre los hombres, a fin de que crean sus ficciones. Pues la Madre, es decir, Leto, los movió ocultamente (de donde también se la llama Leto, según la significación de la lengua griega, porque movía ocultamente a los hombres), sin saberlo el Demiurgo, a pronunciar misterios profundos e inenarrables a los que tienen comezón de oídos. Y no solo por Hesíodo obró su Madre que este misterio fuera dicho, sino también, muy sabiamente, por las palabras del lírico Píndaro, para ocultarlo al Demiurgo, en Pélope, cuya carne fue dividida en partes por su padre, y recogida, y traída, y compuesta de nuevo por todos los dioses: de este modo significó a Pandora; y también estos, movidos por ella y diciendo lo mismo que aquellos poetas, son del mismo linaje y espíritu que ellos.

CAPÍTULO 22

Que los treinta Eones no están representados por el año trigésimo en que dicen que Cristo fue bautizado; y que Cristo no padeció en el duodécimo mes después de su bautismo, sino que murió siendo mayor de cuarenta años: opinión que es propia de Ireneo.

1. Que todo su número de treinta se viene abajo, encontrándose en el Pleroma, según ellos, unas veces pocos y otras veces muchísimos Eones a la vez, lo hemos mostrado. No hay, pues, treinta

Eones, ni por esto vino el Salvador al bautismo teniendo treinta años, para mostrar sus treinta Eones silenciosos: de lo contrario, estarán apartando ante todo a él mismo y arrojándolo del Pleroma de todos. Y dicen que padeció en el duodécimo mes, de modo que estuvo predicando un año después de su bautismo, e intentan confirmar esto mismo por el profeta (pues está escrito: Llamar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución (Is 61,2)), verdaderamente ciegos, ellos que dicen haber descubierto las profundidades de Bythus, y que no entienden el año aceptable del Señor dicho por Isaías, ni el día de la retribución. Pues el profeta no habló de un día que tiene el espacio de doce horas, ni de un año que tiene la medida de doce meses. Pues que los profetas dijeron la mayor parte de las cosas en parábolas y alegorías, y no según el sonido de las palabras mismas, también ellos lo confiesan.

2. El día de la retribución, pues, es aquel en que el Señor retribuirá a cada uno según sus obras (Rom 2,6), es decir, el juicio. Y el año aceptable del Señor es este tiempo en que son llamados por él los que le creen, y se hacen aceptables a Dios: es decir, todo el tiempo desde su venida hasta la consumación, en el cual adquiere como fruto a los que se salvan. Pues según las palabras del profeta el día de la retribución sigue al año; y el profeta habrá mentido si el Señor predicó solamente un año, y de ese año habla. Porque ¿dónde está el día de la retribución? Pues el año ha pasado, y todavía no es el día de la retribución; sino que todavía hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre

justos e injustos (Mt 5,45). Y los justos padecen persecución, y son afligidos, y son muertos; pero los pecadores viven en la abundancia, y beben con cítara y salterio, pero no atienden a las obras del Señor (Is 5,12). Pero según las palabras deben ir unidos, y el día de la retribución debe seguir al año. Pues está dicho: llamar el año aceptable del Señor, y el día de la retribución (Is 61,2). Con razón, pues, se entiende como año aceptable del Señor este tiempo en que los hombres son llamados y salvados por el Señor, al cual sigue el día de la retribución, es decir, el juicio. Y no solo se llama año a este tiempo, sino que también es nombrado día, tanto por el Profeta como por Pablo; y entre ellos también el Apóstol, recordando la Escritura, dice en la Epístola a los Romanos: Como está escrito: Por tu causa se nos da muerte todo el día; somos contados como ovejas para el matadero (Rom 8,36). Ahora bien, todo el día se dice por todo este tiempo en que padecemos persecución y somos muertos como ovejas. Así como este día no significa aquel que consta de doce horas, sino todo el tiempo en que los que creen en Cristo padecen y son muertos por él: así también allí el año no se dice del que consta de doce meses, sino de todo el tiempo de la fe, en el que los hombres, oyendo la predicación, creen, y se hacen aceptables al Señor los que se unen a él.

3. Es muy de admirar cómo, diciendo haber descubierto las profundidades de Dios, no han investigado en los Evangelios cuántas veces, en el tiempo de la Pascua, el Señor subió a Jerusalén después de su bautismo, según era costumbre de

los judíos de toda región reunirse cada año en este tiempo en Jerusalén y celebrar allí la fiesta de la Pascua. Y primero, cuando hizo vino del agua en Caná de Galilea, subió a la fiesta de la Pascua, cuando también está escrito que muchos creyeron en él, viendo las señales que hacía (Jn 2,23), como recuerda Juan, el discípulo del Señor. Después, retirándose de nuevo, se le encuentra en Samaria, cuando también conversó con la samaritana, y curó estando ausente, con su palabra, al hijo del centurión, diciendo: Ve, tu hijo vive (Jn 4,50). Y después de esto subió de nuevo, por segunda vez, a la fiesta de la Pascua en Jerusalén, cuando curó al paralítico que yacía junto a la piscina desde hacía treinta y ocho años, mandándole que se levantara, tomara su camilla y se fuera. Y otra vez, retirándose de allí al otro lado del mar de Tiberíades, donde lo había seguido una gran muchedumbre, sació con cinco panes a toda aquella multitud, y sobraron doce canastos de pedazos. Luego, después de haber resucitado a Lázaro de entre los muertos, y como los fariseos le tendían asechanzas, se retira a la ciudad de Efraín; y de allí, seis días antes de la Pascua, está escrito que vino a Betania, y que subiendo de Betania a Jerusalén comió la Pascua y padeció al día siguiente. Que estos tres tiempos de la Pascua no son un año, cualquiera lo confesará. Y que el mes mismo en que se celebra la Pascua, en el que también padeció el Señor, no es el duodécimo sino el primero, los que se jactan de saberlo todo, si no lo saben, pueden aprenderlo de Moisés. Falsa, pues, se ha mostrado su solución tanto del

año como del duodécimo mes, y deben rechazar o su solución o el Evangelio: de lo contrario, ¿cómo predicó el Señor un año solamente?

4. Teniendo treinta años cuando vino al bautismo, luego, con la edad perfecta de maestro, vino a Jerusalén, de modo que con justicia fuera llamado maestro por todos: pues no parecía una cosa y era otra, como dicen los que introducen uno aparente; sino que lo que era, eso también parecía. Siendo, pues, maestro, tenía también la edad de maestro, sin rechazar ni sobrepasar al hombre, ni abolir en sí la ley del género humano, sino santificando toda edad por aquella semejanza que tenía con él. Pues vino a salvar a todos por sí mismo: a todos, digo, los que por él renacen en Dios, infantes, y párvulos, y niños, y jóvenes, y ancianos. Por eso vino a través de toda edad, hecho infante para los infantes, santificando a los infantes; párvulo entre los párvulos, santificando a los que tienen esta misma edad, y hecho a la vez para ellos ejemplo de piedad, y de justicia, y de sumisión; joven entre los jóvenes, haciéndose ejemplo para los jóvenes, y santificándolos para el Señor. Así también anciano entre los ancianos, para ser maestro perfecto en todo, no solo en la exposición de la verdad, sino también en la edad, santificando a la vez también a los ancianos, haciéndose ejemplo también para ellos; después llegó hasta la muerte, para ser el primogénito de entre los muertos, teniendo él mismo el primer lugar en todas las cosas (Col 1,18), el príncipe de la vida, anterior a todos, y que precede a todos.

5. Pero ellos, para afirmar su ficción a partir de lo que está escrito, llamar el año aceptable del Señor, dicen que predicó un año y que padeció en el duodécimo mes: se han olvidado de sí mismos, para su propia ruina, deshaciendo toda su obra y quitándole su edad más necesaria y más honorable, aquella, digo, más avanzada, en la que, también enseñando, presidía a todos. Pues ¿cómo tuvo discípulos, si no enseñaba? ¿Y cómo enseñaba, si no tenía la edad de maestro? Pues vino al bautismo no como quien había cumplido ya treinta años, sino como quien comenzaba a tener unos treinta años (así, en efecto, lo puso Lucas, que indicó sus años: Y Jesús tenía como treinta años al comenzar, cuando vino al bautismo (Lc 3,23)); y desde el bautismo habría predicado un solo año; cumpliendo su trigésimo año habría padecido, siendo todavía joven, y sin tener aún una edad más avanzada. Pero que la edad de treinta años es la primera de la flor de un joven, y se extiende hasta el año cuarenta, cualquiera lo confesará; pero desde el año cuarenta y cincuenta declina ya hacia la vejez, la cual tenía nuestro Señor mientras enseñaba, como atestiguan el Evangelio y todos los ancianos que en Asia se reunieron con Juan, el discípulo del Señor, que Juan les transmitió eso mismo. Y él permaneció con ellos hasta los tiempos de Trajano. Y algunos de ellos vieron no solo a Juan, sino también a otros apóstoles, y oyeron de ellos estas mismas cosas, y dan testimonio de tal relato. ¿A quiénes hay que creer más? ¿A estos, o a Ptolomeo, que nunca vio a

los apóstoles, y que ni en sueños alcanzó la huella de un apóstol?

6. Pero también los mismos judíos que entonces disputaban con el Señor Jesucristo significaron esto mismo clarísimamente. Pues cuando el Señor les dijo: Abraham, vuestro padre, se alegró de ver mi día, y lo vio, y se gozó, le respondieron: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? (Jn 8,56-57) Ahora bien, esto se dice con propiedad a quien ya ha pasado los 40 años, pero no ha alcanzado aún el año cincuenta, aunque no esté muy lejos del año cincuenta. Pero a quien tuviera 30 años se le habría dicho sin duda: «Aún no tienes cuarenta años». Pues los que querían mostrarlo mentiroso no habrían alargado mucho los años más allá de la edad que veían que tenía; sino que hablaban de lo cercano a su edad, ya lo supieran de verdad por la inscripción del censo, ya lo conjeturaran según la edad que veían que tenía, por encima de los cuarenta; pero no una edad de treinta años. Pues es del todo irrazonable que mintieran en veinte años, queriendo mostrarlo más joven que los tiempos de Abraham. Y lo que veían, eso también decían; y el que era visto no era aparente, sino la verdad. No estaba, pues, muy lejos de los cincuenta años; y por eso le decían: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? (Jn 8,57) No predicó, pues, un solo año, ni padeció en el duodécimo mes del año. Pues el tiempo desde el año treinta hasta el cincuenta nunca será un solo año, a no ser que entre sus Eones se hayan asignado años tan grandes a los que están sentados por orden

junto a Bythus en el Pleroma, de los cuales también habló el poeta Homero, inspirado él también por la Madre de su error:

Οἱ δὲ θεοὶ πὰρ Ζηνὶ καθήμενοι ἠγορόωντο Χρυσέῳ ἐν δαπέδῳ.

Lo cual traduciremos en latín así:

«Y los dioses, sentados junto a Júpiter, deliberaban / sobre un suelo de oro».

CAPÍTULO 23

Que la mujer que padecía flujo de sangre no es tipo del Eón perturbado.

1. Pero también en lo de aquella mujer que, padeciendo flujo de sangre, tocó la orla del vestido del Señor y fue sanada, queda al descubierto su ignorancia (pues dicen que por ella se mostró aquel duodécimo Poder que padeció y se derramó hasta el infinito, es decir, el duodécimo Eón): primero, porque, según su propia secta, ese Eón no es el duodécimo, como hemos mostrado. Pero aunque se les conceda también esto por añadidura, que existían doce Eones, de los cuales se dice que once permanecieron impasibles y que el duodécimo padeció: la mujer, al contrario, fue sanada en el duodécimo año, y es manifiesto que durante once años tuvo una pasión perdurable, y en el duodécimo fue sanada. Si se dijera que once Eones estuvieron en una pasión incurable y que el duodécimo fue sanado, habría sido persuasivo decir que la mujer era su tipo. Pero ya que ella padeció once años y no fue sanada, sino que fue sanada en el duodécimo año, ¿cómo puede

ser tipo del duodécimo Eón, si de ellos once no padecieron nada en absoluto, y solo el duodécimo participó de la pasión? Pues el tipo y la imagen a veces difieren de la verdad en la materia y en la sustancia; pero en la forma exterior y en el trazo deben guardar la semejanza, y mostrar de modo semejante, por medio de lo presente, aquello que no está presente.

2. Y no solo en esta mujer están consignados años de enfermedad, que dicen que se ajustan a su ficción, sino que he aquí también otra mujer, enferma igualmente durante 18 años, fue sanada, de la cual dice el Señor: Y a esta hija de Abraham, a quien Satanás tuvo atada dieciocho años, ¿no convenía soltarla en el día del sábado? (Lc 13,16) Si, pues, aquella era tipo del duodécimo Eón que padeció, también esta debe ser tipo de un decimoctavo Eón que padeció. Pero no pueden mostrarlo: de lo contrario, su primera y principal Ogdóada será contada entre los Eones que padecieron juntamente. Y también otro es sanado por el Señor, que llevaba 38 años en su pasión: digan también que hay un trigésimo octavo Eón que padeció. Pues si dicen que las cosas hechas por el Señor son tipos de las que están en el Pleroma, el tipo debe guardarse en todas. Pero ni a la que fue curada después de 18 años, ni al que fue curado después de 38 años, pueden adaptarlos a su ficción. Y es del todo insulso e inconveniente decir que el Salvador guardó el tipo en algunos casos, y en otros no lo guardó. El tipo de la mujer, pues, se muestra también desemejante al asunto de los Eones.

CAPÍTULO 24

Que son vanos e insulsos los argumentos que los herejes sacan de números, letras y sílabas.

1. Además, también esto mismo demuestra que su artificio es falso y su ficción inestable: que intentan aducir pruebas unas veces por los números y por las sílabas de los nombres, otras por las letras de las sílabas, y otras por los números que, según los griegos, están contenidos en las letras. Muestran clarísimamente la consternación, o confusión, y la inestabilidad de su ciencia, y su retorcimiento. Pues trasladando el nombre de Jesús, que es de otra lengua, al número de los griegos, unas veces dicen que es el episemon, por tener seis letras; y otras, que es la plenitud de las Ogdóadas, por tener el número 888. Pero su nombre griego, que es Soter, es decir, Salvador, lo han callado, porque no conviene a su ficción ni por el número ni por las letras. Y ciertamente, si los nombres del Señor se hubieran recibido por providencia del Padre, significando por el número y por las letras el número del Pleroma, Soter, siendo un nombre griego, habría debido mostrar, según la lengua griega, el misterio del Pleroma tanto por las letras como por los números. Pero no es así, porque es de cinco letras, y su número es 1408. Y estas cosas en nada concuerdan con su Pleroma: no es verdadero, pues, aquel asunto que ellos dicen que hay en el Pleroma.

2. Pero el nombre de Jesús, en la lengua propia de los hebreos, es de dos letras y media, como dicen sus entendidos, y significa el Señor que

contiene el cielo y la tierra: porque Jesús en la antigua lengua hebrea es cielo, y la tierra a su vez se dice sura user. El Verbo, pues, que contiene el cielo y la tierra, es él mismo Jesús. Falsa es, por tanto, también su interpretación del episemon, y su número queda manifiestamente derrocado. Pues en su propia lengua, Soter, vocablo griego, es de cinco letras; pero Jesús, a su vez, en la lengua hebrea, tiene dos letras y media. Se viene abajo, pues, el número de su cálculo, que está en 888. Y en todo las letras de los hebreos no concuerdan con el número de los griegos, siendo así que ellas, más antiguas y más firmes, debían sobre todo salvar el cómputo de los nombres. Pues las antiguas y primeras letras de los hebreos, llamadas también sacerdotales, son diez en número (pero se escriben por diez y cinco), estando la última letra unida a la primera. Y por eso escriben unas cosas según el orden, como también nosotros, y otras al revés, volviendo las letras de la derecha hacia la izquierda. Y también Cristo, que fue proferido para la estabilidad y corrección de su Pleroma, según lo que dicen, debería haber tenido un cómputo de su nombre que concordara con el Eón de su Pleroma. Y también el Padre, del mismo modo, debería haber contenido, tanto por las letras como por el número, el número de los Eones que fueron proferidos por él; y Bythus igualmente; y no menos también el Unigénito; y sobre todo el nombre que se dice Dios, el cual en hebreo se dice Baruch, y también tiene dos letras y media. Por esto, pues, que los nombres más firmes, en la lengua hebrea y en la griega,

no concuerdan con su ficción ni por el número de las letras ni por el cómputo, queda manifiesto el cómputo desvergonzadamente arrancado del resto.

3. Pues, eligiendo de la Ley todo lo que concuerda con el número de su secta, intentan hacer pruebas por la fuerza. Pero si era propósito de su Madre, o del Salvador, mostrar por medio del Demiurgo tipos de las cosas que están en el Pleroma, habrían obrado que los tipos se hicieran en cosas más verdaderas y más santas: y sobre todo en la misma arca del Testamento, por la cual se compuso también todo el tabernáculo del testimonio. Ahora bien, esta fue hecha con una longitud de dos codos y medio, una anchura de un codo y medio, y una altura de un codo y medio: y este número de codos en nada concuerda con su ficción, siendo así que por él debía mostrarse sobre todo el tipo. Y el propiciatorio tampoco concuerda en nada con sus exposiciones. Además, la mesa de la proposición, de dos codos de longitud y un codo de anchura, y su altura de un codo y medio (estas cosas estaban delante del santo de los santos): por las cuales ni una sola cantidad de número contiene la significación del cuaternario, o del octonario, o del resto de su Pleroma. ¿Y qué del candelabro, que tenía siete brazos y siete lámparas? Y si se hubieran hecho según el tipo, debería haber tenido ocho brazos, y otras tantas lámparas, según el tipo del primer octonario, que resplandece entre los Eones e ilumina toda la Plenitud.

Los atrios, que son diez, los contaron con diligencia, diciendo que son tipo de los diez Eones; pero las pieles, hechas en número de once, ya no las contaron. Ni midieron tampoco el tamaño de los atrios mismos, teniendo cada atrio una longitud de veintiocho codos. Y exponen la longitud de las columnas, hecha de diez codos, a causa de la Década de los Eones; pero que la anchura de cada columna era de un codo y medio ya no lo exponen, ni el número de todas las columnas, ni el de sus barras, porque no concuerda con su argumento. ¿Y qué del óleo de la unción, que santificó todo el tabernáculo? Quizá se le escapó al Salvador, o, mientras dormía su Madre, el Demiurgo dispuso por sí mismo lo del peso: de donde desentona también con su Pleroma, pues tiene quinientos siclos de mirra, de lirio 500, de canela 250, de cálamo aromático 250, y además de esto aceite, de modo que consta de cinco mezclas. Y el incienso, igualmente, de estacte, y de uña aromática, y de gálbano, y de hierbabuena, y de incienso puro, que en nada pueden concordar con su argumento, ni por las mezclas ni por el peso. Es irrazonable, pues, y del todo rústico, que en las cosas sublimes y más elegantes de la Ley no se hayan guardado los tipos, y que en las demás, dondequiera que algún número coincide con lo que ellos dicen, afirmen que son tipos de las cosas que están en el Pleroma, siendo así que todo número está puesto de muchas maneras en las Escrituras: de modo que quien quiera podría constituir a partir de las Escrituras no solo un octonario, y una Década, y una Dodécada, sino

cualquier número, y decir que es tipo del error que él ha maquinado.

4. Pero que esto es verdad, este número que se llama cinco, que en nada concuerda con su argumento, ni coincide con su ficción, ni conviene a su demostración típica de las cosas que están en el Pleroma, recibirá de las Escrituras su prueba así. Soter es un nombre de cinco letras, y Pater también tiene cinco letras; y también el nombre Agape son cinco letras; y nuestro Señor, bendiciendo cinco panes, sació a cinco mil hombres; el Señor habló de cinco vírgenes sabias, y de cinco necias igualmente. De nuevo, se dice que cinco hombres estuvieron con el Señor cuando salió al encuentro del testimonio del Padre, a saber, Pedro, y Santiago, y Juan, y Moisés, y Elías; y el Señor, entrando como quinto donde estaba la niña muerta, la resucitó: Pues a nadie, dice, permitió entrar, sino a Pedro, y a Santiago, y al padre y a la madre de la niña (Lc 8,51). Aquel rico en los infiernos dice que tiene cinco hermanos, a los cuales pide que vaya uno que resucite de entre los muertos. La piscina natatoria tenía cinco pórticos, de donde el Señor mandó al paralítico, ya sano, ir a su casa. Y la forma misma de la cruz tiene cinco extremos y puntas, dos en la longitud, y dos en la anchura, y uno en medio, en el que descansa el que es clavado con los clavos. Cada una de nuestras manos tiene cinco dedos; y también tenemos cinco sentidos; y lo que está en nuestras entrañas puede contarse en cinco: el corazón, y el hígado, los pulmones, el bazo y los riñones. Además, el hombre entero puede dividirse en este

número: cabeza, pecho, vientre, muslos, pies. El género humano pasa por cinco edades: primero infante, luego niño, luego párvulo, y después de esto joven, y así luego anciano.

En cinco libros entregó Moisés la Ley al pueblo. Cada tabla que recibió de Dios tenía cinco preceptos. El velo que cubría el santo de los santos tenía cinco columnas. Y el altar del holocausto: su altura era de cinco codos. Cinco sacerdotes fueron elegidos en el desierto, a saber, Aarón, Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar. La túnica talar, y el oráculo, y el resto del atuendo sacerdotal estaban tejidos de cinco cosas; pues tenían oro, y jacinto, y púrpura, y escarlata, y lino fino. Y Josué, hijo de Nun, encerrando en las cuevas a cinco reyes de los amorreos, entregó sus cabezas al pueblo para que las pisoteara. Y cualquiera puede reunir otros muchos miles de cosas semejantes, tanto en este número como en el que quiera, ya de las Escrituras, ya de las obras de la naturaleza que tenemos delante: y sin embargo no decimos por esto que haya cinco Eones por encima del Demiurgo, ni consagramos el quinario como si fuera algo divino, ni intentamos confirmar cosas inestables y delirios por medio de ese vano trabajo, ni forzamos a la creación, bien ajustada por Dios, a ser trasladada torcidamente a tipos de cosas que no existen, y a introducir doctrinas impías y nefandas, cuando su desenmascaramiento y su derrocamiento pueden ser obra de todos los que tienen entendimiento.

5. Pues ¿quién les concedería que el año tiene solo 365 días, para que haya doce meses de treinta

días, como tipo de los doce Eones, siendo además desemejante el tipo? Pues allí cada uno de los Eones es la trigésima parte de todo el Pleroma, mientras que el mes es, según dicen ellos, la duodécima parte del año. Si el año se dividiera en treinta, y el mes en doce, se podría pensar que el tipo convenía a su mentira. Pero ahora es al contrario. Su Pleroma se divide en treinta, y una parte de él en doce; pero aquí el año entero se divide en doce partes, y una parte de él en treinta. Insulsamente, pues, hizo el Salvador que el mes fuera tipo de todo el Pleroma, y el año, de la Dodécada que está en el Pleroma; pues más convenía dividir el año en treinta, como también todo el Pleroma, y el mes en doce, como también son los Eones en su Pleroma. Y ellos dividen todo el Pleroma en tres, es decir, en el octonario, y la Década, y la Dodécada; pero aquí el año se divide en cuatro, es decir, primavera, verano, otoño e invierno. Ni tampoco los meses, que dicen que son tipo del treinta, tienen fijamente treinta días, sino que unos tienen más y otros menos, porque se les añaden por encima cinco días. Y el día tampoco tiene siempre fijas doce horas, sino que sube de nueve hasta 15, y de nuevo baja de 15 a nueve. No fueron hechos, pues, los meses de treinta días a causa de los treinta Eones; de lo contrario tendrían fijamente treinta días: ni tampoco los días de estos, para figurar a los doce Eones por doce horas; pues también ellos tendrían siempre fijas doce horas.

6. Además, llamando izquierda a lo material, y diciendo que lo que es de la izquierda va por

necesidad a la corrupción, y que el Salvador vino a la oveja perdida para trasladarla a la derecha, es decir, a aquellas noventa y nueve ovejas que son de la salvación, que no perecieron sino que permanecieron en el redil: es necesario que convengan en que lo que cae en la cuenta de la mano izquierda no es de la salvación. Y lo que no tiene igualmente ese mismo número se verán obligados a confesar que es de la izquierda, es decir, de la corrupción: y este nombre que en griego se dice Agape, que según las letras de los griegos, por las que entre ellos se señala el cómputo, tiene el número noventa y tres, es igualmente cuenta de la mano izquierda; y también Alethia igualmente, según la razón dicha antes, que tiene el número sesenta y cuatro, subsiste en la parte de lo material: y se verán obligados a confesar que absolutamente todos los nombres de las cosas santas que no completan el número cien, sino que tienen solo los números de la izquierda, son corruptibles y materiales.

CAPÍTULO 25

Resuelve una objeción, y muestra que a Dios no hay que medirlo por letras, sílabas y números, sino que los números, y las cosas que han sido hechas, deben ponderarse por la regla de la verdad. Que todas las cosas proceden de uno y el mismo Dios, y que no ha de indagarse con demasiada curiosidad lo que supera la capacidad de la mente humana, muy inferior a Dios.

1. Pero si alguno dice a esto: «¿Qué, pues? ¿Es en vano y al azar como se dieron los nombres,

y la elección de los apóstoles, y la operación del Señor, y la composición de las cosas que han sido hechas?» Les diremos: «No, por cierto; sino que con gran sabiduría y diligencia todas las cosas han sido hechas por Dios, ajustadas y adornadas a la perfección, tanto las antiguas como cuantas obró su Verbo en los últimos tiempos; y deben unirlas, no al número 30, sino al argumento subyacente, o a la razón; y no tomar la indagación acerca de Dios de los números, y de las sílabas, y de las letras (pues esto es débil, por su multiplicidad y variedad, y porque cualquier argumento, inventado hoy por cualquiera, podría igualmente sacar de ellos testimonios contrarios a la verdad, ya que pueden trasladarse a muchas cosas); sino que deben ajustar los números mismos, y las cosas que han sido hechas, al argumento subyacente de la verdad». Pues no viene la regla de los números, sino los números de la regla; ni Dios de las cosas hechas, sino las cosas que han sido hechas, de Dios. Pues todas las cosas proceden de uno y el mismo Dios.

2. Pero las cosas que han sido hechas son variadas y muchas; y en relación con toda la cosa hecha están bien ajustadas y bien concordes, pero en lo que toca a cada una de ellas son contrarias entre sí y no concuerdan: así como el sonido de la cítara, por el intervalo de cada sonido, produce una sola melodía concorde, subsistiendo de muchos y contrarios sonidos. Así pues, el amante de la verdad no debe dejarse extraviar por el intervalo de cada sonido, ni sospechar que uno es el artífice y hacedor de esto y otro el de aquello,

ni que uno ajustó los más agudos, otro los más graves, y otro los medios; sino uno y el mismo, para la demostración de toda la obra y de la sabiduría, y de la justicia, y de la bondad, y del don. Y los que oyen la melodía deben alabar y glorificar al Artífice, y admirar la tensión de unos sonidos, y atender a la distensión de otros, y escuchar la templanza de otros entre los dos extremos, y considerar el tipo de otros, y a qué se refiere cada uno, e indagar su causa; sin trasladar nunca la regla, ni apartarse del Artífice, ni desechar la fe que es en un solo Dios que hizo todas las cosas, ni blasfemar de nuestro Creador.

3. Y si alguno no encuentra la causa de todas las cosas que se buscan, piense que el hombre es infinitamente inferior a Dios, y que ha recibido la gracia en parte, y que todavía no es igual ni semejante a su Hacedor, y que no puede tener la experiencia y el pensamiento de todas las cosas, como Dios; sino que, en la medida en que el que fue hecho hoy y recibió el comienzo de su hechura es inferior al que no fue hecho y que es siempre el mismo, en esa misma medida es inferior al que lo hizo en la ciencia y en la investigación de las causas de todas las cosas. Pues tú no eres no hecho, oh hombre, ni coexistías siempre con Dios, como su propio Verbo; sino que, por su eminente bondad, recibiendo ahora el comienzo de tu hechura, aprendes poco a poco del Verbo las disposiciones de Dios que te hizo.

4. Guarda, pues, el orden de tu ciencia, y no quieras, como ignorante de los bienes, sobrepasar a Dios mismo; pues no se le puede traspasar:

ni busques qué hay por encima del Demiurgo; pues no lo encontrarás. Pues tu Artífice es ilimitado: y no idees otro Padre por encima de él, como si lo hubieras medido entero, y como si hubieras recorrido toda su obra, y hubieras considerado toda la profundidad que hay en él, y la altura, y la longitud. Pues no lo idearás; sino que, pensando contra la naturaleza, serás necio; y si perseveras en esto, caerás en la locura, teniéndote por más elevado y mejor que tu Hacedor, y pensando que traspasas sus reinos.

CAPÍTULO 26

Que los inexpertos e iletrados que aman a Dios sinceramente han de ser preferidos a los que están hinchados por la presunción de una ciencia vana. Que hay que abstenerse de cuestiones curiosas y superfluas.

1. Es mejor, pues, y más útil, ser iletrados y saber poco, y acercarse a Dios por la caridad, que creer saber mucho y, teniendo mucha experiencia, encontrarse blasfemos contra su propio Dios, fabricando otro Dios Padre. Y por eso Pablo exclamó: La ciencia hincha, pero la caridad edifica (1 Cor 8,1); no porque censurara la verdadera ciencia de Dios, pues de lo contrario se habría acusado a sí mismo el primero; sino porque sabía que algunos, engreídos con pretexto de la ciencia, caen del amor de Dios, y por eso se creen perfectos, mientras introducen un Demiurgo imperfecto, cortando su altivez a causa de tal ciencia, dice: La ciencia hincha, pero la caridad edifica. Y no hay hinchazón mayor que esta: que alguien se crea

mejor y más perfecto que el que lo hizo, y lo plasmó, y le dio el aliento de vida, y le concedió el ser mismo. Es mejor, pues, como dije antes, no saber absolutamente nada, ni siquiera una sola causa de cualquiera de las cosas que han sido hechas, de por qué fue hecha, y creer a Dios, y perseverar en su amor, que, hinchados por tal ciencia, caer del amor que vivifica al hombre; y no buscar para la ciencia otra cosa que a Jesucristo, el Hijo de Dios, que fue crucificado por nosotros, antes que caer en la impiedad por las sutilezas de las cuestiones y las minucias.

2. Pues ¿qué si alguno, un poco engreído por tales intentos, porque el Señor dijo que también los cabellos de vuestra cabeza están todos contados (Mt 10,30), quisiera indagar con curiosidad el número de los cabellos de cada cabeza, y buscar la causa por la que este tiene tantos y aquel tantos, ya que no todos los tienen por igual, sino que se encuentran muchos miles sobre miles de números diversos, porque unos tienen la cabeza más grande y otros más pequeña; y unos tienen siempre el cabello espeso, otros ralo, y otros muy poco cabello; y los que creen haber hallado el número de los cabellos intentaran referirlo al testimonio de la secta que han ideado? O también, si alguno, porque se dijo en el Evangelio: ¿No se venden dos pájaros por un as? Y ni uno de ellos caerá sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre (Mt 10,29), quisiera contar los pájaros que se cazan cada día en todas partes, o en cada región, y buscar la causa por la que ayer tantos, y anteayer tantos, y hoy de nuevo tantos fueron cazados; y atara el

número de los pájaros a su propio argumento: ¿no se seduce a sí mismo del todo, y empuja a una gran locura a los que le hacen caso, siendo los hombres siempre propensos a que se piense que en tales cosas han hallado algo más que sus maestros?

3. ¿Y qué si alguno nos preguntara si todo número de todas las cosas que han sido hechas y que se hacen es conocido por Dios, y si cada una de ellas ha recibido, según su providencia, la cantidad que le corresponde; y, consintiendo y confesando nosotros que nada en absoluto de las cosas que han sido hechas, y que se hacen, y que se harán, escapa a la ciencia de Dios, sino que por su providencia cada una de ellas recibe y ha recibido su propia forma, y orden, y número, y cantidad, y que nada en absoluto ha sido hecho ni se hace en vano ni al azar, sino con gran ajuste y sublime conciencia, y que hay una razón admirable y verdaderamente divina que puede tanto discernir tales cosas como declarar sus causas propias: él, recibiendo de nosotros tal testimonio y asentimiento, pasara a contar también la arena, y los guijarros de la tierra, y además las olas del mar, y las estrellas del cielo, y a idear las causas del número que cree haber hallado: ¿no sería llamado con justicia, por todos los que tienen entendimiento, uno que trabaja en vano, y delirante, e irrazonable? Y cuanto más se ocupa, por encima de los demás, en cuestiones de este tipo, y cuanto más cree descubrir más que los otros, llamando a los demás inexpertos, e iletrados, y animales, porque no emprenden un trabajo tan

vano como el suyo, tanto más es insano y estúpido, como herido por un rayo, sin ceder en nada a Dios; sino que, por la ciencia que cree haber hallado, cambia a Dios mismo, y lanza su opinión por encima de la grandeza del Hacedor.

CAPÍTULO 27

Que las cosas oscuras no han de explicarse por las parábolas, que pueden encerrar múltiples sentidos, sino por lo que está puesto clara y abiertamente en las Escrituras.

1. Un entendimiento sano, y que está libre de peligro, y piadoso, y amante de la verdad, meditará con prontitud las cosas que Dios dio en poder de los hombres y sometió a nuestra ciencia, y adelantará en ellas, haciendo fácil su ciencia con un estudio prolongado. Y estas son las cosas que se presentan ante nuestros ojos, y cuantas están puestas abiertamente y sin ambigüedad en las palabras mismas de las Escrituras. Y por eso las parábolas deben adaptarse a lo que no es ambiguo; pues así el que las resuelve, las resuelve sin peligro, y las parábolas recibirán de todos una solución semejante; y el cuerpo de la verdad permanece íntegro, con un ajuste semejante de sus miembros, y sin sacudida. ¡Pero atar lo que no se ha dicho abiertamente, ni está puesto ante los ojos, a soluciones de parábolas que cada uno inventa como quiere! Pues así nadie tendrá la regla de la verdad; sino que, cuantos sean los que resuelvan las parábolas, tantas verdades se verán combatiendo unas contra otras, y estableciendo

doctrinas contrarias entre sí, como también las cuestiones de los filósofos gentiles.

2. Y así, según este método, el hombre siempre buscará y nunca encontrará, porque ha desechado la disciplina misma del hallazgo. Y cuando venga el esposo, el que tiene su lámpara sin preparar, sin que brille con ninguna claridad de luz manifiesta, corre a los que venden en las tinieblas las soluciones de las parábolas, dejando al que por la predicación manifiesta da gratis la entrada hacia él, y queda excluido de su tálamo. Así pues, pudiendo todas las Escrituras, tanto las Profecías como los Evangelios, ser oídas abiertamente, y sin ambigüedad, y del mismo modo por todos, aunque no todos crean; y proclamando ellas que un solo y único Dios, con exclusión de otros, hizo todas las cosas por su Verbo, ya visibles, ya invisibles, ya celestes, ya terrenas, ya acuáticas, ya subterráneas, como hemos demostrado por las palabras mismas de las Escrituras; y dando testimonio de esto mismo también la creación en que estamos, por lo que se ofrece a la vista, de que es uno el que la hizo y la gobierna: muy torpes parecerán los que ciegan sus ojos ante una apertura tan luminosa, y no quieren ver la luz de la predicación; sino que se atan a sí mismos, y cada uno de ellos cree haber hallado, por tenebrosas soluciones de parábolas, un Dios propio. Pues que acerca del Padre ideado por los que opinan lo contrario no se ha dicho nada abiertamente, ni sin controversia, en ninguna Escritura en absoluto, ellos mismos lo atestiguan, diciendo que el Salvador enseñó estas mismas cosas en secreto,

no a todos, sino a algunos de los discípulos que pueden contenerlas, y que fueron significadas por él por medio de alusiones, y enigmas, y parábolas a los que entienden. Y llegan a esto: a decir que uno es el Dios que es predicado, y otro el Padre que es significado por medio de parábolas y enigmas.

3. Pero ya que las parábolas pueden admitir muchas soluciones, ¿quién de los amantes de la verdad no confesará que hacer afirmaciones a partir de ellas en la indagación acerca de Dios, dejando lo que es cierto, e indudable, y verdadero, es propio de quienes se precipitan en el peligro y carecen de razón? ¿Y no es esto edificar su casa, no sobre una roca firme, y sólida, y puesta a la vista, sino sobre lo incierto de la arena movediza? De donde también es fácil el derrocamiento de semejante edificio.

CAPÍTULO 28

Que los misterios de Dios han de indagarse de modo que nunca nos apartemos de la regla de la verdad ni de la verdadera ciencia de Dios. Que hay que dar fe a las Escrituras sagradas, y no indagar temerariamente más cosas, que deben encomendarse a Dios y exceden los límites de nuestra mente. Y que este es el vicio de los herejes: no reservar nada a Dios, sino escrutarlo todo temerariamente. De ahí demuestra que cayeron en errores tan monstruosos.

1. Teniendo, pues, como regla la verdad misma, y el testimonio acerca de Dios puesto abiertamente ante nosotros, no debemos, desviándonos

por las cuestiones hacia unas y otras soluciones, desechar la ciencia firme y verdadera de Dios; sino más bien, dirigiendo la solución de las cuestiones a este sello, conviene ejercitarse en la indagación del misterio y de la disposición del Dios que existe, y crecer en la caridad de aquel que tantas cosas hizo y hace por nosotros, y no caer nunca de aquella convicción por la que se proclama clarísimamente que solo este es verdaderamente Dios y Padre, el que hizo este mundo, y plasmó al hombre, y dio crecimiento en su creación, llamándolo de sus cosas menores a las mayores que están junto a él, así como saca a la luz del sol al infante concebido en el seno, y guarda en el granero el trigo después de haberlo robustecido en la caña. Y uno y el mismo es el Demiurgo, que plasmó el seno y creó el sol; y uno y el mismo es el Señor, que hizo brotar la caña, y, haciendo crecer el trigo, lo multiplicó, y preparó el granero.

2. Pero si no podemos hallar las soluciones de todas las cosas que se buscan en las Escrituras, no busquemos, sin embargo, otro Dios fuera del que es. Pues esta es la mayor impiedad. Pero tales cosas debemos dejarlas a Dios, que también nos hizo, sabiendo rectísimamente que las Escrituras son ciertamente perfectas, pues fueron dichas por el Verbo de Dios y su Espíritu; pero nosotros, en cuanto somos inferiores y posteriores al Verbo de Dios y a su Espíritu, en esa misma medida carecemos de la ciencia de sus misterios. Y no es de extrañar que nos pase esto en las cosas espirituales, y celestes, y en las que han de ser reveladas:

pues aun de las cosas que están ante nuestros pies (me refiero a las que están en esta creación, que son tocadas por nosotros, y vistas, y están con nosotros), muchas han escapado a nuestra ciencia, y encomendamos a Dios esas mismas cosas. Pues conviene que él sobresalga por encima de todos. Pues ¿qué, si intentamos explicar la causa de la crecida del Nilo? Decimos muchas cosas, quizá persuasivas, quizá no persuasivas: pero lo que es verdadero, y cierto, y firme, corresponde a Dios. Y también la morada de las aves, de las que vienen a nosotros en el tiempo de la primavera y en el tiempo del otoño al punto se retiran, aunque esto mismo sucede en este mundo, escapa a nuestra ciencia. ¿Y qué podemos explicar sobre el flujo y el reflujo del Océano, aunque consta que hay una causa cierta? ¿O qué podemos declarar acerca de las cosas que están más allá de él, de qué clase son? ¿O qué podemos decir de cómo se producen las lluvias, y los relámpagos, y los truenos, y las aglomeraciones de nubes, y las nieblas, y las salidas de los vientos, y cosas semejantes; o dar razón también de los depósitos de la nieve, y del granizo, y de las cosas que están más cerca de estas: y qué es esta preparación de las nubes, o cuál el estado de la niebla, y cuál la causa por la que la luna crece y mengua, o cuál la causa de la diferencia de las aguas, y de los metales, y de las piedras, y de cosas semejantes? En todas estas cosas nosotros seremos locuaces, buscando sus causas; pero el que las hace, solo Dios, dice la verdad.

3. Si, pues, también en las cosas de la creación unas corresponden a Dios, y otras han llegado a nuestra ciencia, ¿qué mal hay si también, de las cosas que se buscan en las Escrituras, siendo espirituales todas las Escrituras, resolvemos unas según la gracia de Dios, y encomendamos otras a Dios, y no solo en este siglo, sino también en el venidero, para que Dios siempre enseñe, y el hombre siempre aprenda las cosas que son de Dios? Como también dijo el Apóstol que, destruidas las demás partes, permanecen entonces estas cosas: la fe, la esperanza y la caridad (1 Cor 13,13). Pues la fe que mira a nuestro maestro permanece siempre firme, asegurándonos que solo él es verdaderamente Dios, y que lo amemos verdaderamente siempre, porque solo él es Padre; y que esperemos recibir y aprender de Dios siempre algo más, porque es bueno, y tiene riquezas ilimitadas, y un reino sin fin, y una enseñanza inmensa. Si, pues, de este modo que hemos dicho, encomendamos a Dios algunas de las cuestiones, conservaremos nuestra fe, y perseveraremos sin peligro, y toda la Escritura que Dios nos ha dado se hallará concorde para nosotros, y las parábolas concordarán con lo que está dicho claramente, y lo dicho claramente resolverá las parábolas; y por las muchas voces de las palabras se oirá en nosotros una sola melodía concorde, que alaba con himnos a Dios, que hizo todas las cosas. Por ejemplo, si alguno pregunta: «¿Qué hacía Dios antes de hacer el mundo?», decimos que esa respuesta queda a Dios. Pero que este mundo fue hecho apotelestos por Dios, recibiendo un comienzo en

el tiempo, nos lo enseñan las Escrituras; pero qué obró Dios antes de esto, ninguna Escritura lo manifiesta. Esta respuesta, pues, queda a Dios, y no conviene querer inventar prolaciones tan necias, y tan indisciplinadas y blasfemas, y, por creer que has hallado la prolación de la materia, rechazar al mismo Dios, que hizo todas las cosas.

4. Pensad, pues, todos vosotros los que inventáis tales cosas: siendo así que solo el Padre es llamado Dios, el que también verdaderamente es, al que vosotros llamáis el Demiurgo; y que también las Escrituras conocen solo a este como Dios; y que también el Señor confiesa solo a este como su propio Padre, y no conoce a otro, como mostraremos por sus propias palabras: cuando a este mismo lo llamáis fruto de un defecto, y prolación de la ignorancia, e ignorante de las cosas que están por encima de él, y todo lo demás que decís de él, considerad la magnitud de la blasfemia contra aquel que verdaderamente es Dios. Con gravedad y honradez parecéis decir que creéis en Dios; luego, no pudiendo en modo alguno mostrar otro Dios, a este mismo en quien decís creer lo declaráis fruto de un defecto y prolación de la ignorancia. Y esta ceguera y estas necedades os vienen de esto: de que no reserváis nada a Dios. Pero queréis anunciar los nacimientos y las prolaciones de Dios mismo, y de su Ennoia, y de Verbo, y de Vida, y de Cristo; y no los tomáis de otra parte, sino de las afecciones de los hombres: y no entendéis que en el hombre, que es un animal compuesto, cabe hablar de este modo, como dijimos antes, del entendimiento del hombre y de

la ennoia del hombre; y que del entendimiento procede la ennoia, de la ennoia la enthymesis, de la enthymesis el logos (pero ¿qué logos? pues, según los griegos, una cosa es el logos que es lo principal que piensa, y otra el instrumento por el que se emite el logos); y que el hombre unas veces está en reposo y calla, y otras veces habla y obra: pero Dios, siendo todo mente, todo razón, y todo espíritu que obra, y todo luz, y siempre el mismo y existiendo del mismo modo, como también nos es útil pensar de Dios y como aprendemos de las Escrituras, tales afectos y divisiones ya no le corresponden convenientemente. Pues la lengua, siendo carnal, no basta para servir a la velocidad del entendimiento de los hombres, por su naturaleza espiritual: de donde también nuestra palabra se ahoga dentro, y es proferida no de una vez, como fue concebida por el entendimiento, sino por partes, según lo que la lengua alcanza a suministrar.

5. Pero Dios, siendo todo mente y todo Logos, lo que piensa, eso también dice; y lo que dice, eso también piensa. Pues su pensamiento es Logos, y el Logos es mente, y la mente que encierra todas las cosas es el Padre mismo. El que habla, pues, de la mente de Dios, y concede a la mente una prolación propia, lo declara compuesto, como si Dios fuera una cosa, y la mente principal otra. Y del mismo modo, a su vez, concediendo también al Logos una tercera prolación a partir del Padre (de donde también ignora su grandeza), ha separado al Logos lejos de Dios. Y el profeta dice de él: ¿Quién contará su generación? (Is 53,8) Pero

vosotros, adivinando su generación a partir del Padre, y trasladando al Verbo de Dios la prolación de la palabra de los hombres hecha por la lengua, quedáis con justicia desenmascarados por vosotros mismos como quienes no conocen ni las cosas humanas ni las divinas.

6. Pero vosotros, hinchados sin razón, decís con audacia que conocéis los misterios inenarrables de Dios: siendo así que también el Señor, el Hijo de Dios mismo, concedió que solo el Padre sabe el día mismo y la hora del juicio, diciendo claramente: Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni siquiera el Hijo, sino solo el Padre (Mt 24,36; Mc 13,32). Si, pues, el Hijo no se avergonzó de remitir al Padre la ciencia de aquel día, sino que dijo lo que es verdad, tampoco nosotros nos avergoncemos de reservar a Dios lo que en las cuestiones es demasiado grande para nosotros. Pues nadie está por encima del maestro (Mt 10,24; Lc 6,40). Si alguien, pues, nos dice: «¿Cómo, pues, fue proferido el Hijo por el Padre?», le decimos que esta prolación, o generación, o denominación, o apertura, o con cualquier nombre que uno llame a su generación, que es inenarrable, nadie la conoce: ni Valentín, ni Marción, ni Saturnino, ni Basílides, ni los ángeles, ni los arcángeles, ni los principados, ni las potestades, sino solo el Padre que engendró y el Hijo que nació. Siendo, pues, inenarrable su generación, todos los que se esfuerzan por narrar generaciones y prolaciones no están en su juicio, prometiendo narrar lo que es inenarrable. Pues que la palabra se emite a partir del pensamiento y del entendimiento, lo saben

ciertamente todos los hombres. No han hallado, pues, nada grande, ni un misterio escondido, los que idearon emisiones, si trasladaron al Verbo unigénito de Dios lo que todos entienden: y a aquel a quien llaman inenarrable e innombrable, ellos, como si hubieran hecho de parteras, le declaran la prolación y la generación de su primera generación, asemejándolo a la emisión de la palabra de los hombres.

7. Y diciendo esto mismo también acerca de la sustancia de la materia, no pecaremos: que Dios la profirió. Pues hemos aprendido de las Escrituras que Dios tiene el primer lugar sobre todas las cosas. Pero de dónde, o de qué modo, la emitió, ni lo expuso Escritura alguna, ni debemos nosotros fantasear, conjeturando acerca de Dios cosas infinitas a partir de opiniones propias; sino que este conocimiento hay que cederlo a Dios. Del mismo modo también la causa por la cual, habiendo sido hechas todas las cosas por Dios, unas transgredieron y se apartaron de la sujeción a Dios, mientras otras, más aún, la mayor parte, perseveraron y perseveran en la sujeción al que las hizo; y de qué naturaleza son las que transgredieron, y de qué naturaleza las que perseveran: esto debemos dejarlo a Dios y a su Verbo, al único a quien dijo: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Sal 110,1). Pero nosotros vivimos todavía en la tierra, sin estar aún sentados junto a su trono. Pues aunque el Espíritu del Salvador que está en él escudriña todas las cosas, y las profundidades de Dios (1 Cor 2,10), en lo que toca a nosotros, hay divisiones de gra-

cias, y divisiones de ministerios, y divisiones de operaciones (1 Cor 12,4-6); y nosotros en la tierra, como también dice Pablo, en parte conocemos, y en parte profetizamos (1 Cor 13,9). Así pues, como conocemos en parte, así también acerca de todas las cuestiones conviene ceder ante aquel que nos concede la gracia en parte. Que el fuego eterno ha sido preparado para los transgresores, lo dijo claramente el Señor y lo demuestran las demás Escrituras. Y que Dios supo de antemano que esto sería, lo demuestran igualmente las Escrituras, como también que preparó desde el principio el fuego eterno para los que habían de transgredir; pero la causa misma de la naturaleza de los que transgreden, ni la refirió Escritura alguna, ni la dijo el Apóstol, ni la enseñó el Señor. Hay que dejar, pues, este conocimiento a Dios, como también el Señor el de la hora y el día; y no correr un peligro tan grande que no cedamos nada a Dios; y eso recibiendo la gracia en parte. ¡Pero en esto, cuando buscamos lo que está por encima de nosotros y adonde no nos es dado llegar, venir ahora a tal audacia como para abrir de par en par a Dios, y, como si ya hubiéramos hallado lo que aún no ha sido hallado, por la palabrería vana de las emisiones afirmar que Dios mismo, el Hacedor de todas las cosas, tuvo su sustancia de la deficiencia y de la ignorancia, y así fingir un argumento impío contra Dios!

8. Además, no tienen ningún testimonio de aquella ficción suya, que ha sido inventada por ellos recientemente: unas veces por números cualesquiera, otras por sílabas, a veces también

por nombres; en ocasiones también por las letras que hay en las letras, y otras por parábolas mal resueltas, o por ciertas sospechas, intentan establecer aquella narración fabulosa que ellos han fingido. Pues si alguno busca la causa por la que el Padre, que comunica con el Hijo en todas las cosas, ha sido manifestado por el Señor como el único que sabe la hora y el día, no encontrará por ahora otra más apropiada, ni más conveniente, ni libre de peligro, que esta (ya que el Señor es el único maestro veraz): que aprendamos por él que el Padre está por encima de todo. Pues el Padre, dice, es mayor que yo (Jn 14,28). Y así también en el conocimiento el Padre ha sido anunciado por nuestro Señor como puesto por encima, a fin de que también nosotros, mientras estamos en la figura de este mundo, cedamos a Dios la ciencia perfecta y tales cuestiones: y para que no caigamos, quizá, buscando investigar la profundidad del Padre, en un peligro tan grande que preguntemos si hay otro Dios por encima de Dios.

9. Pero si alguno, amante de la contienda, contradice lo que hemos dicho, y lo que ha referido el Apóstol, que en parte conocemos, y en parte profetizamos (1 Cor 13,9), y cree haber recibido, no en parte sino universalmente, el conocimiento universal de las cosas que son, siendo algún Valentín, o Ptolomeo, o Basílides, o alguno de los que dicen haber escudriñado las profundidades de Dios: que no se gloríe, adornándose con vana jactancia, de haber conocido más que los demás en las cosas que son invisibles, o que no pueden mostrarse; sino que, indagando con diligencia las

causas de las cosas que están en este mundo, que nosotros no sabemos, por ejemplo el número de los cabellos de su cabeza, y de los pájaros que se cazan cada día, y de las demás cosas no previstas por nosotros, y aprendiéndolas del Padre, nos las anuncie, para que le creamos también acerca de las cosas mayores. Pero si los que son perfectos no saben todavía las cosas que están en sus manos, y ante sus pies, y en sus ojos, y las cosas terrenas, y sobre todo la disposición de los cabellos de su propia cabeza, ¿cómo les creeremos acerca de las cosas espirituales, y supracelestes, y de aquellas que con vana convicción afirman que están por encima de Dios? Y baste lo dicho por nosotros acerca de los números, y de los nombres, y de las sílabas, y de sus cuestiones sobre las cosas que están por encima de nosotros, y de que exponen las parábolas impropiamente, puesto que tú puedes decir más.

CAPÍTULO 29

Que se contradice lo que afirman los herejes, que unas almas irán al Pleroma y otras al Medio, sin que los cuerpos tengan parte en la salvación.

1. Pero volvamos nosotros a lo restante de su argumentación. Pues dicen que en la consumación su Madre regresa dentro del Pleroma y recibe a su esposo, el Salvador; que ellos mismos, puesto que dicen ser espirituales, despojados de sus almas y hechos espíritus intelectuales, serán las esposas de los ángeles espirituales; que el Demiurgo, puesto que dicen que es animal, pasará al lugar de la Madre; y que las almas de los justos

descansan en el lugar del Medio. Diciendo, de modo psíquico, que lo semejante se reúne con lo semejante, lo espiritual con lo espiritual, mientras que lo material permanece en lo material, definen cosas que se contradicen: dicen que las almas pasan al Medio, con sus semejantes, ya no a causa de su sustancia, sino a causa de su acción, y dicen que las de los justos pasan allí, mientras que las de los impíos quedan para el fuego. Pues si todas las almas pasan al refrigerio a causa de la sustancia, y todas son del Medio en cuanto son almas, puesto que son de la misma sustancia, entonces es superfluo creer, y superfluo también el descenso del Salvador. Pero si es a causa de la justicia, ya no es por ser almas, sino porque son justas. Pero si las almas habían de perecer de no haber sido justas, la justicia es capaz de salvar también los cuerpos: ¿por qué, en efecto, no salvará a los que también ellos participaron de la justicia? Pues si salvan la naturaleza y la sustancia, todas las almas serán salvadas; pero si la justicia y la fe, ¿por qué no salvaría a los cuerpos, que de igual modo que las almas han de ir a la corrupción? Pues la justicia aparecerá o impotente o injusta en tales cosas, si salva a unos a causa de su participación, y a otros no.

2. Pues, ya que en los cuerpos se cumplen las cosas de la justicia, es manifiesto: o bien todas las almas, por tanto, pasarán necesariamente al lugar del Medio, y no habrá juicio en ninguna parte; o bien también los cuerpos que participaron de la justicia obtendrán el lugar del refrigerio con las almas que de igual modo participaron, si

es que la justicia es capaz de trasladar allí lo que participó de ella; y la palabra sobre la resurrección de los cuerpos resultará verdadera y firme. Y esto lo creemos nosotros: que Dios, resucitando también nuestros cuerpos mortales que guardan la justicia, los hará incorruptos e inmortales. Porque Dios es mejor que la naturaleza, y tiene en sí mismo el querer, porque es bueno; y el poder, porque es poderoso; y el realizar, porque es rico y perfecto.

3. Pero estos dicen cosas contrarias a sí mismas en todo, al definir que no todas las almas pasan al Medio, sino solo las de los justos. Pues dicen que tres géneros fueron emitidos por la Madre naturalmente y según la sustancia: el primero, que procede de la aporía, del tedio y del temor, que es la materia; el segundo, del ímpetu, que es lo animal; y lo que dio a luz según la visión de los ángeles que están en torno a Cristo, que es lo espiritual. Si, pues, las cosas que ella dio a luz entran de todos modos dentro del Pleroma, puesto que es algo espiritual; y lo que es material permanece abajo, puesto que es material, y, al encenderse el fuego que hay en ello, será consumido por completo: ¿por qué lo animal no pasará entero al lugar del Medio, al que envían también al Demiurgo? ¿Y qué es lo suyo que pasará dentro del Pleroma? Pues dicen que las almas perduran en el Medio; y que los cuerpos, puesto que tienen una sustancia material, disueltos en la materia, arden por el fuego que hay en ella. Y una vez corrompido su cuerpo, y permaneciendo el alma en el Medio, ya no queda nada del hombre que pase

dentro del Pleroma. Pues el entendimiento del hombre, la mente, y el pensamiento, y la intención de la mente, y las cosas de este tipo, no son otra cosa que el alma, sino movimientos y operaciones del alma misma, que no tienen sustancia alguna sin el alma. ¿Qué habrá todavía, pues, de lo suyo que pase al Pleroma? Pues también ellos mismos, en cuanto son almas, permanecen en el Medio; y en cuanto son cuerpo, arderán con el resto de la materia.

CAPÍTULO 30

Reprende la impiedad vesánica de los herejes que decían que ellos eran espirituales y el Demiurgo, animal.

1. Y siendo así estas cosas, los insensatos dicen que ellos ascienden por encima del Demiurgo; y en cuanto se declaran mejores que aquel Dios que hizo y adornó los cielos, y la tierra, y los mares, y todas las cosas que hay en ellos, y quieren ser ellos espirituales, para su deshonra, siendo carnales a causa de tan grande impiedad suya; y en cuanto dicen que el que hizo a sus ángeles espíritus, y se reviste de luz como de un manto (Sal 104,4.2), y tiene como en la mano el orbe de la tierra, ante quien sus habitantes son tenidos como langostas (Is 40,12.22), es a la vez Demiurgo de toda la sustancia espiritual y un Dios animal: muestran sin duda y en verdad su locura; y, como hombres verdaderamente heridos por el trueno, más que los Gigantes de que hablan las fábulas, alzan sus pareceres contra Dios, hinchados de vana presunción y de gloria inestable, ellos, a quienes no

bastaría todo el eléboro de la tierra para purgarlos, de modo que vomitaran tan grande necedad suya.

2. Pues el mejor debe mostrarse por las obras. ¿De dónde, pues, se muestran ellos mejores que el Demiurgo (de modo que también nosotros, por la necesidad del discurso, nos desviamos hacia la impiedad, al hacer la comparación de Dios con hombres insanos y al descender a su argumentación, refutándolos a menudo por sus propios dogmas; pero que Dios nos sea propicio: pues no decimos estas cosas comparándolo con ellos, sino refutando y derrocando su locura), ellos, ante quienes se pasman muchos de los insensatos, como si pudieran aprender de ellos algo más que la verdad misma? Y aquello que está escrito: Buscad, y hallaréis (Mt 7,7), lo interpretan como dicho para esto: para que se descubran a sí mismos por encima del Demiurgo, llamándose mayores y mejores que Dios, y espirituales a sí mismos, y al Demiurgo animal; y que por esto ellos ascienden por encima de Dios, y que ellos pasan dentro del Pleroma, y Dios, en cambio, al lugar del Medio. Muéstrense, pues, por las obras mejores que el Demiurgo. Pues no en lo que se dice, sino en lo que es, debe mostrarse el mejor.

3. ¿Qué obra, pues, mostrarán, hecha por medio de ellos mismos por el Salvador o por su Madre, mayor, o más espléndida, o más razonable que las cosas que fueron hechas por este que dispuso todas estas cosas? ¿Qué cielos afirmaron? ¿Qué tierra solidificaron? ¿Qué estrellas emitieron? ¿O qué lumbreras hicieron brillar? ¿Y con

qué órbitas las refrenaron? ¿O qué lluvias, o qué fríos, o todas las cosas ajustadas a cada tiempo y a cada región, trajeron a la tierra? ¿Y qué calor y qué sequedad les opusieron en contrario? ¿O qué ríos hicieron desbordar? ¿Qué fuentes hicieron brotar? ¿Y con qué flores y árboles adornaron la que está bajo el cielo? ¿O qué multitud de animales formaron, en parte racionales y en parte irracionales, todos adornados de hermosura? Y todas las demás cosas, que fueron constituidas por el poder de Dios y son gobernadas por su sabiduría, ¿quién podrá enumerarlas una por una, o investigar la grandeza de la sabiduría del Dios que las hizo? ¿Y qué de aquellas cosas que están sobre el cielo y que no pasan, cuán grandes son: ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, potestades innumerables? ¿Frente a cuál de estas obras, siquiera una, se ponen pues ellos en contraste? ¿Qué cosa semejante tienen que mostrar, hecha por medio de ellos mismos o por ellos mismos, cuando también ellos son cosa hecha y plasmación de este? Pues ya sea el Salvador, ya su Madre (para hablar con sus propios términos, refutándolos como mentirosos por sus propias palabras) se sirvió de este, como dicen, para hacer la imagen de las cosas que están dentro del Pleroma, y de toda la contemplación que vio en torno al Salvador, se sirvió de él como de uno mejor y más apto para hacer por medio de él su voluntad: pues de ningún modo habría configurado las imágenes de tan grandes cosas por medio de uno inferior, sino de uno mejor.

4. Pues también ellos mismos existían entonces, como ellos mismos dicen, como una concepción espiritual según la contemplación de los acompañantes que están dispuestos en torno a Pandora. Y estos permanecían ociosos (sin que la Madre llevara a cabo nada por medio de ellos por el Salvador), concepción inútil y apta para nada: pues nada aparece hecho por medio de ellos. Pero el Dios que fue emitido, según ellos, siendo inferior a ellos según su argumentación (pues quieren que sea animal), fue el obrador en todas las cosas, y eficaz, y apto, de modo que por medio de él se hicieran las imágenes de todas las cosas: y no solo estas que se ven, sino también las invisibles, ángeles, arcángeles, dominaciones, potestades, virtudes, todas fueron hechas por medio de este, es decir, como por medio de uno mejor y capaz de servir a la voluntad. Pero no aparece que la Madre haya hecho nada por medio de estos, como también ellos mismos confiesan: de modo que con justicia alguien podría estimar que fueron el aborto de su Madre, que dio a luz mal. Pues no la asistieron parteras en el parto, y por eso fueron arrojados como un aborto, útiles para nada, hechos para ninguna obra de la Madre. ¿Y se llaman mejores que aquel por quien fueron hechas y dispuestas tantas y tales cosas, cuando aun por su propia argumentación se hallan muchísimo inferiores?

5. Y así como, siendo dos las herramientas de trabajo, o dos los instrumentos, de los cuales el artífice tiene siempre uno en las manos y en uso, y por él hace cuanto quiere, y muestra su arte

y su sabiduría, mientras que el otro permanece vacío y ocioso, y sin operación, sin que se vea al artífice hacer absolutamente nada por medio de él ni usarlo para acción alguna: si luego alguien dijera que este inútil, vacío y ocioso es mejor y de más valor que aquel que usa en la obra, por el cual también es glorificado el artífice mismo, con justicia se estimará que quien es tal es obtuso y no está en su sano juicio. Así también estos, diciendo que ellos son espirituales y mejores, y el Demiurgo animal, y que por esto ascienden por encima y penetran dentro del Pleroma hasta sus maridos (pues son mujeres, como ellos mismos confiesan), y que Dios es inferior y por esto permanece en el Medio, sin aportar de ello demostración alguna (pues el que es mejor se muestra por las obras; y todas las obras fueron hechas por el Demiurgo, mientras que ellos no tienen nada digno de razón que mostrar hecho por ellos mismos): son insanos con una insania suprema e incurable.

6. Pero si se empeñan en decir que todas las cosas que son materiales, como el cielo y el mundo entero que está contenido debajo de él, fueron hechas por el Demiurgo, mientras que todas las que son más espirituales que estas, las que están sobre el cielo, como los principados, potestades, ángeles, arcángeles, dominaciones, virtudes, fueron hechas por medio del parto espiritual (que es lo que dicen ser ellos mismos): en primer lugar, hemos mostrado por las Escrituras del Señor que todas las cosas que se han nombrado, visibles e invisibles, fueron hechas por un solo Dios. Pues estos no son más dignos de

crédito que las Escrituras; ni debemos, dejando los oráculos del Señor, y a Moisés, y a los demás profetas, que pregonaron la verdad, creer a estos, que no dicen nada sano, sino que deliran cosas inestables. Además, aun si las cosas que están sobre los cielos fueron hechas por medio de ellos, dígannos cuál es la naturaleza de las cosas invisibles; refieran el número de los ángeles y el orden de los arcángeles; muestren los misterios de los tronos, y enseñen las diferencias de las dominaciones, principados, y potestades y virtudes. Pero no tienen qué decir: luego no fueron hechas por medio de ellos. Pero si estas cosas fueron hechas por el Demiurgo, como en efecto fueron hechas, y son espirituales y santas, entonces no es animal este que llevó a cabo las cosas espirituales; y queda deshecha su gran blasfemia.

7. Porque que hay en los cielos creaciones espirituales lo claman todas las Escrituras; y también Pablo da testimonio de que hay cosas espirituales, cuando significa que él fue arrebatado hasta el tercer cielo, y además, que fue llevado al paraíso, y oyó palabras inenarrables, que no es lícito al hombre decir (2 Cor 12,2-4). ¿Y de qué le habría servido o la entrada en el paraíso o la elevación hasta el tercer cielo, estando todas aquellas cosas bajo la potestad del Demiurgo, si había de hacerse contemplador y oyente de los misterios que se dicen estar por encima del Demiurgo, como algunos se atreven a decir? Pues si hubiera de aprender la disposición que está por encima del Demiurgo, de ningún modo se habría quedado en las cosas que son del Demiurgo, sin haber

recorrido con la mirada ni siquiera estas mismas por entero (pues le quedaba todavía, según el discurso de ellos, el cuarto cielo, para acercarse al Demiurgo y ver el septenario que está debajo), sino que tal vez habría sido recibido incluso hasta el Medio, es decir, hasta la Madre, para aprender de ella las cosas que están dentro del Pleroma. Pues el que es su hombre interior, que también hablaba en él, siendo invisible, como dicen, podía llegar no solo hasta el tercer cielo, sino hasta la Madre de ellos. Pues si dicen que ellos mismos, es decir, su hombre, sobrepasan enseguida al Demiurgo y se marchan a la Madre, mucho más le habría ocurrido esto al hombre del Apóstol: pues no lo habría impedido el Demiurgo, sometido ya también él al Salvador, como dicen. Y aun si lo hubiera impedido, nada habría conseguido. Pues no es posible que él sea más fuerte que la providencia del Padre, y esto cuando se dice que el hombre interior es invisible incluso para el Demiurgo. Y puesto que aquel narró, como algo grande y glorioso, la elevación que fue hasta el tercer cielo, de ningún modo estos ascienden por encima del séptimo cielo: pues no son mejores que el Apóstol. Si dicen que ellos son más aventajados, serán refutados por las obras: pues de nada semejante se han jactado ellos. Y por esto añadió: Si en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe (2 Cor 12,3), para que ni se pensara que el cuerpo era partícipe de su visión, como si también él hubiera de participar de las cosas que había visto y oído; ni, a la inversa, dijera alguno que a causa del peso del cuerpo no fue elevado más allá; sino que

por esto se concede hasta allí, aun sin el cuerpo, contemplar los misterios espirituales, que son operaciones de Dios, el que hizo los cielos y la tierra, y plasmó al hombre, y lo puso en el paraíso: que se hagan contempladores de ellos los que, como el Apóstol, son muy perfectos en el amor de Dios.

8. Y así, este hizo también las cosas espirituales, de las cuales el Apóstol se hizo contemplador hasta el tercer cielo, y las palabras inenarrables, que no es lícito al hombre decir, puesto que son espirituales; y él mismo las concede a los dignos, como quiere; pues suyo es el paraíso: y es verdaderamente espíritu de Dios, y no un Demiurgo animal; de otro modo, nunca habría llevado a cabo las cosas espirituales. Pero si es animal este por quien fueron hechas las cosas espirituales, que nos lo expliquen. Pero tampoco tienen nada que mostrar que haya sido hecho por medio del parto de su Madre (que es lo que dicen ser ellos mismos). Pues estos no solo no pueden llevar a cabo nada de las cosas espirituales, sino ni siquiera una mosca, o un mosquito, o alguna cosa semejante de los animalillos despreciables, fuera del modo en que, desde el principio, por Dios, mediante la siembra de las simientes en los de un mismo género, fueron hechos naturalmente, y se hacen, los animales. Ni siquiera por la sola Madre fue hecho algo: dicen que este fue emitido como Demiurgo y Señor de toda operación. Y a aquel que es Demiurgo y Señor de toda operación dicen que es animal; y a sí mismos, espirituales, ellos, que no son fabricadores ni señores de operación

alguna, no solo de las cosas que están fuera de ellos, sino ni siquiera de sus propios cuerpos. En efecto, muchas veces padecen muchas cosas en el cuerpo sin quererlo, mientras se llaman espirituales y mejores que el Demiurgo.

9. Con justicia, pues, son refutados por nosotros como quienes se han apartado lejos, muy lejos, de la verdad. Pues, o bien el Salvador hizo por medio de este las cosas que han sido hechas, y entonces se muestra que no es inferior a ellos, sino mejor, puesto que se halla que es también el hacedor de estos mismos: pues también ellos son de las cosas que han sido hechas. ¿Cómo, pues, es consecuente que estos sean espirituales, y aquel mismo, por medio del cual también ellos fueron hechos, animal? O bien (lo cual es lo único verdadero, como hemos mostrado por muchísimas cosas, como por las demostraciones más claras) él mismo por sí mismo hizo libremente y por su propia potestad, y dispuso y perfeccionó todas las cosas, y la sustancia de todas las cosas es su voluntad: entonces se halla que solo este es Dios, el que hizo todas las cosas, el único omnipotente, y el único Padre que crea y hace todas las cosas, las visibles y las invisibles, las sensibles y las insensibles, las celestiales y las terrenas, por el Verbo de su poder (Heb 1,3); y ajustó y dispuso todas las cosas por su sabiduría, y contiene todas las cosas, y él solo no puede ser contenido por nadie: él mismo el Fabricador, él mismo el Creador, él mismo el Inventor, él mismo el Hacedor, él mismo el Señor de todos; y no hay nada fuera de él ni por encima de él: ni la Madre, que aquellos inventan

mintiendo; ni otro Dios, que fingió Marción; ni un Pleroma de treinta Eones, que se ha mostrado vano; ni Bythus, ni Proarche, ni cielos; ni una luz virginal, ni un Eón innombrable, ni en absoluto cosa alguna de las que deliran estos y todos los herejes.

Sino un solo Dios, el Fabricador, este que está sobre todo principado, y potestad, y dominación, y virtud: este es el Padre, este es Dios, este el Creador, este el Hacedor, este el Fabricador, el que hizo estas cosas por sí mismo, es decir, por su Verbo y por su Sabiduría: el cielo, y la tierra, y los mares, y todas las cosas que hay en ellos; este es justo, este es bueno; este es el que formó al hombre, el que plantó el paraíso, el que fabricó el mundo, el que trajo el diluvio, el que salvó a Noé; este es el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, Dios de vivos (Mt 22,32), a quien también la Ley anuncia, a quien los profetas pregonan, a quien Cristo revela, a quien los apóstoles transmiten, en quien la Iglesia cree. Este es el Padre de nuestro Señor Jesucristo: por su Verbo, que es su Hijo, por él es revelado y manifestado a todos aquellos a quienes es revelado; pues lo conocen aquellos a quienes el Hijo lo haya revelado. Y el Hijo, que coexiste siempre con el Padre, desde antiguo y desde el principio revela siempre al Padre a los ángeles, y a los arcángeles, y a las potestades, y a las virtudes, y a todos aquellos a quienes Dios quiere revelarlo.

CAPÍTULO 31

Recorre sumariamente casi todo lo que ha expuesto extensamente en todo este libro, especialmente contra los valentinianos, confirmando que lo mismo puede decirse también contra los demás herejes.

1. Destruidos, pues, los que proceden de Valentín, queda derrocada toda la multitud de los herejes. Pues lo que dijimos, y cuanto dijimos, contra su Pleroma y respecto de las cosas que están fuera de él, mostrando que el Padre de todas las cosas quedará encerrado y circunscrito por lo que está fuera de él (si es que hay algo fuera de él); y que es necesario que haya muchos Padres, y muchos Pleromas, y muchas fabricaciones de mundos, comenzadas por unos y que desfallecen en otros, por todas partes; y que todos, permaneciendo en sus propios dominios, no se ocupan con curiosidad de los otros, con los cuales no tienen participación ni comunión alguna; y que no hay ningún otro que sea Dios de todas las cosas, sino que el nombre de Omnipotente es solo un nombre: también se ajustará de igual modo contra los que proceden de Marción, y de Simón, y de Menandro, o cualesquiera otros que de igual modo separan del Padre nuestra creación. Y cuanto dijimos a su vez contra los que dicen que el Padre de todas las cosas abarca todas las cosas, pero que nuestra creación no fue hecha por él, sino por cierto otro Poder, o por ángeles que ignoran al Propator, creación circunscrita en la inmensa magnitud del universo a modo de centro, como una mancha en un manto, mostrando que no es verosímil que otro cualquiera, y no el Padre de

todas las cosas, haya hecho nuestra creación: lo mismo se dirá contra los que proceden de Saturnino, y de Basílides, y de Carpócrates, y contra los demás gnósticos, que dicen de igual modo las mismas cosas. Y las cosas que se dijeron acerca de las prolaciones, y de los Eones, y de la disminución, y de cuán inestable es su Madre, derrocan de igual modo a Basílides y a todos los que falsamente se llaman Conocedores, que dicen de igual modo las mismas cosas con otros nombres, y aun más que estos, trasladando al sello de su propia doctrina las cosas que están fuera de la verdad. Y cuanto dijimos acerca de los números se dirá contra todos los que reducen a semejante forma las cosas de la verdad. Y todo lo que se ha dicho del Demiurgo, mostrando que solo él es Dios y Padre de todas las cosas, y todo lo que se dirá todavía en los libros siguientes, lo digo contra todos los herejes. A los que son más mansos y más humanos de entre ellos los apartarás y confundirás, para que no blasfemen contra su Creador, y Hacedor, y Nutridor, y Señor, ni le atribuyan una génesis a partir del defecto y de la ignorancia; pero a los feroces, y horribles, e irracionales los ahuyentarás lejos de ti, para no soportar más su verbosidad.

2. Además de esto, son refutados los que proceden de Simón y de Carpócrates, y cualesquiera otros de quienes se dice que obran prodigios: pues no hacen lo que hacen en el poder de Dios, ni en la verdad, ni como bienhechores de los hombres, sino para perdición y error, por medio de ilusiones mágicas y de todo fraude, causando

más daño que provecho a los que les creen, en cuanto los seducen. Pues no pueden dar la vista a los ciegos, ni el oído a los sordos, ni ahuyentar a todos los demonios, salvo a los que ellos mismos envían, si es que aun esto hacen; ni curar a los débiles, o a los cojos, o a los paralíticos, o a los afligidos en alguna otra parte del cuerpo, como a menudo sucede que se hace respecto de una enfermedad corporal; ni restablecer la buena salud tras las enfermedades que sobrevienen de fuera.

Y tan lejos están de resucitar a un muerto (como resucitó el Señor, y los apóstoles por la oración; y en la fraternidad, muchísimas veces, por alguna necesidad, pidiéndolo toda la iglesia del lugar con ayuno y mucha súplica, volvió el espíritu del muerto, y el hombre fue concedido a las oraciones de los santos), que ni siquiera creen que esto pueda hacerse en absoluto, sino que creen que la resurrección de entre los muertos es el conocimiento de la que ellos llaman verdad.

3. Puesto que, pues, entre ellos se producen impíamente, a la vista de los hombres, el error, y la seducción, y la apariencia mágica, mientras que en la Iglesia se realizan la compasión, y la misericordia, y la firmeza, y la verdad para el socorro de los hombres, no solo sin paga y gratuitamente, sino gastando nosotros mismos lo que es nuestro por la salud de los hombres, y recibiendo de nosotros los que son curados, muchísimas veces, lo que necesitan y no tienen: verdaderamente también por este rasgo quedan convictos de ser del todo ajenos a la sustancia divina, y a la benignidad de Dios, y al poder espiritual, y de estar llenos

en todo de todo fraude, y de inspiración apóstata, y de operación demoníaca, y del fantasma de la idolatría. Son, en verdad, precursores de aquel dragón que por semejante apariencia hará apartarse con la cola la tercera parte de las estrellas, y las arrojará a la tierra (Ap 12,4); a los cuales hay que evitar de igual modo que a él; y cuanto mayor sea el fantasma con que se dice que obran, tanto más hay que guardarse de ellos, como quienes han recibido un espíritu mayor de maldad. Si alguien observa esta profecía, hallará que la acción diaria de su modo de vida es para ellos una y la misma cosa que su trato con los demonios.

CAPÍTULO 32

Confuta los dogmas infames de quienes afirmaban impíamente que hay que experimentar toda clase de obras, que las acciones son justas o injustas solo por la opinión humana, y que su alma es semejante al alma de Jesús, y aun a veces mejor.

1. Y también esta impía doctrina suya acerca de las obras, que dice que ellos deben estar en todas las obras, aun en cualesquiera malas, será deshecha por la doctrina del Señor; ante quien no solo es expulsado el que comete adulterio, sino también el que quiere cometer adulterio; y no solo el que mata será reo de homicidio para condenación, sino también el que se aíra sin causa contra su hermano; el cual mandó no solo no odiar a los hombres, sino también amar a los enemigos; y prescribió no solo no perjurar, sino ni siquiera jurar; y no solo no hablar mal de los prójimos, sino

ni siquiera llamar a nadie «Racha» y «necio», pues de lo contrario los tales son reos para el fuego de la gehena; y no solo no golpear, sino, aun golpeados, presentar también la otra mejilla; y no solo no negar lo que es ajeno, sino, aun si les quitan lo suyo, no reclamárselo; y no solo no dañar a los prójimos ni hacerles mal alguno, sino, siendo maltratados, ser longánimes, y ejercer la benignidad para con ellos, y orar por ellos, para que, haciendo penitencia, puedan salvarse (Mt 5,21-44); de modo que no imitemos en nada la insolencia, y la lujuria, y la soberbia de los demás. Cuando, pues, aquel de quien estos se glorían como maestro, y del que dicen que tuvo un alma mucho mejor y más fuerte que los demás, con gran cuidado mandó que se hicieran ciertas cosas como buenas y excelentes, y que se abstuvieran de otras, no solo de las obras, sino también de los pensamientos que llevan a las obras, como malas, y nocivas, y perversas: ¿cómo no se avergüenzan, diciendo que tal maestro es más fuerte y mejor que los demás, y prescribiendo luego manifiestamente lo contrario de su doctrina? Y si no hubiera nada malo, o, a la inversa, bueno, sino que por la sola opinión humana unas cosas se tuvieran por injustas y otras por justas, ciertamente no habría dicho, dogmatizando, es decir, enseñando: Pero los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mt 13,43); pero a los injustos y a los que no hacen las obras de la justicia los enviará al fuego eterno, donde su gusano no morirá, y el fuego no se extinguirá (Mt 25,41; Mc 9,48).

2. Diciendo además que ellos deben estar en toda obra y en todo modo de vida, para que, si es posible, llevando a cabo todas las cosas en una sola venida a la vida, pasen a lo perfecto: de las cosas que pertenecen a la virtud, y que son laboriosas, y gloriosas, y propias del arte, que también son aprobadas por todos como buenas, de ningún modo se halla que hayan intentado hacer alguna. Pues si hay que pasar por toda obra y por toda acción, en primer lugar debían aprender todas las artes: cualesquiera que se consuman, ya en las razones del discurso, ya en las obras, o que se enseñan por la continencia y se adquieren por el trabajo, y el ejercicio, y la perseverancia; como toda clase de música, y de cálculo, y de geometría, y de astronomía, y todas las que se ocupan de las razones del discurso; además, toda la medicina, y la ciencia de las hierbas, y las artes que se han elaborado para la salud humana; y la pintura, y la fabricación de estatuas, y el arte del bronce, y el del mármol, y las semejantes a estas; y después de estas, toda clase de labranza, y de veterinaria, y de pastoreo, y las artes de los artesanos, de las que se dice que recorren todas las artes, y las que se ocupan del mar, y las que se aplican al cuerpo, y las de la caza, y las militares, y las regias, y cuantas hay, de las cuales, trabajando toda su vida, no podrían aprender a fondo ni la décima ni la milésima parte. Y de estas cosas no intentan aprender ninguna los que dicen que ellos deben estar en toda obra; sino que se desvían hacia los placeres, y la lujuria, y los hechos torpes, juzgados como están por sí mismos según su propia doctrina. Pues, ya

que les faltan todas las cosas antes dichas, irán a la corrección del fuego. Estos, que emulan la filosofía de Epicuro y la indiferencia de los cínicos, se glorían de Jesús como maestro, el cual apartó a sus discípulos no solo de las malas obras, sino también de las palabras y de los pensamientos, como hemos mostrado.

3. Y aunque dicen que tienen almas del mismo circuito que Jesús, y que son semejantes a él, y a veces aun mejores, cuando se les lleva a las obras que él hizo para provecho y fortalecimiento de los hombres, se halla que no llevan a cabo nada semejante, ni parecido, ni que en algún respecto pueda entrar en comparación. Y aun si hacen algo, obrando por la magia (como hemos dicho), se esfuerzan por seducir fraudulentamente a los insensatos, sin aportar fruto ni provecho alguno a aquellos sobre quienes dicen obrar prodigios; sino que, presentando niños impúberes, y engañando los ojos, y mostrando fantasmas que cesan al punto y que no perduran ni siquiera una gota de tiempo, se muestran semejantes no a Jesús nuestro Señor, sino a Simón el Mago. Y también por esto, que el Señor resucitó de entre los muertos al tercer día (lo cual es cierto), y se manifestó a sus discípulos, y, viéndolo ellos, fue recibido en el cielo: puesto que ellos mismos mueren y no resucitan, ni se manifiestan a nadie, quedan convictos de no tener almas en nada semejantes a la de Jesús.

4. Y si dicen que también el Señor hizo tales cosas por medio de fantasmas, conduciéndolos a los escritos proféticos, demostraremos por ellos

que todas las cosas acerca de él fueron así predichas y hechas firmísimamente, y que solo él es el Hijo de Dios. Por lo cual también en su nombre los que son verdaderamente sus discípulos, recibiendo de él la gracia, obran para beneficio de los demás hombres, según cada uno ha recibido de él el don. Pues unos expulsan a los demonios firmísima y verdaderamente, de modo que muchísimas veces también creen los mismos que han sido purificados de los espíritus perversísimos, y están en la Iglesia. Otros tienen presciencia de las cosas futuras, y visiones, y palabras proféticas. Otros curan a los que padecen alguna enfermedad por la imposición de las manos, y les restituyen la salud. Más aún, como hemos dicho, también han resucitado muertos, y han permanecido con nosotros muchos años. ¿Y qué decir? No es posible decir el número de las gracias que la Iglesia por todo el mundo, recibiéndolas de Dios en el nombre de Cristo Jesús, crucificado bajo Poncio Pilato, realiza cada día en socorro de las naciones, sin seducir a nadie ni quitarle dinero. Pues así como gratuitamente recibió de Dios, gratuitamente también ministra.

5. Ni hace nada por invocaciones de ángeles, ni por encantamientos, ni por ninguna otra curiosidad perversa; sino que, dirigiendo las oraciones al Señor que hizo todas las cosas, limpia, y pura, y abiertamente, e invocando el nombre de nuestro Señor Jesucristo, obra prodigios para provecho de los hombres, y no para seducirlos. Si, pues, también ahora el nombre de nuestro Señor Jesucristo otorga beneficios, y cura firmísima y verdadera-

mente a todos los que en todas partes creen en él, y no el de Simón, ni el de Menandro, ni el de Carpócrates, ni el de ningún otro: es manifiesto que, hecho hombre y habiendo convivido con su propia hechura, hizo verdaderamente todas las cosas por el poder de Dios, según el beneplácito del Padre de todas las cosas, como predijeron los profetas. Y cuáles eran estas cosas se narrará en las demostraciones que proceden de los profetas.

CAPÍTULO 33

Que las almas pasan de unos cuerpos a otros: dogma absurdo impugnado con múltiples razones.

1. Y su transmigración de un cuerpo a otro echémosla por tierra por esto: que las almas no recuerdan absolutamente nada de las cosas que fueron antes. Pues si eran enviadas para esto, para estar en toda acción, debían recordar las cosas que se hicieron antes, para completar las que faltaban, y no, dando vueltas siempre en torno a las mismas cosas sin interrupción, trabajar miserablemente (pues la mezcla con el cuerpo no podía extinguir del todo toda su memoria y contemplación de lo que antes habían tenido), y sobre todo viniendo para esto. Pues así como ahora, estando dormidos y reposando el cuerpo, todo lo que el alma misma ve en sí y hace en fantasma, recordando muchas de estas cosas, lo comunica al cuerpo; y hay veces en que, aun después de muchísimo tiempo, uno, ya despierto, cuenta lo que vio en sueños: así ciertamente recordaría también aquellas cosas que hizo antes de venir

a este cuerpo. Pues si esto, que fue visto en brevísimo tiempo, o concebido en fantasma por ella sola en sueños, es recordado después de haberse mezclado con el cuerpo y difundido por todos los miembros: mucho más recordaría aquellas cosas en las que se detuvo durante tiempos tan largos y durante todo el siglo de su vida pasada.

2. A esto, Platón, aquel antiguo ateniense, que fue también el primero en introducir esta opinión, como no podía justificarla, introdujo la copa del olvido, pensando escapar por este medio de semejante aporía; sin hacer demostración alguna, sino respondiendo dogmáticamente que a las almas que entran en esta vida les da a beber el olvido el daimon que está sobre la entrada, antes de que entren en los cuerpos. Y no advirtió que caía en otra aporía mayor. Pues si la copa del olvido, una vez bebida, puede borrar la memoria de todo lo hecho, ¿de dónde sabes esto mismo, oh Platón, estando ahora tu alma en el cuerpo: que antes de entrar en el cuerpo el daimon le dio a beber la pócima del olvido? Pues si recuerdas al daimon, y la copa, y la entrada, debes conocer también lo demás; pero si ignoras aquellas cosas, ni el daimon es verdadero, ni la copa del olvido artificiosamente compuesta.

3. Y contra los que dicen que el cuerpo mismo es la pócima del olvido, saldrá al paso esto. ¿Cómo, pues, todo lo que el alma ve por sí misma, en sueños y en el pensamiento, por la intención de la mente, mientras el cuerpo reposa, ella misma lo recuerda y lo cuenta a sus prójimos? Pero ni siquiera las cosas que se conocieron antaño, o

por los ojos, o por el oído, las recordaría el alma, existiendo en el cuerpo, si el cuerpo fuera olvido; sino que, tan pronto como el ojo se apartara de lo visto, se le quitaría ciertamente también la memoria de ello. Pues el alma, existiendo en el olvido mismo, no podría conocer otra cosa sino solo lo que viera en el presente. ¿Y cómo aprendería las cosas divinas y las recordaría existiendo en el cuerpo, siendo (como dicen) el cuerpo mismo olvido? Pero también los profetas mismos, estando en la tierra, todo lo que espiritualmente, en las visiones de las cosas celestiales, ven u oyen, también ellos lo recuerdan, vueltos a su ser de hombres, y lo anuncian a los demás; y no es el cuerpo el que produce en el alma el olvido de lo que espiritualmente fue visto, sino que el alma enseña al cuerpo, y le hace partícipe de la visión espiritual que le fue concedida.

4. Pues no es el cuerpo más fuerte que el alma, ya que por ella recibe el aliento, y es vivificado, y acrecentado, y articulado; sino que el alma posee el cuerpo y lo gobierna. Y es impedida en su velocidad tanto cuanto el cuerpo participa de su movimiento; pero no pierde su ciencia. Pues el cuerpo es semejante a un instrumento, y el alma hace las veces del artífice. Así, pues, como el artífice inventa rápidamente en sí mismo la obra, pero la realiza más lentamente en el instrumento, a causa de la inmovilidad de la cosa que tiene delante, y la velocidad de su mente, mezclada con la lentitud del instrumento, produce una obra templada; así también el alma, participando de su cuerpo, es impedida un poco, mezclada

su velocidad con la lentitud del cuerpo; pero no pierde del todo sus potencias, sino que, como impartiendo la vida al cuerpo, no deja ella misma de vivir. Así también, compartiendo con él lo demás, no pierde ni la ciencia de ello ni la memoria de lo visto.

5. Si, pues, no recuerda nada de lo pasado, sino que aquí recibe la ciencia de lo que existe, entonces nunca estuvo en otros cuerpos, ni hizo cosas que ni siquiera reconoce, ni conoció cosas que ni siquiera ve. Sino que así como cada uno de nosotros recibe su propio cuerpo por el arte de Dios, así también tiene su propia alma. Pues no es Dios tan pobre ni tan necesitado que no diera a cada cuerpo su propia alma, como también su propio sello. Y por eso, completado el número que él mismo definió de antemano consigo, todos cuantos están inscritos para la vida resucitarán, teniendo sus propios cuerpos, y sus propias almas, y sus propios espíritus, en los que agradaron a Dios. Pero los que son dignos de castigo irán a él, teniendo también ellos sus propias almas y sus propios cuerpos, en los que se apartaron de la bondad de Dios. Y cesarán ya unos y otros de engendrar y de ser engendrados, de tomar mujer y de casarse; para que la multitud del género humano, medida y predefinida por Dios, la de los perfeccionados, conserve la trabazón, o ajuste, del Padre.

CAPÍTULO 34

Que las almas no solo recuerdan lo que hicieron en el cuerpo, sino que también perduran inmortales, aunque hayan tenido comienzo.

1. Y el Señor enseñó plenísimamente que las almas no solo perduran, sin pasar de un cuerpo a otro, sino que también guardan el mismo sello del cuerpo al que además se ajustan, y recuerdan las obras que hicieron aquí y aquellas de las que se abstuvieron, en el relato que está escrito acerca del rico y de aquel Lázaro que se refrescaba en el seno de Abraham: en el cual dice que el rico conoció a Lázaro después de la muerte, y a Abraham igualmente, y que cada uno de ellos permanece en su propio orden, y que pidió que se le enviara a Lázaro para socorrerlo, a Lázaro, a quien ni siquiera daba parte de las migajas de su mesa; y de la respuesta de Abraham, que sabía no solo lo que le concernía a él, sino también lo que concernía al rico, y prescribía a los que no quisieran llegar a aquel lugar de castigo que asintieran a Moisés y a los profetas, y que recibieran el pregón de aquel que había de resucitar de entre los muertos (Lc 16,19-31). Pues por estas cosas se declara manifiestamente que las almas perduran, y que no pasan de un cuerpo a otro, y que tienen la figura del hombre, de modo que incluso son reconocidas, y recuerdan las cosas que son de aquí; y que también lo profético estaba presente en Abraham, y que cada clase recibe la morada que le corresponde, aun antes del juicio.

2. Y si algunos dijeran en este lugar que las almas que empezaron a existir poco antes no pueden perdurar mucho tiempo, sino que es ne-

cesario o que sean innascibles, para ser inmortales, o, si recibieron comienzo de generación, que mueran con el cuerpo mismo: aprendan que sin principio y sin fin, verdaderamente y siempre el mismo, y manteniéndose del mismo modo, solo es Dios, que es Señor de todos. Y todas las cosas que proceden de él, cuantas han sido hechas y se hacen, reciben ciertamente su propio comienzo de generación, y por esto son inferiores a aquel que las hizo, puesto que no son ingénitas; pero perduran y se extienden a lo largo de los siglos según la voluntad de Dios su Hacedor; de modo que les concede así hacerse al principio, y después existir.

3. Pues así como el cielo que está sobre nosotros, el firmamento, y el sol, y la luna, y las demás estrellas, y todos sus ornatos, fueron hechos no existiendo antes, y perduran largo tiempo según la voluntad de Dios: así también quien piense de este modo acerca de las almas, y de los espíritus, y en general de todas las cosas que han sido hechas, de ningún modo errará: puesto que todas las cosas que han sido hechas tienen ciertamente el comienzo de su hechura, pero perduran mientras Dios quiera que existan y que perduren. También el Espíritu profético da testimonio en favor de estas afirmaciones, diciendo: Porque él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas (Sal 148,5). Las estableció para siempre, y por los siglos de los siglos (Sal 148,6). Y otra vez, acerca del hombre que ha de ser salvado, dice así: Vida te pidió, y le diste longitud de días por los siglos de los siglos (Sal 21,5); puesto que el Padre de todos

concede también la perduración por los siglos de los siglos a los que se salvan. Pues la vida no procede de nosotros, ni de nuestra naturaleza, sino que se da según la gracia de Dios. Y por eso el que conserve el don de la vida, y dé gracias a quien se lo concedió, recibirá también longitud de días por los siglos de los siglos. Pero el que la rechace, y se muestre ingrato con su Hacedor por haber sido hecho, y no conozca a quien la concede, él mismo se priva de la perduración por los siglos de los siglos. Y por eso el Señor decía a los que eran ingratos para con él: Si en lo poco no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es grande? (Lc 16,11), significando que los que en la breve vida temporal se mostraron ingratos con quien se la concedió, con justicia no recibirán de él longitud de días por los siglos de los siglos.

4. Y así como el cuerpo animal no es él mismo el alma, sino que participa del alma mientras Dios quiere; así también el alma no es ella misma vida, sino que participa de la vida que Dios le ha concedido. Por eso también la palabra profética dice del Protoplasto: Fue hecho alma viviente (Gn 2,7); enseñándonos que el alma se ha hecho viviente por la participación de la vida: de modo que se entienda por separado el alma, y por separado su vida. Concediendo, pues, Dios la vida y la perduración perpetua, es posible que también las almas, que al principio no existían, perduren en adelante, puesto que Dios ha querido que existan y que subsistan. Pues la voluntad de Dios debe regir y dominar en todas las cosas, y todo lo demás ceder ante ella, y estar sometido, y entregado a su

servicio. Y baste lo dicho hasta aquí acerca de la hechura y de la perduración del alma.

CAPÍTULO 35

Refuta la hipótesis de Basílides, y el error de los gnósticos, que decían que los profetas derramaron sus oráculos inspirados por diversos dioses.

1. Y también Basílides mismo, además de lo que se ha dicho, se verá obligado a decir, según su regla, no solo que fueron hechos 365 cielos por sucesión, unos por otros, sino que una multitud inmensa e innumerable de cielos ha sido hecha siempre, y se hace, y se hará, y que nunca falta semejante fábrica de cielos. Pues si de la efluxión del primero fue hecho el segundo cielo a la forma de aquel, y a la del segundo el tercero, e igualmente todos los demás que siguen: es necesario que también de la efluxión de este, que es el nuestro, al que también llama el último, se haya hecho otro semejante a él, y de aquel otro a su vez; y que nunca falten ni las efluxiones de los que ya fueron hechos, ni las hechuras de los cielos, sino que se llegue a un número de cielos inmenso y no predefinido.

2. Y también los demás, que con falso nombre se llaman gnósticos, que dicen que los profetas hicieron sus profecías procedentes de diversos dioses, serán fácilmente destruidos por esto: que todos los profetas predicaron un solo Dios y Señor, y a él como Hacedor del cielo y de la tierra y de todas las cosas que hay en ellos, y que significaron la venida de su Hijo, según demostraremos por las Escrituras mismas en los libros siguientes.

3. Y si algunos, según la lengua hebrea, objetan las diversas palabras puestas en las Escrituras, como Sabaoth, y Eloe, y Adonai, y cualesquiera otras semejantes, esforzándose por mostrar a partir de ellas diversos Poderes y dioses, aprendan que todas las cosas de este tipo son significaciones y denominaciones de uno y el mismo. Pues lo que se dice Eloe, según la voz judía, significa «Dios», y Eloe, «Verdadero», y Elloeuth, según la lengua hebrea, significa «Lo que contiene todas las cosas». Y lo que dice, Adonai, unas veces significa «Nombrable» y «Admirable», y otras, duplicada la letra delta, con aspiración, como Addhonai, «El que delimita y separa la tierra del agua, para que el agua no pueda alzarse contra ella». Del mismo modo también Sabaoth, cuando se escribe con ω griega en la última sílaba, significa «Voluntario»; pero con o griega, como Sabaoth, manifiesta «el primer cielo». De igual modo Jaωth, con la última sílaba alargada con aspiración, manifiesta «una medida predefinida»; pero cuando se abrevia con o griega, como Jaoth, significa «el que pone en fuga los males». Y todos los demás son de una y la misma denominación: como, en latín, Señor de los poderes, y Padre de todos, y Dios omnipotente, y Altísimo, y Señor de los cielos, y Creador, y Fabricador, y otros semejantes; estos no son de uno y de otro, sino denominaciones y sobrenombres de uno y el mismo, por los cuales se muestra un solo Dios y Padre, que contiene todas las cosas y concede a todas que existan.

4. Puesto que, pues, concuerdan con lo que hemos dicho la predicación de los apóstoles, y el magisterio del Señor, y el anuncio de los profetas, y lo dictado por los apóstoles, y la ministración de la legislación, que alaban todos a uno y el mismo Dios Padre de todas las cosas, y no a uno y a otro, ni a uno que tenga su sustancia de diversos dioses o poderes, sino que todas las cosas proceden de uno y el mismo Padre (que, sin embargo, las ajusta según las naturalezas de las cosas sujetas, y su disposición), y no de los ángeles, ni de algún otro Poder, sino de solo Dios Padre, las visibles y las invisibles, y absolutamente todas las cosas que han sido hechas: pienso que ha quedado suficientemente mostrado también por estas cosas, tantas como son, una vez mostrado un solo Dios Padre, Hacedor de todas las cosas. Pero para que no se piense que huimos de la prueba que procede de las Escrituras del Señor, ya que las Escrituras mismas predican esto mismo mucho más manifiesta y claramente, al menos a los que no las atienden con perversidad, dedicándoles un libro propio que siga a estas Escrituras, expondremos en medio, para todos los que aman la verdad, las pruebas tomadas de las Escrituras divinas.

Libro III

Prefacio

Tú, amadísimo, me habías mandado que sacara a la luz las opiniones de los que proceden de Valentín, ocultas, según ellos mismos piensan; y que mostrara su variedad y adujera un discurso que los destruyera. Y nosotros emprendimos, refutándolos desde Simón, padre de todos los herejes, tanto poner de manifiesto sus doctrinas y sus sucesiones como contradecirlos a todos: por lo cual, puesto que el desenmascaramiento de ellos es obra de un solo libro, pero su destrucción de muchos, te hemos enviado libros, de los cuales el primero contiene las opiniones de todos ellos, y muestra sus costumbres y el sello de su modo de vida. En el segundo, lo que ellos enseñan mal ha sido destruido y derrocado, y desnudado y mostrado tal cual es. En este tercero aduciremos demostraciones tomadas de las Escrituras, para que nada de lo que habías mandado te falte de nuestra parte; sino que, además de lo que esperabas, recibas de nosotros los medios para refutar y derrocar a los que de cualquier modo enseñan mal. Porque la caridad que hay en Dios, siendo rica y sin envidia, da más de lo que uno le pide. Recuerda, pues, lo que dijimos en los dos libros anteriores; y, añadiendo esto a aquello, tendrás

de nosotros una contradicción plenísima contra todos los herejes, y les resistirás con franqueza y con toda firmeza por la única fe verdadera y vivificante, que la Iglesia recibió de los apóstoles y distribuye a sus hijos. Porque el Señor de todos dio a sus apóstoles el poder del Evangelio, por quienes también nosotros hemos conocido la verdad, es decir, la doctrina del Hijo de Dios; a los cuales también dijo el Señor: El que os escucha, me escucha; y el que os desprecia, me desprecia, y al que me envió (Lc 10,16).

CAPÍTULO 1

Que los apóstoles no predicaron el Evangelio, ni lo pusieron por escrito, antes de haber sido provistos de los dones y poderes del Espíritu Santo. Que por ellos fue anunciado un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra.

1. Porque no hemos conocido la disposición de nuestra salvación por otros que por aquellos por quienes nos llegó el Evangelio: el cual primero pregonaron, y después, por voluntad de Dios, nos lo transmitieron en las Escrituras, para que fuera fundamento y columna de nuestra fe. Pues no es lícito decir que predicaron antes de tener el conocimiento perfecto, como algunos se atreven a decir, jactándose de ser los correctores de los apóstoles. Porque después que nuestro Señor resucitó de entre los muertos, y fueron revestidos del poder del Espíritu Santo que sobrevino de lo alto, fueron llenados de todo y tuvieron el conocimiento perfecto; salieron hasta los confines de la tierra, anunciando la buena nueva de los

bienes que nos vienen de Dios y anunciando a los hombres la paz celestial, ellos que, todos a la vez y cada uno de ellos, tenían el Evangelio de Dios. Así Mateo publicó entre los hebreos, en su propia lengua, un escrito del Evangelio, mientras Pedro y Pablo evangelizaban en Roma y fundaban la Iglesia. Y después de la partida de estos, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, también él nos transmitió por escrito lo que Pedro había anunciado. Y también Lucas, seguidor de Pablo, consignó en un libro el Evangelio que este predicaba. Después también Juan, el discípulo del Señor, el que se recostó sobre su pecho, también él publicó un Evangelio, mientras residía en Éfeso de Asia.

2. Y todos estos nos transmitieron un solo Dios, Hacedor del cielo y de la tierra, anunciado por la Ley y los Profetas, y un solo Cristo, Hijo de Dios: y si alguno no asiente a ellos, desprecia a los compañeros del Señor, desprecia también a Cristo el Señor mismo, desprecia también al Padre, y está condenado por sí mismo, resistiendo y oponiéndose a su propia salvación: lo cual hacen todos los herejes.

CAPÍTULO 2

Que los herejes no se someten ni a las Escrituras ni a las tradiciones.

1. Porque cuando se los refuta con las Escrituras, se vuelven a acusar a las Escrituras mismas, como si no estuvieran bien ni tuvieran autoridad, y en la idea de que fueron dichas de modos diversos, y de que no puede hallarse en ellas la verdad por quienes no conocen la tradición. Porque no

fue transmitida, dicen, por escrito, sino de viva voz: y por esa causa, dicen, también Pablo dijo: Pero hablamos sabiduría entre los perfectos; pero una sabiduría no de este mundo (1 Cor 2,6). Y cada uno de ellos dice que esta sabiduría es la que él ha inventado por sí mismo, una ficción, por supuesto, de modo que, según ellos, la verdad está con razón unas veces en Valentín, otras en Marción, otras en Cerinto: luego después estuvo en Basílides, o incluso en aquel que disputa contra él, que no pudo decir nada salvador. Porque cada uno de ellos, perverso en todos los sentidos, no se avergüenza de predicarse a sí mismo, depravando la regla de la verdad.

2. Pero cuando a nuestra vez los emplazamos ante aquella tradición que es de los apóstoles, que se custodia en las iglesias por las sucesiones de los presbíteros, se oponen a la tradición, diciendo que ellos, siendo más sabios no solo que los presbíteros sino incluso que los apóstoles, han hallado la verdad sin adulterar. Porque los apóstoles, dicen, mezclaron las cosas de la Ley con las palabras del Salvador: y no solo los apóstoles, sino incluso el Señor mismo dijo sus palabras unas veces desde el Demiurgo, otras desde el Medio, y a veces desde la Altura: mientras que ellos conocen el misterio escondido sin duda alguna, sin contaminación y sin adulterar: lo cual es, en verdad, blasfemar con la mayor desvergüenza contra su propio Hacedor. Sucede así que ya no concuerdan ni con las Escrituras ni con la tradición.

3. Contra tales es nuestra lucha, oh amadísimo, que, a la manera de las serpientes, escurri-

dizos, intentan escapar por todas partes. Por lo cual hay que resistirles por todas partes, por si, confundiendo a algunos de ellos con el embotamiento, podemos llevarlos a convertirse a la verdad. Porque, si no es fácil que un alma atrapada por el error vuelva en sí, tampoco es del todo imposible escapar del error cuando se le pone delante la verdad.

CAPÍTULO 3

Con la tradición de los apóstoles, conservada en las iglesias por la sucesión ininterrumpida de los obispos instituidos por ellos, confuta invenciblemente a los herejes.

1. La tradición de los apóstoles, pues, manifestada en el mundo entero, está ahí para que la contemplen en toda iglesia todos los que quieran ver la verdad: y podemos enumerar a los que fueron instituidos obispos por los apóstoles, y a sus sucesores hasta nosotros, que nada semejante enseñaron ni conocieron a lo que estos deliran. Porque si los apóstoles hubieran sabido misterios recónditos, que enseñaran a los perfectos aparte y a escondidas de los demás, los habrían transmitido sobre todo a aquellos a quienes confiaban incluso las iglesias mismas. Porque querían que fueran muy perfectos e irreprensibles en todo aquellos a quienes dejaban como sucesores, entregándoles su propio lugar de magisterio: pues si estos obraban sin falta, resultaría gran provecho, y si caían, la mayor calamidad.

2. Pero como sería muy largo, en un volumen como este, enumerar las sucesiones de todas

las iglesias, confundimos a todos los que de cualquier modo, ya por complacencia en sí mismos, ya por vanagloria, ya por ceguera y mala mente, se reúnen fuera de lo que conviene, indicando la tradición que tiene de los apóstoles la Iglesia máxima y antiquísima, conocida de todos, fundada y constituida en Roma por los dos gloriosísimos apóstoles Pedro y Pablo, y la fe anunciada a los hombres, que llega hasta nosotros por las sucesiones de los obispos. Porque con esta Iglesia, en razón de su más poderosa preeminencia, es necesario que concuerde toda Iglesia, es decir, los fieles que son de todas partes; en la cual siempre ha sido conservada por los que son de todas partes la tradición que es de los apóstoles.

3. Los bienaventurados apóstoles, pues, habiendo fundado y edificado la Iglesia, entregaron a Lino el episcopado para administrar la Iglesia. De este Lino hace mención Pablo en las cartas a Timoteo. Le sucede Anacleto; después de él, en el tercer lugar desde los apóstoles, le toca en suerte el episcopado a Clemente, que había visto a los apóstoles mismos y había conversado con ellos, y que tenía todavía resonando en los oídos la predicación de los apóstoles y su tradición ante los ojos; y no él solo, pues aún quedaban entonces muchos que habían sido enseñados por los apóstoles. Bajo este Clemente, pues, habiendo surgido una disensión no pequeña entre los hermanos que estaban en Corinto, la Iglesia que está en Roma escribió a los corintios una poderosísima carta, congregándolos en la paz, y restaurando su fe, y anunciando la tradición que había recibido

recientemente de los apóstoles, la cual anuncia un solo Dios omnipotente, Hacedor del cielo y de la tierra, Plasmador del hombre, que trajo el cataclismo y llamó a Abraham, que sacó al pueblo de la tierra de Egipto, que habló con Moisés, que dispuso la Ley y envió a los profetas, que preparó el fuego para el diablo y sus ángeles. Que este Padre de nuestro Señor Jesucristo es anunciado por las iglesias, pueden aprenderlo por el escrito mismo los que quieran, y comprender la tradición apostólica de la Iglesia; pues la carta es más antigua que estos que ahora enseñan falsamente e inventan otro Dios por encima del Demiurgo y Hacedor de todas las cosas que existen. A este Clemente le sucede Evaristo, y a Evaristo Alejandro, y luego, sexto desde los apóstoles, fue constituido Sixto, y tras él Telesforo, que también sufrió un gloriosísimo martirio; y luego Higinio, después Pío, y después de este Aniceto. Y habiendo sucedido Sotero a Aniceto, ahora tiene el episcopado, en el duodécimo lugar desde los apóstoles, Eleuterio. En este orden y por esta sucesión, la tradición que hay en la Iglesia desde los apóstoles y el pregón de la verdad han llegado hasta nosotros. Y es esta una demostración plenísima de que es una y la misma la fe vivificadora que se ha conservado en la Iglesia desde los apóstoles hasta ahora, y se ha transmitido en la verdad.

4. También Policarpo, que no solo fue instruido por los apóstoles y convivió con muchos de los que habían visto a nuestro Señor, sino que también fue constituido por los apóstoles, en Asia, obispo en la iglesia que está en Esmirna,

a quien también nosotros vimos en nuestra primera edad (pues permaneció mucho tiempo, y, muy anciano, salió de esta vida tras sufrir un gloriosísimo y nobilísimo martirio), enseñó siempre estas cosas que había aprendido de los apóstoles, que también transmitió a la Iglesia, y que son las únicas verdaderas. De esto dan testimonio todas las iglesias que están en Asia, y los que hasta ahora han sucedido a Policarpo: varón que es testigo de la verdad de mucha mayor autoridad, y más fiel, que Valentín y Marción y los demás, que son de doctrina perversa. Pues él es quien, habiendo venido a la ciudad bajo Aniceto, convirtió a la Iglesia de Dios a muchos de los herejes que mencionamos antes, anunciando que esta única y sola verdad la había recibido de los apóstoles, la misma que también transmitió a la Iglesia. Y hay quienes le oyeron decir que Juan, el discípulo del Señor, yendo a bañarse en Éfeso, al ver dentro a Cerinto, salió precipitadamente del baño sin lavarse, diciendo que temía que el baño se derrumbara, estando dentro Cerinto, el enemigo de la verdad. Y el mismo Policarpo, cuando Marción le salió una vez al encuentro y le dijo: «¿Nos conoces?», respondió: «Te conozco, primogénito de Satanás». Tan grande temor tuvieron los apóstoles y sus discípulos, que ni de palabra se comunicaban con ninguno de los que habían adulterado la verdad, como también dice Pablo: Al hombre hereje, después de una corrección, evítalo, sabiendo que quien es tal está pervertido, y está condenado por sí mismo (Tit 3,10-11). Hay también una carta de Policarpo escrita a los fili-

penses, perfectísima, por la cual los que quieren y tienen cuidado de su salvación pueden aprender tanto el sello de su fe como la predicación de la verdad. Y también la iglesia que está en Éfeso, fundada por Pablo, y en la que Juan permaneció con ellos hasta los tiempos de Trajano, es testigo verdadero de la tradición de los apóstoles.

CAPÍTULO 4

Que la verdad ha de buscarse solo en la Iglesia católica, guardiana de la tradición y de la doctrina apostólica. Que las herejías son nuevas y no pueden atribuir su origen a los apóstoles.

1. Habiendo, pues, tan grandes demostraciones, no hay que buscar todavía entre otros la verdad que es fácil tomar de la Iglesia; puesto que los apóstoles, como en un rico depósito, depositaron en ella con toda plenitud todo lo que es de la verdad: para que todo el que quiera tome de ella la bebida de la vida. Porque ella es la entrada de la vida; y todos los demás son ladrones y salteadores. Por lo cual es preciso evitarlos; y, en cambio, amar con la mayor diligencia lo que es de la Iglesia, y aferrarse a la tradición de la verdad. ¿Pues qué? Aunque hubiera disputa sobre alguna cuestión pequeña, ¿no sería preciso recurrir a las iglesias más antiguas, en las que vivieron los apóstoles, y tomar de ellas, sobre la cuestión presente, lo que es cierto y claro en la materia? ¿Y qué, si ni siquiera los apóstoles nos hubieran dejado Escrituras? ¿No habría sido preciso seguir el orden de la tradición que entregaron a aquellos a quienes confiaban las iglesias?

2. A este orden asienten muchas naciones de bárbaros, de los que creen en Cristo, que tienen la salvación escrita por el Espíritu en sus corazones sin papel ni tinta, y guardan con diligencia la antigua tradición; creyendo en un solo Dios, Fabricador del cielo y de la tierra y de todo lo que hay en ellos, por Cristo Jesús, Hijo de Dios. El cual, por su eminentísimo amor hacia lo que él había formado, soportó la generación de la Virgen, aunando él mismo por sí mismo al hombre con Dios, y padeció bajo Poncio Pilato, y resucitó, y fue recibido en la gloria, y vendrá en gloria, Salvador de los que se salvan y Juez de los que son juzgados, y que enviará al fuego eterno a los que transfiguran la verdad y desprecian a su Padre y su venida. Los que han creído esta fe sin letras son bárbaros en cuanto a nuestra lengua; pero en cuanto a la doctrina, la costumbre y el modo de vida, son, gracias a la fe, sapientísimos, y agradan a Dios, viviendo en toda justicia, castidad y sabiduría. Si alguien les anunciara lo que los herejes han inventado, hablándoles en su propia lengua, al instante se taparían los oídos y huirían lejísimos, sin soportar siquiera oír aquel discurso blasfemo. Así, por aquella antigua tradición de los apóstoles, no admiten ni siquiera en la concepción de su mente cualquier palabrería monstruosa de estos: porque aún no había habido entre ellos asamblea alguna, ni se había establecido doctrina.

3. Porque antes de Valentín no existían los que proceden de Valentín; ni antes de Marción existían los que proceden de Marción; ni existían en absoluto los demás pareceres malignos

que enumeramos arriba, antes de que surgieran los iniciadores e inventores de su perversidad. Porque Valentín vino a Roma bajo Higinio; creció bajo Pío, y prolongó su tiempo hasta Aniceto. Y Cerdón, el que fue antes de Marción, también él bajo Higinio, que fue el octavo obispo, viniendo a menudo a la Iglesia y haciendo exomologesis, acabó así: unas veces enseñando a escondidas, otras haciendo exomologesis, otras desenmascarado por algunos en lo que enseñaba mal, y fue apartado de la asamblea de los hombres religiosos.

Y Marción, sucediéndole, cobró fuerza bajo Aniceto, que ocupaba el décimo lugar del episcopado. Y los demás, que se llaman gnósticos, tomando sus comienzos de Menandro, discípulo de Simón, como hemos mostrado, cada uno de ellos se ha mostrado padre y prelado de la doctrina en que participó. Pero todos estos se levantaron en su apostasía mucho más tarde, cuando ya iban mediados los tiempos de la Iglesia.

CAPÍTULO 5

Que Cristo y los apóstoles, sin mentira alguna, ni disimulo, ni hipocresía, y sin acomodar su doctrina a la opinión de sus oyentes, anunciaron un solo Dios, el Padre, Creador de todas las cosas.

1. Estando, pues, así en la Iglesia la tradición que es de los apóstoles, y permaneciendo entre nosotros, volvamos a la demostración tomada de las Escrituras de aquellos apóstoles que escribieron el Evangelio, en las cuales consignaron su doctrina sobre Dios, mostrando que nuestro

Señor Jesucristo es la verdad, y que no hay mentira en él. Como también David, profetizando su generación de la Virgen y su resurrección de entre los muertos, dice: La verdad ha brotado de la tierra (Sal 85,12). Y los apóstoles, siendo discípulos de la verdad, están fuera de toda mentira; porque la mentira no comunica con la verdad, como no comunican las tinieblas con la luz; sino que la presencia de la una excluye a la otra. Nuestro Señor, pues, siendo la verdad, no mentía: y a aquel que sabía que era fruto de un defecto no lo habría confesado ciertamente como Dios, y Dios de todos, y supremo Rey y Padre suyo, él, el perfecto, al imperfecto; él, el espiritual, al animal; el que estaba en el Pleroma, al que estaba fuera del Pleroma. Ni sus discípulos habrían nombrado a otro Dios, o llamado Señor a otro, sino a aquel que verdaderamente era Dios y Señor de todos: como dicen estos, que son sofistas vanísimos, que los apóstoles con hipocresía compusieron su doctrina según la capacidad de los oyentes, y sus respuestas según las sospechas de los que preguntaban, conversando con los ciegos cosas ciegas según su ceguera, con los débiles según su debilidad, y con los que yerran según su error; y que a los que pensaban que el Demiurgo era el único Dios se lo anunciaron a él; pero a los que pueden contener al Padre innombrable les dieron a conocer el misterio inenarrable por parábolas y enigmas: de modo que, dicen, también los apóstoles impartieron su magisterio no como lo tiene la verdad misma, sino en hipocresía, y según lo que cada uno podía contener.

2. Pero esto no es propio de los que sanan ni de los que vivifican, sino más bien de los que agravan y aumentan su ignorancia: y mucho más verdadera que estos se hallará la Ley, que dice maldito a todo el que extravía al ciego en el camino. Porque los apóstoles, que habían sido enviados a encontrar a los extraviados, y a dar vista a los que no veían, y medicina a los enfermos, ciertamente no les hablaban según la opinión del momento, sino según la manifestación de la verdad. Pues ningunos hombres obrarían rectamente si exhortaran a unos ciegos que ya están a punto de ser arrastrados por un precipicio a seguir por aquel camino peligrosísimo, como si fuera verdaderamente recto y como si fueran a llegar bien. ¿Y qué médico, queriendo curar a un enfermo, obraría según los deseos de los enfermos, y no según lo que conviene a la medicina? Y que el Señor vino como médico de los que están mal, él mismo lo atestigua, diciendo: No necesitan médico los sanos, sino los que están mal. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia (Lc 5,31-32). ¿Cómo, pues, se fortalecerán los que están mal? ¿Y cómo harán penitencia los pecadores? ¿Perseverando en esas mismas cosas? ¿O, por el contrario, recibiendo un gran cambio y un tránsito de su anterior modo de vida, por el cual se habían acarreado a sí mismos no pequeña enfermedad y muchos pecados? Ahora bien, la ignorancia, madre de todo esto, se desvanece por el conocimiento. El conocimiento, pues, comunicaba el Señor a sus discípulos, y por él curaba a los que sufrían y apartaba del pecado

a los pecadores. No les hablaba, pues, según la opinión anterior, ni respondía según la sospecha de los que preguntaban; sino según la doctrina salvadora, y sin hipocresía, y sin acepción de personas.

3. Esto se muestra también por las palabras del Señor: a los que eran de la circuncisión les mostraba al Hijo de Dios, aquel que había sido predicado por los profetas, el Cristo; es decir, se manifestaba a sí mismo, el que restauró la libertad a los hombres y les concedió la herencia de la incorrupción. A las naciones, por su parte, enseñaban los apóstoles a abandonar los vanos maderos y piedras, que suponían ser dioses, y a adorar al Dios verdadero, que había establecido y hecho todo el género humano, y por medio de su creación lo alimenta, lo acrecienta y lo afianza, y le concede el ser; y a esperar a su Hijo Jesucristo, que nos redimió de la apostasía con su sangre, para que también nosotros fuéramos un pueblo santificado, el cual descenderá de los cielos en el poder del Padre, que también ha de juzgar a todos y ha de dar los bienes que vienen de Dios a los que hayan guardado sus preceptos. Él, apareciendo en los últimos tiempos, piedra angular suprema, reunió en uno y unió a los que estaban lejos y a los que estaban cerca, es decir, a la circuncisión y al prepucio, ensanchando a Jafet y estableciéndolo en la casa de Sem.

CAPÍTULO 6

Que tampoco el Espíritu Santo, en las escrituras del Antiguo Testamento, llamó Dios y Señor a

otro sino al que es verdaderamente Dios, es decir, al Padre y a su Hijo.

1. Ni el Señor, pues, ni el Espíritu Santo, ni los apóstoles habrían llamado jamás Dios, definitivamente y absolutamente, a quien no fuera Dios, si no fuera verdaderamente Dios; ni habrían llamado Señor a nadie en su propia persona, sino al que domina sobre todas las cosas, Dios Padre, y a su Hijo, que recibió de su Padre el dominio sobre toda la creación, como dice aquello: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Sal 110,1). Porque muestra al Padre conversando con el Hijo: el cual le dio la herencia de las naciones, y le sometió a todos sus enemigos. Siendo, pues, verdaderamente Señor el Padre, y verdaderamente Señor el Hijo, con razón el Espíritu Santo los señaló con el nombre de Señor. Y otra vez, en el derrocamiento de los sodomitas, dice la Escritura: Y el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra fuego y azufre de parte del Señor desde el cielo (Gn 19,24). Porque aquí significa que el Hijo, que también había hablado con Abraham, recibió del Padre la potestad de juzgar a los sodomitas por su iniquidad. De igual modo aquello: Tu trono, oh Dios, por siempre; vara de rectitud, la vara de tu reino. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad: por eso te ungió Dios, tu Dios (Sal 45,7-8). Porque el Espíritu señaló a ambos con el nombre de Dios, al que es ungido, el Hijo, y al que unge, es decir, el Padre. Y otra vez: Dios se levantó en la sinagoga de los dioses, y en medio discierne a los dioses (Sal 82,1). Habla del Padre y del Hijo, y de los que

han recibido la adopción: y estos son la Iglesia. Porque esta es la sinagoga de Dios, que Dios, es decir, el Hijo mismo, reunió por sí mismo. De él dice otra vez: El Dios de los dioses, el Señor, ha hablado, y ha llamado a la tierra (Sal 50,1). ¿Qué Dios? Aquel del que dijo: Dios vendrá manifiestamente, nuestro Dios, y no callará (Sal 50,3); es decir, el Hijo, que vino a los hombres manifiestamente, el que dice: Me mostré abiertamente a los que no me buscan (Is 65,1). ¿Y de qué dioses? De aquellos a quienes dice: Yo dije: Dioses sois, e hijos del Altísimo todos (Sal 82,6); es decir, de los que han alcanzado la gracia de la adopción, por la cual clamamos: Abbá, Padre (Rom 8,15).

2. Ningún otro, pues, como dije antes, es nombrado Dios o llamado Señor, sino el que es Dios y Señor de todos, el que también dijo a Moisés: Yo soy el que soy. Y así dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros (Ex 3,14); y su Hijo Jesucristo nuestro Señor, que hace hijos de Dios a los que creen en su nombre. Y otra vez, hablando el Hijo a Moisés: He descendido, dice, para librar a este pueblo (Ex 3,8). Porque él es quien descendió y ascendió por la salvación de los hombres. Por el Hijo, pues, que está en el Padre y tiene en sí al Padre, el que es, Dios, se ha manifestado; dando el Padre testimonio del Hijo, y anunciando el Hijo al Padre. Como también dice Isaías: Y yo, dice, soy testigo, dice el Señor Dios, y el siervo que he elegido, para que conozcáis, y creáis, y entendáis que yo soy (Is 43,10).

3. Pero cuando la Escritura nombra a los que no son dioses, no los muestra como dioses del

todo, como dije antes, sino con algún aditamento y significación por la que se muestra que no son dioses. Como en David: Los dioses de las naciones son ídolos de demonios (Sal 96,5). Y: No seguiréis a dioses extraños (Sal 81,10). Porque al decir los dioses de las naciones (y las naciones no conocen al Dios verdadero), y al nombrarlos dioses extraños, les quitó el ser dioses. Y lo que son lo dice de ellos en su propia persona: Porque son ídolos, dice, de demonios. E Isaías: Sean confundidos todos los que blasfeman contra Dios y esculpen cosas inútiles; y yo soy testigo, dice el Señor (Is 44,9). Les quitó el ser dioses; pero usa solo el nombre, para que sepamos de quién habla. Y esto mismo Jeremías: Los dioses, dice, que no hicieron el cielo y la tierra, perezcan de la tierra que está bajo el cielo (Jer 10,11). Porque al añadir su perdición, mostró que no son dioses. Y también Elías, habiendo convocado a todo Israel en el monte Carmelo, queriendo apartarlos de la idolatría, les dice: ¿Hasta cuándo cojearéis de ambas corvas? Si uno es el Señor Dios, id en pos de él (1 Re 18,21). Y otra vez, sobre el holocausto, dice así a los sacerdotes de los ídolos: Vosotros invocaréis el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre del Señor mi Dios; y el Dios que escuche hoy, ese es Dios (1 Re 18,24). Porque al decir esto, el profeta demostró que los que entre ellos eran tenidos por dioses no son dioses. Y los convirtió a aquel Dios en quien él creía, y que era verdaderamente Dios, al cual invocando clamaba: Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob,

escúchame hoy: y entienda todo este pueblo que tú eres el Dios de Israel (1 Re 18,36).

4. Y yo, pues, te invoco, Señor, Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob y de Israel, que eres el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Dios que por la muchedumbre de tu misericordia te has complacido en nosotros, para que te conozcamos; que hiciste el cielo y la tierra, que dominas sobre todas las cosas, que eres el único y verdadero Dios, sobre el cual no hay otro Dios: por nuestro Señor Jesucristo concede también el dominio del Espíritu Santo: concede a todo el que lea este escrito conocerte, que tú solo eres Dios, y ser fortalecido en ti, y apartarse de toda doctrina herética, atea e impía.

5. Y también el apóstol Pablo, al decir: Porque si servisteis a los que no eran dioses, ahora que conocéis a Dios, o más bien que sois conocidos por Dios (Gál 4,8-9), separó a los que no eran del que es Dios. Y otra vez, hablando del Anticristo: El que se opone y se exalta, dice, sobre todo lo que se llama Dios, o lo que se adora (2 Tes 2,4); significa a los que son llamados dioses por los que no conocen a Dios, es decir, los ídolos. Porque el Padre de todos se llama Dios, y lo es: y el Anticristo no se exaltará sobre él, sino sobre los que ciertamente se llaman dioses, pero no son dioses. Y que esto es verdad, lo dice el mismo Pablo: Pero sabemos que el ídolo no es nada, y que no hay Dios sino uno. Porque aunque haya quienes se llaman dioses, sea en el cielo, sea en la tierra; para nosotros hay un solo Dios, el Padre, del cual son todas las cosas, y nosotros hacia él; y un solo

Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él (1 Cor 8,4-6). Porque distinguió y separó a los que ciertamente se llaman dioses, pero no son dioses, del único Dios Padre, del cual son todas las cosas; y confesó firmísimamente en su propia persona un solo Señor Jesucristo. En cuanto a sea en el cielo, sea en la tierra, no se refiere, como estos exponen, a los fabricadores del mundo; sino que es semejante a lo que fue dicho por Moisés: No te harás semejanza alguna como dios, de cuanto hay arriba en el cielo, y de cuanto hay abajo en la tierra, y de cuanto hay en las aguas bajo la tierra (Dt 5,8). Y cuáles sean las cosas que están en el cielo, él mismo lo expone: No sea que, dice, mirando al cielo, y viendo el sol, y la luna, y las estrellas, y todo el ornato del cielo, extraviado, las adores y les sirvas (Dt 4,19). Y el mismo Moisés, siendo hombre de Dios, fue ciertamente dado como dios ante el Faraón; pero no es llamado verdaderamente Señor, ni es llamado Dios por los profetas, sino que el Espíritu lo llama Moisés, fiel criado y siervo de Dios (Heb 3,5; Nm 12,7): lo cual también era.

CAPÍTULO 7

Resuelve la objeción tomada de las palabras de Pablo en 2 Cor 4,4, y prueba que el Apóstol usa con frecuencia hipérbatos.

1. En cuanto a lo que dicen, que Pablo dijo claramente en la segunda a los corintios: En quienes el Dios de este siglo cegó las mentes de los infieles (2 Cor 4,4); y dicen que uno es el Dios de este siglo, y otro el que está por encima de todo principado,

y principio, y potestad: no tenemos nosotros la culpa si estos, que dicen saber los misterios que están por encima de Dios, ni siquiera saben leer a Pablo. Porque si alguno, según la costumbre de Pablo, que usa hipérbatos, como hemos mostrado por muchos lugares y en otra parte, lee así: en quienes Dios; luego, haciendo una pausa y un pequeño intervalo, lee el resto junto y de una vez, de este siglo cegó las mentes de los infieles, hallará la verdad, de modo que lo que se dice es: Dios cegó las mentes de los infieles de este siglo. Y esto se muestra por la pausa. Porque Pablo no habla de un Dios de este siglo, como si conociera a algún otro por encima de él; sino que confesó a Dios como Dios; y habla de los infieles de este siglo, porque no heredarán el siglo venidero de la incorrupción. Y cómo Dios cegó las mentes de los infieles, lo mostraremos por el mismo Pablo a medida que avance nuestro discurso, para no apartar ahora mucho nuestra mente de nuestro propósito.

2. Que el Apóstol usa con frecuencia hipérbatos, por la rapidez de sus palabras y por el ímpetu del Espíritu que hay en él, puede hallarse en muchos otros lugares. Y también en la carta a los gálatas dice así: ¿Qué es, pues, la ley de las obras? Fue puesta hasta que viniera la simiente a la que se había hecho la promesa, dispuesta por medio de ángeles en mano de un Mediador (Gál 3,19). Porque el orden es este: ¿Qué es, pues, la ley de las obras? Dispuesta por medio de ángeles en mano de un Mediador, fue puesta hasta que viniera la simiente a la que se había hecho la promesa: de

modo que es el hombre quien pregunta y el Espíritu quien responde. Y otra vez en la segunda a los tesalonicenses, hablando del Anticristo, dice: Y entonces se revelará el inicuo, a quien el Señor Jesucristo matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la presencia de su venida, a aquel cuya venida es según la operación de Satanás, con todo poder y señales y prodigios de mentira (2 Tes 2,8-9). Porque en estas palabras el orden de lo dicho es este: Y entonces se revelará el inicuo, cuya venida es según la operación de Satanás, con todo poder y señales y prodigios de mentira, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la presencia de su venida. Porque no dice que la venida del Señor sucede según la operación de Satanás, sino la venida del inicuo, al que también llamamos el Anticristo. Si, pues, alguno no atiende a la lectura, y no marca los intervalos para tomar aliento en lo que se dice, habrá no solo incongruencias sino también blasfemias, al leer como si la venida del Señor sucediera según la operación de Satanás. Así como en tales lugares es preciso mostrar el hipérbaton por la lectura, y conservar el sentido consecuente del Apóstol, así también allí no leemos «el Dios de este siglo», sino «Dios», al que llamamos verdaderamente Dios; y entenderemos «los incrédulos y cegados de este siglo», porque no heredarán el siglo venidero de la vida.

CAPÍTULO 8

Resuelve otra objeción tomada de las palabras de Cristo en Mt 6,24, y muestra que solo Dios,

por carecer de principio y de fin, puede ser llamado verdaderamente Dios y Señor; que todas las demás cosas, por haber sido hechas por su Verbo, no pueden recibir el nombre de Dios y Señor.

1. Refutada, pues, también esta calumnia suya, se ha mostrado manifiestamente que nunca ni los profetas ni los apóstoles nombraron otro Dios, o llamaron Señor a otro, fuera del verdadero y único Dios. Mucho más el Señor mismo, que manda dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Mt 22,21), nombrando al César César, pero confesando a Dios como Dios. De igual modo aquello que dice: No podéis servir a dos señores; él mismo lo interpreta, diciendo: No podéis servir a Dios y a Mammón (Mt 6,24), confesando a Dios como Dios, pero nombrando a Mammón como lo que también es. No llama señor a Mammón al decir: No podéis servir a dos señores; sino que enseña a los discípulos que sirven a Dios a no estar sujetos a Mammón ni ser dominados por él. Porque el que comete pecado, dice, es siervo del pecado (Jn 8,34). Así como llama siervos del pecado a los que sirven al pecado, y sin embargo no llama Dios al pecado mismo, así también llama siervos de Mammón a los que sirven a Mammón, sin llamar Dios a Mammón. Ahora bien, Mammón, según la lengua judía que usan también los samaritanos, es «codicioso, y que quiere tener más de lo que conviene» (pero según la hebrea se dice con un aditamento, «Mam»), o significa «glotón», es decir, el que no puede contenerse de la gula; según ambas cosas significadas, pues, no podemos servir a Dios y a Mammón.

2. Y habiendo llamado fuerte al diablo, no del todo, sino como en comparación con nosotros, el Señor se mostró a sí mismo fuerte en todo y verdaderamente, diciendo: Nadie puede saquear los bienes del fuerte si antes no ata al fuerte mismo; y entonces saqueará su casa (Mt 12,29). (Ahora bien, sus bienes y su casa éramos nosotros, cuando estábamos en la apostasía; pues se servía de nosotros como quería; y el espíritu inmundo habitaba en nosotros.) Porque no era fuerte contra aquel que lo ataba y saqueaba su casa, sino contra los que estaban a su servicio, los hombres; porque había hecho que su mente se apartara de Dios. A estos los libró el Señor, como también dice Jeremías: El Señor redimió a Jacob, y lo libró de la mano del que era más fuerte que él (Jer 31,11). Si, pues, no hubiera significado al que ata y saquea sus bienes, y lo hubiera llamado solo fuerte, el fuerte sería invencible. Pero añadió también al que prevalece sobre él: porque el que ata retiene, y el que es atado es retenido. Y esto lo hizo sin comparación, para que el siervo, siendo apóstata, no fuera comparado con el Señor: porque no solo él, sino nada de cuanto ha sido establecido y está en sujeción será comparado con el Verbo de Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, que es nuestro Señor Jesucristo.

3. Porque que los ángeles, o los arcángeles, o los tronos, o las dominaciones fueron establecidos y hechos por el que es Dios sobre todos, por medio de su Verbo, lo significó así Juan. Pues habiendo dicho del Verbo de Dios que estaba en el Padre, añadió: Todas las cosas fueron hechas por

él, y sin él nada se hizo (Jn 1,3). También David, habiendo enumerado las alabanzas, nombrando una por una todas las cosas que dijimos, tanto los cielos como todos sus poderes, añadió: Porque él mandó, y fueron creadas; él dijo, y fueron hechas (Sal 148,5; 33,9). ¿A quién, pues, mandó? Al Verbo, es decir: por el cual, dice, los cielos fueron afianzados, y todo su poder por el espíritu de su boca (Sal 33,6). Y que él mismo hizo todas las cosas libremente y como quiso, lo dice otra vez David: Pero nuestro Dios está arriba en los cielos, y en la tierra: hizo todo cuanto quiso (Sal 115,3). Pero son otras las cosas que fueron establecidas que el que las estableció, y las que fueron hechas que el que las hizo. Porque él mismo es no hecho, sin principio y sin fin, sin necesitar de nada, suficiente para sí mismo, y que además concede a todas las demás cosas esto mismo, que sean; pero las cosas que han sido hechas por él han tomado un principio. Y todo lo que ha tomado un principio puede también recibir disolución, y está sujeto, y necesita de aquel que lo hizo; es de todo punto necesario que tales cosas tengan un vocablo diferente aun entre los que tienen siquiera un poco de sentido para discernir estas cosas: de modo que el que hizo todas las cosas sea llamado con justicia, junto con su Verbo, Dios y Señor solo; y que las cosas hechas no sean ya partícipes del mismo vocablo, ni deban tomar con justicia aquel vocablo que es del Creador.

CAPÍTULO 9

Que uno y el mismo Dios, Creador del cielo y de la tierra, que fue predicado por los profetas, fue también anunciado por los evangelistas. Esto se prueba primero por el Evangelio de Mateo.

1. Mostrado esto, pues, claramente (y aún se mostrará con más evidencia), que ni los profetas, ni los apóstoles, ni el Señor Cristo confesaron en su propia persona a ningún otro Señor o Dios, sino principalmente a Dios y Señor: los profetas y los apóstoles confesando al Padre y al Hijo, y no nombrando a ningún otro como Dios ni confesando a ningún otro como Señor; y el Señor mismo transmitiendo a sus discípulos al Padre solo como Dios y Señor, a aquel que solo es Dios y dominador de todas las cosas; debemos seguir, si en verdad somos sus discípulos, sus testimonios, que son así. Porque Mateo, el apóstol, conociendo uno y el mismo Dios, que hizo a Abraham la promesa de que haría su simiente como las estrellas del cielo, que por su Hijo Cristo Jesús nos llamó del culto de las piedras a su conocimiento, para que el que no era pueblo fuera pueblo, y la no amada, amada (Rom 9,25), dice que Juan, preparando el camino a Cristo, dijo a los que se gloriaban de su parentesco según la carne, pero tenían un entendimiento voluble y lleno de toda malicia, anunciando aquella penitencia que aparta de la malicia: Progenie de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Dad, pues, fruto digno de penitencia. Y no digáis dentro de vosotros: Tenemos por padre a Abraham; porque os digo que poderoso es Dios para suscitar de estas piedras hijos a Abraham (Mt 3,7-9). Les pregonaba, pues,

la penitencia que aparta de la malicia; pero no anunciaba a otro Dios fuera de aquel que había hecho la promesa a Abraham, él, el precursor de Cristo; del cual dice otra vez Mateo, e igualmente Lucas: Porque este es aquel de quien habló el Señor por medio del profeta: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas de nuestro Dios. Todo valle será rellenado, y todo monte y colina será rebajado, y lo tortuoso se hará recto, y lo áspero caminos llanos: y toda carne verá el poder salvador de Dios (Mt 3,3; Lc 3,4-6). Uno y el mismo es, pues, Dios, el Padre de nuestro Señor, que también prometió por medio de los profetas que enviaría al Precursor; y a su poder salvador, es decir, a su Verbo, lo hizo visible a toda carne, encarnado también él, para que en todo se hiciera manifiesto como rey de ellos. Porque lo que es juzgado debía ver al juez, y conocer a aquel por quien es juzgado; y lo que alcanza la gloria debía conocer a aquel que le da el don de la gloria.

2. Y otra vez, hablando del ángel, dice Mateo: Un ángel del Señor se apareció a José en sueños (Mt 1,20). De qué Señor, él mismo lo interpreta: Para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta: De Egipto llamé a mi Hijo (Mt 2,15). He aquí que una virgen recibirá en el seno, y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que significa: Dios con nosotros (Mt 1,23; Is 7,14). De este, que es el Emmanuel de la Virgen, dijo David: No apartes el rostro de tu Cristo. El Señor juró verdad a David, y no lo desdeñará: del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono (Sal

132,10-11). Y otra vez: Dios es conocido en Judea, y su lugar ha sido hecho en la paz, y su morada en Sion (Sal 76,2-3). Uno y el mismo Dios, pues, que fue predicado por los profetas y anunciado por el Evangelio, y su Hijo, que es del fruto del vientre de David, es decir, de la Virgen de David, y Emmanuel: cuya estrella profetizó así Balaam: Saldrá una estrella de Jacob, y surgirá un caudillo en Israel (Nm 24,17). Y Mateo dice que los Magos, viniendo del Oriente, dijeron: Porque hemos visto su estrella en el Oriente, y hemos venido a adorarlo (Mt 2,2); y que, conducidos por la estrella a la casa de Jacob, hasta Emmanuel, mostraron por los dones que ofrecieron quién era el que era adorado: mirra, porque él era quien había de morir y ser sepultado por el género humano mortal; oro, porque es Rey cuyo reino no tendrá fin (Lc 1,33); e incienso, porque es Dios, que también se ha dado a conocer en Judea, y se ha manifestado a los que no lo buscaban.

3. Además, dice Mateo en el bautismo: Se le abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios que venía sobre él como una paloma. Y he aquí una voz desde el cielo, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido (Mt 3,16-17). Porque no fue Cristo quien descendió entonces sobre Jesús; ni es uno Cristo y otro Jesús; sino que el Verbo de Dios, que es el Salvador de todos y dominador del cielo y de la tierra, que es Jesús (como antes hemos mostrado), el que también asumió la carne y fue ungido por el Padre con el Espíritu, se hizo Jesucristo; como también dice Isaías: Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y una flor

subirá de su raíz, y reposará sobre él el Espíritu de Dios, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y lo llenará el espíritu del temor de Dios. No juzgará según la gloria, ni reprenderá según el habla; sino que hará juicio al humilde, y reprenderá a los gloriosos de la tierra (Is 11,1-4). Y otra vez el mismo Isaías, presignificando su unción y por qué fue ungido, dice: El Espíritu de Dios está sobre mí, por lo cual me ungió; me envió a evangelizar a los humildes, a curar a los quebrantados de corazón, a pregonar a los cautivos la remisión y a los ciegos la vista, a llamar el año aceptable del Señor y el día de la retribución, a consolar a todos los que lloran (Is 61,1-2). Porque en cuanto el Verbo de Dios era hombre, de la raíz de Jesé e hijo de Abraham, en eso reposaba sobre él el Espíritu de Dios, y era ungido para evangelizar a los humildes. Pero en cuanto era Dios, no juzgaba según la gloria, ni reprendía según el habla: Porque no necesitaba que nadie diera testimonio del hombre, pues él mismo sabía lo que había en el hombre (Jn 2,25). Y llamaba a sí a todos los hombres que lloraban, y, concediendo la remisión a los que habían sido llevados a la cautividad por los pecados, los desataba de las ataduras de las que dice Salomón: Cada uno queda atado con las cuerdas de sus propios pecados (Prov 5,22). El Espíritu de Dios, pues, descendió sobre él, el Espíritu de aquel que había prometido por medio de los profetas que lo ungiría, para que nosotros, recibiendo de

la abundancia de su unción, fuéramos salvados. Esto en cuanto a Mateo.

CAPÍTULO 10

Argumentos tomados de los Evangelios de Lucas y de Marcos.

1. Y Lucas, seguidor y discípulo de los apóstoles, refiriendo lo de Zacarías e Isabel, de los cuales nació Juan según la promesa de Dios, dice: Eran ambos justos delante de Dios, caminando sin tacha en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor (Lc 1,6). Y otra vez, hablando de Zacarías: Sucedió que, mientras ejercía el sacerdocio en el orden de su turno delante de Dios, según la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte poner el incienso, y vino a sacrificar entrando en el templo del Señor (Lc 1,8-9). El que está en la presencia del Señor: confesando sencilla, absoluta y firmemente, en su propia persona, como Dios y Señor a aquel que eligió Jerusalén e hizo la legislación del sacerdocio, del cual es también el ángel Gabriel. Porque no conocía a otro por encima de él: pues si hubiera tenido entendimiento de algún Dios y Señor más perfecto fuera de este, ciertamente no habría confesado absolutamente y del todo como Señor y Dios a este que sabía que era fruto de un defecto, como antes hemos mostrado. Y hablando también de Juan, dice así: Porque será grande en la presencia del Señor, y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios, e irá delante en su presencia, en el espíritu y el poder de Elías, para preparar al Señor un pueblo perfecto (Lc

1,15-17). ¿Para quién, pues, preparó un pueblo, y en la presencia de qué Señor se hizo grande?

Sin duda de aquel que dijo: Juan tuvo algo aún más que un profeta, y entre los nacidos de mujer no hay nadie mayor que Juan el Bautista (Mt 11,9.11): el cual también preparaba al pueblo para la venida del Señor, preanunciándola a sus consiervos y pregonándoles la penitencia, para que recibieran la remisión del Señor presente, convertidos a aquel de quien se habían alejado por los pecados y la transgresión; como también dice David: Los pecadores se han alejado desde el seno materno, se han extraviado desde el vientre (Sal 58,4). Y por eso, convirtiéndolos a su Señor, preparaba al Señor un pueblo perfecto, en el espíritu y el poder de Elías.

2. Y otra vez, refiriendo lo del ángel, dice: En aquel mismo tiempo fue enviado el ángel Gabriel por Dios, el cual también dijo a la Virgen: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios (Lc 1,26.30). Y del Señor dice: Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin (Lc 1,32-33). ¿Y quién otro es el que reina en la casa de Jacob sin interrupción para siempre, sino Cristo Jesús nuestro Señor, Hijo del Dios altísimo, que por la Ley y los Profetas prometió que haría visible a toda carne su poder salvador, para hacerse Hijo del hombre, a fin de que también el hombre se hiciera hijo de Dios? Por eso también María, exultante, clamaba profetizando en favor de la Iglesia: Mi alma

engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en mi Dios salvador. Porque ha tomado para sí a Israel su siervo, para acordarse de la misericordia: como habló a nuestros padres, a Abraham y a su simiente para siempre (Lc 1,46-47.54-55).

Por estas cosas, pues, y tantas otras, muestra el Evangelio que el Dios que habló a los padres es el que por medio de Moisés hizo la donación de la Ley, por la cual donación de la Ley sabemos que habló a los padres. Este mismo Dios, según su gran bondad, derramó sobre nosotros su misericordia, en la cual misericordia nos ha mirado el Oriente desde lo alto, y se ha aparecido a los que estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte, y ha dirigido nuestros pies por el camino de la paz (Lc 1,78-79); como también Zacarías, dejando de estar mudo, lo cual había padecido por su infidelidad, recién lleno del Espíritu, bendecía a Dios de modo nuevo. Porque todo se presentaba nuevo, al disponer el Verbo de modo nuevo su venida carnal, para inscribir en Dios a aquel hombre que se había alejado de Dios: por eso también se les enseñaba a adorar a Dios de modo nuevo; pero no a otro Dios, puesto que ciertamente uno es Dios, que justifica a la circuncisión por la fe, y al prepucio por medio de la fe (Rom 3,30).

Y Zacarías, profetizando, decía: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y ha hecho la redención de su pueblo. Y nos ha suscitado un cuerno de salvación en la casa de David su siervo. Como habló por boca de sus santos profetas, que son desde antiguo. Salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos los que

nos odian. Para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo testamento. El juramento que juró a Abraham nuestro padre, de concedernos que, librados de la mano de los enemigos, le sirvamos sin temor en santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días (Lc 1,68-75). Después dice a Juan: Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo: porque irás delante del rostro del Señor a preparar sus caminos. Para dar a su pueblo el entendimiento de la salvación, para la remisión de sus pecados (Lc 1,76-77). Porque este es el conocimiento de la salvación que les faltaba, que es el del Hijo de Dios, el que comunicaba Juan, diciendo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este era aquel de quien yo decía: Detrás de mí viene un varón que ha sido hecho antes que yo, porque era primero que yo; y de su plenitud todos hemos recibido (Jn 1,29-30.15-16). Este es, pues, el conocimiento de la salvación; pero no otro Dios, ni otro Padre, ni Bythus, ni el Pleroma de los treinta Eones, ni la Madre de la Ogdóada: sino que el conocimiento de la salvación era el conocimiento del Hijo de Dios, que verdaderamente se llama y es salvación, y Salvador, y poder salvador. Salvación, así: En tu salvación te he aguardado, Señor (Gn 49,18). Salvador, a su vez: He aquí a mi Dios, mi Salvador; confiaré en él (Is 12,2). Y poder salvador, así: Dios ha dado a conocer su poder salvador a la vista de las naciones (Sal 98,2). Porque es Salvador, por cuanto es el Hijo y Verbo de Dios; poder salvador, por cuanto es Espíritu: El Espíritu, dice, de nuestro rostro, Cristo el Señor (Lam 4,20); salva-

ción, por cuanto es carne: Porque el Verbo se hizo carne, y habitó en nosotros (Jn 1,14). Este conocimiento de la salvación, pues, comunicaba Juan a los que hacían penitencia y creían en el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

4. Se apareció también a los pastores, dice, un ángel del Señor, anunciándoles un gozo: que ha nacido en la casa de David un Salvador, que es Cristo el Señor. Luego una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios y decía: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc 2,9-14). Estos ángeles, dicen los falsarios gnósticos, vinieron de la Ogdóada y manifestaron el descenso del Cristo superior. Pero caen de nuevo al decir que el que está arriba, Cristo y Salvador, no nació, sino que después del bautismo de aquel que es de la disposición, Jesús, él descendió sobre este como una paloma. Mienten, pues, según ellos, los ángeles de la Ogdóada al decir: Porque os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David (Lc 2,11). Porque, según ellos, ni Cristo ni el Salvador nacieron entonces; sino aquel Jesús que es de la disposición, que es del fabricador del mundo, en el cual, dicen, descendió el Salvador de lo alto después del bautismo, es decir, después de treinta años.

¿Y por qué añadieron en la ciudad de David, sino para anunciar como buena nueva que se había cumplido la promesa hecha por Dios a David, de que del fruto de su vientre habría un rey eterno? Porque el Fabricador de todo el universo había hecho la promesa a David, como dice el

mismo David: Mi auxilio viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Sal 121,2). Y otra vez: En su mano están los confines de la tierra, y suyas son las alturas de los montes. Porque suyo es el mar, y él lo hizo, y sus manos fundaron la tierra seca. Venid, adoremos y postrémonos ante él, y lloremos en la presencia del Señor que nos hizo, porque él es el Señor nuestro Dios (Sal 95,4-7). El Espíritu Santo declarando manifiestamente por medio de David a los que lo escuchan que habrá quienes desprecien a aquel que nos plasmó, que es el único Dios. Por eso también decía lo que fue predicho, significando: No os extraviéis; fuera de este, o por encima de este, no hay otro Dios a quien más convenga atender; preparándonos a ser religiosos y agradecidos para con aquel que nos hizo, y nos estableció, y nos nutre. ¿Qué será, pues, de los que han inventado tanta blasfemia contra su propio Hacedor? Y esto mismo dicen también los ángeles. Porque al decir: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz (Lc 2,14), glorificaron con estas palabras al que es Hacedor de las alturas, es decir, de las cosas que están sobre los cielos, y Creador de todas las cosas que hay sobre la tierra: el cual envió desde el cielo a su hechura, es decir, a los hombres, su benignidad de salvación. Por eso también los pastores, dice, volvían glorificando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según se les había dicho (Lc 2,20). Porque los pastores israelitas no glorificaban a otro Dios, sino a aquel que fue anunciado por la Ley y los Profetas, el Hacedor de todas las cosas, al que también glorificaban los ángeles. Pero si los án-

geles que eran de la Ogdóada glorificaban a uno, y los pastores a otro, entonces aquellos ángeles que eran de la Ogdóada les trajeron el error y no la verdad.

5. Además, dice Lucas del Señor: Cumplidos los días de la purificación, lo subieron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: Todo varón que abre el seno materno será llamado santo para el Señor; y para ofrecer un sacrificio, según lo que está dicho en la Ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones de paloma (Lc 2,22-24); llamando en su propia persona, con toda claridad, Señor a aquel que hizo la legislación. Y Simeón, dice, bendijo a Dios y dijo: Ahora despides a tu siervo, Señor, en paz: porque mis ojos han visto tu poder salvador, que preparaste ante el rostro de todos los pueblos; luz para revelación de las naciones, y gloria de tu pueblo Israel (Lc 2,28-32). Y Ana también, la profetisa, dice, glorificaba igualmente a Dios al ver al Cristo; y hablaba de él a todos los que esperaban la redención de Jerusalén (Lc 2,36.38). Por todas estas cosas, pues, se demuestra un solo Dios, que abre a los hombres una nueva disposición de libertad por la nueva venida de su Hijo.

6. Por lo cual también Marcos, intérprete y seguidor de Pedro, dio comienzo así a su escrito evangélico: Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como está escrito en los Profetas: He aquí que envío a mi ángel delante de tu rostro, el cual preparará tu camino. Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas delante de nuestro Dios (Mc 1,1-3).

Dice claramente que el comienzo del Evangelio son las voces de los santos profetas; y muestra de antemano que aquel a quien ellos confesaron como Señor y Dios es este Padre de nuestro Señor Jesucristo, que también le prometió que enviaría a su ángel delante de su rostro; el cual era Juan, que clamaba en el desierto en el espíritu y el poder de Elías: Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas delante de nuestro Dios. Porque los profetas no anunciaban un Dios y otro Dios, sino uno y el mismo, aunque con diversas significaciones y muchos nombres: porque rico y múltiple es el Padre, como hemos mostrado en el libro anterior a este; y lo mostraremos por los profetas mismos a medida que avance nuestro discurso. Y al final del Evangelio dice Marcos: Y el Señor Jesús, después de haberles hablado, fue recibido en los cielos, y está sentado a la derecha de Dios (Mc 16,19); confirmando lo que fue dicho por el Profeta: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Sal 110,1). Así, uno y el mismo es Dios y Padre, que fue anunciado por los profetas y transmitido por el Evangelio, al que los cristianos adoramos y amamos de todo corazón, Hacedor del cielo y de la tierra y de todo lo que hay en ellos.

CAPÍTULO 11

Prueba por el Evangelio de Juan lo mismo que ya probó por los otros tres. Luego concluye que los Evangelios son cuatro, ni más ni menos, y aduce las razones místicas de este número.

1. Juan, el discípulo del Señor, anunciando esta fe, y queriendo con el anuncio del Evangelio quitar el error que había sido sembrado entre los hombres por Cerinto, y mucho antes por los que se llaman nicolaítas, que son un retoño de la falsamente llamada ciencia (1 Tim 6,20), para confundirlos y persuadirlos de que hay un solo Dios, que hizo todas las cosas por su Verbo; y no, como ellos dicen, que uno es el fabricador y otro el Padre del Señor; y que uno es el hijo del fabricador y otro, de los de arriba, Cristo, el cual, dicen, permaneció también impasible, descendiendo sobre Jesús, el hijo del fabricador, y volvió a volar a su Pleroma; y que el Principio es Monogenes, y Logos el verdadero hijo del Unigénito; y que esta creación que es la nuestra no fue hecha por el primer Dios, sino por algún Poder situado muy abajo, y separado de la comunicación con las cosas que son invisibles e innombrables. El discípulo del Señor, pues, queriendo cancelar todas estas cosas, y establecer en la Iglesia la regla de la verdad, que hay un solo Dios omnipotente, que hizo todas las cosas por su Verbo, tanto las visibles como las invisibles; significando también que por el Verbo, por el cual Dios perfeccionó la creación, en él también concedió la salvación a los hombres, a los que están en la creación; comenzó así en la enseñanza que es según el Evangelio: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo. Lo que fue hecho, en él era vida, y la vida era la luz de los hombres, y la

luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Todas las cosas, dice, fueron hechas por él (Jn 1,1-5). Entre todas las cosas, pues, está también esta creación que es la nuestra: porque no se les concederá que se llame todas las cosas a las que están por debajo de su Pleroma. Porque si su Pleroma contiene también estas cosas, esta tan grande creación no está fuera, como hemos mostrado en el libro anterior a este; pero si estas cosas están fuera del Pleroma, lo cual se ha visto que es imposible, su Pleroma ya no es todas las cosas: no está, pues, fuera esta tan grande creación.

2. Y el mismo Juan nos quitó todas las disputas, diciendo: Estaba en este mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció. Vino a lo suyo, y los suyos no lo recibieron (Jn 1,10-11). Pero según Marción y los que son semejantes a él, ni el mundo fue hecho por él, ni vino a lo suyo, sino a lo ajeno. Y según algunos de los gnósticos, este mundo fue hecho por ángeles, y no por el Verbo de Dios. Y según los que proceden de Valentín, a su vez, no fue hecho por él, sino por el Demiurgo. Porque él, según dicen, obraba para que se hicieran tales semejanzas, a imitación de las cosas que están arriba; y el Demiurgo llevaba a término la fabricación de la creación. Porque dicen que él fue emitido por la Madre como Señor, y Demiurgo de aquella disposición que es según la creación, por medio del cual pretenden que fue hecho este mundo: mientras que el Evangelio dice claramente que todas las cosas fueron hechas por el Verbo, que en el principio estaba junto a

Dios: el cual Verbo, dice, se hizo carne, y habitó en nosotros (Jn 1,14).

3. Pero según ellos, ni el Verbo se hizo carne, ni Cristo, ni el Salvador que fue hecho de todos. Porque pretenden que el Verbo y Cristo ni siquiera vinieron a este mundo; y que el Salvador no se encarnó ni padeció, sino que descendió como una paloma sobre aquel Jesús que había sido hecho de la disposición, y, habiendo anunciado al Padre desconocido, subió de nuevo al Pleroma. Unos dicen que se encarnó y padeció aquel que es de la disposición, Jesús, el cual, dicen, pasó a través de María como el agua a través de un tubo; otros, que el hijo del Demiurgo, sobre el cual descendió aquel Jesús que es de la disposición; otros a su vez dicen que Jesús nació de José y de María, y que sobre él descendió el Cristo que es de los de arriba, siendo sin carne e impasible. Pero según ninguna doctrina de los herejes se hizo carne el Verbo de Dios. Porque si alguno examina las reglas de todos ellos, hallará que el Verbo de Dios, y el Cristo que está en las regiones de arriba, es presentado por todos ellos como sin carne e impasible. Porque unos piensan que se manifestó como un hombre transfigurado, pero dicen que ni nació ni se encarnó; y otros, que ni siquiera tomó la figura de hombre, sino que descendió como una paloma sobre aquel Jesús que nació de María. Mostrando, pues, que todos ellos son falsos testigos, dice el discípulo del Señor: Y el Verbo se hizo carne, y habitó en nosotros (Jn 1,14).

4. Y para que no indaguemos de qué Dios es el Verbo que se hizo carne, él mismo nos enseña

además, diciendo: Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan: este vino como testimonio, para dar testimonio de la luz. No era él la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz (Jn 1,6-8). Juan el Precursor, pues, que da testimonio de la luz, ¿por qué Dios fue enviado? Sin duda por aquel cuyo ángel es Gabriel, que también anunció la buena nueva de su generación: el cual también prometió por medio de los profetas que enviaría a su ángel delante del rostro de su Hijo, y que este prepararía su camino, es decir, daría testimonio de la luz, en el espíritu y el poder de Elías. Y Elías, a su vez, ¿de qué Dios fue siervo y profeta? De aquel que hizo el cielo y la tierra, como él mismo también confiesa. Enviado, pues, Juan por el Creador y Fabricador de este mundo, ¿cómo podía dar testimonio de aquella luz que descendió de las cosas que son innombrables e invisibles? Porque todos los herejes han decretado que el Demiurgo ignoraba aquel Poder que está por encima de él, del cual se halla que Juan es testigo y mostrador. Por eso dijo el Señor que él tenía más que un profeta. Porque todos los demás profetas anunciaron la venida de la luz paterna, y desearon ser dignos de ver a aquel a quien predicaban; pero Juan lo preanunció como los otros, y lo vio cuando vino, y lo mostró, y persuadió a muchos a creer en él, de modo que él mismo tuvo el lugar de los profetas y de los apóstoles. Porque esto es más que un profeta; puesto que primero apóstoles, segundo profetas (1 Cor 12,28); pero todo de uno y el mismo Dios.

5. Porque bueno era también aquel vino que fue hecho por Dios en la viña por medio de la creación, y fue bebido primero. Porque ninguno de los que lo bebieron lo censuró; y también el Señor tomó de él: pero mejor fue el vino que fue hecho por el Verbo, en compendio y sencillamente, del agua, para uso de los que habían sido convidados a las bodas. Porque aunque el Señor podía, sin ninguna materia subyacente de las cosas que son de la creación, proporcionar vino a los comensales y saciar de alimento a los hambrientos, no lo hizo así: sino que, tomando los panes que venían de la tierra y dando gracias, y de nuevo haciendo del agua vino, sació a los que estaban recostados y dio de beber a los que habían sido invitados a las bodas: mostrando que el Dios que hizo la tierra y le mandó dar fruto, y estableció las aguas y produjo las fuentes, ese mismo es el que en los últimos tiempos concede al género humano, por medio de su Hijo, la bendición del alimento y la gracia de la bebida, el incomprensible por el comprensible, y el invisible por el visible; puesto que no está fuera de él, sino que existe en el seno del Padre.

6. Porque a Dios, dice, nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo unigénito de Dios, que está en el seno del Padre; él lo ha dado a conocer (Jn 1,18). Porque al Padre, que es invisible, lo da a conocer a todos aquel que está en su seno, el Hijo. Por eso lo conocen aquellos a quienes el Hijo lo ha revelado: y a su vez el Padre, por medio del Hijo, da el conocimiento de su Hijo a los que lo aman. Aprendiendo de él, también Natanael conoció, al

cual también el Señor dio testimonio de que es un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Jn 1,47). El israelita reconoció a su rey, y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel (Jn 1,49). Enseñado por él, también Pedro conoció a Cristo, el Hijo de Dios vivo, por aquel que dice: He aquí mi Hijo amadísimo, en quien me he complacido: pondré mi Espíritu sobre él, y anunciará el juicio a las naciones. No disputará, ni gritará, ni nadie oirá su voz en las plazas: no quebrará la caña cascada, y no apagará la mecha humeante, hasta que lance el juicio a la contienda; y en su nombre esperarán las naciones (Mt 12,18-21).

7. Y estos son los comienzos del Evangelio, que anuncian un solo Dios, Fabricador de este universo, el mismo que fue anunciado por medio de los profetas, y que por medio de Moisés hizo la disposición de la Ley, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, y que no conocen a otro Dios fuera de él, ni a otro Padre. Y tan grande es la firmeza en torno a estos Evangelios que los mismos herejes dan testimonio de ellos, y cada uno de ellos, partiendo de ellos, intenta confirmar su propia doctrina. Porque los ebionitas, usando solo el Evangelio que es según Mateo, son refutados por ese mismo, en cuanto no opinan rectamente acerca del Señor. Y Marción, recortando el que es según Lucas, se muestra, por lo que todavía conserva, blasfemo contra el único Dios existente. Y los que separan a Jesús de Cristo, y dicen que Cristo permaneció impasible y que Jesús padeció, prefiriendo el Evangelio que es según Marcos, pueden ser corregidos si lo leen con amor a la verdad. Y los

que proceden de Valentín, usando con toda amplitud el que es según Juan para la demostración de sus emparejamientos, serán desenmascarados por él como gente que no dice nada rectamente, como hemos mostrado en el primer libro. Puesto que, pues, los que nos contradicen nos dan testimonio y usan estos, firme y verdadera es nuestra demostración a partir de ellos.

8. Pero no cabe que los Evangelios sean en número más de los que son, ni tampoco menos. Porque puesto que hay cuatro regiones del mundo en que estamos, y cuatro vientos principales, y la Iglesia está diseminada por toda la tierra, y columna y fundamento de la Iglesia es el Evangelio y el Espíritu de vida; es consecuente que ella tenga cuatro columnas, que de todas partes exhalan incorruptibilidad y vivifican a los hombres. De lo cual es manifiesto que el Verbo, Artífice de todas las cosas, que se sienta sobre los querubines y contiene todas las cosas, habiéndose manifestado a los hombres, nos dio el Evangelio cuadriforme, que está contenido por un solo Espíritu. Como también David, pidiendo su venida, dice: Tú que te sientas sobre los querubines, muéstrate (Sal 80,2). Porque los querubines son cuadriformes, y sus formas son imágenes de la disposición del Hijo de Dios. Porque el primer ser viviente, dice, es semejante a un león, significando lo que hay en él de eficaz, de principal y de regio; el segundo, semejante a un becerro, significando su orden sacrificial y sacerdotal; el tercero tiene rostro como de hombre, describiendo claramente su venida según el hombre; el cuarto, semejante

a un águila que vuela, manifestando la gracia del Espíritu que vuela sobre la Iglesia (Ap 4,7).

Y los Evangelios, pues, están en armonía con estos, sobre los cuales está sentado Cristo Jesús. Porque uno narra su generación principal, eficaz y gloriosa, la que es del Padre, diciendo así: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (Jn 1,1); y: Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo (Jn 1,3). Por eso también este Evangelio está lleno de toda franqueza; porque tal es su rostro. El que es según Lucas, puesto que es de sello sacerdotal, comenzó por Zacarías, el sacerdote que sacrificaba a Dios. Porque ya se preparaba el becerro cebado, que había de ser sacrificado por el hallazgo del hijo menor. Y Mateo narra su generación según el hombre: Libro, dice, de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham (Mt 1,1). Y otra vez: La generación de Cristo fue así (Mt 1,18). Este Evangelio es, pues, de forma humana: por eso también, a lo largo de todo el Evangelio, se le conserva como hombre de sentir humilde y manso. Y Marcos hizo su comienzo desde el Espíritu profético que viene de lo alto a los hombres: Comienzo, dice, del Evangelio, como está escrito en Isaías el profeta (Mc 1,1-2), mostrando la imagen alada y emplumada del Evangelio: por eso también hizo su anuncio breve y que corre delante: porque este es el sello profético.

Y el mismo Verbo de Dios conversaba con los patriarcas que fueron antes de Moisés según su divinidad y su gloria; a los que estaban bajo la Ley les ofrecía una acción sacerdotal y ministerial;

y después, hecho hombre por nosotros, envió a toda la tierra el don del Espíritu celestial, protegiéndonos con sus alas. Cual es, pues, la disposición del Hijo de Dios, tal es también la forma de los seres vivientes; y cual es la forma de los seres vivientes, tal es también el sello del Evangelio. Cuadriformes son los seres vivientes, y cuadriforme el Evangelio, y cuadriforme la disposición del Señor. Y por esto fueron dados cuatro testamentos al género humano: uno antes del cataclismo, bajo Adán; el segundo después del cataclismo, bajo Noé; el tercero, la legislación, bajo Moisés; y el cuarto, que renueva al hombre y recapitula en sí mismo todas las cosas, el que es por el Evangelio, elevando a los hombres y dándoles alas hacia el reino celestial.

9. Siendo así estas cosas, vanos son, pues, todos, e indoctos, y además audaces, los que anulan la forma del Evangelio, e introducen o más rostros del Evangelio de los que se han dicho, o por el contrario menos: unos, para parecer que han inventado más de lo que hay de verdad; otros, para rechazar las disposiciones de Dios. Porque Marción, rechazando todo el Evangelio, o más bien separándose verdaderamente a sí mismo del Evangelio, se jacta igualmente de tener el Evangelio; y otros, para rechazar el don del Espíritu, que en los últimos tiempos fue derramado sobre el género humano según el beneplácito del Padre, no admiten aquella forma que es según el Evangelio de Juan, en el cual el Señor prometió que enviaría al Paráclito; sino que rechazan a la vez el Evangelio y el Espíritu profético. Desdichados en

verdad los que quieren ser falsos profetas, pero rechazan de la Iglesia la gracia profética: padeciendo lo mismo que aquellos que, a causa de los que vienen con hipocresía, se abstienen incluso de la comunicación con los hermanos. Y se da a entender que los de esta clase tampoco reciben al apóstol Pablo. Porque en la Epístola que es a los corintios habló cuidadosamente de los carismas proféticos, y sabe de varones y mujeres que profetizan en la Iglesia. Pecando, pues, por todas estas cosas contra el Espíritu de Dios, caen en el pecado irremisible. Y los que proceden de Valentín, a su vez, estando fuera de todo temor, presentando sus propios escritos, se jactan de tener más de lo que son los Evangelios mismos. Pues han llegado a tal grado de audacia que titulan Evangelio de la Verdad lo que fue escrito por ellos no hace mucho, aunque en nada concuerda con los Evangelios de los apóstoles, de modo que ni siquiera el Evangelio está entre ellos sin blasfemia. Porque si lo que ellos presentan es el Evangelio de la Verdad, y esto es desemejante de los que fueron transmitidos por los apóstoles, pueden aprender los que quieran, como se muestra por las Escrituras mismas, que lo transmitido por los apóstoles ya no es el Evangelio de la Verdad. Pero que solo aquellos son verdaderos y firmes, y que no cabe que los Evangelios sean más de los que se han dicho, ni menos, lo hemos mostrado con tantas y tan grandes razones. Porque como Dios hizo todas las cosas ordenadas y ajustadas, convenía también que la forma del Evangelio estuviera bien compuesta y bien trabada. Examinada, pues, la

doctrina de los que nos transmitieron el Evangelio, a partir de sus mismos comienzos, vengamos también a los demás apóstoles, e indaguemos su doctrina acerca de Dios; y después, escuchemos las palabras mismas del Señor.

CAPÍTULO 12

Cuál es la doctrina de los demás apóstoles.

1. El apóstol Pedro, pues, después de la resurrección del Señor y de su elevación a los cielos, queriendo completar el número de los doce apóstoles y elegir a otro en lugar de Judas, uno que fuera escogido por Dios, de entre los que estaban presentes, dijo: Varones hermanos, era necesario que se cumpliera esta Escritura que el Espíritu Santo predijo por boca de David acerca de Judas, que se hizo guía de los que prendieron a Jesús, porque era contado entre nosotros: Quede desierta su morada, y no haya quien habite en ella; y otro reciba su episcopado (Hch 1,16-17.20; Sal 69,26; 109,8): completando así el número de los apóstoles según lo que había dicho David. De nuevo, cuando el Espíritu Santo hubo descendido sobre los discípulos, de modo que todos profetizaban y hablaban en lenguas, y algunos se burlaban de ellos como de borrachos de mosto, Pedro dijo que no estaban borrachos, pues era la hora tercera del día, sino que esto era lo dicho por el profeta: Sucederá en los últimos días, dice el Señor, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán (Hch 2,17; Jl 3,1). Así pues, el Dios que por el profeta prometió que enviaría su Espíritu sobre el género humano es el mismo que

también lo envió; y es Dios mismo a quien Pedro anuncia como el que cumplió su promesa.

2. Porque dice Pedro: Varones israelitas, escuchad mis palabras: a Jesús Nazareno, varón acreditado por Dios entre vosotros con prodigios, maravillas y señales que Dios hizo por medio de él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis, a este, entregado por el designio determinado y la presciencia de Dios, lo matasteis clavándolo por manos de inicuos; al cual Dios resucitó, desatados los dolores de los infiernos, porque no era posible que fuera retenido por ellos (Hch 2,22-24). Porque David dice de él: Veía de antemano al Señor siempre delante de mí, porque está a mi derecha para que no vacile. Por eso se alegró mi corazón y exultó mi lengua; y además mi carne descansará en la esperanza. Porque no abandonarás mi alma en el infierno, ni darás a tu santo ver la corrupción (Hch 2,25-27; Sal 16,8-10). Luego, de nuevo, les habla con franqueza del patriarca David: que murió y fue sepultado, y que su sepulcro está entre ellos hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, dice, y sabiendo que Dios le había jurado con juramento que del fruto de su vientre uno se sentaría sobre su trono, habló previéndolo de la resurrección de Cristo: que ni fue abandonado en los infiernos, ni su carne vio la corrupción (Hch 2,30-31; Sal 132,11). A este Jesús, dice, lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos: exaltado por la diestra de Dios y recibiendo del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado este don que vosotros ahora veis y oís (Hch 2,32-33). Porque David no subió a

los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Hch 2,34-35; Sal 110,1). Sepa, pues, con toda certeza toda la casa de Israel que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros crucificasteis (Hch 2,36). Y cuando las multitudes dijeron: ¿Qué haremos, pues? (Hch 2,37) Pedro les dijo: Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesús para la remisión de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo (Hch 2,38). Así, los apóstoles no anunciaban a otro Dios ni otra Plenitud; ni a un Cristo que padeció y resucitó y a otro que voló hacia lo alto y permaneció impasible; sino a uno y el mismo Dios Padre, y a Cristo Jesús, que resucitó de entre los muertos; y anunciaban la fe en él a los que no creían en el Hijo de Dios; y por los profetas los exhortaban, mostrándoles que aquel a quien Dios había prometido enviar como Cristo lo había enviado: Jesús, a quien ellos mismos crucificaron, a quien Dios resucitó.

3. De nuevo, cuando Pedro, junto con Juan, vio al que era cojo de nacimiento sentado ante la puerta del templo llamada Hermosa y pidiendo limosna, le dijo: No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, esto te doy: En el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda. Y al instante se afirmaron sus pasos y sus plantas, y andaba, y entró con ellos en el templo, andando y saltando y glorificando a Dios (Hch 3,6-8).

Reunida junto a ellos toda la multitud a causa del hecho inesperado, Pedro les dijo: Varones is-

raelitas, ¿por qué os maravilláis de esto, y por qué nos miráis a nosotros, como si por nuestro propio poder hubiéramos hecho andar a este? (Hch 3,12) El Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres, glorificó a su Hijo, a quien vosotros entregasteis a juicio y negasteis ante el rostro de Pilato, cuando él quería soltarlo. Pero vosotros oprimisteis al santo y justo, y pedisteis que se os concediera un homicida; y matasteis al príncipe de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. Y por la fe en su nombre, a este que veis y conocéis lo ha fortalecido su nombre, y la fe que es por él le ha dado esta integridad en presencia de todos vosotros (Hch 3,13-16). Y ahora, hermanos, sé que por ignorancia obrasteis mal. Pero Dios ha cumplido lo que predijo por boca de todos los profetas: que su Cristo había de padecer. Haced, pues, penitencia y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, y vengan para vosotros tiempos de refrigerio de parte del Señor, y él os envíe a Jesucristo, que os ha sido preparado, al cual el cielo debe recibir hasta los tiempos de la disposición de todas las cosas, de las que habló Dios por sus santos profetas (Hch 3,17-21). Moisés, en efecto, dice a nuestros padres: El Señor vuestro Dios os suscitará un profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él escucharéis en todo lo que os diga (Hch 3,22; Dt 18,15). Y sucederá: Toda alma que no escuche a aquel profeta perecerá de en medio del pueblo (Hch 3,23). Y todos, desde Samuel en adelante, cuantos hablaron, anunciaron también estos días

(Hch 3,24). Vosotros sois los hijos de los profetas y del testamento que Dios dispuso para nuestros padres, diciendo a Abraham: Y en tu simiente serán benditas todas las tribus de la tierra (Hch 3,25; Gn 22,18). A vosotros primero, Dios, suscitando a su Hijo, lo envió para bendeciros, a fin de que cada uno se convierta de sus maldades (Hch 3,26). Pedro, pues, con Juan, les pregonó un pregón manifiesto, anunciándoles la buena nueva de que la promesa que Dios hizo a los padres se había cumplido por Jesús: no anunciando a otro Dios, sino al Hijo de Dios, que también se hizo hombre y padeció, y conduciendo a Israel al conocimiento; anunciando además en Jesús la resurrección de entre los muertos, y significando que todo lo que los profetas anunciaron acerca de la Pasión de Cristo, Dios lo había cumplido.

4. Por esto, convocados de nuevo los príncipes de los sacerdotes, Pedro les dijo con franqueza: Príncipes del pueblo y ancianos de Israel, si hoy somos interrogados por vosotros sobre el beneficio hecho a un hombre enfermo, por el cual este ha sido sanado, sea conocido de todos vosotros y de todo el pueblo de Israel que en el nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis, a quien Dios resucitó de entre los muertos, por él está este aquí sano en vuestra presencia (Hch 4,8-10). Esta es la piedra despreciada por vosotros, los constructores, que se ha convertido en cabeza del ángulo (Hch 4,11; Sal 118,22). Y no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en el cual debamos ser salvados (Hch 4,12). Así, los apóstoles no cambiaban de Dios, sino que

anunciaban al pueblo que el Cristo era Jesús, el que fue crucificado, a quien Dios resucitó. El mismo Dios que envió a los profetas lo resucitó, y en él dio la salvación a los hombres.

5. Confundidos, pues, tanto por la curación (porque el hombre, dice la Escritura, en quien se había hecho la señal de la curación tenía más de cuarenta años (Hch 4,22)) como por la doctrina de los apóstoles y su exposición de los profetas, los sumos sacerdotes soltaron a Pedro y a Juan; y cuando estos volvieron a los demás coapóstoles y a los discípulos del Señor, es decir, a la iglesia, y contaron lo que había sucedido y con cuánta franqueza habían obrado en el nombre de Jesús, al oírlo, dice, toda la iglesia alzó unánime la voz a Dios y dijo: Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra y el mar y todo lo que hay en ellos, que por el Espíritu Santo, por boca de David nuestro padre, tu siervo, dijiste: ¿Por qué se amotinaron las naciones, y los pueblos meditaron cosas vanas? (Hch 4,24-25; Sal 2,1) Se alzaron los reyes de la tierra, y los príncipes se congregaron a una contra el Señor y contra su Cristo (Hch 4,26; Sal 2,2). Porque verdaderamente se reunieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con las naciones y los pueblos de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu voluntad habían predestinado que se hiciera (Hch 4,27-28). Estas son las voces de la iglesia de la que toda iglesia tuvo su comienzo; estas, las voces de la gran ciudad, de los ciudadanos del Nuevo Testamento; estas, las voces de los apóstoles; estas, las voces de los discípulos del

Señor, de aquellos que después de la elevación del Señor fueron hechos perfectos por el Espíritu e invocaron a Dios, que hizo el cielo y la tierra y el mar, que fue anunciado por los profetas, y a su Hijo Jesús, a quien Dios ungió, sin conocer a otro. Porque no estaban allí entonces Valentín, ni Marción, ni los demás, subversores de sí mismos y de los que asienten con ellos. Por eso también los escuchó Dios, el Hacedor de todas las cosas. Porque se estremeció, dice, el lugar en que estaban reunidos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban la palabra de Dios con franqueza (Hch 4,31) a todo el que quería creer. Porque con gran poder, dice, daban los apóstoles testimonio de la resurrección del Señor Jesús (Hch 4,33), diciéndoles: El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros prendisteis y matasteis colgándolo de un madero. A este, Dios lo exaltó con su gloria como Príncipe y Salvador, para dar a Israel la penitencia y la remisión de los pecados; y nosotros somos en él testigos de estas palabras, y también el Espíritu Santo, que Dios ha dado a los que creen en él (Hch 5,30-32). Y cada día, dice, en el templo y en las casas no cesaban de enseñar y de anunciar la buena nueva de Cristo Jesús (Hch 5,42), el Hijo de Dios. Porque este era el conocimiento de la salvación, que hace perfectos para con Dios a los que conocen la venida de su Hijo.

6. Pero, puesto que algunos de ellos dicen desvergonzadamente: «Pregonando entre los judíos, los apóstoles no podían anunciarles otro Dios fuera de aquel en quien ellos habían creído», les decimos que, si los apóstoles hablaban a los

hombres según la opinión implantada en ellos de antiguo, nadie conoció por ellos la verdad, y mucho menos por el Señor; pues dicen que también él habló de ese modo. Así pues, tampoco estos mismos conocen la verdad, sino que, siendo tal su mente acerca de Dios, recibieron la doctrina según podían oírla. Según este razonamiento, pues, la regla de la verdad no estará en nadie, sino que todos los discípulos lo imputarán a todos: que según pensaba cada uno y según podía contenerlo, así se le dirigió la palabra. Y la venida del Señor aparecerá superflua e inútil, si es que vino para permitir y conservar la opinión acerca de Dios implantada de antiguo en cada uno. Además, era mucho más duro anunciar que aquel hombre a quien los judíos habían visto y clavado en la cruz era el Cristo, el Hijo de Dios, su rey eterno. No les hablaban, pues, según su antigua opinión. Porque quienes les decían en la cara que eran los asesinos del Señor, con mucha más franqueza les habrían anunciado también al Padre que está por encima del Demiurgo, y no lo que cada uno pensaba; y mucho menor habría sido el pecado, si es que no habían clavado en la cruz a un Salvador superior, hacia el cual debían ascender, puesto que era impasible. Porque, así como a las naciones no les hablaban según la opinión de ellas, sino que les decían con franqueza que sus dioses no eran dioses, sino ídolos de demonios, del mismo modo lo habrían anunciado también a los judíos, si hubieran conocido a otro Padre mayor y más perfecto, sin alimentar ni acrecentar su opinión no verdadera acerca de Dios. Y al disolver

el error de los paganos y apartarlos de sus dioses, no les introducían ciertamente otro error; sino que, quitando a los que no eran dioses, mostraron al que era el único Dios y verdadero Padre.

7. Por las palabras de Pedro, pues, que pronunció en Cesarea ante el centurión Cornelio y los gentiles que estaban con él, a quienes por primera vez fue anunciada la palabra de Dios, hemos de conocer qué anunciaban los apóstoles, cuál fue su predicación y qué doctrina tenían acerca de Dios. Porque este Cornelio, dice, era piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre. Vio, pues, hacia la hora nona del día, a un ángel de Dios que entraba donde él estaba y le decía: Tus limosnas han subido como recuerdo ante la presencia de Dios. Por eso, envía a buscar a Simón, llamado Pedro (Hch 10,2-5). Y cuando Pedro vio la revelación en la que la voz celestial le respondió: Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú común (Hch 10,15), esto fue así porque el Dios que por la Ley había distinguido entre lo puro y lo impuro, el Dios a quien también Cornelio adoraba, es el que purificó a las naciones por la sangre de su Hijo. Y Pedro, llegando a él, dijo: En verdad he comprendido que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación el que lo teme y obra la justicia le es grato (Hch 10,34-35). Con ello significaba claramente que el Dios a quien antes temía Cornelio, de quien había oído por la Ley y los Profetas, por cuya causa también hacía limosnas, es en verdad Dios. Pero le faltaba el conocimiento. Por eso añadió: Vosotros sabéis la palabra que

se divulgó por toda Judea: porque, comenzando desde Galilea después del bautismo que predicó Juan, Jesús de Nazaret, cómo lo ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder; él pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén; al cual mataron colgándolo de un madero. A este, Dios lo resucitó al tercer día y le concedió manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos predestinados por Dios, a nosotros, que comimos y bebimos con él después de la resurrección de entre los muertos. Y nos mandó anunciar al pueblo y atestiguar que él es el predestinado por Dios como juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todo el que cree en él recibe por su nombre la remisión de los pecados (Hch 10,37-43).

Los apóstoles, pues, anunciaban al Hijo de Dios, a quien los hombres no conocían, y su venida, a los que ya habían sido instruidos acerca de Dios; pero no introducían a otro Dios. Porque, si Pedro hubiera sabido algo semejante, habría predicado libremente a las naciones que uno era el Dios de los judíos y otro el de los cristianos; y ellos, todos aterrados por la visión del ángel, habrían creído cualquier cosa que les hubiera dicho. Pero por las palabras de Pedro es manifiesto que conservó al Dios ya conocido de antemano por ellos; y les atestiguó que Jesucristo es el Hijo de Dios, el juez de vivos y muertos, en quien también les mandó bautizarse para la remisión de los pecados; y no solo esto, sino que atestiguó que

Jesús mismo es el Hijo de Dios, el cual, habiendo sido también ungido con el Espíritu Santo, es llamado Jesucristo. Y este mismo es el que nació de María, como lo contiene el testimonio de Pedro. ¿O es que Pedro no tenía todavía entonces el conocimiento perfecto que estos inventaron después? Imperfecto, pues, según estos, era Pedro, e imperfectos también los demás apóstoles; y será necesario que, volviendo a la vida, se hagan discípulos de estos, para que también ellos lleguen a ser perfectos. Pero esto es ridículo. Estos, en cambio, quedan convictos de ser discípulos no de los apóstoles, sino de su propia mala doctrina. Y por esto también son varias las doctrinas de cada uno de ellos, pues cada cual recibió el error según podía contenerlo. La Iglesia, en cambio, extendida por todo el mundo, que tiene de los apóstoles su firme principio, persevera en una y la misma doctrina acerca de Dios y de su Hijo.

8. Felipe, a su vez, ¿a quién anunció al eunuco de la reina de los etíopes, que volvía de Jerusalén y leía al profeta Isaías, él solo a él solo? ¿No fue a aquel de quien dijo el profeta: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, sin voz, así no abrió la boca? Pero ¿quién contará su nacimiento? Porque su vida será quitada de la tierra (Hch 8,32-33; Is 53,7-8). Que este era Jesús, y que en él se había cumplido la Escritura: como el mismo eunuco, creyendo y pidiendo al instante ser bautizado, decía: Creo que Jesús es el Hijo de Dios (Hch 8,37). Y él fue enviado también a las regiones de Etiopía para predicar lo que él mismo había creído: un solo

Dios, predicado por los profetas, y que su Hijo había realizado su venida según el hombre y había sido llevado como oveja al matadero, y todo lo demás que de él dicen los profetas.

9. También Pablo, después de que el Señor le habló desde el cielo y le mostró que, persiguiendo a sus discípulos, perseguía a su propio Señor, y le envió a Ananías para que volviera a ver y fuera bautizado: En las sinagogas de Damasco, dice, predicaba con toda franqueza a Jesús: que este es el Cristo, el Hijo de Dios (Hch 9,20). Este es el misterio que dice que le fue manifestado por revelación: que el que padeció bajo Poncio Pilato es el Señor de todos, y Rey, y Dios, y juez, que recibe el poder de aquel que es el Dios de todos, porque se hizo sujeto hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2,8).

Y porque esto es verdad, anunciando la buena nueva a los atenienses en el Areópago, donde, no estando presentes los judíos, le era lícito predicar con franqueza al Dios verdadero, les dijo: Dios, que hizo el mundo y todo lo que hay en él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por mano de hombre, ni es palpado por manos humanas como si necesitara de algo, puesto que él mismo dio a todos la vida y el aliento, e hizo todas las cosas; el que hizo de una sola sangre todo el linaje de los hombres para que habitaran sobre la faz de toda la tierra, fijando de antemano los tiempos según los límites de su habitación, para que buscaran lo divino, por si de algún modo pudieran palparlo o hallarlo, aunque no está lejos de cada uno de nosotros; porque

en él vivimos, nos movemos y somos; y como algunos de los vuestros han dicho: Porque somos también linaje suyo. Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que lo divino sea semejante al oro, a la plata o a la piedra, configurados por el arte o el deseo del hombre. Dios, pues, pasando por alto los tiempos de la ignorancia, manda ahora a todos los hombres en todas partes hacer penitencia ante él, porque ha fijado un día en que el orbe de la tierra será juzgado con justicia, en el varón Jesús, en quien estableció la fe, resucitándolo de entre los muertos (Hch 17,24-31). En este lugar no solo les anuncia a Dios, Hacedor del mundo, no estando presentes los judíos, sino también que hizo habitar sobre toda la tierra a un solo género humano, como dice también Moisés: Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, fijó los términos de las naciones según el número de los ángeles de Dios (Dt 32,8); y que el pueblo que cree a Dios ya no está bajo el poder de los ángeles, sino bajo el del Señor: Porque la porción del Señor ha llegado a ser su pueblo Jacob, Israel el cordel de su heredad (Dt 32,9).

Y otra vez, estando Pablo con Bernabé en Listra de Licia, y habiendo hecho andar en el nombre de nuestro Señor Jesucristo a un cojo de nacimiento, y queriendo la multitud honrarlos como a dioses a causa del hecho admirable, les dijo: Nosotros somos hombres semejantes a vosotros, que os anunciamos la buena nueva de Dios, para que de estos vanos ídolos os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra y el mar

y todo lo que hay en ellos; que en los tiempos pasados permitió que todas las naciones siguieran sus caminos, aunque no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo el bien, dándoos desde el cielo lluvias y estaciones fructíferas, llenando de alimento y de alegría vuestros corazones (Hch 14,15-17). Y que todas sus epístolas concuerdan con estos anuncios suyos, lo mostramos con las mismas epístolas en el lugar oportuno, al exponer al Apóstol. Y mientras nosotros trabajamos con estas demostraciones que proceden de las Escrituras, y anunciamos breve y compendiosamente lo que se ha dicho de muchas maneras, atiende tú también a ellas con longanimidad, y no lo tengas por prolijidad: entendiendo esto, que las demostraciones que están en las Escrituras no pueden mostrarse sino por las mismas Escrituras.

10. Esteban, a su vez, que fue elegido por los apóstoles como primer diácono, que también fue el primero de todos los hombres en seguir las huellas del martirio del Señor, el primero en ser muerto por confesar a Cristo, hablando con franqueza en el pueblo y enseñándolos, diciendo: El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré; y lo trasladó a esta tierra que ahora habitáis también vosotros, y no le dio herencia en ella, ni siquiera el espacio de un paso; pero prometió dársela en posesión a él y a su simiente después de él. Y Dios le habló así: que su simiente sería peregrina en tierra extraña, y serían reducidos a servidumbre y maltratados durante cuatrocientos años; y a la

nación a la que sirvan la juzgaré yo, dice el Señor. Y después saldrán y me servirán en este lugar. Y le dio el testamento de la circuncisión; y así engendró a Isaac (Hch 7,2-8). Y el resto de sus palabras anuncia al mismo Dios, que estuvo con José y con los patriarcas, que también habló con Moisés.

11. Y que toda la doctrina de los apóstoles anunció a uno y el mismo Dios, que trasladó a Abraham, que le hizo la promesa de la herencia, que dio en el tiempo oportuno el testamento de la circuncisión, que llamó de Egipto a su simiente, preservada manifiestamente por la circuncisión (pues se la dio como señal, para que no fueran semejantes a los egipcios); que este es el Hacedor de todas las cosas, este el Padre de nuestro Señor Jesucristo, este el Dios de la gloria: pueden aprenderlo los que quieran por las mismas palabras y los Hechos de los apóstoles, y contemplar que este es el único Dios, sobre el cual no hay otro. Pero aun si hubiera sobre este otro Dios, diríamos por comparación, y de sobra: Este es mejor que aquel. Porque el mejor se manifiesta por las obras, como también dijimos antes; y como ellos no tienen ninguna obra de su Padre que mostrar, solo este se muestra como Dios. Pero si alguno, enfermo por las cuestiones (1 Tim 6,4), piensa que lo que los apóstoles dijeron de Dios ha de alegorizarse, examine nuestros discursos anteriores, en los que hemos mostrado a un solo Dios, Creador y Hacedor de todas las cosas, y hemos destruido y desnudado lo que ellos dicen; y los hallará concordes con la doctrina de los apóstoles, y que así es como enseñaban y estaban persuadidos: que

uno es Dios, el Fabricador de todas las cosas; y cuando haya apartado de su mente tan gran error y la blasfemia contra Dios, hallará también por sí mismo la razón, conociendo tanto la Ley según Moisés como la gracia del Nuevo Testamento, ambas adecuadas a sus tiempos, otorgadas para utilidad del género humano por uno y el mismo Dios.

12. Porque todos los que son de mala doctrina, perturbados por la legislación que es según Moisés, y juzgándola distinta y contraria a la doctrina del Evangelio, no se han vuelto a investigar las causas de la diferencia de ambos Testamentos. Así pues, abandonados por el amor paterno e hinchados por Satanás, convertidos a la doctrina de Simón el Mago, se han apartado en sus opiniones del que es Dios, y han pensado que ellos mismos habían hallado más que los apóstoles, inventando a otro Dios. Y los apóstoles, dicen, anunciaron el Evangelio pensando todavía según las cosas de los judíos; pero ellos son más puros y más sabios que los apóstoles. De ahí que también Marción y los que proceden de él se hayan dado a mutilar las Escrituras, rechazando algunas por completo, y, recortando el Evangelio según Lucas y las Epístolas de Pablo, dicen que solo son legítimas estas que ellos mismos han mermado. Pero nosotros los refutaremos, con la ayuda de Dios, aun con lo que todavía se conserva entre ellos, en otro escrito. Todos los demás, hinchados por el falso nombre de ciencia, confiesan ciertamente las Escrituras, pero tuercen sus interpretaciones, como hemos mostrado en el libro primero. Y los

que proceden de Marción blasfeman abiertamente contra el Fabricador, llamándolo hacedor de males, aunque el planteamiento de su principio es más tolerable, pues dicen que hay dos dioses por naturaleza, distantes entre sí, uno bueno y otro malo; pero los que proceden de Valentín, usando nombres más honrosos y presentando al que es Fabricador como Padre, y Señor, y Dios, tienen un planteamiento, o una secta, más blasfemo, pues dicen que fue emitido no por alguno de los Eones que están dentro de la Plenitud, sino por aquel defecto que fue expulsado fuera del Pleroma. Todo esto se lo ha acarreado la ignorancia de las Escrituras y de la disposición de Dios. Nosotros expondremos en lo que ha de seguir tanto la causa de la diferencia de los Testamentos como, a su vez, su unidad y su armonía.

13. Y que tanto los apóstoles como sus discípulos enseñaban así, como predica la Iglesia, y que, enseñando así, fueron perfectos, por lo cual también eran llamados a lo perfecto: Esteban, enseñando esto cuando todavía estaba sobre la tierra, vio la gloria de Dios y a Jesús a la derecha, y dijo: He aquí que veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios (Hch 7,55-56). Dijo esto y fue apedreado, y así llevó a término la doctrina perfecta, imitando en todo al maestro del martirio, y orando por los que le daban muerte, y diciendo: Señor, no les tengas en cuenta este pecado (Hch 7,60). Así eran perfectos los que conocían a uno y el mismo Dios, que asiste al género humano desde el principio hasta el fin con diversas disposiciones; como dice el profeta

Oseas: Yo he cumplido visiones, y en manos de los profetas he sido figurado (Os 12,11). Los que entregaron, pues, sus vidas hasta la muerte por el Evangelio de Cristo, ¿cómo podían hablar a los hombres según la opinión implantada en ellos? Si hubieran hecho eso mismo, no habrían padecido; pero porque predicaban lo contrario a los que no asentían a la verdad, por eso padecieron. Es manifiesto, pues, que no abandonaban la verdad, sino que predicaban con toda franqueza a judíos y a griegos: a los judíos, que Jesús, el que fue crucificado por ellos, es el Hijo de Dios, el juez de vivos y muertos, que recibió del Padre un reino eterno en Israel, como hemos mostrado; a los griegos, anunciándoles un solo Dios que hizo todas las cosas, y a su Hijo Jesucristo.

14. Y esto se muestra todavía más manifiestamente por la carta de los apóstoles, que enviaron no a los judíos ni a los griegos, sino a los que de entre las naciones creían en Cristo, para confirmar su fe. Porque, habiendo bajado algunos de Judea a Antioquía, donde también por primera vez los discípulos del Señor fueron llamados cristianos por la fe que tenían en Cristo, e instando a los que habían creído en el Señor a circuncidarse y a cumplir lo demás según la observancia de la Ley; y habiendo subido Pablo y Bernabé a Jerusalén, a los otros apóstoles, a causa de esta cuestión, y habiéndose reunido toda la iglesia, Pedro les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis que desde los días antiguos Dios hizo elección entre vosotros para que por mi boca oyeran las naciones la palabra del Evangelio y creyeran; y

Dios, que escruta el corazón, les dio testimonio dándoles el Espíritu Santo como también a nosotros, y no hizo ninguna distinción entre nosotros y ellos, purificando sus corazones por la fe. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, imponiendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? Sino que creemos que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo podemos salvarnos del mismo modo que ellos (Hch 15,7-11).

Después de él, Santiago dijo: Varones hermanos, Simón ha referido cómo Dios ideó tomar de entre las naciones un pueblo para su nombre. Y así concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David que cayó, y edificaré sus ruinas y lo levantaré, para que busquen al Señor los demás hombres, y todas las naciones sobre las que ha sido invocado mi nombre, dice el Señor, que hace estas cosas (Am 9,11-12). Desde siempre es conocida por Dios su obra; por eso yo, por mi parte, juzgo que no se moleste a los que de entre las naciones se convierten a Dios, sino que se les mande abstenerse de las vanidades de los ídolos, y de la fornicación, y de la sangre; y que lo que no quieren que se les haga a ellos, no lo hagan a otros (Hch 15,13-20). Y dicho esto, y estando todos de acuerdo, les escribieron así: Los apóstoles y los presbíteros, hermanos, a los hermanos de entre las naciones que están en Antioquía, Siria y Cilicia, salud. Habiendo oído que algunos que salieron de entre nosotros os han perturbado con palabras, trastornando vuestras almas, sin que

nosotros les hubiéramos dado mandato alguno, diciendo: Circuncidaos y guardad la Ley, nos ha parecido bien, reunidos en uno, enviaros hombres escogidos con nuestros amadísimos Bernabé y Pablo, hombres que han entregado su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Os hemos enviado, pues, a Judas y a Silas, que también ellos os anunciarán de palabra nuestro parecer. Porque ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna carga más que estas cosas, que son necesarias: que os abstengáis de lo sacrificado a los ídolos, y de la sangre, y de la fornicación; y que lo que no queréis que se os haga, no lo hagáis a otros: guardándoos de estas cosas, obraréis bien, caminando en el Espíritu Santo (Hch 15,23-29). Es manifiesto, pues, por todo esto, que no enseñaban que hubiera otro Padre, sino que daban el Nuevo Testamento de la libertad a los que de modo nuevo creían en Dios por el Espíritu Santo. Y ellos mismos, por el hecho de preguntar si los discípulos debían todavía circuncidarse o no, mostraron claramente que no tenían idea de otro Dios.

15. De otro modo no habrían tenido tal temor respecto del primer Testamento como para no querer siquiera comer con los paganos. Porque también Pedro, aunque había sido enviado a catequizarlos y había sido sobrecogido por tal visión, les habló, sin embargo, con mucho temor, diciendo: Vosotros mismos sabéis que no es lícito a un varón judío unirse o reunirse con un extranjero; pero Dios me ha mostrado que no llame común o impuro a ningún hombre; por lo cual

vine sin poner objeción (Hch 10,28-29), significando con estas palabras que no habría ido a ellos si no se lo hubieran mandado. Así, igualmente, ni siquiera habría dado el bautismo con facilidad, si no los hubiera oído profetizar, reposando sobre ellos el Espíritu Santo. Y por esto dijo: ¿Acaso puede alguien negar el agua para bautizar a estos, que han recibido el Espíritu Santo como también nosotros? (Hch 10,47) Con ello persuadía a la vez a los que estaban con él y significaba que, si el Espíritu Santo no hubiera reposado sobre ellos, habría habido quien les impidiera el bautismo.

Pero los apóstoles que estaban con Santiago permitían a las naciones obrar con libertad, entregándonos al Espíritu de Dios. Ellos mismos, en cambio, conociendo al mismo Dios, perseveraban en las observancias antiguas; de tal modo que también Pedro, temiendo ser reprendido por ellos, aunque antes comía con las naciones a causa de la visión y a causa del Espíritu que había reposado sobre ellas, sin embargo, cuando llegaron algunos de parte de Santiago, se apartó y no comió con ellas. Y Pablo dice que también Bernabé hizo esto mismo (Gál 2,12-13). Así, los apóstoles, a quienes el Señor hizo testigos de toda acción y de toda doctrina (pues en todas partes se encuentran presentes junto a él Pedro, Santiago y Juan), obraban escrupulosamente respecto de la disposición de la Ley que es según Moisés, significando que procede de uno y el mismo Dios. Lo cual ciertamente no habrían hecho, según lo que dijimos antes, si hubieran aprendido del Señor a

otro padre fuera de aquel que hizo la disposición de la Ley.

CAPÍTULO 13

Contra los que dicen que, de entre los apóstoles, solo Pablo conoció la verdad.

1. En cuanto a los que dicen que solo Pablo conoció la verdad, a quien por revelación le fue manifestado el misterio, que el mismo Pablo los convenza, cuando dice que uno y el mismo Dios obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión y en él para las naciones (Gál 2,8). Pedro, pues, era apóstol del mismo Dios que Pablo; y al Dios que Pedro anunciaba en la circuncisión, y al Hijo de Dios, a estos anunciaba también Pablo entre las naciones. Porque nuestro Señor no vino a salvar solamente a Pablo; ni es Dios tan pobre como para tener un solo apóstol que conociera la disposición de su Hijo. Y también Pablo, al decir: ¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la buena nueva de los bienes, de los que anuncian la buena nueva de la paz! (Rom 10,15), dejó claro que no era uno solo, sino muchos, los que anunciaban la buena nueva de la verdad. Y de nuevo, en la Epístola a los corintios, después de haber mencionado a todos los que vieron a Dios después de la resurrección, añadió: Sea yo, sean ellos, así anunciamos, y así creísteis (1 Cor 15,11), confesando una y la misma predicación de todos los que vieron a Dios después de la resurrección de entre los muertos.

2. Y también el Señor respondió a Felipe, que quería ver al Padre: ¿Tanto tiempo hace que estoy

con vosotros, y no me has conocido? Felipe, el que me ve a mí ve también al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? Porque yo estoy en el Padre y el Padre en mí, y desde ahora lo habéis conocido y lo habéis visto (Jn 14,7.9-10). Así pues, de aquellos a quienes el Señor dio testimonio de que habían conocido en él y habían visto al Padre (y el Padre es verdad), decir que no conocieron la verdad es propio de hombres que dan falso testimonio y que se han apartado de la doctrina de Cristo. Porque ¿para qué enviaba el Señor a los doce apóstoles a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 10,6), si no conocieron la verdad? ¿Y cómo predicaban los setenta, si ellos mismos no hubieran conocido primero el poder de la predicación? ¿O cómo pudo ignorarla Pedro, a quien el Señor dio testimonio de que no se lo había revelado la carne ni la sangre, sino el Padre que está en los cielos (Mt 16,17)? Así pues, como Pablo es apóstol no de parte de los hombres ni por medio de hombre, sino por Jesús y Dios Padre (Gál 1,1): el Hijo conduciéndolos al Padre, y el Padre revelándoles al Hijo.

3. Y que Pablo accedió a los que lo llamaron ante los apóstoles por la cuestión, y subió a ellos con Bernabé a Jerusalén, no sin causa, sino para que por ellos fuera confirmada la libertad de los gentiles, él mismo lo dice en la Epístola a los gálatas: Después, al cabo de catorce años, subí a Jerusalén con Bernabé, llevando también a Tito. Y subí según una revelación, y les expuse el Evangelio que predico entre las naciones (Gál 2,1-2). Y otra vez dice: Por una hora cedimos a la sujeción,

para que la verdad del Evangelio permanezca entre vosotros (Gál 2,5). Si alguno, pues, examina con diligencia por los Hechos de los apóstoles el tiempo del que está escrito: Subí a Jerusalén, a causa de la cuestión mencionada, hallará que concuerdan los años que Pablo mencionó. Así, el anuncio de Pablo y el testimonio de Lucas acerca de los apóstoles son concordes y como una misma cosa.

CAPÍTULO 14

Si Pablo hubiera conocido algunos misterios más ocultos que los demás, Lucas, su compañero asiduo, consorte y partícipe de sus trabajos, no habría podido ignorarlos; ni pudo ocultársele la verdad a aquel por quien solo conocemos muchos capítulos, y los más necesarios, de la historia evangélica.

1. Y que este Lucas fue inseparable de Pablo y colaborador suyo en el Evangelio, él mismo lo pone de manifiesto, no gloriándose, sino movido por la misma verdad. Porque, dice, habiéndose separado de Pablo Bernabé y Juan, llamado Marcos, y habiendo navegado ellos a Chipre, nosotros llegamos a Tróade; y habiendo visto Pablo en sueños a un varón macedonio que le decía: Pasa a Macedonia y ayúdanos, Pablo; al instante, dice, procuramos partir para Macedonia, comprendiendo que el Señor nos había llamado a anunciarles la buena nueva. Navegando, pues, desde Tróade, enderezamos la nave hacia Samotracia (Hch 16,8-11); y después indica con diligencia todo el resto de su viaje hasta Filipos, y cómo pro-

nunciaron su primer discurso: Porque, sentándonos, dice, hablamos a las mujeres que se habían reunido (Hch 16,13); y quiénes creyeron, y cuántos. Y otra vez dice: Pero nosotros navegamos desde Filipos después de los días de los ázimos, y llegamos a Tróade, donde nos quedamos siete días (Hch 20,6). Y refiere por orden todo lo demás junto con Pablo, indicando con toda diligencia los lugares, las ciudades y el número de los días, hasta que subieron a Jerusalén; y lo que allí le sucedió a Pablo, cómo fue enviado preso a Roma, y el nombre del centurión que se hizo cargo de él, y los mascarones de las naves, y cómo naufragaron, y en qué isla se salvaron, y cómo fueron tratados allí con humanidad, cuando Pablo curó al principal de aquella isla, y cómo desde allí navegaron a Puteoli, y de allí llegaron a Roma, y cuánto tiempo permanecieron en Roma. Habiendo estado Lucas presente en todo esto, lo puso por escrito con diligencia, de modo que no puede ser hallado ni mentiroso ni jactancioso, puesto que todo esto consta, y él es anterior a todos los que ahora enseñan otra cosa, y no ignora la verdad. Y que no solo fue seguidor, sino también colaborador de los apóstoles, y sobre todo de Pablo, también el mismo Pablo lo manifestó en sus epístolas, diciendo: Demas me ha abandonado y se ha ido a Tesalónica, Crescente a Galacia, Tito a Dalmacia; solo Lucas está conmigo (2 Tim 4,10-11). Con lo cual muestra que siempre estuvo unido a él y fue inseparable de él. Y otra vez, en la Epístola a los colosenses, dice: Os saluda Lucas, el médico amado (Col 4,14). Ahora bien, si Lucas, que

siempre predicó con Pablo, y fue llamado amado por él, y anunció con él la buena nueva, y se le confió transmitirnos el Evangelio, no aprendió de él ninguna otra cosa, como se ha mostrado por sus palabras, ¿cómo estos, que nunca estuvieron unidos a Pablo, se glorían de haber aprendido misterios ocultos e inenarrables?

2. Y que Pablo enseñó con sencillez lo que sabía, no solo a los que estaban con él, sino a todos los que lo oían, él mismo lo pone de manifiesto. Porque, habiendo convocado en Mileto a los obispos y presbíteros que eran de Éfeso y de las demás ciudades vecinas, puesto que él se apresuraba a celebrar Pentecostés en Jerusalén, dándoles testimonio de muchas cosas y diciéndoles lo que le había de suceder en Jerusalén, añadió: Sé que ya no veréis más mi rostro; os doy, pues, testimonio en este día de que estoy limpio de la sangre de todos. Porque no me he retraído de anunciaros todo el consejo de Dios. Mirad, pues, por vosotros y por todo el rebaño, en el que el Espíritu Santo os ha puesto como obispos, para regir la Iglesia del Señor, que él se constituyó por medio de su propia sangre (Hch 20,25-28). Luego, señalando a los malos maestros que habían de venir, dijo: Yo sé que después de mi partida vendrán a vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar tras de sí a los discípulos. No me he retraído, dice, de anunciaros todo el consejo de Dios (Hch 20,29-30.27). Así, los apóstoles, con sencillez y sin envidiar a nadie, transmitían a

todos lo que ellos mismos habían aprendido del Señor. Así, pues, también Lucas, sin envidiar a nadie, nos transmitió lo que había aprendido de ellos, como él mismo atestigua diciendo: Como nos lo transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra (Lc 1,2).

3. Pero si alguno rechaza a Lucas, como si no hubiera conocido la verdad, se mostrará claramente que desecha el Evangelio del que se digna ser discípulo. Porque por él hemos conocido muchísimas cosas del Evangelio, y las más necesarias, como el nacimiento de Juan, y la historia de Zacarías, y la venida del ángel a María, y la exclamación de Isabel, y el descenso de los ángeles a los pastores y lo que ellos dijeron, y el testimonio de Ana y de Simeón acerca de Cristo, y que a los doce años se quedó en Jerusalén, y el bautismo de Juan, y a qué edad fue bautizado el Señor, y que fue en el año decimoquinto de Tiberio César. Y en su enseñanza, lo que se dijo a los ricos: ¡Ay de vosotros, ricos, porque recibís vuestro consuelo!; y: ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre; y los que ahora reís, porque lloraréis!; y: ¡Ay de vosotros cuando todos los hombres os bendigan! Porque así hacían también vuestros padres con los falsos profetas (Lc 6,24-26); y todas las cosas de este género las hemos conocido solo por Lucas; y por él hemos aprendido muchísimos hechos del Señor, de los que también todos se sirven: como la multitud de peces que encerraron los que estaban con Pedro cuando el Señor les mandó echar las

redes; y aquella mujer que había padecido durante dieciocho años y fue curada en día de sábado; y el hidrópico, a quien el Señor curó en día de sábado, y cómo disputó por haber curado en ese día; y cómo enseñó a los discípulos a no buscar los primeros puestos en la mesa; y que hay que invitar a los pobres y a los débiles, que no tienen con qué corresponder.

Y el que llama de noche para obtener panes, y los obtiene por la insistencia de su importunidad; y que, estando él a la mesa en casa de un fariseo, una mujer pecadora le besaba los pies y se los ungía con perfume, y todo lo que el Señor dijo a Simón a causa de ella acerca de los dos deudores; y la parábola de aquel rico que guardó lo que se le había producido, a quien también se le dijo: Esta noche te reclamarán el alma; y lo que has preparado, ¿para quién será? (Lc 12,20); y del mismo modo la del rico que se vestía de púrpura y banqueteaba espléndidamente, y la del pobre Lázaro; y la respuesta que dio a sus discípulos cuando le dijeron: Auméntanos la fe (Lc 17,5); y la conversación que tuvo con Zaqueo el publicano; y la del fariseo y el publicano que oraban a la vez en el templo. Y los diez leprosos, a quienes purificó a la vez en el camino; y que mandó reunir para las bodas a los cojos y a los tuertos de las callejas y de las plazas; y la parábola del juez que no temía a Dios, a quien la insistencia de la viuda hizo que le hiciera justicia. Y la higuera que estaba en la viña y no daba fruto. Y hay otras muchas cosas que se puede hallar que fueron dichas solo por Lucas, de las que se sirven tanto Marción como Valentín. Y,

por encima de todo esto, lo que dijo a sus discípulos en el camino después de la resurrección, y cómo lo conocieron en la fracción del pan.

4. Es necesario, pues, que o reciban también lo demás que él ha dicho, o renuncien también a esto. Porque no se les concede, por parte de los que tienen entendimiento, recibir algunas de las cosas dichas por Lucas como si fueran de la verdad, y rechazar otras como si él no hubiera conocido la verdad. Y si los que proceden de Marción las rechazan, no tendrán Evangelio (porque, recortando el que es según Lucas, como dijimos antes, se glorían de tener el Evangelio); y los que proceden de Valentín cesarán de la mayor parte de su palabrería vana (porque de él han tomado muchas ocasiones para sus sutilezas, atreviéndose a interpretar mal lo que en él está bien dicho); pero si se ven obligados a aceptar también lo demás, atendiendo al Evangelio completo y a la doctrina de los apóstoles, es necesario que hagan penitencia, para que puedan salvarse del peligro.

CAPÍTULO 15

Censura a los ebionitas, que menoscababan la autoridad de Pablo, y la confirma por los escritos de Lucas, que es necesario admitir en su totalidad e íntegros. Luego, reprendidas la hipocresía, los engaños y la soberbia de los gnósticos, concluye de lo dicho hasta aquí que los apóstoles y sus discípulos conocieron y predicaron al único Dios, Creador del mundo.

1. Y decimos lo mismo, a su vez, a los que no reconocen al apóstol Pablo: que o bien deben

renunciar a las demás palabras del Evangelio que han llegado a nuestro conocimiento solo por Lucas, y no servirse de ellas; o bien, si las reciben todas, tienen necesidad de recibir también el testimonio que se refiere a Pablo, cuando él mismo dice que primero el Señor le habló desde el cielo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesucristo, a quien tú persigues (Hch 9,4-5); y luego, que dijo a Ananías acerca de él: Ve, porque este es para mí un vaso de elección, para llevar mi nombre ante las naciones, y los reyes, y los hijos de Israel. Porque yo le mostraré, por sí mismo, cuánto debe padecer por mi nombre (Hch 9,15-16). Los que no reciben, pues, al que fue elegido por Dios para esto, para llevar con franqueza su nombre, ni que fue enviado a las naciones de que hemos hablado, desprecian la elección del Señor y se segregan de la asamblea de los apóstoles. Porque no pueden sostener que Pablo no sea apóstol, siendo así que fue elegido para esto; ni pueden mostrar que Lucas sea mentiroso, pues nos anuncia la verdad con toda diligencia. Quizá precisamente por esto obró Dios que muchísimas cosas del Evangelio fueran mostradas por medio de Lucas, de las que todos tuvieran necesidad de servirse: para que todos, siguiendo su testimonio posterior sobre los hechos y la doctrina de los apóstoles, y teniendo la regla de la verdad sin adulterar, puedan salvarse. Su testimonio, pues, es verdadero, y la doctrina de los apóstoles manifiesta y firme, y no retiene nada, pues no enseñaban unas cosas en secreto y otras abiertamente.

2. Porque esta es la maquinación de los simuladores, de los que seducen perversamente y de los hipócritas, como hacen los que proceden de Valentín. Porque estos, ante la multitud, a causa de los que son de la Iglesia, a quienes ellos llaman «eclesiásticos comunes», introducen discursos con los que atrapan a los más sencillos y los atraen, imitando nuestro modo de tratar las cosas, para que los escuchen con más frecuencia; y hasta se quejan de nosotros de que, sintiendo ellos lo mismo que nosotros, sin causa nos abstenemos de la comunicación con ellos, y de que, diciendo lo mismo y teniendo la misma doctrina, los llamamos herejes; y cuando han derribado a algunos de la fe por las cuestiones que ellos plantean, y han logrado que sus oyentes no los contradigan, a estos aparte les narran el inenarrable misterio de su Plenitud. Pero se engañan todos los que piensan que pueden distinguir de la verdad lo que es verosímil en las palabras. Porque el error es persuasivo y verosímil, y busca disfraces; pero la verdad no tiene disfraz, y por eso ha sido confiada a los niños. Y si alguno de los que los escuchan pide soluciones o los contradice, afirmando que es como quien no contiene la verdad y no tiene de lo alto, de su Madre, la simiente, no le dicen absolutamente nada, diciendo que es de la parte intermedia, es decir, de los psíquicos. Pero si alguno, como una ovejita, se les entrega, y por imitarlos ha obtenido también su redención, ese tal se hincha, y piensa que no está ni en el cielo ni en la tierra, sino que ha entrado dentro del Pleroma y ha abrazado ya a su ángel; anda

con aires de capataz y ceño altivo, con la arrogancia de un gallo. Hay también entre ellos quienes dicen que el hombre que viene de lo alto debe alcanzar un buen modo de vida; por eso fingen también gravedad con cierto ceño altivo. Pero la mayoría, convertidos en despreciadores, como si ya fueran perfectos, viviendo sin reverencia y en el desprecio, se llaman a sí mismos espirituales, y dicen que ya conocen el lugar de refrigerio que está dentro de su Pleroma.

3. Pero volvamos nosotros al mismo tratado. Porque, puesto que se ha declarado manifiestamente que los que fueron predicadores de la verdad y apóstoles de la libertad no llamaron Dios a ningún otro, ni nombraron Señor a otro, sino solo al verdadero Dios Padre y a su Verbo, que tiene el primer lugar en todas las cosas, quedará manifiestamente mostrado que ellos confesaban como Señor Dios al Hacedor del cielo y de la tierra, que habló con Moisés y le dio la disposición de la Ley, que convocó a los padres, y que no conocían a ningún otro. Así, pues, por sus propias palabras se ha hecho manifiesta la doctrina de los apóstoles y de sus discípulos acerca de Dios.

CAPÍTULO 16

Por los escritos de los apóstoles demuestra que Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, Dios verdadero y hombre verdadero, es uno y el mismo.

1. Pero como hay quienes dicen que Jesús fue el receptáculo de Cristo, y que Cristo descendió de lo alto sobre él como paloma, y que, después de dar a conocer al Padre Innombrable, entró incom-

prensible e invisiblemente en el Pleroma (pues no solo no lo aprehendió hombre alguno, dicen, sino ni siquiera las Potestades y los Poderes que están en el cielo); y que Jesús es el Hijo, pero Cristo el Padre, y el Padre de Cristo, Dios; otros, en cambio, que padeció en apariencia, siendo por naturaleza impasible; y los que proceden de Valentín, que Jesús, el que es de la disposición, es el mismo que pasó a través de María, y que sobre él descendió aquel Salvador de lo alto, al cual también se llama Cristo porque tenía los nombres de todos los que lo habían emitido; y que este compartió con el de la disposición algo de su propio poder y de su propio nombre, para que por él fuera anulada la muerte, y el Padre fuera conocido por medio de aquel Salvador que había descendido de lo alto, del cual dicen también que es él mismo el receptáculo de Cristo y de toda la Plenitud: confesando con la lengua un solo Cristo Jesús, pero divididos en su mente (pues esta es su regla, como dijimos antes: que dicen que uno es Cristo, enviado por delante por el Unigénito para la corrección de la Plenitud; que otro es el Salvador, enviado para la glorificación del Padre; y otro el de la disposición, del cual dicen también que padeció, mientras el Salvador, que llevaba a Cristo, volvía al Pleroma): tenemos necesidad de aducir toda la doctrina de los apóstoles acerca de nuestro Señor Jesucristo, y de mostrar que no solo no pensaron de él nada semejante, sino que además señalaron de antemano, por el Espíritu Santo, a los que habían de enseñar tales cosas, enviados a escondidas por

Satanás para trastornar la fe de algunos y apartarlos de la vida.

2. Y que Juan conoció uno y el mismo Verbo de Dios, y que este es el Unigénito, y que este se encarnó por nuestra salvación, Jesucristo nuestro Señor, lo hemos mostrado suficientemente por el discurso del mismo Juan. Pero también Mateo, reconociendo uno y el mismo Jesucristo, y exponiendo su generación según el hombre, de la Virgen, como Dios prometió a David que del fruto de su vientre suscitaría un Rey eterno, habiendo hecho mucho antes la misma promesa a Abraham, dice: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham (Mt 1,1). Después, para librar nuestra mente de la sospecha acerca de José, dice: Pero la generación de Cristo era así. Estando desposada su madre con José, antes de que convivieran, se halló encinta del Espíritu Santo (Mt 1,18). Después, cuando José pensaba despedir a María, porque estaba encinta, allí estaba el ángel de Dios, que se le presentó diciendo: No temas tomar a María tu esposa: porque lo que tiene en su seno es del Espíritu Santo. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús: porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta: He aquí que una virgen recibirá en el seno, y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que es: Dios con nosotros (Mt 1,20-23; Is 7,14); significando manifiestamente que la promesa hecha a los padres se cumplió, que de una virgen nació el Hijo de Dios, y que él mismo es el Salvador Cristo, al que predicaron los

profetas: no, como dicen ellos, que Jesús es el que nació de María, y Cristo el que descendió de lo alto. Mateo, en efecto, habría podido decir: «Pero la generación de Jesús era así»; pero el Espíritu Santo, previendo a los corruptores y precaviendo de antemano contra su fraude, dice por medio de Mateo: Pero la generación de Cristo era así (Mt 1,18); y que este es Emmanuel, no fuera que lo creyéramos solamente un hombre (pues no de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del varón, sino de la voluntad de Dios, el Verbo se hizo carne (Jn 1,13-14)), ni sospecháramos que uno fue Jesús y otro Cristo, sino que supiéramos que es uno y el mismo.

3. Esto mismo interpretó Pablo, escribiendo a los romanos: Pablo, apóstol de Jesucristo, predestinado para el Evangelio de Dios, que él prometió por medio de sus profetas en las santas Escrituras acerca de su Hijo, que le fue hecho de la simiente de David según la carne, que fue predestinado Hijo de Dios en poder, por el Espíritu de santificación, por la resurrección de los muertos, Jesucristo nuestro Señor (Rom 1,1-4). Y otra vez, escribiendo a los romanos acerca de Israel, dice: De quienes son los padres, y de quienes es Cristo según la carne, que es Dios sobre todos, bendito por los siglos (Rom 9,5). Y otra vez, en la Epístola a los gálatas, dice: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibamos la adopción (Gál 4,4-5); significando manifiestamente un solo Dios, que hizo por medio de los profetas

la promesa acerca del Hijo; y un solo Jesucristo nuestro Señor, que es de la simiente de David según aquella generación que es de María; que este fue destinado Hijo de Dios, Jesucristo, en poder según el Espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos, para ser primogénito de los muertos, como es también primogénito en toda la creación; el Hijo de Dios hecho Hijo del hombre, para que por él recibamos la adopción, llevando el hombre, y conteniendo, y abrazando al Hijo de Dios. Por esto también Marcos dice: Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como está escrito en los profetas (Mc 1,1-2); conociendo uno y el mismo Hijo de Dios, Jesucristo, que fue anunciado por los profetas, que del fruto del vientre de David es Emmanuel, el mensajero del gran consejo del Padre (Is 9,5), por quien Dios hizo surgir para la casa de David el Oriente y el Justo, y le levantó un cuerno de salvación, y suscitó un testimonio en Jacob, como dice David al exponer las causas de su generación, y puso una ley en Israel, para que la conozca otra generación: los hijos que nacerán de ellos, y ellos mismos, levantándose, la contarán a sus hijos, para que pongan en Dios su esperanza y busquen sus preceptos (Sal 78,5-7). Y de nuevo el ángel, al anunciar la buena nueva a María, dice: Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor le dará el trono de David su padre (Lc 1,32); confesando que el que es Hijo del Altísimo es este mismo, también hijo de David. Y David, conociendo por el Espíritu la disposición de su venida, por la cual es Señor de

todos los vivos y los muertos, lo confesó Señor, sentado a la derecha del Padre altísimo.

4. Y también aquel Simeón, que había recibido respuesta del Espíritu Santo de que no vería la muerte antes de ver a Cristo Jesús, tomando en sus manos a este primogénito de la Virgen, bendijo a Dios y dijo: Ahora despides a tu siervo, Señor, según tu palabra, en paz: porque mis ojos han visto tu poder salvador, que preparaste ante el rostro de todos los pueblos, luz para revelación de las naciones, y gloria de tu pueblo Israel (Lc 2,29-32); confesando que el infante que llevaba en sus manos, Jesús, nacido de María, era él mismo el Cristo, el Hijo de Dios, luz de los hombres, y gloria del mismo Israel, y paz y refrigerio de los que habían entrado en el sueño. Porque ya despojaba a los hombres, quitándoles su ignorancia y dándoles su propio conocimiento, y haciendo el reparto de los que lo conocían, como en Isaías: Llama, dice, su nombre: Despoja velozmente, reparte pronto (Is 8,3). Estas son, pues, las obras de Cristo. Él, pues, era el Cristo a quien llevaba Simeón mientras bendecía al Altísimo; al ver al cual los pastores glorificaban a Dios; a quien Juan, cuando aún estaba en el seno de su madre, y él en el vientre de María, reconociéndolo como Señor, saludaba saltando de gozo; a quien vieron los Magos, y lo adoraron, y le ofrecieron los dones de que hablamos antes, y se postraron ante él, el Rey eterno, y se marcharon por otro camino, sin volver ya por el camino de los asirios. Porque antes que el niño sepa llamar a su padre o a su madre, tomará el poder de Damasco y los despo-

jos de Samaria, contra el rey de los asirios (Is 8,4); mostrando ocultamente, sí, pero con poder, que el Señor combatía a Amalec con mano escondida. Por esto también arrebataba a los niños que estaban en la casa de David, a quienes cupo la buena suerte de nacer en aquel tiempo, para enviarlos por delante a su reino; siendo él mismo infante, preparaba como mártires a infantes de los hombres, muertos según las Escrituras por causa de Cristo, que nació en Belén de Judá, en la ciudad de David.

5. Por lo cual también el Señor decía a los discípulos después de la resurrección: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer en todo lo que hablaron los profetas! ¿No era necesario que Cristo padeciera estas cosas y entrara en su gloria? (Lc 24,25-26) Y otra vez les dijo: Estas son las palabras que os hablé cuando aún estaba con vosotros: que es necesario que se cumpla todo lo escrito acerca de mí en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos. Entonces les abrió el entendimiento para que entendieran las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos, y que se predicara en su nombre la remisión de los pecados a todas las naciones (Lc 24,44-47). Y este es el que nació de María. Porque, dice, es necesario que el Hijo del hombre padezca mucho, y sea reprobado, y sea crucificado, y resucite al tercer día (Mc 8,31). El Evangelio, pues, no conoce otro Hijo del hombre sino a este que es de María, el cual también padeció; ni tampoco a un Cristo que se fuera volando de Jesús antes de la Pasión; sino que al que nació,

Jesucristo, lo conoce como Hijo de Dios, y que este mismo padeció y resucitó, como confirma Juan, el discípulo del Señor, diciendo: Pero estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida eterna en su nombre (Jn 20,31); previendo estas reglas blasfemas, que dividen al Señor, en cuanto depende de ellos, diciendo que fue hecho de una sustancia y de otra. Por lo cual también en su epístola nos dio este testimonio: Hijitos, es la última hora; y como oísteis que viene el Anticristo, ahora han surgido muchos anticristos: por donde conocemos que es la última hora. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros: porque si hubieran sido de nosotros, sin duda habrían permanecido con nosotros: pero para que se manifestara que no son de nosotros. Sabed, pues, que toda mentira es extraña, y no es de la verdad. ¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el Anticristo (1 Jn 2,18-22).

6. Pero como todos los que hemos mencionado, aunque con la lengua confiesan un solo Jesucristo, se burlan de sí mismos, pensando una cosa y diciendo otra (pues sus argumentos son varios, como hemos mostrado), anuncian que uno padeció y nació, y que este es Cristo, y que uno de ellos es del Demiurgo, el que es de la disposición, o el que es de José, al cual sostienen también que es pasible; y que el otro de ellos descendió de los invisibles e inenarrables, y de este afirman que es invisible, incomprensible e impasible; apartándose de la verdad, porque su mente se aleja del que es verdaderamente Dios:

sin saber que su Verbo unigénito, que siempre está presente al género humano, unido y amasado juntamente con su hechura según el beneplácito del Padre, y hecho carne, es él mismo Jesucristo nuestro Señor, que padeció por nosotros y resucitó por nosotros, y vendrá de nuevo en la gloria del Padre para resucitar toda carne, y para la mostración de la salvación, y para mostrar la regla del justo juicio a todos los que fueron hechos bajo él. Uno es, pues, Dios Padre, como hemos mostrado, y uno Cristo Jesús nuestro Señor, que viene a través de toda la disposición y recapitula en sí mismo todas las cosas. Pero entre todas las cosas está también el hombre, plasmación de Dios: y así recapitula en sí mismo también al hombre, hecho visible el invisible, y comprensible el incomprensible, y pasible el impasible, y hombre el Verbo, recapitulando en sí mismo todas las cosas: para que, así como entre los seres supracelestes, espirituales e invisibles el Verbo de Dios es príncipe, así también entre los visibles y corporales tenga el principado, y, tomando para sí el primer lugar y poniéndose a sí mismo como cabeza de la Iglesia, atraiga a sí todas las cosas en el tiempo oportuno.

7. Porque nada hay en él desordenado ni intempestivo, como tampoco hay nada incongruente en el Padre. Porque todas las cosas son conocidas de antemano por el Padre, y llevadas a término por el Hijo, como es congruente y consecuente, en el tiempo oportuno. Por esto, cuando María se apresuraba hacia la admirable señal del vino, y quería antes de tiempo participar de la copa del compendio, el Señor, rechazando su

prisa intempestiva, dijo: ¿Qué hay entre tú y yo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora (Jn 2,4); esperando aquella hora que estaba conocida de antemano por el Padre. Por esto, cuando muchas veces querían los hombres prenderlo: Nadie, dice, le echó mano: porque aún no había llegado la hora del prendimiento (Jn 7,30), ni el tiempo de la Pasión, que había sido conocido de antemano por el Padre; como dice también el profeta Habacuc: En esto, cuando se acerquen los años, serás conocido; a la llegada del tiempo serás mostrado; en esto, que mi alma se turbe en la ira, te acordarás de tu misericordia (Hab 3,2). Y también Pablo dice: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo (Gál 4,4). Por lo cual es manifiesto que todo lo que había sido conocido de antemano por el Padre, nuestro Señor lo llevó a término en el orden, el tiempo y la hora preconocidos y oportunos, siendo uno y el mismo, pero rico y múltiple. Porque sirve a la voluntad rica y múltiple del Padre, siendo él mismo el Salvador de los que se salvan, y el Señor de los que están bajo dominio, y el Dios de las cosas que han sido establecidas, y el Unigénito del Padre, y el Cristo que fue predicado, y el Verbo de Dios encarnado, cuando llegó la plenitud del tiempo, en la cual era necesario que el Hijo de Dios se hiciera Hijo del hombre.

8. Están, pues, fuera de la disposición todos los que, so pretexto de conocimiento, entienden que uno es Jesús y otro Cristo, y otro el Unigénito (y que de este, a su vez, procede el Verbo), y otro el Salvador, del cual dicen estos discípulos del error

que es emisión de sus Eones, los que fueron hechos en la disminución: los cuales por fuera son ovejas (pues por el lenguaje que tienen exteriormente parecen semejantes a nosotros, diciendo lo mismo que nosotros), pero por dentro lobos. Porque su doctrina es homicida, pues inventa muchos dioses y finge muchos padres, pero desmenuza al Hijo de Dios y lo divide en muchos: de los cuales también el Señor nos advirtió de antemano que nos guardáramos, y su discípulo Juan, en la Epístola antes citada, mandó que huyéramos de ellos, diciendo: Muchos seductores han salido a este mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en la carne. Este es el seductor y el Anticristo (2 Jn 7). Vigiladlos, para que no perdáis lo que habéis obrado (2 Jn 8). Y otra vez dice en la Epístola: Muchos falsos profetas han salido del siglo. En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en la carne es de Dios. Y todo espíritu que disuelve a Jesús no es de Dios, sino que es del Anticristo (1 Jn 4,1-3). Y estas cosas son semejantes a lo que se dijo en el Evangelio: que el Verbo se hizo carne, y habitó en nosotros (Jn 1,14). Por lo cual de nuevo clama en la Epístola: Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios (1 Jn 5,1); conociendo uno y el mismo Jesucristo, al cual se abrieron las puertas del cielo por su elevación en la carne: el cual también vendrá en la misma carne en que padeció, revelando la gloria del Padre.

9. Y también Pablo, concordando con ellos, hablando a los romanos, dice: Mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y de la justicia

para la vida reinarán por un solo Jesucristo (Rom 5,17). No conoce, pues, al Cristo que se fue volando de Jesús; ni conoce al Salvador que está arriba, del cual dicen que es impasible. Porque si uno padeció y el otro permaneció impasible, y uno nació y el otro descendió sobre el que nació y lo dejó de nuevo, no se muestra uno, sino dos. Y como el Apóstol conocía como uno solo, al que nació y al que padeció, a Cristo Jesús, dice otra vez en la misma Epístola: ¿Ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús, en su muerte hemos sido bautizados? para que, como Cristo resucitó de entre los muertos, así también nosotros andemos en novedad de vida (Rom 6,3-4).

Y además, significando que Cristo padeció, y que él mismo es el Hijo de Dios, que murió por nosotros y nos redimió con su sangre en el tiempo prefijado, dice: ¿Pues por qué Cristo, cuando aún éramos débiles, murió a su tiempo por los impíos? Pero Dios acredita su amor en nosotros, porque, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros: mucho más, justificados ahora en su sangre, seremos salvos por él de la ira. Porque si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados, seremos salvos en su vida (Rom 5,6-10). Anunciando con toda claridad que este mismo que fue prendido, y padeció, y derramó su sangre por nosotros, es el Cristo, es el Hijo de Dios, el cual también resucitó y fue elevado a los cielos, como él mismo dice: Pero a la vez Cristo murió, más aún, también resucitó, el cual está a la diestra de Dios (Rom 8,34). Y otra

vez: Sabiendo que Cristo, resucitando de entre los muertos, ya no muere (Rom 6,9). (Pues también él, previendo por el Espíritu las subdivisiones de los malos maestros, y queriendo cortar toda ocasión de disensión que ellos tuvieran, dijo lo que se ha citado antes.) Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales (Rom 8,11). Poco le falta para gritar a los que quieren oír: «No os extraviéis: uno y el mismo es Cristo Jesús, el Hijo de Dios, que por la Pasión nos reconcilió con Dios, y resucitó de entre los muertos, que está a la derecha del Padre, y es perfecto en todo: el cual, cuando era azotado, no devolvía los golpes; el cual, cuando padecía, no amenazó (1 Pe 2,23); y cuando padecía la tiranía, rogaba al Padre que perdonara a los que lo habían crucificado». Porque él verdaderamente salvó: él es el Verbo de Dios, él el Unigénito del Padre, Cristo Jesús nuestro Señor.

CAPÍTULO 17

Los apóstoles enseñan que no fue Cristo ni el Salvador, sino el Espíritu Santo, quien descendió sobre Jesús. Se explica por qué descendió.

1. Porque los apóstoles habrían podido decir que Cristo descendió sobre Jesús; o que aquel Salvador superior descendió sobre el de la disposición; o que el que es de los invisibles descendió sobre el que es del Demiurgo: pero nada semejante supieron ni dijeron; porque, si lo hubieran sabido, sin duda también lo habrían dicho: pero

lo que era, eso también dijeron, que el Espíritu de Dios descendió sobre él como paloma, este Espíritu del cual fue dicho por Isaías: Y reposará sobre él el Espíritu de Dios (Is 11,2), como dijimos antes. Y otra vez: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido (Is 61,1). Este es el Espíritu del cual dice el Señor: Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mt 10,20). Y otra vez, dando a los discípulos el poder de la regeneración en Dios, les decía: Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mt 28,19). Porque a este prometió por los profetas derramarlo en los últimos tiempos sobre los siervos y las esclavas, para que profetizaran: por lo cual también descendió sobre el Hijo de Dios, hecho Hijo del hombre, acostumbrándose con él a habitar en el género humano, y a reposar en los hombres, y a habitar en la hechura de Dios, obrando en ellos la voluntad del Padre, y renovándolos de la vetustez a la novedad de Cristo.

2. Este Espíritu pidió David para el género humano, diciendo: Y confírmame con el Espíritu principal (Sal 51,14). Y Lucas dice que este descendió sobre los discípulos después de la ascensión del Señor, en Pentecostés, teniendo potestad sobre todas las naciones para la entrada en la vida y la apertura del Nuevo Testamento: por lo cual también, concordes en todas las lenguas, cantaban un himno a Dios, reduciendo el Espíritu a la unidad a las tribus distantes y ofreciendo al Padre las primicias de todas las naciones. Por lo

cual también el Señor prometió que enviaría el Paráclito, que nos hiciera aptos para Dios. Porque así como de trigo seco no puede hacerse una sola masa sin humedad, ni un solo pan, así tampoco nosotros, siendo muchos, podíamos llegar a ser uno en Cristo Jesús sin el agua que viene del cielo. Y así como la tierra seca, si no recibe humedad, no fructifica, así también nosotros, siendo al principio árbol seco, nunca daríamos como fruto la vida sin la lluvia voluntaria de lo alto. Porque nuestros cuerpos recibieron por el lavado aquella unidad que es para la incorrupción; y las almas, por el Espíritu. Por lo cual ambas cosas son necesarias, ya que ambas hacen progresar hacia la vida de Dios, habiéndose compadecido nuestro Señor de aquella samaritana prevaricadora, que no permaneció con un solo varón, sino que fornicó en muchos matrimonios, y mostrándole y prometiéndole el agua viva, para que no tuviera ya más sed ni se ocupara en sacar el agua trabajosa, teniendo en sí una bebida que salta hasta la vida eterna. Este don, recibido del Padre, el Señor lo dio también él mismo a los que participan de él, enviando el Espíritu Santo a toda la tierra.

3. Previendo esta gracia del don, aquel israelita Gedeón, a quien Dios eligió para salvar al pueblo de Israel del poder de los extranjeros, cambió su petición, y profetizó la sequedad futura sobre el vellón de lana, en el que al principio solo había habido rocío, que era tipo del pueblo; es decir, que ya no tendrían de Dios el Espíritu Santo, como dice Isaías: Y mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella (Is 5,6); y que en toda la tierra habría

rocío, que es el Espíritu de Dios, el cual descendió sobre el Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de poder, espíritu de ciencia y de piedad, espíritu de temor de Dios (Is 11,2-3); el cual él a su vez dio a la Iglesia, enviando desde los cielos el Paráclito a toda la tierra, de donde también, dice el Señor, el diablo fue arrojado como un rayo. Por lo cual nos es necesario el rocío de Dios, para que no seamos quemados ni nos volvamos infructuosos, y para que donde tenemos acusador, allí tengamos también al Paráclito: encomendando el Señor al Espíritu Santo a su hombre, el que había caído entre ladrones, del cual él mismo se compadeció, y le vendó las heridas, dando dos denarios regios, para que, recibiendo por el Espíritu la imagen y la inscripción del Padre y del Hijo, hagamos fructificar el denario que se nos ha confiado, devolviéndolo multiplicado al Señor.

4. Descendiendo, pues, el Espíritu sobre la disposición predicha, y viniendo en la plenitud del tiempo el Hijo unigénito de Dios, que es también el Verbo del Padre, encarnado en el hombre por causa del hombre, y cumpliendo Jesucristo nuestro Señor toda la disposición según el hombre, siendo uno y el mismo, como lo atestigua el Señor mismo, y lo confiesan los apóstoles, y lo anuncian los profetas: se han mostrado mentirosas todas las doctrinas de los que inventaron octonarios y cuaternarios aparentes, y excogitaron subdivisiones: los cuales suprimen el Espíritu, y entienden que uno es Cristo y otro Jesús, y enseñan que no hubo un solo Cristo, sino muchos:

y si dicen que estuvieron unidos, muestran de nuevo que el uno participó de la pasión, pero el otro permaneció impasible; y que el uno subió al Pleroma, pero el otro se quedó en el Medio; y que el uno se banquetea y se deleita entre los invisibles e innombrables, pero el otro se sienta junto al Demiurgo, vaciándolo de poder. Por lo cual será necesario que tanto tú como todos los que atienden a este escrito y se cuidan de su salvación no sucumban espontáneamente cuando oyen por fuera sus discursos. Pues, diciendo cosas semejantes a las de los fieles, como dijimos antes, no solo piensan cosas desemejantes, sino incluso contrarias, y en todo llenas de blasfemias, con las cuales matan a los que, por la semejanza de las palabras, atraen a sí el veneno desemejante de su afecto: como si alguien, dando yeso mezclado con agua en lugar de leche, sedujera por la semejanza del color; como dijo uno que nos precedió acerca de todos los que de cualquier modo corrompen las cosas de Dios y adulteran la verdad: «En la leche de Dios se mezcla malamente el yeso».

CAPÍTULO 18

Vuelve al argumento emprendido, y prueba, tanto por las palabras de Pablo como por las del Señor mismo, que Cristo no ha de separarse de Jesús, y que el Hijo de Dios se hizo hombre no solo en apariencia, sino verdaderamente.

1. Habiéndose mostrado manifiestamente que el Verbo, que existía en el principio junto a Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, el cual también estaba siempre presente al género

humano, este mismo, en los últimos tiempos, según el tiempo prefijado por el Padre, unido a su hechura, se hizo hombre pasible, queda excluida toda objeción de los que dicen: «Si, pues, entonces nació, entonces no existía Cristo antes». Pues hemos mostrado que el Hijo de Dios no comenzó entonces, existiendo siempre junto al Padre; sino que, cuando se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí mismo el largo despliegue de los hombres, otorgándonos la salvación en compendio, para que lo que habíamos perdido en Adán, es decir, ser según la imagen y semejanza de Dios, esto lo recobráramos en Cristo Jesús.

2. Porque, como no era posible que el hombre que una vez había sido vencido y abatido por la desobediencia fuera plasmado de nuevo y obtuviera el premio de la victoria; y, por otra parte, era imposible que recibiera la salvación el que había caído bajo el pecado: el Hijo obró ambas cosas, siendo el Verbo de Dios, descendiendo del Padre, y encarnándose, y descendiendo hasta la muerte, y llevando a término la dispensación de nuestra salvación; y, exhortándonos a creer en ella sin dudar, dice otra vez: No digas en tu corazón: ¿Quién subió al cielo? Esto es, hacer bajar a Cristo. O: ¿Quién descendió al abismo? Esto es, librar a Cristo de entre los muertos (Rom 10,6-7). Después añade: Que si confiesas con tu boca al Señor Jesús, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo (Rom 10,9). Y dio la razón por la que el Verbo de Dios hizo estas cosas, diciendo: Porque para esto Cristo vivió, y murió, y resucitó, para dominar sobre vivos y muertos

(Rom 14,9). Y otra vez, escribiendo a los corintios, dice: Pero nosotros anunciamos a Cristo Jesús crucificado (1 Cor 1,23). Y añade: El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunicación de la sangre de Cristo? (1 Cor 10,16)

3. Pero ¿quién es el que compartió con nosotros los alimentos? ¿Acaso aquel Cristo de arriba que ellos se inventan, extendido sobre Horos, es decir, sobre el límite, y que formó a su Madre; o más bien el que de la virgen es Emmanuel, que comió mantequilla y miel, de quien dice el Profeta: Y es hombre, ¿y quién lo conocerá? (Jer 17,9) Este mismo era anunciado por Pablo: Porque os transmití, dice, ante todo, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, y que fue sepultado, y resucitó al tercer día según las Escrituras (1 Cor 15,3-4). Es manifiesto, pues, que Pablo no conoce otro Cristo sino solo a este, que padeció, y fue sepultado, y resucitó, que también nació, al cual también llamó hombre. Pues, habiendo dicho: Y si se anuncia a Cristo, que resucitó de entre los muertos (1 Cor 15,12), añadió, dando la razón de su encarnación: Porque por el hombre la muerte, y por el hombre la resurrección de los muertos (1 Cor 15,21). Y en todas partes, en la Pasión de nuestro Señor, y en su humanidad, y en la muerte que se le dio, usó el nombre de Cristo, como en aquello: No pierdas con tu comida a aquel por quien Cristo murió (Rom 14,15). Y otra vez: Pero ahora en Cristo vosotros, que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos en la sangre de Cristo (Ef 2,13). Y otra vez: Cristo nos redimió de la maldi-

ción de la Ley, hecho maldición por nosotros; porque está escrito: Maldito todo el que cuelga de un madero (Gál 3,13). Y otra vez: Y perecerá en tu ciencia el hermano débil, por quien Cristo murió (1 Cor 8,11); significando que no fue un Cristo impasible el que descendió sobre Jesús, sino que él mismo, siendo Jesucristo, padeció por nosotros, el que se acostó y resucitó, el que descendió y ascendió, el Hijo de Dios hecho Hijo del hombre: como también lo significa el nombre mismo. Porque en el nombre de Cristo se sobrentiende el que ungió, y el mismo que fue ungido, y la unción misma con que fue ungido. Y ungió el Padre, y fue ungido el Hijo, en el Espíritu, que es la unción; como dice la palabra por medio de Isaías: El Espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido (Is 61,1); significando al Padre que unge, y al Hijo ungido, y la unción, que es el Espíritu.

4. Y el Señor mismo pone de manifiesto quién es el que padeció. Pues, habiendo preguntado a los discípulos: ¿Quién dicen los hombres que soy yo, el Hijo del hombre? y Pedro le respondió: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo; y fue alabado por él, porque no se lo reveló la carne ni la sangre, sino el Padre que está en los cielos (Mt 16,13-17), puso de manifiesto que este Hijo del hombre es el Cristo, el Hijo de Dios vivo: Desde entonces, dice, comenzó a mostrar a los que aprendían que era necesario que él fuera a Jerusalén, y padeciera mucho de parte de los sacerdotes, y fuera reprobado, y fuera crucificado, y resucitara al tercer día (Mt 16,21). Él mismo, que fue reconocido por Pedro como el Cristo, que lo llamó bienaventurado

porque el Padre le había revelado al Hijo de Dios vivo, dijo que él mismo tenía que padecer mucho y ser crucificado: y entonces increpó a Pedro, que según el parecer de los hombres pensaba que él era el Cristo y rechazaba su Pasión, y dijo a los discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque el que quiera salvar su vida la perderá; y el que la pierda por mí la salvará (Mt 16,24-25). Porque estas cosas decía Cristo manifiestamente, siendo él mismo el Salvador de los que por su confesión serían entregados a la muerte y perderían sus vidas.

5. Pero si él mismo no había de padecer, sino que se iba a ir volando de Jesús, ¿por qué exhortaba a los discípulos a tomar la cruz y a seguirle, la cual, según ellos, él mismo no tomaba, sino que abandonaba la disposición de la Pasión? Porque, como no dice esto del conocimiento de la Cruz superior, como algunos se atreven a exponer, sino de la pasión que él tenía que padecer y que sus mismos discípulos habían de padecer, añadió: Porque el que salve su vida la perderá; y el que la pierda la hallará (Mt 16,25). Y como sus discípulos habían de padecer por causa de él, decía a los judíos: He aquí que os envío profetas, y sabios, y doctores, y a algunos de ellos mataréis y crucificaréis (Mt 23,34). Y a los discípulos decía: Compareceréis ante gobernadores y reyes por mi causa, y a algunos de vosotros los azotarán, y los matarán, y los perseguirán de ciudad en ciudad (Mt 10,17-18.23). Conocía, pues, a los que habían de padecer persecución, y conocía a los que habían

de ser azotados y muertos por causa de él. Y así su palabra no era acerca de otra cruz, sino acerca de la pasión que él mismo había de padecer primero, y después sus discípulos, exhortándolos también a ellos: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que tiene poder para arrojar el cuerpo y el alma a la gehena (Mt 10,28); y a guardar las confesiones que se refieren a él. Porque prometía que él confesaría delante de su Padre a los que confesaran su nombre delante de los hombres; pero que negaría a los que lo negaran, y se avergonzaría de los que se avergonzaran de confesarlo.

Y siendo así estas cosas, algunos han llegado a tal temeridad que desprecian incluso a los mártires, y vituperan a los que son muertos por confesar al Señor, y que soportan todo lo predicho por el Señor, y según esto se esfuerzan por seguir las huellas de la Pasión del Señor, hechos mártires del que fue pasible; a estos también los dejamos a los mismos mártires. Pues cuando se demande su sangre y alcancen la gloria, entonces todos los que deshonraron su martirio serán confundidos por Cristo. Y también por esto, que el Señor dijo en la cruz: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lc 23,34), se muestran la longanimidad, y la paciencia, y la misericordia, y la bondad de Cristo, pues él mismo padecía y él mismo excusaba a los que lo habían maltratado. Porque el Verbo de Dios, que nos dijo: Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os odian (Mt 5,44), él mismo lo hizo en la cruz, amando tanto al género humano que pidió incluso por

los que lo mataban. Pero si alguien juzgara entre ellos como si fueran dos, se hallará que es mucho mejor, y más paciente, y verdaderamente bueno el que en sus mismas heridas, y golpes, y demás cosas que cometieron contra él, es benéfico y no recuerda la malicia cometida contra él, que el que se fue volando y no padeció ninguna injuria ni oprobio.

6. Y lo mismo les sucede también a los que dicen que padeció en apariencia. Porque si no padeció verdaderamente, no se le debe gratitud alguna, puesto que no hubo pasión: y nosotros, cuando empecemos a padecer verdaderamente, veremos en él a un seductor, que nos exhorta a ser azotados y a presentar la otra mejilla, si él mismo no lo padeció antes en verdad; y así como los sedujo a ellos, para que les pareciera que él era lo que no era, también nos seduce a nosotros, exhortándonos a soportar lo que él mismo no soportó. Y estaremos incluso por encima del maestro, mientras padecemos y soportamos lo que el maestro ni padeció ni soportó. Pero puesto que solo nuestro Señor es verdaderamente maestro; y el Hijo de Dios es verdaderamente bueno y paciente, el Verbo de Dios Padre hecho Hijo del hombre. Porque luchó y venció: pues era hombre que combatía por los padres, y que por la obediencia saldaba la desobediencia: pues ató al fuerte, y desató a los débiles, y dio la salvación a su hechura, destruyendo el pecado. Porque el Señor es piadosísimo y misericordioso, y amante del género humano.

7. Hizo, pues, que el hombre se adhiriera a Dios, y lo aunó con Dios, como dijimos antes. Pues si el hombre no hubiera vencido al enemigo del hombre, el enemigo no habría sido vencido con justicia. Y, por otra parte, si Dios no hubiera dado la salvación, no la tendríamos con firmeza. Y si el hombre no se hubiera juntado a Dios, no habría podido hacerse partícipe de la incorruptibilidad. Porque era necesario que el mediador de Dios y de los hombres, por su parentesco con ambos, condujera de nuevo a ambos a la amistad y a la concordia, e hiciera que Dios asumiera al hombre y el hombre se entregara a Dios.

Porque ¿de qué modo podríamos ser partícipes de su adopción de hijos, si no hubiéramos recibido de él, por medio del Hijo, la comunión con él; si su Verbo, hecho carne, no hubiera comunicado con nosotros? Por lo cual también vino a través de toda edad, restituyendo a todos la comunión con Dios. Por tanto, los que dicen que se manifestó en apariencia, y que ni nació en la carne ni se hizo verdaderamente hombre, están todavía bajo la antigua condenación, abogando por el pecado, pues según ellos no ha sido vencida la muerte, que reinó desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no pecaron a semejanza de la transgresión de Adán (Rom 5,14). Pero viniendo la Ley, que fue dada por medio de Moisés, y dando testimonio acerca del pecado, de que es pecador, le quitó su reino, descubriéndolo como ladrón y no como rey, y lo mostró homicida: pero cargó al hombre, que tenía en sí el pecado, mostrándolo reo de muerte. Pues, siendo espiritual la Ley, sola-

mente manifestó el pecado, pero no lo destruyó: porque el pecado no dominaba sobre el Espíritu, sino sobre el hombre. Porque era necesario que el que había de dar muerte al pecado y redimir al hombre reo de muerte se hiciera aquello mismo que era aquel, es decir, hombre: el cual había sido arrastrado a la servidumbre por el pecado, y era retenido por la muerte, para que el pecado fuera muerto por un hombre, y el hombre saliera de la muerte. Porque así como por la desobediencia de un solo hombre, que fue el primero plasmado de la tierra inculta, muchos fueron hechos pecadores y perdieron la vida; así también era necesario que por la obediencia de un solo hombre, que fue el primero nacido de una virgen, muchos fueran justificados y recibieran la salvación. Así pues, el Verbo de Dios se hizo hombre, como también dice Moisés: Dios, verdaderas son sus obras (Dt 32,4). Pero si, no habiéndose hecho carne, aparecía como carne, su obra no era verdadera. Pero lo que aparecía, eso también era: Dios que recapitulaba en sí mismo la antigua plasmación del hombre, para dar muerte al pecado, anular la muerte y vivificar al hombre: y por esto sus obras son verdaderas.

CAPÍTULO 19

Que Jesucristo no fue un mero hombre engendrado de la simiente de José, sino Dios verdadero engendrado del altísimo Padre, y hombre verdadero nacido de la Virgen.

1. Y además, los que dicen que él fue un mero hombre engendrado de José mueren perse-

verando en la servidumbre de la antigua desobediencia; no mezclados todavía con el Verbo de Dios Padre, ni recibiendo por el Hijo la libertad, como él mismo dice: Si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres (Jn 8,36). Y no conociendo al que es Emmanuel de la Virgen, son privados de su don, que es la vida eterna: y no recibiendo al Verbo de la incorrupción, permanecen en la carne mortal y son deudores de la muerte, sin recibir el antídoto de la vida. A ellos dice el Verbo, narrando su propio don de gracia: Yo dije: Dioses sois, e hijos del Altísimo todos: pero vosotros moriréis como hombres (Sal 82,6-7). Lo dice sin duda a los que no reciben el don de la adopción, sino que desprecian la encarnación de la pura generación del Verbo de Dios, defraudando al hombre de aquella ascensión que es hacia el Señor, y siendo ingratos al Verbo de Dios, que se encarnó por ellos. Pues para esto el Verbo de Dios se hizo hombre, y el que es Hijo de Dios, Hijo del hombre: para que [el hombre], mezclado con el Verbo de Dios y recibiendo la adopción, llegue a ser hijo de Dios. Porque de otro modo no podíamos recibir la incorrupción y la inmortalidad, si no hubiéramos sido aunados a la incorrupción y a la inmortalidad. ¿Y cómo podríamos ser aunados a la incorrupción y a la inmortalidad, si antes la incorrupción y la inmortalidad no se hubieran hecho lo que también somos nosotros, para que fuera absorbido lo corruptible por la incorrupción, y lo mortal por la inmortalidad, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos?

2. Por esto, ¿quién contará su generación? (Is 53,8), porque es hombre, ¿y quién lo reconocerá? (Jer 17,9) Pero lo conoce aquel a quien el Padre que está en los cielos se lo reveló, para que entienda que el que no nació de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del varón (Jn 1,13), el Hijo del hombre, este es el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Porque que nadie en absoluto de los hijos de Adán es llamado Dios según él, o es nombrado Señor, lo hemos demostrado por las Escrituras. Pero que él mismo, propiamente, por encima de todos los hombres que existieron entonces, es proclamado Dios, y Señor, y Rey eterno, y Unigénito, y Verbo encarnado, tanto por todos los profetas como por los apóstoles y por el mismo Espíritu, lo pueden ver todos los que hayan alcanzado aunque sea un poco de la verdad. Pero las Escrituras no testificarían estas cosas de él si, al igual que todos, hubiera sido solamente hombre. Pero como tuvo en sí, por encima de todos, aquel preclaro engendramiento que es del altísimo Padre, y experimentó también aquella preclara generación que es de la Virgen, las Escrituras divinas testifican de él ambas cosas: que es hombre sin belleza y pasible, y que, sentado sobre un pollino de asna, se le da a beber vinagre y hiel, y era despreciado en el pueblo, y descendió hasta la muerte; y que es Señor santo, y consejero admirable, y hermoso de aspecto, y Dios fuerte, que viene sobre las nubes como juez de todos; todas estas cosas profetizaban de él las Escrituras.

3. Porque así como era hombre para ser tentado, así también era Verbo para ser glorificado:

permaneciendo quieto el Verbo, para que pudiera ser tentado, y deshonrado, y crucificado, y morir; pero absorbido el hombre en esto, en que vence, y soporta, ... y resucita, y es elevado. Este es, pues, el Hijo de Dios, nuestro Señor, que es el Verbo del Padre, e Hijo del hombre: porque de María, que tenía su linaje de los hombres y que era también ella misma un ser humano, tuvo la generación según el hombre, se hizo Hijo del hombre. Por esto también el Señor mismo nos dio una señal en lo profundo y en lo alto arriba, que el hombre no pidió, porque ni siquiera esperó que una virgen, siendo virgen, pudiera quedar encinta y dar a luz un hijo, y que este fruto fuera Dios con nosotros, y que descendiera a lo que está abajo de la tierra, buscando la oveja que se había perdido, que era en verdad su propia hechura, y que ascendiera a lo alto, ofreciendo y encomendando al Padre aquel hombre que había sido hallado, haciendo en sí mismo las primicias de la resurrección del hombre: para que, así como la cabeza resucitó de entre los muertos, así también el resto del cuerpo de todo hombre que se halla en la vida, cumplido el tiempo de su condenación, que era por la desobediencia, resucite, creciendo junto por las junturas y ligaduras, y fortalecido con el crecimiento de Dios, teniendo cada uno de los miembros su propia y adecuada posición en el cuerpo. Porque muchas son las moradas junto al Padre, ya que también son muchos los miembros en el cuerpo.

CAPÍTULO 20

Que por la caída del hombre Dios puso de manifiesto cuán paciente, benigno, misericordioso y poderoso para salvar es; y que, por tanto, el hombre es ingratísimo si, olvidado de su suerte y del beneficio recibido, no da gracias.

1. Longánime fue, pues, Dios cuando el hombre desfalleció, previendo aquella victoria que le había de ser devuelta por medio del Verbo. Porque, al perfeccionarse el poder en la debilidad, mostraba la benignidad de Dios y su magnificentísimo poder. Porque así como soportó con paciencia que Jonás fuera tragado por el monstruo marino, no para que fuera tragado y pereciera del todo, sino para que, vomitado, se sometiera más a Dios, y glorificara más a aquel que le había dado una salvación inesperada, y produjera en los ninivitas una penitencia firme, para que se convirtieran al Señor, que los libraría de la muerte, aterrados por aquella señal que se había obrado en Jonás, como dice de ellos la Escritura: Y se volvieron cada uno de su mal camino, y de la injusticia que había en sus manos, diciendo: ¿Quién sabe si se arrepentirá Dios, y apartará de nosotros su ira, y no pereceremos? (Jon 3,8-9) Así también desde el principio fue paciente Dios en que el hombre fuera tragado por el gran monstruo marino, que fue el autor de la prevaricación, no para que, tragado, pereciera del todo, sino preparando de antemano y disponiendo la invención de la salvación, que fue obrada por el Verbo mediante la señal de Jonás para los que tuvieron acerca del Señor la misma mente que Jonás, y confesaron, y dijeron: Siervo del Señor soy yo, y adoro al Señor,

Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra seca (Jon 1,9); para que el hombre, recibiendo de Dios una salvación inesperada, resucite de entre los muertos y glorifique a Dios, y diga aquella palabra que fue profetizada por Jonás: Clamé al Señor mi Dios en mi tribulación, y me escuchó desde el vientre del infierno (Jon 2,3); y permanezca siempre glorificando a Dios, y dando gracias sin cesar por aquella salvación que alcanzó de él, para que ninguna carne se gloríe en la presencia del Señor (1 Cor 1,29); y nunca forme el hombre acerca de Dios un sentido contrario, juzgando que le es propia por naturaleza la incorrupción que había en torno a él, y, no reteniendo la verdad, se jactara con vana altivez, como si fuera por naturaleza semejante a Dios. Porque esto, haciéndolo más ingrato para con aquel que lo había hecho, oscurecía también el amor que Dios tenía al hombre, y cegaba su entendimiento para que no sintiera lo que es digno de Dios, comparándose y juzgándose igual a Dios.

2. Esta fue, pues, la longanimidad de Dios: que el hombre, pasando por todas las cosas, y recibiendo el conocimiento de las costumbres, llegando después a la resurrección que es de entre los muertos, y aprendiendo por experiencia de qué ha sido liberado, sea siempre agradecido al Señor, habiendo alcanzado de él el don de la incorrupción, para que lo amara más (pues aquel a quien más se perdona más ama); y que se conozca a sí mismo, que es mortal y débil; y entienda también a Dios, que es inmortal y poderoso hasta tal punto que da al mortal la inmortalidad y al tem-

poral la eternidad; y entienda también todos los demás poderes de Dios mostrados en él mismo, por los cuales, enseñado, sienta acerca de Dios cuán grande es Dios. Porque la gloria del hombre es Dios; y de las operaciones de Dios, y de toda su sabiduría y poder, el receptáculo es el hombre. Así como el médico se acredita en los que están enfermos, así también Dios se manifiesta en los hombres. Por lo cual también Pablo dice: Pero Dios encerró todas las cosas en la incredulidad, para tener misericordia de todos (Rom 11,32); no diciendo esto de los Eones espirituales, sino del hombre, que fue desobediente a Dios y arrojado de la inmortalidad, y después alcanzó misericordia, recibiendo por el Hijo de Dios la adopción que es por él. Porque este, teniendo sin hinchazón ni jactancia la verdadera gloria acerca de las cosas que han sido hechas y del que las hizo, que es el Dios poderosísimo de todos, y que concedió a todas las cosas que existieran, y permaneciendo en su amor, y sumisión, y acción de gracias, recibirá de él mayor gloria, recibiendo progresos hasta que se haga semejante a aquel que murió por él; porque también él se hizo a semejanza de la carne de pecado, para condenar el pecado, y arrojarlo, como ya condenado, fuera de la carne; y para llamar al hombre a su semejanza, asignándolo como imitador de Dios, y poniéndolo bajo la regla paterna, para ver a Dios; y dando al hombre contener al Padre, el Verbo de Dios, que habitó en el hombre, se hizo también Hijo del hombre, para acostumbrar al hombre a recibir a Dios, y

acostumbrar a Dios a habitar en el hombre, según el beneplácito del Padre.

3. Por esto, pues, la señal de nuestra salvación, el que es Emmanuel de la Virgen, es el Señor mismo: porque el Señor mismo era el que los salvaba, ya que por sí mismos no podían salvarse. Y por esto Pablo, anunciando la debilidad del hombre, dice: Porque sé que en mi carne no habita el bien (Rom 7,18); significando que el bien de nuestra salvación no es de nosotros, sino de Dios. Y otra vez: ¡Desdichado de mí, hombre! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? (Rom 7,24) Después introduce al libertador: La gracia de Jesucristo nuestro Señor (Rom 7,25). Y esto también Isaías: Confortaos, dice, manos flojas y rodillas débiles: animaos, pusilánimes de entendimiento, confortaos, no temáis: he aquí que nuestro Dios retribuye el juicio, y lo retribuirá: él mismo vendrá y nos salvará (Is 35,3-4). Esto, porque no por nosotros mismos, sino por la ayuda de Dios, habíamos de ser salvados.

4. Además, como el que nos salva no sería solamente hombre, ni sin carne (porque sin carne son los ángeles), lo predicó diciendo: Ni un anciano ni un ángel, sino el Señor mismo los salvará, porque los ama, y los perdonará; él mismo los liberará (Is 63,9). Y como este mismo había de ser hombre verdadero, visible, siendo el Verbo salvador, dice otra vez Isaías: He aquí, Sion, la ciudad: tus ojos verán nuestro poder salvador (Is 33,20). Y como no era solamente hombre el que moría por nosotros, dice Isaías: Y el Señor, el Santo de Israel, se acordó de sus muertos, que se habían

dormido en la tierra de la sepultura; y descendió a ellos para anunciarles la buena nueva de la salvación que viene de él, para salvarlos. Y lo mismo dice también el profeta Amós: Él mismo se volverá, y tendrá misericordia de nosotros: deshará nuestras injusticias, y arrojará nuestros pecados a lo profundo del mar (Miq 7,19). Y otra vez, significando el lugar de su venida, dice: El Señor ha hablado desde Sion, y desde Jerusalén ha dejado oír su voz (Am 1,2). Y que el Hijo de Dios, que es Dios, vendrá de aquella parte de la heredad de Judá que está hacia el Ábrego, y que el que era de Belén, donde nació el Señor, enviará su alabanza a toda la tierra, como dice el profeta Habacuc: Dios vendrá del Ábrego, y el Santo del monte Efraín. Su poder cubrió el cielo, y la tierra está llena de su alabanza. Ante su faz irá el Verbo, y sus pies avanzarán por los campos (Hab 3,3-5). Significando manifiestamente que es Dios, y que su venida es en Belén, y desde el monte Efraín, que está hacia el Ábrego de la heredad, y que es hombre. Porque, dice, sus pies avanzarán por los campos (Hab 3,5): y esto es señal propia del hombre.

CAPÍTULO 21

Defiende la profecía de Is 7,14 de la torcida interpretación de Teodoción, de Áquila, de los ebionitas y de los judíos, encarece la autoridad de la versión de los Setenta intérpretes, y por fin confirma con muchos argumentos que Cristo nació de una virgen.

1. Dios, pues, se hizo hombre, y el Señor mismo nos salvará, dando él mismo la señal de la Virgen. No es, pues, verdadera la interpretación de algunos que se atreven a traducir así la Escritura: He aquí que una joven tendrá en el seno, y dará a luz un hijo; como lo tradujeron Teodoción de Éfeso y Áquila del Ponto, ambos prosélitos judíos; siguiendo a los cuales, los ebionitas dicen que él fue engendrado de José: disolviendo, en cuanto depende de ellos, tan grande disposición de Dios, y anulando el testimonio de los profetas, que Dios obró. Fue profetizado, ciertamente, antes de que tuviera lugar la transmigración del pueblo a Babilonia, es decir, antes de que los medos y persas recibieran el principado; pero fue traducido al griego por los mismos judíos mucho antes de los tiempos de la venida de nuestro Señor, para que no quede ninguna sospecha de que tal vez los judíos, por complacernos, lo tradujeran así. Y ellos, si hubieran sabido que nosotros habíamos de existir y de usar estos testimonios que hay en las Escrituras, nunca habrían dudado en quemar ellos mismos sus Escrituras, las cuales manifiestan que todas las demás naciones participan de la vida, y muestran que los que se glorían de ser la casa de Jacob y el pueblo de Israel están desheredados de la gracia de Dios.

2. Porque antes de que los romanos poseyeran su reino, cuando aún los macedonios poseían el Asia, Tolomeo hijo de Lago, deseando adornar la biblioteca que él había construido en Alejandría con los escritos dignos de todos los hombres, pidió a los jerosolimitanos tener sus Escrituras tra-

ducidas a la lengua griega. Ellos (pues obedecían todavía entonces a los macedonios) enviaron a Tolomeo setenta ancianos, los más perfectos que tenían en el entendimiento de las Escrituras y en ambas lenguas, para hacer lo que él quisiera. Pero él, queriendo ponerlos a prueba, y temiendo que tal vez, poniéndose de acuerdo, ocultaran por la traducción la verdad que había en las Escrituras, los separó unos de otros y mandó a todos traducir la misma Escritura: y esto lo hizo en todos los libros. Y reuniéndose ellos ante Tolomeo, y comparando sus traducciones, Dios fue glorificado, y las Escrituras fueron creídas verdaderamente divinas, pues todos recitaban lo mismo, con las mismas palabras y los mismos nombres, desde el principio hasta el fin, para que también las naciones presentes conocieran que las Escrituras habían sido traducidas por inspiración de Dios. Y no es de admirar que Dios obrara esto en ellos, puesto que, en aquella cautividad del pueblo que tuvo lugar bajo Nabucodonosor, cuando las Escrituras habían sido corrompidas, y los judíos, después de setenta años, habían bajado a su región, después, en los tiempos de Artajerjes, rey de los persas, inspiró a Esdras, sacerdote de la tribu de Leví, que recordara todas las palabras de los profetas pasados y restituyera al pueblo la Ley que fue dada por medio de Moisés.

3. Habiendo sido, pues, traducidas las Escrituras con tanta verdad y gracia de Dios, a partir de las cuales Dios preparó y reformó nuestra fe, que es en su Hijo, y nos conservó las Escrituras puras en Egipto, donde también creció la casa de

Jacob, huyendo del hambre que hubo en Canaán, donde también nuestro Señor fue preservado, huyendo de la persecución que venía de Herodes; y habiéndose hecho esta traducción de aquellas Escrituras antes de que nuestro Señor descendiera, y habiéndose acabado antes de que aparecieran los cristianos (pues nuestro Señor nació hacia el año cuarenta y uno del imperio de Augusto, y Tolomeo, bajo el cual fueron traducidas las Escrituras, fue mucho más antiguo), verdaderamente desvergonzados y audaces se muestran los que ahora quieren hacer otras traducciones, cuando son refutados por nosotros a partir de las mismas Escrituras y encerrados en la fe de la venida del Hijo de Dios. Pero firme, y no fingida, y la única verdadera es la fe que es la nuestra, que tiene una demostración manifiesta a partir de estas Escrituras, que fueron traducidas del modo que dijimos antes; y el anuncio de la Iglesia es sin interpolación. Porque los apóstoles, siendo más antiguos que todos estos, concuerdan con la traducción predicha, y la traducción concuerda con la tradición de los apóstoles. Porque Pedro, y Juan, y Mateo, y Pablo, y los demás sucesivamente, y sus seguidores, anunciaron todas las cosas proféticas tal como las contiene la traducción de los ancianos.

4. Porque uno y el mismo Espíritu de Dios, que en los profetas pregonó cuál y cómo sería la venida del Señor, y en los ancianos tradujo bien lo que bien había sido profetizado, él mismo anunció también en los apóstoles que había llegado la plenitud de los tiempos de la adopción,

y que se había acercado el reino de los cielos, y que habita dentro de los hombres que creen en el que nació de la Virgen, Emmanuel; como ellos mismos testifican que, antes de que José conviviera con María (permaneciendo, pues, ella en la virginidad), se halló encinta del Espíritu Santo (Mt 1,18); y que le dijo el ángel Gabriel: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra: por lo cual lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios (Lc 1,35); y que el ángel dijo en sueños a José: Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías: He aquí que una virgen concebirá en el seno (Mt 1,22-23). Y los ancianos tradujeron así lo que dijo Isaías: Y volvió el Señor a hablar a Acaz: Pide para ti una señal al Señor tu Dios, en lo profundo abajo, o en lo alto arriba. Y dijo Acaz: No la pediré, ni tentaré al Señor. Y dijo: ¿No es poca cosa para vosotros presentar certamen a los hombres, y cómo presenta certamen el Señor? Por esto el Señor mismo os dará una señal. He aquí que una virgen recibirá en el seno, y dará a luz un hijo, y llamaréis su nombre Emmanuel. Comerá mantequilla y miel: antes de que conozca o elija lo malo, lo cambiará por el bien: porque antes de que el infante conozca el bien o el mal, no consentirá en la maldad, para elegir el bien (Is 7,10-16). Cuidadosamente, pues, significó el Espíritu Santo, por lo que se ha dicho, su generación, que es de la Virgen, y su sustancia, que es Dios (pues esto significa el nombre Emmanuel): y manifiesta que es hombre, en cuanto dice: Comerá mantequilla y miel; y en cuanto lo llama infante, y antes de

que conozca el bien y el mal: pues todas estas son señales de un hombre infante. Pero que no consentirá en la maldad, para elegir el bien, esto es propio de Dios; para que no entendiéramos, por el hecho de que comerá mantequilla y miel, que es solamente un mero hombre, ni tampoco, por el nombre Emmanuel, sospecháramos que es Dios sin carne.

5. Y en cuanto dice: Oíd, casa de David (Is 7,13), significaba que aquel que Dios prometió a David que suscitaría del fruto de su vientre como rey eterno es el que fue engendrado de la Virgen, que era del linaje de David.

Por esto, en efecto, prometió también un rey del fruto de su vientre, lo cual era propio de la Virgen encinta; y no del fruto de sus lomos, ni del fruto de sus riñones, lo cual es propio del varón que engendra, y de la mujer que concibe del varón. La Escritura, pues, dejó fuera en la promesa los órganos genitales del varón: más aún, ni siquiera se mencionan, porque el que nacía no era de la voluntad del varón. Pero estableció y confirmó el fruto del vientre, para proclamar la generación del que había de ser de una virgen, como Isabel, llena del Espíritu Santo, testificó diciendo a María: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre (Lc 1,42); significando el Espíritu Santo a los que quieren oír que la promesa que Dios prometió, de suscitar un rey del fruto de su vientre, se cumplió en el parto de la Virgen, es decir, de María. Los que, pues, alteran lo que está en Isaías: He aquí que una joven concebirá en el seno; y pretenden que él sea hijo de José, alteren

lo que es de la promesa, que está puesto en David, donde Dios le prometió suscitar del fruto de su vientre un cuerno, el reino de Cristo. Pero no lo entendieron: de otro modo, se habrían atrevido a cambiar también esto.

6. Y que Isaías dijera: En lo profundo abajo, o en lo alto arriba (Is 7,11), significaba que el que descendía era el mismo que también ascendía (Ef 4,10). Y en cuanto dijo: El Señor mismo dará una señal (Is 7,14), significó lo que había de inesperado en su generación, que no habría sucedido de otro modo, si Dios, el Señor de todas las cosas, Dios mismo, no hubiera dado una señal en la casa de David. Porque ¿qué de grande, o qué señal habría en esto, en que una joven, concibiendo de varón, hubiera dado a luz, cosa que sucede a todas las mujeres que dan a luz? Pero como una salvación inesperada había de producirse para los hombres, con la ayuda de Dios, también el parto de la Virgen era inesperado, dando Dios esta señal, y no obrándola el hombre.

7. Por esto también Daniel, previendo su venida, significaba que una piedra cortada sin manos había venido a este mundo (pues esto es lo que significa sin manos); que su venida a este mundo no fue obrando manos humanas, es decir, de aquellos hombres que suelen labrar piedras; esto es, no obrando José en él, sino cooperando sola María con la disposición. Porque esta piedra de la tierra consta del poder y del arte de Dios. Por esto también Isaías dice: Así dice el Señor: He aquí que yo pongo en los cimientos de Sion una piedra preciosa, escogida, suprema, angular, honrosa (Is

28,16); para que entendamos que su venida según el hombre no es de la voluntad del varón, sino de la voluntad de Dios.

8. Por esto también Moisés, mostrando un tipo, arrojó la vara a tierra, para que, encarnada ella, refutara y absorbiera toda la prevaricación de los egipcios, que se levantaba contra la disposición de Dios; y para que los mismos egipcios testificaran que es el dedo de Dios el que obra la salvación para el pueblo, y no el hijo de José. Porque, si fuera hijo de José, ¿cómo podría tener más que Salomón, o más que Jonás, o ser más que David, siendo engendrado de la misma simiente y siendo descendencia de ellos? ¿Y por qué llamaba también bienaventurado a Pedro, porque lo conocía como Hijo de Dios vivo?

9. Además de esto, ni podría ser rey, si hubiera sido hijo de José; ni heredero, según Jeremías. Porque José se muestra hijo de Joaquín y de Jeconías, como también Mateo expone su generación. Pero Jeconías, y los que vienen de él, todos fueron desechados del reino, diciendo así Jeremías: Vivo yo, dice el Señor, que si Jeconías, hijo de Joaquín, rey de Judá, llegara a ser anillo de sello en mi mano derecha, de allí lo arrancaré, y lo entregaré en mano de los que buscan tu vida (Jer 22,24-25). Y otra vez: Deshonrado está Jeconías, como vasija que no sirve, porque ha sido arrojado a una tierra que no conocía. Tierra, oye la palabra del Señor: escribe a este varón como hombre desechado, porque no crecerá de su simiente quien se siente sobre el trono de David, príncipe en Judá (Jer 22,28-30). Y otra vez dice Dios acerca de Joaquín,

su padre: Por esto, así dice el Señor acerca de Joaquín, su padre, rey de Judea: No habrá de él quien se siente sobre el trono de David, y su cadáver será arrojado al calor del día y a la helada de la noche; y pondré mis ojos sobre él y sobre sus hijos, y traeré sobre ellos, y sobre los habitantes de Jerusalén, sobre la tierra de Judá, todos los males que he anunciado contra ellos (Jer 36,30-31). Así pues, los que dicen que fue engendrado de José, y ponen en él su esperanza, se hacen desechados del reino, cayendo bajo la maldición y la increpación que pesan sobre Jeconías y sobre su simiente. Por esto, en efecto, se dijeron estas cosas de Jeconías, conociendo de antemano el Espíritu lo que dicen los malos doctores: para que aprendan que no había de nacer de su simiente, es decir, de José, sino que según la promesa de Dios se suscita del vientre de David un rey eterno, que recapitula en sí todas las cosas, y ha recapitulado en sí la antigua plasmación.

10. Porque así como por la desobediencia de un solo hombre el pecado tuvo entrada, y por el pecado prevaleció la muerte; así también, por la obediencia de un solo hombre, la justicia introducida produzca como fruto la vida para aquellos hombres que en otro tiempo estaban muertos. Y así como aquel protoplasto, Adán, tuvo su sustancia de la tierra inculta, y aún virgen (pues todavía no había hecho llover Dios, y el hombre no había trabajado la tierra (Gn 2,5)), y fue plasmado por la mano de Dios, es decir, por el Verbo de Dios (pues todas las cosas fueron hechas por él (Jn 1,3)), y tomó el Señor barro de la tierra y plas-

mó al hombre: así, recapitulando en sí a Adán, él mismo, siendo el Verbo, recibía con razón de María, que aún era virgen, la generación de la recapitulación de Adán. Si, pues, el primer Adán tuvo por padre a un hombre, y nació de simiente de varón, con razón dirían que también el segundo Adán fue engendrado de José. Pero si aquel fue tomado de la tierra y plasmado por el Verbo de Dios, era necesario que el mismo Verbo, haciendo en sí mismo la recapitulación de Adán, tuviera la semejanza de la misma generación. ¿Por qué, pues, no tomó Dios de nuevo barro, sino que obró que la plasmación se hiciera de María? Para que no se hiciera otra plasmación, ni fuera otra la plasmación que se salvara, sino que la misma fuera recapitulada, conservándose la semejanza.

CAPÍTULO 22

Que Cristo tomó verdadera carne, concebida y nacida de la Virgen.

1. Yerran, pues, los que dicen que él no recibió nada de la Virgen, para desechar la herencia de la carne, y desechar también la semejanza. Porque si aquel tuvo su plasmación y su sustancia de la tierra y por la mano y el artificio de Dios, y este no por la mano y el artificio de Dios, entonces ya no conservó la semejanza del hombre que fue hecho según su imagen y semejanza, y el artificio parecerá inconstante, no teniendo en qué mostrar su sabiduría. Y esto es decir también que apareció en apariencia como hombre, sin ser hombre, y que se hizo hombre sin asumir nada del hombre. Porque si no recibió del hombre la sustancia de la carne,

ni se hizo hombre, ni Hijo del hombre: y si no se hizo lo que nosotros éramos, no era gran cosa lo que padeció y soportó. Pero que nosotros somos un cuerpo tomado de la tierra, y un alma que recibe de Dios el espíritu, lo confesará cualquiera. Esto, pues, se hizo el Verbo de Dios, recapitulando en sí mismo su propia hechura: y por esto se confiesa Hijo del hombre, y llama bienaventurados a los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Y también el apóstol Pablo, en la Epístola a los gálatas, dice manifiestamente: Dios envió a su Hijo, hecho de mujer (Gál 4,4). Y otra vez en la de los romanos: Acerca de su Hijo, dice, que fue hecho de la simiente de David según la carne, que fue predestinado Hijo de Dios en poder, según el Espíritu de santificación, por la resurrección de los muertos, Jesucristo nuestro Señor (Rom 1,3-4).

2. De otro modo, es superflua su descensión a María. Pues ¿para qué descendía a ella, si no iba a tomar nada de ella? O, si no hubiera tomado nada de María, nunca habría recibido los alimentos que provenían de la tierra, con los cuales se nutre el cuerpo tomado de la tierra; ni su cuerpo, ayunando cuarenta días, como Moisés y Elías, habría tenido hambre, buscando su alimento; ni Juan, su discípulo, escribiendo de él, habría dicho: Pero Jesús, fatigado del camino, estaba sentado (Jn 4,6); ni David habría clamado de antemano acerca de él: Y añadieron al dolor de mis heridas (Sal 69,27); ni habría llorado sobre Lázaro; ni habría sudado grumos de sangre; ni habría dicho: Triste está mi alma (Mt 26,38); ni, traspasado su costado, habría salido sangre y agua. Porque todas

estas son señales de la carne que fue tomada de la tierra, la cual recapituló en sí mismo, salvando su propia hechura.

3. Por esto Lucas muestra que la genealogía que va desde la generación de nuestro Señor hasta Adán tiene setenta y dos generaciones; uniendo el fin con el principio, y significando que él es el que recapituló en sí mismo todas las naciones dispersas desde Adán, y todas las lenguas, y la generación de los hombres junto con el mismo Adán. Por lo cual también Adán mismo fue llamado por Pablo tipo del que había de venir (Rom 5,14): porque el Verbo, Fabricador de todas las cosas, había preformado en sí mismo la futura disposición del género humano en torno al Hijo de Dios, preformando Dios primero al hombre animal, a saber, para que fuera salvado por el espiritual. Porque, preexistiendo el que salva, era necesario que también llegara a existir lo que había de ser salvado, para que el que salva no fuera en vano.

4. En consecuencia, también María, la virgen, se halla obediente, diciendo: He aquí tu esclava, Señor: hágase en mí según tu palabra (Lc 1,38). Pero Eva, desobediente: pues no obedeció, siendo aún virgen. Así como aquella, teniendo ciertamente por marido a Adán, pero siendo todavía virgen (pues ambos estaban desnudos en el paraíso y no se avergonzaban (Gn 2,25), porque, hechos poco antes, no tenían entendimiento de la generación de los hijos; pues era necesario que primero crecieran y después así se multiplicaran), hecha desobediente, se hizo causa de

muerte para sí y para todo el género humano: así también María, teniendo un marido predestinado, y sin embargo virgen, obediente, se hizo causa de salvación para sí y para todo el género humano. Y por esto la Ley llama esposa de aquel que la había desposado a la que estaba desposada con un varón, aunque todavía sea virgen; significando la recirculación que va de María a Eva: porque lo que había sido atado no se desataría de otro modo sino volviendo hacia atrás las mismas junturas de la atadura; de modo que los primeros enlaces se desaten por los segundos, y los segundos, a su vez, liberen a los primeros. Y sucede que la primera juntura se desata por la segunda atadura, y la segunda atadura ocupa el lugar de la desatadura de la primera. Y por esto el Señor decía que los primeros serían últimos, y los últimos primeros. Y también el Profeta significa esto mismo, diciendo: En lugar de los padres te han nacido hijos (Sal 45,17). Porque el Señor, nacido primogénito de los muertos (Col 1,18), y recibiendo en su seno a los antiguos padres, los regeneró para la vida de Dios, hecho él mismo principio de los vivientes, ya que Adán fue hecho principio de los que mueren. Por esto también Lucas, comenzando la generación por el Señor, la remontó hasta Adán, significando que no fueron aquellos los que lo regeneraron a él, sino él a ellos en el Evangelio de la vida. Y así también el nudo de la desobediencia de Eva recibió su desatadura por la obediencia de María. Pues lo que la virgen Eva ató por la incredulidad, esto la virgen María lo desató por la fe.

CAPÍTULO 23

Sostiene contra Taciano que fue conforme a la equidad y a la misericordia divinas que Adán fuera el primero de todos en alcanzar la salvación de Cristo.

1. Era necesario, pues, que el Señor, viniendo a la oveja perdida, y haciendo la recapitulación de tan grande disposición, y buscando su propia hechura, salvara a aquel mismo hombre que había sido hecho según su imagen y semejanza, es decir, a Adán, que cumplía los tiempos de su condenación, la cual había tenido lugar por la desobediencia, que el Padre puso en su propia potestad (Hch 1,7); porque también toda la disposición de la salvación, que concernía al hombre, se hacía según el beneplácito del Padre, para que Dios no fuera vencido, ni su arte se debilitara. Porque si el hombre que había sido hecho por Dios para que viviera, perdiendo la vida, herido por la serpiente que lo había depravado, ya no volviera a la vida, sino que hubiera sido arrojado del todo a la muerte, Dios habría sido vencido, y la maldad de la serpiente habría superado la voluntad de Dios. Pero como Dios es invicto y longánime, se mostró longánime para la corrección del hombre y la prueba de todos, como dijimos antes; y por el segundo hombre ató al fuerte, y saqueó sus vasos, y anuló la muerte, vivificando a aquel hombre que había sido entregado a la muerte. Porque Adán fue hecho el primer vaso de su posesión, al cual también tenía bajo su potestad, es decir, infligiéndole inicuamente la prevaricación,

y obrando en él la muerte con pretexto de la inmortalidad. Pues, prometiéndoles que serían como dioses (lo cual no le es en absoluto posible), obró en ellos la muerte: por lo cual también fue con justicia recautivado por Dios el que había llevado cautivo al hombre; y fue desatado de los vínculos de la condenación el hombre que había sido llevado cautivo.

2. Este es, pues, Adán, si hay que decir la verdad, aquel hombre primer formado, de quien la Escritura dice que dijo el Señor: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gn 1,26); y todos nosotros somos de él: y porque somos de él, por eso también heredamos su nombre. Y puesto que el hombre ha de ser salvado, es necesario que sea salvado el que fue formado primero como hombre. Porque es sumamente irracional decir que aquel que fue gravemente herido por el enemigo, y fue el primero en padecer la cautividad, no es arrancado de él por quien venció al enemigo, y que, en cambio, son arrancados sus hijos, a quienes engendró en la misma cautividad. Ni parecerá aún vencido el enemigo, si permanecen en su poder los mismos despojos antiguos. Como si unos enemigos vencieran a algunos, y los llevaran cautivos atados, y los tuvieran mucho tiempo en servidumbre, de modo que engendraran hijos entre ellos; y alguien, doliéndose por los que fueron hechos esclavos, venciera a esos mismos enemigos: no obrará, sin embargo, con justicia, si libera del poder de los que habían reducido a servidumbre a sus padres a los hijos de los que fueron llevados cautivos, y deja

sometidos a los enemigos a aquellos mismos que soportaron la cautividad, por los cuales también emprendió la defensa: alcanzando los hijos la libertad por causa del rescate de sus padres, pero no quedando abandonados los padres mismos, que soportaron la cautividad misma. Porque Dios no es débil ni injusto, él que socorrió al hombre y lo restauró en su libertad.

3. Por esto también, al comienzo de la transgresión de Adán, como narra la Escritura, no maldijo al mismo Adán, sino a la tierra en sus obras, como dice uno de los antiguos: «Dios trasladó la maldición a la tierra, para que no permaneciera en el hombre». Y recibió el hombre como condenación de su transgresión las fatigas y el trabajo terreno, y comer el pan con el sudor de su rostro, y volver a la tierra de la que fue tomado; y asimismo la mujer, fatigas, y trabajos, y gemidos, y tristezas del parto, y servidumbre, es decir, que sirviera a su marido: para que ni, maldecidos por Dios, perecieran del todo, ni, permaneciendo sin increpación, despreciaran a Dios. Pero toda la maldición recayó sobre la serpiente, que los había seducido. Y dijo, dice, Dios a la serpiente: Porque has hecho esto, maldita tú entre todos los ganados y entre todas las bestias de la tierra (Gn 3,14). Y lo mismo dice también el Señor en el Evangelio a los que se hallan a la izquierda: Id, malditos, al fuego eterno que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles (Mt 25,41); significando que el fuego eterno no fue preparado principalmente para el hombre, sino para aquel que sedujo e hizo tropezar al hombre, y, digo, para el que es príncipe de

la apostasía, el príncipe del alejamiento, y para aquellos ángeles que se hicieron apóstatas con él: el cual recibirán con justicia también estos que, como aquellos, perseveran en las obras de la malicia sin penitencia y sin retorno.

4. Como Caín, habiendo recibido de Dios el consejo de que se aquietara, porque no había dividido rectamente la comunicación que tenía con su hermano, sino que con envidia y malicia pensó que podía dominarlo, no solo no se aquietó, sino que añadió pecado sobre pecado, manifestando su mente por su obra. Porque lo que pensó, eso también obró: lo dominó y lo mató, sometiendo Dios al justo al injusto, para que aquel se mostrara justo por lo que padeció, y este fuera descubierto injusto por lo que cometió. Y ni aun así se aplacó, ni se aquietó tras el mal hecho; sino que, preguntado dónde estaba su hermano, No sé, dijo: ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano? (Gn 4,9); extendiendo y multiplicando el mal con su respuesta. Porque, si es malo matar al hermano, mucho peor es responder tan audaz e irreverentemente a Dios, que todo lo sabe, como si pudiera engañarlo. Por esto también él mismo cargó con la maldición, porque produjo el pecado de sí mismo, sin reverenciar a Dios ni avergonzarse del fratricidio.

5. Pero con Adán no sucedió nada semejante, sino todo lo contrario. Porque, seducido por otro con pretexto de inmortalidad, al punto es presa del temor y se esconde: no como si pudiera huir de Dios, sino avergonzado, porque, habiendo transgredido su precepto, es indigno de llegar a

la presencia y al coloquio de Dios. Y el temor del Señor es el principio de la inteligencia (Sal 111,10; Prov 1,7); y el entendimiento de la transgresión produjo la penitencia: y a los penitentes Dios les concede su benignidad. Porque por el ceñidor mostró de hecho su penitencia, cubriéndose con hojas de higuera, habiendo también muchas otras hojas que habrían podido molestar menos su cuerpo: pero hizo un vestido digno de su desobediencia, aterrado por el temor de Dios; y, reprimiendo el impulso petulante de la carne, porque había perdido su índole natural y su entendimiento infantil y había llegado al pensamiento de lo peor, se ciñó a sí y a su mujer con el freno de la continencia, temiendo a Dios y esperando su venida, y como significando algo así: «Puesto que», dice, «he perdido por la desobediencia la estola de santidad que tenía del Espíritu, reconozco ahora que soy digno de tal cubierta, que no proporciona ningún deleite, sino que muerde y pica el cuerpo». Y sin duda habría llevado siempre esta vestidura, humillándose a sí mismo, si el Señor, que es misericordioso, no los hubiera vestido con túnicas de pieles en lugar de las hojas de higuera. Por esto también los interroga, para que la acusación llegara a la mujer; y a ella a su vez la interroga, para que trasladara la causa a la serpiente. Pues dijo lo que había sucedido: La serpiente, dijo, me sedujo, y comí (Gn 3,13). Pero a la serpiente no la interrogó, pues sabía que se había hecho príncipe de la transgresión: sino que primero lanzó la maldición contra ella, para que la segunda increpación viniera so-

bre el hombre. Porque Dios odió al que sedujo al hombre; pero del que fue seducido se compadeció gradualmente y poco a poco.

6. Por lo cual también lo expulsó del paraíso, y lo apartó lejos del árbol de la vida: no por envidiarle el árbol de la vida, como algunos se atreven a decir, sino compadeciéndose de él, para que no permaneciera siempre transgresor, ni fuera inmortal el pecado que había en él, y el mal interminable e incurable. Pero puso freno a su transgresión, interponiendo la muerte, y haciendo cesar el pecado, poniéndole fin por la disolución de la carne, que tendría lugar en la tierra: para que el hombre, dejando por fin de vivir para el pecado, y muriendo a él, comenzara a vivir para Dios.

7. Por lo cual puso enemistad entre la serpiente y la mujer y su simiente, que se acechan mutuamente: aquella cuya planta era mordida, pudiendo también pisar la cabeza del enemigo; la otra mordiendo, y matando, e impidiendo los pasos del hombre, hasta que vino la simiente predestinada a pisar su cabeza, que fue lo que dio a luz María, de la cual dice el Profeta: Sobre el áspid y el basilisco andarás, y pisotearás al león y al dragón (Sal 91,13); significando que el pecado que se levantaba y se extendía contra el hombre, y lo volvía frío, sería anulado junto con la muerte que reinaba; y que sería pisoteado por él, en los últimos tiempos, el león que salta sobre el género humano, es decir, el Anticristo; y atando a aquel dragón, la serpiente antigua, y sometiéndolo al poder del hombre, que había sido vencido, para pisar todo su poder. Pero Adán había sido venci-

do, quitándosele toda la vida: por esto, vencido a su vez el enemigo, Adán recobró la vida; y la última enemiga, la muerte, es anulada (1 Cor 15,26), la cual primero había poseído al hombre. Por lo cual, liberado el hombre, se cumplirá lo que está escrito: La muerte ha sido absorbida en la victoria; ¿dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? (1 Cor 15,54-55) Lo cual no podrá decirse con justicia si no fuera liberado aquel sobre quien primero dominó la muerte. Porque su salvación es la anulación de la muerte. Al vivificar, pues, el Señor al hombre, es decir, a Adán, fue anulada también la muerte.

8. Mienten, pues, todos los que contradicen su salvación, excluyéndose siempre a sí mismos de la vida, en cuanto no creen que ha sido hallada la oveja que se había perdido. Pero si aquella no ha sido hallada, todavía está poseída en la perdición toda la generación del hombre. Mentiroso es, pues, el que primero introdujo esta doctrina, o más bien esta ignorancia y ceguera, Taciano; hecho, ciertamente, el nudo de todos los herejes, como hemos mostrado: pero esto lo inventó por sí mismo, para que, introduciendo algo nuevo fuera de los demás, y hablando vaciedades, se preparara oyentes vacíos de fe, afectando ser tenido por maestro, y tratando de usar de vez en cuando dichos de esta clase, frecuentes en Pablo: que en Adán todos morimos (1 Cor 15,22); pero ignorando que donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom 5,20). Mostrado, pues, esto manifiestamente, avergüéncense todos los que proceden de él, y disputan acerca de Adán,

como si ganaran algo grande si él no se salva, cuando más bien nada aprovechan; como tampoco la serpiente aprovechó nada al disuadir al hombre, sino esto, que lo mostró transgresor, teniendo al hombre como principio y materia de su apostasía; pero a Dios no lo venció. Así también estos, que contradicen la salvación de Adán, nada aprovechan, sino esto, que se hacen a sí mismos herejes y apóstatas de la verdad, y se muestran abogados de la serpiente y de la muerte.

CAPÍTULO 24

Repite sumariamente lo que hasta aquí ha expuesto contra las diversas impiedades de los gnósticos. A los herejes, que fluctúan a todo viento de doctrina, opone la única doctrina de la Iglesia, siempre y en todas partes coherente consigo misma.

1. Desenmascarados, pues, todos los que introducen doctrinas nefandas acerca de nuestro Hacedor y Plasmador, que también fabricó este mundo, sobre el cual no hay otro Dios; y derrocados por las mismas demostraciones los que enseñan falsedades acerca de la sustancia de nuestro Señor y de la disposición que hizo a causa de su hombre; y la predicación de la Iglesia, en todas partes constante, y que persevera igualmente, y que tiene el testimonio de los profetas y de los apóstoles y de todos los discípulos, como hemos mostrado por los principios, y los medios, y el fin, y por toda la disposición de Dios, y aquella acostumbrada operación que concierne a la salvación del hombre, que está en nuestra fe; la cual, reci-

bida de la Iglesia, custodiamos, y la cual siempre, por el Espíritu de Dios, como un depósito excelente en un buen vaso, rejuvenece, y hace rejuvenecer al vaso mismo en que está. Porque este don de Dios ha sido confiado a la Iglesia, como el soplo a la plasmación, para que todos los miembros, recibiéndolo, sean vivificados: y en él ha sido dispuesta la comunicación de Cristo, es decir, el Espíritu Santo, las arras de la incorrupción, y la confirmación de nuestra fe, y la escala de ascensión hacia Dios. Porque en la Iglesia, dice, puso Dios apóstoles, profetas, doctores (1 Cor 12,28), y toda la restante operación del Espíritu: de la cual no son partícipes todos los que no acuden a la Iglesia, sino que se defraudan a sí mismos de la vida por una doctrina mala y una acción pésima. Porque donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia, y toda gracia: y el Espíritu es verdad. Por lo cual los que no participan de él ni se nutren para la vida de los pechos de la madre, ni reciben la fuente limpidísima que procede del cuerpo de Cristo: sino que se cavan cisternas agrietadas en fosas terrenas, y beben del cieno agua pútrida, huyendo de la fe de la Iglesia para no ser desenmascarados, y rechazando el Espíritu para no ser instruidos.

2. Apartados de la verdad, con razón se revuelcan en todo error, zarandeados por él, pensando de un modo y de otro, según los tiempos, acerca de las mismas cosas, y sin tener nunca una doctrina estable; queriendo ser más bien sofistas de palabras que discípulos de la verdad. Porque no

están fundados sobre la única roca, sino sobre la arena, que tiene en sí muchas piedras. Por esto también se fingen muchos dioses, y tienen siempre como excusa el buscar (pues están ciegos), pero nunca pueden encontrar. Porque blasfeman contra el Fabricador, es decir, contra el que es verdaderamente Dios, que también concede encontrar; pensando haber encontrado otro Dios por encima de Dios, u otra plenitud, u otra disposición. Por lo cual tampoco la luz que viene de Dios brilla para ellos, porque deshonraron y despreciaron a Dios, teniéndolo en muy poco porque, por su amor y su inmensa benignidad, vino al conocimiento de los hombres (al conocimiento, sin embargo, no según su grandeza, ni según su sustancia; pues nadie la ha medido ni palpado; sino de este modo: para que supiéramos que el que hizo, y plasmó, e insufló en ellos el soplo de la vida, y nos nutre por la creación, afirmando todas las cosas con su Verbo y ensamblándolas con la Sabiduría, este es el único Dios verdadero); soñando, en cambio, por encima de este, al que no es, para que se piense que han encontrado un gran Dios, a quien nadie puede conocer como comunicándose con el género humano ni administrando las cosas terrenas: encontrando, a saber, al Dios de Epicuro, que no presta nada ni a sí mismo ni a otros, es decir, que no tiene providencia de nada.

CAPÍTULO 25

Que este mundo es regido por la providencia del único Dios, dotado a la vez de infinita justicia,

para castigar a los malos, y de bondad, para hacer bien a los piadosos y otorgarles la salvación.

1. Dios tiene providencia de todas las cosas, y por esto también da consejo; y, dando consejo, asiste a los que tienen providencia de sus costumbres. Es necesario, pues, que las cosas que son objeto de providencia y de gobierno conozcan a su director; las cuales, en efecto, no son irracionales ni vanas, sino que tienen una sensibilidad recibida de la providencia de Dios. Y por esto algunos de los paganos, que sirvieron menos a los halagos y placeres, y no fueron arrastrados hasta tal punto por la superstición de los ídolos, movidos por su providencia, aunque débilmente, se convirtieron, sin embargo, hasta decir que el Fabricador de este universo es el Padre que provee a todas las cosas y dispone este mundo nuestro.

2. Además, para quitar al Padre el poder de increpar y de juzgar, juzgándolo indigno de Dios, y pensando haber encontrado un Dios sin ira y bueno, dijeron que uno juzga y el otro salva; sin saber que a ambos les quitan el entendimiento y la justicia. Porque si el judicial no es también bueno, para dar a aquellos a quienes debe y para reprender a aquellos a quienes conviene, no parecerá juez ni justo ni sabio. Además, el bueno, si es solamente bueno y no también examinador de aquellos sobre quienes ha de enviar su bondad, estará fuera de la justicia y de la bondad, y su bondad parecerá débil, no salvando a todos, si no se ejerce con juicio.

3. Marción, pues, él mismo, dividiendo a Dios en dos, y diciendo que uno es bueno y el otro

judicial, suprime a Dios por ambos lados. Porque este que es judicial, si no es también bueno, no es Dios, porque no es Dios aquel a quien le falta la bondad; y aquel, a su vez, que es bueno, si no es también judicial, padecerá lo mismo que este, que se le quite el ser Dios. ¿Y cómo dicen también que el Padre de todos es sabio, si no le asignan también el poder de juzgar? Porque si es sabio, es también examinador; y al examinador le es propio el poder de juzgar; y al poder de juzgar lo acompaña la justicia, para que examine con justicia; la justicia provoca el juicio; y el juicio, cuando se hace con justicia, remitirá a la sabiduría. El Padre, pues, sobresaldrá en sabiduría por encima de toda sabiduría humana y angélica, porque es Señor, y juez, y justo, y dominador sobre todos. Porque es también bueno, y misericordioso, y paciente, y salva a los que conviene: ni le falta el bien realizado con justicia, ni su sabiduría se disminuye: pues salva a los que debe salvar, y juzga a los dignos de juicio: ni se muestra inclemente lo justo, yendo delante, a saber, y precediendo la bondad.

4. Así pues, Dios, que hace salir su sol benignamente para todos, y llueve sobre justos e injustos, juzgará a los que, recibiendo por igual su benignidad, no vivieron de modo semejante conforme a la dignidad de su munificencia, sino que se dieron a delicias y lujos contra su benevolencia, blasfemando además contra aquel que les ha hecho tan grandes beneficios.

5. Más religioso que estos se muestra Platón, que confesó que el mismo Dios es justo y bueno,

que tiene poder sobre todas las cosas y que él mismo hace el juicio, diciendo así: «Y Dios, ciertamente, como dice también la antigua palabra, teniendo el principio, y el fin, y los medios de todas las cosas que son, obra rectamente, recorriéndolas según la naturaleza; y a él le sigue siempre la justicia vengadora contra los que se apartan de la ley divina». Y otra vez muestra que el Hacedor y Fabricador de este universo es bueno. «Y en el bueno», dice, «nunca nace envidia de nada»; estableciendo esto, la bondad de Dios, como principio y causa de la fabricación del mundo; y no la ignorancia, ni un Eón que erró, ni el fruto del defecto, ni la Madre que llora y se lamenta, ni otro Dios o Padre.

6. Y con razón los llorará la Madre, ideadores e inventores de tales cosas: pues han maquinado y fingido cosas dignas de ellos, sobre sus propias cabezas, porque su Madre está fuera de la Plenitud, es decir, fuera del conocimiento de Dios, y su colección se ha hecho un aborto, informe y sin figura: pues nada aprehendió de la verdad; cayó en el vacío y en la sombra; pues su doctrina es vacía y entenebrecida: y Horos no le permitió entrar en el Pleroma; pues el Espíritu no los recibió en el refrigerio. Porque su Padre, engendrando la ignorancia, obró en ellos las pasiones de la muerte. Estas cosas no las decimos nosotros para difamarlos, sino que ellos mismos las afirman, ellos mismos las enseñan, se glorían en ellas, tienen alto concepto de la Madre, de la cual dicen que fue engendrada sin padre, es decir, sin Dios,

hembra de hembra, es decir, corrupción a partir del error.

7. Pero nosotros pedimos que no permanezcan en la fosa que ellos mismos cavaron, sino que se separen de semejante Madre, y salgan de Bythus, y se aparten del Vacío, y abandonen la Sombra: y que sean engendrados legítimamente, convertidos a la Iglesia de Dios, y que Cristo se forme en ellos, y que conozcan al Fabricador y Hacedor de este universo, único Dios verdadero y Señor de todas las cosas. Estas cosas pedimos para ellos, amándolos más provechosamente de lo que ellos piensan amarse a sí mismos. Porque el amor que procede de nosotros, siendo verdadero, es salvador para ellos, si es que lo reciben. Porque es semejante a una medicina áspera, que consume la carne impropia y superflua de la herida: pues anula su altivez y su hinchazón. Por lo cual no nos cansará intentar con todas nuestras fuerzas tenderles la mano. Y, además de lo que se ha dicho, pasaremos en el libro siguiente a aducir las palabras del Señor, por si, convenciendo a algunos de ellos por la misma doctrina de Cristo, podemos persuadirlos a que cesen de semejante error y se aparten de aquella blasfemia que es contra su Fabricador, que es también el único Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Libro IV

Prefacio

1. Al enviarte, amadísimo, este cuarto libro de la obra que trata del desenmascaramiento y el derrocamiento del falso conocimiento, confirmaremos, como prometimos, por las palabras del Señor lo que dijimos antes; para que también tú, como pediste, recibas de nosotros por todas partes los medios para refutar a todos los herejes, y, rechazados ellos de todos los modos, no los dejes avanzar más en la profundidad del error ni ahogarse en el piélago de la ignorancia, sino que, volviéndolos al puerto de la verdad, les hagas recibir su propia salvación.

2. Pero el que quiera convertirlos debe conocer con diligencia sus reglas, o sus argumentos. Pues no es posible que alguien cure a quienes están enfermos si ignora la dolencia de los que se encuentran mal. Por lo cual los que fueron antes de nosotros, y por cierto mucho mejores que nosotros, no pudieron, sin embargo, contradecir suficientemente a los que proceden de Valentín, porque ignoraban su regla, que nosotros te hemos transmitido con toda diligencia en el primer libro; en el cual mostramos también que su doctrina es la recapitulación de todos los herejes. Por lo cual también en el segundo los tuvimos como

un espejo de todo el derrocamiento. Pues los que contradicen a estos como se debe contradicen a todos los que son de mala doctrina; y los que los derroquen a ellos derrocan toda herejía.

3. Pues su regla es blasfema por encima de todas, ya que dicen que el Hacedor y Fabricador, que es el único Dios, según hemos mostrado, fue emitido de un defecto o deficiencia. Y blasfeman también contra nuestro Señor, separando y dividiendo a Jesús de Cristo, y a Cristo del Salvador, y a su vez al Salvador del Verbo, y al Verbo del Unigénito. Y así como dicen que el Fabricador fue emitido de un defecto o deficiencia, así también enseñaron que Cristo y Espíritu Santo fueron emitidos a causa del defecto, y que el Salvador es la fructificación de aquellos Eones que fueron emitidos del defecto; de modo que nada hay entre ellos sin blasfemia. En el libro anterior a este, pues, se mostró el sentir de los apóstoles acerca de todas estas cosas: que no solo no pensaron nada semejante los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra de la verdad (Lc 1,2), sino que también nos predicaron que huyéramos de tales doctrinas, previendo por el Espíritu a los que habían de seducir a los más sencillos.

4. Pues así como la serpiente sedujo a Eva, prometiéndole lo que ella misma no tenía, así también estos, alegando un conocimiento mayor y misterios inenarrables, y prometiendo aquella recepción que dicen que está dentro del Pleroma, hunden en la muerte a los que les creen, constituyéndolos apóstatas de aquel que los hizo. Y

entonces el ángel apóstata, habiendo obrado por medio de la serpiente la desobediencia de los hombres, pensó que se ocultaba al Señor: por lo cual Dios le dio la misma forma y el mismo nombre. Pero ahora, como los tiempos son los últimos, el mal se extiende entre los hombres, no solo haciéndolos apóstatas, sino que también los constituye blasfemos contra el Plasmador con muchas maquinaciones, es decir, por medio de todos los herejes de los que se habló antes. Pues todos estos, aunque salgan de lugares diferentes y enseñen cosas diferentes, concurren sin embargo en el mismo propósito de blasfemia, hiriendo mortalmente al enseñar la blasfemia contra Dios, nuestro Hacedor y Nutridor, y al menoscabar la salvación del hombre. Ahora bien, el hombre es una combinación de alma y carne, que fue formado a semejanza de Dios y plasmado por sus manos, es decir, por el Hijo y el Espíritu, a quienes también dijo: Hagamos al hombre (Gn 1,26). Este es, pues, el propósito del que envidia nuestra vida: hacer a los hombres incrédulos respecto de su propia salvación, y blasfemos contra Dios Plasmador. Pues, digan lo que digan con la máxima gravedad todos los herejes, al final vienen a parar en esto: en blasfemar al Fabricador y contradecir la salvación de la hechura de Dios, que es la carne; por la cual el Hijo de Dios hizo toda la disposición, como hemos mostrado de muchos modos; y hemos manifestado que ningún otro es llamado Dios por las Escrituras sino el Padre de todos, y el Hijo, y los que tienen la adopción.

CAPÍTULO 1

Que Cristo conoció y enseñó a los discípulos un solo Dios y Padre.

1. Siendo, pues, esto firme y constante: que ningún otro Dios y Señor fue predicado por el Espíritu sino aquel que domina sobre todos como Dios, junto con su Verbo, y los que reciben el Espíritu de adopción, es decir, los que creen en el único y verdadero Dios y en Cristo Jesús, Hijo de Dios; y que igualmente los apóstoles no llamaron Dios por sí mismos a ningún otro, ni dieron a otro el nombre de Señor; y mucho más nuestro Señor, que también nos mandó no confesar como Padre a nadie sino al que está en los cielos, que es un solo Dios y un solo Padre: se muestra manifiestamente que son falsas las cosas que dicen los embaucadores y perversísimos sofistas, cuando dicen que aquel que ellos mismos inventaron es por naturaleza Dios y Padre, mientras que el Demiurgo no es por naturaleza ni Dios ni Padre, sino que se le llama así solo de palabra, por cuanto domina sobre la creación, como dicen estos perversos gramáticos, que idean cosas contra Dios; y, pasando por alto la doctrina de Cristo y adivinando falsedades por sí mismos, argumentan contra toda la disposición de Dios. Pues dicen que sus Eones son llamados dioses, y padres, y señores, y aun cielos, junto con su Madre, a la que llaman también tierra y Jerusalén, designándola con otros muchos vocablos.

2. ¿Y para quién no será manifiesto que, si el Señor hubiera conocido muchos padres y dioses,

no habría mandado a sus discípulos conocer a un solo Dios y llamar Padre solo a este mismo? Antes bien, distinguió a los que son dioses solo de palabra de aquel que es verdaderamente Dios, para que no se extraviaran respecto de su doctrina ni entendieran a uno en lugar de otro. Pero si a nosotros nos mandó llamar Padre y Dios a uno solo, mientras que él mismo a veces confiesa a otros como padres y dioses del mismo modo, parecerá que manda unas cosas a sus discípulos y que él mismo hace otras. Pero esto no es propio de un buen maestro, sino de un seductor y envidioso. Y también los apóstoles, según ellos, se muestran transgresores del precepto, al confesar al Demiurgo como Dios, y Señor, y Padre, como hemos mostrado, si este no es el único Dios y Padre. Jesús, pues, será para ellos autor y maestro de transgresión, él que mandó que a uno solo se llamara Padre, imponiéndoles la necesidad de confesar al Demiurgo como su Padre, como se ha mostrado.

CAPÍTULO 2

Prueba con testimonios claros de Moisés y de los demás profetas, cuyas palabras son de Cristo, que es uno y solo Dios, Creador del mundo, aquel a quien el Señor anunciaba y de quien decía que era su Padre.

1. Moisés, pues, haciendo en el Deuteronomio la recapitulación de toda la Ley que había recibido del Demiurgo, dice así: Atiende, cielo, y hablaré; y oiga la tierra las palabras de mi boca (Dt 32,1). A su vez David, diciendo que su auxilio

viene del Señor: Mi auxilio, dice, viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Sal 121,2). E Isaías confiesa que las palabras vienen de Dios, que hizo el cielo y la tierra y domina sobre ellos: Oye, dice, cielo, y escucha con tus oídos, tierra, porque el Señor ha hablado (Is 1,2). Y otra vez: Así dice el Señor Dios, que hizo el cielo y lo afirmó; que consolidó la tierra y lo que hay en ella; y que da soplo al pueblo que está sobre ella, y el Espíritu a los que la pisan (Is 42,5).

2. A su vez, nuestro Señor Jesucristo confiesa a este mismo como su Padre, al decir: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra (Mt 11,25). ¿Qué Padre quieren que entendamos estos, que son los perversísimos sofistas de Pandora? ¿Acaso a Bythus, al que fingieron por sí mismos? ¿O a su Madre? ¿O al Unigénito? ¿O al Dios que inventaron los marcionitas o los demás? (del cual hemos demostrado con muchas pruebas que no es Dios) ¿O bien (lo cual es lo verdadero) al Fabricador del cielo y de la tierra? al que también los profetas predicaron, al que también Cristo confiesa como su Padre, al que también la Ley anuncia, diciendo: Escucha, Israel: el Señor tu Dios es uno (Dt 6,4).

3. Y que los escritos de Moisés son palabras de Cristo, él mismo lo dice a los judíos, como Juan lo ha recordado en el Evangelio: Si hubierais creído a Moisés, me habríais creído también a mí: porque él escribió de mí. Pero si no creéis en sus escritos, tampoco creeréis en mis palabras (Jn 5,46-47). Con ello significaba clarísimamente que los escritos de Moisés son palabras suyas. Luego, si las de Moisés son suyas, sin duda también las palabras

de los demás profetas son suyas, como hemos demostrado. Y otra vez el Señor mismo muestra que Abraham dijo al rico, acerca de todos los que aún estaban en vida: Si no obedecen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán aunque alguien resucite de entre los muertos y vaya a ellos (Lc 16,31).

4. Ahora bien, no nos refirió una fábula del pobre y del rico; sino que, en primer lugar, enseñó que nadie debe entregarse a los deleites, ni, viviendo entre los placeres del siglo y muchos banquetes, servir a sus propios gustos y olvidarse de Dios. Había, en efecto, dice, un rico que se vestía de púrpura y de lino fino, y se deleitaba en espléndidos banquetes (Lc 16,19). Y de tales habló también el Espíritu por Isaías: Con cítaras, y tambores, y salterios, y flautas beben el vino; pero no miran las obras de Dios, ni consideran las obras de sus manos (Is 5,12). Para que no caigamos, pues, en el mismo castigo que ellos, el Señor mostró su fin; significando a la vez que los que obedecen a Moisés y a los profetas creerían en aquel a quien estos habían predicado, el Hijo de Dios, que resucitó de entre los muertos y nos da la vida; y demuestra que todos son de una sola sustancia, es decir, Abraham y Moisés, y los profetas, y también el Señor mismo, que resucitó de entre los muertos, en quien creen también muchos de los que son de la circuncisión, los cuales escuchan a Moisés y a los profetas que predican la venida del Hijo de Dios. Pero los que los desprecian dicen que ellos son de otra sustancia, y no conocen al primogénito de los muertos; pues entienden por

separado a Cristo, como quien permaneció impasible, y por separado a Jesús, que padeció.

5. Pues no reciben del Padre el conocer al Hijo, ni aprenden del Hijo al Padre, que enseña manifiestamente y sin parábolas al Dios que verdaderamente es. No juréis, dice, en absoluto, ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey (Mt 5,34-35). Pues estas cosas se dijeron manifiestamente del Fabricador, como dice también Isaías: El cielo es mi sede, la tierra el estrado de mis pies (Is 66,1). Y fuera de este no hay otro Dios; de otro modo, el Señor no lo llamaría ni Dios ni gran Rey: pues quien es tal no admite comparación ni superación alguna. Pues el que tiene sobre sí a alguno superior y está bajo la potestad de otro no puede ser llamado ni Dios ni gran Rey.

6. Y tampoco podrán decir que estas cosas se dijeron por ironía, pues los refutan los mismos dichos, que muestran que se dijeron en verdad. En efecto, el que hablaba era la verdad, y verdaderamente reivindicaba su casa, echando de ella a los cambistas, que compraban y vendían, y diciéndoles: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mt 21,13). ¿Y qué motivo tenía para hacer y decir esto, y reivindicar su casa, si anunciaba a otro Dios? Lo hizo para poner de manifiesto a los transgresores de la Ley paterna. Pues no acusaba a la casa, ni censuraba la Ley, que había venido a cumplir; sino que reprendía a los que no usaban bien de la casa, y a los que trans-

gredían la Ley. Y por eso los escribas y los fariseos, que desde los tiempos de la Ley habían comenzado a despreciar a Dios, tampoco recibieron su Verbo, es decir, no creyeron a Cristo; de los cuales dice Isaías: Tus príncipes son desobedientes, compañeros de ladrones, que aman los regalos, que andan tras la recompensa, que no hacen justicia a los huérfanos y no atienden al juicio de las viudas (Is 1,23). Y Jeremías igualmente: Los que presiden a mi pueblo, dice, no me conocían; son hijos insensatos e imprudentes; son sabios para hacer el mal, pero no supieron hacer el bien (Jer 4,22).

7. Pero cuantos temían a Dios y eran solícitos de su Ley, esos acudieron a Cristo, y todos se salvaron: pues Id, dice a los discípulos, a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 10,6). Y también los samaritanos, dice, habiéndose quedado el Señor con ellos dos días: muchos más creyeron por sus palabras, y decían a la mujer: Ya no creemos por tu habla; pues nosotros mismos hemos oído, y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo (Jn 4,41-42). Y Pablo dice: Y así todo Israel será salvo (Rom 11,26). Y también llamó a la Ley nuestro pedagogo hacia Jesucristo (Gál 3,24). No atribuyan, pues, a la Ley la infidelidad de algunos: pues la Ley no les prohibía creer en el Hijo de Dios, sino que incluso los exhortaba, diciendo que los hombres no se salvan de la antigua herida de la serpiente de otro modo sino creyendo en aquel que, en semejanza de carne de pecado, es levantado de la tierra en el árbol del

martirio, y atrae todas las cosas hacia sí, y vivifica a los muertos.

CAPÍTULO 3

Responde a las cavilaciones de los gnósticos: que el Dios verdadero no cambia ni deja de ser porque pasen el cielo, su sede, y la tierra, estrado de sus pies.

1. En cuanto a lo que dicen con malicia: que, si el cielo es el trono de Dios y la tierra su estrado, y se ha dicho que el cielo y la tierra pasan, es necesario que, al pasar estos, pase también este Dios que se sienta sobre ellos, y que por eso no es este el Dios que está sobre todas las cosas: en primer lugar, no saben qué significa «el cielo trono, y la tierra estrado». Pues no saben qué es Dios, sino que piensan que se sienta a la manera de un hombre, y que es contenido, y no que contiene. Ignoran también qué es el paso del cielo y de la tierra; pero Pablo no lo ignoró, pues dice: Porque pasa la figura de este mundo (1 Cor 7,31). Después, David resuelve su cuestión. Pues dice que, mientras pasa la figura de este mundo, no solo Dios perdura, sino también sus siervos, hablando así en el salmo ciento uno: Al principio tú fundaste la tierra, Señor, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, pero tú perdurarás; y todos envejecerán como un vestido, y como una cobertura los cambiarás, y serán cambiados. Pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán. Los hijos de tus siervos habitarán, y su simiente será dirigida para siempre (Sal 102,26-29); mostrando manifiestamente cuáles son las cosas que pasan, y quién

es el que perdura siempre: Dios con sus siervos. E Isaías igualmente: Levantad, dice, vuestros ojos al cielo, y mirad abajo a la tierra; porque el cielo ha sido afirmado como humo, y la tierra envejecerá como un vestido; y los que habitan en ellos morirán como estas cosas. Pero mi poder salvador será para siempre, y mi justicia no se acabará (Is 51,6).

CAPÍTULO 4

Responde a otra objeción, y prueba que, aunque Jerusalén, que era la ciudad del gran Rey, fue destruida y abandonada, nada se perdió de la suprema majestad y potencia de Dios: pues sucedió por el sapientísimo designio del mismo Dios.

1. Además, se atreven a decir acerca de Jerusalén, y acerca del Señor, que, si fuera la ciudad del gran Rey (Mt 5,35), no sería abandonada. Pero es semejante a si alguien dijera que, si el rastrojo fuera creación de Dios, nunca sería abandonado por el trigo; y que los sarmientos de la vid, si hubieran sido hechos por Dios, nunca serían cortados, despojados de sus racimos. Pero así como estas cosas no fueron hechas principalmente por sí mismas, sino por el fruto que crece en ellas, y, una vez maduro y retirado este, se abandonan y se quitan de en medio las que ya no son útiles para la fructificación: así también Jerusalén, que había llevado en sí el yugo de la servidumbre (por el cual fue domado el hombre, que antes no estaba sujeto a Dios, cuando reinaba la muerte, y, domado, se hizo apto para la libertad), llegado el fruto de la libertad, y crecido, y segado, y recogido en el granero, y llevados de ella los que pueden

fructificar y sembrados en todo el mundo —como dice Isaías: Los hijos de Jacob germinarán, y florecerá Israel, y de su fruto se llenará toda la tierra (Is 27,6). Pues, sembrado el fruto en toda la tierra, con razón fue abandonada y quitada de en medio la que en otro tiempo había fructificado bien (pues de ella, según la carne, fue dado como fruto Cristo, y los apóstoles); pero ahora ya no es útil para la fructificación. Pues todo lo que tiene un comienzo temporal debe tener también un fin temporal.

2. Así pues, como la Ley comenzó con Moisés, en consecuencia terminó en Juan. Cristo había venido para su cumplimiento; y por esto la Ley y los Profetas estaban entre ellos hasta Juan (Lc 16,16); y así también Jerusalén, que comenzaba en David y cumplía sus tiempos. La legislación debía tener un fin, una vez manifestado el Nuevo Testamento. Pues Dios hace todas las cosas con medida y orden, y nada hay en él sin medida, pues tampoco hay nada desordenado. Y bien dijo el que dijo que el mismo Padre inmenso está medido en el Hijo: pues la medida del Padre es el Hijo, ya que también lo contiene. Y como su ministración era temporal, dice Isaías: Será abandonada la hija de Sion como una choza en la viña, y como un cobertizo de guarda en el pepinar (Is 1,8). ¿Y cuándo serán abandonadas estas cosas? ¿No es cuando se quita el fruto, y quedarán solas las hojas, que ya no pueden fructificar?

3. ¿Y qué decimos de Jerusalén, siendo así que también la figura del mundo entero debe pasar, al llegar el tiempo de su paso, para que el fruto

se recoja en el granero, y la paja, abandonada, se queme? Porque el día del Señor es como un horno ardiente; y serán rastrojo todos los pecadores que hacen cosas injustas, y el día que viene los quemará (Mal 3,19). Y quién es este Señor que trae tal día lo significa Juan el Bautista, diciendo de Cristo: Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego, teniendo el bieldo en su mano para limpiar su era; y recogerá el fruto en el granero, pero la paja la quemará con fuego inextinguible (Mt 3,11-12; Lc 3,16-17). Pues no es uno el que hace el trigo y otro el que hace la paja, sino uno y el mismo, que también los juzga, es decir, los separa. Pero el trigo y la paja, siendo inanimados e irracionales, fueron hechos tales por naturaleza; el hombre, en cambio, racional, y en esto semejante a Dios, hecho libre en su albedrío y de su propia potestad, es él mismo para sí la causa de llegar a ser unas veces trigo y otras paja. Por lo cual también será con justicia condenado, porque, hecho racional, perdió la verdadera razón, y, viviendo irracionalmente, se opuso a la justicia de Dios, entregándose a todo espíritu terreno y sirviendo a todos los placeres; como dice el Profeta: El hombre, estando en honor, no entendió; fue comparado a las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas (Sal 49,13).

CAPÍTULO 5

Vuelve al argumento emprendido, y muestra que hay un solo Dios anunciado por la Ley y los Profetas, a quien Cristo confiesa como su Padre, y

que por su Verbo, un solo Dios vivo con él, se dio a conocer a los hombres en uno y otro Testamento.

1. Uno y el mismo Dios, pues, el que enrolla el cielo como un libro y renueva la faz de la tierra; el que hizo las cosas temporales por causa del hombre, para que, madurando en ellas, fructifique la inmortalidad; y el que añade encima las eternas por su benignidad, para mostrar a los siglos venideros las riquezas inenarrables de su benignidad (Ef 2,7); el que fue anunciado por la Ley y los Profetas; al que Cristo confesó como su Padre. Y él es el Fabricador; y él es el Dios que está sobre todas las cosas, como dice Isaías: Yo soy testigo, dice el Señor Dios, y mi siervo, al que elegí, para que conozcáis, y creáis, y entendáis que yo soy. Antes de mí no hubo otro Dios, y después de mí no lo habrá. Yo soy Dios, y fuera de mí no hay quien salve. Anuncié, y salvé (Is 43,10-12). Y otra vez: Yo soy Dios el primero, y estoy sobre las cosas venideras (Is 41,4). Pues no dice estas cosas con inconstancia, ni con altivez, ni jactándose; sino que, como era imposible aprender a Dios sin Dios, enseña a los hombres por su Verbo a conocer a Dios. A los que no saben estas cosas, y por eso piensan haber inventado otro Padre, con justicia se les puede decir: Erráis, no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios (Mt 22,29).

2. Pues nuestro Señor y maestro, en la respuesta que dio a los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y por eso deshonran a Dios y rebajan la Ley, mostró la resurrección y manifestó a Dios, diciéndoles: Erráis, no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios. Pues acerca de

la resurrección de los muertos, dice, ¿no habéis leído lo que fue dicho por Dios, que dice: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? (Mt 22,31-32; Ex 3,6) Y añadió: No es Dios de muertos, sino de vivos (Mt 22,32); pues todos viven para él. Con esto, ciertamente, hizo manifiesto que el que habló a Moisés desde la zarza y manifestó ser el Dios de los padres es el Dios de los vivientes. Pues ¿quién es el Dios de los vivos, sino el que es Dios, sobre el cual no hay otro Dios? A él también lo anunció el profeta Daniel, cuando Ciro, rey de los persas, le dijo: ¿Por qué no adoras a Bel? (Dan 14,3); pues dijo: Porque no doy culto a ídolos hechos por mano, sino al Dios vivo, que estableció el cielo y la tierra, y tiene dominio sobre toda carne (Dan 14,4). Otra vez dijo: Adoraré al Señor mi Dios, porque este es el Dios vivo (Dan 14,24). El Dios vivo, pues, que era adorado por los profetas, ese es el Dios de los vivos; y su Verbo, que también habló a Moisés, que también refutó a los saduceos, que también dio la resurrección, mostrando a los que están ciegos ambas cosas, es decir, la resurrección y a Dios. Pues si no es Dios de muertos, sino de vivos, y sin embargo fue llamado Dios de los padres que duermen, sin duda viven para Dios y no han perecido, pues son hijos de la resurrección. Y la resurrección es nuestro Señor mismo, como él mismo dice: Yo soy la resurrección y la vida (Jn 11,25). Y los padres son sus hijos; pues fue dicho por el Profeta: En lugar de tus padres, te fueron hechos tus hijos (Sal 45,17). Cristo mismo, pues, junto con el Padre, es el Dios

de los vivos, que habló a Moisés, que también se manifestó a los padres.

3. Y enseñando esto mismo decía a los judíos: Abraham, vuestro padre, se alegró de ver mi día, y lo vio, y se gozó (Jn 8,56). ¿Pues qué? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado para justicia (Gn 15,6; Rom 4,3): primero, que él es el Hacedor del cielo y de la tierra, el único Dios; y después, que hará su simiente como las estrellas del cielo. Esto es lo que dice Pablo: como lumbreras en el mundo (Flp 2,15). Con justicia, pues, dejando toda su parentela terrena, seguía al Verbo de Dios, peregrinando con el Verbo, para morar con el Verbo.

4. Con justicia también los apóstoles, que tenían su linaje de Abraham, dejando la barca y al padre, seguían al Verbo de Dios. Con justicia también nosotros, recibiendo la misma fe que tuvo Abraham, tomando la cruz como Isaac la leña, lo seguimos. Pues en Abraham el hombre había aprendido de antemano, y se había acostumbrado, a seguir al Verbo de Dios. En efecto, Abraham, siguiendo según su fe el precepto del Verbo de Dios, con ánimo pronto entregó a su hijo único y amado como sacrificio a Dios, para que también Dios tuviera a bien ofrecer, por toda su simiente, a su Hijo amado y unigénito como sacrificio para nuestra redención.

5. Así pues, como Abraham era profeta, y veía en el Espíritu el día de la venida del Señor y la disposición de la Pasión, por quien él mismo y todos los que, como él creyó, creen igualmente a Dios habían de salvarse, se alegró sobremanera. No era, pues, desconocido para Abraham el Señor,

cuyo día deseó ver; ni tampoco el Padre del Señor: pues lo había aprendido del Verbo del Señor, y le creyó; por lo cual también le fue contado para justicia por el Señor. Pues la fe hacia el Dios altísimo justifica al hombre; y por esto decía: Extenderé mi mano hacia el Dios altísimo, que estableció el cielo y la tierra (Gn 14,22). Pero todo esto intentan derrocar los que son de mala doctrina, por un solo dicho, que ellos ciertamente no han entendido bien.

CAPÍTULO 6

Explica las palabras de Cristo «Nadie conoce al Padre sino el Hijo», etc., de las que abusaban los herejes, y prueba que, así como el Padre revela al Hijo, así, revelándolo el Hijo, el Padre nunca fue desconocido.

1. Pues el Señor, mostrando a los discípulos que él mismo es el Verbo que produce el conocimiento del Padre, y reprochando a los judíos, que pensaban tener a Dios mientras rechazaban también a su Verbo, por quien Dios es conocido, decía: Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mt 11,27; Lc 10,22). Así lo puso Mateo, y Lucas igualmente, y Marcos lo mismo; pues Juan pasó por alto este lugar. Pero estos, que pretenden ser más entendidos que los apóstoles, lo escriben así: Nadie ha conocido al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo; y lo interpretan como si el verdadero Dios no hubiera sido conocido por nadie antes de la venida de nuestro Señor; y dicen

que el Dios que fue anunciado por los profetas no es el Padre de Cristo.

2. Pero si Cristo comenzó a ser entonces, cuando realizó su venida según el hombre, y el Padre se acordó de proveer a los hombres desde los tiempos de Tiberio César, y se mostraba que su Verbo no había estado siempre junto con su hechura: ni aun entonces debía anunciarse otro Dios, sino que debían investigarse las causas de tan gran descuido y negligencia suya. Pues ninguna cuestión debe ser tal, ni cobrar tanta fuerza, que cambie a Dios y deje vacía nuestra fe en el Fabricador (que nos alimenta por medio de su creación). Pues así como dirigimos nuestra fe hacia el Hijo, así también debemos tener hacia el Padre un amor firme e inamovible. Y bien dice Justino en su libro contra Marción: «Yo no habría creído ni al Señor mismo, si hubiera anunciado otro Dios fuera de nuestro Fabricador y Hacedor y Nutridor. Pero, como el Hijo unigénito vino a nosotros del único Dios, que hizo este mundo y nos plasmó, y contiene y administra todas las cosas, recapitulando en sí mismo su propia hechura, firme es mi fe en él, e inamovible mi amor hacia el Padre, concediéndonos Dios ambas cosas».

3. Pues nadie puede conocer al Padre si no lo revela el Verbo de Dios, es decir, si no lo revela el Hijo; ni al Hijo, sin el beneplácito del Padre. Y el Hijo cumple el buen agrado del Padre: pues el Padre envía, y el Hijo es enviado y viene. Y al Padre, invisible e ilimitado en lo que a nosotros respecta, lo conoce su propio Verbo, y, siendo inenarrable, él mismo nos lo narra; y a su vez solo

el Padre conoce a su Verbo: y que ambas cosas son así lo manifestó el Señor. Y por esto el Hijo revela el conocimiento del Padre por su propia manifestación. Pues el conocimiento del Padre es la manifestación del Hijo: porque todas las cosas se manifiestan por medio del Verbo. Para que conociéramos, pues, que el Hijo que vino es el mismo que produce el conocimiento del Padre en los que le creen, decía a los discípulos: Nadie conoce al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre, y aquellos a quienes el Hijo lo haya revelado (Mt 11,27); enseñándose a sí mismo y al Padre tal como es, para que no recibamos otro Padre sino el que es revelado por el Hijo.

4. Y este es el Fabricador del cielo y de la tierra, como se muestra por sus palabras; y no el falso Padre inventado por Marción, o por Valentín, o por Basílides, o por Carpócrates, o Simón, o los demás falsamente llamados gnósticos. Pues ninguno de ellos fue Hijo de Dios, sino Cristo Jesús, nuestro Señor, contra el cual también ejercen una disciplina contraria, atreviéndose a anunciar un Dios desconocido. Pero deben oír esto contra sí mismos: ¿Cómo es desconocido el que es conocido por ellos? Pues lo que es conocido aunque sea por pocos no es desconocido. Ahora bien, el Señor no dijo que el Padre y el Hijo no pueden ser conocidos en absoluto; de otro modo, su venida habría sido superflua. Pues ¿a qué venía aquí? ¿Acaso para decirnos: «No busquéis a Dios, porque es desconocido, y no lo hallaréis», como mienten los que proceden de Valentín que Cristo dijo a sus Eones? Pero esto es vano. Pero el Señor enseñó

que nadie puede conocer a Dios si Dios no le enseña, es decir, que sin Dios no se conoce a Dios; y que esto mismo, que él sea conocido, es voluntad del Padre. Pues lo conocen aquellos a quienes el Hijo lo haya revelado.

5. Y para esto reveló el Padre al Hijo: para manifestarse a todos por medio de él, y recibir en la incorrupción y en el refrigerio eterno a los que, siendo justos, le creen (y creerle es hacer su voluntad); mientras que a los que no creen, y por eso huyen de su luz, los encerrará con justicia en las tinieblas que ellos mismos se eligieron. A todos, pues, se reveló el Padre, haciendo visible a todos su Verbo; y a su vez el Verbo mostraba a todos al Padre y al Hijo, al ser visto por todos; y por eso es justo el juicio de Dios sobre todos los que vieron de igual modo, pero no creyeron de igual modo.

6. En efecto, por la creación misma el Verbo revela a Dios Creador; y por el mundo, al Señor Fabricador del mundo; y por la hechura, al artífice que la plasmó; y por el Hijo, a aquel Padre que engendró al Hijo: y de estas cosas hablan todos igualmente, pero no creen igualmente. Pero por la Ley y los Profetas el Verbo predicaba igualmente a sí mismo y al Padre; y todo el pueblo oyó igualmente, pero no todos creyeron igualmente. Y por el Verbo mismo, hecho visible y palpable, se mostraba el Padre, aunque no todos le creyeran igualmente; pero todos vieron en el Hijo al Padre: pues lo invisible del Hijo es el Padre, y lo visible del Padre es el Hijo. Y por esto todos hablaban de Cristo cuando estaba presente, y nombraban a Dios. También los demonios, viendo al Hijo,

decían: Sabemos quién eres, el santo de Dios (Mc 1,24); y el diablo, tentándolo, al verlo, decía: Si tú eres el Hijo de Dios (Mt 4,3); todos, en verdad, viendo al Hijo y al Padre y hablando de ellos, pero no todos creyendo.

7. Pues era necesario que la verdad recibiera testimonio de todos, y que hubiera un juicio para salvación de los que creen y para condenación de los que no creen, a fin de que todos sean juzgados con justicia, y la fe en el Padre y en el Hijo sea aprobada por todos, es decir, confirmada por todos, recibiendo testimonio de todos, tanto de los de casa, porque son amigos, como de los extraños, porque son enemigos. Pues aquella es la prueba verdadera y sin contradicción que aporta pruebas singulares de testimonio aun de los adversarios mismos, los cuales, ante su misma visión manifiesta, fueron convencidos del asunto presente, y dieron testimonio, y lo significaron; pero después irrumpieron en enemistad, y acusaron, y quisieron que su propio testimonio no fuera verdadero. No era, pues, uno el que era conocido y otro el que decía: Nadie conoce al Padre (Mt 11,27); sino uno y el mismo, sometiéndole el Padre todas las cosas, y recibiendo testimonio de todos de que es verdaderamente hombre y de que es verdaderamente Dios: del Padre, del Espíritu, de los ángeles, de la creación misma, de los hombres, y de los espíritus apóstatas, y de los demonios, y del enemigo, y finalmente de la muerte misma. Y el Hijo, ministrando al Padre todas las cosas, las lleva a término desde el principio hasta el fin, y sin él nadie puede conocer a Dios. Pues

el conocimiento del Padre es el Hijo; y el conocimiento del Hijo está en el Padre, y es revelado por el Hijo: y por esto decía el Señor: Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo, y aquellos a quienes el Hijo lo haya revelado (Mt 11,27). Pues «lo haya revelado» no se dijo solo del futuro, como si el Verbo hubiera comenzado a manifestar al Padre entonces, cuando nació de María; sino que está puesto de modo general para todo el tiempo. Pues el Hijo, asistiendo desde el principio a su propia hechura, revela al Padre a todos, a quienes quiere, y cuando quiere, y como quiere el Padre: y por esto en todos y a través de todos hay un solo Dios Padre, y un solo Verbo, el Hijo, y un solo Espíritu, y una sola salvación para todos los que creen en él.

CAPÍTULO 7

Retoma el discurso comenzado, y muestra que Abraham, revelándolo el Verbo, conoció al Padre y la venida del Hijo de Dios. Que por eso se alegró viendo el día de Cristo, en que habían de cumplirse las promesas hechas a él. El fruto de esta alegría pasó a sus descendientes, partícipes de la fe de Abraham, pero no llegó a los judíos, que rechazaban al Verbo de Dios.

1. Y Abraham, pues, conociendo por el Verbo al Padre, que hizo el cielo y la tierra, lo confesaba como Dios; y, enseñado por una representación de que el Hijo de Dios sería hombre entre los hombres, por cuya venida su simiente sería como las estrellas del cielo, deseó ver aquel día, para abrazar también él a Cristo; y, viéndolo por el

Espíritu de profecía, se alegró. Por eso también Simeón, de su simiente, cumplía de hecho el gozo del patriarca, y decía: Ahora despides a tu siervo, Señor, en paz; porque mis ojos han visto tu poder salvador, que preparaste a la vista de todos los pueblos: luz para revelación de las naciones, y gloria del pueblo Israel (Lc 2,29-32). Y también los ángeles anunciaron un gran gozo a los pastores que velaban de noche (Lc 2,8-10). Y también María dice: Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en mi Dios salvador (Lc 1,46-47); descendiendo la alegría de Abraham a los que eran de su simiente, que velaban, y veían a Cristo, y le creían; y volviendo a su vez y regresando la alegría desde los hijos a Abraham, que también había deseado ver el día de la venida de Cristo. Bien, pues, le daba testimonio nuestro Señor, diciendo: Abraham, vuestro padre, se alegró de ver mi día, y lo vio, y se gozó (Jn 8,56).

2. Pues no dijo esto solo por causa de Abraham, sino también para mostrar que todos los que desde el principio conocieron a Dios y profetizaron la venida de Cristo recibieron la revelación del Hijo mismo, que también en los últimos tiempos se hizo visible y pasible, y habló con el género humano, para suscitar de las piedras hijos a Abraham, y cumplir la promesa que Dios le había prometido, y hacer su simiente como las estrellas del cielo, como dice Juan el Bautista: Porque poderoso es Dios para suscitar de estas piedras hijos a Abraham (Mt 3,9). Y esto hizo Jesús, sacándonos del culto de las piedras, y trasladándonos de pensamientos duros e infructuosos, y

estableciendo en nosotros una fe semejante a la de Abraham. Como también lo atestigua Pablo, diciendo que somos hijos de Abraham según la semejanza de la fe y la promesa de la herencia.

3. Uno y el mismo Dios es, pues, el que llamó a Abraham y le dio la promesa. Y este es el Fabricador, que también por Cristo prepara lumbreras en el mundo, los que creen de entre las naciones. Vosotros, dice, sois la luz del mundo (Mt 5,14), es decir, como las estrellas del cielo. A este, pues, hemos mostrado con razón que no lo conoce nadie sino el Hijo, y aquellos a quienes el Hijo lo haya revelado. Y el Hijo revela al Padre a todos aquellos a quienes quiere que sea conocido; y ni sin la buena voluntad del Padre ni sin la ministración del Hijo conocerá nadie a Dios. Y por esto decía el Señor a los discípulos: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Y nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubierais conocido, ciertamente habríais conocido también a mi Padre; y desde ahora lo habéis conocido, y lo habéis visto (Jn 14,6-7). De lo cual es manifiesto que es conocido por el Hijo, es decir, por el Verbo.

4. Por esto los judíos se apartaron de Dios, no recibiendo a su Verbo, sino pensando que podían conocer al Padre por sí mismo, sin el Verbo, es decir, sin el Hijo; no conociendo como Dios a aquel que habló en figura humana a Abraham, y de nuevo a Moisés, diciendo: Viendo he visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he descendido para librarlos (Ex 3,7-8). Pues estas cosas las preparaba de antemano desde el principio el Hijo, que es el Verbo de Dios, no necesitando el

Padre de ángeles para hacer la creación y formar al hombre, por causa del cual también se hacía la creación; ni necesitando tampoco de ministerio para la fabricación de las cosas que fueron hechas, para la disposición de los asuntos que eran según el hombre; sino teniendo un ministerio abundante e inenarrable. Pues le ministran en todo su progenie y su figuración, es decir, el Hijo y el Espíritu Santo, el Verbo y la Sabiduría; a quienes sirven, y a quienes están sujetos todos los ángeles. Vanos son, pues, los que, porque se dijo: Nadie conoce al Padre sino el Hijo (Mt 11,27), introducen otro Padre desconocido.

CAPÍTULO 8

Que son vanos Marción y sus secuaces, que excluyen a Abraham de la salvación otorgada por Cristo; pues Cristo libertó no solo a Abraham, sino también a su simiente, cumpliendo la Ley, no disolviéndola, aun cuando curaba en sábado.

1. Vano es también Marción, y los que proceden de él, que expulsan de la herencia a Abraham, a quien el Espíritu da testimonio por medio de muchos, y ahora también por medio de Pablo, de que creyó a Dios, y le fue contado para justicia (Rom 4,3; Gn 15,6); y también el Señor, primero suscitándole hijos de las piedras, y haciendo su simiente como las estrellas del cielo, al decir: Vendrán de oriente y de occidente, del aquilón y del austro, y se sentarán a la mesa con Abraham, e Isaac, y Jacob en el reino de los cielos (Mt 8,11; Lc 13,29); y de nuevo al decir a los judíos: Cuando veáis a Abraham, e Isaac, y Jacob, y a todos los

profetas en el reino de los cielos, y a vosotros echados fuera (Lc 13,28). Es manifiesto, pues, que los que contradicen su salvación, y forjan otro Dios fuera de aquel que hizo la promesa a Abraham, están fuera del reino de Dios y son desheredados de la incorrupción, rechazando y blasfemando a Dios, que introduce en el reino de los cielos a Abraham y a su simiente, que es la Iglesia, por medio de Cristo Jesús, a quien también se devuelve la adopción y la herencia que fue prometida a Abraham.

2. Pues el Señor reivindicaba su simiente, desatándola de las ataduras y llamándola a la salvación, como hizo con la mujer que fue curada por él, diciendo manifiestamente a los que no tenían una fe semejante a la de Abraham: Hipócritas, ¿no desata cada uno de vosotros en día de sábado su buey o su asno, y lo lleva, y le da de beber? Y a esta, siendo hija de Abraham, a la que Satanás había atado dieciocho años, ¿no convenía desatarla de esta atadura en día de sábado? (Lc 13,15-16) Es manifiesto, pues, que a los que le creían como Abraham los desató y vivificó, sin hacer nada fuera de la Ley al curar en día de sábado. Pues la Ley no prohibía que los hombres fueran curados en sábado, ella que incluso los circuncidaba en este día, y mandaba a los sacerdotes cumplir los ministerios en favor del pueblo; y tampoco prohibía la curación de los animales mudos. Y en Siloé también curó a menudo en sábado; y por esto muchos se sentaban junto a él en día de sábado. Pues la Ley les mandaba abstenerse de toda obra servil, es decir, de toda avaricia que se ejerce por

el negocio y por la demás actividad terrena; pero exhortaba a que se hicieran las obras del alma, que se hacen por el juicio y las buenas palabras, en auxilio de los que son prójimos. Y por esto el Señor reprendía a los que injustamente le reprochaban que curara en sábado. Pues no disolvía la Ley, sino que la cumplía, realizando la obra del sumo sacerdote, propiciando a Dios en favor de los hombres, y limpiando leprosos, curando enfermos, y muriendo él mismo, para que el hombre desterrado saliera de la condenación y volviera sin temor a su herencia.

3. Tampoco prohibía la Ley a los que tenían hambre tomar en sábado alimento de lo que estaba a mano; pero prohibía segar y recoger en el granero. Y por eso el Señor dijo a los que acusaban a sus discípulos porque, arrancando espigas, las comían: ¿Ni siquiera habéis leído esto, lo que hizo David cuando tuvo hambre, cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, y dio a los que estaban con él, los cuales no era lícito comer sino solo a los sacerdotes? (Lc 6,3-4) excusando a sus discípulos por las palabras de la Ley, y significando que a los sacerdotes les es lícito obrar con libertad. Ahora bien, David había sido reconocido como sacerdote ante Dios, aunque Saúl lo perseguía. Pues todos los justos tienen el orden sacerdotal. Y sacerdotes son todos los apóstoles del Señor, que no heredan aquí ni campos ni casas, sino que sirven siempre al altar y a Dios. De ellos dice también Moisés en el Deuteronomio, en la bendición de Leví: El que dice a su padre y a su madre: No te conozco; y no reco-

noció a sus hermanos, y desconoció a sus hijos: guardó tus preceptos y observó tu testamento (Dt 33,9). ¿Y quiénes son los que dejaron padre y madre, y renunciaron a todos sus allegados por la palabra de Dios y su testamento, sino los discípulos del Señor? De ellos, otra vez, Moisés: Pero herencia, dice, no tendrán. Pues el Señor mismo es su herencia (Nm 18,20; Dt 10,9). Y otra vez: No tendrán los sacerdotes levitas, en toda la tribu de Leví, parte ni hacienda con Israel: los frutos del Señor son su hacienda; los comerán (Dt 18,1). Por esto también Pablo: No busco, dice, el don, sino que busco el fruto (Flp 4,17). Teniendo los discípulos del Señor, dice, la hacienda levítica, les era lícito, cuando tenían hambre, tomar alimento de los sembrados: Pues digno es el obrero de su alimento (Mt 10,10). Y los sacerdotes en el templo profanaban el sábado, y no eran culpables. ¿Por qué, pues, no eran culpables? Porque, estando en el templo, no cumplían ministerios seculares, sino del Señor, cumpliendo la Ley, no traspasándola como aquel que por su cuenta llevó leña seca al campamento del Señor, el cual también fue con justicia lapidado. Pues todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego (Mt 3,10; 7,19). Y: Cualquiera que viole el templo de Dios, Dios lo violará a él (1 Cor 3,17).

CAPÍTULO 9

Que ambos Testamentos tienen un solo autor, un solo fin y un mismo propósito principal.

1. Todas las cosas, pues, son de una y la misma sustancia, es decir, de uno y el mismo Dios, como

también dice el Señor a los discípulos: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mt 13,52). No enseñó que uno saca las viejas y otro las nuevas, sino uno y el mismo. Pues el padre de familia es el Señor, que domina sobre toda la casa paterna: a los siervos, y a los aún indisciplinados, entregándoles una ley adecuada; a los hombres libres, y justificados por la fe, dándoles preceptos convenientes; y a los hijos abriéndoles su herencia. Y llamaba escribas y doctores del reino de los cielos a sus discípulos, de los cuales dice también en otro lugar a los judíos: He aquí que os envío sabios, y escribas, y doctores, y a algunos de ellos mataréis, y los ahuyentaréis de ciudad en ciudad (Mt 23,34). Y las cosas nuevas y viejas que se sacan del tesoro las llama, sin contradicción, los dos Testamentos: el antiguo, que había sido antes, la legislación; y el nuevo muestra que es el modo de vida según el Evangelio, del cual dice David: Cantad al Señor un cántico nuevo (Sal 96,1; 98,1). E Isaías: Cantad al Señor un himno nuevo. Su principio: su nombre es glorificado desde lo alto de la tierra; anuncian sus prodigios en las islas (Is 42,10-12). Y Jeremías dice: He aquí que dispondré, dice, un testamento nuevo, no como lo dispuse para vuestros padres (Jer 31,31-32) en el monte Horeb. Y ambos Testamentos los produjo uno y el mismo padre de familia, el Verbo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, que habló con Abraham y con Moisés, y nos restituyó en la novedad la libertad, y multiplicó la gracia que procede de él.

2. Pues algo más, dice, que el templo hay aquí (Mt 12,6). Ahora bien, «más» y «menos» no se dicen de cosas que no tienen comunión entre sí, y son de naturaleza contraria, y luchan entre sí; sino de las que son de la misma sustancia y se comunican entre sí, y solo difieren en cantidad y en magnitud: como el agua del agua, y la luz de la luz, y la gracia de la gracia. Mayor es, pues, la legislación que es para la libertad que la que fue dada para la servidumbre; y por eso se difundió no en una sola nación, sino en todo el mundo. Y uno y el mismo es el Señor que es más que el templo, y que da a los hombres más que Salomón y más que Jonás, es decir, su propia presencia y la resurrección de entre los muertos: pero no cambiando a Dios, ni predicando otro Padre, sino al mismo, que siempre tiene más que medir a los de su casa; y, al progresar el amor de estos hacia Dios, da cosas más numerosas y mayores, como también el Señor decía a los discípulos: Veréis cosas mayores que estas (Jn 1,50). Y Pablo dice: No que ya lo haya recibido, o haya sido justificado, o sea ya perfecto (Flp 3,12). Pues en parte conocemos, y en parte profetizamos. Pero cuando venga lo que es perfecto, lo que es en parte será destruido (1 Cor 13,9-10). Así como, pues, llegado lo perfecto, no veremos otro Padre, sino a este que ahora deseamos ver (Pues bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5,8)); ni esperaremos otro Cristo e Hijo de Dios, sino a este que es de la Virgen María, que también padeció, en quien creemos, a quien amamos (como dice Isaías: Y dirán en aquel día: He aquí

al Señor nuestro Dios, en quien esperamos, y nos alegramos en nuestra salvación (Is 25,9). Y Pedro dice en su Epístola: A quien, sin verlo, amáis, dice, en quien, sin verlo ahora, habéis creído, os alegraréis con un gozo inenarrable (1 Pe 1,8)); ni recibimos otro Espíritu Santo, sino este que está con nosotros, y que clama: Abbá, Padre (Rom 8,15; Gál 4,6); y en estas mismas cosas tendremos crecimiento y progresaremos, para gozar de los dones de Dios ya no por espejo y en enigmas, sino cara a cara: así también ahora, recibiendo algo más que el templo y más que Salomón, es decir, la venida del Hijo de Dios, no hemos aprendido otro Dios fuera del Fabricador y Hacedor de todas las cosas, que nos fue mostrado desde el principio; ni otro Cristo, Hijo de Dios, fuera de aquel que fue predicado por los profetas.

3. Pues, conocido y predicado por los profetas el Nuevo Testamento, también era predicado aquel que había de disponerlo según el beneplácito del Padre, manifestado a los hombres como Dios quiso; para que los que creen en él puedan progresar siempre, y madurar por los testamentos hasta la perfección de la salvación. Pues una es la salvación, y uno es Dios; pero los preceptos que forman al hombre son muchos, y no pocos los grados que conducen al hombre a Dios. A un rey terreno y temporal, aunque sea hombre, le es lícito a veces conceder mayores ascensos a los que le están sujetos: ¿y a Dios no le será lícito, siendo el mismo, y queriendo conceder siempre mayor gracia al género humano, y honrar asiduamente con más dones a los que le agradan? Pero

si progresar es esto, inventar otro Padre fuera del que fue anunciado desde el principio, y de nuevo, fuera del que se piensa que fue hallado en segundo lugar, inventar otro tercero; también será progreso del mismo pasar del tercero a un cuarto, y de este de nuevo a otro y a otro: y así un entendimiento de tal clase, creyendo siempre progresar, nunca se detendrá en un solo Dios. Pues, expulsado del que es, y vuelto hacia atrás, buscará siempre, pero nunca hallará a Dios; sino que nadará siempre en la profundidad de la incomprensibilidad, a menos que, convertido por la penitencia, vuelva al lugar de donde había sido arrojado, confesando y creyendo en un solo Dios, Padre, Demiurgo, que fue anunciado por la Ley y los Profetas, del que Cristo dio testimonio, como él mismo dice a los que acusaban a sus discípulos como si no guardaran la tradición de los ancianos: ¿Por qué rechazáis vosotros el precepto del Señor a causa de vuestra tradición? Pues Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera de muerte (Mt 15,3-4). Y otra vez les dice: Y habéis rechazado la palabra de Dios a causa de vuestra tradición (Mt 15,6); confesando Cristo clarísimamente como Padre y Dios al que dijo en la Ley: Honra a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien (Ex 20,12). Pues él, Dios veraz, confesó que el precepto de la Ley es palabra de Dios, y no llamó Dios a ningún otro sino a su Padre.

CAPÍTULO 10

Que las Escrituras del Antiguo Testamento, sobre todo las escritas por Moisés, hacen mención del Hijo de Dios en todas partes y preanunciaron clarísimamente su venida y su Pasión, y por tanto proceden de uno y el mismo Padre, que las inspiró.

1. Bien, pues, recuerda también Juan al Señor diciendo a los judíos: Escudriñad las Escrituras, en las cuales pensáis tener la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para tener vida (Jn 5,39-40). ¿Cómo, pues, daban testimonio de él las Escrituras, si no fueran de uno y el mismo Padre, instruyendo de antemano a los hombres sobre la venida de su Hijo, y preanunciando la salvación que procede de él? Pues si creyerais a Moisés, dice, me creeríais también a mí: porque él escribió de mí (Jn 5,46); es decir, porque el Hijo de Dios está sembrado por todas partes en sus Escrituras: unas veces hablando con Abraham; otras con Noé, dándoles las medidas; otras buscando a Adán; otras trayendo el juicio sobre los sodomitas; y también cuando es visto, y dirige a Jacob en su camino, y habla con Moisés desde la zarza. Y no es posible decir el número de los lugares en que Moisés muestra al Hijo de Dios, cuyo día de la Pasión tampoco ignoró; sino que lo preanunció figuradamente, llamándolo Pascua: y en ese mismo día, que tanto tiempo antes había sido predicho por Moisés, padeció el Señor, cumpliendo la Pascua. Y no solo describió el día, sino también el lugar, y el extremo de los tiempos, y la señal de la puesta del sol, diciendo: No podrás inmolar la Pascua en ningu-

na otra de tus ciudades que el Señor Dios te da, sino en el lugar que el Señor tu Dios elija para que su nombre sea invocado allí: inmolarás la Pascua por la tarde, a la puesta del sol (Dt 16,5-6).

2. Y ya había manifestado su venida, diciendo: No faltará príncipe en Judá, ni caudillo de sus muslos, hasta que venga aquel para quien está reservado; y él es la esperanza de las naciones; atando a la vid su pollino, y al zarcillo el pollino de la asna. Lavará en vino su túnica, y en sangre de uva su manto; sus ojos, alegres por el vino, y sus dientes, más blancos que la leche (Gn 49,10-12). Investiguen, pues, estos, de quienes se dice que lo escudriñan todo, el tiempo en que faltó el príncipe y el caudillo de Judá, y quién es la esperanza de las naciones, y quién la vid, y quién su pollino, y qué la vestidura, y qué los ojos, y qué los dientes, y qué el vino, e indaguen cada una de las cosas dichas; y hallarán que no fue anunciado otro sino nuestro Señor Jesucristo. Por lo cual Moisés, increpando al pueblo porque era ingrato, dice: ¿Así, pueblo necio y no sabio, retribuisteis esto al Señor? (Dt 32,6) Y de nuevo significa que el Verbo, que desde el principio los creó y los hizo, y en los últimos tiempos nos redime y nos vivifica, se muestra colgado en el madero, y no le creerán. Pues dice: Y tu vida estará colgada ante tus ojos, y no creerás a tu vida (Dt 28,66). Y otra vez: ¿No es este mismo tu Padre, que te poseyó, y te hizo, y te creó? (Dt 32,6)

CAPÍTULO 11

Que los antiguos profetas y justos conocieron de antemano la venida de Cristo y desearon ardientemente verlo y oírlo, revelándose él en las Escrituras por el Espíritu Santo y, sin cambio en sí mismo, enriqueciendo a los hombres de día en día con nuevos beneficios, más colmadamente a los posteriores que a los primeros.

1. Y que no solo los profetas y muchos justos, conociendo de antemano por el Espíritu Santo su venida, oraron por llegar a aquel tiempo en que vieran cara a cara a su Señor y oyeran sus palabras, lo hizo manifiesto el Señor, diciendo a los discípulos: Muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron (Mt 13,17). ¿Cómo, pues, desearon oír y ver, si no hubieran conocido de antemano su venida futura? ¿Y cómo pudieron conocerla de antemano, si no hubieran recibido antes de él la presciencia? ¿Y cómo dan testimonio de él las Escrituras, si no hubieran sido siempre todas las cosas reveladas y mostradas a los creyentes por uno y el mismo Dios por medio del Verbo: unas veces hablando él con su hechura, otras dando la Ley, otras reprochando, otras exhortando, y después libertando al siervo, y adoptándolo como hijo, y concediendo en el tiempo oportuno la herencia de la incorrupción, para la perfección del hombre? Pues lo plasmó para el crecimiento y el incremento, como dice la Escritura: Creced y multiplicaos (Gn 1,28).

2. Y en esto Dios difiere del hombre: en que Dios hace, y el hombre es hecho; y el que hace es siempre el mismo, pero lo que es hecho debe re-

cibir un comienzo, y un medio, y una añadidura, y un crecimiento. Y Dios hace el bien, y al hombre se le hace el bien. Y Dios es perfecto en todo, igual y semejante a sí mismo, siendo todo luz, y todo mente, y todo sustancia, y fuente de todos los bienes; el hombre, en cambio, recibe progreso y crecimiento hacia Dios. Pues así como Dios es siempre el mismo, así también el hombre, hallado en Dios, progresará siempre hacia Dios. Pues ni Dios cesa jamás de hacer el bien y de enriquecer al hombre, ni el hombre cesa de recibir el beneficio y de ser enriquecido por Dios. Pues receptáculo de su bondad e instrumento de su glorificación es el hombre agradecido al que lo hizo; y a su vez receptáculo de su justo juicio es el hombre ingrato, que desprecia al Plasmador y no está sujeto a su Verbo: él, que prometió dar lo más a los que siempre fructifican más y tienen más del dinero del Señor: Bien, dice, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor (Mt 25,21.23); prometiendo el Señor mismo lo más.

3. Así como, pues, ahora prometió dar lo más a los que fructifican, según la munificencia de su gracia, pero no según un cambio de conocimiento (pues el Señor mismo perdura, y el mismo Padre es revelado); así también uno y el mismo Señor, por su venida, concedió a los posteriores una munificencia de gracia mayor que la que hubo en el Antiguo Testamento. Pues aquellos oían por medio de los criados que el rey había de venir, y se alegraban moderadamente, en cuanto esperaban que vendría; pero los que lo vieron presente,

y alcanzaron la libertad y obtuvieron su munificencia, tienen mayor gracia y más abundante alegría, gozándose de la venida del rey, como también dice David: Mi alma se alegrará en el Señor, se deleitará en su poder salvador (Sal 35,9). Y por esto, al entrar él en Jerusalén, todos los que estaban en el camino de David en dolor del alma reconocieron a su rey, y extendieron bajo él sus vestidos, y adornaron el camino con ramas verdes, clamando con gran júbilo y alegría: Hosanna, hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor; hosanna en las alturas (Mt 21,9). Pero, celosos los malos dispensadores, que engañaban a los inferiores y dominaban sobre aquellos cuya razón no era firme, y que por esto no querían que hubiera venido el rey, y le decían: ¿Oyes lo que dicen estos?, dijo el Señor: ¿Nunca habéis leído: De la boca de los infantes y de los niños de pecho perfeccionaste la alabanza? (Mt 21,16) mostrando que lo que había sido dicho por David acerca del Hijo de Dios se había cumplido en él, y significando que ellos no conocían el poder de la Escritura ni la disposición de Dios, y que él era el Cristo anunciado por los profetas, cuyo nombre es alabado en toda la tierra, perfeccionando él mismo la alabanza para su Padre de la boca de los infantes y de los niños de pecho: por lo cual también fue elevada su magnificencia sobre los cielos.

4. Si, pues, está presente el mismo que fue predicado por los profetas, Dios nuestro Señor Jesucristo, y su venida concedió una gracia más plena y una munificencia mayor a los que lo recibieron,

es manifiesto que también el Padre es el mismo que fue anunciado por los profetas, y que el Hijo, al venir, no produjo el conocimiento de otro Padre, sino del mismo que fue predicado desde el principio; de quien también trajo la libertad a los que le sirven legítimamente, y con ánimo pronto, y de todo corazón; pero a los que lo desprecian, y no están sujetos a Dios, sino que persiguen las purezas exteriores para la gloria de los hombres (las cuales habían sido transmitidas como figura de las cosas futuras, haciendo la Ley como el esbozo de una sombra, y delineando lo eterno a partir de lo temporal, lo celestial a partir de lo terreno), que fingen observar más de lo que se ha dicho, como si prefirieran su propia diligencia aun a Dios mismo, pero por dentro están llenos de hipocresía, y de codicia, y de toda malicia, les trajo la perdición sempiterna, cortándolos de la vida.

CAPÍTULO 12

Que el autor de ambas leyes es el mismo se ve claramente por esto: que Cristo condenó las tradiciones y costumbres contrarias a la Ley antigua, pero confirmó sus preceptos más altos y eminentes, y enseñó que él mismo es el fin de la Ley mosaica.

1. Pues la tradición de los ancianos mismos, que fingían observar por la Ley, era contraria a la Ley dada por medio de Moisés. Por esto también dice Isaías: Tus taberneros mezclan el vino con agua (Is 1,22); mostrando que los ancianos mezclaban con el austero precepto de Dios una tradi-

ción aguada, es decir, maquinando una ley adulterada, y contraria a la Ley, como también lo hizo manifiesto el Señor, diciéndoles: ¿Por qué transgredís vosotros el precepto de Dios a causa de vuestra tradición? (Mt 15,3) Y no solo rechazaron la Ley de Dios por la prevaricación, mezclando el vino con agua, sino que también establecieron en contra su propia ley, que hasta ahora se llama farisaica. En ella quitan algunas cosas, añaden otras, e interpretan otras como quieren; y de ellas se sirven particularmente sus maestros: y queriendo defender estas tradiciones, no quisieron estar sujetos a la Ley de Dios, que los instruía para la venida de Cristo; sino que incluso reprochaban al Señor que curara en sábado, lo cual, como dijimos antes, la Ley no prohibía. Pues ellos mismos curaban en cierto modo, circuncidando a un hombre en sábado; pero no se reprochaban a sí mismos que transgredían el precepto de Dios por la tradición y la susodicha ley farisaica, y que no tenían el precepto de la Ley, es decir, el amor hacia Dios.

2. Y que este es el primer y mayor precepto, y el siguiente el que mira al prójimo, lo enseñó el Señor, diciendo que toda la Ley y los Profetas penden de estos preceptos. Y él mismo no trajo otro precepto mayor que este, sino que renovó este mismo para sus discípulos, mandándoles amar a Dios de todo corazón, y a los demás como a sí mismos. Pero si hubiera descendido de otro Padre, nunca habría usado del primero y supremo precepto de la Ley, sino que ciertamente se habría esforzado de todos modos por traer uno mayor

que este de parte del Padre perfecto, y no usar el que había sido dado por el Dios de la Ley. Y Pablo: La plenitud, dice, de la Ley es el amor (Rom 13,10); y dice que, vaciadas todas las demás cosas, permanecen la fe, la esperanza, el amor, y que el mayor de todos es el amor; y que ni el conocimiento sin el amor hacia Dios aprovecha nada, ni la comprensión de los misterios, ni la fe, ni la profecía, sino que todo es vacío y vano sin el amor; y que el amor perfecciona al hombre perfecto; y que el que ama a Dios es perfecto, en este siglo y en el venidero. Pues nunca dejamos de amar a Dios; sino que cuanto más lo hayamos contemplado, tanto más lo amamos.

3. Así pues, como en la Ley y en el Evangelio el primer y mayor precepto es amar al Señor Dios de todo corazón, y luego, semejante a él, amar al prójimo como a sí mismo, se muestra uno y el mismo fundador de la Ley y del Evangelio. Pues, siendo los mismos en ambos Testamentos los preceptos de la vida consumada, mostraron al mismo Dios; el cual prescribió preceptos particulares adecuados a cada uno, pero aconsejó en ambos los mismos preceptos más eminentes y supremos, sin los cuales no es posible salvarse.

4. ¿Y a quién no confundirá el Señor, mostrando que la Ley no procede de otro Dios, al decir así a los que eran enseñados por él, a la multitud y a los discípulos: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Así pues, todo cuanto os digan, guardadlo y hacedlo; pero no hagáis según sus obras: porque dicen y no hacen. Pues atan cargas pesadas y las ponen sobre los

hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas (Mt 23,2-4)? No acusaba, pues, la Ley dada por medio de Moisés, que mientras Jerusalén estaba aún a salvo exhortaba a cumplir; sino que los reprendía porque pronunciaban las palabras de la Ley, pero estaban sin amor: y por esto fueron injustos para con Dios y para con el prójimo. Como también dice Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me dan culto, enseñando doctrinas y preceptos de hombres (Is 29,13). No llamaba preceptos de hombres a la Ley dada por medio de Moisés, sino a las tradiciones de sus propios presbíteros, que ellos habían inventado, y defendiendo las cuales rechazaban la Ley de Dios, y por esto tampoco se sometieron a su Verbo. Esto es, en efecto, lo que también dice Pablo de estos: Pues, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer su propia justicia, no se sometieron a la justicia de Dios. Pues el fin de la Ley es Cristo, para justicia de todo el que cree (Rom 10,3-4). ¿Y cómo es Cristo el fin de la Ley, si no fuera también su principio? Pues el que trajo el fin, ese también obró el principio; y él es el que dice a Moisés: Viendo he visto la aflicción de mi pueblo, que está en Egipto, y he descendido para rescatarlos (Ex 3,7-8); acostumbrado desde el principio el Verbo de Dios a subir y bajar por la salvación de los que estaban mal.

5. Y que la Ley enseñó de antemano que el hombre debe seguir a Cristo, él mismo lo hace manifiesto, respondiendo así al que le preguntó qué haría para heredar la vida eterna: Si quieres

entrar en la vida, guarda los preceptos. Y preguntándole él: ¿Cuáles?, de nuevo el Señor: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mt 19,17-19); proponiendo los preceptos de la Ley como grados de entrada en la vida para los que quieren seguirlo: los cuales, diciéndolos entonces a uno, los decía a todos. Y habiendo dicho él: Todo lo he hecho (y quizá no lo había hecho, pues ciertamente no se le habría dicho: Guarda los preceptos), el Señor, reprendiendo su codicia, le dijo: Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y repártelo a los pobres, y ven, sígueme (Mt 19,21); prometiendo la parte de los apóstoles a los que así lo hicieran: y no anunciaba a los que lo seguían otro Dios Padre fuera del que desde el principio fue anunciado por la Ley; ni otro Hijo; ni la Madre, la Enthymesis de un Eón que estuvo en la pasión y en la deficiencia; ni la Plenitud de treinta Eones, que se ha mostrado vacía e inconstante; ni la fábula que fue fingida por los demás herejes: sino que enseñaba a cumplir los preceptos que Dios prescribió desde el principio, y a desatar la antigua codicia por las buenas obras, y a seguir a Cristo. Y que los bienes poseídos, repartidos a los pobres, producen la disolución de la codicia pasada, lo hizo manifiesto Zaqueo, diciendo: He aquí que doy a los pobres la mitad de mis bienes, y si en algo defraudé a alguien, le devuelvo el cuádruple (Lc 19,8).

CAPÍTULO 13

Que Cristo no disolvió los preceptos naturales de la Ley, sino que más bien los cumplió, extendió y amplió; y que quitó el yugo y los vínculos de la Ley antigua para que el hombre, ya libre, obedeciera a Dios con la franqueza y la piedad que convienen a los hijos.

1. Y que el Señor no disolvió, sino que extendió y cumplió lo natural de la Ley, por lo que el hombre es justificado, y que observaban incluso antes de la legislación los que eran justificados por la fe y agradaban a Dios, se muestra por sus palabras. Pues se dijo, dice, a los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que todo el que mire a una mujer para desearla ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mt 5,27-28). Y otra vez: Se dijo: No matarás. Pero yo os digo: todo el que se aíra contra su hermano sin causa será reo de juicio (Mt 5,21-22). Y: Se dijo: No perjurarás. Pero yo os digo que no juréis en absoluto. Sea vuestra palabra: sí, sí; no, no (Mt 5,33-34.37). Y todas las cosas semejantes. Pues todas estas cosas no contienen una contrariedad y disolución de las pasadas, como vociferan los que proceden de Marción, sino su plenitud y extensión, como él mismo dice: Si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mt 5,20). ¿Y qué era lo «más»? Primero, creer no solo en el Padre, sino también en su Hijo, ya manifestado; pues él es el que introduce al hombre en la comunión y la unidad de Dios. Después, no solo decir, sino también hacer; pues aquellos decían, pero no hacían; y abstenerse no solo de las malas obras, sino tam-

bién de su concupiscencia. Y no enseñaba estas cosas como contrarias a la Ley, sino cumpliendo la Ley y fijando en nosotros las ordenanzas de la Ley. Contrario a la Ley habría sido esto: que hubiera mandado a sus discípulos hacer aquello mismo que la Ley había prohibido hacer. Y esto que mandó, abstenerse no solo de lo prohibido por la Ley, sino también de su concupiscencia, no es contrario, como hemos dicho; ni es propio de quien disuelve la Ley, sino de quien la cumple, y la extiende, y la ensancha.

2. En efecto, la Ley, como fue puesta para siervos, educaba al alma por medio de las cosas corporales que estaban fuera, atrayéndola como por un vínculo a la obediencia de los preceptos, para que el hombre aprendiera a servir a Dios; pero el Verbo, libertando al alma, enseñó que por medio de ella también el cuerpo fuera purificado voluntariamente. Hecho esto, fue necesario que se quitaran los vínculos de la servidumbre, a los que el hombre ya se había acostumbrado, y que siguiera a Dios sin vínculos; pero que se extendieran más los decretos de la libertad, y se aumentara la sujeción que se dirige al rey, para que nadie, volviéndose atrás, apareciera indigno del que lo libertó; y que la piedad y la obediencia hacia el padre de familia fueran las mismas para los siervos y para los hombres libres, pero que los libres tuvieran mayor franqueza, porque es mayor y más gloriosa la operación de la libertad que la deferencia que se da en la servidumbre.

3. Y por esto el Señor, en lugar de No cometerás adulterio, mandó ni siquiera desear; y en lugar

de No matarás, ni siquiera airarse; y en lugar de dar el diezmo, repartir a los pobres todo lo que se tiene; y amar no solo a los prójimos, sino también a los enemigos; y ser no solo buenos en dar y en compartir, sino también donantes gratuitos aun para con los que nos quitan lo nuestro. Al que te quite la túnica, dice, déjale también el manto; y al que tome lo tuyo, no se lo reclames; y como queréis que os hagan los hombres, hacedlo vosotros con ellos (Lc 6,29-31); para que no os entristezcáis como quienes no quieren ser defraudados, sino que nos alegremos como quienes han dado de buena gana, haciendo más bien un favor al prójimo que sirviendo por necesidad. Y si alguien, dice, te fuerza a andar mil pasos, ve con él otros dos (Mt 5,41); para que no sigas como siervo, sino que vayas delante como libre, mostrándote apto en todo y útil al prójimo, no mirando la malicia de ellos, sino perfeccionando tu bondad, configurándote con el Padre, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos. Estas cosas, como dijimos antes, no eran propias de quien disuelve la Ley, sino de quien la cumple y la extiende en nosotros; como si alguien dijera: una mayor operación de la libertad, y una sujeción y un afecto más plenos hacia nuestro libertador, fijados en nosotros. Pues no nos libertó para que nos apartemos de él; porque nadie, puesto fuera de los bienes del Señor, puede adquirir para sí los alimentos de la salvación; sino para que, habiendo alcanzado más de su gracia, lo amemos más. Y cuanto más lo hayamos amado,

tanto mayor gloria recibiremos de él, pues estamos siempre en presencia del Padre.

4. Así pues, como todos los preceptos naturales son comunes a nosotros y a ellos, en ellos tuvieron su comienzo y origen, pero en nosotros recibieron crecimiento y cumplimiento. Pues asentir a Dios, y seguir a su Verbo, y amarlo sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo (y el hombre es prójimo del hombre), y abstenerse de toda mala obra, y cuantas cosas semejantes son comunes a ambos, muestran a uno y el mismo Dios. Y este es nuestro Señor, el Verbo de Dios, que primero atrajo siervos a Dios, pero después libertó a los que le están sujetos, como él mismo dice a los discípulos: Ya no os llamaré siervos: porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Sino que os he llamado amigos, porque todo lo que oí del Padre lo he manifestado (Jn 15,15). Pues al decir: Ya no os llamaré siervos, significó clarísimamente que él es el que primero estableció para los hombres por la Ley aquella servidumbre hacia Dios, y después les dio la libertad. Y al decir: Porque el siervo no sabe lo que hace su señor, manifiesta por su venida la ignorancia del pueblo servil. Y al llamar a sus discípulos amigos de Dios, muestra manifiestamente que él es el Verbo de Dios, siguiendo al cual voluntariamente y sin vínculos, por la nobleza de su fe, también Abraham se hizo amigo de Dios. Pero tampoco el Verbo de Dios tomó la amistad de Abraham por necesidad, siendo perfecto desde el principio: Pues antes que Abraham fuese, yo soy (Jn 8,58), dice; sino para dar la vida eterna a Abraham

mismo, siendo bueno, porque la amistad de Dios es dispensadora de la inmortalidad para los que se acercan a ella.

CAPÍTULO 14

Si Dios exige al hombre algún homenaje, si lo creó, lo llamó y lo formó con leyes, mira solo a la salvación del hombre; sin necesitar del hombre, sino deseando otorgarle sus beneficios del todo gratuitamente.

1. Así pues, al principio Dios plasmó a Adán, no como si necesitara del hombre, sino para tener en quién depositar sus beneficios. Porque no solo antes de Adán, sino antes de toda la creación, el Verbo glorificaba a su Padre, permaneciendo en él; y él mismo era glorificado por el Padre, como él mismo dice: Padre, glorifícame con la gloria que tuve junto a ti antes que el mundo existiera (Jn 17,5). Ni nos mandó seguirle porque necesitara de nuestro ministerio, sino para otorgarnos a nosotros mismos la salvación. Porque seguir al Salvador es participar de la salvación, y seguir la luz es recibir la luz. Los que están en la luz no iluminan ellos a la luz, sino que son iluminados y esclarecidos por ella: ellos nada le dan, sino que, recibiendo su beneficio, son iluminados por la luz. Así también el servicio a Dios nada da a Dios, ni tiene Dios necesidad del homenaje humano; pero él concede a los que le siguen y le sirven la vida, la incorrupción y la gloria eterna, haciendo un beneficio a los que le sirven por el hecho de que sirven, y a los que le siguen por el hecho de que siguen, pero sin recibir de ellos beneficio alguno:

porque es rico, perfecto y sin necesidad. Y Dios pide a los hombres el servicio por esto: para que, siendo bueno y misericordioso, haga el bien a los que perseveran en su servicio. Porque en la misma medida en que Dios no necesita de nada, el hombre necesita la comunión con Dios. Porque esta es la gloria del hombre: perseverar y permanecer en el servicio de Dios. Y por esto decía el Señor a sus discípulos: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros (Jn 15,16), significando que no eran ellos quienes le glorificaban al seguirle, sino que, por seguir al Hijo de Dios, eran glorificados por él. Y otra vez: Quiero que donde yo estoy, estén también estos, para que vean mi gloria (Jn 17,24); no gloriándose de esto en vano, sino queriendo que sus discípulos participaran de su gloria; de ellos dice también Isaías: Del oriente atraeré tu simiente, y del occidente te reuniré; y diré al Aquilón: Tráelos; y al Austro: No los retengas; atrae a mis hijos de lejos, y a mis hijas de los confines de la tierra, a todos cuantos han sido llamados en mi nombre. Porque en mi gloria lo preparé, lo formé y lo hice (Is 43,5-7). Esto es así porque dondequiera que esté el cadáver, allí se reunirán también las águilas (Mt 24,28), participando de la gloria del Señor, que nos formó y nos preparó para esto: para que, mientras estamos con él, participemos de su gloria.

2. Así también Dios al principio plasmó al hombre por su munificencia; eligió a los patriarcas por la salvación de ellos; preformaba al pueblo, enseñando al indócil a seguir a Dios; preparaba de antemano a los profetas en la tierra,

acostumbrando al hombre a llevar su Espíritu y a tener comunión con Dios: él mismo sin necesitar de nada, pero ofreciendo su comunión a los que lo necesitan; y para los que le agradaban, trazando como un arquitecto la fabricación de la salvación; y a los que en Egipto no veían, dándoles guía de sí mismo; y a los que estaban inquietos en el desierto, dándoles una ley muy adecuada; y a los que entraron en la buena tierra, ofreciéndoles una herencia digna; y para los que se vuelven al Padre, matando el ternero cebado y dándoles el primer vestido: de muchos modos componiendo al género humano para la armonía de la salvación. Y por esto dice Juan en el Apocalipsis: Y su voz era como la voz de muchas aguas (Ap 1,15). Porque las muchas aguas son verdaderamente el Espíritu, ya que el Padre es rico, y ya que es grande. Y el Verbo, pasando a través de todos ellos, procuraba sin envidia el provecho de los que le estaban sujetos, escribiendo para cada condición una ley conveniente y adecuada.

3. Así también estableció por ley para el pueblo la construcción del tabernáculo, y la edificación del templo, y la elección de los levitas, también sacrificios y ofrendas, y amonestaciones, y todo el resto del servicio. Él mismo no necesita de ninguna de estas cosas; porque está siempre lleno de todos los bienes, y tiene en sí todo olor de suavidad y todos los vapores de las cosas fragantes, aun antes de que existiera Moisés: pero instruía a un pueblo fácil de volverse a los ídolos, preparándolos de antemano por medio de muchas llamadas a perseverar y a servir a Dios: llamándolos por

las cosas segundas a las primeras, es decir, por las típicas a las verdaderas, y por las temporales a las eternas, y por las carnales a las espirituales, y por las terrenas a las celestiales; como se dijo también a Moisés: Harás todas las cosas según el tipo de las que viste en el monte (Ex 25,40). Porque durante cuarenta días aprendía a retener las palabras de Dios, y los sellos celestiales, y las imágenes espirituales, y las prefiguraciones de lo venidero; como dice también Pablo: Porque bebían de la roca que los seguía; y la roca era Cristo (1 Cor 10,4). Y además, tras hablar de las cosas que están en la Ley, añadió: Todas estas cosas les sobrevenían en figura; y fueron escritas para nuestra corrección, a nosotros, a quienes ha llegado el fin de los siglos (1 Cor 10,11). Porque por medio de tipos aprendían a temer a Dios y a perseverar en el homenaje a él.

CAPÍTULO 15

Dios, a quien al principio le había bastado inscribir en los corazones de los hombres la ley natural o Decálogo, se vio después obligado a refrenar la concupiscencia de los hebreos, que abusaban de su libertad, con el yugo más pesado de la Ley mosaica, e incluso a establecer algunas leyes particulares por la dureza de su corazón.

1. Así pues, la Ley era para ellos a la vez una disciplina y una profecía de lo venidero. Porque Dios al principio, amonestándolos por medio de los preceptos naturales que desde el principio había infundido en los hombres, es decir, por medio del Decálogo (y si alguno no los cumple, no

tiene salvación), nada más les exigió. Como dice Moisés en el Deuteronomio: Todas estas palabras las habló el Señor a toda la sinagoga de los hijos de Israel en el monte, y nada añadió; y las escribió en dos tablas de piedra, y me las dio (Dt 5,22): para que guardaran los preceptos los que quieran seguirle. Pero cuando se volvieron a la fabricación del becerro, y regresaron con sus ánimos a Egipto, deseando ser esclavos en lugar de hombres libres, recibieron el resto de la servidumbre, adecuado a su deseo, que no los separaba de Dios, pero los dominaba bajo el yugo de la servidumbre: como dice el profeta Ezequiel, dando las causas de que se diera tal ley: Y sus ojos iban tras el deseo de su corazón, y yo les di preceptos no buenos, y ordenanzas en las que no vivirán (Ez 20,24-25). Y también Lucas escribió que Esteban, que fue el primero elegido por los apóstoles para el diaconado, y el primero muerto por dar testimonio de Cristo, habló así de Moisés: Él recibió los preceptos del Dios vivo para dároslos; pero vuestros padres no quisieron obedecerle, sino que lo rechazaron y se volvieron en su corazón a Egipto, diciendo a Aarón: Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque de Moisés, que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le ha sucedido. E hicieron un becerro en aquellos días, y ofrecieron sacrificios al ídolo, y se regocijaban en las obras de sus manos. Pero Dios se volvió, y los entregó a servir al ejército del cielo, como está escrito en el libro de los Profetas: ¿Acaso me ofrecisteis sacrificios y ofrendas durante cuarenta años en el desierto, casa de Israel? Y tomasteis la

tienda de Moloc y la estrella del dios Refán, las figuras que hicisteis para adorarlas (Hch 7,38-43): significando manifiestamente que tal ley no les fue dada por otro Dios, sino por el mismo, adecuada a su servidumbre. Por lo cual también en el Éxodo dice a Moisés: Enviaré delante de ti a mi ángel; porque no subiré contigo, ya que eres un pueblo de dura cerviz (Ex 33,2-3).

2. Y no solo esto, sino que el Señor manifestó también que algunos preceptos les fueron puestos por Moisés a causa de su dureza y porque no querían estar sujetos, cuando le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar libelo de repudio y despedir a la mujer? Les dijo: Esto os lo permitió por la dureza de vuestro corazón; pero al principio no fue así (Mt 19,7-8): excusando a Moisés como a un siervo fiel, y confesando a un solo Dios, que desde el principio hizo al varón y a la mujer, pero reprendiéndolos a ellos como duros y no sujetos. Y por esto recibieron de Moisés el precepto del repudio, adecuado a su dureza. ¿Y por qué decimos estas cosas del Antiguo Testamento? Puesto que también en el Nuevo se encuentra a los apóstoles haciendo lo mismo por la causa dicha, ya que Pablo dice enseguida: Esto lo digo yo, no el Señor (1 Cor 7,12). Y otra vez: Esto lo digo por condescendencia, no por precepto (1 Cor 7,6). Y otra vez: Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor; pero doy consejo, como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel (1 Cor 7,25). Y en otro lugar dice: Para que no os tiente Satanás por vuestra incontinencia (1 Cor 7,5). Si, pues, también en el Nuevo Testamento se encuentra

a los apóstoles concediendo algunos preceptos por indulgencia, a causa de la incontinencia de algunos, para que tales hombres, endurecidos y desesperando del todo de su salvación, no se hagan apóstatas de Dios, no hay que extrañarse de que también en el Antiguo Testamento el mismo Dios quisiera que se hiciera algo semejante para provecho del pueblo, atrayéndolos por medio de las observancias dichas, para que por ellas guardaran la salvación del Decálogo y, retenidos por él, no se volvieran a la idolatría ni se hicieran apóstatas de Dios, sino que aprendieran a amarle con todo el corazón. Pero si algunos, a causa de los israelitas desobedientes y perdidos, dicen que el maestro de la Ley era débil, encontrarán en la vocación que es la nuestra muchos llamados, pero pocos elegidos, y lobos por dentro, vestidos por fuera con pieles de oveja; y que Dios ha conservado siempre lo que en el hombre era siempre libre y de su propia potestad, y su propia exhortación: para que sean juzgados con justicia los que no le obedecen, porque no obedecieron, y los que obedecieron y le creyeron sean honrados con la incorruptibilidad.

CAPÍTULO 16

Que la justicia perfecta no fue conferida por la virtud de la circuncisión ni de las demás ceremonias legales; y que estas fueron abrogadas por Cristo, permaneciendo siempre en vigor, y aun cobrando fuerza, la ley del Decálogo, a la que los hombres estuvieron siempre obligados.

1. Que Dios dio también la circuncisión, no como consumación de la justicia, sino como señal, para que el linaje de Abraham siguiera siendo reconocible, lo aprendemos de la Escritura misma. Porque dice: Dijo Dios a Abraham: Será circuncidado todo varón de entre vosotros, y circuncidaréis la carne de vuestro prepucio en señal del testamento entre mí y vosotros (Gn 17,9-11). Lo mismo dice de los sábados el profeta Ezequiel: Y les di mis sábados, para que fueran señal entre mí y ellos, para que supieran que yo soy el Señor que los santifico (Ez 20,12). Y en el Éxodo dice Dios a Moisés: Y guardaréis mis sábados; porque será una señal para vosotros ante mí por vuestras generaciones (Ex 31,13). Estas cosas, pues, fueron dadas como señal; pero las señales no estaban sin simbolismo, es decir, sin significado, ni eran ociosas, como dadas por un sabio artífice; sino que la circuncisión según la carne significaba la circuncisión espiritual. Porque nosotros, dice el Apóstol, hemos sido circuncidados con una circuncisión no hecha por mano (Col 2,11). Y el profeta dice: Circuncidad la dureza de vuestro corazón (Dt 10,16). Y los sábados enseñaban la perseverancia, durante todo el día, en el servicio de Dios. Porque hemos sido considerados, dice el apóstol Pablo, como ovejas para el matadero todo el día (Rom 8,36): es decir, consagrados, y sirviendo en todo tiempo a nuestra fe, y perseverando en ella, y absteniéndonos de toda avaricia, sin adquirir ni poseer tesoros en la tierra. Y se manifestaba también, como a partir de las cosas que fueron hechas, el descanso de Dios, es decir,

el reino, en el cual el hombre que haya perseverado en estar ante Dios descansará y participará de la mesa de Dios.

2. Y que el hombre no era justificado por estas cosas, sino que fueron dadas al pueblo como señal, lo muestra el hecho de que el mismo Abraham, sin circuncisión y sin observancia de los sábados, creyó a Dios, y le fue contado para justicia, y fue llamado amigo de Dios (Gn 15,6; Sant 2,23). También Lot, sin circuncisión, fue sacado de Sodoma, recibiendo la salvación de Dios. Asimismo Noé, agradando a Dios siendo incircunciso, recibió las medidas del mundo de la segunda generación. También Henoc, agradando a Dios sin circuncisión, siendo hombre, desempeñaba una embajada ante los ángeles, y fue trasladado, y es conservado hasta ahora como testigo del justo juicio de Dios: porque los ángeles transgredieron y cayeron a la tierra para el juicio, mientras que el hombre que agradó fue trasladado para la salvación. Y toda la restante multitud de los que fueron justos antes de Abraham, y de los patriarcas que fueron antes de Moisés, eran justificados tanto sin las cosas antes dichas como sin la Ley de Moisés. Como dice también el mismo Moisés al pueblo en el Deuteronomio: El Señor tu Dios dispuso un testamento en Horeb; y no dispuso el Señor este testamento para vuestros padres, sino para vosotros (Dt 5,2-3).

3. ¿Por qué, pues, no dispuso el Señor el testamento para los padres? Porque la Ley no está puesta para los justos (1 Tim 1,9); y los padres justos tenían la virtud del Decálogo escrita en

sus corazones y en sus almas, amando, en efecto, a Dios que los hizo, y absteniéndose de la injusticia para con el prójimo: por lo cual no fue necesario amonestarlos con letras de corrección, porque tenían en sí mismos la justicia de la Ley. Pero cuando esta justicia y el amor para con Dios cayeron en el olvido y se extinguieron en Egipto, Dios, por necesidad, a causa de su gran benevolencia para con los hombres, se mostraba a sí mismo por la voz, y sacó al pueblo de Egipto con poder, para que el hombre volviera a ser discípulo y seguidor de Dios; y afligía a los desobedientes, para que no despreciaran al que los hizo; y lo alimentó con el maná, para que recibieran un alimento para la razón, como dice también Moisés en el Deuteronomio: Y te alimentó con el maná, que no conocían tus padres, para que conozcas que no solo de pan vive el hombre, sino que de toda palabra de Dios que sale de su boca vive el hombre (Dt 8,3). Y mandaba el amor para con Dios, e inculcaba la justicia que se debe al prójimo, para que el hombre no fuera ni injusto ni indigno de Dios; preparando de antemano al hombre por medio del Decálogo para su amistad, y para la concordia con el prójimo (cosas que aprovechaban al hombre mismo); sin que Dios, sin embargo, necesitara nada del hombre.

4. Por esto dice la Escritura: Estas palabras las habló el Señor a toda la sinagoga de los hijos de Israel en el monte, y nada añadió (Dt 5,22); porque, como dijimos antes, nada necesitaba de ellos. Y otra vez dice Moisés: Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor tu Dios, sino que temas al Señor

tu Dios, que camines por todos sus caminos, y que le ames, y que sirvas al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma? (Dt 10,12) Estas cosas hacían glorioso al hombre, supliendo lo que le faltaba, es decir, la amistad de Dios; pero a Dios nada le daban: porque Dios no necesitaba del amor del hombre. Pero al hombre le faltaba la gloria de Dios, que de ningún modo podía recibir sino por la deferencia hacia Dios. Y por esto les dice otra vez Moisés: Elige la vida, para que vivas tú y tu simiente, amar al Señor tu Dios, escuchar su voz y adherirte a él; porque esta es tu vida y la longitud de tus días (Dt 30,19-20). Preparando de antemano al hombre para esta vida, el Señor mismo pronunció por sí mismo las palabras del Decálogo a todos por igual: y por eso permanecen igualmente entre nosotros, recibiendo extensión y crecimiento, pero no abolición, por su venida en la carne.

5. Pero los preceptos de la servidumbre los mandó al pueblo por separado por medio de Moisés, adecuados a su instrucción; como dice el mismo Moisés: Y el Señor me mandó en aquel tiempo deciros ordenanzas y juicios (Dt 4,14). Estas cosas, pues, que les fueron dadas para la servidumbre y como señal, las canceló con el Nuevo Testamento de la libertad. Pero las que son naturales, y propias de hombres libres, y comunes a todos, las aumentó y dilató, dando a los hombres sin envidia y con largueza, por la adopción, conocer a Dios como Padre, y amarle con todo el corazón, y seguir a su Verbo sin oposición, absteniéndose no solo de las malas obras,

sino también de los deseos de ellas. Y aumentó también el temor: porque los hijos deben temer más que los esclavos, y tener un amor mayor al padre. Y por esto dice el Señor: De toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio (Mt 12,36); y: El que mira a una mujer para desearla, ya cometió adulterio con ella en su corazón (Mt 5,28); y: El que se irrita contra su hermano sin causa será reo de juicio (Mt 5,22): para que sepamos que daremos cuenta a Dios no solo de los hechos, como esclavos, sino también de las palabras y de los pensamientos, como quienes han recibido también la potestad de la libertad: en la cual se prueba más al hombre, si reverencia, teme y ama al Señor. Y por esto dice Pedro que tenemos la libertad no como velo de la malicia (1 Pe 2,16), sino para la prueba y la manifestación de la fe.

CAPÍTULO 17

Que Dios no necesitó de las antiguas y típicas ofrendas y sacrificios, ni pudieron los hombres alcanzar por ellos la verdadera justicia. Que por eso, abrogados estos, fue instituido el sacrificio nuevo y verdadero del Nuevo Testamento, del cuerpo y la sangre mismos de Cristo, que ha de ofrecerse en todo el orbe al nombre del Señor.

1. Que Dios, sin necesitar del servicio de ellos, mandó en la Ley algunas observancias por causa de ellos mismos, lo indican plenísimamente los profetas. Y además, que Dios no necesita de la ofrenda de ellos, sino que es por causa del que ofrece, el hombre, lo enseñó manifiestamente el

Señor, como hemos mostrado. Porque cuando los veía descuidando la justicia y apartándose del amor de Dios, pero creyendo propiciar a Dios con sacrificios y las demás observancias típicas, Samuel les decía así: No quiere Dios holocaustos y sacrificios, sino que quiere que se escuche su voz. He aquí que la buena escucha está por encima del sacrificio, y la escucha por encima de la grasa de los carneros (1 Sam 15,22). Y David dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; pero oídos me perfeccionaste; holocaustos por el pecado tampoco pediste (Sal 40,7). Les enseñaba que Dios quiere la obediencia, que los salva, más que los sacrificios y los holocaustos, que de nada les aprovechan para la justicia; y al mismo tiempo profetizaba el Nuevo Testamento. Y más manifiestamente aún dice de estas cosas en el salmo quincuagésimo: Porque si hubieras querido sacrificio, sin duda lo habría dado; en holocaustos no te complacerás. Sacrificio para Dios es un espíritu atribulado; un corazón contrito y humillado el Señor no lo despreciará (Sal 51,18-19).

Puesto que Dios no necesita de nada, dice en el salmo anterior a este: No tomaré becerros de tu casa, ni machos cabríos de tus rebaños. Porque míos son todas las bestias de la tierra, los ganados en los montes y los bueyes; conozco todas las aves del cielo, y la hermosura del campo está conmigo. Si tuviera hambre, no te lo diría; porque mío es el orbe de la tierra, y su plenitud. ¿Acaso comeré la carne de los toros, o beberé la sangre de los machos cabríos? (Sal 50,9-13) Luego, para que nadie piense que rechaza estas cosas porque

estaba airado, añade, dándole consejo: Inmola a Dios un sacrificio de alabanza, y cumple tus votos al Altísimo; e invócame en el día de tu tribulación, y te libraré, y me glorificarás (Sal 50,14-15): rechazando aquellas cosas por las que los pecadores creían propiciar a Dios, pero exhortando y amonestando a aquellas por las que el hombre es justificado y se acerca a Dios. Lo mismo dice también Isaías: ¿Qué me importa la multitud de vuestros sacrificios?, dice el Señor. Estoy harto (Is 1,11). Y habiendo rechazado los holocaustos, y los sacrificios, y las ofrendas, y también las neomenias, y los sábados, y las fiestas, y toda la restante observancia que les acompaña, añadió, aconsejándoles lo que salva: Lavaos, purificaos, quitad las maldades de vuestros corazones de delante de mis ojos; cesad de vuestras malicias, aprended a hacer el bien, buscad el juicio, librad al que padece injuria, haced justicia al huérfano, y justificad a la viuda; y venid, y discutamos, dice el Señor (Is 1,16-18).

2. Porque no apartó sus sacrificios como un hombre airado, como muchos se atreven a decir; sino compadeciéndose de su ceguera, y dando a conocer el verdadero sacrificio, ofreciendo el cual propiciarán a Dios, para recibir de él la vida. Como dice en otro lugar: Sacrificio para Dios es un corazón atribulado; olor de suavidad para Dios es un corazón que glorifica al que lo plasmó. Porque si rechazara con ira estos sacrificios suyos, como si fueran indignos de alcanzar su misericordia, no aconsejaría, por cierto, a esos mismos las cosas por las que podían salvarse. Pero como Dios es

misericordioso, no los privó del buen consejo. Porque, habiendo dicho por Jeremías: ¿Para qué me traéis incienso de Sabá, y canela de tierra lejana? Vuestros holocaustos y vuestros sacrificios no me han agradado (Jer 6,20), añadió: Escuchad la palabra del Señor, todo Judá. Esto dice el Señor, Dios de Israel: Enderezad vuestros caminos y vuestras aspiraciones, y os estableceré en este lugar. No confiéis en vosotros mismos, en palabras mentirosas, porque de nada os aprovecharán, diciendo: El templo del Señor, es el templo del Señor (Jer 7,2-4).

3. Y otra vez, significando que no los sacó de Egipto para que le ofrecieran sacrificios, sino para que, olvidados de la idolatría de los egipcios, pudieran escuchar la voz del Señor, que era para ellos salvación y gloria, dice por el mismo Jeremías: Esto dice el Señor: Juntad vuestros holocaustos con vuestros sacrificios, y comed las carnes. Porque no hablé a vuestros padres, ni les mandé nada acerca de holocaustos y sacrificios, el día en que los saqué de Egipto; sino que esta palabra les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo; y andad por todos mis caminos, cualesquiera que os mande, para que os vaya bien. Y no obedecieron, ni atendieron; sino que anduvieron en los pensamientos de su corazón malvado, y se volvieron hacia atrás, y no hacia adelante (Jer 7,21-24). Y otra vez, diciendo por el mismo profeta: Pero el que se gloría, gloríese en esto: en entender y saber que yo soy el Señor, que hago misericordia, y justicia, y juicio en la tierra, añadió: Porque en

estas cosas está mi voluntad, dice el Señor (Jer 9,23); pero no en sacrificios, ni en holocaustos, ni en ofrendas.

Porque el pueblo tenía estas cosas no principalmente, sino como consecuencia, y por la causa antes dicha, como dice también Isaías: No son para mí las ovejas de tu holocausto, ni me glorificaste con tus sacrificios; no me serviste con sacrificios, ni hiciste nada con fatiga en el incienso; ni me compraste con plata incienso, ni deseé la grasa de tus sacrificios; sino que te presentaste ante mí con tus pecados y con tus iniquidades (Is 43,23-24). ¿Sobre quién, pues, dice, miraré, sino sobre el humilde, y el sosegado, y el que tiembla ante mis palabras? (Is 66,2) Porque las grasas y las carnes pingües no quitarán de ti tus injusticias (Jer 11,15). Este es el ayuno que yo he elegido, dice el Señor. Desata todo nudo de injusticia, deshaz las ataduras de los contratos violentos, deja ir en descanso a los quebrantados, y rompe todo escrito injusto. Parte de corazón tu pan con el hambriento, y mete en tu casa al peregrino sin techo; si vieres al desnudo, cúbrelo, y no desprecies a los de la casa de tu simiente. Entonces brotará tu luz de la mañana, y tus curaciones nacerán más pronto, e irá delante de ti la justicia, y la gloria del Señor te rodeará; y mientras aún estés hablando, diré: Aquí estoy (Is 58,6-9).

Y también Zacarías, en los doce profetas, dándoles a conocer la voluntad de Dios, dice: Esto dice el Señor omnipotente: Juzgad con juicio justo, y practicad la piedad y la misericordia cada uno con su hermano. No oprimáis a la viuda, ni

al huérfano, ni al prosélito, ni al pobre, y que ninguno recuerde en su corazón la malicia de su hermano (Zac 7,9-10). Y otra vez: Estas son, dice, las palabras que cumpliréis. Hablad verdad cada uno con su prójimo, y juzgad con juicio de paz en vuestras puertas, y que ninguno trame en su corazón la malicia de su hermano, y no améis el juramento falso: porque todas estas cosas las aborrezco, dice el Señor omnipotente (Zac 8,16-17). Y también David, de modo semejante: ¿Quién es el hombre, dice, que quiere la vida y ama ver días buenos? Guarda tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño. Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela (Sal 34,13-15).

4. Por todas estas cosas es manifiesto que Dios no buscaba de ellos sacrificios y holocaustos, sino fe, y obediencia, y justicia, por su salvación. Como Dios, enseñándoles su voluntad en el profeta Oseas, decía: Quiero misericordia más que sacrificio, y el conocimiento de Dios por encima de los holocaustos (Os 6,6). Y también nuestro Señor les advertía lo mismo, diciendo: Porque si hubierais conocido qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio, nunca habríais condenado a los inocentes (Mt 12,7): dando testimonio a los profetas de que predicaban la verdad, pero reprendiendo a aquellos como necios por su propia culpa.

5. Pero también, aconsejando a sus discípulos ofrecer a Dios las primicias de sus criaturas, no como a quien tiene necesidad, sino para que ellos mismos no fueran ni infructuosos ni ingratos, tomó lo que de la creación es pan, y dio gracias, diciendo: Esto es mi cuerpo (Mt 26,26). Y el cáliz

igualmente, que es de aquella creación que es la nuestra, confesó que era su sangre, y enseñó la nueva ofrenda del Nuevo Testamento; la cual la Iglesia, recibiéndola de los apóstoles, ofrece a Dios en todo el mundo, a aquel que nos da los alimentos, como primicias de sus dones en el Nuevo Testamento, del cual Malaquías, en los doce profetas, presignificó así: No tengo complacencia en vosotros, dice el Señor omnipotente, y no aceptaré sacrificio de vuestras manos. Porque desde la salida del sol hasta su ocaso mi nombre es glorificado entre las naciones, y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre, y un sacrificio puro; porque grande es mi nombre en las naciones, dice el Señor omnipotente (Mal 1,10-11): significando clarísimamente con estas palabras que el pueblo anterior dejará de ofrecer a Dios, pero que en todo lugar se le ofrecerá sacrificio, y este puro; y su nombre es glorificado en las naciones.

6. ¿Y qué otro nombre es glorificado en las naciones, sino el de nuestro Señor, por quien es glorificado el Padre, y es glorificado el hombre? Y como es el de su propio Hijo, y este fue hecho hombre por él, lo llama suyo. Así como, si un rey pinta él mismo la imagen de su hijo, con razón llama suya esa imagen por ambos títulos, porque es de su hijo y porque él mismo la hizo: así también el Padre confiesa que es suyo el nombre de Jesucristo, que es glorificado en todo el mundo en la Iglesia, porque es de su Hijo, y porque él mismo, escribiéndolo, lo dio para la salvación de los hombres. Puesto que el nombre del Hijo es propio del Padre, y la Iglesia ofrece en Dios omnipotente

por Jesucristo, con razón dice por ambos títulos: Y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre, y un sacrificio puro (Mal 1,11). Y Juan, en el Apocalipsis, dice que los inciensos son las oraciones de los santos (Ap 5,8).

CAPÍTULO 18

Que solo en la Iglesia católica se ofrece con sencillez y justicia el sacrificio verdadero y puro, a saber, la Eucaristía, que es el cuerpo y la sangre mismos de Cristo.

1. Así pues, la ofrenda de la Iglesia, que el Señor enseñó que se ofreciera en todo el mundo, ha sido tenida ante Dios por sacrificio puro, y le es aceptable: no porque necesite de nosotros un sacrificio, sino porque el que ofrece es él mismo glorificado en lo que ofrece, si su don es aceptado. Porque con el don hecho al rey se muestran a la vez el honor y el afecto: y el Señor, queriendo que lo ofreciéramos con toda sencillez e inocencia, lo proclamó diciendo: Si, pues, presentas tu don ante el altar, y te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu don ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces, vuelto, ofrecerás tu don (Mt 5,23-24). Hay que ofrecer, pues, a Dios las primicias de su creación, como dice también Moisés: No te presentarás vacío ante la faz del Señor tu Dios (Dt 16,16); para que el hombre, tenido por agradecido en aquellas mismas cosas en que se mostró agradecido, reciba el honor que viene de él.

2. Y no ha sido reprobado el género de las ofrendas; porque hubo ofrendas allí, y hay ofren-

das también aquí: sacrificios en el pueblo, sacrificios en la Iglesia: sino que solo se ha cambiado la clase, puesto que ya no la ofrecen esclavos, sino hombres libres. Porque uno y el mismo es el Señor; pero el sello de la ofrenda servil es uno propio, y propio el de los hombres libres, para que también por las ofrendas se muestre el indicio de la libertad. Porque ante él nada hay ocioso, ni sin señal, ni sin significado. Y por esto aquellos tenían consagrados los diezmos de sus bienes; pero los que recibieron la libertad destinan todo lo que es suyo a los usos del Señor, dándolo con alegría y libremente, y no lo que es de menos valor, como quienes tienen la esperanza de cosas mayores; así como aquella viuda, pobre, echó aquí todo su sustento en el gazofilacio de Dios.

3. Porque desde el principio miró Dios los dones de Abel, porque ofrecía con sencillez y justicia; pero el sacrificio de Caín no lo miró, porque tenía división en el corazón, con el celo y la malicia que había contra su hermano, como dice Dios, reprendiendo lo que tenía oculto: ¿No es verdad que, si ofreces rectamente, pero no divides rectamente, has pecado? Sosiégate (Gn 4,7); porque Dios no se aplaca con el sacrificio. Porque si alguno intenta ofrecer solo según lo que se ve, limpia, recta y legítimamente, pero en su alma no divide rectamente la comunión que se debe al prójimo, ni tiene el temor de Dios, no engaña a Dios con el sacrificio rectamente ofrecido por fuera, teniendo dentro el pecado; ni le aprovechará en nada tal ofrenda, sino solo el cesar del mal concebido dentro, para que, por medio de la

acción fingida, o más bien por el pecado mismo, no haga del hombre un homicida de sí mismo.

Por eso decía también el Señor: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados! Porque por fuera el sepulcro parece hermoso, pero por dentro está lleno de huesos de muertos y de toda inmundicia; así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de malicia y de hipocresía (Mt 23,27-28). Porque, mientras se pensaba que ofrecían rectamente por fuera, tenían en sí mismos un celo semejante al de Caín: por eso también mataron al justo, desatendiendo el consejo del Verbo, como también Caín. Porque a él le dijo: Sosiégate; y no consintió. ¿Y qué otra cosa es sosegarse, sino desistir del ímpetu propuesto? Y diciendo cosas semejantes a estas: Fariseo, dice, ciego, limpia lo de dentro del vaso, para que también lo de fuera quede limpio (Mt 23,26). Y no escucharon. He aquí, dice Jeremías, que no son buenos tus ojos, ni tu corazón; sino que están en tu codicia, y en la sangre justa, para derramarla, y en la injusticia, y en el homicidio, para cometerlo (Jer 22,17). Y otra vez Isaías: Habéis tomado consejo, dice, no por mí; y un testamento, no por mi Espíritu (Is 30,1).

Así pues, para que la voluntad y el pensamiento interior de ellos, sacados a la luz, mostraran que Dios es sin culpa y no obra el mal, él, que manifiesta lo escondido, pero no es quien obra el mal, como Caín no se sosegaba en absoluto, le dijo: Hacia ti será su vuelta, y tú lo dominarás (Gn 4,7). A Pilato le decía también de modo semejan-

te: No tendrías ningún poder sobre mí, si no te hubiera sido dado de lo alto (Jn 19,11): concediendo Dios siempre lo justo, para que el uno, probado por lo que padeció y soportó, sea recibido, y el que obró con malicia, condenado por lo que hizo, sea expulsado. Así pues, no son los sacrificios los que santifican al hombre; porque Dios no necesita de sacrificio; sino que la conciencia del que ofrece santifica el sacrificio, siendo pura, y hace que Dios lo acepte como de un amigo. Pero el pecador, dice, que me mata un becerro es como si matara un perro (Is 66,3).

4. Así pues, como la Iglesia ofrece con sencillez, con justicia su don es tenido ante Dios por sacrificio puro. Como dice también Pablo a los filipenses: Estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que me fue enviado por vosotros, olor de suavidad, víctima aceptable, agradable a Dios (Flp 4,18). Porque debemos hacer ofrenda a Dios, y ser hallados agradecidos en todo a Dios Fabricador, con mente pura y fe sin hipocresía, en esperanza firme, en amor ferviente, ofreciendo las primicias de las criaturas que son suyas. Y esta ofrenda la ofrece pura solo la Iglesia al Fabricador, ofreciéndole con acción de gracias de su creación. Pero los judíos no ofrecen: porque sus manos están llenas de sangre; pues no han recibido al Verbo, que es ofrecido a Dios. Ni tampoco todas las sinagogas de los herejes. Porque unos, diciendo que el Padre es otro distinto del Fabricador, y ofreciéndole las cosas creadas que son nuestras, lo muestran codicioso de lo ajeno y deseoso de lo que es de otros. Y los que dicen

que las cosas que son nuestras fueron hechas a partir de la deficiencia, la ignorancia y la pasión, ofreciendo frutos de ignorancia, de pasión y de deficiencia, pecan contra su Padre, haciéndole más bien una afrenta que dándole gracias. ¿Y cómo les constará que el pan sobre el que se han dado gracias es el cuerpo de su Señor, y que el cáliz es el cáliz de su sangre, si no dicen que él es el Hijo del Fabricador del mundo, es decir, su Verbo, por quien el árbol da fruto, y manan las fuentes, y la tierra da primero la hierba, después la espiga, luego el trigo lleno en la espiga?

5. ¿Y cómo dicen, a su vez, que la carne va a la corrupción y no recibe la vida, ella que es alimentada con el cuerpo del Señor y con su sangre? Que cambien, pues, de juicio, o que se abstengan de ofrecer las cosas antes dichas. Pero nuestro juicio concuerda con la Eucaristía, y la Eucaristía a su vez confirma nuestro juicio. Porque le ofrecemos lo que es suyo, proclamando congruentemente la comunicación y la unidad de la carne y del Espíritu. Porque así como el pan que es de la tierra, recibiendo la invocación de Dios, ya no es pan común, sino Eucaristía, que consta de dos cosas, terrena y celestial, así también nuestros cuerpos, recibiendo la Eucaristía, ya no son corruptibles, teniendo la esperanza de la resurrección.

6. Porque le ofrecemos, no como a quien tiene necesidad, sino dando gracias a su señorío y santificando la criatura. Porque así como Dios no necesita de lo que viene de nosotros, así nosotros necesitamos ofrecer algo a Dios; como dice Salomón: El que se compadece del pobre presta

a Dios (Prov 19,17). Porque Dios, que no necesita de nada, toma para sí nuestras buenas obras, a fin de darnos la retribución de sus bienes, como dice nuestro Señor: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino preparado para vosotros. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me acogisteis; desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí (Mt 25,34-36). Así pues, como, sin necesitar de estas cosas, quiere sin embargo que las hagamos por nuestro bien, para que no seamos infructuosos, así el mismo Verbo dio al pueblo el precepto de hacer ofrendas, aunque no las necesitaba, para que aprendieran a servir a Dios; así también, y por eso, quiere que también nosotros ofrezcamos un don en el altar con frecuencia, sin interrupción. Hay, pues, un altar en los cielos (porque allí se dirigen nuestras oraciones y ofrendas), y un templo, como dice Juan en el Apocalipsis: Y se abrió el templo de Dios (Ap 11,19); y un tabernáculo: Porque he aquí, dice, el tabernáculo de Dios, en el que habitará con los hombres (Ap 21,3).

CAPÍTULO 19

Que las cosas terrenas pueden ser tipos de las celestiales; pero que no puede decirse sin insania que las celestiales mismas sean tipos de otras cosas superiores y desconocidas, ni que el Dios que conocemos sea tipo de otro desconocido.

1. Los dones, y las ofrendas, y todos los sacrificios, el pueblo los recibió en tipo, como le fue mostrado a Moisés en el monte por uno y el

mismo Dios, cuyo nombre es glorificado ahora en la Iglesia en todas las naciones. Pero conviene que las cosas terrenas, que están dispuestas en torno a nosotros, sean tipos de las que son celestiales, hechas, sin embargo, por el mismo Dios. Porque de ningún otro modo podía representar la imagen de las cosas espirituales. Pero decir que las cosas que están sobre los cielos y son espirituales, y, en lo que a nosotros toca, invisibles e inenarrables, son a su vez tipos de otras cosas celestiales y de otro Pleroma, y que Dios es imagen de otro Padre, es propio de hombres que se apartan de la verdad, y del todo necios y torpes. Porque tales hombres se verán obligados, como muchas veces hemos mostrado, a inventar siempre tipos de tipos e imágenes de imágenes, y a no fijar nunca su ánimo en el único y verdadero Dios. Porque sus pensamientos se han elevado por encima de Dios, habiendo sobrepasado en sus corazones al Maestro mismo, levantados por encima de él y sobrepasándolo en su opinión, pero en verdad apartándose del Dios verdadero.

2. A ellos podría alguno decirles con justicia, como lo sugiere la palabra misma: ¿Hasta dónde levantáis vuestros pensamientos por encima de Dios, ensoberbecidos sin consideración? Habéis oído que los cielos han sido medidos con el palmo (Is 40,12): decidme su medida, y enumerad la innumerable multitud de los codos; exponedme la plenitud, la anchura, y la longitud, y la altura, el principio y el fin de la medición en derredor, que el corazón del hombre no entiende, y no comprende. Porque en verdad grandes son las

tesorerías celestiales: inmensurable es Dios en el corazón, e incomprensible en el ánimo, él que abarca la tierra en su puño. ¿Quién percibe la medida de su diestra? ¿Quién conoce su dedo? ¿O quién entiende su mano, la que mide lo inmenso, la que extiende con su propia medida la medida de los cielos, y abarca en su puño la tierra con los abismos; la que contiene en sí la anchura, y la longitud, y la profundidad de abajo, y la altura de arriba, de toda la creación, la que se ve, la que se oye y se entiende, y la que es invisible? Y por esto Dios está por encima de todo principio, y potestad, y dominación, y todo nombre que se nombra (Ef 1,21), de todas las cosas que han sido hechas y creadas. Él es quien llena los cielos y escruta los abismos, quien está también con cada uno de nosotros: Yo soy, dice, un Dios que se acerca, y no un Dios de lejos. Si el hombre se esconde en escondrijos, ¿no lo veré yo? (Jer 23,23-24) Porque su mano abarca todas las cosas; y es ella la que ilumina los cielos, ilumina también lo que está bajo el cielo, y escruta los riñones y los corazones, y está presente en lo escondido y en lo secreto de nosotros, y abiertamente nos alimenta y nos conserva.

3. Pero si el hombre no comprende la plenitud y la grandeza de su mano, ¿cómo podrá alguno entender o conocer en su corazón a un Dios tan grande? Y como si ya lo hubieran medido y examinado, y lo hubieran recorrido entero, inventan por encima de él otro Pleroma de Eones y otro Padre; sin levantar la mirada a las cosas celestiales, sino descendiendo en verdad a la profundidad,

el Bythus, de la demencia: diciendo que su Padre está limitado hasta las cosas que están fuera del Pleroma, y que el Demiurgo, por su parte, no alcanza hasta el Pleroma: y así no ponen a ninguno de los dos como perfecto y comprensivo de todas las cosas. Porque al uno le faltará toda la fabricación del mundo que está fuera del Pleroma, y al otro la fabricación que está dentro del Pleroma, y ninguno de los dos será Dios de todas las cosas. Pero que nadie puede contar la grandeza de Dios a partir de las cosas que han sido hechas, esto es manifiesto para todos; y que su grandeza no desfallece, sino que contiene todas las cosas, y llega hasta nosotros, y está con nosotros, lo confesará todo el que piense dignamente de Dios.

CAPÍTULO 20

Que el único Dios creó por el Verbo y el Espíritu Santo todas las cosas que hay en el mundo; y que, aunque invisible en esta vida e incomprensible, no es sin embargo desconocido, pues sus obras lo proclaman y su Verbo se ha ofrecido siempre de muchos modos para ser visto y conocido.

1. Así pues, no es posible conocer a Dios según su grandeza; porque es imposible que el Padre sea medido; pero según su amor (porque este es el que nos conduce a Dios por medio de su Verbo), obedeciéndole, aprendemos siempre que Dios es tan grande, y que es él quien por sí mismo estableció, y eligió, y adornó, y contiene todas las cosas; y entre todas ellas también este mundo, que es el nuestro. Y así también nosotros fuimos

hechos, junto con las cosas que son contenidas por él. Y es él de quien dice la Escritura: Y plasmó Dios al hombre, tomando barro de la tierra, y sopló en su rostro el soplo de vida (Gn 2,7). No fueron, pues, los ángeles quienes nos hicieron, ni nos plasmaron, ni pudieron los ángeles hacer la imagen de Dios; ni ningún otro, fuera del Verbo del Señor, ni un Poder que esté lejos del Padre de todas las cosas. Porque Dios no necesitaba de ellos para hacer lo que él mismo había predeterminado en sí que se hiciera, como si no tuviera sus propias manos. Porque siempre están presentes junto a él el Verbo y la Sabiduría, el Hijo y el Espíritu, por medio de los cuales y en los cuales hizo todas las cosas libre y espontáneamente, a los cuales también habla, diciendo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gn 1,26); tomando él mismo de sí mismo la sustancia de las criaturas, y el modelo de las cosas hechas, y la figura de los ornamentos del mundo.

2. Con razón, pues, declaró la Escritura, que dice: Ante todo cree que hay un solo Dios, que estableció todas las cosas y las consumó, e hizo que todas las cosas fueran de lo que no era; que contiene todo, y no es contenido por nadie. Y con razón dice también Malaquías entre los profetas: ¿No es un solo Dios el que nos estableció? ¿No es uno solo el Padre de todos nosotros? (Mal 2,10) Y en consecuencia dice también el Apóstol: Un solo Dios, dice, el Padre, que está sobre todos, y en todos nosotros (Ef 4,6). Y del mismo modo el Señor: Todas las cosas, dice, me han sido entregadas por mi Padre (Mt 11,27): manifiestamente

por el que hizo todas las cosas (porque no le entregó lo ajeno, sino lo suyo. Y en todas las cosas nada ha sido sustraído: y por eso el mismo es juez de vivos y muertos, que tiene la llave de David: abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá (Ap 3,7). Porque ningún otro, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, podía abrir el libro del Padre, ni verlo, sino el Cordero que fue degollado y nos redimió con su sangre); recibiendo el poder sobre todas las cosas del mismo que hizo todas las cosas por el Verbo y las adornó por la Sabiduría, cuando el Verbo se hizo carne; para que, así como el Verbo de Dios tenía el primer lugar en los cielos, así también tuviera el primer lugar en la tierra, porque, hombre justo, no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (1 Pe 2,22); y tuviera el primer lugar sobre las cosas que están debajo de la tierra, hecho él mismo primogénito de los muertos; y para que todas las cosas, como dijimos antes, vieran a su rey; y para que en la carne de nuestro Señor nos saliera al encuentro la luz del Padre, y desde su carne viniera a nosotros resplandeciente, y así el hombre llegara a la incorrupción, rodeado de la luz del Padre.

3. Y que el Verbo, es decir, el Hijo, estaba siempre con el Padre, lo hemos demostrado con muchas pruebas. Y que también la Sabiduría, que es el Espíritu, estaba junto a él antes de toda constitución, lo dice por Salomón: Dios fundó la tierra con la Sabiduría, y preparó el cielo con prudencia. Por su entendimiento brotaron los abismos, y las nubes destilaron rocío (Prov 3,19-20). Y otra vez: El Señor me creó principio

de sus caminos para sus obras; antes de los siglos me fundó, en el principio, antes de hacer la tierra, antes de establecer los abismos, y antes de que brotaran las fuentes de las aguas, antes de que se afirmaran los montes; y antes de todas las colinas me engendró (Prov 8,22-25). Y otra vez: Cuando preparaba el cielo, yo estaba con él, y cuando afirmaba las fuentes del abismo, cuando hacía fuertes los cimientos de la tierra, yo estaba junto a él, ajustándolo todo. Yo era aquella en quien se complacía, y cada día me alegraba ante su rostro en todo tiempo, cuando se alegraba del orbe acabado, y se deleitaba en los hijos de los hombres (Prov 8,27-31).

4. Hay, pues, un solo Dios, que por el Verbo y la Sabiduría hizo y ajustó todas las cosas: y este es el Demiurgo, que también asignó este mundo al género humano; que, según su grandeza, es desconocido para todos los que han sido hechos por él (porque nadie ha investigado su altura, ni de los antiguos que han descansado, ni de los que ahora existen); pero según su amor es conocido siempre por medio de aquel por quien estableció todas las cosas. Y este es su Verbo, nuestro Señor Jesucristo, que en los últimos tiempos se hizo hombre entre los hombres, para unir el fin con el principio, es decir, el hombre con Dios. Y por eso los profetas, recibiendo del mismo Verbo el carisma profético, predicaron su venida según la carne, por la cual se realizó la mezcla y la comunión de Dios y del hombre según el beneplácito del Padre, preanunciando desde el principio el Verbo de Dios que Dios sería visto por los hombres, y conviviría con

ellos sobre la tierra, y conversaría con ellos, y estaría presente a su hechura, salvándola y siendo perceptible por ella, y librándonos de las manos de todos los que nos odian, es decir, de todo espíritu de transgresión; y haciéndonos servirle en santidad y justicia todos nuestros días, para que el hombre, abrazando al Espíritu de Dios, pase a la gloria del Padre.

5. Estas cosas significaban proféticamente los profetas, pero no, como dicen algunos, que, siendo invisible el Padre de todas las cosas, es otro el que era visto por los profetas; los que así dicen no saben en absoluto qué es la profecía. Porque la profecía es la predicción de lo venidero, es decir, la presignificación de lo que será después. Los profetas, pues, presignificaban que Dios sería visto por los hombres; como dice también el Señor: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5,8). Pero según su grandeza y su admirable gloria nadie verá a Dios y vivirá (Ex 33,20); porque el Padre es incontenible; pero según su amor y su benignidad para con los hombres, y porque todo lo puede, concede también esto a los que le aman, es decir, ver a Dios, lo cual también profetizaban los profetas. Porque lo que es imposible para los hombres es posible para Dios (Lc 18,27). Porque el hombre por sí mismo no ve a Dios. Pero él, porque quiere, es visto por los hombres, por los que quiere, y cuando quiere, y como quiere. Porque Dios es poderoso en todo: visto entonces por el Espíritu de profecía, visto también por el Hijo adoptivamente, y será visto también en el reino de los cielos paternalmente;

preparando el Espíritu al hombre en el Hijo de Dios, y conduciéndolo el Hijo al Padre, y dando el Padre la incorrupción para la vida eterna, que a cada uno le sobreviene por ver a Dios.

Porque así como los que ven la luz están dentro de la luz y reciben su gloria, así también los que ven a Dios están dentro de Dios, recibiendo su gloria. Y la gloria los vivifica: reciben, pues, la vida los que ven a Dios. Y por esto el incontenible, e incomprensible [e invisible], se ofrece a los hombres visible, y comprensible, y contenible, para vivificar a los que lo reciben y lo ven. Porque así como su grandeza es inescrutable, así también su benignidad es inenarrable: por ella, siendo visto, da la vida a los que lo ven. Porque es imposible vivir sin vida; y la subsistencia de la vida proviene de la participación de Dios; y la participación de Dios es ver a Dios y gozar de su benignidad.

6. Los hombres, pues, verán a Dios, para vivir, hechos inmortales por la visión, y llegando hasta Dios. Lo cual, como dije antes, se manifestaba figuradamente por medio de los profetas: que Dios será visto por los hombres que llevan su Espíritu y aguardan siempre su venida. Como dice también Moisés en el Deuteronomio: En este día veremos que Dios hablará al hombre, y este vivirá (Dt 5,24). Porque unos de ellos veían al Espíritu profético y sus operaciones derramadas en toda clase de carismas; otros, la venida del Señor, y la ministración que es desde el principio, por la cual hizo la voluntad del Padre, la que está en los cielos y la que está en la tierra; otros, en fin, las glorias del Padre adecuadas a los tiempos, tanto

para los mismos que entonces veían y oían, como para los hombres que habían de oír después. Así, pues, se manifestaba Dios: porque por todas estas cosas se muestra Dios Padre, obrando el Espíritu, sirviendo el Hijo, aprobando el Padre, y llevado el hombre a su consumación para la salvación. Como dice también por el profeta Oseas: Yo, dice, multipliqué las visiones, y en las manos de los profetas fui representado (Os 12,11). Y el Apóstol expuso esto mismo, diciendo: Hay divisiones de carismas, pero el mismo Espíritu; y hay divisiones de ministerios, y el mismo Señor; y hay divisiones de operaciones, pero el mismo Dios que obra todas las cosas en todos. Y a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para provecho (1 Cor 12,4-7). Pero como el que obra todas las cosas en todos es Dios, cuál y cuán grande es, es invisible e inenarrable para todas las cosas que han sido hechas por él, pero de ningún modo desconocido: porque todas aprenden por medio de su Verbo que hay un solo Dios Padre, que contiene todas las cosas, y da a todas el ser, como está escrito en el Evangelio: A Dios nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre; él lo ha dado a conocer (Jn 1,18).

7. Así pues, desde el principio el Hijo del Padre lo da a conocer, puesto que está con el Padre desde el principio; él, que mostró al género humano las visiones proféticas, y las divisiones de los carismas, y sus ministerios, y la glorificación del Padre, en debida secuencia y con orden, en el tiempo oportuno, para su provecho. Porque donde hay secuencia, allí hay también constancia; y

donde hay constancia, allí hay también oportunidad; y donde hay oportunidad, allí hay también provecho: y por eso el Verbo se hizo dispensador de la gracia paterna para provecho de los hombres, por quienes hizo tan grandes disposiciones, mostrando a Dios a los hombres, y presentando el hombre a Dios; guardando la invisibilidad del Padre, para que el hombre no llegara nunca a despreciar a Dios, y tuviera siempre hacia dónde progresar; y mostrando, a su vez, a Dios visible a los hombres por medio de muchas disposiciones, para que el hombre, apartándose del todo de Dios, no dejara de existir. Porque la gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre es la visión de Dios. Porque si la mostración de Dios que se da por medio de la creación da la vida a todos los que viven en la tierra, mucho más la manifestación del Padre que se da por medio del Verbo da la vida a los que ven a Dios.

8. Así pues, como el Espíritu de Dios significó por medio de los profetas lo venidero, preformándonos y ajustándonos de antemano para que estemos sujetos a Dios, y como había de suceder que el hombre viera a Dios por el beneplácito del Espíritu Santo, era necesario que aquellos por quienes se predecía lo venidero vieran a Dios, a quien ellos mismos daban a entender a los hombres como quien había de ser visto; para que Dios, y el Hijo de Dios, y el Hijo, y el Padre, no solo fueran nombrados proféticamente, sino que fueran también vistos por todos los miembros santificados e instruidos en las cosas de Dios; para que el hombre fuera preformado y se ejerci-

tara en ser llevado a aquella gloria que después será revelada a los que aman a Dios. Porque los profetas no profetizaban solo con la palabra, sino también con la visión, y con su modo de vida, y con los actos que hacían, según lo que el Espíritu sugería. De este modo, pues, veían al Dios invisible, como dice Isaías: Con mis ojos he visto al Rey, al Señor Sabaot (Is 6,5); significando que el hombre verá a Dios con sus ojos y oirá su voz. De este modo, pues, veían también al Hijo de Dios como hombre que convivía con los hombres, profetizando lo que había de suceder, diciendo que estaba presente el que aún no había venido, y anunciando pasible al impasible, y diciendo que el que entonces estaba en los cielos había descendido al barro de la muerte. Y las demás disposiciones de su recapitulación, unas las veían por medio de visiones, otras las anunciaban por la palabra, y otras las significaban en tipo por la acción; viendo visiblemente las cosas que habían de ser vistas, pregonando con la palabra las que habían de ser oídas, realizando con la acción las que habían de ser hechas, pero anunciándolas todas proféticamente. Por eso también Moisés decía al pueblo transgresor de la Ley que Dios es fuego, amenazándolos con que Dios traería sobre ellos un día de fuego; pero a los que tenían temor de Dios les decía: El Señor Dios es misericordioso, y piadoso, y longánime, y de gran misericordia, y veraz, que guarda la justicia y la misericordia por millares, que quita las injusticias, y las maldades, y los pecados (Ex 34,6-7).

9. Y el Verbo hablaba a Moisés apareciéndose ante su rostro, como si alguien hablara a su amigo (Ex 33,11). Pero Moisés deseó ver abiertamente al que hablaba con él, y se le dijo: Ponte en el lugar alto de la roca, y te cubriré con mi mano. Y cuando haya pasado mi gloria, entonces verás mi espalda; pero mi rostro no te será visto: pues no ve el hombre mi rostro y vive (Ex 33,20-23): significando ambas cosas, que el hombre es incapaz de ver a Dios, y que por la sabiduría de Dios el hombre lo verá en los últimos tiempos en la altura de la roca, es decir, en su venida según el hombre. Y por esto habló con él cara a cara en la altura del monte, estando presente también Elías, como lo ha referido el Evangelio, cumpliendo al final la antigua promesa.

10. Así pues, los profetas no veían abiertamente el rostro mismo de Dios, sino las disposiciones y los misterios por los cuales el hombre había de ver a Dios. Como también se le decía a Elías: Saldrás mañana, y estarás ante el Señor; y he aquí que el Señor pasará, y he aquí un viento grande y fuerte, que deshará los montes y quebrantará las peñas ante el Señor; y no está el Señor en el viento; y después del viento un terremoto; y no está el Señor en el terremoto; y después del terremoto un fuego; y no está el Señor en el fuego; y después del fuego la voz de una brisa suave (1 Re 19,11-12). Porque por medio de estas cosas el profeta, muy indignado por la transgresión del pueblo y por la matanza de los profetas, era enseñado a obrar con más mansedumbre; y se significaba que la venida del Señor según el hombre, después de aquella

Ley que fue dada por Moisés, había de ser mansa y tranquila: una venida en la cual ni quebró la caña cascada, ni apagó la mecha humeante. Y se mostraba también el descanso manso y pacífico de su reino. Porque después del viento que quebranta los montes, y después del terremoto, y después del fuego, llegan los tiempos tranquilos y pacíficos de su reino, en los cuales el Espíritu de Dios, con toda tranquilidad, vivifica y hace crecer al hombre. Y más manifiestamente aún se hizo ver por medio de Ezequiel que los profetas veían en parte las disposiciones de Dios, pero no propiamente a Dios mismo. Porque, habiendo visto la visión, y los querubines, y sus ruedas, y habiendo referido el misterio de todo su avance, y habiendo visto la semejanza de un trono sobre ellos, y sobre el trono la semejanza como de figura de hombre, y lo que estaba sobre sus lomos como figura de ámbar, y lo de abajo como visión de fuego, y manifestando toda la restante visión de los tronos, para que nadie pensara acaso que él había visto propiamente a Dios en estas cosas, añadió: Esta es la visión de la semejanza de la gloria del Señor (Ez 1,28).

11. Así pues, si ni Moisés vio a Dios, ni Elías, ni Ezequiel, que vieron muchas cosas celestiales, y lo que veían eran semejanzas de la gloria del Señor y profecías de lo venidero, es manifiesto que el Padre es invisible, de quien dijo también el Señor: A Dios nadie lo ha visto jamás (Jn 1,18). Pero su Verbo, como él mismo quería y para provecho de los que lo veían, mostraba la gloria del Padre y exponía sus disposiciones (como también

dijo el Señor: El Dios unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer (Jn 1,18); y el Verbo del Padre mismo lo interpreta, como rico y múltiple que es): no era visto por los que lo veían en una sola figura ni en un solo sello, sino según las causas o la eficacia de sus dispensaciones, como está escrito en Daniel. Porque unas veces era visto con los que estaban con Ananías, Azarías y Misael, asistiéndolos en el horno de fuego, y en la hoguera, y librándolos del fuego: Y el aspecto, dice, del cuarto era semejante al Hijo de Dios (Dan 3,92). Y otras veces es una piedra cortada del monte sin manos (Dan 2,34), y que hiere los reinos temporales y los aventa, y que él mismo llena toda la tierra. Otra vez, este mismo es visto como un Hijo de hombre que viene sobre las nubes del cielo, y que se acerca al Anciano de días, y que recibe de él todo el poder, y la gloria, y el reino. Y su poder, dice, es un poder eterno, y su reino no perecerá (Dan 7,13-14).

Pero también Juan, el discípulo del Señor, viendo en el Apocalipsis la venida sacerdotal y gloriosa de su reino: Me volví, dice, para ver la voz que hablaba conmigo, y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros a uno semejante a un Hijo de hombre, vestido de túnica talar, y ceñido a la altura del pecho con un cinturón de oro. Y su cabeza y sus cabellos eran blancos, como lana blanca, como nieve; y sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, como cuando arde en un horno. Y su voz como voz de aguas; y tiene siete estrellas en su mano derecha, y de su boca salía una espada

aguda de dos filos, y su rostro como el sol que brilla en su fuerza (Ap 1,12-16). Porque en estas cosas significa algo de su gloria que viene del Padre, como la cabeza; algo sacerdotal, como la túnica talar (y por eso Moisés vistió al pontífice según este tipo); y algo del fin, como el bronce bruñido ardiendo en el horno, que es la fortaleza de la fe y la perseverancia de las oraciones, a causa del incendio abrasador que llega al fin de los tiempos.

Y como Juan no soportaba la visión (Caí, dice, a sus pies como muerto (Ap 1,17), para que se cumpliera lo que está escrito: Nadie ve a Dios y vive (Ex 33,20)), el Verbo, vivificándolo y recordándole que él era aquel sobre cuyo pecho se había recostado en la cena, cuando preguntaba quién era el que lo iba a entregar, decía: Yo soy el primero y yo el último; y el que vivo, y estuve muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y de los infiernos (Ap 1,17-18). Y después de esto, viendo al mismo Señor en una segunda visión: Vi, dice, en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, un cordero de pie como degollado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios, enviados por toda la tierra (Ap 5,6). Y otra vez dice del mismo cordero: Y he aquí un caballo blanco, y el que estaba sentado sobre él se llamaba fiel y veraz, y con justicia juzga y combate, y sus ojos eran como llama de fuego, y en su cabeza muchas diademas, y tenía un nombre escrito que nadie conoce sino él mismo; y estaba envuelto en un vestido salpicado de sangre, y su nombre se llama el Verbo de

Dios. Y los ejércitos del cielo lo seguían en caballos blancos, vestidos de lino fino, blanco y puro; y de su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones; y él las apacentará con vara de hierro, y él pisa el lagar del vino del furor de la ira de Dios omnipotente; y tiene sobre su vestido y sobre su muslo un nombre escrito: Rey de reyes y Señor de señores (Ap 19,11-16). Así el Verbo de Dios tiene siempre como los lineamentos de las cosas venideras, y mostraba a los hombres como los esbozos de las disposiciones del Padre, enseñándonos las cosas de Dios.

12. Y no solo por medio de las visiones que se veían y de las palabras que se pregonaban, sino también en acciones fue visto por los profetas, para prefigurar y mostrar de antemano por medio de ellos lo venidero. Por eso también el profeta Oseas tomó una mujer de fornicación, profetizando por la acción que la tierra fornicará apartándose del Señor (Os 1,2), es decir, los hombres que están sobre la tierra; y de hombres de esta clase tendrá Dios a bien tomar para sí una Iglesia, que ha de ser santificada por la comunicación con su Hijo, así como también aquella fue santificada por la comunión con el profeta. Y por esto dice Pablo que la mujer infiel es santificada en el marido fiel (1 Cor 7,14). Además, el profeta puso por nombre a sus hijos No-alcanzó-misericordia y No-pueblo (Os 1,6.9): para que, como dice el Apóstol, el que no es pueblo llegue a ser pueblo, y la que no ha alcanzado misericordia alcance misericordia; y, liberada en el lugar en que se la llamaba no pueblo, allí serán llamados

hijos del Dios vivo (Rom 9,25-26). Lo que fue hecho en tipo por el profeta por medio de una acción, el Apóstol muestra que fue hecho en verdad en la Iglesia por Cristo. Así también Moisés tomaba por esposa a una etíope, a la que él mismo hizo israelita, presignificando que el acebuche es injertado en el olivo y participará de su grosura. Porque, como Cristo, que nació según la carne, había de ser buscado por el pueblo para ser muerto, pero había de ser liberado en Egipto, es decir, entre las naciones, para santificar a los que allí eran niños, de donde también perfeccionó allí la Iglesia (porque Egipto era gentil desde el principio, como también Etiopía), por eso, por medio de las bodas de Moisés se mostraban las bodas del Verbo, y por medio de la esposa etíope se manifestaba la Iglesia que procede de las naciones; y los que la denigran, y la acusan, y se burlan de ella, no serán puros. Porque serán leprosos, y serán arrojados del campamento de los justos. Así también Rahab la prostituta, condenándose ciertamente a sí misma por ser gentil, rea de todos los pecados, recibió, sin embargo, a los tres espías que exploraban toda la tierra, y los escondió en su casa, es decir, al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo. Y cuando toda la ciudad en que habitaba se derrumbó en ruina, al tocar los siete trompeteros, al final Rahab la prostituta fue conservada con toda su casa, por la fe en la señal escarlata; como también el Señor decía a los que no acogían su venida, es decir, a los fariseos, que anulan la señal escarlata, que era la Pascua, la redención y el éxodo del pueblo de Egipto, diciendo: Los pu-

blicanos y las meretrices os preceden en el reino de los cielos (Mt 21,31).

CAPÍTULO 21

Que la fe de Abraham y la nuestra fue una y la misma; y que fue presignificada en los dichos y hechos de los antiguos patriarcas.

1. Que en Abraham estaba prefigurada nuestra fe, y que él fue patriarca de nuestra fe y como su profeta, lo enseñó plenísimamente el Apóstol en la Epístola a los gálatas, diciendo: Aquel, pues, que os da el Espíritu y obra prodigios entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley, o por la escucha de la fe? (Gál 3,5) Así como Abraham creyó a Dios, y le fue contado para justicia (Gál 3,6). Sabed, pues, que los que son de la fe, esos son hijos de Abraham (Gál 3,7). Y la Escritura, previendo que Dios justifica a las naciones por la fe, preanunció a Abraham que en él serán bendecidas todas las naciones (Gál 3,8). Así pues, los que son de la fe serán bendecidos con el fiel Abraham (Gál 3,9). Por esto no solo lo llamó profeta de la fe, sino también padre de los que de entre las naciones creen en Cristo Jesús, por cuanto una y la misma es su fe y la nuestra: él creyendo en las cosas futuras como si ya estuvieran hechas, a causa de la promesa de Dios; y nosotros igualmente contemplando por la fe la herencia que está en el reino.

2. Y también lo referente a Isaac no carece de significación. Pues en la Epístola a los romanos dice el Apóstol: Y también Rebeca, habiendo concebido de un solo lecho, de Isaac nuestro padre,

recibió una respuesta del Verbo; para que el designio de Dios según la elección permaneciera, no por las obras, sino por el que llama, se le dijo: Dos pueblos hay en tu útero, y dos naciones en tu vientre, y un pueblo vencerá a otro pueblo, y el mayor servirá al menor (Rom 9,10-12; Gn 25,23). De lo cual es manifiesto que no solo las profecías de los patriarcas, sino también el parto de Rebeca fue profecía de dos pueblos: que uno es el mayor y el otro el menor; que uno está bajo servidumbre y el otro es libre; pero que son de uno y el mismo padre. Uno y el mismo es nuestro Dios y el de ellos, que es conocedor de lo escondido, que sabe todas las cosas antes de que sucedan; y por esto dijo: A Jacob amé, pero a Esaú lo tuve en odio (Rom 9,13).

3. Y si alguno estudia también los hechos de Jacob, los hallará no vacíos, sino llenos de disposiciones: y en primer lugar en su nacimiento, cómo asió el talón de su hermano y fue llamado Jacob, es decir, el suplantador; el que sujeta y no es sujetado; el que ata los pies, pero no es atado; el que lucha y vence; el que tiene en la mano el talón del adversario, es decir, la victoria. Pues para esto nacía el Señor, de cuya generación él ofrecía el tipo, de quien también Juan dice en el Apocalipsis: Salió vencedor, para vencer (Ap 6,2). Después recibió la primogenitura, cuando su hermano la despreció: así como también el pueblo más joven recibió a Cristo, el primogénito, cuando el pueblo de más edad lo rechazó diciendo: No tenemos más rey que el César (Jn 19,15). Pero en Cristo está toda bendición; y por esto el pueblo poste-

rior arrebató del Padre las bendiciones del pueblo anterior, así como Jacob quitó la bendición a este Esaú. Por esta causa el hermano padecía las asechanzas y persecuciones de su hermano, como también la Iglesia padece eso mismo de parte de los judíos. Las doce tribus, el linaje de Israel, nacían en tierra extranjera, porque también Cristo había de engendrar en tierra extranjera el fundamento de doce columnas de la Iglesia. Las ovejas manchadas que nacían eran el salario de este Jacob; y el salario de Cristo son los hombres que, de naciones diversas y diferentes, se reúnen en una sola cohorte de la fe, como el Padre le prometió diciendo: Pídeme, dice, y te daré las naciones en herencia tuya, y en posesión tuya los confines de la tierra (Sal 2,8). Y como Jacob se hacía profeta de la multitud de los hijos del Señor, fue de toda necesidad que tuviera hijos de dos hermanas, como Cristo de dos leyes de uno y el mismo Padre; e igualmente también de esclavas; significando que Cristo establecería hijos de Dios según la carne tanto de hombres libres como de esclavos, dando igualmente a todos el don del Espíritu que nos vivifica. Y todo lo hacía él por aquella más joven, de ojos hermosos, Raquel, que prefiguraba a la Iglesia, por la cual soportó Cristo: el cual entonces, por medio de sus patriarcas y profetas, prefiguraba y preanunciaba lo futuro, ensayando de antemano su parte en las disposiciones de Dios, y acostumbrando a su herencia a obedecer a Dios, y a peregrinar en el siglo, y a seguir su palabra, y a presignificar lo futuro. Pues nada hay vacío ni sin señal ante Dios.

CAPÍTULO 22

Que Cristo no vino por los hombres de una sola época, sino por todos los que, viviendo justa y piadosamente, habían creído en él y habían de creer en adelante.

1. Pero en los últimos tiempos, cuando llegó la plenitud del tiempo de la libertad, el Verbo mismo por sí mismo lavó la inmundicia de las hijas de Sion, lavando con sus propias manos los pies de los discípulos. Porque este es el fin del género humano que hereda a Dios: que, así como al principio por los primeros todos fuimos reducidos a servidumbre por la deuda de la muerte, así al final por el último todos los que desde el principio fueron discípulos, purificados y lavados de lo que es de la muerte, lleguen a la vida de Dios. Pues el que lavó los pies de los discípulos santificó todo el cuerpo y lo condujo a la purificación. Por lo cual también les servía la comida mientras estaban recostados, significando a los que yacían en la tierra, a quienes vino a servir la vida. Como dice Jeremías: El Señor, el Santo de Israel, se acordó de sus muertos, que se habían dormido antes en la tierra de la sepultura, y descendió a ellos para anunciarles la buena nueva de su poder salvador, para salvarlos. Por esto también los ojos de los discípulos estaban cargados cuando Cristo venía a su pasión; y el Señor, hallándolos dormidos, la primera vez los dejó, significando la paciencia de Dios en el sueño de los hombres; pero la segunda vez vino y los despertó y los levantó, significando que su pasión es el despertar de los discípulos que

duermen, por los cuales también descendió a las partes inferiores de la tierra (Ef 4,9), para ver con sus ojos lo que de la creación estaba inactivo; de los cuales decía también a los discípulos: Muchos profetas y justos desearon ver y oír lo que vosotros veis y oís (Mt 13,17).

2. Pues no vino Cristo solo por los que creyeron en él en tiempos de Tiberio César; ni tuvo el Padre providencia solo de los hombres que ahora existen; sino de todos los hombres absolutamente, que desde el principio, por razón de su virtud, en su generación temieron y amaron a Dios, y vivieron justa y piadosamente con sus prójimos, y desearon ver a Cristo y oír su voz. Por lo cual en su segunda venida despertará primero del sueño a todos estos, y levantará tanto a ellos como a los demás que serán juzgados, y los establecerá en su reino. Puesto que es un solo Dios el que dirigió a los patriarcas en sus disposiciones y justificó a la circuncisión por la fe, y al prepucio por medio de la fe (Rom 3,30). Pues así como en los primeros éramos nosotros prefigurados y preanunciados, así a su vez ellos son configurados en nosotros, es decir, en la Iglesia, y reciben la recompensa por aquello en que trabajaron.

CAPÍTULO 23

Que los patriarcas y profetas, presignificando la venida de Cristo, prepararon a los venideros el camino a la fe en Cristo; y que por eso fue menor el trabajo de los apóstoles, que recogían el fruto del trabajo ajeno.

1. Por esto decía el Señor a los discípulos: He aquí que os digo: alzad vuestros ojos y ved los campos, que están blancos para la siega (Jn 4,35). Porque el segador recibe salario y recoge fruto para la vida eterna, para que el que siembra y el que siega se alegren juntamente (Jn 4,36). Pues en esto es verdadero el dicho: que uno es el que siembra y otro el que siega (Jn 4,37). Pues yo os envié delante a segar lo que vosotros no trabajasteis: otros trabajaron, y vosotros habéis entrado en su trabajo (Jn 4,38). ¿Quiénes son, pues, los que trabajaron, los que sirvieron a las disposiciones de Dios? Es manifiesto que son los patriarcas y los profetas, que también prefiguraron nuestra fe y sembraron en la tierra la venida del Hijo de Dios, quién y cuál había de ser: para que los hombres que habían de venir después, teniendo el temor de Dios, recibieran fácilmente la venida de Cristo, instruidos por los profetas. Y por esto, cuando José supo que María estaba encinta, y pensaba repudiarla en secreto, el ángel le dijo en sueños: No temas tomar a María tu esposa; porque lo que tiene en el seno es del Espíritu Santo (Mt 1,20). Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús: porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 1,21). Y añadió, persuadiéndolo: Todo esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta que dice: He aquí que una virgen recibirá en el seno, y dará a luz un hijo, y su nombre será llamado Emmanuel (Mt 1,22-23; Is 7,14); persuadiéndolo con las palabras del profeta y excusando a María: mostrando que ella era la misma virgen que había sido preanunciada por

Isaías, la que daría a luz a Emmanuel. Por lo cual José, persuadido sin vacilación, tomó a María, y en toda la crianza restante de Cristo prestó gozoso su servicio, emprendiendo el viaje a Egipto, y el regreso de allí, y el traslado a Nazaret. En efecto, los que ignoraban las Escrituras, y la promesa de Dios, y la disposición de Cristo, lo llamaban padre del niño. Por esto también el Señor mismo leía en Cafarnaún las profecías de Isaías: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido; me ha enviado a evangelizar a los pobres, a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar a los cautivos la liberación, y a los ciegos la vista (Lc 4,18; Is 61,1). Y, mostrando que él mismo había sido preanunciado por la profecía de Isaías, les decía: Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos (Lc 4,21).

2. Por esto también Felipe, habiendo hallado al eunuco de la reina de los etíopes leyendo lo que está escrito: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero en presencia del que lo trasquila, sin voz, así no abrió su boca (Is 53,7; Hch 8,32). En su humillación su juicio fue quitado (Is 53,8; Hch 8,33), y todo lo demás que el profeta recorrió acerca de su pasión, y de su venida en la carne, y de cómo fue deshonrado por los que no creían en él: Felipe lo persuadió fácilmente a creer que él era Cristo Jesús, que fue crucificado bajo Poncio Pilato y padeció, y todo lo que predijo el profeta, y que él era el Hijo de Dios, que da la vida eterna a los hombres. Y en cuanto lo bautizó, se apartó de él. Pues nada más le faltaba al que había sido catequizado de antemano por los profetas: no

ignoraba a Dios Padre, ni la disposición del modo de vida, sino solo la venida del Hijo de Dios; y cuando la conoció brevemente, seguía su camino gozoso, para ser en Etiopía heraldo de la venida de Cristo. Por lo cual Felipe no trabajó mucho con él, porque había sido preparado de antemano por los profetas en el temor de Dios. Por esto también los apóstoles, recogiendo las ovejas perdidas de la casa de Israel y hablándoles a partir de las Escrituras, mostraban que este Jesús crucificado era el Cristo, el Hijo de Dios vivo, y persuadían a una gran multitud, que sin embargo tenía el temor de Dios; y en un solo día fueron bautizados tres mil hombres, y cuatro, y cinco.

CAPÍTULO 24

Que la conversión de las naciones fue más difícil que la de los judíos; y por tanto mayor el trabajo de los apóstoles que se dedicaban a aquella que el de los que se dedicaban a esta.

1. Por esto también Pablo, siendo apóstol de las naciones: Más que todos ellos, dice, he trabajado (1 Cor 15,10). Pues para ellos la catequesis fue fácil, ya que tenían las demostraciones a partir de las Escrituras; y los que oían a Moisés y a los profetas recibían también fácilmente al primogénito de los muertos y príncipe de la vida de Dios, al que por la extensión de las manos derrotaba a Amalec y vivificaba al hombre de la mordedura de la serpiente por la fe en él; pero a las naciones el Apóstol las instruía primero, como mostramos en el libro anterior a este, a apartarse de la superstición de los ídolos y a adorar a un solo Dios,

Hacedor del cielo y de la tierra y Fabricador de toda la creación; y que su Hijo es su Verbo, por quien estableció todas las cosas; y que este, hecho hombre entre los hombres en el último tiempo, reformó el género humano, pero destruyó y venció al enemigo del hombre, y dio a su hechura la victoria sobre el que le resistía. Además, aunque los de la circuncisión no cumplían las palabras de Dios, por ser despreciadores, estaban instruidos de antemano a no adulterar ni fornicar, a no robar ni defraudar, y en que todo lo que se hace para ruina del prójimo es malo y odiado por Dios. Por lo cual también asentían fácilmente a abstenerse de estas cosas, porque las habían aprendido.

2. Pero los gentiles tenían que aprender aun esto mismo: que tales obras son malas, y ruinosas, e inútiles, y dañinas para quienes las hacen. Por lo cual trabajaba más el que había recibido el apostolado para las naciones que los que pregonaban al Hijo de Dios entre la circuncisión. Pues a aquellos los ayudaban las Escrituras, que el Señor confirmó y cumplió, viniendo tal como había sido predicado; pero aquí había una enseñanza extraña y una doctrina nueva: que los dioses de las naciones no solo no son dioses, sino que son ídolos de demonios; y que hay un solo Dios, que está sobre todo principado, y dominación, y potestad, y todo nombre que se nombra (Ef 1,21); y que su Verbo, invisible por naturaleza, se hizo palpable y visible entre los hombres, y descendió hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2,8); y que los que creen en él serán incorruptibles e impasibles, y recibirán el reino de los cielos. Y estas cosas se

predicaban a las naciones de palabra, sin Escrituras; por lo cual también trabajaban más los que predicaban a las naciones. Pero a su vez la fe de las naciones se muestra más noble, pues siguen la palabra de Dios sin la instrucción de las Letras.

CAPÍTULO 25

Que ambos Testamentos fueron presignificados en Abraham y en el parto de Tamar; pero que uno es el Dios de ambos Testamentos.

1. Pues así convenía respecto de los hijos de Abraham, a quienes Dios le suscitó de las piedras e hizo estar junto a él, que había sido hecho príncipe y preanunciador de nuestra fe, el cual recibió también el testamento de la circuncisión después de aquella justificación de la fe que había tenido en el prepucio: que en él fueran prefigurados ambos Testamentos, para que llegara a ser padre de todos los que siguen al Verbo de Dios y soportan la peregrinación en este siglo, es decir, de los que de la circuncisión y de los que del prepucio son fieles; así como también Cristo, piedra angular suprema (Ef 2,20), sosteniendo todas las cosas y reuniendo en la única fe de Abraham a los que de ambos Testamentos son aptos para la edificación de Dios. Pero esta fe que está en el prepucio, como que une el fin con el principio, se ha hecho primera y última. Pues antes de la circuncisión estaba en Abraham y en los demás justos que agradaron a Dios, como hemos demostrado; y de nuevo en los últimos tiempos surgió en el género humano por la venida del Señor. Pero la circun-

cisión y la ley de las obras ocuparon los tiempos intermedios.

2. Esto se muestra en tipo por medio de muchas otras cosas, y también ahora por medio de Tamar, nuera de Judá. Pues cuando concibió gemelos, uno de ellos sacó primero la mano; y como la partera pensó que él era el primogénito, le ató en la mano una señal escarlata. Y hecho esto, y habiendo retirado él su mano, salió primero su hermano Fares; y así después aquel segundo, en el que estaba la escarlata, Zara: manifestando claramente la Escritura aquel pueblo que tiene la señal escarlata, es decir, la fe que está en el prepucio, mostrada de antemano primero en los patriarcas y retirada después, para que naciera su hermano; y luego así, el que era primero, nacido en segundo lugar, el cual es reconocido por la señal escarlata que tenía: lo cual es la pasión del justo, prefigurada desde el principio en Abel, y descrita por los profetas, pero consumada en los últimos tiempos en el Hijo de Dios.

3. Pues era necesario que unas cosas fueran preanunciadas paternalmente por los padres, otras prefiguradas según la Ley por los profetas, y otras configuradas según la configuración de Cristo por los que recibieron la adopción: pero todas se muestran en un solo Dios. Pues siendo uno solo Abraham, prefiguraba en sí mismo los dos Testamentos, en los cuales unos sembraron y otros segaron: Pues en esto, dice, es verdadero el dicho: que uno es el pueblo que siembra, otro el que segará (Jn 4,37); pero uno solo es Dios, que da a ambos lo que les conviene: la simiente

al que siembra, y el pan para comer al que siega. Así como uno es el que planta y otro el que riega, pero uno solo, Dios, el que da el crecimiento. Pues los patriarcas y los profetas sembraron la palabra acerca de Cristo; pero la Iglesia cosechó, es decir, recibió el fruto. Por esto también ellos mismos piden tener tabernáculo en ella, diciendo Jeremías: ¿Quién me dará en el desierto una última morada? (Jer 9,1); para que el que siembra y el que siega se alegren juntamente en el reino de Cristo, que está presente a todos aquellos en quienes Dios se complació desde el principio, concediéndoles que su Verbo estuviera presente en ellos.

CAPÍTULO 26

Cristo, tesoro escondido en las Escrituras, descubierto por su venida y su cruz; y que la exposición de las Escrituras y la verdad de la doctrina han de buscarse solo en los obispos que en la Iglesia católica tienen la sucesión desde los apóstoles.

1. Si alguno, pues, lee con atención las Escrituras, hallará en ellas la palabra acerca de Cristo y la prefiguración del nuevo llamamiento.

Pues este es el tesoro escondido en el campo, es decir, en este mundo (pues el campo es el mundo (Mt 13,38)); pero el tesoro escondido en las Escrituras es Cristo, porque era significado por medio de tipos y parábolas. De ahí que no pudiera entenderse lo que es según el hombre antes de que llegara la consumación de las cosas que han sido consumadas, la cual es la venida de Cristo. Y por esto se decía al profeta Daniel:

Guarda las palabras y sella el libro hasta el tiempo de la consumación, hasta que muchos aprendan y se cumpla el conocimiento (Dan 12,4). Pues en él, cuando se cumpla la dispersión, conocerán todas estas cosas (Dan 12,7). Y también Jeremías dice: En los últimos días las entenderán (Jer 23,20).

Pues toda profecía, antes de tener su cumplimiento, es para los hombres enigmas y ambigüedades. Pero cuando ha llegado el tiempo, y ha sucedido lo que fue profetizado, entonces las profecías tienen una exposición clara y cierta. Y por esto, cuando la Ley es leída por los judíos en este tiempo presente, es semejante a una fábula: pues no tienen la exposición de todas las cosas que pertenecen a la venida del Hijo de Dios, que es según el hombre; pero cuando es leída por los cristianos, es un tesoro escondido en el campo, pero revelado y explicado por la cruz de Cristo, que enriquece el entendimiento de los hombres, y muestra la sabiduría de Dios, y da a conocer sus disposiciones para con el hombre, y preforma el reino de Cristo, y anuncia de antemano la buena nueva de la herencia de la santa Jerusalén; y preanuncia que el hombre que ama a Dios progresará tanto que incluso verá a Dios y oirá su palabra, y por la escucha de su voz será glorificado tanto que los demás no podrán mirar el rostro de su gloria, como fue dicho por Daniel: que los que entienden brillarán como el resplandor del firmamento, y los de los muchos justos como las estrellas, por los siglos y aún más (Dan 12,3). Como hemos mostrado, pues, si alguno lee las Escrituras (pues así discurrió el Señor con los discípulos después

de su resurrección de entre los muertos, mostrándoles a partir de las mismas Escrituras que era necesario que el Cristo padeciera y entrara en su gloria, y que en su nombre se predicara la remisión de los pecados en todo el mundo (Lc 24,26.47)), será también un discípulo consumado, y semejante al padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

2. Por lo cual es necesario obedecer a los presbíteros que están en la Iglesia, a los que tienen la sucesión desde los apóstoles, como hemos mostrado; los cuales, con la sucesión del episcopado, recibieron el carisma cierto de la verdad, según el beneplácito del Padre; pero tener por sospechosos a los demás, que se apartan de la sucesión principal y se reúnen en cualquier lugar, ya como herejes y de mala doctrina, ya como quienes escinden, y engreídos, y complacientes consigo mismos, o también como hipócritas, que hacen esto por causa del lucro y de la vanagloria. Pero todos estos han caído de la verdad. Y los herejes, que llevan fuego extraño al altar de Dios, es decir, doctrinas extrañas, serán abrasados por el fuego celeste, como Nadab y Abiú. Y los que se levantan contra la verdad y exhortan a otros contra la Iglesia de Dios permanecen en los infiernos, tragados por la sima de la tierra, como los que rodeaban a Coré, Datán y Abirón. Y los que escinden y separan la unidad de la Iglesia reciben de Dios el mismo castigo que Jeroboán.

3. Pero los que son tenidos por muchos como presbíteros, y sirven a sus propios placeres, y no anteponen el temor de Dios en sus corazones,

sino que tratan a los demás con afrentas, y se engríen con el orgullo de la concesión principal, y obran el mal a escondidas, y dicen: Nadie nos ve (Dan 13,20), serán reprendidos por el Verbo, que no juzga según la gloria ni mira el rostro, sino al corazón; y oirán aquellas palabras que son del profeta Daniel: Simiente de Canaán, y no de Judá, la belleza te sedujo, y la concupiscencia trastornó tu corazón; envejecido en días malos, ahora han llegado tus pecados que cometías antes, juzgando juicios injustos: y condenabas a los inocentes, y dejabas libres a los culpables, aunque el Señor dice: Al inocente y al justo no matarás (Dan 13,56.52-53). De los cuales dijo también el Señor: Pero si un mal siervo dice en su corazón: Mi señor tarda, y comienza a golpear a los siervos y a las siervas, y a comer, y a beber, y a embriagarse, vendrá el señor de aquel siervo el día que no sabe y a la hora que no espera, y lo partirá, y pondrá su parte con los infieles (Mt 24,48-51; Lc 12,46).

4. De todos los tales, pues, es necesario apartarse; y adherirse en cambio a los que guardan la doctrina de los apóstoles, como dijimos antes, y con el orden del presbiterado ofrecen palabra sana y un modo de vida sin tacha, para confirmación y corrección de los demás. Como Moisés, a quien fue confiado tan gran mando, apoyado en la buena conciencia, se justificaba ante Dios diciendo: No he tomado nada de ninguno de ellos codiciándolo, ni he hecho mal a ninguno de ellos (Nm 16,15). Como Samuel, que juzgó al pueblo tantos años y ejerció el mando sobre Israel sin altivez alguna, al final se justificaba diciendo: Yo

he vivido en vuestra presencia desde mi primera edad hasta ahora: respondedme en presencia de Dios y en presencia de su Cristo: ¿de quién de vosotros he tomado un becerro, o un asno, o sobre quién me he enseñoreado, o a quién he oprimido, o si he recibido de la mano de alguno una propiciación o un calzado, decidlo contra mí, y os lo restituiré (1 Sam 12,2-3). Y cuando el pueblo hubo dicho: Ni te has enseñoreado, ni nos has oprimido, ni has tomado nada de la mano de nadie (1 Sam 12,4), invocó al Señor como testigo, diciendo: Testigo es el Señor, y testigo su Cristo en este día, de que nada habéis hallado en mi mano. Y le dijeron: Testigo (1 Sam 12,5). Como también el apóstol Pablo, siendo de buena conciencia, decía a los corintios: Pues no somos como muchísimos, que adulteran la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, delante de Dios hablamos en Cristo (2 Cor 2,17); a nadie hemos dañado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado (2 Cor 7,2).

5. A tales presbíteros nutre la Iglesia, de quienes también dice el profeta: Y daré tus príncipes en paz, y tus obispos en justicia (Is 60,17). De quienes también decía el Señor: ¿Quién será, pues, el administrador fiel, bueno y sabio, a quien el Señor pone al frente de su familia, para darles el alimento a su tiempo? (Mt 24,45) Dichoso aquel siervo a quien el Señor, al venir, encuentre obrando así (Mt 24,46). Dónde, pues, puede alguno hallar a tales, lo enseña Pablo cuando dice: Dios puso en la Iglesia primero apóstoles, en segundo lugar profetas, en tercer lugar doctores

(1 Cor 12,28). Donde, pues, han sido puestos los carismas del Señor, allí es necesario aprender la verdad, de aquellos en quienes está la sucesión de la Iglesia que viene de los apóstoles, y en quienes consta lo que hay de sano e irreprochable en el modo de vida, y de inadulterado e incorrupto en la palabra. Pues estos guardan nuestra fe en un solo Dios, que hizo todas las cosas; y acrecientan el amor al Hijo de Dios, que hizo tan grandes disposiciones por nosotros; y nos exponen las Escrituras sin peligro, sin blasfemar de Dios, ni deshonrar a los patriarcas, ni despreciar a los profetas.

CAPÍTULO 27

Que las caídas de los antiguos, que Dios castigó, fueron puestas por escrito por su providencia, para que nos instruyamos con ellas y no nos ensoberbezcamos. Que no ha de concluirse de ahí que hay otro Dios distinto de aquel a quien Cristo predicó; más bien ha de temerse que el uno y mismo Dios, que exigió penas a los antiguos, nos las exija más graves a nosotros.

1. Como oí a cierto presbítero, que lo había oído de los que habían visto a los apóstoles y de los que habían sido enseñados: que a los antiguos, por lo que hicieron sin el consejo del Espíritu, les bastaba la corrección que venía de las Escrituras. Pues como Dios no hace acepción de personas, a lo que no se hacía según su beneplácito le aplicaba la corrección conveniente. Así bajo David: cuando padecía persecución de Saúl por la justicia, y huía del rey Saúl, y no se vengaba

de su enemigo, y cantaba en salmos la venida de Cristo, e instruía en sabiduría a las naciones, y hacía todo según el consejo del Espíritu, agradaba a Dios. Pero cuando por concupiscencia tomó para sí a Betsabé, mujer de Urías, dijo de él la Escritura: Pero pareció malo a los ojos del Señor lo que hizo David (2 Sam 11,27); y es enviado a él el profeta Natán, mostrándole su pecado, para que él, dando sentencia sobre sí mismo y condenándose a sí mismo, alcanzara misericordia y remisión de Cristo: Y le dijo: Había dos hombres en una ciudad, uno rico y otro pobre: el rico tenía rebaños de ovejas y de bueyes muy numerosos; y el pobre no tenía nada sino una ovejita, que tenía y criaba, y que había estado con él y con sus hijos juntamente: comía de su pan, y bebía de su copa, y era para él como una hija (2 Sam 12,1-3). Y llegó un huésped al hombre rico, y él se abstuvo de tomar de su rebaño de ovejas y de sus manadas de bueyes para atender al huésped; y tomó la ovejita del hombre pobre, y la sirvió al hombre que había venido a él (2 Sam 12,4). Y David se irritó mucho contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive el Señor, que hijo de muerte es el hombre que hizo esto; y restituirá la ovejita cuatro veces, por haber hecho esto y por no haberse compadecido del pobre (2 Sam 12,5-6). Y le dijo Natán: Tú eres el hombre que ha hecho esto (2 Sam 12,7); y a continuación prosigue lo demás, reprochándole y enumerándole los beneficios de Dios, y que había irritado al Señor al hacer esto. Pues tal obra, decía, no agradaba a Dios, sino que una gran ira amenazaba a su casa. Y David se compungió ante

esto, y dijo: He pecado contra el Señor (2 Sam 12,13); y después cantaba el salmo de la exomologesis, aguardando la venida del Señor, que lava y purifica al hombre que había quedado atado por el pecado.

Igualmente también de Salomón: mientras perseveraba en juzgar rectamente y en exponer la sabiduría, y edificaba el tipo del verdadero templo, y exponía las glorias de Dios, y anunciaba a las naciones la paz venidera, y prefiguraba el reino de Cristo, y pronunciaba tres mil parábolas para la venida del Señor, y cinco mil cantos, diciendo un himno a Dios, y exponía a la manera de los físicos la sabiduría de Dios que está en la creación, a partir de todo árbol y de toda hierba, y de todas las aves, y de los cuadrúpedos, y de los peces; y decía: ¿Acaso de verdad Dios, a quien los cielos no contienen, habitará sobre la tierra con los hombres? (1 Re 8,27), agradaba a Dios, y todos lo admiraban, y todos los reyes de la tierra buscaban su rostro para oír su sabiduría, que Dios le había dado, y la reina del Sur venía a él desde los confines de la tierra para conocer la sabiduría que había en él; la cual, como dice el Señor, resucitará en el juicio con la generación de los que oyen sus palabras y no creen en él, y los condenará: porque ella se sometió a la sabiduría anunciada por un siervo de Dios, pero estos despreciaron la sabiduría que era dada por el Hijo de Dios. Pues Salomón era siervo; pero Cristo es Hijo de Dios y Señor de Salomón. Así pues, mientras servía a Dios sin tropiezo y ministraba a sus disposiciones, entonces era glorificado; pero cuando tomaba mujeres de

todas las naciones y les permitía erigir ídolos en Israel, dijo de él la Escritura: Y el rey Salomón era amante de las mujeres, y tomó para sí mujeres extranjeras; y sucedió que en el tiempo de la vejez de Salomón su corazón no era perfecto con el Señor su Dios (1 Re 11,1.4). Y las mujeres extranjeras desviaron su corazón tras dioses ajenos (1 Re 11,3-4). E hizo Salomón lo malo en presencia del Señor: no anduvo en pos del Señor, como David su padre (1 Re 11,6). Y se irritó el Señor contra Salomón: porque su corazón no era perfecto en el Señor, según el corazón de David su padre (1 Re 11,9.4). La Escritura lo reprendió suficientemente, como dijo el presbítero, para que ninguna carne se gloríe en presencia del Señor.

2. Y por esto, decía, el Señor descendió a las cosas que están bajo la tierra, anunciando también a ellos la buena nueva de su venida, habiendo remisión de los pecados para los que creen en él. Y creyeron en él todos los que esperaban en él, es decir, los que preanunciaron su venida y sirvieron a sus disposiciones, los justos, y los profetas, y los patriarcas: a quienes, igual que a nosotros, perdonó los pecados, que no debemos imputarles, si no queremos despreciar la gracia de Dios. Pues así como ellos no nos imputaban nuestras incontinencias, que cometimos antes de que Cristo se manifestara en nosotros, así tampoco es justo que nosotros hagamos imputación a los que pecaron antes de la venida de Cristo. Pues todos los hombres necesitan la gloria de Dios (Rom 3,23), y son justificados no por sí mismos, sino por la venida del Señor, los que fijan la mirada en su luz.

Pero sus hechos, decía, fueron puestos por escrito para nuestra corrección, para que supiéramos, primero, que uno es nuestro Dios y el de ellos, a quien no agradan los pecados aunque los cometan hombres ilustres; y después, para que nos abstengamos de los males. Pues si aquellos antiguos que nos precedieron en los carismas, por quienes el Hijo de Dios aún no había padecido, al delinquir en algo y servir a la concupiscencia de la carne, fueron afectados por tal ignominia, ¿qué padecerán los que ahora existen, que han despreciado la venida del Señor y se han entregado a sus placeres? Y para aquellos la muerte del Señor fue curación y remisión de los pecados; pero por los que ahora pecan Cristo ya no morirá, pues la muerte ya no tendrá dominio sobre él; sino que vendrá el Hijo en la gloria del Padre, reclamando a sus administradores y dispensadores el dinero que les confió, con los intereses: y a quienes dio más, más les exigirá. No debemos, pues, decía aquel anciano, ser soberbios, ni reprender a los antiguos; sino temer nosotros mismos, no sea que, después del conocimiento de Cristo, haciendo algo que no agrade a Dios, ya no tengamos remisión de los pecados, sino que seamos excluidos de su reino. Y por eso, decía, Pablo dijo: Pues si no perdonó a las ramas naturales, tal vez tampoco te perdone a ti, que, siendo acebuche, fuiste injertado en la grosura del olivo y te hiciste partícipe de su grosura (Rom 11,21.17).

3. Igualmente ves también descritas las prevaricaciones del pueblo, no por causa de los que entonces transgredían, sino para nuestra correc-

ción, y para que supiéramos que es uno y el mismo el Dios contra quien aquellos delinquían y contra quien ahora delinquen algunos de los que dicen haber creído. Y esto, decía, lo mostró clarísimamente el Apóstol en la Epístola a los corintios, diciendo: Pues no quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual: pues bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo (1 Cor 10,1-4). Pero no se complació Dios en la mayoría de ellos; pues fueron postrados en el desierto (1 Cor 10,5). Estas cosas fueron en figura nuestra, para que no codiciemos lo malo, como también ellos codiciaron; ni seáis idólatras, como algunos de ellos; según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantaron a divertirse (1 Cor 10,6-7). Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un solo día veintitrés mil (1 Cor 10,8). Ni tentemos a Cristo, como algunos de ellos lo tentaron, y perecieron por las serpientes (1 Cor 10,9). Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron a manos del exterminador (1 Cor 10,10). Todas estas cosas les sucedían en figura; pero fueron escritas para corrección nuestra, a quienes ha llegado el fin de los siglos (1 Cor 10,11). Por lo cual, el que cree estar en pie, mire no caiga (1 Cor 10,12).

4. Así pues, mostrando el Apóstol sin duda y sin contradicción que es uno y el mismo el Dios que juzgó aquellas cosas y que indaga las de aho-

ra, y mostrando la causa de que fueran descritas, se hallan indoctos y audaces, y aun imprudentes, todos los que, a causa de la transgresión de los que existieron antaño y a causa de la escucha desobediente de la mayoría, dicen que uno fue el Dios de aquellos, y que este es el fabricador del mundo y está en mengua; y que otro es el Padre transmitido por Cristo, y que este es el que cada uno de ellos ha concebido en su mente: sin entender que, así como allí no se complació Dios en la mayoría de los que pecaron, así también aquí muchos son los llamados, pero pocos los elegidos (Mt 20,16); así como allí los injustos, y los idólatras, y los fornicarios perdieron la vida, así también aquí: pues el Señor proclama que tales son enviados al fuego eterno, y el Apóstol dice: ¿O ignoráis que los injustos no heredarán el reino de Dios? (1 Cor 6,9) No os dejéis seducir: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios (1 Cor 6,9-10). Y como no dice esto a los que están fuera, sino a nosotros, para que no seamos arrojados fuera del reino de Dios haciendo algo semejante, añadió: Y esto erais; pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios (1 Cor 6,11).

Y así como allí eran condenados y arrojados los que obraban mal, y arruinaban a los demás, así también aquí se arranca el ojo que escandaliza, y el pie, y la mano, para que no perezca

igualmente el resto del cuerpo. Y tenemos el precepto: Si alguno llamado hermano es fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o rapaz, con ese tal ni siquiera tomar alimento (1 Cor 5,11). Y otra vez dice el Apóstol: Nadie os seduzca con palabras vanas; pues por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la desconfianza (Ef 5,6). No os hagáis, pues, partícipes de ellos (Ef 5,7). Y así como allí la condenación de los que pecaban alcanzaba también a los demás, porque les eran agradables y convivían con ellos, así también aquí: un poco de levadura corrompe toda la masa (1 Cor 5,6). Y así como allí descendía la ira de Dios sobre los injustos, también aquí igualmente dice el Apóstol: Pues se revelará la ira de Dios desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de aquellos hombres que detienen la verdad en la injusticia (Rom 1,18). Y así como allí se tomaba venganza de parte de Dios sobre los egipcios, que injustamente castigaban a Israel, así también aquí, cuando el Señor dice: ¿Y no hará Dios justicia a sus elegidos, cuantos claman a él día y noche? (Lc 18,7) Sí, os digo, les hará justicia pronto (Lc 18,8); y el Apóstol, en la Epístola a los tesalonicenses, predicando esto: Si es justo ante Dios retribuir con retribución a los que os atribulan, y a vosotros, los atribulados, el descanso con nosotros, en la revelación de nuestro Señor Jesucristo desde el cielo con los ángeles de su poder, y en llama de fuego, para tomar venganza de los que no conocen a Dios y de los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales también sufren la pena de una ruina eterna lejos

del rostro del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga a ser engrandecido en sus santos y a ser admirado en todos los que creyeron en él (2 Tes 1,6-10).

CAPÍTULO 28

Que son necios los que, exagerando la misericordia de Cristo y callando el juicio, y mirando la mayor gracia del Nuevo Testamento pero olvidados de la mayor perfección que nos exige, se esfuerzan por establecer otro Dios distinto del Creador.

1. Así pues, siendo aquí y allí la misma la justicia de Dios cuando Dios toma venganza, allí en tipo, y temporalmente, y con más moderación, pero aquí de verdad, y para siempre, y con más severidad; pues el fuego eterno, y la ira de Dios que se revelará desde el cielo de delante del rostro de nuestro Señor (como también dice David: Pero el rostro del Señor está sobre los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria (Sal 34,17)), inflige mayor castigo a los que caen en ella: los presbíteros mostraban que son muy insensatos los que, a partir de lo que sucedió a quienes antaño obedecían a Dios, intentan introducir otro Padre; oponiendo, por el contrario, cuán grandes cosas hizo el Señor al venir para salvar a los que lo recibieron, compadeciéndose de ellos; pero callando su juicio y todo lo que sobrevendrá a los que oyeron sus palabras y no las cumplieron, y que más les valía no haber nacido, y que más tolerable será para Sodoma y Gomorra en el juicio que

para aquella ciudad que no recibió las palabras de sus discípulos.

2. Pues así como en el Nuevo Testamento la fe de los hombres en Dios ha sido acrecentada, recibiendo por añadidura al Hijo de Dios, para que también el hombre llegara a ser partícipe de Dios; así también se ha acrecentado la diligencia del modo de vida, pues se nos manda abstenernos no solo de las malas obras, sino aun de los mismos pensamientos, y de los dichos ociosos, y de los discursos vanos, y de las palabras chocarreras: así también el castigo de los que no creen al Verbo de Dios, y desprecian su venida, y se vuelven atrás, se ha ampliado; se ha hecho no solo temporal, sino también eterno. Pues aquellos a quienes diga el Señor: Apartaos de mí, malditos, al fuego perpetuo (Mt 25,41), estos serán siempre condenados; y aquellos a quienes diga: Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del reino que os ha sido preparado para siempre (Mt 25,34), estos reciben siempre el reino y progresan; puesto que hay uno y el mismo Dios Padre, y su Verbo, que asiste siempre al género humano, con diversas disposiciones, y obra muchas cosas, y salva desde el principio a los que se salvan (pues son estos los que aman a Dios y según su linaje siguen al Verbo de Dios), y condena a los que son condenados, es decir, a los que se olvidan de Dios, y son blasfemos, y transgresores de su palabra.

3. Pues estos mismos herejes de quienes hemos hablado se han separado a sí mismos, acusando al Señor en quien dicen creer. Pues lo que censuran en Dios, que entonces juzgó temporal-

mente a los incrédulos, e hirió a los egipcios, pero salvó a los obedientes, eso mismo recaerá igualmente sobre el Señor, que condena para siempre a los que condena, y perdona para siempre a los que perdona: y se hallará, según las palabras de ellos, que se hizo causa de un pecado gravísimo para los que pusieron las manos sobre él y lo traspasaron. Pues si no hubiera venido así, ciertamente aquellos no se habrían hecho asesinos de su Señor; y si no les hubiera enviado los profetas, ciertamente no los habrían matado, ni tampoco igualmente a los apóstoles. A los que nos lo imputan, pues, y dicen: «Si los egipcios no hubieran sido heridos con plagas, y los que perseguían a Israel no hubieran sido ahogados en el mar, Dios no habría podido salvar a su pueblo», se les sale al paso con esto: si, pues, los judíos no se hubieran hecho asesinos del Señor (lo cual ciertamente les quitó la vida eterna), y matando a los apóstoles y persiguiendo a la Iglesia no hubieran caído en el abismo de la ira, nosotros no habríamos podido salvarnos. Pues así como aquellos por la ceguera de los egipcios, así también nosotros por la de los judíos recibimos la salvación: puesto que la muerte del Señor es condenación para los que lo clavaron en la cruz y no creyeron en su venida, pero salvación para los que creen en él. Pues también el Apóstol dice en la segunda Epístola a los corintios: Porque somos para Dios el suave olor de Cristo, entre los que se salvan y entre los que perecen: para unos, olor de muerte para muerte; para otros, olor de vida para vida (2 Cor 2,15-16). ¿Para quiénes, pues, es olor de muerte para muer-

te, sino para los que no creen ni están sujetos al Verbo de Dios? ¿Y quiénes son los que también entonces se entregaron a sí mismos a la muerte? Evidentemente, los que no creen ni se someten a Dios. Y a su vez, ¿quiénes fueron salvados y recibieron la herencia? Evidentemente, los que creen a Dios y guardaron el amor hacia él; como Caleb, hijo de Jefoné, y Josué, hijo de Nun, y los niños inocentes, que no tenían noción de la malicia. ¿Y quiénes son los que aquí se salvan y reciben la vida eterna? ¿No son acaso los que aman a Dios, y creen en sus promesas, y se han hecho niños en la malicia?

CAPÍTULO 29

Disuelve el argumento de los marcionitas con que pretendían probar que Dios es autor de los males, porque cegó al Faraón y a sus servidores.

1. «Pero Dios —dicen ellos— endureció el corazón del Faraón y de sus servidores». Los que imputan esto, pues, no leen en el Evangelio donde, diciendo los discípulos al Señor: ¿Por qué les hablas en parábolas? (Mt 13,10), respondió el Señor: Porque a vosotros se os ha dado conocer el misterio del reino de los cielos; pero a ellos les hablo en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no oigan, entendiendo no entiendan, para que se cumpla en ellos la profecía de Isaías que dice: Engrasa el corazón de este pueblo, y tapa sus oídos, y ciega sus ojos (Mt 13,11.13-15; Is 6,10). Pero dichosos vuestros ojos, que ven lo que vosotros veis, y vuestros oídos, que oyen lo que oís (Mt 13,16). Pues uno y el mismo Dios trae ceguera a los

que no creen, sino que lo tienen en nada; como el sol, que es criatura suya, a los que por alguna debilidad de los ojos no pueden contemplar su luz; pero a los que le creen y lo siguen les concede una iluminación de la mente más plena y mayor. Conforme a esta palabra, pues, dice también el Apóstol en la segunda a los corintios: En quienes Dios cegó las mentes de los infieles de este siglo, para que no brille la iluminación del Evangelio de la gloria de Cristo (2 Cor 4,4). Y otra vez en la Epístola a los romanos: Y como no tuvieron a bien tener noticia de Dios, Dios los entregó a un entendimiento réprobo, para hacer lo que no conviene (Rom 1,28). Y en la segunda a los tesalonicenses dice claramente, hablando del Anticristo: Y por eso Dios les enviará la operación del error, para que crean a la mentira: para que sean juzgados todos los que no creyeron a la verdad, sino que consintieron en la iniquidad (2 Tes 2,11-12).

2. Si, pues, también ahora Dios, siendo conocedor de antemano de todo, entregó a su infidelidad a cuantos sabe que no han de creer, y apartó su rostro de los tales, dejándolos en las tinieblas que ellos mismos eligieron para sí, ¿qué tiene de extraño que también entonces entregara a su infidelidad al Faraón, que nunca había de creer, junto con los que estaban con él? Como dice el Verbo a Moisés desde la zarza: Pero yo sé que no os dejará ir el Faraón, rey de Egipto, sino con mano fuerte (Ex 3,19). Y por la misma razón por la que el Señor hablaba en parábolas y causaba ceguera a Israel, para que viendo no vieran, conociendo su incredulidad, por esa misma razón endurecía también

el corazón del Faraón, para que, viendo que es el dedo de Dios el que saca al pueblo, no creyera, sino que fuera precipitado al piélago de la infidelidad; pensando que la salida de ellos se hacía por una operación mágica, y que el mar Rojo no ofreció paso al pueblo por el poder de Dios, sino que era así por naturaleza.

CAPÍTULO 30

Rebate otro argumento de los marcionitas, a saber, que los hebreos, por mandato de Dios, despojaron a los egipcios.

1. Pero los que reprochan e imputan que el pueblo, a punto de partir, recibió de los egipcios por mandato de Dios vasos de toda clase y vestidos, y así se fue, de los cuales se hizo también el tabernáculo en el desierto, ignorando las ordenanzas de Dios y sus disposiciones, se acusan a sí mismos, como también decía el presbítero. Pues si Dios no hubiera consentido esto en la partida típica, hoy, en nuestra verdadera partida, es decir, en la fe en que hemos sido establecidos, por la cual hemos sido sacados del número de los gentiles, nadie podría salvarse. Pues a todos nosotros nos acompaña alguna posesión, pequeña o grande, que adquirimos del mammón de iniquidad. Pues ¿de dónde vienen las casas en que habitamos, y los vestidos con que nos vestimos, y los vasos que usamos, y todo el resto del servicio para la duración de nuestra vida, sino de lo que, cuando éramos paganos, adquirimos por avaricia, o recibimos de padres, o parientes, o amigos paganos, que lo adquirían por la injus-

ticia? Por no decir que también ahora, estando en la fe, adquirimos. Pues ¿quién vende y no quiere sacar ganancia del que compra? ¿Y quién compra y no quiere que el que vende lo trate con provecho para él? ¿Y quién, comerciando, no comercia para sustentarse de ello? ¿Y qué decir de los fieles que están en el palacio real? ¿No tienen sus enseres de lo que es del César, y no da cada uno de ellos, según sus medios, a los que no tienen? Los egipcios eran deudores del pueblo no solo de bienes, sino también de su propia vida, por la benignidad anterior del patriarca José; pero ¿en qué son deudores nuestros los paganos, de quienes recibimos ganancias y provechos? Todo lo que ellos se procuran con trabajo, nosotros, estando en la fe, lo usamos sin trabajo.

2. Además, el pueblo servía a los egipcios con la peor servidumbre, como dice la Escritura: Y los egipcios ejercían con violencia su poder sobre los hijos de Israel, y les hacían odiosa la vida con trabajos duros, con barro y ladrillo, y con todos los trabajos que hacían en los campos, en todas las obras con que los oprimían con violencia (Ex 1,13-14); y les edificaron ciudades fortificadas, trabajando mucho y acrecentando su hacienda durante muchos años y con toda clase de servidumbre, mientras que aquellos no solo eran ingratos con ellos, sino que incluso querían destruirlos a todos. ¿Qué injusticia, pues, se cometió si de mucho tomaron poco, y los que habrían podido tener mucha hacienda, si no les hubieran servido, y marcharse ricos, se marcharon pobres, recibiendo un salario pequeñísimo por una gran

servidumbre? Como si un hombre libre, raptado por alguien por la fuerza, y sirviéndole muchos años, y acrecentando su hacienda, después, habiendo obtenido algún socorro, pareciera tener alguna pequeña parte de lo de aquel, pero en verdad se marchara llevando poco de sus muchos trabajos y de la gran adquisición, y alguien se lo imputara como si no hubiera obrado rectamente: ese tal aparecería más bien como juez injusto para con aquel que había sido llevado por la fuerza a la servidumbre. Así son, pues, también los tales que imputan al pueblo el haber tomado para sí poco de mucho, y no se lo imputan a aquellos que no tributaron ninguna gratitud debida por el mérito de sus padres, antes bien, reduciéndolos a la más dura servidumbre, obtuvieron de ellos el mayor provecho: y dicen que aquellos obraron injustamente al tomar oro y plata no acuñados en unos pocos vasos, como dijimos antes; pero de sí mismos (pues se dirá lo que es verdad, aunque a algunos les parezca ridículo), que llevan en sus cinturones, de los trabajos ajenos, oro, y plata, y bronce acuñados, con la inscripción y la imagen del César, dicen que obran con justicia.

3. Pero si se hace la comparación entre nosotros y ellos, ¿quiénes aparecerán como que recibieron con más justicia? ¿El pueblo, de los egipcios, que le eran deudores en todo, o nosotros, de los romanos y de las demás naciones, de quienes nada semejante se nos debe? Y además el mundo tiene paz por ellos, y nosotros andamos sin temor por los caminos y navegamos adondequiera que queramos. Contra los tales, pues, será apropiada

la palabra del Señor: Hipócrita, dice, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la paja del ojo de tu hermano (Mt 7,5). Pues si el que te imputa estas cosas, y se gloría en su ciencia, está separado de la compañía de los gentiles, y no tiene consigo nada ajeno, sino que está sencillamente desnudo, y descalzo, y vive sin casa en los montes, como alguno de esos animales que se alimentan de hierba, merecerá perdón, porque ignora las necesidades de nuestro modo de vida. Pero si participa, recibiéndolo de los hombres, de lo que se dice que es ajeno, y reprueba el tipo de aquellos, se muestra injustísimo, volviendo contra sí mismo semejante acusación. Pues se hallará que lleva consigo lo ajeno y codicia lo que no es suyo; y por esto, decía, el Señor dijo: No juzguéis, para no ser juzgados: pues con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados (Mt 7,1-2). No, ciertamente, para que no corrijamos a los que pecan, ni para que consintamos en lo que se hace mal; sino para que no juzguemos injustamente las disposiciones de Dios, pues él previó con justicia que todo había de ser provechoso. Pues como sabía que con nuestra hacienda, que tendríamos recibiéndola de otro, obraríamos bien: El que tiene dos túnicas, dice, dé al que no tiene; y el que tiene alimento, haga lo mismo (Lc 3,11). Y: Pues tuve hambre, y me disteis de comer; y estaba desnudo, y me vestisteis (Mt 25,35-36). Y: Cuando haces misericordia, que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha (Mt 6,3); y todas las demás cosas por cuyo bien obrar somos justificados, como quienes rescatan lo nuestro de lo ajeno: y digo «de lo

ajeno» no como si el mundo fuera ajeno a Dios, sino porque tenemos tales dones recibiéndolos de otros, de modo semejante a como aquellos de los egipcios, que no conocían a Dios; y por estas mismas cosas erigimos para nosotros mismos el tabernáculo de Dios: pues Dios habita con los que obran bien; como dice el Señor: Haceos amigos con el mammón de iniquidad, para que, cuando seáis puestos en fuga, os reciban en los tabernáculos eternos (Lc 16,9). Pues todo lo que, siendo paganos, adquirimos por la injusticia, al convertirlo, una vez que hemos creído, en provecho del Señor, somos justificados.

4. Necesariamente, pues, estas cosas se practicaban de antemano en tipo, y de ellas se fabrica el tabernáculo de Dios: ellos recibiendo con justicia, como hemos mostrado; y nosotros mostrados de antemano, que habíamos de servir a Dios por medio de lo ajeno. Pues toda la partida del pueblo de Egipto, que se hacía por obra de Dios, fue tipo e imagen de la partida de la Iglesia que había de venir de las naciones: por esto también al final, sacándola de aquí a su herencia, la cual no Moisés, siervo de Dios, sino Jesús, Hijo de Dios, dará en herencia. Y si alguno atiende con más diligencia a lo que dicen los profetas acerca del fin, y a todo lo que Juan, el discípulo del Señor, vio en el Apocalipsis, hallará que las naciones reciben universalmente las mismas plagas que entonces recibió Egipto en particular.

CAPÍTULO 31

Que lo que la Escritura no reprende no ha de imputarse temerariamente como crimen a los antiguos, sino que ha de buscarse en ello un tipo: lo cual se prueba con el ejemplo del incesto cometido por Lot.

1. Contando tales cosas acerca de los antiguos, el presbítero nos confortaba y decía: «De las mismas faltas por las que las Escrituras mismas reprendían a los patriarcas y a los profetas, no debemos nosotros reprocharselas, ni hacernos semejantes a Cam, que se burló de la desnudez de su padre y cayó en la maldición; sino dar gracias a Dios por ellos, porque en la venida de nuestro Señor les fueron perdonados los pecados»: pues decía que ellos dan gracias y son glorificados en nuestra salvación. Pero en cuanto a aquello por lo que las Escrituras no los reprenden, sino que simplemente está consignado, no debemos, decía, hacernos acusadores (pues no somos más exactos que Dios, ni podemos estar por encima del maestro), sino buscar un tipo. Pues nada es ocioso de cuanto está consignado en las Escrituras sin acusación. Como también Lot, que sacó de Sodoma a sus hijas, las cuales concibieron de su padre, y que dejó en los confines a su mujer, estatua de sal hasta el día de hoy. Pues Lot, no por su voluntad, ni por su concupiscencia carnal, ni recibiendo sentido ni pensamiento de tal cosa, consumó el tipo. Como dice la Escritura: Y entró la mayor, y durmió con su padre aquella noche; y no supo Lot cuándo ella se acostó, ni cuándo se levantó (Gn 19,33). Y en la menor lo mismo: Y no supo, dice, cuándo durmió con él, ni cuándo

se levantó (Gn 19,35). No sabiéndolo, pues, el hombre, ni sirviendo a la lujuria, se cumplía la dispensación por la cual las dos hijas, es decir, las dos sinagogas, eran significadas como adoptadas para la descendencia por uno y el mismo padre, sin lujuria de la carne. Pues no había ningún otro que pudiera darles simiente vital y fruto de hijos, como está escrito: Y dijo la mayor a la menor: Nuestro padre es anciano, y no hay nadie sobre la tierra que entre a nosotras, como es costumbre en toda la tierra: ven, demos a beber vino a nuestro padre, y durmamos con él, para suscitar simiente de nuestro padre (Gn 19,31-32).

2. Aquellas hijas, pues, en su sencillez e inocencia, pensando que todos los hombres habían perecido como los sodomitas, y que la ira de Dios había sobrevenido a toda la tierra, decían esto. Por lo cual también ellas son excusables, pues creían que solo ellas habían quedado con su padre para la conservación del género humano; y por esto engañaban al padre. Pero por sus palabras se significaba que no hay otro que pueda dar la generación de hijos a la sinagoga mayor y a la menor sino nuestro Padre. Y el Padre del género humano es el Verbo de Dios: como muestra Moisés diciendo: ¿No es este mismo tu padre, que te poseyó, y te hizo, y te creó? (Dt 32,6) ¿Cuándo, pues, derramó él sobre el género humano la simiente vital, es decir, el Espíritu de la remisión de los pecados, por el cual somos vivificados? ¿No fue entonces, cuando comía con los hombres y bebía vino en la tierra? Pues, dice, vino el Hijo del hombre comiendo y bebiendo (Mt

11,19); y habiéndose recostado, se durmió y tomó el sueño. Como él mismo dice en David: Yo dormí y tomé el sueño (Sal 3,6). Y como hacía esto en comunicación y vida con nosotros, dice de nuevo: Y mi sueño se me hizo suave (Jer 31,26). Y todo esto se significaba por Lot: que la simiente del Padre de todas las cosas, es decir, el Espíritu de Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, fue mezclado y unido a la carne, es decir, a su hechura: por cuya mezcla y unidad las dos sinagogas, es decir, las dos congregaciones, fructificando de su Padre hijos vivos para el Dios vivo.

3. Y mientras sucedían estas cosas, la mujer se quedó en Sodoma, ya no carne corruptible, sino estatua de sal que permanece siempre, y que muestra, por medio de las cosas naturales que son propias de la costumbre del hombre, que también la Iglesia, que es la sal de la tierra, ha quedado atrás en los confines de la tierra, padeciendo lo que es humano: y mientras a menudo se le arrancan miembros enteros, perdura la estatua de sal, que es el fundamento de la fe, que afianza a los hijos y los envía por delante hacia su Padre.

CAPÍTULO 32

Confirma con la autoridad de un anciano, discípulo de los apóstoles, que el único Dios es autor de ambos Testamentos.

1. De este modo también un anciano, discípulo de los apóstoles, discurría acerca de los dos Testamentos, mostrando que ambos proceden de uno y el mismo Dios: que no hay otro Dios fuera del único que nos hizo y nos plasmó, y que no

tiene firmeza el discurso de los que dicen que este mundo, que es el nuestro, fue hecho o por medio de ángeles, o por medio de algún Poder cualquiera, o por otro Dios. Pues si alguno se aparta una vez del Hacedor de todas las cosas, y concede que la creación que es la nuestra fue hecha por algún otro o por medio de otro, es necesario que tal hombre caiga en mucha incongruencia y en muchísimas contradicciones, de las cuales no dará razón alguna, ni según lo verosímil ni según la verdad. Y por esto los que introducen otras doctrinas nos ocultan el parecer que ellos mismos tienen acerca de Dios, conociendo lo quebradizo y fútil de su doctrina, y temiendo que, vencidos, corran el peligro de salvarse. Pero si alguno cree en un solo Dios, que también hizo todas las cosas por el Verbo, como también dice Moisés: Dijo Dios: Hágase la luz, y la luz fue hecha (Gn 1,3); y en el Evangelio leemos: Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo (Jn 1,3); y el apóstol Pablo igualmente: Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre, que está sobre todos, y en todos nosotros (Ef 4,5-6): este primero mantendrá la cabeza, desde la cual todo el cuerpo, compaginado y unido, y por toda juntura de la subministración, según la medida de cada parte, ha hecho el crecimiento del cuerpo para su edificación en la caridad (Ef 4,16; Col 2,19). Y después toda palabra le será consistente, si también lee diligentemente las Escrituras junto a los que son presbíteros en la Iglesia, en quienes está la doctrina apostólica, como hemos demostrado.

2. Pues todos los apóstoles enseñaron que hubo dos Testamentos en dos pueblos; pero que es uno y el mismo Dios el que dispuso ambos para utilidad de los hombres, en atención a los cuales se daban los Testamentos, que comenzaban a creer en Dios, lo hemos demostrado por la misma doctrina de los apóstoles en el libro tercero; y que el primer Testamento no fue dado ociosamente, ni en vano, ni al azar; sino doblegando al servicio de Dios a aquellos a quienes se daba, para utilidad de ellos (pues Dios no necesita servicio de los hombres); y mostrando un tipo de las cosas celestes, porque el hombre aún no podía ver con su propia vista las cosas de Dios; y prefigurando las imágenes de lo que hay en la Iglesia, para que se hiciera firme la fe que es la nuestra; y conteniendo una profecía de lo futuro, para que el hombre aprendiera que Dios es presciente de todo.

CAPÍTULO 33

Quien confiesa que el único Dios es autor de ambos Testamentos, y lee atentamente las Escrituras con los presbíteros de la Iglesia, ese es verdaderamente discípulo espiritual; e iluminado por el conocimiento verdadero que se halla solo en la Iglesia católica, penetra e interpreta rectamente cuanto los profetas preanunciaron de Cristo y de la libertad del Nuevo Testamento.

1. Tal discípulo, verdaderamente espiritual, que recibe el Espíritu de Dios, el cual desde el principio estuvo presente a los hombres en todas las disposiciones de Dios, y anunció lo futuro, y

mostró lo presente, y narra lo pasado, juzga a todos, pero él no es juzgado por nadie. Pues juzga a las naciones, que sirven a la criatura más que al Creador (Rom 1,25), y con mente réproba consumen en vano toda su actividad. Juzga también a los judíos, que no reciben el Verbo de la libertad, ni quieren marcharse libres, aunque tienen presente al libertador; sino que, fuera de tiempo, fuera de la Ley, fingen servir a Dios, que de nada necesita, y no reconocen la venida de Cristo, que él hizo por la salvación de los hombres; ni quieren entender que todos los profetas anunciaron sus dos venidas: una, en la que se hizo hombre en el dolor, que sabe soportar la flaqueza, y sentado sobre el pollino de una asna, piedra rechazada por los constructores, y llevado como oveja al matadero, y por la extensión de las manos derrotando a Amalec, y reuniendo a los hijos dispersos desde los confines de la tierra en el redil del Padre, y acordándose de sus muertos que se habían dormido antes, y descendiendo a ellos para sacarlos y salvarlos. Y la segunda, en la que vendrá sobre las nubes, trayendo el día que es como horno ardiente, e hiriendo la tierra con la palabra de su boca, y matando a los impíos con el espíritu por sus labios, y teniendo el bieldo en la mano, y limpiando su era, y recogiendo el trigo en el granero, pero quemando la paja con fuego inextinguible.

2. Examinará también la doctrina de Marción: cómo admite que hay dos dioses, separados entre sí por una distancia infinita. ¿O cómo será bueno el que arrastra a hombres ajenos lejos de aquel que los hizo, y los llama a su propio reino? ¿Y por

qué falla su bondad, no salvando a todos? ¿Y por qué parece bueno para con los hombres, pero injustísimo para con aquel que hizo a los hombres, quitándole lo que es suyo? ¿Y cómo con justicia el Señor, si pertenece a otro Padre, tomando pan de esta creación que es la nuestra, confesaba que era su cuerpo, y declaraba que la mezcla del cáliz era su sangre? ¿Y por qué se confesaba Hijo del hombre, si no hubiera soportado la generación que procede del hombre? ¿Y cómo podía perdonarnos los pecados que debemos a nuestro Hacedor y Dios? ¿Y cómo, si no era carne, sino que aparecía como hombre, fue crucificado, y de su costado traspasado salió sangre y agua? ¿Y qué cuerpo sepultaron los sepultureros, y qué era aquello que resucitó de entre los muertos?

3. Juzgará también a todos los que proceden de Valentín, porque con la lengua confiesan un solo Dios Padre, y que de él proceden todas las cosas; pero dicen que el mismo que hizo todas las cosas es fruto de deficiencia o defecto; y confesando igualmente con la lengua un solo Señor Jesucristo, Hijo de Dios, otorgan según su doctrina una emisión propia al Unigénito, otra propia a Verbo, y una a Cristo, otra al Salvador; de modo que, según ellos, se dice que todos son como uno solo, pero cada uno de ellos se entiende por separado y tiene su propia emisión, según su emparejamiento. Es evidente, pues, que solo sus lenguas llegaron a la unidad; pero que su juicio y su entendimiento, escrutando lo que es profundo, apartándose de la unidad, caen en el multiforme juicio de Dios, cuando sean interrogados por

Cristo acerca de lo que ellos mismos inventaron; del cual dicen que nació después que el Pleroma de los Eones, y afirman que ellos mismos asistieron como parteras a su emisión, que fue, dicen, después de la mengua o deficiencia y por causa de aquella pasión que se produjo en Sophia. Pero los acusará Homero, su propio profeta, instruidos por el cual inventaron tales cosas, cuando él mismo dice esto: «Pues me es enemigo, igual que las puertas de los infiernos, aquel que una cosa esconde en su corazón y otra cosa cuenta». Juzgará también la palabrería vana de los perversos gnósticos, mostrando que son discípulos de Simón el Mago.

4. Juzgará también a los ebionitas: ¿cómo pueden salvarse, si no es Dios el que obró su salvación sobre la tierra? ¿Y cómo pasará el hombre a Dios, si Dios no ha pasado al hombre? ¿Y cómo dejará la generación de la muerte, si no es hacia una nueva generación, dada por Dios de modo admirable e inesperado como señal de salvación, la regeneración que procede de la virgen por la fe? ¿O qué adopción recibirán de Dios, si permanecen en esta génesis que es según el hombre en este mundo? ¿Y cómo tenía más que Salomón, o más que Jonás, y era Señor de David, el que fue de la misma sustancia que ellos? ¿Y cómo venció al que era fuerte contra los hombres, que no solo venció al hombre, sino que lo retenía bajo su poder, y venció al que había vencido, y dejó libre al hombre que había sido vencido, si no hubiera sido superior a aquel hombre que había sido vencido? ¿Y quién otro es mejor y más excelente que

aquel hombre que fue hecho según la semejanza de Dios, sino el Hijo de Dios, a cuya semejanza fue hecho el hombre? Y por esto, al final, él mismo mostró la semejanza: el Hijo de Dios se hizo hombre, tomando en sí mismo la antigua plasmación, como hemos mostrado en el libro anterior a este.

5. Juzgará también a los que introducen lo aparente. Pues ¿cómo piensan ellos que discuten de verdad, cuando su maestro fue aparente? ¿O cómo pueden tener algo firme de él, si era aparente y no verdad? ¿Y cómo pueden ellos participar verdaderamente de la salvación, si aquel en quien dicen creer se mostraba aparente? Todo en ellos, pues, es aparente y no verdad: y ya ahora se preguntará si acaso, no siendo tampoco ellos mismos hombres, sino animales mudos, no presentan ante la mayoría sombras de hombres.

6. Juzgará también a los falsos profetas, que, sin haber recibido de Dios la gracia profética, ni temiendo a Dios, sino o por vanagloria, o por alguna ganancia, o de otro modo según la operación de un espíritu malo, fingen profetizar, mintiendo contra Dios.

7. Juzgará también a los que obran cismas, que son vacíos, que no tienen el amor de Dios y miran más su propia utilidad que la unidad de la Iglesia; y por causas pequeñas y cualesquiera rasgan y dividen el grande y glorioso cuerpo de Cristo, y, en cuanto está de su parte, lo matan; hablando de paz y haciendo la guerra; verdaderamente colando el mosquito y tragándose el camello. Pues ninguna corrección tan grande puede ser hecha por ellos cuanto es el daño del cisma. Juzgará

también a todos los que están fuera de la verdad, es decir, que están fuera de la Iglesia; pero él no será juzgado por nadie. Pues todo le es consistente: una fe íntegra en un solo Dios omnipotente, de quien proceden todas las cosas; y en el Hijo de Dios, Cristo Jesús, nuestro Señor, por quien son todas las cosas, y en sus disposiciones, por las cuales el Hijo de Dios se hizo hombre, un juicio firme, que está en el Espíritu de Dios, que otorga el conocimiento de la verdad, que expuso las disposiciones del Padre y del Hijo, según las cuales estaba presente al género humano, como quiere el Padre.

8. El conocimiento verdadero es la doctrina de los apóstoles, y el antiguo estado de la Iglesia en todo el mundo, y el sello del cuerpo de Cristo según las sucesiones de los obispos, a los cuales ellos transmitieron la Iglesia que está en cada lugar: el tratamiento plenísimo de las Escrituras, que ha llegado hasta nosotros por una custodia sin ficción, sin recibir añadidura ni sustracción; y una lectura sin falsificación, y una exposición legítima según las Escrituras, diligente, y sin peligro, y sin blasfemia; y el don principal del amor, que es más precioso que el conocimiento, más glorioso que la profecía, y supereminente sobre todos los demás carismas.

9. Por lo cual la Iglesia, en todo lugar, por el amor que tiene a Dios, envía por delante al Padre en todo tiempo una multitud de mártires; mientras que todos los demás no solo no tienen esto que mostrar entre ellos, sino que dicen que ni siquiera es necesario tal martirio; pues el ver-

dadero martirio, dicen, es su doctrina: salvo que alguna vez uno o dos, en todo el tiempo desde que el Señor apareció en la tierra, junto con nuestros mártires, como si también él hubiera alcanzado misericordia, cargó con el oprobio del nombre y fue llevado con ellos, como un añadido que se les concedió. Pues el oprobio de los que padecen persecución por la justicia, y soportan todas las penas, y son muertos por el amor hacia Dios y por la confesión de su Hijo, solo la Iglesia lo soporta puramente (a menudo debilitada, y al punto acrecentando sus miembros y quedando íntegra, como también su tipo, la que fue de Lot, la figura hecha de sal): semejante a los antiguos profetas, que soportaban persecución, como dice el Señor: Pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (Mt 5,12); porque de modo nuevo, ciertamente, pero reposando sobre ella el mismo Espíritu, padece persecución de parte de los que no reciben el Verbo de Dios.

10. Esto, en efecto, lo profetizaron también los profetas junto con las demás cosas que profetizaban: que todos aquellos sobre quienes repose el Espíritu de Dios, y obedezcan al Verbo del Padre, y le sirvan según su capacidad, padecerán persecución, y serán apedreados, y serán muertos. Pues los profetas prefiguraban en sí mismos todas estas cosas, por el amor de Dios y por su palabra. Pues como también ellos eran miembros de Cristo, cada uno de ellos, según el miembro que era, así manifestaba su profecía, preformando todos, aun siendo muchos, a uno solo, y anunciando lo que es de uno solo. Pues así como por nuestros

miembros se muestra la operación de todo el cuerpo, pero la figura del hombre entero no se muestra por un solo miembro, sino por todos: así también todos los profetas prefiguraban a uno; pero cada uno de ellos, según el miembro que era, así cumplía la disposición, y preformaba la operación de Cristo que correspondía a aquel miembro.

11. Pues unos, viéndolo en la gloria, veían su gloriosa vida junto al Padre, a su derecha; otros, viéndolo venir sobre las nubes como Hijo del hombre, y diciendo de él: Mirarán a aquel a quien traspasaron (Zac 12,10), significaban su venida, de la que él mismo dice: ¿Piensas que, cuando venga el Hijo del hombre, hallará fe sobre la tierra? (Lc 18,8) De la cual dice también Pablo: Si es justo ante Dios retribuir con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros, los atribulados, con descanso junto con nosotros, en la revelación del Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, y en llama de fuego (2 Tes 1,6-8). Y otros, llamándolo juez, y al día del Señor como horno ardiente, que recoge el trigo en los graneros, pero quemará la paja con fuego inextinguible (Mt 3,12), amenazaban a los que eran incrédulos; de los cuales también el mismo Señor dice: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles (Mt 25,41). Y también el Apóstol dice igualmente: Los cuales sufrirán la pena de una ruina eterna lejos del rostro del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga a ser glorificado en sus santos, y a hacerse admirable en los que creen en él (2 Tes 1,9-10). Y los que dicen: Hermoso de forma más que los

hijos de los hombres (Sal 45,3); y: Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Sal 45,8); y: Ciñe tu espada sobre tu muslo, oh poderosísimo: con tu hermosura y tu belleza, tiende el arco, y avanza prósperamente, y reina por la verdad, y la mansedumbre, y la justicia (Sal 45,4-5); y todas las demás cosas semejantes que se dijeron de él, significaban su hermosura y su decoro en el reino, y su exultación resplandeciente sobre todo, y supereminente sobre todos los que son regidos bajo él; para que los que oyen desearan hallarse allí, haciendo lo que agrada a Dios.

Y los que de nuevo dicen: Es hombre, ¿y quién lo conocerá? (Jer 17,9); y: Me llegué a la profetisa, y dio a luz un hijo, y su nombre es llamado Admirable, Consejero, Dios fuerte (Is 8,3; 9,5); y los que lo predicaban como Emmanuel de la virgen, manifestaban la unión del Verbo de Dios con su hechura: que el Verbo será carne, y el Hijo de Dios Hijo del hombre (el puro abriendo puramente el seno puro, aquel que regenera a los hombres en Dios, que él mismo hizo puro), y, hecho esto que también nosotros somos, es Dios fuerte, y tiene un linaje inenarrable. Y los que dicen: El Señor ha hablado en Sion, y desde Jerusalén ha dado su voz (Jl 4,16); y: Dios es conocido en Judea (Sal 76,2): estos significaban su venida en Judea. Y los que dicen a su vez que Dios viene del Ábrego, y del monte umbroso y espeso (Hab 3,3), hablaban de su venida, que es desde Belén (como hemos mostrado en el libro anterior a este); de donde también vino el que gobierna y apacienta al pue-

blo de su Padre. Y los que dicen: en su venida el cojo saltará como un ciervo, y será expedita la lengua de los mudos, y se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos oirán (Is 35,5-6), y las manos desfallecidas y las rodillas débiles se fortalecerán (Is 35,3); y: Resucitarán los muertos que están en el sepulcro (Is 26,19); y: Él mismo tomará nuestras debilidades y llevará nuestras dolencias (Is 53,4): estos anunciaron las curaciones que él realizaba.

12. Y unos profetizaban un hombre débil, y sin gloria, y que sabe soportar la debilidad, y sentado sobre el pollino de una asna, que vendría a Jerusalén; que ofrecería su espalda a los azotes y sus mejillas a las bofetadas; y que sería llevado como oveja al matadero, y se le daría a beber vinagre y hiel, y sería abandonado por sus amigos y por los que le eran cercanos; y que extendería las manos todo el día; y que sería escarnecido y maldecido por los que lo miraban, y se repartirían sus vestidos, y sobre su vestidura se echarían suertes; y conducido al lodo de la muerte, y todas las cosas semejantes: profetizaban su venida según el hombre, cuando entró en Jerusalén, en la que padeció y fue crucificado, y soportó todo lo que había sido predicho. Y otros, diciendo: Se acordó el Señor, el Santo, de sus muertos, que se habían dormido antes en la tierra del lodo, y descendió a ellos para levantarlos, para salvarlos, dieron la causa por la cual padeció todas estas cosas. Y los que dijeron: En aquel día, dice el Señor, se pondrá el sol al mediodía, y habrá tinieblas sobre la tierra en el día de la luz, y convertiré vuestras fiestas

en luto, y todos vuestros cantares en lamentación (Am 8,9-10), anunciaron claramente aquella puesta del sol que hubo desde la hora sexta estando él crucificado, y que, después que esto sucedió, aquellos que eran sus días festivos según la Ley, y sus cantares, se convertirían en luto y lamentación, cuando comenzaran a ser entregados a las naciones. Y aún más claramente muestra esto mismo Jeremías, diciendo así: Ha desfallecido la que da a luz, se ha hastiado su alma: se le puso el sol cuando aún era mediodía; ha sido confundida y ha sufrido afrenta: a los que quedan de ellos los entregaré a la espada a la vista de sus enemigos (Jer 15,9).

13. Y los que dijeron que se durmió, y tomó el sueño, y resucitó, porque el Señor lo sostuvo, y los que mandaban a los príncipes de los cielos abrir las puertas eternas, para que entre el rey de la gloria, pregonaron su resurrección de entre los muertos por obra del Padre, y su recepción en los cielos. Y al decir: Desde lo alto del cielo es su salida, y su carrera hasta lo alto del cielo, y no hay quien se esconda de su calor (Sal 19,7), anunciaban eso mismo: que fue elevado allí de donde también descendió, y que no hay quien escape a su justo juicio. Y los que decían: El Señor reinó, aírense los pueblos; el que se sienta sobre los querubines, conmuévase la tierra (Sal 99,1), profetizaban en parte la ira de todos los pueblos que, después de su elevación, sobrevino a los que creyeron en él, y la conmoción de toda la tierra contra la Iglesia; y en parte que, cuando él venga de los cielos con los ángeles de su poder,

se conmoverá toda la tierra, como él mismo dice: Habrá un gran terremoto, cual no lo ha habido desde el principio. Y de nuevo, cuando dice: Quien es juzgado, póngase enfrente; y quien es justificado, acérquese al siervo de Dios (Is 50,8); y: Ay de vosotros, porque todos envejeceréis como un vestido, y la polilla os comerá (Is 50,9); y: Será humillada toda carne, y solo el Señor será exaltado en las alturas (Is 2,17): se significa que, después de la pasión, Dios pondrá bajo sus pies a los que estuvieron contra él, y él será exaltado sobre todos, y no habrá nadie que sea justificado o comparado con él.

14. Y los que dicen que Dios dispondría para los hombres un testamento nuevo, no como lo dispuso para los padres en el Horeb, y que daría a los hombres un corazón nuevo y un espíritu nuevo; y de nuevo: Y no recordéis las cosas antiguas; he aquí que hago cosas nuevas, que ahora brotarán, y las conoceréis: y haré en el desierto un camino, y en la tierra sin agua ríos, para dar de beber al linaje elegido, a mi pueblo que adquirí, para que narre mis prodigios (Is 43,18-21): anunciaban claramente aquella libertad que es la del Nuevo Testamento, y el vino nuevo que se echa en odres nuevos, la fe que está en Cristo, la cual anunció el camino de la justicia surgido en el desierto, y los ríos del Espíritu Santo en la tierra sin agua, para dar de beber al linaje elegido de Dios, que él adquirió, para que sean narrados sus prodigios; pero no para que blasfemaran contra aquel que, siendo Dios, hizo estas cosas.

15. Y todas las demás cosas que, a lo largo de tan extensa serie de la Escritura, hemos demostrado que dijeron los profetas, las interpretará el que es verdaderamente espiritual, mostrando de cada una de las cosas dichas a qué sello de la disposición del Señor se refiere, y el cuerpo íntegro de la obra del Hijo de Dios; conociendo siempre al mismo Dios, y reconociendo siempre al mismo Verbo de Dios, aunque ahora se nos haya manifestado; y reconociendo siempre al mismo Espíritu de Dios, aunque en los últimos tiempos haya sido derramado de modo nuevo sobre nosotros, y desde la creación del mundo hasta el fin sobre el mismo género humano: del cual los que creen a Dios y siguen a su Verbo reciben la salvación que viene de él. Pero los que se apartan de él, y desprecian sus preceptos, y con sus obras deshonran a aquel que los hizo, y con su parecer blasfeman contra aquel que los alimenta, acumulan contra sí mismos un justísimo juicio. Este, pues, examina a todos, pero él no es examinado por nadie; sin blasfemar contra su Padre, ni anular sus disposiciones, ni acusar a los padres, ni deshonrar a los profetas, diciendo que provienen de otro Dios, o también que las profecías fueron de una y otra sustancia.

CAPÍTULO 34

Contra los marcionitas prueba que los profetas procedieron de uno y el mismo Dios, porque cuanto predijeron de Cristo, de la libertad del Nuevo Testamento y de la futura renovación de

los hombres, conviene a nuestro único Cristo, por quien todo se cumplió, y a ningún otro.

1. Y diremos contra todos los herejes, y en primer lugar contra los que proceden de Marción, y contra los que son semejantes a ellos, que dicen que los profetas proceden de otro Dios: Leed con más diligencia el Evangelio que nos ha sido dado por los apóstoles, y leed con más diligencia a los profetas, y hallaréis toda la acción, y toda la doctrina, y toda la Pasión de nuestro Señor predichas en ellos. Pero si os sobreviene un pensamiento tal que digáis: «¿Qué trajo, pues, el Señor al venir?», sabed que trajo toda novedad, trayéndose a sí mismo, que había sido anunciado. Porque esto mismo se predicaba: que vendría una novedad para renovar y vivificar al hombre. Pues la venida del Rey es preanunciada por los siervos que son enviados, para la preparación y aprestamiento de los que han de recibir a su Señor. Pero cuando ha venido el Rey, y los que le están sujetos se han llenado del gozo preanunciado, y han recibido la libertad que procede de él, y participan de su vista, y han oído sus palabras, y han disfrutado de los dones que de él vienen, ya no se preguntará qué trajo el nuevo rey más que los que anunciaron su venida, entre los que tienen entendimiento, se entiende. Pues se trajo a sí mismo, y dio a los hombres los bienes que habían sido predichos, en los que los ángeles anhelaban fijar la mirada.

2. Entonces sí habrían sido mentirosos los siervos, y no enviados por el Señor, si Cristo, al venir tal como también se le predicaba, no hubiera cumplido sus palabras. Por lo cual decía:

No penséis que he venido a destruir la Ley o los Profetas: no he venido a destruir, sino a cumplir (Mt 5,17). Porque en verdad os digo que, hasta que pasen el cielo y la tierra, no pasará de la Ley y de los Profetas una sola iota ni un solo trazo, hasta que todo se cumpla (Mt 5,18). Pues él mismo cumplió todas las cosas al venir, y todavía cumple en la Iglesia, hasta la consumación, el Nuevo Testamento predicho por la Ley. Como también dice Pablo, su apóstol, en la de los romanos: Pero ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas (Rom 3,21): porque el justo vivirá por la fe (Rom 1,17). Y esto, que el justo vivirá por la fe, había sido predicho por los profetas (Hab 2,4).

3. Pero ¿cómo podrían los profetas haber predicho la venida del Rey, y haber anunciado de antemano la buena nueva de la libertad que por él se daba, y haber preanunciado todo lo que fue hecho por Cristo, su palabra, su operación y su Pasión, y haber predicho el Nuevo Testamento, si recibieron la inspiración profética de otro Dios, ellos, que ignoraban, según vosotros, al Padre inenarrable, y su reino, y sus disposiciones, que el Hijo de Dios cumplió al venir a la tierra? Pues tampoco podéis decir que estas cosas sucedieron por algún azar, como si hubieran sido dichas por los profetas de algún otro, y hubieran sucedido de modo semejante al Señor. Pues todos los profetas profetizaron estas mismas cosas; pero tampoco le sucedieron a ninguno de los antiguos. Pues si estas cosas le hubieran sucedido a alguno de los antiguos, los que vinieron después no habrían

profetizado, ciertamente, que habían de venir en los últimos tiempos. Además, no hay nadie, ni de los padres, ni de los profetas, ni de los antiguos reyes, en torno al cual se haya hecho propia y especialmente alguna de estas cosas. Pues todos profetizaron los padecimientos de Cristo; pero ellos mismos estaban lejos de padecer de la manera en que estas cosas habían sido predichas. Y las señales predichas de la Pasión del Señor no se cumplieron en ningún otro. Pues ni el sol se puso a mediodía al morir alguno de los antiguos, ni se rasgó el velo del templo, ni tembló la tierra, ni se partieron las rocas, ni resucitaron los muertos, ni resucitó alguno de ellos al tercer día, ni fue recibido en el cielo, ni se abrieron los cielos cuando era elevado, ni creyeron las naciones en el nombre de ningún otro, ni alguno de ellos, muerto y resucitado, abrió el Nuevo Testamento de la libertad. No era, pues, de otro, sino del Señor, en quien concurrieron todas las señales predichas, de quien hablaban los profetas.

4. Pero si alguno, abogando por los judíos, dijera que la reedificación del templo, que tuvo lugar bajo Zorobabel después de que fueron deportados a Babilonia, y la partida del pueblo, que tuvo lugar al cabo de setenta años, es este Nuevo Testamento, sepa que entonces se reconstruyó, sí, el templo de piedra (pues todavía se guardaba la Ley que había sido hecha en tablas de piedra), pero no se dio ningún Nuevo Testamento, sino que usaron de la Ley que fue dada por medio de Moisés hasta la venida del Señor; y desde la venida del Señor el Nuevo Testamento, que reconcilia

para la paz, y la ley vivificadora salieron a toda la tierra: Porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén, y reprenderá a muchos pueblos; y convertirán sus espadas en arados, y sus lanzas en hoces, y ya no aprenderán a pelear (Is 2,3-4; Miq 4,2-3). Si, pues, otra ley y otra palabra, saliendo de Jerusalén, hizo tan grande paz entre aquellas naciones que la recibieron, y por medio de ellas reprendió de imprudencia a muchos pueblos, parecería seguirse que los profetas hablaron de otro. Pero si la ley de la libertad, es decir, la palabra de Dios anunciada por los apóstoles, que salieron de Jerusalén, en toda la tierra, obró tan gran transformación que él mismo fabricó con las espadas y las lanzas guerreras arados, y las cambió en hoces, que dio para segar el trigo, en instrumentos de paz, y ya no saben pelear, sino que, golpeados, presentan también la otra mejilla, entonces los profetas no dijeron estas cosas de ningún otro, sino de aquel que las hizo. Y este es nuestro Señor, y en él es verdadero el dicho: que él es quien hizo el arado y trajo la hoz, es decir, la primera siembra del hombre, que fue la plasmación según Adán, y la fructificación recogida en los últimos tiempos por medio del Verbo; y por esto, el que unía el principio con el fin, y es Señor de ambos, al fin mostró el arado, la madera unida al hierro, y así limpió su propia tierra: porque el Verbo firme, unido a la carne, y fijado de tal forma, limpió la tierra silvestre. Pero al principio figuraba la hoz por medio de Abel, significando la cosecha humana del linaje justo: Mira, dice, cómo perece el justo, y nadie lo considera; y los varones

justos son quitados, y nadie lo toma a pecho (Is 57,1). Estas cosas, pues, se ejercitaban de antemano en Abel, eran pregonadas por los profetas, se consumaban en el Señor; y en nosotros es lo mismo, siguiendo el cuerpo a su cabeza.

5. Contra los que dicen que los profetas proceden de otro Dios, y nuestro Señor de otro Padre, son adecuadas tales cosas, por si de algún modo cesan al fin de tan grande sinrazón. Pues por esto nos esforzamos en aducir las demostraciones que proceden de las Escrituras: para que, refutándolos con las palabras mismas, los apartemos, en cuanto está de nuestra parte, de una gran blasfemia y de la demente fabricación de muchos dioses.

CAPÍTULO 35

Que es vano e insano lo que los valentinianos y los gnósticos inventaban sobre los diversos orígenes de las Escrituras; y que, por tanto, los profetas (mucho menos Cristo) no hablaron inspirados en parte desde la Altura, en parte desde el Medio, en parte desde el Demiurgo.

1. Contra los que proceden de Valentín, a su vez, y los demás falsamente llamados gnósticos, que dicen que algunas de las cosas puestas en las Escrituras fueron dichas unas veces desde la Altura, por causa de la simiente que procede de allí, otras veces desde el Medio, por causa de la Madre, la audaz Prunicus, pero muchas por el fabricador del mundo, por quien también fueron enviados los profetas: decimos que es muy irracional reducir al Padre de todas las cosas a

tal indigencia, como si no hubiera tenido sus propios instrumentos, por medio de los cuales se anunciaran puramente las cosas que están en el Pleroma. Pues ¿a quién temía, para no significar su voluntad de modo propio y separado, libremente y sin la mezcla del espíritu de aquel que fue hecho en la mengua y la ignorancia? ¿O temía que se salvaran demasiados, si muchos más hubieran oído puramente las cosas de la verdad? ¿O acaso era él mismo impotente para prepararse a los que anunciaran la venida del Salvador?

2. Pero si, cuando el Salvador hubo venido aquí, envió a sus apóstoles al mundo, que anunciaban puramente su venida y enseñaban la voluntad del Padre, sin tener parte alguna en la doctrina ni de las naciones ni de los judíos, mucho más, estando en el Pleroma, habría designado predicadores propios, que anunciaran a este mundo su venida futura, sin tener parte alguna en las profecías que proceden del Demiurgo. Pero si, estando dentro del Pleroma, usó de aquellos profetas que estaban bajo la Ley, y por medio de ellos mostró lo que era suyo, mucho más, cuando hubo venido aquí, habría usado de estos mismos como maestros, y por medio de ellos nos habría anunciado el Evangelio. Que no digan, pues, ya que Pedro y Pablo y los demás apóstoles anunciaron la verdad, sino los escribas y los fariseos y los demás por medio de los cuales se anunciaba la Ley. Pero si en su venida envió a sus propios apóstoles en el Espíritu de la verdad, y no en el espíritu del error, esto mismo hizo también en los profetas: porque el Verbo de Dios es siempre

el mismo. Y si, según la regla de ellos, el Espíritu procedía de la Preeminencia, Espíritu de luz, y Espíritu de verdad, y Espíritu de perfección, y Espíritu de conocimiento, mientras que el que procede del Demiurgo era espíritu de ignorancia, y de mengua, y de error, y progenie de la sombra, ¿cómo podían estar en uno y el mismo la perfección y la mengua, el conocimiento y la ignorancia, el error y la verdad, la luz y las tinieblas? Pero si en los profetas era imposible que estas cosas fueran así, sino que pregonaban la palabra del Señor de parte de un solo Dios, y anunciaban la venida de su Hijo, mucho más el Señor mismo nunca habría hablado ya desde lo principal, ya desde la disminución que le está sujeta, haciéndose a la vez maestro del conocimiento y de la ignorancia; ni habría glorificado nunca como Padre ya al fabricador del mundo, ya al que está por encima de este, como él mismo dice: Nadie pone un remiendo de vestido nuevo en un vestido viejo, ni echan vino nuevo en odres viejos (Lc 5,36-37). O bien, pues, que también ellos se abstengan del todo de los profetas, como de lo viejo, y no digan que estos, enviados de antemano por el Demiurgo, dijeron algunas cosas desde aquella novedad que es según la Preeminencia; o bien son refutados a su vez por el Señor, que dice que el vino nuevo no se echa en odres viejos (Lc 5,37).

3. Pero ¿cómo podía la simiente de su Madre conocer los misterios que estaban dentro del Pleroma, y hablar de ellos? Puesto que la Madre, estando fuera del Pleroma, dio a luz esta misma simiente; y lo que está fuera del Pleroma dicen

que está fuera del conocimiento, lo cual es ignorancia. ¿Cómo, pues, podía anunciar el conocimiento aquello que era ignorancia, una simiente así concebida? ¿O cómo conocía la Madre misma los misterios del Pleroma, informe y sin figura, arrojada fuera como un aborto, y allí ajustada y formada, y a la que Horos impidió entrar dentro, y que permanece fuera del Pleroma hasta la consumación, es decir, fuera del conocimiento? Además, diciendo que la Pasión del Señor es tipo de la extensión del Cristo superior, por la cual, extendido sobre Horos, formó a su Madre, son refutados en lo demás, no pudiendo mostrar la semejanza del tipo. Pues ¿dónde se dio a beber al Cristo de arriba vinagre y hiel? ¿o dónde fueron repartidos sus vestidos? ¿o dónde fue traspasado, y salió sangre y agua? ¿o dónde sudó gotas de sangre? y las demás cosas que le acontecieron al Señor, de las que hablaron los profetas. ¿De dónde, pues, adivinó la Madre, o su simiente, las cosas que entonces aún no habían sucedido, sino que habían de suceder?

4. Además, por encima de esto, dicen que algunas cosas fueron dichas desde la Preeminencia, cuando son refutados por lo que en las Escrituras se refiere de la venida de Cristo. Pero cuáles sean estas cosas, ya no piensan lo mismo, sino que unos responden una cosa y otros otra acerca de ellas mismas. Pues si alguno, queriendo ponerlos a prueba, interroga por separado acerca de alguna palabra a los que son eminentes entre ellos, hallará a uno que dice que aquello por lo que se le pregunta se refiere al Propator, es decir, a Bythus;

a otro, al Principio de todo, es decir, al Unigénito; a otro, al Padre de todos, es decir, al Verbo; otro, a su vez, dirá que se dice de un Eón de aquellos que son Eones en el Pleroma; otros, de Cristo; y otro, del Salvador. Pero el más experto de ellos, después de prolongar largamente su silencio, dice que fue dicho de Horos; otro, que se significa a Sophia, la que está dentro de la Plenitud; otro, que se anuncia a la Madre, la que está fuera de la Plenitud; y otro dirá que es Dios, el fabricador del mundo. Tan grandes son las diferencias entre ellos acerca de una sola cosa, teniendo opiniones varias acerca de las mismas Escrituras; y leída una y la misma palabra, todos, frunciendo el ceño y meneando la cabeza, dicen que la palabra es, en verdad, altísima, pero que no todos contienen la grandeza del sentido que en ella se contiene; y que por esto el silencio es cosa grandísima entre los sabios. Porque es necesario, dicen, que Sige, la que está arriba, sea configurada por medio del silencio que hay entre ellos. Y así se van todos, cuantos son, llevando tantas opiniones acerca de una sola cosa, cargando ocultas consigo sus agudezas. Cuando, pues, se hayan puesto de acuerdo entre ellos acerca de las cosas predichas en las Escrituras, entonces serán refutados también por nosotros. Pues, no pensando rectamente, entretanto se refutan a sí mismos, al no concordar acerca de las mismas palabras. Pero nosotros, siguiendo como maestro al uno y solo Dios verdadero, y teniendo sus palabras como regla de la verdad, decimos todos siempre lo mismo acerca de lo mismo, conociendo a un solo Dios, Hacedor

de este universo, que envió a los profetas, que sacó al pueblo de la tierra de Egipto, que en los últimos tiempos manifestó a su Hijo, para confundir a los incrédulos y buscar el fruto de la justicia.

CAPÍTULO 36

Que los profetas fueron enviados por uno y el mismo Padre por quien también fue enviado Cristo.

1. Pues ¿a quién no refuta el Señor, al decir que los profetas no proceden de otro, sino de su Padre, ni de una sustancia y de otra, sino de uno y el mismo Padre, y que ningún otro hizo las cosas que están en este mundo sino su Padre, enseñando así: Había un hombre, padre de familia, que plantó una viña, y la rodeó de una cerca, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó a unos viñadores, y se fue de viaje (Mt 21,33). Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los viñadores, para que recibieran de sus frutos (Mt 21,34). Y los viñadores, apoderándose de los siervos, a uno lo golpearon, a otro lo apedrearon, y a otro lo mataron (Mt 21,35). De nuevo envió otros siervos, más numerosos que los primeros; e hicieron con ellos lo mismo (Mt 21,36). Por último les envió a su hijo único, diciendo: Quizá respetarán a mi hijo (Mt 21,37). Pero los viñadores, al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémoslo, y tendremos su herencia. Y, apoderándose de él, lo echaron fuera de la viña, y lo mataron (Mt 21,38-39). Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará con

aquellos viñadores? (Mt 21,40) Y le dijeron: A los malos los hará perecer malamente, y arrendará su viña a otros viñadores, que le darán los frutos a su tiempo (Mt 21,41). De nuevo dice el Señor: ¿Nunca habéis leído: La piedra que rechazaron los constructores, esta se ha convertido en cabeza del ángulo? (Mt 21,42) Por el Señor ha sido hecho, y es admirable a nuestros ojos (Mt 21,42). Por eso os digo que se os quitará el reino de Dios, y se dará a una nación que produzca sus frutos (Mt 21,43). Con estas palabras mostró claramente a sus discípulos a uno y el mismo padre de familia, es decir, a Dios Padre, que por sí mismo hace todas las cosas; y a diversos labradores, unos insolentes, y soberbios, e infructuosos, y asesinos del Señor; y otros que con toda obediencia dan los frutos a su tiempo; y a este mismo padre de familia, que unas veces envía siervos y otras veces a su propio Hijo. El Padre, pues, por quien fue enviado el Hijo a aquellos viñadores que lo mataron, es el mismo por quien fueron enviados también los siervos. Pero el Hijo, como quien viene del Padre con autoridad principal, decía: Pero yo os digo (Mt 5,22); mientras que los siervos, como quienes vienen del Señor, hablaban como siervos; y por eso decían: Esto dice el Señor.

2. El Señor, pues, a quien ellos pregonaban a los incrédulos, es el mismo que Cristo transmitió a los que le obedecen; y el Dios que había llamado a los primeros, es decir, al principio, por medio de la legislación servil, es el mismo que tomó consigo a los posteriores, es decir, después, por medio de la adopción. Porque Dios plantó la viña

del género humano, primero por medio de la plasmación de Adán y la elección de los padres; y la entregó a los viñadores por medio de la legislación que es por Moisés; y la rodeó de una cerca, es decir, delimitó su cultivo; y edificó una torre: eligió Jerusalén; y cavó un lagar: preparó un receptáculo del Espíritu profético; y así envió profetas antes de que tuviera lugar la deportación a Babilonia, y después de la deportación otros de nuevo, más numerosos que los primeros, que reclamaban los frutos, diciéndoles: Limpiad vuestros caminos y vuestras costumbres; juzgad con juicio justo, y practicad la misericordia y la compasión cada uno con su hermano; no oprimáis con vuestro poder a la viuda, y al huérfano, y al prosélito, y al pobre; y que ninguno de vosotros recuerde en su corazón la malicia de su hermano, y no améis el juramento falso (Jer 7,3; Zac 7,9-10; 8,17). Lavaos, purificaos, quitad las maldades de vuestros corazones, aprended a hacer el bien, buscad el juicio, defended al que sufre violencia, haced justicia al huérfano, y justificad a la viuda; y venid, y discutamos, dice el Señor (Is 1,16-18). Y de nuevo: Guarda tu lengua del mal, y que tus labios no hablen engaño (Sal 34,14). Apártate del mal, y haz el bien; busca la paz, y síguela (Sal 34,15). Pregonando estas cosas, los profetas pedían el fruto de la justicia.

Pero como ellos no creían, por último envió a su Hijo, envió a nuestro Señor Jesucristo, a quien los malos viñadores, después de matarlo, arrojaron fuera de la viña. Por lo cual el Señor Dios la entregó, ya no rodeada de muro, sino extendida

por todo el mundo, a otros viñadores, que dan los frutos a su tiempo, alzada por todas partes, y hermosa, la torre de la elección. Porque en todas partes es ilustre la Iglesia, y en todas partes está cavado el lagar: porque en todas partes están los que reciben el Espíritu. Pues, por haber rechazado al Hijo de Dios, y haberlo arrojado fuera de la viña después de matarlo, Dios los rechazó con justicia, y dio la fructificación del cultivo a las naciones que estaban fuera de la viña. Como dice también el profeta Jeremías: El Señor ha rechazado y desechado a la nación que hace estas cosas: porque los hijos de Judá hicieron el mal ante mis ojos, dice el Señor (Jer 7,29-30). Y de modo semejante Jeremías: Puse sobre vosotros centinelas: Oíd la voz de la trompeta; y dijeron: No oiremos (Jer 6,17). Por esto oyeron las naciones, y los que apacientan rebaños en ellas (Jer 6,18). Uno y el mismo Dios Padre, pues, el que plantó la viña, el que sacó al pueblo, el que envió a los profetas, el que envió a su Hijo, el que dio la viña a otros viñadores, a los que dan los frutos a su tiempo.

3. Y por esto decía el Señor a sus discípulos, preparándonos para ser buenos obreros: Mirad por vosotros mismos y velad siempre en todo tiempo, no sea que vuestros corazones se carguen con la crápula, y la embriaguez, y los pensamientos mundanos, y aquel día se presente de repente sobre vosotros (Lc 21,34). Pues sobrevendrá como un lazo sobre todos los que están sentados sobre la faz de la tierra (Lc 21,35). Estén, pues, ceñidos vuestros lomos, y encendidas las lámparas, y sed vosotros semejantes a hombres que esperan a su

señor (Lc 12,35-36). Porque como sucedió en los días de Noé: comían y bebían, compraban y vendían, se casaban y eran dadas en matrimonio, y no supieron nada hasta que Noé entró en el arca, y vino el diluvio, y los hizo perecer a todos (Lc 17,26-27). Y como sucedió en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban, hasta que Lot salió de Sodoma: llovió fuego del cielo, y los hizo perecer a todos: así será también en la venida del Hijo del hombre (Lc 17,28-30). Velad, pues, porque no sabéis en qué día vendrá vuestro Señor (Mt 24,42). Así anunciaba a uno y el mismo Señor, el que en los tiempos de Noé trajo el diluvio por la desobediencia de los hombres, y en los tiempos de Lot hizo llover fuego del cielo por la multitud de los pecados de los sodomitas, y al final, por esta misma desobediencia y por pecados semejantes, traerá el día del juicio: en el cual, dice, será más tolerable para Sodoma y Gomorra que para la ciudad y la casa que no haya recibido la palabra de sus apóstoles. Y tú, Cafarnaún, decía, ¿acaso serás exaltada hasta el cielo? (Mt 11,23) Hasta los infiernos descenderás. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los prodigios que se han hecho en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Sin embargo, os digo que el día del juicio será más tolerable para Sodoma que para vosotros (Mt 11,23-24).

4. Siendo siempre uno y el mismo el Verbo de Dios: que da a los que creen en él una fuente de agua para la vida eterna, y seca al instante la higuera infructuosa; y que en los tiempos de Noé trae el diluvio para extinguir la pésima raza de

los que entonces eran hombres, que ya no podían dar fruto a Dios, por haberse mezclado con ellos los ángeles transgresores, a fin de reprimir sus pecados y de conservar, en el tipo del arca, la plasmación de Adán; y el que en los tiempos de Lot hizo llover sobre Sodoma y Gomorra fuego y azufre del cielo, ejemplo del justo juicio de Dios (2 Tes 1,5), para que todos conocieran que todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego (Mt 3,10); y que en el juicio universal trata más tolerablemente a Sodoma que a los que vieron los prodigios que él hacía, y no creyeron en él, ni recibieron su doctrina. Pues así como por su venida dio una gracia mayor a los que creyeron en él y hacen su voluntad, así también significó que los que no creyeron en él tendrán un castigo mayor en el juicio, siendo justo para con todos por igual, y habiendo de exigir más a aquellos a quienes dio más: más, sin embargo, no porque mostrara el conocimiento de otro Padre, como hemos mostrado con tantas y tan grandes pruebas, sino porque por su venida derramó sobre el género humano un don mayor de la gracia paterna.

5. Pero si a alguno no le basta lo que hemos dicho antes para creer que los profetas fueron enviados por uno y el mismo Padre, por quien también fue enviado nuestro Señor, que abra la boca de su corazón, e invocando a Cristo Jesús, el Señor, como maestro, le oiga decir que el reino de los cielos es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo, y envió a sus siervos a llamar a los que habían sido invitados a las bodas (Mt

22,2-3). Y como ellos no quisieron obedecer: De nuevo, dice, envió otros siervos, diciendo: Decid a los invitados: Venid, he preparado mi banquete, mis toros y todos los animales cebados están muertos, y todo está preparado; venid a las bodas (Mt 22,4). Pero ellos se fueron sin hacerle caso, unos a su campo, otros a su negocio; y los demás se apoderaron de los siervos, y a unos los ultrajaron, y a otros los mataron (Mt 22,5-6). Pero el Rey, al oírlo, se airó, y enviando sus ejércitos hizo perecer a aquellos asesinos e incendió su ciudad, y dijo a sus siervos: Las bodas están preparadas, pero los invitados no fueron dignos (Mt 22,7-8). Salid, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis, reunidlos para las bodas (Mt 22,9). Y salieron sus siervos y reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos, y se llenaron las bodas de comensales (Mt 22,10). Pero al entrar el rey a ver a los comensales, vio allí a un hombre que no estaba vestido con traje de bodas, y le dice: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin tener traje de bodas? (Mt 22,11-12) Y como él enmudeció, el rey dijo a los servidores: Tomadlo de pies y manos, y echadlo a las tinieblas que están fuera: allí será el llanto y el rechinar de dientes (Mt 22,12-13). Porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos (Mt 22,14).

Pues también con estas palabras suyas mostró claramente el Señor todas las cosas: que el Padre es el único Rey y Señor de todas las cosas, de quien había dicho también antes: Ni jures por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey (Mt 5,35). Y que desde el principio preparó las bodas para su Hijo,

y por su inmensa benignidad llamaba por medio de sus siervos a los primeros al banquete de bodas; y cuando ellos no quisieron obedecer, envió de nuevo otros siervos para convocarlos, y ni aun así le obedecieron, sino que incluso apedrearon y mataron a los que anunciaban el llamamiento: a ellos los hizo perecer enviando sus ejércitos, e incendió su ciudad; y de todos los caminos, es decir, de todas las naciones, convocó al banquete de bodas de su Hijo, como dice también por medio de Jeremías: Y os envié a mis siervos los profetas, para deciros: Convertíos cada uno de su pésimo camino, y haced mejores vuestras obras (Jer 35,15). Y de nuevo por medio del mismo: Y os envié, dice, a todos mis siervos los profetas de día y antes del alba, y no me obedecieron, ni inclinaron sus oídos (Jer 7,25-26). Y les dirás esta palabra: Esta es la nación que no obedeció a la voz del Señor, ni recibió la instrucción; la fe ha desaparecido de su boca (Jer 7,28). El Señor, pues, que nos llamó de todas partes por medio de los apóstoles, es el mismo que por medio de los profetas llamaba a los que existieron antiguamente, como se muestra por las palabras del Señor; y no procedían de uno los profetas y de otro los apóstoles, aunque pregonaran a naciones diversas; sino que de parte de uno y el mismo, unos anunciaban al Señor, otros anunciaban la buena nueva del Padre; y unos preanunciaban la venida del Hijo de Dios, mientras que otros lo pregonaban ya presente a los que estaban lejos.

6. Además, mostró que es necesario que nosotros, junto con el llamamiento, seamos adorna-

dos también con obras de justicia, para que repose sobre nosotros el Espíritu de Dios. Pues este es el traje de bodas, del que dice también el Apóstol: No queremos ser despojados, sino sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la inmortalidad (2 Cor 5,4). Pero los que han sido llamados, sí, a la cena de Dios, y por su mal modo de vida no recibieron el Espíritu Santo, serán arrojados, dice, a las tinieblas exteriores (Mt 22,13). Muestra claramente que el mismo Rey, que convocó de todas partes a los fieles a las bodas de su Hijo y concedió el banquete incorruptible, manda que sea echado a las tinieblas exteriores el que no tiene traje de bodas, es decir, el que lo desprecia. Pues así como en el primer Testamento no se complació en muchos de ellos (1 Cor 10,5), así también aquí muchos son los llamados, pocos los elegidos (Mt 22,14). No es, pues, uno el Dios que juzga, y otro el Padre que convoca a la salvación; ni uno el que da la luz eterna, y otro el que manda echar a las tinieblas exteriores a los que no tienen traje de bodas. Sino uno y el mismo Señor, el Padre de nuestro Señor, por quien también fueron enviados los profetas: que convoca a los indignos por su inmensa benignidad, pero examina a los que han sido convocados, por si tienen un traje conveniente y adecuado a las bodas de su Hijo: porque nada inconveniente ni malo le agrada. Como dijo el Señor al que había sido curado: He aquí que has quedado sano; no peques más, no sea que te suceda algo peor (Jn 5,14). Pues el que es bueno, y justo, y puro, y sin mancha, no soportará en su

cámara nupcial nada malo, ni injusto, ni abominable.

Y este es el Padre de nuestro Señor, por cuya providencia subsisten todas las cosas, y por cuyo mandato son administradas todas las cosas; y da gratuitamente a quienes conviene, pero según el mérito reparte con toda justicia contra los ingratos y los que no perciben su benignidad, como justísimo retribuidor; y por eso dice: Enviando sus ejércitos hizo perecer a aquellos asesinos, e incendió su ciudad (Mt 22,7). Y dice «su ejército» porque todos los hombres son de Dios: pues del Señor es la tierra, y su plenitud, el orbe de la tierra y todos los que habitan en él (Sal 24,1). Y por esto dice el apóstol Pablo en la Epístola a los romanos: Pues no hay potestad sino de Dios (Rom 13,1). Y las que existen han sido ordenadas por Dios (Rom 13,1). Por tanto, el que resiste a la potestad resiste al orden de Dios; y los que resisten se acarrean ellos mismos la condenación (Rom 13,2). Pues los gobernantes no son de temer para la obra buena, sino para la mala (Rom 13,3). ¿Quieres, pues, no temer a la potestad? (Rom 13,3) Haz el bien, y tendrás alabanza de ella: porque es ministro de Dios para tu bien (Rom 13,3-4). Pero si haces el mal, teme (Rom 13,4). Pues no sin causa lleva la espada (Rom 13,4). Porque es ministro de Dios, vengador para ira contra el que obra el mal (Rom 13,4). Por tanto, estad sujetos, no solo por la ira, sino también por la conciencia (Rom 13,5). Pues por esto pagáis también los tributos: porque son ministros de Dios, que sirven precisamente a esto (Rom 13,6). Así pues, tanto el Señor como los

apóstoles anuncian a un solo Dios Padre, el que hizo la legislación, el que envió a los profetas, el que hizo todas las cosas; y por esto dice: Enviando sus ejércitos (Mt 22,7); porque todo hombre, en cuanto es hombre, es hechura suya, aunque ignore a su Dios. Pues a todos les concede que existan, él, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos (Mt 5,45).

7. Y no solo por medio de lo que se ha dicho antes, sino también por medio de la parábola de los dos hijos, de los cuales el menor consumió su hacienda viviendo desenfrenadamente con prostitutas, enseñó a uno y el mismo Padre, que al hijo mayor no le concedió ni siquiera un cabrito, pero por causa del que se había perdido, su hijo menor, mandó matar el ternero cebado, y le dio la primera túnica. Y por medio de la parábola de aquellos obreros que eran enviados a la viña en diversos tiempos, se muestra a uno y el mismo Señor: que llama a unos enseguida, al comienzo de la fabricación del mundo; a otros después de esto; a otros hacia la mitad de los tiempos; a otros, avanzados ya los tiempos; y a otros, asimismo, al final: de modo que hay muchos obreros, cada uno según sus propios tiempos, pero uno solo el padre de familia que los convoca. Porque una sola es la viña, puesto que una sola es también la justicia; y uno solo el dispensador, pues uno solo es el Espíritu de Dios, que dispone todas las cosas; y de modo semejante una sola la paga, pues todos recibieron un denario cada uno, la imagen y la inscripción del rey, el conocimiento del Hijo de Dios, que es la incorrupción. Y por esto comenzó

a dar la paga por los últimos, porque en los últimos tiempos el Señor, una vez manifestado, se presentó a sí mismo a todos.

8. Y el publicano, que superó al fariseo en la oración, recibió del Señor el testimonio de que estaba más justificado, no porque adorara a otro Padre, sino porque con gran humildad, sin engreimiento y sin jactancia, hacía la exomologesis ante el mismo Dios. Y la parábola de los dos hijos que son enviados a la viña, de los cuales uno contradijo a su padre, y después se arrepintió, cuando de nada le aprovechó la penitencia, mientras que el otro prometió ir, dando al instante su promesa al padre, pero no fue (porque todo hombre es mentiroso (Sal 116,11), y el querer está, sí, a mano, pero no encuentra el realizarlo (Rom 7,18)), muestra a uno y el mismo Padre. Y también la parábola de la higuera, de la que dice el Señor: He aquí que hace ya tres años que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo encuentro (Lc 13,7), significando su venida por medio de los profetas, por los cuales vino algunas veces buscando de ellos el fruto de la justicia, que no encontró, manifestó abiertamente también que la higuera será cortada por la causa antes dicha. Y sin parábola decía el Señor a Jerusalén: Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste! (Mt 23,37) He aquí que vuestra casa se os deja desierta (Mt 23,38). Pues lo que había sido dicho por medio de la parábola: He aquí que hace tres años que

vengo buscando fruto (Lc 13,7), y de nuevo claramente: ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos! (Mt 23,37), será mentira si no lo entendemos de su venida que es por medio de los profetas: puesto que vino a ellos una sola vez, y entonces por primera vez. Pero como el que eligió a los patriarcas y a nosotros es el mismo Verbo de Dios, que a ellos los visitaba siempre por medio del Espíritu profético, y a nosotros, que hemos sido convocados de todas partes, por medio de su venida, además de lo que se ha dicho, decía con verdad esto: Muchos vendrán de oriente y de occidente, y se sentarán a la mesa con Abraham, e Isaac, y Jacob, en el reino de los cielos (Mt 8,11). Pero los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el rechinar de dientes (Mt 8,12). Si, pues, los que por el pregón de sus apóstoles creen en él desde oriente y occidente se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, participando con ellos del banquete, se muestra a uno y el mismo Dios, que eligió a los patriarcas, visitó al pueblo y llamó a las naciones.

CAPÍTULO 37

Que los hombres son libres y están dotados de la facultad de elegir; y que, por tanto, no son unos buenos por naturaleza y otros malos por naturaleza.

1. Y aquello que dice: ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, y no quisiste! (Mt 23,37), manifestó la antigua ley de la libertad del hombre: porque Dios lo hizo libre desde el principio, teniendo su propia potestad, como también su propia alma,

para usar del juicio de Dios voluntariamente, y no forzado por Dios. Pues la violencia no procede de Dios, sino que un buen juicio está siempre presente en él. Y por esto da a todos buen consejo. Y puso en el hombre la potestad de elección, como también en los ángeles (pues los ángeles son racionales), para que los que hubieran obedecido poseyeran con justicia el bien, dado, sí, por Dios, pero guardado por ellos mismos. Pero los que no obedecieron, con justicia no serán hallados con el bien, y recibirán el castigo merecido; porque Dios dio benignamente el bien, pero ellos no lo guardaron diligentemente, ni lo estimaron precioso, sino que despreciaron la supereminencia de la bondad. Desechando, pues, el bien, y como escupiéndolo, todos caerán merecidamente en el justo juicio de Dios, como también lo atestiguó el apóstol Pablo en la Epístola a los romanos, diciendo así: ¿O desprecias las riquezas de su bondad, y de su paciencia, y de su longanimidad, ignorando que la bondad de Dios te lleva a la penitencia? (Rom 2,4) Pero, según tu dureza y tu corazón impenitente, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom 2,5). Pero gloria y honra, dice, a todo el que obra el bien (Rom 2,10). Dios, pues, dio el bien, como también lo atestigua el Apóstol en la misma epístola; y los que lo obran recibirán gloria y honra, porque obraron el bien pudiendo no obrarlo; pero los que no lo obran recibirán el justo juicio de Dios, porque no obraron el bien pudiendo obrarlo.

2. Pero si unos hubieran sido hechos buenos por naturaleza y otros malos, ni serían dignos de alabanza estos que son buenos, pues así habían sido hechos; ni aquellos dignos de reproche, pues también ellos habían sido constituidos así. Pero como todos son de la misma naturaleza, y capaces de retener y de obrar el bien, y capaces a su vez de perderlo y de no hacerlo, con justicia, aun entre los hombres sensatos (cuánto más ante Dios), unos son alabados y reciben un testimonio digno de su buena elección y perseverancia, y otros son acusados y reciben un daño digno, por haber rechazado lo justo y lo bueno. Y por eso los profetas exhortaban a los hombres a practicar la justicia y a obrar el bien, como hemos mostrado con muchas pruebas: porque esto está en nosotros, y por mucha negligencia hemos caído en el olvido, y necesitamos buen consejo; por lo cual el Dios bueno proporcionó buen consejo por medio de los profetas.

3. Y por esto también el Señor: Brille vuestra luz, decía, ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,16). Y: Mirad por vosotros mismos, no sea que vuestros corazones se carguen con la crápula, y la embriaguez, y los afanes mundanos (Lc 21,34). Y: Estén ceñidos vuestros lomos, y encendidas las lámparas, y sed vosotros semejantes a hombres que esperan a su señor cuando vuelva de las bodas, para que, cuando venga y llame, le abran (Lc 12,35-36). Dichoso aquel siervo a quien su señor, cuando venga, encuentre obrando así (Lc 12,43). Y otra

vez: El siervo que conoce la voluntad de su señor y no la hace recibirá muchos azotes (Lc 12,47). Y: ¿Por qué me decís: Señor, Señor, y no hacéis lo que digo? (Lc 6,46) Y otra vez: Pero si el siervo dice en su corazón: Mi señor tarda; y comienza a golpear a sus consiervos, y a comer, y a beber, y a embriagarse, vendrá su señor el día en que no lo espera, y lo partirá en dos, y pondrá su parte con los hipócritas (Lc 12,45-46). Y todas las palabras semejantes, que muestran que el hombre es libre y de su propia potestad, y que Dios instruye con el consejo, exhortándonos a la sujeción a él y apartándonos de la incredulidad, pero no obligándonos con violencia.

4. Pues si alguno no quiere seguir el Evangelio mismo, le está permitido, pero no le conviene. Porque la desobediencia a Dios y la pérdida del bien están, sí, en la potestad del hombre; pero acarrean un perjuicio y un daño no pequeños. Y por esto dice Pablo: Todo está permitido, pero no todo conviene (1 Cor 6,12; 10,23); refiriéndose, por una parte, a la libertad del hombre, por lo cual todo está permitido, sin que Dios lo fuerce; y mostrando, por otra, el no conviene, para que no abusemos de la libertad como velo de la malicia: porque esto no conviene. Y otra vez dice: Hablad la verdad cada uno con su prójimo (Ef 4,25). Y: Ninguna palabra mala salga de vuestra boca, ni torpeza, ni vana palabrería, ni chocarrería, que no vienen al caso, sino más bien acción de gracias (Ef 4,29; 5,4). Y: Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor: caminad honestamente como hijos de la luz, no en comilonas

y borracheras, no en lechos y lujurias, no en ira y envidia (Ef 5,8; Rom 13,13). Y esto erais algunos, pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados en el nombre de nuestro Señor (1 Cor 6,11). Si, pues, no estuviera en nosotros hacer estas cosas o no hacerlas, ¿qué motivo tenía el Apóstol, y mucho antes el Señor mismo, para dar consejo de hacer unas cosas y abstenerse de otras? Pero como el hombre es de libre juicio desde el principio, y de libre juicio es Dios, a cuya semejanza fue hecho, siempre se le da consejo de retener el bien, que se perfecciona por la obediencia a Dios.

5. Y no solo en las obras, sino también en la fe, el Señor guardó libre y de su propia potestad el albedrío del hombre, diciendo: Hágase en ti según tu fe (Mt 9,29); mostrando que la fe del hombre es propia, puesto que tiene su propio juicio. Y otra vez: Todo es posible para el que cree (Mc 9,23); y: Ve, hágase en ti como has creído (Mt 8,13). Y todas las palabras semejantes muestran que el hombre es de su propia potestad en lo que toca a la fe. Y por esto el que le cree tiene la vida eterna; pero el que no cree al Hijo no tiene la vida eterna, sino que la ira de Dios permanecerá sobre él (Jn 3,36). Según esta razón, pues, el Señor, mostrando su propio bien y significando que el hombre es de su propio albedrío y de su propia potestad, decía a Jerusalén: ¡Cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina congrega a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste! (Mt 23,37) Por lo cual vuestra casa se os dejará desierta (Mt 23,38).

6. Pero los que dicen lo contrario a esto introducen ellos mismos un Señor impotente, como

si no hubiera podido realizar lo que quiso; o, a su vez, ignorante de los que son coicos por naturaleza, como ellos dicen, y de los que no pueden recibir su incorrupción. «Pero debía», dice, «no haber hecho ni a los ángeles tales que pudieran transgredir, ni a los hombres que al instante resultaran ingratos para con él»: porque fueron hechos racionales, y capaces de examinar y de juzgar, y no (como los seres irracionales o inanimados, que nada pueden hacer por su voluntad, sino que son arrastrados al bien con necesidad y violencia, en los cuales hay un solo sentido y un solo modo de ser) inflexibles y sin discernimiento, que no pueden ser otra cosa que lo que fueron hechos. Pero así ni les sería dulce el bien, ni preciosa la comunicación con Dios, ni sumamente deseable el bien, que habría llegado sin su propio movimiento, y cuidado, y esfuerzo, sino implantado espontáneamente y sin trabajo: de modo que serían buenos sin ningún mérito, porque serían tales por naturaleza más que por voluntad, y tendrían el bien espontáneamente, pero no según elección; y por esto no entenderían esto mismo, que es hermoso lo bueno, ni gozarían de ello. Pues ¿qué goce del bien hay entre los que lo ignoran? ¿Y qué gloria para los que no se esforzaron por él? ¿Y qué corona para los que no la alcanzaron como vencedores en un certamen?

7. Y por esto el Señor llamó violento al reino de los cielos: Y los que hacen fuerza, dice, lo arrebatan (Mt 11,12); es decir, los que con fuerza y certamen, velando sin descanso, lo arrebatan. Y por esto dice también el apóstol Pablo a los

corintios: ¿No sabéis que los que corren en el estadio todos corren, pero uno solo recibe el premio? (1 Cor 9,24) Corred de manera que lo alcancéis (1 Cor 9,24). Y todo el que compite se abstiene de todo: ellos, para recibir una corona corruptible; nosotros, en cambio, una incorruptible (1 Cor 9,25). Yo, pues, corro así, no a la ventura; lucho así, no como quien golpea el aire; sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo resulte réprobo (1 Cor 9,26-27). El buen luchador, pues, nos exhorta al certamen de la incorrupción, para que seamos coronados, y estimemos preciosa la corona, es decir, la que es adquirida por nosotros mediante el certamen, y no la que ha brotado espontáneamente. Y cuanto más nos llega mediante el certamen, tanto más preciosa es; y cuanto más preciosa, tanto más la amemos siempre. Pues no se aman del mismo modo las cosas que llegan espontáneamente que las que se hallan con mucho cuidado. Puesto que, pues, era en provecho nuestro amar más a Dios, el Señor enseñó, y el Apóstol transmitió, que esto lo halláramos con trabajo. Y de otro modo, evidentemente, nuestro bien sería insensible, puesto que no habría sido ejercitado. Ni el ver nos sería tan deseable, si no hubiéramos conocido cuán grande mal es no ver; y la experiencia del que está enfermo hace más estimable la buena salud; y la comparación con las tinieblas, la luz, y con la muerte, la vida. Así también el reino celestial es más estimable para los que conocieron el terreno. Y cuanto más estimable, tanto más lo amamos; y

si lo hemos amado más, seremos más gloriosos ante Dios. Por nosotros, pues, soportó el Señor todas estas cosas, para que, instruidos por medio de todas, seamos cautos en todo para el futuro, y perseveremos en todo amor a él, enseñados razonablemente a amar a Dios: Dios mostrando longanimidad en la apostasía del hombre, y el hombre siendo instruido por ella, como dice también el profeta: Tu alejamiento te corregirá (Jer 2,19); Dios predeterminando todas las cosas para la perfección del hombre, y para la eficacia y la manifestación de sus disposiciones: para que se muestre la bondad, y se cumpla la justicia, y la Iglesia se ajuste a la figura de la imagen de su Hijo, y el hombre llegue por fin a ser maduro, madurando en tantas cosas para ver y contener a Dios.

CAPÍTULO 38

Por qué el hombre no fue hecho perfecto desde el principio.

1. Si alguno dijera esto: «¿Pues qué? ¿No podía Dios haber hecho perfecto al hombre desde el principio?» Sepa que, siendo Dios siempre el mismo y no nacido, en lo que a él toca, todo le es posible. Pero las cosas que han sido hechas por él, en cuanto tuvieron después el comienzo de su hechura, en eso mismo era necesario que fueran también inferiores al que las hizo: pues no podían ser no hechas las que acababan de ser hechas. Y en cuanto no son no hechas, por eso mismo tampoco alcanzan lo perfecto. Pues en cuanto son posteriores, en eso mismo son también infantiles;

y en cuanto infantiles, en eso mismo también desacostumbradas y no ejercitadas para la disciplina perfecta. Pues así como la madre puede, sí, dar alimento perfecto al infante, pero él aún no puede tomar un alimento más fuerte que él, así también Dios mismo podía, sí, dar al hombre la perfección desde el principio, pero el hombre era impotente para tomarla: pues era infante. Y por esto nuestro Señor, en los últimos tiempos, recapitulando en sí mismo todas las cosas, vino a nosotros, no como él podía, sino como nosotros podíamos verlo. Pues él podía venir a nosotros en su gloria inenarrable; pero nosotros no podíamos soportar la grandeza de su gloria. Y por esto, como a infantes, el que era el pan perfecto del Padre se nos dio a sí mismo como leche, que era su venida según el hombre: para que, nutridos como del pecho de su carne, y acostumbrados por tal lactancia a comer y beber el Verbo de Dios, podamos contener en nosotros mismos al que es el pan de la inmortalidad, que es el Espíritu del Padre.

2. Y por esto dice Pablo a los corintios: Os di a beber leche, no alimento: pues aún no podíais tomar alimento (1 Cor 3,2); es decir, habéis aprendido la venida del Señor que es según el hombre, pero aún no reposa sobre vosotros el Espíritu del Padre, por vuestra debilidad. Pues donde hay entre vosotros envidia y discordia, dice, y disensiones, ¿no sois carnales, y no camináis según el hombre? (1 Cor 3,3) Es decir, que aún no estaba en ellos el Espíritu del Padre, por su imperfección y la debilidad de su modo de vida. Así como, pues,

el Apóstol podía dar alimento (pues todos aquellos a quienes los apóstoles imponían las manos recibían el Espíritu Santo, que es el alimento de la vida), pero ellos no podían recibirlo, porque aún tenían débil y no ejercitado el entendimiento del modo de vida para con Dios; así también al principio Dios podía, sí, dar la perfección al hombre, pero él, recién hecho, no podía recibirla, o, recibiéndola, contenerla, o, conteniéndola, retenerla. Y por esto el Verbo de Dios se hizo infante juntamente con el hombre, siendo perfecto, no por sí, sino por la infancia del hombre, hecho así contenible, en la medida en que el hombre pudo contenerlo. No había, pues, imposibilidad ni indigencia por parte de Dios, sino por parte del recién hecho, el hombre; porque no era no hecho.

3. Y por parte de Dios se muestran a la vez el poder, la sabiduría y la bondad: el poder y la bondad, en que estableció e hizo voluntariamente las cosas que aún no eran; la sabiduría, en que hizo ajustadas y armoniosas las cosas que son. Y algunas cosas, recibiendo crecimiento por su inmensa benignidad, y perdurando por mucho tiempo, alcanzan la gloria del no hecho, dando Dios sin envidia lo que es bueno. Pues en cuanto han sido hechas, no son no hechas; pero en cuanto perduran por largas edades, tomarán el poder del no hecho, dando Dios gratuitamente a ellas una perduración sempiterna. Y así Dios tendrá la preeminencia en todas las cosas, puesto que él solo es no hecho, y el primero de todos, y él mismo es para todas las cosas la causa de que existan; pero todas las demás permanecen en la sujeción

a Dios. Y la sujeción a Dios es perduración de la incorrupción; y la incorrupción, gloria del no hecho. Por este orden, pues, y por tal armonía, y por tal conducción, el hombre, hecho y plasmado, es constituido a imagen y semejanza del Dios no hecho: el Padre complaciéndose y mandando; el Hijo sirviendo y formando; el Espíritu nutriendo y haciendo crecer; y el hombre progresando poco a poco y llegando a lo perfecto, es decir, a hacerse cercano al no hecho. Porque perfecto es el no hecho: y este es Dios. Y era necesario que el hombre primero fuera hecho, y, hecho, creciera, y, crecido, se robusteciera, y, robustecido, se multiplicara, y, multiplicado, se fortaleciera, y, fortalecido, fuera glorificado, y, glorificado, viera a su Señor. Pues Dios es el que ha de ser visto; y la visión de Dios es eficaz para la incorrupción; y la incorrupción hace estar cerca de Dios (Sab 6,19).

4. Irracionales del todo son, pues, los que no esperan el tiempo del crecimiento, y atribuyen a Dios la debilidad de su propia naturaleza. Sin conocer ni a Dios ni a sí mismos, insaciables e ingratos, no queriendo ser primero lo que también han sido hechos, hombres capaces de pasiones, sino traspasando la ley del género humano, antes de llegar a ser hombres quieren ya ser semejantes a Dios Hacedor, y que no haya ninguna diferencia entre el Dios no hecho y el hombre hecho ahora: son más irracionales que los animales mudos. Pues estos no le reprochan a Dios que no los haga hombres; sino que cada uno, en cuanto ha sido hecho, da gracias porque ha sido hecho. Porque nosotros le reprochamos que no fuimos hechos

dioses desde el principio, sino primero hombres, y después, al fin, dioses: aunque Dios hizo esto según la sencillez de su bondad, para que nadie lo tenga por envidioso o mezquino. Yo dije, dice, Dioses sois, e hijos del Altísimo todos (Sal 82,6). Pero no soportando nosotros llevar la potestad de la divinidad: Pero vosotros, dice, moriréis como hombres (Sal 82,7); refiriendo ambas cosas: la benignidad de su don, y nuestra debilidad, y que éramos de nuestra propia potestad. Pues según su benignidad dio bien el bien, e hizo a los hombres semejantes a sí, de su propia potestad; pero según su providencia conoció la debilidad de los hombres, y lo que de ella había de venir; pero según su amor y su poder vencerá la sustancia de la naturaleza hecha. Porque era necesario que primero apareciera la naturaleza, y después fuera vencido y absorbido lo mortal por la inmortalidad, y lo corruptible por la incorruptibilidad, y que el hombre llegara a ser a imagen y semejanza de Dios, recibido el conocimiento del bien y del mal.

CAPÍTULO 39

Que fue puesta en el hombre la facultad de discernir el bien del mal, para que por su propia voluntad y elección, sin ser forzado por violencia alguna, cumpla los mandamientos de Dios, a fin de ser perfeccionado por él, y aparte de sí los males preparados para los rebeldes.

1. Y el hombre recibió el conocimiento del bien y del mal. Y es bueno obedecer a Dios, y creerle, y guardar su precepto; y esta es la vida del hombre:

así como no obedecer a Dios es malo, y esta es su muerte. Mostrando, pues, Dios su longanimidad, el hombre conoció tanto el bien de la obediencia como el mal de la desobediencia: para que el ojo de la mente, recibiendo la experiencia de ambos, haga con discernimiento la elección de lo mejor, y nunca se vuelva perezoso ni negligente del precepto de Dios; y que, aprendiendo por experiencia que lo que le quita la vida, es decir, no obedecer a Dios, es malo, nunca siquiera lo intente; y que, sabiendo que lo que conserva su vida, obedecer a Dios, es bueno, lo guarde diligentemente con todo empeño. Por esto también tuvo sentidos dobles, que tenían el conocimiento de ambas cosas, para que haga con saber la elección de lo mejor. Pero ¿cómo habría podido tener el saber del bien, ignorando lo que le es contrario? Pues más firme e indudable es la aprehensión de las cosas presentes que la conjetura que procede de la sospecha. Pues así como la lengua recibe por el gusto la experiencia de lo dulce y lo amargo, y el ojo por la vista discierne lo negro de lo blanco, y el oído por la audición conoce las diferencias de los sonidos, así también la mente, recibiendo por la experiencia de ambas cosas el saber del bien, se hace más firme para conservarlo, obedeciendo a Dios: rechazando primero la desobediencia por la penitencia, porque es amarga y mala; aprendiendo después por comprensión qué clase de cosa es lo contrario al bien y a la dulzura, para que nunca intente siquiera gustar la desobediencia a Dios. Pero si alguno rehúye el conocimiento de ambas

cosas, y los sentidos dobles del conocimiento, se mata ocultamente a sí mismo en cuanto hombre.

2. ¿Cómo, pues, será dios el que aún no ha sido hecho hombre? ¿Y cómo perfecto, el que ha sido hecho recientemente? ¿Y cómo inmortal, el que en una naturaleza mortal no obedeció a su Hacedor? Pues es necesario que tú guardes primero el orden del hombre, y después participes de la gloria de Dios. Pues no eres tú quien hace a Dios, sino Dios quien te hace a ti. Si, pues, eres obra de Dios, espera la mano de tu artífice, que hace todas las cosas a su tiempo; a su tiempo, se entiende, en lo que a ti toca, que estás siendo hecho. Ofrécele tu corazón blando y dócil, y guarda la figura con que te figuró el artífice, teniendo humedad en ti mismo, no sea que, endurecido, pierdas las huellas de sus dedos. Y guardando la trabazón, ascenderás a lo perfecto: pues por el artificio de Dios queda escondido el barro que hay en ti. Su mano fabricó la sustancia en ti; te recubrirá por dentro y por fuera de oro puro y de plata, y te adornará de tal manera que el Rey mismo deseará tu hermosura (Sal 45,12). Pero si, endurecido al instante, rechazas su arte, y te muestras ingrato para con él porque fuiste hecho hombre, hecho ingrato para con Dios, has perdido a la vez su arte y la vida. Porque hacer es propio de la benignidad de Dios; pero ser hecho es propio de la naturaleza del hombre. Si, pues, le entregas lo que es tuyo, es decir, la fe en él y la sujeción, recibirás su arte, y serás obra perfecta de Dios.

3. Pero si no le crees, y huyes de sus manos, la causa de la imperfección estará en ti, que no

obedeciste, y no en aquel que te llamó. Pues él envió a quienes llamaran a las bodas; pero los que no le obedecieron se privaron a sí mismos de la cena real. No falla, pues, el arte de Dios, porque es poderoso para suscitar de las piedras hijos a Abraham (Mt 3,9); sino que el que no lo alcanza es para sí mismo la causa de su propia imperfección. Pues tampoco falla la luz por causa de los que se cegaron a sí mismos; sino que, permaneciendo ella tal como es, los cegados por su propia culpa quedan puestos en la oscuridad. Ni la luz sujetará a sí a nadie por una gran necesidad; ni Dios obligará al que no quiera retener su arte. Los que se apartaron, pues, de la luz paterna, y transgredieron la ley de la libertad, se apartaron por su propia culpa, habiendo sido hechos de libre albedrío y de su propia potestad.

4. Y Dios, que conoce de antemano todas las cosas, preparó a unos y a otros moradas adecuadas: a los que buscan la luz de la incorruptibilidad, y corren hacia ella, dándoles benignamente esta luz que desean; pero para los otros, que la desprecian, y se apartan de ella, y huyen de ella, y como si se cegaran a sí mismos, preparó tinieblas adecuadas a los que se oponen a la luz; y a los que huyen de estarle sujetos les impuso el castigo conveniente. Y la sujeción a Dios es el descanso eterno; de modo que los que huyen de la luz tengan un lugar digno de su huida, y los que huyen del descanso eterno tengan una morada adecuada a su huida. Y como junto a Dios todas las cosas son buenas, los que por su propio juicio huyen de Dios se defraudan a sí mismos de todos

los bienes; y defraudados de todos los bienes que hay junto a Dios, caerán consiguientemente en el justo juicio de Dios. Pues los que huyen del descanso vivirán con justicia en el castigo; y los que huyeron de la luz habitarán con justicia las tinieblas. Y así como, en esta luz temporal, los que huyen de ella se entregan ellos mismos a las tinieblas, de modo que ellos mismos son para sí la causa de quedar privados de la luz y de habitar en tinieblas, y no es la luz para ellos la causa de semejante modo de vida, como dijimos antes; así los que huyen de la luz eterna de Dios, que contiene en sí todos los bienes, son ellos mismos para sí la causa de habitar las tinieblas eternas, privados de todos los bienes, habiéndose hecho para sí mismos la causa de semejante morada.

CAPÍTULO 40

Que uno y el mismo Dios Padre inflige penas a los réprobos y concede premios a los elegidos.

1. Uno y el mismo Dios Padre, pues, el que prepara los bienes que están junto a él para los que desean la comunicación con él y perseveran en la sujeción a él; pero que prepara el fuego eterno para el diablo, príncipe del alejamiento, y para los ángeles que se alejaron con él: fuego al que serán enviados, dice el Señor, los que hayan sido separados a la izquierda. Y esto es lo que fue dicho por el profeta: Yo soy el Dios celoso, que hago la paz y creo los males (Is 45,7): haciendo la paz, y la amistad, y componiendo la unidad para los que tienen penitencia y se convierten a él; pero preparando el fuego eterno y las tinieblas exteriores para los

que no hacen penitencia, sino que rehúyen su luz: las cuales son, en efecto, males para los que caen en ellas.

2. Pero si uno fuera el Padre que da el descanso, y otro el Dios que preparó el fuego, igualmente diferentes habrían sido sus hijos: uno enviando al reino del Padre, el otro al fuego eterno. Pero como uno y el mismo Señor mostró que todo el género humano será separado en el juicio, como el pastor separa las ovejas de los cabritos (Mt 25,32), y a unos dirá: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado (Mt 25,34), y a otros: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles (Mt 25,41); se muestra con toda claridad a uno y el mismo Padre, que hace la paz y crea los males (Is 45,7), preparando a unos y a otros lo que les es adecuado: como también un solo juez envía a unos y a otros al lugar adecuado. Como lo manifestó el Señor en la parábola de la cizaña y del trigo, diciendo: Así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será en la consumación del siglo (Mt 13,40). El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos, y a los que obran la iniquidad, y los echarán en el horno del fuego: allí será el llanto y el rechinar de dientes (Mt 13,41-42). Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mt 13,43). El Padre, pues, que preparó el reino para los justos, al cual su Hijo tomó consigo a los dignos, es el mismo que preparó también el horno del fuego, al cual echarán a los que lo me-

recen los ángeles enviados por el Hijo del hombre, según el mandato de Dios.

3. Pues él sembró buena simiente en su campo: Y el campo, dice, es el mundo (Mt 13,38). Pero mientras los hombres dormían, vino el enemigo, y sembró encima cizaña entre el trigo, y se fue (Mt 13,25). Pues desde entonces este ángel es apóstata y enemigo, desde que tuvo envidia de la hechura de Dios, y emprendió hacerlo enemigo de Dios. Por lo cual también Dios apartó de su trato a aquel que por sí mismo sembró ocultamente la cizaña, es decir, la transgresión que él mismo introdujo; pero se compadeció del hombre, que había recibido la desobediencia por descuido, sí, pero para su mal, y volvió la enemistad, por la cual aquel quiso hacerlo enemigo de Dios, contra el autor mismo de las enemistades, quitando la suya, la que había contra el hombre, y volviendo aquella otra y remitiéndola contra la serpiente. Como también dice la Escritura que Dios dijo a la serpiente: Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente de la mujer (Gn 3,15). Él pisará tu cabeza, y tú acecharás su calcañar (Gn 3,15). Y el Señor recapituló en sí mismo esta enemistad, hecho hombre de mujer, y pisando su cabeza, como hemos mostrado en el libro anterior a este.

CAPÍTULO 41

Los que no creen a Dios ni le obedecen son ángeles e hijos del diablo; no por naturaleza, sin embargo, sino por imitación. Epílogo de este libro, y propósito del siguiente.

1. Puesto que habló de ciertos ángeles del diablo, para los cuales está preparado el fuego eterno, y dice a su vez de la cizaña: La cizaña son los hijos del maligno (Mt 13,38), es necesario decir que ha adscrito a aquel que es príncipe de esta transgresión a todos los que pertenecen al alejamiento. Pero no fue él quien hizo por naturaleza ni a los ángeles ni a los hombres. Pues no se halla que el diablo haya hecho absolutamente nada, ya que también él mismo es criatura de Dios, como también los demás ángeles. Pues Dios hizo todas las cosas, como dice también David: Porque él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas (Sal 148,5).

2. Puesto que, pues, todas las cosas fueron hechas por Dios, y el diablo se hizo para sí mismo y para los demás causa del alejamiento, con justicia la Escritura llamó siempre a los que perseveran en el alejamiento hijos del diablo y ángeles del maligno. Porque hijo, como también dijo uno antes de nosotros, se entiende de dos maneras: uno según la naturaleza, por haber nacido hijo; otro, según lo que ha sido hecho, es tenido por hijo; aunque hay diferencia entre el nacido y el hecho. Pues el uno ha nacido de él, el otro ha sido hecho por él, ya sea según la creación, ya según la enseñanza de la doctrina. Pues el que ha sido instruido por alguien es llamado, de palabra, hijo del que enseña, y este, padre suyo. Según la naturaleza, pues, la que es según la creación, por así decir, todos somos hijos de Dios, porque todos hemos sido hechos por Dios. Pero según la obediencia a la palabra y la doctrina, no todos son hijos de

Dios, sino los que le creen y hacen su voluntad. Pero los que no creen ni hacen su voluntad son hijos y ángeles del diablo. Y que esto es así lo dijo en Isaías: Engendré hijos y los exalté, pero ellos me despreciaron (Is 1,2). Y otra vez, donde los llama hijos extraños, así: Los hijos extraños me han mentido (Sal 18,45). Pues según la naturaleza son hijos, porque fueron hechos por él; pero según las obras no son hijos.

3. Pues así como entre los hombres los hijos desobedientes a sus padres y desheredados son por naturaleza hijos suyos, pero por la ley han sido apartados, pues no llegan a ser herederos de sus padres naturales, del mismo modo ante Dios los que no le obedecen, desheredados por él, han dejado de ser hijos suyos. Por lo cual tampoco pueden recibir su herencia; como dice David: Los pecadores se apartaron desde el seno materno; su ira es a semejanza de la serpiente (Sal 58,4-5). Y por esto el Señor, a los que sabía que eran progenie de hombres, los llamó así: progenie de víboras (Mt 23,33), porque, a semejanza de estos animales, andan con astucias y dañan a los demás. Guardaos, dice, de la levadura de los fariseos y de los saduceos (Mt 16,6). Y también hablando de Herodes: Decid, dice, a esta zorra (Lc 13,32); significando su malvada astucia y su engaño. Por lo cual dice el profeta David: El hombre, puesto en honor, se ha asemejado a las bestias (Sal 49,21). Y otra vez Jeremías: Se han vuelto caballos enloquecidos tras las hembras; cada uno relinchaba tras la mujer de su prójimo (Jer 5,8). Y Isaías, pregonando en Judea y disputando con

Israel, los llamaba príncipes de Sodoma y pueblo de Gomorra (Is 1,10), significando que había entre ellos una transgresión semejante a la de los sodomitas, y los mismos pecados que hubo en aquellos, llamándolos con el mismo nombre por su semejante obrar. Y porque no habían sido hechos así por Dios por naturaleza, sino que eran capaces también de obrar con justicia, el mismo decía, dándoles buen consejo: Lavaos, purificaos, quitad las maldades de vuestras almas de delante de mis ojos, cesad de vuestras iniquidades (Is 1,16). Es decir, porque ellos mismos, transgrediendo y pecando del mismo modo, recibieron la misma reprensión que los sodomitas. Pues, si se convirtieran, e hicieran penitencia, y cesaran de la malicia, podrían ser hijos de Dios y alcanzar la herencia de la incorrupción, que es concedida por él. Según esta razón, pues, llamó ángeles del diablo e hijos del maligno a los que creen al diablo y hacen las cosas que son suyas. Los cuales, ciertamente, fueron hechos todos desde el principio por uno y el mismo Dios. Pero cuando creen, y perseveran en estar sujetos a Dios, y guardan su doctrina, son hijos de Dios; pero cuando se han alejado y han transgredido, son inscritos bajo el diablo como su príncipe, a aquel que se hizo causa del alejamiento primero para sí y después para los demás.

4. Y puesto que las palabras del Señor son muchas, pero todas anuncian a uno y el mismo Padre, Hacedor de este mundo, era necesario también para nosotros, por causa de los que están presos en muchos errores, refutarlos con

muchas cosas, por si de algún modo, refutados con muchas, pudieran convertirse a la verdad y salvarse. Y es necesario para este escrito, en el siguiente, después de las palabras del Señor, añadir también la doctrina de Pablo, y examinar su pensamiento, y exponer al Apóstol, y explicar todo lo que ha recibido otras interpretaciones de parte de los herejes, que no entienden en absoluto lo que fue dicho por Pablo, y mostrar la demencia de su insensatez; y, a partir del mismo Pablo, de quien sacan cuestiones contra nosotros, manifestar que ellos son mentirosos, y que el Apóstol, en cambio, es predicador de la verdad, y enseñó todas las cosas en armonía con el pregón de la verdad: un solo Dios Padre, el que habló a Abraham, el que hizo la legislación, el que envió delante a los profetas, el que en los últimos tiempos envió a su Hijo, y da la salvación a su hechura, que es la sustancia de la carne. Disponiendo, pues, en otro libro las restantes palabras del Señor, que enseñó acerca del Padre no por medio de parábolas, sino sencillamente con las expresiones mismas, y la exposición de las Epístolas del bienaventurado Apóstol, te presentaremos, si Dios lo concede, la obra completa de la reprensión y del derrocamiento del falsamente llamado conocimiento; ejercitándonos a nosotros mismos, y a ti, en cinco libros, en la contradicción de todos los herejes.

Libro V

Prefacio

Desenmascarados, amadísimo, todos los herejes en los cuatro libros que antes de este te hemos publicado, y puestas de manifiesto sus doctrinas; derrocados también los que inventaron doctrinas irreligiosas, en parte a partir de la doctrina propia de cada uno de ellos, que dejaron en sus escritos, y en parte a partir de la razón, que avanza con demostraciones de toda clase; y mostrada la verdad, y manifestado el pregón de la Iglesia, que los profetas pregonaron, como hemos demostrado, pero que Cristo llevó a su perfección y los apóstoles transmitieron, de quienes la Iglesia lo recibió y, siendo la única que lo guarda bien por todo el mundo, lo transmitió a sus hijos; y resueltas todas las cuestiones que los herejes nos proponen, y explicada la doctrina de los apóstoles, y puestas de manifiesto muchas cosas que el Señor dijo e hizo por medio de parábolas: en este libro quinto de la obra entera, que trata del desenmascaramiento y del derrocamiento del falsamente llamado conocimiento, intentaremos presentar demostraciones a partir del resto de la doctrina de nuestro Señor y de las cartas apostólicas, como nos pediste, obedeciendo a tu mandato (pues también nosotros hemos sido puestos en

el ministerio de la palabra), y esforzándonos de todos los modos, según nuestro poder, por proporcionarte muchísimas ayudas contra las objeciones de los herejes, y por hacer volver a los que yerran y convertirlos a la Iglesia de Dios; y también por afianzar el entendimiento de los neófitos, para que guarden firme la fe que recibieron bien guardada por la Iglesia, a fin de que de ningún modo sean desviados por los que intentan enseñarles mal y apartarlos de la verdad. Será necesario que tanto tú como todos los que han de leer este escrito leáis con mayor empeño lo que antes hemos dicho, para que conozcas los argumentos mismos contra los cuales presentamos nuestras contradicciones. Así, en efecto, los contradirás en debida forma, y tendrás a mano, ya preparadas, las contradicciones contra ellos, desechando sus doctrinas como estiércol por la fe celestial, y siguiendo al único maestro verdadero y firme, el Verbo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, que por su inmenso amor se hizo lo que somos nosotros, para perfeccionarnos de modo que seamos lo que es él mismo.

CAPÍTULO 1

Solo Cristo pudo enseñarnos lo divino y redimirnos; y él mismo, para restaurarnos, no en opinión sino de hecho, asumió carne de María Virgen por obra del Espíritu Santo; contra las vanidades de Valentín y de Ebión.

1. Porque no podíamos aprender de otro modo las cosas de Dios, si nuestro maestro, siendo el Verbo, no se hubiera hecho hombre. Pues ningún

otro podía darnos a conocer las cosas del Padre sino su propio Verbo. ¿Pues quién otro ha conocido el entendimiento del Señor? ¿O quién otro ha sido su consejero? (Rom 11,34) Ni tampoco podíamos aprender de otro modo sino viendo a nuestro maestro y percibiendo su voz por nuestro oído, para que, hechos imitadores de sus obras y cumplidores de sus palabras, tengamos comunión con él, recibiendo el crecimiento del que es perfecto y es anterior a toda la creación. Nosotros, que hace poco fuimos hechos, hechos por el único óptimo y bueno, y por aquel que tiene el don de la incorruptibilidad, para aquella semejanza que es hacia él; predestinados, ciertamente, a ser, nosotros que aún no éramos, según la presciencia del Padre, y hechos principio de la hechura: hemos recibido, en los tiempos conocidos de antemano, según el ministerio del Verbo, que es perfecto en todo; puesto que el Verbo poderoso y hombre verdadero, redimiéndonos razonablemente con su propia sangre, se dio a sí mismo como redención por los que habían sido llevados a la cautividad. Y puesto que la apostasía nos dominaba injustamente, y, aunque por naturaleza éramos del Dios omnipotente, nos enajenó contra la naturaleza, haciéndonos sus propios discípulos, el Verbo de Dios, poderoso en todo y que no falla en su justicia, se volvió con justicia también contra la apostasía misma, redimiendo de ella lo que es suyo; no con violencia, como ella al principio nos dominaba, arrebatando insaciablemente lo que no era suyo, sino por persuasión, como convenía que Dios recibiera lo que quería persuadiendo y

no haciendo violencia: para que ni se quebrantara lo que es justo, ni pereciera la antigua plasmación de Dios. Habiéndonos, pues, redimido el Señor con su propia sangre, y habiendo dado su alma por nuestra alma y su carne por nuestras carnes, y habiendo derramado el Espíritu del Padre para la unión y comunión de Dios y del hombre, haciendo bajar a Dios hasta los hombres por medio del Espíritu y haciendo subir a su vez al hombre hasta Dios por medio de su encarnación, y dándonos en su venida firme y verdaderamente la incorrupción por la comunión con él, perecieron todas las doctrinas de los herejes.

2. Vanos son, en efecto, los que dicen que él apareció en apariencia. Pues estas cosas no sucedían en apariencia, sino en la sustancia de la verdad. Pero si, no siendo hombre, aparecía como hombre, ni permaneció en lo que verdaderamente era, el Espíritu de Dios, puesto que el Espíritu es invisible; ni había en él verdad alguna, pues no era aquello que se veía. Ahora bien, dijimos antes que Abraham y los demás profetas lo veían proféticamente, profetizando por medio de la visión lo que había de venir. Si, pues, también ahora apareció de ese modo, sin ser lo que se veía, ha sucedido a los hombres una especie de visión profética, y es preciso esperar otra venida suya, en la que será tal como ahora ha sido visto proféticamente. Y hemos mostrado que es lo mismo decir que fue visto en apariencia y que nada recibió de María. Pues no tendría verdaderamente sangre y carne, por la cual nos redimió, si no hubiera recapitulado en sí mismo la antigua plasmación de Adán.

Vanos son, pues, los que proceden de Valentín, que enseñan esto como dogma para excluir la salvación de la carne y reprobar la plasmación de Dios.

3. Vanos son también los ebionitas, que no reciben en su alma por la fe la unión de Dios y del hombre, sino que perseveran en la vieja levadura de la generación, y no quieren entender que el Espíritu Santo vino sobre María y el poder del Altísimo la cubrió con su sombra; por lo cual también lo que fue engendrado es santo, e Hijo del Altísimo Dios, Padre de todas las cosas, que obró su encarnación y mostró una nueva generación; para que, así como por la generación anterior heredamos la muerte, así por esta generación heredásemos la vida. Rechazan, por tanto, estos la mezcla del vino celestial, y pretenden que sea solo agua de este mundo, no recibiendo a Dios en su mezcla, sino perseverando en el que fue vencido, Adán, y fue arrojado del paraíso; no considerando que, así como desde el principio de nuestra plasmación en Adán la aspiración de vida que vino de Dios, unida a la hechura, animó al hombre y lo mostró animal racional, así al fin el Verbo del Padre y el Espíritu de Dios, aunado a la antigua sustancia de la plasmación de Adán, hizo al hombre viviente y perfecto, que contiene al Padre perfecto; para que, así como en el animal todos morimos, así en el espiritual todos seamos vivificados. Pues nunca escapó Adán de las manos de Dios, a las cuales dice el Padre hablando: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gn 1,26). Y por esto al fin, no de la voluntad de

la carne, ni de la voluntad del varón (Jn 1,13), sino del beneplácito del Padre, sus manos llevaron a la perfección al hombre viviente, para que Adán llegue a ser según la imagen y semejanza de Dios.

CAPÍTULO 2

Cristo no vino a lo ajeno cuando nos visitó con su gracia y concedió a nuestra carne ser capaz de salvación, derramando verdaderamente su sangre por nosotros y mostrándonos su verdadera carne en la Eucaristía.

1. Vanos son también los que dicen que Dios vino a lo ajeno, como codiciando lo ajeno, para presentar al hombre que había sido hecho por otro a aquel Dios que ni lo había hecho ni lo había creado, sino que incluso había estado privado desde el principio de una fabricación propia de hombres. No fue, pues, justa la venida de aquel que, según ellos, vino a lo ajeno; ni nos redimió verdaderamente con su sangre, si no se hizo verdaderamente hombre, restaurando en su hechura lo que se dijo en el principio, que el hombre fue hecho según la imagen y semejanza de Dios; no arrebatando con engaño lo ajeno, sino asumiendo lo suyo propio, con justicia y con benignidad: con justicia, en lo que atañe a la apostasía, redimiéndonos de ella con su sangre; y en lo que atañe a nosotros, que hemos sido redimidos, con benignidad. Pues nada le dimos antes, ni desea nada de nosotros, como si estuviera necesitado; pero nosotros necesitamos la comunión con él; y por eso se derramó benignamente a sí mismo, para recogernos en el seno del Padre.

2. Y vanos de todo punto son los que desprecian toda la disposición de Dios, y niegan la salvación de la carne, y desdeñan su regeneración, diciendo que no es capaz de la incorruptibilidad. Pero si esta no se salva, entonces tampoco el Señor nos redimió con su sangre, ni el cáliz de la Eucaristía es la comunicación de su sangre, ni el pan que partimos es la comunicación de su cuerpo. Porque la sangre no existe sino a partir de venas y carnes, y del resto de la sustancia que es según el hombre, que el Verbo de Dios verdaderamente llegó a ser. Con su sangre nos redimió, como dice también su Apóstol: En quien tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados (Col 1,14). Y puesto que somos sus miembros, y somos nutridos por medio de la creación, y la creación nos la proporciona él mismo, haciendo salir su sol y lloviendo como quiere (Mt 5,45), el cáliz, que es criatura, afirmó que es su propia sangre, que fue derramada, con la cual aumenta nuestra sangre; y el pan, que es de la creación, afirmó que es su propio cuerpo, con el cual aumenta nuestros cuerpos.

3. Cuando, pues, tanto el cáliz mezclado como el pan hecho reciben la palabra de Dios y se hacen Eucaristía de la sangre y del cuerpo de Cristo, de los cuales crece y se constituye la sustancia de nuestra carne, ¿cómo niegan que la carne sea capaz del don de Dios, que es la vida eterna, ella que es nutrida con la sangre y el cuerpo de Cristo, y es miembro suyo? Como dice también el bienaventurado Apóstol en la Carta a los Efesios: Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de

sus huesos (Ef 5,30); no diciendo esto de algún hombre espiritual e invisible, pues un espíritu no tiene huesos ni carnes (Lc 24,39), sino de aquella disposición que es según el hombre verdadero, que consta de carnes, nervios y huesos; la cual se nutre del cáliz, que es su sangre, y crece del pan, que es su cuerpo. Y así como la cepa de la vid, depositada en la tierra, fructifica a su tiempo, y el grano de trigo, cayendo en la tierra y disolviéndose, se levanta multiplicado por el Espíritu de Dios, que contiene todas las cosas; y luego por la sabiduría vienen al uso del hombre, y, recibiendo la palabra de Dios, se hacen Eucaristía, que es el cuerpo y la sangre de Cristo: así también nuestros cuerpos, nutridos de ella, y depositados en la tierra, y disueltos en ella, resucitarán a su tiempo, dándoles el Verbo de Dios la resurrección, para gloria de Dios Padre; el cual rodea de inmortalidad a esto mortal, y da gratuitamente la incorrupción a lo corruptible, porque el poder de Dios se perfecciona en la debilidad (2 Cor 12,9); para que nunca, como si tuviéramos la vida por nosotros mismos, nos hinchemos y nos alcemos contra Dios, tomando una mente ingrata; sino que, aprendiendo por experiencia que es por la grandeza de él, y no por nuestra naturaleza, por lo que tenemos la perduración para siempre, no nos veamos nunca privados de la gloria que rodea a Dios tal como es, ni ignoremos nuestra naturaleza; sino que sepamos qué puede Dios y qué beneficio recibe el hombre; y no nos apartemos nunca de la verdadera comprensión de las cosas que son, y de cómo son, es decir, de Dios y del

hombre. ¿Y acaso no fue por esto, como dijimos antes, por lo que Dios permitió que se produjera en nosotros la disolución, para que, instruidos en todo, seamos diligentes en todas las cosas, sin desconocer ni a Dios ni a nosotros mismos?

CAPÍTULO 3

En la debilidad de la carne humana resplandecen el poder y la gloria de Dios, que hará a nuestro cuerpo partícipe de la resurrección y de la inmortalidad, puesto que lo formó del limo de la tierra; y concederá gozar de la edad sempiterna a aquello a lo que otorga esta vida pequeña y común.

1. Y el Apóstol muestra con toda claridad que el hombre fue entregado a su propia debilidad, para que, ensoberbecido, no se apartara nunca de la verdad, cuando dice en la segunda Carta a los Corintios: Y para que no me engría por la sublimidad de las revelaciones, me fue dado un aguijón de la carne, un ángel de Satanás, para que me abofetee. Y por esto rogué tres veces al Señor que se apartara de mí; y me dijo: Te basta mi gracia, pues el poder se perfecciona en la debilidad. De muy buena gana, pues, me gloriaré más bien en las debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo (2 Cor 12,7-9). «¿Qué, pues?», dirá alguno, «¿quiso, pues, el Señor que su Apóstol fuera abofeteado así y soportara tal debilidad?» Sí, dice la palabra. Pues el poder se perfecciona en la debilidad (2 Cor 12,9), haciendo mejor a aquel que por su debilidad conoce el poder de Dios. Pues ¿cómo habría aprendido el hombre que él es

débil y mortal por naturaleza, y Dios, en cambio, inmortal y poderoso, si no hubiera aprendido por experiencia lo que hay en uno y en otro? (Pues aprender la propia debilidad soportándola no es ningún mal; antes bien, es incluso un bien no extraviarse respecto de la propia naturaleza. Pero ensoberbecerse contra Dios y tomar para sí la presunción de la propia gloria, haciendo ingrato al hombre, le acarreaba mucho mal): para que no apartara de sí a la vez la verdad y el amor, aquel amor que es hacia el que lo hizo. Y la verdadera experiencia de ambos, que es de Dios y del hombre, le infundió el conocimiento, y aumentó su amor hacia Dios. Y donde hay aumento del amor, allí se perfecciona por el poder de Dios una gloria mayor para los que lo aman.

2. Rechazan, pues, el poder de Dios, y no consideran qué es la palabra, los que miran la debilidad de la carne, pero no consideran el poder de aquel que la resucita de entre los muertos. Porque si no vivifica lo mortal, y no hace volver lo corruptible a la incorrupción, ya no es poderoso Dios. Pero puesto que es poderoso en todas estas cosas, debemos considerar nuestro principio: que Dios tomó limo de la tierra y formó al hombre. Y ciertamente es mucho más difícil e increíble, a partir de huesos, nervios, venas y el resto de la disposición que es según el hombre, cuando no existían, hacer que llegue a ser, y además hacer al hombre animal y racional, que volver a reintegrar lo que fue hecho y luego se disolvió en la tierra, por las causas que dijimos antes, aunque haya pasado a aquello de donde también el hombre, al

principio aún no hecho, fue hecho. Pues el que al principio hizo que existiera el que no era, cuando quiso, mucho más, si quiere, restituirá de nuevo a los que ya fueron a la vida que él da. Y se hallará que la carne es receptora y capaz del poder de Dios, ella que desde el principio recibió el arte de Dios. Y una cosa fue hecha el ojo que ve, otra el oído que oye, otra la mano que palpa y trabaja, otra los nervios apretados por todas partes, que sujetan los miembros, otra las arterias y las venas, conductos de la sangre y del espíritu; otra, en fin, las diversas vísceras; otra la sangre, vínculo del alma y del cuerpo. ¿Pues qué? No es posible decir el número de toda la fabricación que hay según los miembros del hombre, la cual no fue hecha de otro modo sino por la gran sabiduría de Dios. Y las cosas que participan de la sabiduría del Señor participan también de su poder.

3. No está, pues, la carne privada de parte en la sabiduría y el poder de Dios. Pues su poder, que da la vida, se perfecciona en la debilidad, es decir, en la carne. Y dígannos los que dicen que la carne no es capaz de aquella vida que Dios da, si dicen esto viviendo ahora y participando de la vida, o si, no teniendo en absoluto nada de vida, confesarán que ellos mismos están muertos en el presente. Y si están muertos, ¿cómo se mueven, y hablan, y hacen las demás cosas, que no son obras de muertos, sino de vivos? Pero si viven ahora, y todo su cuerpo participa de la vida, ¿cómo se atreven a decir que la carne no es partícipe de la vida, confesando que tienen vida en el presente? Es como si alguien, sosteniendo una esponja

llena de agua o una antorcha de fuego, dijera que la esponja no puede participar del agua, ni la antorcha del fuego. Del mismo modo también estos, diciendo que viven, y diciendo que llevan la vida, y exultando en sus miembros, contradiciéndose después a sí mismos, dicen que sus miembros no son plenamente capaces de la vida. Pero si esta vida temporal, siendo mucho más débil que aquella vida eterna, es con todo tan poderosa que vivifica nuestros miembros mortales, ¿por qué aquella vida, que es eterna, no vivificará a la carne, que ya se ha ejercitado de antemano y acostumbrado a llevar la vida? Y que la carne es partícipe de la vida se muestra por el hecho de que vive: pues vive en la medida en que Dios quiere que viva. Y que Dios es poderoso para darle la vida, es manifiesto. Pues vivimos porque él nos da la vida. Y así, siendo el Señor poderoso para vivificar su hechura, y pudiendo la carne ser vivificada, ¿qué queda que le impida recibir la incorrupción, que es una vida larga y sin fin, otorgada por Dios?

CAPÍTULO 4

Se engañan los que, fuera del Fabricador del mundo, fingen otro Dios Padre, el cual por fuerza ha de ser débil e inútil, o malévolo y envidioso, si no puede o no quiere dar la vida eterna a nuestros cuerpos.

1. No se dan cuenta de lo que hacen los que se inventan otro Padre fuera del Demiurgo, y lo llaman bueno: lo presentan débil, inútil y negligente, por no decir rencoroso y envidioso, al decir que nuestros cuerpos no son vivificados por él.

Pues cuando dicen que aquellas cosas que, como es manifiesto a todos, perduran inmortales, como el espíritu y el alma y las que son de esa clase, son vivificadas por el Padre, y que lo otro, que no es vivificado de otro modo si Dios no se lo concede, queda abandonado por la vida: esto muestra a su Padre o impotente y débil, o envidioso y rencoroso. Pues dando el Demiurgo, ya aquí, vida a nuestros cuerpos mortales, y prometiéndoles la resurrección por medio de los profetas, como hemos mostrado, ¿quién se muestra más poderoso, y más fuerte, y verdaderamente bueno? ¿El Demiurgo, que vivifica al hombre entero, o el falsamente llamado Padre de ellos? Él finge vivificar las cosas que son inmortales por naturaleza, a las que el vivir les corresponde por su propia naturaleza; pero a las que necesitan de él ayuda para vivir, no las vivifica benignamente, sino que las abandona negligentemente a la muerte. ¿Es que su Padre no da la vida también a estas pudiendo darla, o es que no puede? Si es porque no puede, ya no es poderoso, ni perfecto por encima del Demiurgo: pues el Demiurgo da, como se puede ver, lo que aquel no puede dar. Pero si, pudiendo darla, no la da, ya no se muestra como un Padre bueno, sino envidioso y malévolo.

2. Y si alegaran alguna causa por la cual su Padre no vivifica los cuerpos, esa misma causa tiene por fuerza que aparecer mayor que el Padre, pues tiene sujeta su benignidad; y su benignidad quedará debilitada a causa de esa causa que ellos alegan. Y que los cuerpos pueden recibir la vida, todos pueden verlo. Pues viven en la medida en

que Dios quiere que vivan; y ya no pueden decir que de ningún modo son capaces de contener la vida. Si, pues, por necesidad y por alguna otra causa no son vivificadas las cosas que pueden participar de la vida, su Padre será siervo de la necesidad y de la causa, y ya no libre y de su propia potestad en su juicio.

CAPÍTULO 5

La larga vida de los antiguos, la traslación de Elías y de Henoc con sus propios cuerpos, junto con la preservación de Jonás, y de Ananías, Azarías y Misael, en los mayores peligros, muestran con evidencia que Dios puede levantar nuestros cuerpos a la vida eterna.

1. Y que los cuerpos perduran mucho tiempo, en la medida en que agradó a Dios que estuvieran bien, lean las Escrituras, y hallarán que los que fueron antes de nosotros sobrepasaron los setecientos, y ochocientos, y novecientos años: y sus cuerpos alcanzaban la largura de los días, y participaban de la vida en la medida en que Dios quería que vivieran. Pero ¿qué diremos de aquellos? Puesto que Henoc, agradando a Dios, fue trasladado en el cuerpo en el que le agradó (Gn 5,24), mostrando de antemano la traslación de los justos. Y Elías fue elevado tal como estaba, en la sustancia de la hechura (2 Re 2,11), profetizando la elevación de los padres: y en nada les impidió el cuerpo su traslación y su elevación. Pues por aquellas manos por las cuales fueron plasmados al principio, por esas mismas recibieron la elevación y la traslación. Pues las manos de

Dios se habían acostumbrado en Adán a ajustar, y a sostener, y a cargar su hechura, y a llevarla y ponerla donde ellas quisieran. ¿Dónde, pues, fue puesto el primer hombre? En el paraíso, sin duda, como dice la Escritura: Y plantó Dios el paraíso en Edén hacia oriente, y puso allí al hombre que había plasmado (Gn 2,8). Y de allí fue arrojado a este mundo, por no obedecer. Por lo cual dicen los presbíteros, que son discípulos de los apóstoles, que los que fueron trasladados fueron trasladados allí (pues para los hombres justos, y que tienen el Espíritu, ha sido preparado el paraíso, al cual también el apóstol Pablo fue llevado y oyó palabras inenarrables (2 Cor 12,4), en lo que a nosotros toca en el presente); y que allí permanecen los que fueron trasladados hasta la consumación, comenzando juntamente la incorrupción.

2. Y si alguno juzga imposible que los hombres perduren por tanto tiempo, y que Elías no fue elevado en la carne, sino que su carne fue consumida en el carro de fuego, considere que Jonás fue arrojado al abismo y tragado en el vientre del monstruo marino, y fue vomitado de nuevo, sano y salvo, a la tierra por mandato de Dios (Jon 1–2). También Ananías, y Azarías y Misael, arrojados al horno de fuego que ardía siete veces más, no sufrieron daño alguno, ni se halló en ellos olor de fuego (Dan 3). La mano de Dios, pues, que estuvo presente con ellos, realizando en ellos cosas inesperadas e imposibles para la naturaleza del hombre: ¿qué tiene de extraño que en los que fueron trasladados obrara algo inesperado, sirviendo a la voluntad del Padre? Y este es el Hijo

de Dios, como dice la Escritura que dijo el rey Nabucodonosor: ¿No echamos tres hombres al horno? Y he aquí que yo veo cuatro que se pasean en medio del fuego, y el cuarto es semejante al Hijo de Dios (Dan 3,91-92). Ni, pues, la naturaleza de alguna de las cosas que han sido hechas, ni la debilidad de la carne, será más fuerte que la voluntad de Dios. Pues no está Dios sujeto a las cosas que han sido hechas, sino que las cosas que han sido hechas están sujetas a Dios: y todas sirven a su voluntad.

Por lo cual dice también el Señor: Las cosas que son imposibles para los hombres son posibles para Dios (Lc 18,27). Así pues, como a los hombres de ahora, que desconocen la disposición de Dios, les parece increíble e imposible que un hombre pueda vivir tantos años, y sin embargo vivieron los que fueron antes de nosotros, y viven los que fueron trasladados, como ejemplo de la largura de días futura; y que hayan salido sanos y salvos del vientre del monstruo marino y del horno de fuego, y sin embargo salieron, sacados como por la mano de Dios, para mostración de su poder: así también ahora, aunque algunos, desconociendo el poder y la promesa de Dios, contradigan su propia salvación, juzgando imposible que Dios, resucitando los cuerpos, pueda darles la perduración para siempre, no por eso la incredulidad de tales hombres anulará la fidelidad de Dios.

CAPÍTULO 6

Dios salvará al hombre íntegro y perfecto, que consta de cuerpo y alma y está unido, puesto que el Verbo lo asumió y lo adornó con los dones del Espíritu Santo, cuyos templos son y se llaman nuestros cuerpos.

1. Y Dios será glorificado en su hechura, adaptándola para que sea conforme y concorde con su Siervo. Pues por las manos del Padre, es decir, por el Hijo y el Espíritu, es el hombre, y no una parte del hombre, el que se hace según la semejanza de Dios. Ahora bien, el alma y el Espíritu pueden ser parte del hombre, pero de ningún modo el hombre: el hombre perfecto es la mezcla y unión del alma que toma el Espíritu del Padre, y esta mezclada con aquella carne que fue plasmada según la imagen de Dios. Por eso dice también el Apóstol: Hablamos sabiduría entre los perfectos (1 Cor 2,6); llamando perfectos a los que recibieron el Espíritu de Dios y hablan en todas las lenguas por el Espíritu de Dios, como también él mismo hablaba. Como también hemos oído a muchos hermanos en la Iglesia que tienen carismas proféticos, y por el Espíritu hablan en todas las lenguas, y sacan a la luz para provecho las cosas ocultas de los hombres, y narran los misterios de Dios; a los cuales también el Apóstol llama espirituales, siendo espirituales por participación del Espíritu, pero no por el despojo y la supresión de la carne, ni por el Espíritu mismo solo, desnudo.

Pues si alguno quita la sustancia de la carne, es decir, de la hechura, y entiende solamente el espíritu por sí mismo, desnudo, lo que es tal ya no es hombre espiritual, sino el espíritu del hombre

o el Espíritu de Dios. Pero cuando este Espíritu, mezclado con el alma, se une a la hechura, por la efusión del Espíritu el hombre se hace espiritual y perfecto; y este es el que fue hecho según la imagen y semejanza de Dios. Pero si al alma le falta el Espíritu, el que es tal es verdaderamente animal, y, dejado carnal, será imperfecto, teniendo ciertamente la imagen en la hechura, pero sin tomar la semejanza por medio del Espíritu. Y así como este es imperfecto, así a su vez, si alguno quita la imagen y desprecia la hechura, ya no puede entender un hombre, sino o alguna parte del hombre, como dijimos antes, o alguna otra cosa fuera del hombre. Pues tampoco la plasmación de la carne es por sí misma el hombre perfecto, sino cuerpo del hombre y parte del hombre. Ni el alma misma es por sí misma el hombre, sino alma del hombre y parte del hombre. Ni el Espíritu es el hombre: pues se llama Espíritu, y no hombre. Pero la mezcla y unión de todos estos hace al hombre perfecto.

Y por esto el Apóstol, explicándose a sí mismo, declaró al hombre perfecto y espiritual de la salvación, diciendo así en la primera Carta a los Tesalonicenses: El Dios de la paz os santifique perfectos, y vuestro espíritu, y alma, y cuerpo íntegros se conserven sin reproche para la venida del Señor Jesucristo (1 Tes 5,23). ¿Y qué causa tenía, en efecto, para pedir para estos tres, es decir, el alma, y el cuerpo, y el Espíritu, una perduración íntegra y perfecta hasta la venida del Señor, si no conocía la reintegración y la unión de los tres, y la salvación una y la misma de ellos? Por eso llama

también perfectos a los que presentan los tres sin reproche al Señor. Perfectos son, pues, los que han tenido el Espíritu de Dios permaneciendo en ellos, y han conservado sus almas y sus cuerpos sin reproche ante Dios, es decir, guardando aquella fe que es hacia Dios, y custodiando aquella justicia que es hacia el prójimo.

2. Por eso dice también que la hechura es templo de Dios: ¿No sabéis, dice, que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo destruirá. Pues el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (1 Cor 3,16-17); llamando claramente templo al cuerpo, en el que habita el Espíritu. Como también el Señor dice de sí mismo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Pero esto, dice, lo decía de su cuerpo (Jn 2,19.21). Y sabe que nuestros cuerpos no solo son templo, sino también templo de Cristo, diciendo así a los corintios: ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una prostituta? (1 Cor 6,15) No dice esto de algún otro hombre espiritual; pues ese no abraza a una prostituta: sino que dijo que nuestro cuerpo (es decir, la carne que persevera en la santidad y en la pureza) son miembros de Cristo; y que, cuando abraza a una prostituta, se hace miembros de una prostituta. Y por esto dijo: Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo destruirá (1 Cor 3,17). Decir, pues, que el templo de Dios, en el que habita el Espíritu del Padre, y los miembros de Cristo no participan de la salvación, sino que son reducidos

a la perdición: ¿cómo no es la mayor de las blasfemias? Y que nuestros cuerpos son resucitados no por su propia sustancia, sino por el poder de Dios, lo dice a los corintios: Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Y Dios resucitó al Señor, y nos resucitará a nosotros por su poder (1 Cor 6,13-14).

CAPÍTULO 7

Puesto que Cristo resucitó en nuestra carne, se sigue que nosotros resucitaremos en la misma; puesto que también la resurrección que se nos promete no ha de referirse a los espíritus, inmortales por naturaleza, sino a los cuerpos, mortales de suyo.

1. Así como Cristo resucitó en la sustancia de la carne, y mostró a sus discípulos las señales de los clavos y la abertura del costado (y estos son los indicios de su carne, que resucitó de entre los muertos), así, dice, también a nosotros nos resucitará por su poder (1 Cor 6,14). Y otra vez dice a los romanos: Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales (Rom 8,11). ¿Cuáles son, pues, los cuerpos mortales? ¿Acaso las almas? Pero las almas son incorpóreas, en comparación con los cuerpos mortales. Pues Dios sopló en el rostro del hombre un soplo de vida, y el hombre fue hecho alma viviente (Gn 2,7); y el soplo de vida es incorpóreo. Pero ni siquiera pueden decir que el soplo de vida mismo sea mortal. Y por esto dice David:

Y mi alma vivirá para él (Sal 22,31), como que su sustancia es inmortal. Pero tampoco pueden decir que el Espíritu sea el cuerpo mortal. ¿Qué queda, pues, que se llame cuerpo mortal, sino la hechura, es decir, la carne, de la cual también habla la palabra, que Dios la vivificará? Pues esta es la que muere y se disuelve, pero no el alma, ni el Espíritu. Pues morir es perder la capacidad vital, y quedar en adelante sin aliento, e inanimado, y sin memoria, y perecer en aquellas cosas de las cuales también tuvo el principio de su sustancia. Y esto no le sucede al alma, pues es soplo de vida; ni al Espíritu, pues el Espíritu es incompuesto y simple, y no puede disolverse, y él mismo es la vida de los que lo reciben. Queda, pues, que la muerte se muestra en torno a la carne: la cual, una vez que ha salido el alma, queda sin respiración e inanimada, y poco a poco se disuelve en la tierra de la que fue tomada. Esta es, pues, la mortal. Y de esta dice: Vivificará también vuestros cuerpos mortales (Rom 8,11). Y por esto dice de ella en la primera a los Corintios: Así también la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción (1 Cor 15,42). Pues lo que tú siembras, dice, no es vivificado si antes no muere (1 Cor 15,36).

2. ¿Y qué es lo que se siembra como grano de trigo y se pudre en la tierra, sino los cuerpos que se depositan en la tierra, en la que también se echan las simientes? Y por esto dijo: Se siembra en deshonra, resucitará en gloria (1 Cor 15,43). Pues ¿qué hay más deshonroso que la carne muerta? ¿O qué hay, a su vez, más glorioso que ella cuando

resucita y recibe la incorrupción? Se siembra en debilidad, resucita en poder (1 Cor 15,43): en su propia debilidad, porque, siendo tierra, va a la tierra; pero en el poder de Dios, que la resucita de entre los muertos. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (1 Cor 15,44). Enseñó sin lugar a dudas que no habla ni del alma ni del Espíritu, sino de los cuerpos llevados a la muerte. Pues estos son los cuerpos animales, es decir, los que participan del alma; y cuando la pierden, son llevados a la muerte; después, resucitando por el Espíritu, se hacen cuerpos espirituales, para que por el Espíritu tengan una vida que permanece siempre. Pues ahora, dice, en parte conocemos, y en parte profetizamos; pero entonces cara a cara (1 Cor 13,9.12). Esto es lo que también dijo Pedro: A quien amáis sin haberlo visto; en quien, aun sin verlo ahora, creéis; y creyendo exultaréis con gozo inenarrable (1 Pe 1,8). Pues nuestro rostro verá el rostro del Dios vivo, y se gozará con gozo inenarrable, es decir, cuando vea su propio gozo.

CAPÍTULO 8

Los dones del Espíritu Santo que recibimos nos preparan para la incorrupción, nos hacen espirituales y nos distinguen de los carnales, que en la Ley están significados por los animales puros e impuros.

1. Pero ahora recibimos alguna parte de su Espíritu, para la perfección y la preparación de la incorrupción, acostumbrándonos poco a poco a contener y a llevar a Dios; a lo cual el Apóstol llamó también prenda (es decir, una parte del

honor que nos ha sido prometido por Dios), en la Carta a los Efesios, diciendo: En quien también vosotros, oída la palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, en quien, creyendo, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es prenda de nuestra herencia (Ef 1,13-14). Así, pues, esta prenda, habitando en nosotros, ya nos hace espirituales, y lo mortal es absorbido por la inmortalidad: Pues vosotros, dice, no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros (Rom 8,9). Y esto sucede no por la pérdida de la carne, sino por la comunión del Espíritu. Pues no estaban sin carne aquellos a quienes escribía; sino que habían tomado el Espíritu de Dios, en el cual clamamos: Abbá, Padre (Rom 8,15). Si, pues, ahora, teniendo la prenda, clamamos: Abbá, Padre, ¿qué sucederá cuando, resucitando, lo veamos cara a cara; cuando todos los miembros prorrumpan con abundancia en un himno de exultación, glorificando al que los haya resucitado de entre los muertos y les haya dado la vida eterna? Pues si la prenda, abrazando al hombre en sí misma, ya le hace decir: Abbá, Padre, ¿qué hará toda la gracia del Espíritu, que será dada a los hombres por Dios? Nos hará semejantes a él, y nos perfeccionará por la voluntad del Padre; pues hará al hombre según la imagen y semejanza de Dios.

2. A los que tienen, pues, la prenda del Espíritu y no sirven a las concupiscencias de la carne, sino que se someten al Espíritu y viven en todo razonablemente, con justicia los llama espirituales el Apóstol, porque el Espíritu de Dios habita

en ellos. Pero los espíritus incorpóreos no serán hombres espirituales; sino que nuestra sustancia, es decir, la unión del alma y de la carne, tomando el Espíritu de Dios, lleva a su perfección al hombre espiritual. Pero a los que rechazan el consejo del Espíritu, y sirven a los placeres de la carne, y viven irracionalmente, y, desenfrenados, se precipitan en sus propios deseos, como que no tienen ninguna aspiración del Espíritu divino, sino que viven a la manera de los cerdos y de los perros: a estos con justicia los llama carnales el Apóstol, porque no piensan otra cosa que lo carnal. Y también los profetas, por esta misma causa, los asemejan a los animales irracionales, diciendo, por su modo de vida irracional: Se han hecho caballos enfurecidos tras las hembras, relinchando cada uno de ellos tras la mujer de su prójimo (Jer 5,8). Y de nuevo: El hombre, estando en honor, se hizo semejante a los jumentos (Sal 49,13). Esto, porque por su propia causa se asemeja a los jumentos, imitando una vida irracional. Y también nosotros, en el uso común, llamamos a los hombres de esta clase jumentos y ganado irracional.

3. Y la Ley predijo figuradamente todas estas cosas, delineando al hombre a partir de los animales: los que tienen, dice, pezuña hendida y rumian, los declara puros; pero los que no tienen ambas cosas, o una de ellas, los separa como impuros (Lv 11,2-3; Dt 14,3-8). ¿Quiénes son, pues, los puros? Los que por la fe hacen firmemente su camino hacia el Padre y el Hijo; pues esta es la firmeza de los que tienen la pezuña hendida: y meditan los oráculos de Dios día y noche,

para adornarse con buenas obras; pues esta es la virtud de los que rumian. E impuros, los que ni tienen pezuña hendida ni rumian, es decir, los que ni tienen fe en Dios ni meditan sus oráculos: y esta es la abominación de los paganos. Y los que rumian, pero no tienen pezuña hendida, también ellos son impuros; y esta es la descripción figurada de los judíos, que tienen en la boca los oráculos de Dios, pero no fijan la firmeza de su raíz en el Padre y en el Hijo: y por eso su linaje es resbaladizo. Pues los animales de una sola pezuña resbalan fácilmente; pero son más firmes los que tienen pezuña hendida, sucediéndose una a otra en el camino las pezuñas partidas, y sosteniendo una pezuña a la otra. E impuros igualmente los que tienen pezuña hendida, pero no rumian: y esta es, claramente, la mostración de todos los herejes, y de los que no meditan los oráculos de Dios ni se adornan con obras de justicia; a los cuales dice también el Señor: ¿Por qué me decís: Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo? (Lc 6,46) Pues los que son tales dicen que creen en el Padre y en el Hijo, pero nunca meditan los oráculos de Dios como es debido, ni están adornados de obras de justicia; sino que, como dijimos antes, han tomado la vida de los cerdos y de los perros, entregándose a la impureza, y a la gula, y a toda otra negligencia. Con justicia, pues, a todos los tales, que por su incredulidad y su desenfreno no alcanzan el Espíritu divino, y con diversos sellos echan de sí al Verbo vivificante, y caminan irracionalmente en sus concupiscencias, el Apóstol los llamó carnales y animales (1 Cor 2,14; 3,1); los profetas los

llamaron jumentos y fieras; el uso común los ha interpretado como ganado y seres irracionales; y la Ley los declaró impuros.

CAPÍTULO 9

Cómo ha de entenderse el lugar del Apóstol del que abusaban los herejes: La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios.

1. Y esto es lo que también dice el Apóstol entre otras cosas: Que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios (1 Cor 15,50). Esto es lo que todos los herejes aducen en su locura, y a partir de ello intentan detenernos y mostrar que la plasmación de Dios no se salva; no viendo que son tres las cosas de las que, como hemos mostrado, consta el hombre perfecto, carne, alma y Espíritu: uno de ellos, que salva y da forma, que es el Espíritu; otro, que es unido y formado, que es la carne; y lo que está entre estos dos, que es el alma; la cual a veces, siguiendo al Espíritu, es elevada por él, y a veces, consintiendo a la carne, cae en las concupiscencias terrenas. Cuantos, pues, no tienen lo que salva y forma, y la unidad, estos en consecuencia serán y se llamarán carne y sangre, como que no tienen en sí el Espíritu de Dios. Y por esto los tales fueron llamados también muertos por el Señor: pues dejad, dice, que los muertos entierren a sus muertos (Lc 9,60); porque no tienen el Espíritu que vivifica al hombre.

2. Pero cuantos temen a Dios y creen en la venida de su Hijo, y por la fe establecen en sus corazones el Espíritu de Dios, estos tales con justicia serán llamados hombres, y puros, y espirituales,

y vivientes para Dios: porque tienen el Espíritu del Padre, que purifica al hombre y lo eleva a la vida de Dios. Pues así como la carne es débil, así el Espíritu está pronto, según el testimonio del Señor (Mt 26,41). Él es poderoso para llevar a cabo cuanto tiene pronto. Si, pues, alguno mezcla esta prontitud del Espíritu, como aguijón, con la debilidad de la carne, es de todo punto necesario que lo fuerte venza a lo débil, de modo que la debilidad de la carne sea absorbida por la fortaleza del Espíritu; y que el que es tal ya no sea carnal, sino espiritual, por la comunión del Espíritu. Así, pues, los mártires dan testimonio y desprecian la muerte, no según la debilidad de la carne, sino según que el Espíritu está pronto. Pues la debilidad de la carne, absorbida, muestra poderoso al Espíritu; y el Espíritu, a su vez, absorbiendo la debilidad, posee en herencia la carne en sí mismo: y de ambos se hace el hombre viviente; viviente por la participación del Espíritu, y hombre por la sustancia de la carne.

3. Así pues, la carne sin el Espíritu de Dios está muerta, no teniendo vida, y no puede poseer el reino de Dios: sangre irracional, como agua derramada en la tierra. Y por esto dice: Cual el terreno, tales los terrenos (1 Cor 15,48). Pero donde está el Espíritu del Padre, allí está el hombre viviente; la sangre racional, guardada por Dios para la venganza; la carne poseída por el Espíritu, olvidada ciertamente de sí, pero que toma la cualidad del Espíritu, hecha conforme al Verbo de Dios. Y por eso dice: Así como hemos llevado la imagen del que es de la tierra, llevemos también

la imagen del que es del cielo (1 Cor 15,49). ¿Qué es, pues, lo terreno? La hechura. ¿Y qué lo celestial? El Espíritu. Así como, pues, dice, en otro tiempo vivimos sin el Espíritu celestial en la vetustez de la carne, sin obedecer a Dios, así ahora, recibiendo el Espíritu, caminemos en novedad de vida, obedeciendo a Dios. Puesto que, pues, sin el Espíritu de Dios no podemos salvarnos, el Apóstol nos exhorta a conservar el Espíritu de Dios por la fe y un modo de vida casto, para que, quedando sin participación del Espíritu Santo, no perdamos el reino de los cielos: y clamó que la carne sola y la sangre no pueden poseer el reino de Dios.

4. Pues, si hay que decir la verdad, la carne no posee, sino que es poseída; como también dice el Señor: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra (Mt 5,5); como si la tierra fuera poseída en herencia en el reino, de donde procede también la sustancia de nuestra carne: y por eso quiere que el templo sea puro, para que el Espíritu de Dios se deleite en él, como el esposo en la esposa. Así como, pues, la esposa no puede tomar al esposo, pero sí puede ser tomada por el esposo, cuando el esposo haya venido y la haya recibido: así también esta carne por sí misma, es decir, sola, no puede poseer en herencia el reino de Dios; pero puede ser poseída en herencia en el reino por el Espíritu. Pues el que vive posee en herencia las cosas que son del muerto: y una cosa es poseer en herencia, y otra ser poseído en herencia. Pues aquel domina, y preside, y dispone de las cosas que posee en herencia, como él mismo quiere; pero ellas están

sujetas, y obedecen, y son dominadas por él, y están bajo el dominio del que posee. ¿Qué es, pues, lo que vive? El Espíritu de Dios, sin duda. ¿Y cuáles son las cosas que son del muerto? Los miembros del hombre, sin duda, que también se corrompen en la tierra. Y estos son poseídos por el Espíritu, trasladados al reino de los cielos. Y por esto también murió Cristo, para que el testamento del Evangelio, abierto y leído al mundo entero, primero hiciera libres a sus siervos, y después los constituyera herederos de lo que era suyo, poseyéndolos en herencia el Espíritu, como hemos demostrado. Pues posee en herencia el que vive, y la carne es adquirida en herencia. Para que, perdiendo el Espíritu que nos posee, no perdamos la vida, el Apóstol, exhortándonos a la comunicación del Espíritu, dijo, conforme a la razón de lo que antes se ha dicho: Que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios (1 Cor 15,50). Como si dijera: «No os engañéis: si el Verbo de Dios no habita en vosotros, y el Espíritu del Padre no está en vosotros, sino que habéis vivido vanamente y al azar, entonces, siendo solo esto, carne y sangre, no podréis poseer el reino de Dios».

CAPÍTULO 10

Prueba lo anterior con una comparación tomada del acebuche, cuya cualidad solamente, no su naturaleza, se muda por el injerto; muestra también que el hombre sin el Espíritu no puede dar fruto ni poseer el reino de Dios.

1. Esto es así para que, complaciendo a la carne, no rechacemos el injerto del Espíritu: Pero

tú, dice, siendo acebuche, fuiste injertado en el buen olivo, y fuiste hecho partícipe de la grosura del olivo (Rom 11,17.24). Así como, pues, el acebuche injertado, si permanece en lo que era antes, acebuche, es cortado y echado al fuego (Mt 7,19); pero si conserva el injerto y se transforma en buen olivo, se hace olivo fructífero, como plantado en el paraíso de un rey: así también los hombres, si por la fe avanzan hacia lo mejor, y toman el Espíritu de Dios, y hacen germinar su fruto, serán espirituales, como plantados en el paraíso de Dios. Pero si rechazan el Espíritu, y perseveran en lo que fueron antes, queriendo ser más de la carne que del Espíritu, con toda justicia se dice de los tales que la carne y la sangre no poseen el reino de Dios (1 Cor 15,50); como si alguien dijera que el acebuche no es llevado al paraíso de Dios. Admirablemente, pues, mostró el Apóstol nuestra naturaleza y toda la disposición de Dios en aquel discurso que trata de la carne, y de la sangre, y del acebuche. Pues así como el olivo descuidado, abandonado por algún tiempo en el desierto, y dando frutos silvestres, se hace por sí mismo acebuche; o, a su vez, el acebuche, recibiendo cuidado e injertado, vuelve a la primitiva fructificación de su naturaleza: así también los hombres puestos en la negligencia, y dando como frutos silvestres las concupiscencias de la carne, se hacen por su propia causa infructuosos en la justicia. Pues mientras los hombres duermen, el enemigo siembra la materia de la cizaña (Mt 13,25); y por esto el Señor mandó a sus discípulos velar (Mt 24,42; 25,13). Y a su vez, los hombres

que son infructuosos en la justicia, y como envueltos en zarzas, si reciben cuidado, y reciben como un injerto la palabra de Dios, llegan a la primitiva naturaleza del hombre, aquella que fue hecha según la imagen y semejanza de Dios.

2. Pero así como el acebuche injertado no pierde la sustancia de la madera, pero muda la cualidad del fruto, y recibe otro vocablo, y se le llama, no ya acebuche, sino olivo fructífero: así también el hombre injertado por la fe, y que toma el Espíritu de Dios, no pierde la sustancia de la carne, pero muda la cualidad del fruto de las obras, y recibe otro vocablo, que significa aquella transformación que es para lo mejor, y se le llama, no ya carne y sangre, sino hombre espiritual. Pero, a su vez, así como el acebuche, si no recibe el injerto, permanece inútil a su dueño por su cualidad silvestre, y es cortado como árbol infructuoso y echado al fuego; así también el hombre que no toma por la fe el injerto del Espíritu persevera en ser lo que era antes: siendo carne y sangre, no puede poseer en herencia el reino de Dios. Bien dice, pues, el Apóstol: La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios (1 Cor 15,50); y: Los que están en la carne no pueden agradar a Dios (Rom 8,8); no rechazando la sustancia de la carne, sino atrayendo la infusión del Espíritu. Y por esto dice: Es necesario que esto mortal se vista de inmortalidad, y que esto corruptible se vista de incorrupción (1 Cor 15,53). Y otra vez dice: Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros (Rom 8,9). Y lo muestra

aún más claramente, diciendo: El cuerpo, ciertamente, está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu es vida a causa de la justicia. Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales a causa de su Espíritu que habita en vosotros (Rom 8,10-11). Y de nuevo en la Carta a los Romanos dice: Pues si vivís según la carne, moriréis (Rom 8,13); no apartando de ellos el modo de vida que es en la carne, pues él mismo, estando en la carne, les escribía; sino cortando las concupiscencias de la carne, las que llevan al hombre a la muerte. Y por esto añadió: Pero si por el Espíritu dais muerte a las obras de la carne, viviréis. Pues todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios (Rom 8,13-14).

CAPÍTULO 11

Sobre las obras de los carnales y de los espirituales; y que la ablución espiritual no ha de referirse a la sustancia de los cuerpos, sino al modo de vida de la vida anterior.

1. Y también manifestó cuáles son las obras mismas que llama carnales, previendo la calumnia de los infieles; y, explicándose él mismo, para que no quedara cuestión alguna a los que tratan de él infielmente, dice así en la Carta a los Gálatas: Son manifiestas las obras de la carne, que son adulterios, fornicaciones, impureza, desenfreno, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, rivalidades, animosidades, irritacio-

nes, disensiones, herejías, envidias, embriagueces, comilonas, y cosas semejantes a estas; sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que los que hacen tales cosas no poseerán el reino de Dios (Gál 5,19-21). Predica así más claramente a los que oyen qué significa: La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios (1 Cor 15,50). Pues los que hacen aquellas cosas, caminando verdaderamente según la carne, no pueden vivir para Dios. Y otra vez presentó las acciones espirituales que vivifican al hombre, es decir, el injerto del Espíritu, diciendo así: Pero el fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, fe, mansedumbre, continencia, castidad: contra estas cosas no hay ley (Gál 5,22-23). Así como, pues, el que ha avanzado hacia lo mejor y ha producido el fruto del Espíritu se salva de todos modos por la comunión del Espíritu; así también el que ha permanecido en las mencionadas obras de la carne, contado verdaderamente como carnal, por no tomar el Espíritu de Dios, no podrá poseer el reino de los cielos. Como, a su vez, lo atestigua el mismo Apóstol: ¿O no sabéis, dice a los corintios, que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis, dice: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios. Y esto ciertamente erais, dice; pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios (1 Cor

6,9-11). Muestra con toda claridad por qué cosas perece el hombre, si persevera en vivir según la carne; y por cuáles, a su vez, se salva. Y dice que las cosas que salvan son el nombre de nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu de nuestro Dios.

2. Puesto que, pues, allí enumeró las obras de la carne, que son sin el Espíritu, las cuales son mortíferas, en consonancia con lo que antes había dicho, al final de la Carta exclamó en resumen: Así como hemos llevado la imagen del que es del limo, llevemos también la imagen del que es del cielo. Pues esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios (1 Cor 15,49-50). Y esto que dice: Así como hemos llevado la imagen del que es del limo, es semejante a aquel dicho: Y esto ciertamente erais; pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios (1 Cor 6,11). ¿Cuándo, pues, llevamos la imagen del que es del limo? Sin duda, cuando se realizaban en nosotros las obras de la carne antes mencionadas. ¿Y cuándo, a su vez, la imagen del celestial? Sin duda, cuando dice: Habéis sido lavados, creyendo en el nombre del Señor, y recibiendo su Espíritu. Y hemos sido lavados, no de la sustancia del cuerpo, ni de la imagen de la hechura, sino del antiguo modo de vida de vanidad. En los mismos miembros, pues, en que perecíamos, obrando las cosas de la corrupción, en esos mismos somos vivificados, obrando las cosas del Espíritu.

CAPÍTULO 12

Sobre la diferencia entre la muerte y la vida, entre el soplo de vida y el Espíritu vivificante; y cómo revive la misma sustancia de la carne que murió.

1. Pues así como la carne es capaz de corrupción, así también de incorrupción; y así como de la muerte, así también de la vida. Y estas se ceden mutuamente el lugar, y no permanecen ambas en lo mismo, sino que una es expulsada por la otra, y, estando presente una, perece la otra. Si, pues, la muerte, apoderándose del hombre, expulsó de él la vida, y lo mostró muerto, mucho más la vida, apoderándose del hombre, expulsa la muerte y restituirá al hombre viviente a Dios. Pues si la muerte lo llevó a la muerte, ¿por qué la vida, al venir, no habría de vivificar al hombre? Como dice el profeta Isaías: La muerte, siendo poderosa, devoró (Is 25,8). Y de nuevo: Dios quitó toda lágrima de todo rostro (Is 25,8). Y la vida primera fue desechada, porque había sido dada no por el Espíritu, sino por el soplo.

2. Pues una cosa es el soplo de vida, que hace al hombre animal; y otra el Espíritu vivificante, que lo hace espiritual. Y por esto dice Isaías: Así dice el Señor, que hizo el cielo y lo fijó, que afianzó la tierra y lo que hay en ella, y dio el soplo al pueblo que está sobre ella, y el Espíritu a los que la pisan (Is 42,5); diciendo que el soplo es dado en común a todo el pueblo que está sobre la tierra, pero el Espíritu, propiamente a los que pisotean las concupiscencias terrenas. Por eso, de nuevo, el mismo Isaías, distinguiendo lo que antes se ha dicho, dice: Pues el Espíritu saldrá de mí, y todo

soplo lo he hecho yo (Is 57,16). Cuenta el Espíritu como propio de Dios, que en los últimos tiempos lo derramó, por la adopción de los hijos, sobre el género humano; y muestra el soplo como común a la creación, y cosa hecha. Y una cosa es lo que fue hecho, y otra el que lo hizo. El soplo, pues, es temporal; pero el Espíritu, sempiterno. Y el soplo, tras crecer un poco y permanecer algún tiempo, luego se va, dejando sin aliento aquello en lo que estaba antes. Pero el Espíritu, rodeando al hombre por dentro y por fuera, como que permanece siempre, nunca lo abandona. Pero no primero lo que es espiritual, dice el Apóstol (diciendo esto como a nosotros, los hombres), sino primero lo animal, después lo espiritual (1 Cor 15,46), conforme a razón. Pues era necesario que primero fuera plasmado el hombre, y, una vez plasmado, recibiera el alma; y después, así, recibiera la comunión del Espíritu. Por lo cual también el primer Adán fue hecho por el Señor alma viviente, el segundo Adán espíritu vivificante (1 Cor 15,45). Así como, pues, el que fue hecho alma viviente, desviándose a lo peor, perdió la vida; así, a su vez, el mismo, volviendo a lo mejor, tomando el Espíritu vivificante, hallará la vida.

3. Pues no es una cosa la que muere y otra la que es vivificada; como tampoco es una cosa la que se pierde y otra la que se encuentra; sino que aquella misma oveja que se había perdido la encontró el Señor buscándola (Lc 15,4-6). ¿Qué era, pues, lo que moría? Sin duda la sustancia de la carne, que había perdido el soplo de vida, y había quedado sin aliento y muerta. A esta, pues,

vino el Señor a vivificar; para que, así como en Adán todos morimos, por ser animales, en Cristo vivamos, por ser espirituales, despojándonos no de la hechura de Dios, sino de las concupiscencias de la carne, y tomando el Espíritu Santo; como dice el Apóstol en la Carta a los Colosenses: Dad muerte, pues, a vuestros miembros que están sobre la tierra (Col 3,5). Y cuáles son estos, él mismo lo expuso: La fornicación, la impureza, la pasión, la mala concupiscencia y la avaricia, que es idolatría (Col 3,5). El despojarse de estas cosas lo pregona el Apóstol, y dice que los que obran tales cosas, como siendo solamente carne y sangre, no pueden poseer el reino de los cielos. Pues su alma, inclinándose a lo peor y descendiendo a las concupiscencias terrenas, participó del mismo nombre que tienen aquellas; y, mandándonos despojarnos de ellas, dice de nuevo en la misma Carta: Despojándoos del hombre viejo con sus obras (Col 3,9). Y esto lo decía no para quitar la antigua plasmación: de otro modo, habría sido necesario que nos matáramos a nosotros mismos y nos separáramos del modo de vida de aquí.

4. Pero también el mismo Apóstol, siendo aquel que había sido plasmado en el vientre y había salido del seno, nos escribía: Y el vivir en la carne es fruto de la obra (Flp 1,22); lo confesó, diciéndolo así, en la Carta a los Filipenses. Y el fruto de la obra del Espíritu es la salvación de la carne. Pues ¿qué otro fruto visible hay del Espíritu, que no se ve, sino hacer la carne madura y capaz de la incorrupción? Si, pues, el vivir en la carne, este es para mí fruto de la obra (Flp 1,22), cierta-

mente no despreciaba la sustancia de la carne al haber dicho: Despojándoos del hombre viejo con sus obras (Col 3,9); sino que manifestó el despojo de nuestro antiguo modo de vida, aquel que envejece y se corrompe: y por esto añadió: Y revistiéndoos del hombre nuevo, el que se renueva para el conocimiento, según la imagen del que lo creó (Col 3,10). Al decir, pues: que se renueva para el conocimiento, mostraba que aquel mismo que antes era hombre de ignorancia, es decir, que desconocía a Dios, se renueva por el conocimiento que es hacia él. Pues el conocimiento de Dios renueva al hombre. Y al decir: según la imagen del Creador, manifestó la recapitulación de aquel hombre que al principio fue hecho según la imagen de Dios.

5. Y que era el mismo Apóstol el que había sido engendrado del seno, es decir, la antigua sustancia de la carne, lo dijo él mismo en la Carta a los Gálatas: Pero cuando agradó a Dios, que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que anunciara la buena nueva de él entre las naciones (Gál 1,15-16); no era uno el que había nacido del seno, como dijimos antes, y otro el que anunciaba la buena nueva del Hijo de Dios; sino que aquel mismo que antes estaba en la ignorancia y perseguía a la Iglesia, habiéndosele hecho la revelación desde el cielo y habiendo hablado con él el Señor, como mostramos en el tercer libro, anunciaba la buena nueva del Hijo de Dios, Cristo Jesús, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, expulsada la ignorancia anterior por el conocimiento poste-

rior: así como los ciegos a quienes curó el Señor perdieron ciertamente la ceguera, pero recibieron perfecta la sustancia de los ojos, y en aquellos mismos ojos con los que antes no veían recibían la visión, expulsada de la visión solamente la oscuridad, pero conservada la sustancia de los ojos; para que, viendo de nuevo por los mismos ojos por los que no habían visto, dieran gracias a aquel que les había reintegrado de nuevo la vista; y el que fue curado de la mano seca (Lc 6,6-10), y absolutamente todos los que él curó, no cambiaron los miembros que desde el principio habían salido del seno, sino que recibían sanos esos mismos.

6. Pues el Fabricador de todas las cosas, el Verbo de Dios, que también desde el principio plasmó al hombre, encontrando su hechura dañada por la malicia, la curó de todos los modos: por una parte, miembro por miembro, como cada uno está en su hechura; por otra, reintegró de una vez al hombre entero, sano e íntegro, preparándolo perfecto para sí para la resurrección. ¿Y qué causa tenía, en efecto, para curar los miembros de la carne, y restituirlos a su sello primitivo, si no habían de salvarse las cosas que él había curado? Pues si el beneficio que venía de él era temporal, nada grande otorgó a los que fueron curados por él. ¿O cómo dicen que la carne no es capaz de la vida que viene de él, ella que recibió de él la curación? Pues la vida se obtiene por la curación, y la incorrupción, por la vida. Quien, pues, confiere la curación, confiere también la vida; y quien la vida, rodea también de incorrupción a su hechura.

CAPÍTULO 13

Tenemos la mayor prueba de la resurrección en los muertos resucitados por Cristo; y se muestra que nuestros corazones son capaces de la vida eterna en que ahora reciben el Espíritu de Dios.

1. Dígannos, pues, los que dicen lo contrario, es decir, los que contradicen su propia salvación: la hija muerta del sumo sacerdote, y el hijo de la viuda, que era llevado muerto junto a la puerta, y Lázaro, que tenía cuatro días en el sepulcro, ¿en qué cuerpos resucitaron? (Mc 5,22; Lc 7,12; Jn 11,39) Sin duda, en aquellos mismos en que también habían muerto. Pues si no fue en esos mismos, entonces tampoco resucitaron los mismos que habían muerto. Pero, en efecto, tomó, dice, el Señor la mano del muerto, y le dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Y el muerto se incorporó; y mandó que le dieran de comer, y lo entregó a su madre (Lc 7,14-15; Mc 5,41.43). Y a Lázaro lo llamó con gran voz, diciendo: Lázaro, sal fuera; y salió, dice, el muerto, atado de pies y manos con vendas (Jn 11,43-44). Esto es símbolo de aquel hombre que había sido atado en los pecados. Y por esto dijo el Señor: Desatadlo, y dejadlo ir (Jn 11,44). Así como, pues, los que fueron curados lo fueron en los miembros que antes habían padecido; y los muertos resucitaron en los mismos cuerpos, recibiendo sus miembros y sus cuerpos la curación, y aquella vida que daba el Señor, que por las cosas temporales preforma las eternas, y muestra que es él quien puede dar a su hechura tanto la curación como la vida, para que se crea también

su palabra acerca de la resurrección: así también al fin, clamando el Señor en la última trompeta (1 Cor 15,52), resucitarán los muertos, como él mismo dice: Vendrá la hora en que todos los muertos que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo del hombre, y saldrán, los que hicieron el bien, para la resurrección de la vida; y los que obraron el mal, para la resurrección del juicio (Jn 5,28-29).

2. Vanos, pues, y verdaderamente desdichados son los que no quieren contemplar cosas tan manifiestas y claras, sino que huyen de la luz de la verdad, cegándose a sí mismos a la manera del Edipo de la tragedia. Y así como en la palestra los no habituados a luchar con otros, abrazando con ambas manos una parte cualquiera del cuerpo, caen por aquello mismo que sujetan, y al caer piensan que vencen, porque sostienen obstinadamente el miembro que agarraron primero, y además de haber caído son objeto de risa: así también los herejes, tomando de Pablo dos expresiones, La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios (1 Cor 15,50), ni penetraron el sentido del Apóstol, ni escudriñaron la fuerza de las expresiones; sino que, aferrándose a las expresiones desnudas, mueren en torno a ellas, derrocando, en cuanto de ellos depende, toda la disposición de Dios.

3. Pues así dirán que esto se dijo propiamente de la carne, y no de las obras carnales, como hemos demostrado, mostrando al mismo Apóstol diciendo cosas contrarias a sí mismo. Pues inmediatamente, en la misma Carta, habla así, señalando expresamente la carne: Pues es necesario

que esto corruptible se vista de incorrupción, y que esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria? (1 Cor 15,53-55) Y estas cosas se dirán con justicia entonces, cuando esta carne mortal y corruptible, en torno a la cual está también la muerte, y que está oprimida por un cierto dominio de la muerte, subiendo a la vida, se haya vestido de incorrupción y de inmortalidad. Pues entonces la muerte será verdaderamente vencida, cuando la carne que es retenida por ella haya salido de su dominio. Y de nuevo dice a los filipenses: Pero nuestro modo de vida está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesús, que transfigurará el cuerpo de nuestra humildad conforme al cuerpo de su gloria, según puede por la operación de su poder (Flp 3,20-21). ¿Cuál es, pues, el cuerpo de humildad que el Señor transfigurará conforme al cuerpo de su gloria? Es manifiesto que es el cuerpo que es carne, el cual también es humillado al caer en la tierra. Y su transfiguración es que, siendo mortal y corruptible, se hace inmortal e incorruptible; no según su propia sustancia, sino según la operación del Señor, que puede rodear lo mortal de inmortalidad, y lo corruptible de incorruptibilidad. Y por esto dice en la segunda a los Corintios: Para que lo mortal sea absorbido por la vida. Y el que nos perfecciona para esto mismo es Dios, que nos dio la prenda del Espíritu (2 Cor 5,4-5);

diciendo esto con toda claridad de la carne: pues ni el alma es mortal, ni el Espíritu. Y lo mortal es absorbido por la vida cuando también la carne, ya no muerta, sino viva e incorrupta, perdure, diciendo un himno a Dios, que nos perfecciona para esto mismo. Para que seamos, pues, perfeccionados en esto, bien dice a los corintios: Glorificad a Dios en vuestro cuerpo (1 Cor 6,20). Dios es quien obra la incorruptibilidad.

4. Y que no dice estas cosas de algún otro cuerpo, sino del cuerpo de la carne, lo dice a los corintios clara e indudablemente y sin ambigüedad alguna: Llevando siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesucristo se manifieste en nuestro cuerpo. Pues siempre los que vivimos somos entregados a la muerte por Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (2 Cor 4,10-11). Y que el Espíritu abraza la carne, lo dice en la misma Carta: Porque sois carta de Cristo, administrada por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas carnales del corazón (2 Cor 3,3). Si, pues, ahora los corazones carnales se hacen capaces del Espíritu, ¿qué tiene de extraño que en la resurrección contengan aquella vida que es dada por el Espíritu? De la cual resurrección dice el Apóstol en la Carta a los Filipenses: Hecho conforme a su muerte, por si de algún modo llego a la resurrección que es de entre los muertos (Flp 3,10-11). ¿En qué otra carne mortal, pues, puede entenderse que se manifiesta la vida, sino en esta sustancia, que también es llevada a

la muerte a causa de la confesión que es hacia Dios? Como él mismo dijo: Si según el hombre luché con las fieras en Éfeso, ¿de qué me aprovecha, si los muertos no resucitan? (1 Cor 15,32) Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados también falsos testigos de Dios, porque hemos atestiguado que resucitó a Cristo, al cual no resucitó. Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe: porque aún estáis en vuestros pecados. Luego también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres. Pero ahora Cristo resucitó de entre los muertos, primicias de los que duermen: pues por un hombre la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos (1 Cor 15,13-21).

5. En todas estas cosas, pues, como dijimos antes, o dirán que el Apóstol siente lo contrario de sí mismo en lo que atañe a aquello de: La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios; o bien se verán obligados a hacer exposiciones malignas y forzadas de todos los dichos, para torcer y mudar el sentido de los dichos. Pues ¿qué podrán decir de sano, si intentan interpretar de otro modo lo que escribe: Pues es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y que esto mortal se vista de inmortalidad; y: Para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal; y todo lo demás, en que el Apóstol predica manifiesta y claramente la resurrección y la inco-

rrupción de la carne? Se verán, pues, obligados a interpretar mal tantas cosas los que no quieren entender bien una sola.

CAPÍTULO 14

Si la carne no hubiera de salvarse, el Verbo no habría asumido una carne de la misma sustancia que la nuestra; por lo cual tampoco habríamos sido reconciliados por él.

1. Y puesto que no fue contra la sustancia misma de la carne y de la sangre contra la que dijo el Apóstol que no poseen el reino de Dios, el mismo Apóstol usó en todas partes el nombre de carne y de sangre a propósito del Señor Jesucristo: en parte, para establecerlo como hombre (pues él mismo se llamaba a sí mismo Hijo del hombre); y en parte, para confirmar la salvación de nuestra carne. Pues si la carne no hubiera de salvarse, de ningún modo el Verbo de Dios se habría hecho carne. Y si la sangre de los justos no hubiera de ser reclamada, de ningún modo habría tenido sangre el Señor. Pero puesto que desde el principio la sangre tiene voz, dijo Dios a Caín, cuando hubo matado a su hermano: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí (Gn 4,10). Y puesto que su sangre había de ser reclamada, dijo a los que estaban con Noé: Pues vuestra sangre, la de vuestras almas, la reclamaré de mano de todas las bestias (Gn 9,5). Y otra vez: El que derrame la sangre del hombre, por su sangre será derramado (Gn 9,6). Y del mismo modo también el Señor decía a los que habían de derramar su sangre: Será reclamada toda la sangre justa que se derrama sobre

la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar; sí, os digo, todas estas cosas vendrán sobre esta generación (Lc 11,50-51; Mt 23,35-36). Indicaba así la recapitulación, que había de hacerse en sí mismo, de la efusión de la sangre de todos los justos y profetas desde el principio, y la reclamación de su sangre por medio de sí mismo. Y esto no sería reclamado si no hubiera también de salvarse; ni el Señor habría recapitulado en sí mismo estas cosas, si él mismo no se hubiera hecho también carne y sangre según la plasmación original, salvando en sí mismo, al fin, aquello que había perecido al principio en Adán.

2. Pero si el Señor se encarnó por alguna otra disposición, y trajo carne de otra sustancia, entonces no recapituló en sí mismo al hombre; y aún más, ni siquiera puede llamarse carne. Pues la carne es verdaderamente la sucesión, hecha del limo, de la primera plasmación. Y si había de tener su materia de otra sustancia, el Padre habría obrado desde el principio que su masa se hiciera de otra sustancia. Pero ahora, lo que era el hombre que se había perdido, eso se hizo el Verbo salvador, realizando por sí mismo la comunión con él y la búsqueda de su salvación. Y lo que había perecido tenía sangre y carne. Pues el Señor, tomando limo de la tierra, plasmó al hombre; y por él es toda la disposición de la venida del Señor. Tuvo, pues, también él carne y sangre, recapitulando en sí mismo no otra cualquiera, sino aquella plasmación original del Padre, bus-

cando lo que se había perdido. Y por esto dice el Apóstol en la Carta a los Colosenses: Y vosotros, siendo en otro tiempo extraños y enemigos de su pensamiento por las obras malas, ahora habéis sido reconciliados en el cuerpo de su carne por su muerte, para presentaros santos, y castos, y sin culpa delante de él. En el cuerpo, dice, de su carne reconciliados (Col 1,21-22); porque la carne justa reconcilió aquella carne que estaba retenida en el pecado, y la llevó a la amistad con Dios.

3. Si, pues, alguno, en este sentido, dice que la carne del Señor es otra que nuestra carne, porque ella no pecó, ni se halló engaño en su alma, mientras que nosotros somos pecadores, dice bien. Pero si finge para el Señor otra sustancia de carne, ya no se sostendrá para él la palabra de la reconciliación. Pues se reconcilia aquello que estuvo en otro tiempo en enemistad. Pero si el Señor trajo carne de otra sustancia, entonces no ha sido reconciliado con Dios aquello que por la transgresión había sido hecho enemigo. Pero ahora, por la comunicación consigo, el Señor reconcilió al hombre con Dios Padre, reconciliándonos consigo por el cuerpo de su carne, y redimiéndonos con su sangre, como dice el Apóstol a los efesios: En quien tuvimos la redención por su sangre, la remisión de los pecados (Ef 1,7). Y de nuevo a los mismos: Vosotros, dice, que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido acercados en la sangre de Cristo (Ef 2,13). Y otra vez: Las enemistades en su carne, anulando con decretos la ley de los preceptos (Ef 2,14-15). Y en toda Carta atestigua

claramente el Apóstol que hemos sido salvados por la carne de nuestro Señor y por su sangre.

4. Si, pues, la carne y la sangre son las que nos dan la vida, no se dijo propiamente de la carne y de la sangre que no pueden poseer el reino de Dios, sino de los actos carnales antes dichos, que, desviando al hombre hacia el pecado, lo privan de la vida. Y por esto dice en la Carta a los Romanos: No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que le obedezcáis; ni presentéis vuestros miembros al pecado como armas de injusticia; sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como armas de justicia (Rom 6,12-13). Con los mismos miembros, pues, con que servíamos al pecado y dábamos fruto para la muerte, con esos mismos miembros quiere que sirvamos a la justicia, para que demos fruto para la vida. Recordando, pues, amadísimo, que has sido redimido por la carne de nuestro Señor y devuelto por su sangre, y asiéndote a la cabeza, de la cual todo el cuerpo de la Iglesia, bien trabado, crece (Col 2,19), es decir, a la venida del Hijo de Dios en la carne, y confesándolo Dios, y recibiéndolo firmemente como hombre, sirviéndote también de estas demostraciones que proceden de las Escrituras, derrocas fácilmente, como hemos demostrado, todas aquellas doctrinas de los herejes que fueron inventadas después.

CAPÍTULO 15

Con los testimonios de Isaías y de Ezequiel prueba la resurrección, y que nos resucitará el mismo Dios que nos creó.

1. Y que aquel que al principio creó al hombre le prometió, tras su disolución en la tierra, una segunda generación, lo dice así Isaías: Resucitarán los muertos, y se levantarán los que están en los sepulcros, y se alegrarán los que están en la tierra. Porque el rocío que viene de ti es salud para ellos (Is 26,19). Y otra vez: Yo os llamaré, y en Jerusalén seréis llamados, y veréis, y se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos brotarán como la hierba, y la mano del Señor será conocida por los que lo adoran (Is 66,13-14). Y Ezequiel, por su parte, así: Y vino sobre mí la mano del Señor, y me sacó el Señor en el Espíritu, y me puso en medio del campo, y este estaba lleno de huesos, y me hizo dar vueltas sobre ellos alrededor, en círculo, y he aquí que eran muchísimos sobre la faz del campo, y muy secos. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿viven estos huesos? Y dije: Señor, tú lo sabes, que los hiciste. Y me dijo: Profetiza sobre estos huesos, y les dirás: Huesos secos, oíd la palabra del Señor. Así dice el Señor a estos huesos: He aquí que yo traigo sobre vosotros el espíritu de vida, y pondré sobre vosotros nervios, y haré volver sobre vosotros la carne, y extenderé sobre vosotros la piel, y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y sabréis que yo soy el Señor. Y profeticé, como me mandó el Señor. Y sucedió, mientras yo profetizaba, y he aquí un terremoto, y los huesos se acercaban cada uno a su juntura; y miré, y he aquí que nacían sobre ellos nervios y carnes, y subían por encima

de ellos pieles, y no había espíritu en ellos. Y me dijo: Profetiza al espíritu, hijo de hombre, y di al espíritu: Así dice el Señor: Ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivan. Y profeticé, como me mandó el Señor, y entró en ellos el espíritu, y vivieron, y se pusieron en pie, una multitud muy grande (Ez 37,1-10).

Y de nuevo él mismo dice: Así dice el Señor: He aquí que yo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de vuestros sepulcros, y os introduciré en la tierra de Israel, y sabréis que yo soy el Señor, cuando abra yo vuestras tumbas, para hacer volver de las tumbas a mi pueblo; y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os pondré en vuestra tierra, y sabréis que yo soy el Señor. He hablado, y lo haré, dice el Señor (Ez 37,12-14). Dando, pues, el Demiurgo, ya aquí, vida a nuestros cuerpos muertos, como se puede ver, y prometiéndoles la resurrección, y el levantamiento de las tumbas y de los sepulcros, y otorgándoles la incorrupción; pues según el árbol de la vida, dice, serán sus días (Is 65,22); este solo se muestra Dios, el que hace estas cosas, y él mismo es el Padre bueno, que benignamente da la vida a los que no tienen la vida por sí mismos.

2. Y por esto el Señor se mostró a sí mismo, y también al Padre, con toda claridad a sus discípulos; para que no buscaran otro Dios fuera de aquel que plasmó al hombre y le dio el soplo de vida; ni llegaran a tal locura que inventaran otro Padre por encima del Demiurgo. Y por eso a todos los demás, a quienes sobrevenían dolencias por su transgresión, los curaba con la palabra; y les

decía también: He aquí que has quedado sano; no peques más, no sea que te suceda algo peor (Jn 5,14); manifestando que las dolencias sobrevinieron a los hombres a causa del pecado de desobediencia. Pero al que era ciego de nacimiento le dio la vista ya no por la palabra, sino por una acción; no haciendo esto vanamente ni al azar, sino para mostrar la mano de Dios, aquella que al principio plasmó al hombre. Y por eso, preguntándole los discípulos por qué causa había nacido ciego, si por culpa suya o de sus padres, dijo: Ni este pecó, ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios (Jn 9,3). Y la obra de Dios es la plasmación del hombre. Pues la hizo por una acción, como dice la Escritura: Y tomó el Señor limo de la tierra, y plasmó al hombre (Gn 2,7). Por lo cual también el Señor escupió en la tierra, e hizo barro, y lo untó sobre los ojos (Jn 9,6); mostrando cómo fue hecha la antigua plasmación, y manifestando a los que pueden entender la mano de Dios, por la cual el hombre fue plasmado del limo. Pues lo que el Verbo Artífice omitió plasmar en el vientre, esto lo completó a la vista de todos, para que se manifestaran en él las obras de Dios, y no buscáramos ya otra mano por la cual fue plasmado el hombre, ni otro Padre; sabiendo que la mano de Dios que nos plasmó al principio, y nos plasma en el vientre, ella en los últimos tiempos nos buscó cuando estábamos perdidos, ganando lo suyo, y tomando sobre sus hombros la oveja perdida, y restituyéndola con gozo al rebaño de la vida.

3. Y que el Verbo de Dios nos plasma en el vientre, lo dice a Jeremías: Antes de plasmarte en el seno, te conocí; y antes de que salieras del vientre, te santifiqué, y te puse por profeta entre las naciones (Jer 1,5). Y Pablo dice del mismo modo: Pero cuando agradó a aquel que me separó desde el seno de mi madre, para que anunciara la buena nueva de él entre las naciones (Gál 1,15-16). Puesto que, pues, somos plasmados en el vientre por el Verbo, este mismo Verbo formó la vista al que era ciego de nacimiento, mostrando a la vista de todos al que en lo oculto es nuestro Plasmador, ya que el Verbo mismo se había manifestado a los hombres; y explicando la antigua plasmación de Adán, y cómo fue hecho, y por qué mano fue plasmado, mostrando el todo a partir de la parte. Pues el Señor que formó la vista es el que formó al hombre entero, sirviendo a la voluntad del Padre. Y puesto que el hombre, hecho en la transgresión en aquella plasmación que fue según Adán, necesitaba el lavado de la regeneración, después de haber untado el barro sobre sus ojos, le dijo: Ve a Siloé, y lávate (Jn 9,7); restituyéndole a la vez la plasmación y la regeneración que es por el lavado. Y por esto, lavado, vino viendo, para que conociera a su Plasmador, y aprendiera el hombre quién le había dado la vida.

4. Se derrumban, pues, también los que proceden de Valentín, que dicen que el hombre no fue plasmado de esta tierra, sino de una materia fluida y derramada. Pues de la misma tierra de la que el Señor le formó los ojos, de esta, es manifiesto, fue plasmado también el hombre al principio.

Pues no era coherente que los ojos fueran plasmados de una parte, y el resto del cuerpo de otra; como tampoco es coherente que uno plasmara el cuerpo y otro los ojos. Sino que el mismo que al principio plasmó a Adán, con quien también hablaba el Padre: Hagamos al hombre según nuestra imagen y semejanza (Gn 1,26), manifestándose a sí mismo a los hombres en los últimos tiempos, formó la vista al que era ciego desde Adán. Y por esto la Escritura, significando lo que había de venir, dice que, escondido Adán por su desobediencia, el Señor vino a él al atardecer, y lo llamó afuera, y le dijo: ¿Dónde estás? (Gn 3,9) Es decir, que en los últimos tiempos el mismo Verbo de Dios vino a llamar al hombre, recordándole sus obras, viviendo en las cuales se había escondido del Señor. Pues así como entonces Dios habló a Adán al atardecer, buscándolo, así en los últimos tiempos, por la misma voz, visitó a su linaje, buscándolo.

CAPÍTULO 16

Puesto que nuestros cuerpos vuelven a la tierra, se sigue que de ella tienen su sustancia. Asimismo, por la venida del Verbo apareció en nosotros más claramente la imagen de Dios.

1. Y puesto que la plasmación de Adán fue de esta tierra nuestra, la Escritura dice que Dios le dijo: Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste tomado (Gn 3,19). Si, pues, nuestros cuerpos vuelven después de la muerte a alguna otra tierra, se sigue que también tienen de ella su sustancia. Pero si

a esta misma, es manifiesto que también de ella les fue hecha la hechura; como también el Señor lo hizo manifiesto, formando los ojos de esta misma tierra. Y así, mostrada verdadera y claramente la mano de Dios, por la cual fue plasmado Adán y hemos sido plasmados también nosotros; y siendo uno y el mismo el Padre, cuya voz desde el principio hasta el fin asiste a su hechura; y mostrada manifiestamente por el Evangelio la sustancia de nuestra hechura: ya no hay que buscar otro Padre fuera de este, ni otra sustancia de nuestra plasmación fuera de la predicha y mostrada por el Señor, ni otra mano de Dios fuera de esta, que desde el principio hasta el fin nos forma, y nos ajusta para la vida, y asiste a su hechura, y la perfecciona según la imagen y semejanza de Dios.

2. Y este Verbo fue mostrado entonces, cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, asemejándose él mismo al hombre y al hombre a sí mismo, para que por la semejanza con el Hijo el hombre llegue a ser precioso para el Padre. Pues en los tiempos pasados se decía que el hombre había sido hecho según la imagen de Dios, pero no se mostraba. Pues aún era invisible el Verbo, según cuya imagen había sido hecho el hombre. Y por esto perdió también fácilmente la semejanza. Pero cuando el Verbo de Dios se hizo carne, confirmó ambas cosas: pues mostró la imagen verdadera, haciéndose él mismo lo que era su imagen; y, afianzando la semejanza, la restituyó, haciendo al hombre semejante al Padre invisible por medio del Verbo visible.

3. Y no solo por lo que se ha dicho antes manifestó el Señor al Padre y a sí mismo, sino también por su misma Pasión. Pues, deshaciendo aquella desobediencia del hombre que se había cometido al principio en el árbol, se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2,8), sanando la desobediencia cometida en el árbol por la obediencia que hubo en el árbol. Pero no habría venido a desatar por la misma aquella desobediencia que se había cometido para con nuestro Plasmador, si anunciaba otro Padre. Y puesto que por aquellas mismas cosas por las que no escuchamos a Dios ni creímos a su palabra, por esas mismas introdujo la obediencia y el asentimiento a su palabra, por ellas mostró manifiestamente al mismo Dios, a quien en el primer Adán ofendimos, no cumpliendo su precepto, y con quien en el segundo Adán fuimos reconciliados, hechos obedientes hasta la muerte. Pues no éramos deudores de algún otro, sino de aquel cuyo precepto también habíamos transgredido desde el principio.

CAPÍTULO 17

El Dios y Señor, Padre y Creador de todas las cosas, es único y solo, el que nos amó en Cristo, dio preceptos y nos remitió los pecados; Cristo probó que era su Hijo y su Verbo al condonar los pecados.

1. Y este es el Demiurgo, que según el amor es Padre; según el poder, Señor; según la sabiduría, nuestro Hacedor y Plasmador: y transgrediendo su precepto nos hicimos enemigos suyos. Y por

esto en los últimos tiempos el Señor nos restituyó a la amistad por su encarnación, hecho mediador de Dios y de los hombres (1 Tim 2,5): propiciando por nosotros al Padre, contra quien habíamos pecado, y consolando nuestra desobediencia con su obediencia; y dándonos a nosotros el trato y la sujeción para con nuestro Hacedor. Por lo cual también nos enseñó a decir en la oración: Y remítenos nuestras deudas (Mt 6,12); ciertamente porque este es nuestro Padre, de quien éramos deudores, por haber transgredido su precepto. Pero ¿quién es este? ¿Acaso algún desconocido, un Padre que nunca dio precepto a nadie? ¿O más bien el Dios que es predicado por las Escrituras, de quien también éramos deudores, por haber transgredido su precepto? Ahora bien, el precepto fue dado al hombre por medio del Verbo: Pues Adán oyó, dice, la voz del Señor Dios (Gn 3,8.10). Con razón, pues, su Verbo dice al hombre: Te son remitidos los pecados (Mt 9,2); el mismo contra quien habíamos pecado al principio, dando al fin la remisión de los pecados. O si transgredimos el precepto de uno, y era otro el que dijo: Te son remitidos tus pecados (Mt 9,2), uno así no es bueno, ni veraz, ni justo. Pues ¿cómo es bueno el que no da de lo suyo? ¿O cómo es justo el que arrebata lo ajeno? Y ¿cómo fueron verdaderamente remitidos los pecados, si no dio la remisión aquel mismo contra quien pecamos, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, en las cuales nos ha visitado (Lc 1,78), por medio de su Hijo?

2. Por lo cual también, curado el paralítico, las multitudes, al verlo, dice, glorificaron a Dios,

que dio tal potestad a los hombres (Mt 9,8). ¿A qué Dios, pues, glorificaron las multitudes que estaban alrededor? ¿Acaso al Padre desconocido inventado por los herejes? ¿Y cómo glorificaban a aquel que entonces no era conocido por ellos desde el principio? Es manifiesto, pues, que los israelitas glorificaban al Dios que fue predicado por la Ley y los Profetas, que es también el Padre de nuestro Señor; y por esto enseñaba a los hombres en el entendimiento, por las señales que hacía, a dar gloria a Dios. Pero si él hubiera venido de otro Padre, y los hombres, viendo sus prodigios, glorificaban a otro Padre, los hacía ingratos para con aquel Padre que había enviado la curación. Pero como el Hijo unigénito había venido de aquel que es Dios para la salvación de los hombres, provocaba a los incrédulos, por los prodigios que hacía, a dar gloria al Padre; y a los fariseos, que no recibían la venida de su Hijo y por esto no creían en la remisión que él hacía, les decía: Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad de remitir los pecados (Mt 9,6); y dicho esto, mandó al hombre paralítico tomar la camilla en que yacía e irse a su casa: confundiendo con lo que hacía a los incrédulos, y significando que él mismo es la voz de Dios, por la cual recibió el hombre los preceptos que traspasó, y se hizo pecador; pues la parálisis sobrevino a causa de los pecados.

3. Remitiendo, pues, los pecados, curó al hombre, y mostró manifiestamente quién era él mismo. Pues si nadie puede remitir los pecados sino solo Dios, y el Señor los remitía y curaba a los hombres, es manifiesto que él era el Verbo

de Dios hecho Hijo del hombre, que recibía del Padre la potestad de la remisión de los pecados, porque era hombre y porque era Dios: para que, así como en cuanto hombre padeció con nosotros, en cuanto Dios se compadezca de nosotros y nos remita nuestras deudas, que debemos a Dios, nuestro Hacedor. Y por esto predijo David: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido remitidas, y cuyos pecados han sido cubiertos. Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputó pecado (Sal 32,1-2), mostrando de antemano la remisión que viene por su venida, por la cual borró el documento de nuestra deuda, y lo fijó en la cruz (Col 2,14): para que, así como por un árbol nos hicimos deudores de Dios, por un árbol recibamos la remisión de nuestra deuda.

4. Esto fue mostrado significativamente por muchos otros, y también por el profeta Eliseo. Pues como los profetas que estaban con él cortaran leña para la construcción del tabernáculo, y el hierro, desprendido del hacha, hubiera caído en el Jordán y ellos no lo encontraran, Eliseo, llegando al mismo lugar y habiendo sabido lo que había sucedido, echó un leño en el agua; y hecho esto, el hierro del hacha sobrenadó, y lo tomaron de la superficie del agua los que antes lo habían perdido: mostrando el profeta con la obra que la palabra firme de Dios, que habíamos perdido negligentemente por un árbol y no encontrábamos, la habíamos de recibir de nuevo por la disposición del árbol. Y que la palabra de Dios es semejante a un hacha, lo dice de ella Juan el Bautista: Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles (Mt 3,10).

Y Jeremías dice igualmente: La palabra del Señor, como hacha de dos filos que parte la roca (Jer 23,29). Esta palabra, pues, escondida a nosotros, la manifestó, como dijimos antes, la disposición del árbol. Pues como por un árbol la perdimos, por un árbol fue hecha de nuevo manifiesta a todos, mostrando en sí la altura, y la longitud, y la anchura; y, como dijo uno de los ancianos, congregando a los dos pueblos hacia un solo Dios por la extensión de las manos. Dos manos, porque también eran dos los pueblos dispersos hasta los confines de la tierra; pero una sola cabeza en medio, porque también es uno solo el Dios que está sobre todos, y por todos, y en todos nosotros.

CAPÍTULO 18

Dios Padre y su Verbo crearon con su propio poder y sabiduría todas las criaturas de que se sirven, no por defecto ni ignorancia: de otro modo el Hijo de Dios, que recibió del Padre todo poder, nunca habría asumido la carne.

1. Y tal, o tan grande, disposición la llevaba a cabo no por creaciones ajenas, sino por las suyas propias: no por las cosas que fueron hechas por ignorancia y defecto, sino por las que tuvieron su sustancia de la sabiduría y del poder de su Padre. Pues no es inicuo, para codiciar lo ajeno; ni indigente, para no dar vida a lo suyo por medio de lo suyo propio, sirviéndose de su creación para la salvación del hombre. Pues no lo habría llevado la creación, si la hubiera emitido lo que era de la ignorancia y del defecto. Pues que el mismo Verbo de Dios encarnado fue colgado sobre el árbol,

lo hemos mostrado de muchas maneras; y también los mismos herejes lo confiesan crucificado. ¿Cómo, pues, pudo una emisión de ignorancia y de defecto llevar a aquel que contiene el conocimiento de todas las cosas, y es verdadero y perfecto? ¿O cómo una creación escondida al Padre y muy separada de él llevó a su Verbo? Y si fue hecha también por ángeles, ya ignorasen al Dios que está sobre todas las cosas, ya lo conociesen, habiendo dicho el Señor: Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí (Jn 14,11), ¿cómo la fabricación de los ángeles soportó llevar a la vez al Padre y al Hijo? ¿Y cómo la creación que está fuera del Pleroma contuvo a aquel que contiene el Pleroma entero? Siendo, pues, imposibles todas estas cosas, y no teniendo prueba, solo es verdadero el pregón de la Iglesia: que su propia creación, que subsiste por el poder, el arte y la sabiduría de Dios, lo llevó a él (la cual, en verdad, según la invisibilidad es llevada por el Padre, pero según la visibilidad, al contrario, lleva a su Verbo); y este es el Verbo.

2. Pues el Padre, que lleva a la vez la creación y a su Verbo, y el Verbo, llevado por el Padre, otorgan el Espíritu a todos, como quiere el Padre: a unos según la creación, lo cual es hecho; a otros según la adopción, lo cual es de Dios, lo cual es generación. Y así se muestra un solo Dios Padre, que está sobre todas las cosas, y por todas las cosas, y en todas. Sobre todas las cosas está el Padre, y él es la cabeza de Cristo; por todas las cosas, el Verbo, y él es la cabeza de la Iglesia; en todos nosotros, el Espíritu, y él es el agua viva que

el Señor otorga a los que creen rectamente en él, y lo aman, y saben que hay un solo Padre, que está sobre todas las cosas, y por todas las cosas, y en todos nosotros (Ef 4,6). Da testimonio de esto también Juan, el discípulo del Señor, diciendo así en el Evangelio: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio junto a Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo (Jn 1,1-3). Después dijo del mismo Verbo: Estaba en este mundo, y el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció. Vino a lo suyo, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio potestad de llegar a ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre (Jn 1,10-12). Y otra vez, significando su dispensación según el hombre, dijo: Y el Verbo se hizo carne, y habitó en nosotros. Y otra vez añadió: Y hemos visto su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14). Mostrando manifiestamente a los que quieren oír, es decir, a los que tienen oídos, que hay un solo Dios Padre sobre todos, y un solo Verbo de Dios, que está por todos, por medio del cual todas las cosas fueron hechas; y que este mundo es suyo propio, y fue hecho por él por voluntad del Padre, y no por ángeles; ni por apostasía, y deficiencia, e ignorancia; ni por algún poder de Prunicus, a la que algunos llaman también Madre; ni por algún otro hacedor del mundo que ignorase al Padre.

3. Pues el Hacedor del mundo es verdaderamente el Verbo de Dios: y este es nuestro Señor, que en los últimos tiempos se hizo hombre,

existiendo en este mundo, y que según la invisibilidad contiene todas las cosas que fueron hechas, y está fijado en la creación entera, puesto que es el Verbo de Dios que gobierna y dispone todas las cosas; y por esto vino invisiblemente a lo suyo, y se hizo carne, y pendió sobre el árbol, para recapitular en sí mismo todas las cosas. Y los suyos no lo recibieron (Jn 1,11): los hombres, como Moisés manifestó esto mismo en el pueblo: Y tu vida estará colgada ante tus ojos, y no creerás a tu vida (Dt 28,66). Los que, pues, no lo recibieron, no recibieron la vida. Pero a cuantos lo recibieron, les dio potestad de llegar a ser hijos de Dios (Jn 1,12). Pues él es el que tiene del Padre la potestad sobre todas las cosas, porque es el Verbo de Dios y hombre verdadero: participando razonablemente de las cosas invisibles, y estableciendo sensiblemente la ley de que todas y cada una de las cosas perduren en su orden; y reinando manifiestamente sobre las cosas visibles y humanas, y trayendo sobre todos el justo juicio que merecen: como también David, significándolo manifiestamente, dice: Nuestro Dios vendrá manifiestamente, y no callará (Sal 50,3). Después manifestó también el juicio que él trae, diciendo: Arderá un fuego en su presencia, y en torno a él una tempestad violenta. Convocará al cielo desde lo alto, y a la tierra, para discernir a su pueblo (Sal 50,3-4).

CAPÍTULO 19

Con Eva, desobediente y prevaricadora, se compara a la bienaventurada Virgen María, su

abogada; y se refieren herejías varias y discordantes.

1. Así pues, del Señor que venía manifiestamente a lo suyo, portándolo su propia creación, que es portada por él, y que hacía la recapitulación de aquella desobediencia que hubo en el árbol por la obediencia que hay en el árbol, y de aquella seducción deshecha con la que fue malamente seducida la virgen Eva, ya destinada a un varón, recibió bien del ángel, por la verdad, la buena nueva la Virgen María, ya bajo un varón. Pues así como aquella fue seducida por el discurso de un ángel, para huir de Dios, prevaricando contra su palabra, así también esta recibió la buena nueva por un discurso angélico, para llevar a Dios, obedeciendo a su palabra. Y si aquella había desobedecido a Dios, esta, sin embargo, fue persuadida a obedecer a Dios, para que la Virgen María llegara a ser abogada de la virgen Eva. Y así como el género humano fue atado a la muerte por una Virgen, es salvado por una Virgen: equilibrada la balanza, la desobediencia virginal por la obediencia virginal. Pues además, el pecado del protoplasto recibe enmienda por la corrección del primogénito, vencida la prudencia de la serpiente en la sencillez de la paloma, y desatados aquellos vínculos por los cuales estábamos atados a la muerte.

2. Indoctos son todos los herejes, e ignorantes de las disposiciones de Dios, y desconocedores de su disposición que es según el hombre, como ciegos que son acerca de la verdad; ellos mismos contradicen a su propia salvación: unos intro-

duciendo otro Padre fuera del Demiurgo; otros diciendo que el mundo y su sustancia fueron hechos por ciertos ángeles; otros, que ella, lejos y muy separada de aquel que según ellos es el Padre, floreció por sí misma y nació de sí misma; otros, que tuvo su sustancia del defecto y de la ignorancia dentro de lo que es contenido por el Padre; otros desprecian la venida manifiesta del Señor, no recibiendo su encarnación; otros, a su vez, ignorando la dispensación de la Virgen, dicen que fue engendrado de José; y algunos dicen que ni el alma ni el cuerpo pueden recibir la vida eterna, sino solo el hombre interior. Y pretenden que este sea el entendimiento que hay en ellos, del cual también deciden que solo él asciende a lo perfecto; otros dicen que, salvada el alma, su cuerpo no participa de la salvación que viene de Dios, como dijimos en el primer libro. En el cual expusimos también las tramas de todos ellos, y en el segundo mostramos su invalidez e inconsistencia.

CAPÍTULO 20

Hay que escuchar a los pastores, a quienes los apóstoles confiaron las iglesias, que tienen una y la misma doctrina de salvación; hay que huir de los herejes; y en los misterios de la fe hay que saber con sobriedad.

1. Pues todos estos son muy posteriores a los obispos a quienes los apóstoles entregaron las iglesias: y esto lo manifestamos con toda diligencia en el libro tercero. Los herejes mencionados tienen, pues, necesidad, puesto que son ciegos

para la verdad, de andar desviándose ora por un camino, ora por otro; y por esto las huellas de su doctrina están dispersas sin concordancia y sin coherencia. Pero la senda de los que son de la Iglesia rodea el mundo entero, como que tiene la firme tradición que viene de los apóstoles, y nos da a ver que la fe de todos es una y la misma, pues todos enseñan uno y el mismo Dios Padre, y creen la misma disposición de la encarnación del Hijo de Dios, y conocen el mismo don del Espíritu, y meditan los mismos preceptos, y guardan la misma forma del orden que concierne a la Iglesia, y esperan la misma venida del Señor, y aguardan la misma salvación del hombre entero, es decir, del alma y del cuerpo. Y la predicación de la Iglesia es verdadera y firme, en la cual se muestra en el mundo entero uno y el mismo camino de salvación. Pues a ella se le ha confiado la luz de Dios, y por esto la sabiduría de Dios, por la cual salva a todos los hombres, es cantada en la salida, actúa con franqueza en las plazas, es predicada en lo alto de los muros, habla con constancia en las puertas de la ciudad (Prov 1,20-21). Pues en todas partes la Iglesia predica la verdad: y esta es la lámpara heptámyxos, que porta la luz de Cristo.

2. Los que, pues, abandonan el pregón de la Iglesia acusan de impericia a los santos presbíteros, sin considerar cuánto más vale un iletrado religioso que un sofista blasfemo e impudente. Y tales son todos los herejes, y los que piensan que encuentran algo más fuera de la verdad: siguiendo lo que se ha dicho antes, haciendo su camino de modo vario, y multiforme, y débil, no

teniendo siempre las mismas opiniones sobre las mismas cosas, son llevados de acá para allá como ciegos por ciegos: con justicia caerán en la fosa de la ignorancia oculta debajo, siempre buscando y nunca hallando la verdad. Hay que huir, pues, de sus opiniones, y vigilar con más atención, no sea que en algún punto seamos dañados por ellos; y refugiarse en la Iglesia, y ser educados en su seno, y nutrirse de las Escrituras del Señor. Pues ha sido plantada la Iglesia, paraíso en este mundo. De todo árbol, pues, del paraíso comeréis alimento, dice el Espíritu de Dios (Gn 2,16); es decir, comed de toda Escritura del Señor: pero con un entendimiento engreído no comáis, ni toquéis ninguna disensión herética. Pues confiesan que ellos mismos tienen el conocimiento del bien y del mal: y lanzan sus impíos entendimientos por encima del Dios que los hizo. Sienten, pues, por encima de lo que es la medida de la percepción. Por lo cual también el Apóstol dice: No saber más de lo que conviene saber, sino saber con prudencia (Rom 12,3); para que no, comiendo el conocimiento de ellos, que sabe más de lo que conviene, seamos arrojados del paraíso de la vida: al cual el Señor introduce a los que obedecen su mandato, recapitulando en sí todas las cosas que están en los cielos, y las que están sobre la tierra (Ef 1,10): pero las que están en los cielos son espirituales; y las que están en la tierra son la disposición según el hombre. Estas cosas, pues, las recapituló en sí mismo, aunando al hombre con el Espíritu, y colocando el Espíritu en el hombre; él mismo se hizo cabeza del Espíritu, y da al Espíritu ser cabe-

za del hombre: pues por él hemos visto, y oído, y hablamos.

CAPÍTULO 21

Cristo es la cabeza de todo lo que fue predicho; convenía que asumiera al hombre, que fuera enviado por el Padre, Creador de todas las cosas, y tentado por Satanás, para cumplir las promesas y alcanzar una victoria gloriosa y consumada.

1. Así pues, recapitulando todas las cosas, las recapituló: tanto provocando a la guerra a nuestro enemigo, como aplastando al que al principio nos había llevado cautivos en Adán, y pisando su cabeza, como tienes en el Génesis que Dios dijo a la serpiente: Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente de ella; él acechará tu cabeza, y tú acecharás su calcañar (Gn 3,15). Pues desde entonces, el que había de nacer de mujer, de una Virgen, según la semejanza de Adán, era pregonado como el que acecha la cabeza de la serpiente. Y esta es la simiente de la que habla el Apóstol en la Carta a los Gálatas: La ley de los hechos fue puesta hasta que viniera la simiente a quien se le prometió (Gál 3,19). Y aún más manifiestamente lo muestra en la misma Carta, diciendo así: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, hecho de mujer (Gál 4,4). Pues no habría sido vencido con justicia el enemigo, si no hubiera sido hombre de mujer el que lo venció. Pues por medio de una mujer dominó sobre el hombre desde el principio, poniéndose a sí mismo como contrario del hombre. Por esto también el Señor se confiesa a sí mismo

Hijo del hombre, recapitulando en sí mismo a aquel hombre original del cual fue hecha la plasmación que es según la mujer: para que, así como por un hombre vencido descendió nuestro linaje a la muerte, así de nuevo por un hombre vencedor subamos a la vida. Y así como la muerte obtuvo la palma contra nosotros por un hombre, así de nuevo nosotros obtengamos la palma contra la muerte por un hombre.

2. Pero el Señor no habría recapitulado en sí mismo aquella antigua y primera enemistad contra la serpiente, cumpliendo la promesa del Demiurgo y llevando a término su precepto, si hubiera venido de otro Padre. Pero como es uno y el mismo el que al principio nos plasmó y al fin envió a su Hijo, el Señor llevó a término su precepto, hecho de mujer, destruyendo a nuestro adversario y perfeccionando al hombre según la imagen y semejanza de Dios. Y por esto no lo destruyó de otra parte sino de los dichos de la Ley, sirviéndose del precepto del Padre como auxiliar para la destrucción y el desenmascaramiento del ángel apóstata. Primero, ayunando cuarenta días, como Moisés y Elías, después tuvo hambre, para que entendamos que es hombre verdadero y firme; pues es propio del hombre tener hambre cuando ayuna; y después, para que el adversario tuviera dónde trabar combate. Pues como al principio, por medio del alimento, sedujo al hombre, que no tenía hambre, a transgredir el precepto de Dios, al fin no pudo disuadir al que tenía hambre de aguardar el alimento que venía de Dios. Pues tentándolo él y diciendo: Si eres Hijo de Dios,

di que estas piedras se conviertan en panes (Mt 4,3), el Señor lo rechazó por el precepto de la Ley, diciendo: Escrito está: No solo de pan vive el hombre (Mt 4,4; Dt 8,3). A aquello que dijo: Si eres Hijo de Dios, se sirvió de esta confesión de hombre, que lo cegó, y por el dicho del Padre anuló su primer asalto. Así pues, la saciedad del hombre que hubo en el paraíso por una doble gustación fue deshecha por la indigencia que hubo en este mundo.

Pero él, rechazado por la Ley, intentó a su vez de nuevo, por medio de la mentira, trabar combate legítimamente. Pues, llevándolo al pináculo más alto del templo, dijo: Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está que ha mandado a sus ángeles acerca de ti, y te llevarán en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra una piedra (Mt 4,6; Sal 91,11-12); escondiendo una mentira por medio de la Escritura, lo cual hacen todos los herejes. Pues aquello de que ha mandado a sus ángeles acerca de él estaba escrito; pero arrójate abajo no lo decía ninguna Escritura: sino que esta persuasión la aportaba el diablo de sí mismo. El Señor, pues, lo refutó legítimamente, diciendo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios (Mt 4,7; Dt 6,16); mostrando por la voz que está en la Ley, en lo que es según el hombre, que el hombre no debe tentar a Dios; y en cuanto a aquel, que en el hombre que se veía no tentara al Señor su Dios. Así, la soberbia del entendimiento que hubo en la serpiente fue deshecha por la humildad que hubo en el hombre: y ya dos veces había sido vencido el diablo por la Escritura, cuando

fue desenmascarado aconsejando lo contrario al precepto de Dios, y mostrado según su propio juicio enemigo de Dios.

Y él, refutado grandemente y como recogiéndose a sí mismo, ordenando en la mentira todo el poder que tenía, la tercera vez le mostró todos los reinos del siglo, diciendo, como recuerda Lucas: Todas estas cosas te daré, porque me han sido entregadas, y las doy a quien quiero, si postrándote me adoras (Lc 4,6-7). El Señor, pues, desenmascarando quién era: Vete, dice, Satanás; pues escrito está: Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás (Mt 4,10). Desnudándolo por medio de este nombre, y mostrando quién era él mismo. Pues Satana, palabra hebrea, significa apóstata. Y así, venciéndolo por tercera vez, lo rechazó de sí en adelante, como vencido legítimamente: y fue deshecha la prevaricación del precepto de Dios que había habido en Adán, por el precepto de la Ley, que guardó el Hijo del hombre, no transgrediendo el precepto de Dios.

3. ¿Quién es, pues, el Señor Dios al que Cristo da testimonio; a quien nadie tentará, y a quien todos deben adorar, y servir a él solo? Es de todos modos, sin duda, aquel Dios que también dio la Ley. Pues estas cosas habían sido predichas en la Ley, y por la sentencia de la Ley mostró el Señor que la Ley, en verdad, anuncia de parte del Padre el Verbo del Señor; pero el ángel apóstata de Dios es destruido por la voz de aquel, desenmascarado quién era, y vencido por el Hijo del hombre que guarda el precepto de Dios. Pues como al principio persuadió al hombre a transgredir el precepto

del Hacedor, por eso lo tuvo en su potestad; y su potestad es la transgresión y la apostasía, y con ellas ató al hombre; era necesario, al contrario, que, vencido por medio del mismo hombre, fuera atado él con los mismos vínculos con que había atado al hombre, para que el hombre, desatado, vuelva a su Señor, dejando los vínculos, es decir, la transgresión, a aquel por quien él mismo había sido atado. Pues su atadura se hizo desatadura del hombre, porque nadie puede entrar en la casa del fuerte y saquear sus bienes, si primero no ata al fuerte mismo (Mt 12,29). Al contrario, pues, el Señor lo desenmascaró por el discurso del Dios que hizo todas las cosas, y lo sometió por medio del precepto (y el precepto de Dios es la Ley): su hombre lo mostró fugitivo, y transgresor de la Ley, y apóstata de Dios; y después el Verbo lo ató firmemente, como a fugitivo suyo, y saqueó sus bienes, es decir, a los hombres que eran retenidos por él, de los que él mismo se servía injustamente. Y fue llevado cautivo con justicia el que injustamente había llevado cautivo al hombre; y el hombre, que antes había sido llevado cautivo, fue sacado de la potestad de su poseedor, según la misericordia de Dios Padre: que se compadeció de su hechura, y le dio la salvación, reintegrándola por medio del Verbo, es decir, por medio de Cristo; para que el hombre aprenda por experiencia que no de sí mismo, sino por don de Dios recibe la incorrupción.

CAPÍTULO 22

El Señor verdadero y Dios uno es declarado por la Ley, y manifestado en el Evangelio por Cristo su Hijo; solo a él hay que adorar, y de él hay que esperar todos los bienes, no de Satanás.

1. Así pues, mostrando manifiestamente el Señor que el Señor verdadero y Dios uno es el que había sido declarado por la Ley (pues al Dios que la Ley había pregonado, a este Cristo lo muestra como Padre, al cual solo deben servir también los discípulos de Cristo), y anulando a nuestro adversario por medio de las sentencias que están en la Ley (y la Ley nos manda alabar a Dios Demiurgo, y servirle solo a él): ya no hay que buscar otro Padre fuera de este, o por encima de este; porque uno es Dios, que justifica a la circuncisión por la fe, y al prepucio por medio de la fe (Rom 3,30). Pues si hubiera otro Padre perfecto por encima de este, de ningún modo habría destruido a Satanás por medio de las palabras y los preceptos de este. Pues no puede la ignorancia ser disuelta por otra ignorancia; como tampoco el defecto ser anulado por el defecto. Si, pues, la Ley procede de la ignorancia y del defecto, ¿cómo podían las sentencias que hay en ella librar de la ignorancia diabólica, y vencer al fuerte? Pues el fuerte no puede ser vencido ni por uno menor, ni por un igual, sino por el que puede más. Y el que puede más, por encima de todas las cosas, es el Verbo de Dios, que en la Ley clama: Escucha, Israel: el Señor tu Dios es un solo Dios (Dt 6,4), y: Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma (Dt 6,5), y: A este adorarás, y a este solo servirás (Dt 6,13). Y en el Evangelio, destruyendo la apostasía por medio de estas mismas

sentencias, venció al fuerte con la voz del Padre, y confiesa que el precepto de la Ley son sus propias sentencias, diciendo: No tentarás al Señor tu Dios (Mt 4,7; Dt 6,16). Pues no por una sentencia ajena, sino por la propia de su Padre, destruyó al adversario y venció al fuerte.

2. Y a nosotros, desatados por medio de este mismo precepto, nos enseñó, cuando tenemos hambre, a aguardar el alimento que es dado por Dios; y, puestos en la altura de todo carisma, o confiando en obras de justicia, o adornados con la supereminencia del ministerio, a no engreírnos de ningún modo, ni tentar a Dios, sino a sentir humildemente en todo, y a tener a mano: No tentarás al Señor tu Dios (Dt 6,16); como también el Apóstol enseñó, diciendo: No pensando cosas altas, sino conformándoos con los humildes (Rom 12,16); a no dejarnos atrapar ni por las riquezas, ni por la gloria mundana, ni por la apariencia presente; sino a saber que hay que adorar al Señor tu Dios, y servirle solo a él, y no creer al que falsamente prometió lo que no era suyo, diciendo: Todas estas cosas te daré, si postrándote me adoras (Mt 4,9). Pues él mismo confiesa que adorarlo a él y hacer su voluntad es caer de la gloria de Dios. ¿Y de qué cosa suave o buena puede participar el que ha caído? ¿O qué otra cosa puede esperar o aguardar uno así, sino la muerte? Pues para el que ha caído, la muerte está cerca. Además, ni siquiera dará lo que prometió. Pues ¿cómo lo dará al que ha caído? Además, porque Dios domina sobre los hombres, y sobre él mismo; y sin la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos, ni un gorrión

caerá a tierra. Aquello, pues, que dijo: Todas estas cosas me han sido entregadas, y las doy a quien quiero (Lc 4,6), lo dijo como engreído en la soberbia. Pues la creación no está bajo su potestad, ya que también él mismo es una de las criaturas. Ni él mismo asignará a los hombres el reino de los hombres; sino que según el orden de Dios Padre se disponen tanto todas las demás cosas como las que conciernen a los hombres. Pero el Señor dice: El diablo es mentiroso desde el principio, y no se mantuvo en la verdad (Jn 8,44). Si, pues, es mentiroso y no se mantiene en la verdad, es evidente que no decía la verdad al decir: Todas estas cosas me han sido entregadas, y las doy a quien quiero (Lc 4,6), sino que hablaba mentira.

CAPÍTULO 23

El diablo está acostumbrado a las mentiras; seducido por ellas, Adán pecó el sexto día de la creación, día en que por fin fue restaurado por Cristo.

1. Pues estaba ya acostumbrado a mentir contra Dios para la seducción de los hombres. Pues como al principio Dios hubiera dado al hombre mucho alimento, y le hubiera mandado no comer de un solo árbol, como dice la Escritura que Dios dijo a Adán: De todo árbol que está en el paraíso comerás alimento; pero del árbol de conocer el bien y el mal, de él no comeréis; pero el día en que comáis de él, moriréis de muerte (Gn 2,16-17); aquel, mintiendo contra el Señor, tentó al hombre, como dice la Escritura que la serpiente dijo a la mujer: ¿Por qué dijo Dios: No comáis de todo

árbol del paraíso? (Gn 3,1) Y como ella hubiera desenmascarado la mentira, y hubiera referido con sencillez el precepto, diciendo: De todo árbol del paraíso comeremos; pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis (Gn 3,2-3); habiendo aprendido de la mujer el precepto de Dios, usando de astucia, la engañó de nuevo con una mentira, diciendo: No moriréis de muerte. Pues sabía Dios que el día en que comáis de él se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal (Gn 3,4-5). Primero, en el paraíso de Dios, disputaba acerca de Dios como si estuviera ausente: pues ignoraba la grandeza de Dios. Después, aprendiendo de ella que el Señor había dicho que morirían si gustaban del árbol mencionado, diciendo la tercera mentira, dijo: No moriréis de muerte (Gn 3,4). Pero que Dios es veraz, y mentirosa la serpiente, se mostró por el efecto, al sobrevenir la muerte a los que habían comido. Pues junto con el alimento adquirieron también la muerte, porque comían desobedientes; y la desobediencia a Dios acarrea la muerte. Por esto desde entonces fueron entregados a ella, hechos deudores de la muerte.

2. En el mismo día, pues, en que comieron, también murieron, y se hicieron deudores de la muerte, porque uno es el día de la creación. Pues se hizo tarde, dice, y se hizo mañana, un día (Gn 1,5). Y en este mismo día comieron; y en este mismo también murieron. Pero según el ciclo y el curso de los días, según el cual uno se llama primero, otro segundo, otro tercero, si alguien quiere

aprender con diligencia en cuál de los siete días murió Adán, lo encontrará por la disposición del Señor. Pues recapitulando en sí al hombre entero desde el principio hasta el fin, recapituló también su muerte. Es manifiesto, pues, que el Señor sufrió la muerte, obediente al Padre, en aquel día en que murió Adán, desobediente a Dios. Y en el día en que murió, en ese mismo también comió. Pues dijo Dios: El día en que comáis de él, moriréis de muerte (Gn 2,17). Recapitulando, pues, en sí mismo este día, el Señor vino a la Pasión la víspera del sábado, que es el sexto día de la creación, en el que fue plasmado el hombre; dándole por su Pasión la segunda plasmación, la que viene de la muerte. Algunos, a su vez, remiten la muerte de Adán al año milésimo: pues como el día del Señor es como mil años (2 Pe 3,8), no sobrepasó los mil años, sino que murió dentro de ellos, cumpliendo la sentencia de la transgresión. Ya sea, pues, según la desobediencia, que es la muerte; ya porque desde entonces fueron entregados y se hicieron deudores de la muerte; ya según el uno y el mismo día en que comieron y murieron, porque uno es el día de la creación; ya según este ciclo de los días, porque murieron en el mismo día en que también comieron, esto es, la Parasceve, que se llama la cena pura, es decir, la feria sexta, que también el Señor mostró padeciendo en ella; ya según que no sobrepasó los mil años, sino que murió dentro de ellos: según todo lo que se significa, pues, Dios es veraz, pues murieron los que gustaron del árbol; pero la serpiente se mostró mentirosa, y homicida, como dice de ella el Señor: Es homicida

desde el principio, y no se mantuvo en la verdad (Jn 8,44).

CAPÍTULO 24

Sobre la perpetua mentira del diablo; sobre las potestades a las que debemos obedecer, y sobre los imperios terrenos, en cuanto son establecidos por Dios y no por el diablo.

1. Así como, pues, mintió al principio, así también al fin mentía, diciendo: Todas estas cosas me han sido entregadas, y las doy a quien quiero (Lc 4,6). Pues no fue él quien determinó los reinos de este siglo, sino Dios: Pues el corazón del rey está en la mano de Dios (Prov 21,1). Y por medio de Salomón dice también el Verbo: Por mí reinan los reyes, y los poderosos mantienen la justicia. Por mí los príncipes serán ensalzados, y por mí los tiranos gobiernan la tierra (Prov 8,15-16). Y también el apóstol Pablo dice sobre esto mismo: Estad sujetos a todas las potestades superiores: pues no hay potestad sino de Dios. Y las que hay han sido dispuestas por Dios (Rom 13,1). Y otra vez dice de ellas: Pues no sin causa lleva la espada; porque es ministro de Dios, vengador para ira contra el que obra el mal (Rom 13,4). Y que no dijo esto de las potestades angélicas, ni de los príncipes invisibles, como algunos se atreven a exponer, sino de las potestades que son según el hombre, lo dice: Pues por esto también pagáis tributos: porque son ministros de Dios, sirviendo a esto mismo (Rom 13,6). Y esto lo confirmó también el Señor, no haciendo lo que le sugería el diablo, pero mandando dar a los recaudadores de

los tributos el tributo por él y por Pedro: porque son ministros de Dios, sirviendo a esto mismo (Rom 13,6).

2. Pues como el hombre, apartándose de Dios, se embraveció hasta el punto de tener incluso a su consanguíneo por enemigo, y de vivir sin temor en toda inquietud, y homicidio, y avaricia, Dios le impuso un temor humano (pues no conocían el temor de Dios), para que, sometidos a la potestad de los hombres y atados por su ley, alcancen algo de justicia y se moderen unos a otros, temiendo la espada expuesta a la vista, como dice el Apóstol: Pues no sin causa lleva la espada: porque es ministro de Dios, vengador para ira contra el que obra el mal (Rom 13,4). Y por esto también los mismos magistrados, teniendo las leyes como vestidura de justicia, no serán interrogados por cuanto hayan hecho justa y legítimamente, ni pagarán penas. Pero todo lo que hayan ejercido para el derrocamiento de lo justo, inicua, e impíamente, y contra la ley, y a la manera tiránica, en ello también perecerán; pues el justo juicio de Dios alcanza a todos por igual, y en nada falla. Para provecho, pues, de los gentiles fue establecido por Dios el reino terreno (pero no por el diablo, que nunca está del todo quieto; más aún, que ni siquiera quiere que las mismas naciones vivan en tranquilidad); para que, temiendo el reino de los hombres, los hombres no se devoren unos a otros como peces, sino que por la institución de las leyes repriman la multiforme injusticia de los gentiles. Y según esto son ministros de Dios los

que nos exigen tributos, sirviendo a esto mismo (Rom 13,6).

3. Las potestades que hay han sido ordenadas por Dios (Rom 13,1): es manifiesto que miente el diablo, cuando dice: Me han sido entregadas, y las doy a quien quiero (Lc 4,6). Pues por mandato de aquel por quien nacen los hombres, por mandato de este son constituidos también los reyes, adecuados a aquellos que en aquel tiempo son gobernados por ellos. Pues algunos de ellos son dados para corrección y provecho de los súbditos, y conservación de la justicia; otros, para temor, y castigo, e increpación; otros, para burla, y afrenta, y soberbia, según también lo merecen; pues el justo juicio de Dios, como dijimos antes, sobreviene a todos por igual. Pero el diablo, como es un ángel apóstata, solo puede esto, lo que descubrió al principio: seducir y apartar la mente del hombre hacia la transgresión de los preceptos de Dios, y cegar poco a poco los corazones de los que intentaran servirle, para que olviden al Dios verdadero, y lo adoren a él como Dios.

4. Y así como, si algún apóstata, tomando hostilmente alguna región, perturba a los que están en ella, para reivindicar para sí la gloria de rey ante los que ignoran que es apóstata y ladrón; así también el diablo, siendo uno de aquellos ángeles que fueron puestos sobre el espíritu del aire, como lo manifestó el apóstol Pablo en la Carta a los Efesios, envidiando al hombre, se hizo apóstata de la ley divina: pues la envidia es ajena a Dios. Y como por medio del hombre fue desenmascarada su apostasía, y el hombre se hizo la

prueba de su juicio, por esto se constituyó cada vez más en contrario del hombre, envidiando su vida, y queriendo encerrarlo en su potestad apóstata. El Verbo de Dios, Artífice de todas las cosas, venciéndolo por medio del hombre, y mostrándolo apóstata, al contrario lo sometió al hombre, diciendo: He aquí que os doy potestad de pisar sobre serpientes, y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo (Lc 10,19); para que, así como dominó sobre el hombre por la apostasía, así de nuevo, por el hombre que vuelve a Dios, sea anulada su apostasía.

CAPÍTULO 25

El fraude, la soberbia y el reinado tiránico del Anticristo, tal como los describen Daniel y Pablo.

1. Y no solo por lo que se ha dicho, sino también por lo que sucederá bajo el Anticristo, se muestra que, siendo apóstata y ladrón, quiere ser adorado como Dios; y que, siendo esclavo, quiere ser pregonado rey. Pues aquel, tomando sobre sí todo el poder del diablo, vendrá no como rey justo, ni como legítimo en sujeción a Dios, sino impío, e injusto, y sin ley, como apóstata, e inicuo, y homicida, como ladrón, recapitulando en sí mismo la apostasía diabólica; y apartando los ídolos, para persuadir de que él mismo es Dios, pero alzándose a sí mismo como único ídolo, teniendo en sí mismo el error variado de los demás ídolos, para que los que por medio de muchas abominaciones adoran al diablo le sirvan a él por medio de este único ídolo; de él dice así el Apóstol en la segunda Epístola a los tesalonicenses: Porque

si no viene primero el alejamiento, y se revela el hombre de pecado, el hijo de la perdición, que se opone y se alza sobre todo lo que se llama Dios o se adora, de modo que se sienta en el templo de Dios, mostrándose a sí mismo como si fuera Dios (2 Tes 2,3-4). Manifiestamente, pues, muestra el Apóstol su apostasía, y que se alza sobre todo lo que se llama Dios o lo que se adora, es decir, sobre todo ídolo (pues estos son los que ciertamente son llamados así por los hombres, pero no son dioses), y que él mismo intentará, a la manera de un tirano, mostrarse Dios.

2. Además de esto, manifestó también aquello que hemos mostrado de muchas maneras: que el templo de Jerusalén fue hecho por disposición del Dios verdadero. Pues el mismo Apóstol, en su propia persona, llamó de manera definitiva a aquel templo templo de Dios. Ahora bien, en el tercer libro hemos mostrado que ninguno es llamado Dios por los apóstoles en su propia persona, sino aquel que es verdaderamente Dios, el Padre de nuestro Señor; por cuyo mandato fue hecho este templo que está en Jerusalén, por las causas que hemos dicho; y en él se sentará el adversario, intentando mostrarse a sí mismo como Cristo, como también dice el Señor: Pero cuando veáis la abominación de la desolación, de la que se habló por medio del profeta Daniel, puesta en el lugar santo (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes; y el que esté en el terrado no baje a tomar cosa alguna de la casa. Porque habrá entonces una gran angus-

tia, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá (Mt 24,15-17.21).

3. Y Daniel, mirando al fin del último reino, es decir, a los últimos diez reyes entre los que se divide el reino de aquellos, sobre los cuales vendrá el hijo de la perdición, dice que a la bestia le nacen diez cuernos, y que en medio de ellos nace otro cuerno pequeño, y que tres de los cuernos anteriores son arrancados delante de su rostro. Y he aquí, dice, ojos como ojos de hombre en este cuerno, y una boca que habla cosas grandes, y su aspecto mayor que el de los demás. Yo miraba, y aquel cuerno hacía la guerra contra los santos, y prevalecía contra ellos, hasta que vino el Anciano de días, y dio el juicio a los santos del Dios altísimo; y llegó el tiempo, y los santos obtuvieron el reino (Dan 7,8.20-22). Después, en la explicación de las visiones, se le dijo: La cuarta bestia será un cuarto reino sobre la tierra, que sobresaldrá por encima de los demás reinos, y devorará toda la tierra, y la pisoteará, y la despedazará. Y sus diez cuernos: diez reyes se levantarán; y después de ellos se levantará otro, que superará en males a todos los que fueron antes de él, y humillará a tres reyes, y hablará palabras contra el Dios altísimo, y quebrantará a los santos del Dios altísimo, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y será puesto en su mano hasta un tiempo de tiempos y medio tiempo (Dan 7,23-25), es decir, por tres años y seis meses, en los cuales vendrá y reinará sobre la tierra. De él también, a su vez, el apóstol Pablo, en la segunda a los tesalonicenses, anunciando a la vez la causa de su venida, dice así: Y entonces se reve-

lará el inicuo, al que el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca y destruirá con la presencia de su venida; cuya venida es según la operación de Satanás, con todo poder, y señales, y portentos de mentira, y con toda seducción de la malicia para los que perecen, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Y por eso Dios les enviará la operación del error, para que crean a la mentira, para que sean juzgados todos los que no creyeron a la verdad, sino que consintieron en la iniquidad (2 Tes 2,8-12).

4. Y también el Señor decía esto mismo a los que no creían en él: Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me habéis recibido; cuando venga otro en su propio nombre, a ese lo recibiréis (Jn 5,43), llamando «otro» al Anticristo, que es ajeno al Señor; y él es el juez inicuo del que habló el Señor, que no temía a Dios ni respetaba al hombre (Lc 18,2), en quien se refugió la viuda olvidada de Dios, es decir, la Jerusalén terrena, para ser vengada del enemigo. Lo cual hará también en el tiempo de su reinado: trasladará el reino a ella, y se sienta en el templo de Dios, seduciendo a los que lo adoran, como si él mismo fuera Cristo. Por lo cual dice de nuevo Daniel: Y el santuario será desolado; y fue dado el pecado en sacrificio, y la justicia fue arrojada por tierra; y lo hizo, y prosperó (Dan 8,11-12). Y el ángel Gabriel, explicando su visión, decía de este mismo: Y en lo último de su reino se levantará un rey de rostro muy desvergonzado, y que entiende las cuestiones, y su poder es fuerte, y admirable; y corromperá, y dirigirá, y hará, y exterminará a los fuertes,

y al pueblo santo; y el yugo de su collar será dirigido; el engaño está en su mano, y en su corazón se ensalzará, y con engaño destruirá a muchos, y se alzará para la perdición de muchos, y los quebrantará como huevos con la mano (Dan 8,23-25). Luego significa también el tiempo de su tiranía, en el cual tiempo serán puestos en fuga los santos que ofrecen al Señor un sacrificio puro: Y en la mitad de la semana, dice, se quitará el sacrificio y la libación, y al templo la abominación de la desolación, y hasta la consumación del tiempo se dará consumación sobre la desolación (Dan 9,27); y media semana son tres años y seis meses.

5. Por todas estas cosas se manifiestan no solo las cosas de la apostasía y las de aquel que recapitula en sí mismo todo el error diabólico, sino también que el Padre es uno y el mismo Dios, anunciado por los profetas y manifestado por Cristo. Pues si el Señor confirmó lo que fue profetizado por Daniel acerca del fin, diciendo: Cuando veáis la abominación de la desolación, de la que se habló por medio del profeta Daniel (Mt 24,15) (ahora bien, a Daniel le dio el ángel Gabriel la explicación de las visiones; y este es el arcángel del Demiurgo, y este mismo anunció a María la buena nueva de la venida manifiesta y de la encarnación de Cristo), uno y el mismo Dios se muestra del modo más manifiesto, que envió a los profetas, y envió por delante al Hijo, y nos llamó a su conocimiento.

CAPÍTULO 26

Puesto que Juan y Daniel predijeron la disolución y la desolación del imperio romano, que precederá al fin del mundo y al reino eterno de Cristo, se refuta a los gnósticos que fingen otro Padre distinto del Demiurgo, instrumentos de Satanás, por cuya obra este blasfema ahora abiertamente contra Dios.

1. Más manifiestamente aún, acerca del último tiempo y de los diez reyes que están en él, entre los cuales se dividirá el imperio que ahora reina, lo significó Juan, el discípulo del Señor, en el Apocalipsis, exponiendo qué eran los diez cuernos que fueron vistos por Daniel, y diciendo que así se le había dicho: Y los diez cuernos que viste son diez reyes, que todavía no han recibido el reino, pero recibirán poder como reyes por una hora con la bestia. Estos tienen un solo parecer, y dan su poder y su potestad a la bestia. Estos pelearán con el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes (Ap 17,12-14). Es manifiesto, pues, que de estos matará a tres aquel que ha de venir, y los demás le serán sometidos, y él mismo, el octavo entre ellos; y devastarán Babilonia, y la quemarán con fuego, y darán su reino a la bestia, y pondrán en fuga a la Iglesia; y después serán destruidos por la venida de nuestro Señor. Pues, como es necesario que el reino se divida y así perezca, dice el Señor: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado; y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no subsistirá (Mt 12,25). Es necesario, pues, que el reino, y la ciudad, y la casa se dividan en diez; y por eso prefiguró ya la partición y la división.

Y Daniel dice con cuidado que el fin del cuarto reino son los dedos de los pies de aquella imagen que fue vista por Nabucodonosor, sobre los cuales vino la piedra cortada sin manos; y como él mismo dice: Los pies, una parte de hierro y una parte de barro, hasta que fue cortada la piedra sin manos, y golpeó la imagen en los pies de hierro y de barro, y los desmenuzó hasta el fin (Dan 2,33-34). Después, en la explicación, dice: Y por cuanto viste los pies y los dedos, una parte de barro y otra de hierro, el reino será dividido, y habrá en él algo de la raíz de hierro, como viste el hierro mezclado con el barro cocido. Y los dedos de los pies, una parte de hierro, y otra parte de barro (Dan 2,41-42). Así pues, los diez dedos de los pies son los diez reyes entre los que se dividirá el reino: de los cuales unos serán fuertes y ágiles, o eficaces, y otros perezosos e inútiles, y no estarán de acuerdo; como también dice Daniel: Una parte del reino será fuerte, y de él una parte será quebradiza. Puesto que viste el hierro mezclado con el barro cocido, habrá mezclas en la simiente de los hombres, y no estarán unidos unos con otros, como el hierro no se mezcla con el barro cocido (Dan 2,42-43). Y que habrá un fin, lo dice así: Y en los días de aquellos reyes el Dios del cielo suscitará un reino que por siempre no será corrompido, y su reino no será dejado a otro pueblo. Desmenuzará y aventará todos los reinos, y él mismo será exaltado para siempre. Como viste que del monte fue cortada una piedra sin manos, y desmenuzó el barro cocido, el hierro, y el bronce, y la plata, y el oro. El gran Dios ha significado al rey lo que ha de

suceder después de esto; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación (Dan 2,44-45).

2. Si, pues, el gran Dios significó por medio de Daniel lo que había de venir, y lo confirmó por medio del Hijo; y Cristo es la piedra que fue cortada sin manos, que destruirá los reinos temporales e introducirá el eterno, que es la resurrección de los justos (El Dios del cielo, dice, resucitará un reino que por siempre nunca será corrompido): que, refutados, vuelvan en sí los que rechazan al Demiurgo y no admiten que los profetas fueron enviados de antemano por aquel Padre del que también vino el Señor, sino que aseveran que las profecías fueron hechas por Poderes diferentes. Pues lo que fue predicho por el Demiurgo igualmente por medio de todos los profetas, eso lo cumplió Cristo al fin, sirviendo a la voluntad de su Padre y llevando a cabo las disposiciones relativas al género humano. Así pues, los que blasfeman contra el Demiurgo, ya sea con sus mismas palabras y abiertamente, como los que proceden de Marción, ya sea trastornando el significado, como los que proceden de Valentín y todos los que falsamente se dice que son gnósticos, sean reconocidos por todos los que adoran a Dios como instrumentos de Satanás, por medio de los cuales Satanás ahora, y no antes, ha sido visto maldecir a Dios, que preparó el fuego eterno para toda apostasía. Pues por sí mismo no se atreve a blasfemar a cara descubierta contra su Señor; como también al principio sedujo al hombre por medio de la serpiente, como ocultándose de Dios. Bien dijo Justino que, antes de la venida del Señor,

Satanás nunca se atrevió a blasfemar contra Dios, puesto que aún no conocía su condenación: porque en parábolas y alegorías había sido dicho esto de él por los profetas. Pero después de la venida del Señor, sabiendo claramente por las palabras de Cristo y de sus apóstoles que el fuego eterno ha sido preparado para él, que se apartó de Dios por su propia voluntad, y para todos los que perseveran sin penitencia en la apostasía, por medio de hombres de esta clase blasfema contra aquel Dios que trae el juicio, como ya condenado, e imputa el pecado de su apostasía a su Creador, y no a su propia voluntad y juicio; como también los que traspasan las leyes y sufren las penas se quejan de los legisladores, pero no de sí mismos. Así también estos, llenos de espíritu diabólico, levantan innumerables acusaciones contra nuestro Hacedor, que nos dio el Espíritu de vida y puso una ley apta para todos; y no quieren que el juicio de Dios sea justo. Por lo cual también idean otro Padre, que ni cuida ni provee de las cosas que nos atañen, o que incluso consiente en todos los pecados.

CAPÍTULO 27

Sobre el juicio futuro por Cristo; sobre la comunión con Dios y la separación de él; y sobre los castigos eternos de los infieles.

1. Porque si el Padre no juzga, o no le concierne, o consiente en todo lo que se hace; y si no juzga, todos estarán en igualdad y serán contados en el mismo estado. Superflua será entonces la venida de Cristo, y contradictoria, en cuanto que no juz-

garía. Porque vino a dividir al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra (Mt 10,35); y, cuando dos estén en un mismo lecho, a tomar al uno y dejar al otro; y, de dos que muelen en el molino, a tomar a la una y dejar a la otra; al fin, a mandar a los segadores que recojan primero la cizaña, y la aten en gavillas, y la quemen con fuego inextinguible, pero que recojan el trigo en el granero; y a llamar a los corderos al reino preparado, pero a enviar a los cabritos al fuego eterno, que fue preparado por su Padre para el diablo y sus ángeles. ¿Y qué, pues? ¿Vino el Verbo para caída y para resurrección de muchos (Lc 2,34)? Para caída, ciertamente, de los que no creen en él, a los cuales también amenazó con una condenación en el juicio mayor que la de Sodoma y Gomorra; pero para resurrección de los que creen y hacen la voluntad de su Padre, que está en los cielos. Si, pues, la venida del Hijo llega igualmente sobre todos, pero es judicial y discierne entre creyentes y no creyentes, puesto que por su propio juicio los creyentes hacen su voluntad, y por su propio juicio los desobedientes no se acercan a su doctrina, es manifiesto que también su Padre hizo a todos igualmente, teniendo cada uno su propio juicio y un entendimiento libre; y mira todas las cosas y provee a todos, haciendo salir su sol sobre malos y buenos, y lloviendo sobre justos e injustos (Mt 5,45).

2. Y a todos los que guardan el amor hacia él les concede su comunión. Y la comunión con Dios es vida y luz, y el goce de los bienes que hay junto a él. Pero sobre todos los que por su propio juicio se

apartan de él trae la separación que ellos mismos han elegido. Y la separación de Dios es muerte; y la separación de la luz, tinieblas; y la separación de Dios, la pérdida de todos los bienes que hay junto a él. Así pues, los que por la apostasía perdieron lo que se ha dicho, como despojados de todos los bienes, viven en todo castigo; no castigándolos Dios principalmente por sí mismo, sino siguiéndolos el castigo, puesto que están despojados de todos los bienes. Ahora bien, los bienes que vienen de Dios son eternos y sin fin; y por eso también su pérdida es eterna y sin fin: como en una luz inmensa los que se cegaron a sí mismos o fueron cegados por otros están siempre privados del gozo de la luz; no porque la luz les inflija el castigo de la ceguera, sino porque la misma ceguera les acarrea la calamidad. Y por eso decía el Señor: El que cree en mí no es juzgado (Jn 3,18), es decir, no es separado de Dios; pues está aunado a Dios por la fe. Pero el que no cree, dice, ya ha sido juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios (Jn 3,18), es decir, se separó a sí mismo de Dios por un juicio voluntario. Pues este es el juicio: que la luz vino a este mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz. Pues todo el que obra el mal odia la luz, y no viene a la luz, para que no sean desenmascaradas sus obras. Pero el que obra la verdad viene a la luz, para que se manifiesten sus obras, porque ha obrado en Dios (Jn 3,19-21).

CAPÍTULO 28

Sobre la distinción entre los piadosos y los impíos; sobre la apostasía futura bajo el Anticristo; y sobre la consumación del mundo.

1. Puesto que, pues, en este mundo unos corren a la luz y por la fe se unen a Dios, y otros se apartan de la luz y se separan a sí mismos de Dios, vino el Verbo de Dios, trayendo a todos la morada que les conviene: a los que están en la luz, para que gocen de ella y de los bienes que hay en ella; pero a los que están en las tinieblas, para que participen de las calamidades que hay en ellas. Y por eso dice que los que están a la derecha son llamados al reino del Padre, y que a los que están a la izquierda los enviará al fuego eterno. Pues ellos mismos se privaron de todos los bienes.

2. Y por eso dice el Apóstol: Por cuanto no recibieron el amor de Dios para ser salvos, por eso también Dios los enviará a la operación del error, para que crean a la mentira, para que sean juzgados todos los que no creyeron a la verdad, sino que consintieron en la iniquidad (2 Tes 2,10-12). Pues, viniendo aquel, y recapitulando en sí mismo la apostasía por su propio juicio, y obrando por su propia voluntad y albedrío cuanto haya de obrar, y sentándose en el templo de Dios, para que lo adoren como a Cristo los que serán seducidos por él: por lo cual también, con justicia, será arrojado al lago de fuego (Ap 19,20); conociendo Dios de antemano todas las cosas según su providencia, y enviando en el tiempo oportuno al que había de ser tal, para que crean a lo falso, y sean juzgados todos los que no creyeron a la

verdad, sino que consintieron en la iniquidad (2 Tes 2,11-12).

Cuya venida significó así Juan en el Apocalipsis: Y la bestia que yo había visto era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león; y el dragón le dio su poder, y su trono, y gran potestad; y una de sus cabezas como degollada de muerte, y la llaga de su muerte fue curada, y toda la tierra se maravilló en pos de la bestia; y adoraron al dragón, porque dio potestad a la bestia; y adoraron a la bestia diciendo: ¿Quién es semejante a esa bestia, y quién puede pelear contra ella? Y se le dio una boca que hablaba cosas grandes y blasfemia, y se le dio potestad por cuarenta y dos meses. Y abrió su boca blasfema contra Dios, para blasfemar su nombre, y su tabernáculo, y a los que habitan en el cielo. Y se le dio potestad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación. Y la adoraron todos los que habitan sobre la tierra, cuyo nombre no está escrito en el libro de la vida del Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Si alguno tiene oídos, oiga. Si alguno lleva a la cautividad, a la cautividad irá. Si alguno mata a espada, es necesario que él sea muerto a espada. Aquí está la constancia y la fe de los santos (Ap 13,2-10).

Después, también acerca de su escudero, al que llama también falso profeta: Hablaba, dice, como dragón, y ejercía toda la potestad de la primera bestia en su presencia; y hace que la tierra y los que habitan en ella adoren a la primera bestia, cuya llaga de muerte fue curada. Y hará grandes señales, de modo que incluso haga descender

fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres, y seducirá a los que habitan sobre la tierra (Ap 13,11-14). Esto, para que nadie piense que hace las señales por poder divino, sino por operación mágica. Y no hay que maravillarse si, sirviéndole los demonios y los espíritus apóstatas, hace por medio de ellos señales con las que seduce a los que habitan sobre la tierra. Y mandará, dice, que se haga una imagen de la bestia, y dará espíritu a la imagen, de modo que también la imagen hable; y a los que no la hayan adorado los hará matar. Y hará también, dice, que se dé una marca en la frente y en la mano derecha, de modo que nadie pueda comprar ni vender sino el que tenga la marca del nombre de la bestia o el número de su nombre; y que el número es seiscientos sesenta y seis (Ap 13,15-18), es decir, seis veces cien, y diez seis veces, y seis unidades; para recapitulación de toda su apostasía, que ha tenido lugar en seis mil años.

3. Porque en cuantos días fue hecho este mundo, en otros tantos miles de años se consuma. Y por eso dice la Escritura del Génesis: Y fueron consumados el cielo y la tierra, y todo su ornato. Y consumó Dios en el día sexto todas sus obras que hizo, y descansó en el día séptimo de todas sus obras que hizo (Gn 2,1-2). Y esto es a la vez narración de lo ya hecho, tal como fue hecho, y profecía de lo futuro. Pues si el día del Señor es como mil años (2 Pe 3,8), y en seis días fueron consumadas las cosas que fueron hechas, es manifiesto que su consumación es el año seismilésimo.

4. Y por eso, en todo tiempo, el hombre, plasmado al principio por las manos de Dios, es decir, del Hijo y del Espíritu, se hace según la imagen y semejanza de Dios, siendo arrojada la paja, que es la apostasía, y llevado el trigo al granero, que son los que por la fe dan fruto para Dios. Y por eso la tribulación es necesaria para los que se salvan, a fin de que, en cierto modo triturados, y adelgazados, y amasados juntamente con el Verbo de Dios por la paciencia, y cocidos al fuego, sean aptos para el banquete del rey. Como dijo uno de los nuestros, condenado a las fieras por causa de su martirio por Dios: «Porque soy trigo de Cristo, y soy molido por los dientes de las fieras, para ser hallado pan puro de Dios».

CAPÍTULO 29

Que todas las cosas fueron hechas para utilidad de los hombres; y sobre los engaños, la maldad y la violencia apóstata del Anticristo, prefigurados desde el diluvio y después en la persecución de Ananías, Azarías y Misael.

1. En los libros anteriores a este hemos dado las causas por las que Dios permitió que estas cosas sucedieran así; y hemos mostrado que todas las cosas de esta clase fueron hechas para el hombre que se salva, madurando para la inmortalidad lo que es de su propio albedrío y de su propia potestad, y preparándolo para que sea más apto para la eterna sujeción a Dios. Y por eso la creación se emplea en el hombre: pues no fue hecho el hombre por causa de ella, sino que la creación fue hecha por causa del hombre. Pero las

naciones, que tampoco ellas alzaron sus ojos al cielo, ni dieron gracias a su Hacedor, ni quisieron ver la luz de la verdad, sino que, como ratones ciegos escondidos en lo profundo de la necedad, la palabra con justicia las contó como gota de un cántaro, y como el fiel de una balanza, y como nada (Is 40,15.17); tan útiles y aptas para los justos como lo es el tallo para el crecimiento del trigo, y su paja, al quemarse, para el trabajo del oro. Y por eso, cuando al fin la Iglesia sea elevada repentinamente de aquí, habrá, dice, una tribulación cual no la hubo desde el principio, ni la habrá (Mt 24,21). Pues este es el último certamen de los justos, en el cual, venciendo, son coronados con la incorrupción.

2. Y por eso en la bestia que viene se hace la recapitulación de toda iniquidad y de todo engaño, para que todo el poder apóstata, confluyendo y encerrado en ella, sea arrojado al horno de fuego. Y congruentemente también su nombre tendrá el número seiscientos sesenta y seis, recapitulando en sí mismo toda la mezcla de malicia que hubo antes del diluvio, la cual se produjo por la apostasía angélica. Pues Noé tenía seiscientos años, y el diluvio sobrevino a la tierra, destruyendo el levantamiento de la tierra a causa de la generación perversísima que hubo en tiempos de Noé. Y recapitulando también todo el error que hubo desde el diluvio, inventor de ídolos, y la matanza de los profetas, y el abrasamiento de los justos. Pues aquella imagen que fue erigida por Nabucodonosor tenía una altura de sesenta codos y una anchura de seis codos; por causa de la cual

Ananías, Azarías y Misael, no adorándola, fueron arrojados al horno de fuego, profetizando, por lo que les sucedió, el abrasamiento de los justos que ha de tener lugar al fin. Pues toda aquella imagen fue prefiguración de esta venida, decretando que solo él sea adorado por absolutamente todos los hombres. Así pues, los seiscientos años de Noé, bajo quien sobrevino el diluvio a causa de la apostasía, y el número de los codos de la imagen, por causa de la cual los justos fueron arrojados al horno de fuego, significan el número del nombre de aquel en quien se recapitula toda la apostasía de seis mil años, y la injusticia, y la maldad, y la falsa profecía, y el engaño; por las cuales cosas sobrevendrá también un diluvio de fuego.

CAPÍTULO 30

El número del nombre del Anticristo es cierto; pero nada ha de afirmarse temerariamente sobre él, pues puede ajustarse a muchos nombres; y por qué no fue explicado abiertamente por el Espíritu Santo; y sobre su reinado y su muerte.

1. Siendo así estas cosas, y estando puesto este número en todas las copias antiguas, y aprobadísimas, y vetustas, y dando testimonio de él los que vieron a Juan cara a cara, y enseñándonos la razón que el número del nombre de la bestia, según el cómputo de los griegos, por las letras que hay en él, tendrá seiscientos, y sesenta, y seis, es decir, decenas iguales a centenas, y centenas iguales a unidades (pues el número seis, que es dígito, guardado igualmente, muestra las recapitulaciones de toda la apostasía, de la que hubo

al principio, y de la de los tiempos intermedios, y de la que habrá al fin), no sé cómo han errado algunos siguiendo el uso común, y han anulado el número del medio del nombre, restando cincuenta, y queriendo que en lugar de seis decenas haya una sola decena. Y esto pienso que fue falta de los copistas, como suele suceder, puesto que también los números se escriben con letras: la letra griega que expresa el número sesenta fue fácilmente extendida en la letra iota de los griegos; después, algunos lo recibieron sin examen; otros usaron con sencillez y a la manera común el número diez; pero algunos, por ignorancia, se atrevieron incluso a buscar nombres que tuvieran el número falso del error. Pero a los que hicieron esto con sencillez y sin malicia, pensamos que Dios les concede el perdón. Pero cuantos, por vanagloria, establecen nombres que contienen el número falso, y han determinado que el nombre inventado por ellos es el de aquel que ha de venir: los tales no saldrán sin daño, puesto que se han seducido a sí mismos y a los que les creen. Y el primer daño es apartarse de la verdad, y tener lo que no es como si [fuera]; y después, que para el que añade o quita de la Escritura habrá un castigo no pequeño, en el cual es necesario que incurra el que es tal. Y a los que falsamente presumen saber su nombre les sigue también otro peligro, y no uno cualquiera. Pues si estos piensan una cosa, y aquel viene teniendo otra, fácilmente serán seducidos por él, como si aún no estuviera presente aquel de quien conviene guardarse.

2. Es necesario, pues, que los tales aprendan y vuelvan al verdadero número del nombre, para no ser contados en el lugar de los falsos profetas. Pero, conociendo el número firme que ha sido anunciado por la Escritura, es decir, seiscientos sesenta y seis, aguarden primero la división del reino en diez; después, reinando aquellos y comenzando a enderezar sus asuntos y a acrecentar su reino, reconozcan que el que llegue de improviso reclamando para sí el reino, y aterrorice a los antedichos, teniendo un nombre que contiene el número dicho, es verdaderamente la abominación de la desolación. Esto dice también el Apóstol: Cuando digan: Paz y seguridad, entonces les sobrevendrá una ruina repentina (1 Tes 5,3). Y Jeremías manifestó no solo su venida repentina, sino también la tribu de la que vendrá, diciendo: Desde Dan oiremos la voz de la velocidad de sus caballos; a la voz del relincho de la carrera de sus caballos se estremecerá toda la tierra; y vendrá, y devorará la tierra y su plenitud, y la ciudad, y a los que habitan en ella (Jer 8,16). Y por eso esta tribu no es contada en el Apocalipsis entre las que se salvan.

3. Más cierto, pues, y sin peligro es aguardar el cumplimiento de la profecía que sospechar y adivinar nombres cualesquiera, ya que pueden hallarse muchos nombres que tienen el número dicho; y, no obstante, quedará esta misma cuestión. Pues si son muchos los nombres que se hallan con este número, se pregunta cuál de ellos llevará el que ha de venir. Ahora bien, no por falta de nombres que tengan el número de su nombre

decimos esto, sino por temor de Dios y celo de la verdad; pues el nombre ΕΥΑΝΘΑΣ tiene el número de que se trata; pero nada afirmamos de él. Pero también el nombre ΛΑΤΕΙΝΟΣ tiene el número seiscientos sesenta y seis; y es muy verosímil, puesto que el último reino tiene este nombre. Pues latinos son los que ahora reinan; pero no nos jactaremos de esto. Pero también TEITAN, escrita su primera sílaba con las dos vocales griegas ε y ι, es de todos los nombres que se hallan entre nosotros el más digno de crédito. Pues tiene en sí el número dicho, y es de seis letras, constando cada sílaba de tres letras; y es antiguo y apartado; pues ninguno de nuestros reyes se llamó Titán, ni ninguno de los ídolos que se adoran públicamente entre los griegos y los bárbaros tiene este nombre; y entre muchos se tiene este nombre por divino, de modo que incluso el sol es llamado Titán por los que ahora dominan; y contiene cierta ostentación de venganza y de quien inflige castigo, porque aquel finge vengar a los maltratados. Y por lo demás es un nombre antiguo, y digno de crédito, y regio, y más aún, tiránico. Aunque, pues, este nombre Titán tiene tanto que lo recomienda, con todo tiene verosimilitud, de modo que entre muchos podemos colegir que quizá se llame Titán el que ha de venir. Nosotros, sin embargo, no nos arriesgaremos en ello, ni afirmaremos aseverándolo que él ha de tener este nombre, sabiendo que, si hubiera sido necesario que su nombre se pregonase abiertamente en el tiempo presente, habría sido dado a conocer por aquel mismo que vio también el Apocalipsis. Pues

no se vio hace mucho tiempo, sino casi en nuestra época, hacia el fin del imperio de Domiciano.

4. Ahora bien, mostró este número del nombre, para que nos guardemos de él cuando venga, sabiendo quién es; pero calló su nombre, porque no es digno de ser pregonado por el Espíritu Santo. Pues si hubiera sido pregonado por él, quizá también permanecería por mucho tiempo. Pero ahora, puesto que era, y no es, y subirá del abismo, y va a la perdición (Ap 17,8), como quien no es, así tampoco ha sido pregonado su nombre; pues de lo que no es no se pregona el nombre. Pero cuando este Anticristo haya devastado todas las cosas en este mundo, reinando tres años y seis meses, y se haya sentado en el templo de Jerusalén, entonces vendrá el Señor desde los cielos sobre las nubes, en la gloria del Padre, enviando a aquel y a los que le obedecen al lago de fuego, pero trayendo a los justos los tiempos del reino, es decir, el descanso, el séptimo día santificado, y restituyendo a Abraham la promesa de la herencia: en el cual reino, dice el Señor, muchos que vendrán de oriente y de occidente se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob.

NOTA DE LA BIBLIOTECA. SOBRE LAS ALMAS DE LOS JUSTOS DESPUÉS DE LA MUERTE, LA IGLESIA ENSEÑA OTRA COSA QUE EL CAPÍTULO QUE SIGUE

Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. Son para siempre seme-

jantes a Dios, porque lo ven "tal cual es" (1 Jn 3, 2), cara a cara (cf. 1 Co 13, 12; Ap 22, 4):

«Definimos con la autoridad apostólica: que, según la disposición general de Dios, las almas de todos los santos [...] y de todos los demás fieles muertos después de recibir el Bautismo de Cristo en los que no había nada que purificar cuando murieron [...]; o en caso de que tuvieran o tengan algo que purificar, una vez que estén purificadas después de la muerte [...] aun antes de la reasunción de sus cuerpos y del juicio final, después de la Ascensión al cielo del Salvador, Jesucristo Nuestro Señor, estuvieron, están y estarán en el cielo, en el Reino de los cielos y paraíso celestial con Cristo, admitidos en la compañía de los ángeles. Y después de la muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo vieron y ven la divina esencia con una visión intuitiva y cara a cara, sin mediación de ninguna criatura» (Benedicto XII: Const. Benedictus Deus: DS 1000; cf. LG 49).

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1023; Benedicto XII, Const. Benedictus Deus: DS 1000.

CAPÍTULO 31

Se confirma la conservación de nuestros cuerpos por la muerte, la resurrección y la ascensión de Cristo; entretanto las almas de los santos aguardan aquel tiempo, para recibir la gloria perfecta y consumada.

1. Ahora bien, puesto que algunos de los que son tenidos por haber creído rectamente sobrepasan el orden del progreso de los justos e ignoran los movimientos del ejercicio para la

incorrupción, teniendo en sí pareceres heréticos: porque los herejes, despreciando la plasmación de Dios y no aceptando la salvación de su carne, y despreciando también la promesa de Dios, y sobrepasando enteramente a Dios con su entendimiento, dicen que, tan pronto como hayan muerto, sobrepasan los cielos y al Demiurgo, y van a la Madre, o a aquel que es fingido por ellos como Padre. Así pues, los que rechazan la resurrección entera, y en cuanto está en ellos la quitan de en medio, ¿qué tiene de extraño que no conozcan tampoco el orden de la resurrección, no queriendo entender que, si estas cosas fueran como dicen, el mismo Señor, en quien dicen creer, ciertamente no habría hecho su resurrección al tercer día, sino que, expirando sobre la cruz, se habría ido en seguida arriba, dejando el cuerpo a la tierra? Pero de hecho pasó tres días donde estaban los muertos, como dice de él el profeta: Se acordó el Señor de sus santos muertos, de los que se habían dormido antes en la tierra de la sepultura, y descendió a ellos, para sacarlos y salvarlos. Y el mismo Señor: Como Jonás, dice, permaneció tres días y tres noches en el vientre del monstruo marino, así estará también el Hijo del hombre en el corazón de la tierra (Mt 12,40). Y también el Apóstol dice: Y que subió, ¿qué es sino que también descendió a las partes inferiores de la tierra? (Ef 4,9) También David dijo esto, profetizando acerca de él: Y libraste mi alma del infierno inferior (Sal 86,13). Y, resucitando al tercer día, decía a María, que lo vio la primera y lo adoró: No me toques, pues aún no he subido al Padre; pero ve a

los discípulos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre (Jn 20,17).

2. Si, pues, el Señor guardó la ley de los muertos, para hacerse primogénito de entre los muertos, y permaneció hasta el tercer día en las partes inferiores de la tierra; y después, resucitando en la carne, de modo que incluso mostró a los discípulos las señales de los clavos, así subió al Padre: ¿cómo no han de quedar confundidos los que dicen que los infiernos son este mundo, que es el nuestro, y que su hombre interior, dejando aquí el cuerpo, sube al lugar supraceleste? Pues, como el Señor se fue en medio de la sombra de la muerte (Sal 23,4), donde estaban las almas de los muertos, y después resucitó corporalmente, y después de la resurrección fue elevado, es manifiesto que también las almas de sus discípulos, por causa de los cuales obró el Señor estas cosas, se irán a un lugar invisible determinado para ellas por Dios, y allí permanecerán hasta la resurrección, aguardando la resurrección; después, recibiendo los cuerpos y resucitando perfectamente, es decir, corporalmente, como también el Señor resucitó, así vendrán a la presencia de Dios. Pues no hay discípulo por encima de su maestro; pero cada uno será perfecto como su maestro (Lc 6,40). Así pues, como nuestro Maestro no se fue volando en seguida, sino que, aguardando el tiempo de su resurrección determinado por el Padre (lo cual se manifestó también por Jonás), resucitando después de tres días fue elevado, así también nosotros debemos aguardar el tiempo de nuestra resurrección determinado por Dios y

preanunciado por los profetas, y así, resucitando, ser elevados, cuantos el Señor haya tenido por dignos de esto.

NOTA DE LA BIBLIOTECA. LA IGLESIA HA RECHAZADO LA DOCTRINA DE UN REINO TERRENO DE LOS JUSTOS ANTES DEL JUICIO, QUE ENSEÑAN LOS CAPÍTULOS 32 A 36

Esta impostura del Anticristo aparece esbozada ya en el mundo cada vez que se pretende llevar a cabo la esperanza mesiánica en la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico: incluso en su forma mitigada, la Iglesia ha rechazado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de milenarismo (cf. DS 3839), sobre todo bajo la forma política de un mesianismo secularizado, "intrínsecamente perverso" (cf. Pío XI, carta enc. Divini Redemptoris, condenando "los errores presentados bajo un falso sentido místico" "de esta especie de falseada redención de los más humildes"; GS 20-21).

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 676.

CAPÍTULO 32

En la carne en que los santos padecieron aquí muchas tribulaciones recibirán los frutos de sus trabajos; sobre todo porque toda la creación lo aguarda, y Dios lo promete a Abraham y a su simiente.

1. Así pues, puesto que las mentes de algunos son llevadas por discursos heréticos, e ignoran las

disposiciones de Dios y el misterio de la resurrección de los justos y del reino, que es el principio de la incorrupción, reino por el cual los que hayan sido dignos se acostumbran poco a poco a contener a Dios, es necesario decir acerca de ellos que es preciso que los justos, los primeros, resucitando en esta creación que se renueva, en la aparición de Dios, reciban la promesa de la herencia que Dios prometió a los padres, y reinen en ella; y que después tenga lugar el juicio. Pues en la creación en que trabajaron o fueron afligidos, probados de todas maneras por la constancia, es justo que en ella reciban los frutos de la constancia; y en la creación en que fueron muertos por el amor de Dios, en ella sean vivificados; y en la creación en que soportaron la servidumbre, en ella reinen. Pues Dios es rico en todas las cosas, y todas las cosas son suyas. Es necesario, pues, que también la creación misma, reintegrada a su estado primero, sirva sin impedimento a los justos; y esto lo manifestó el Apóstol en la de los romanos, diciendo así: Pues la expectación de la creación aguarda la revelación de los hijos de Dios. Pues la creación fue sometida a la vanidad, no queriéndolo, sino por causa de aquel que la sometió, en esperanza; porque también la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción para la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom 8,19-21).

2. Así, pues, también la promesa de Dios, que prometió a Abraham, permanece firme. Pues dijo: Mira hacia arriba con tus ojos, y ve desde este lugar donde ahora estás hacia el aquilón, y el

Ábrego, y el oriente, y el mar; porque toda la tierra que tú ves te la daré a ti y a tu simiente para siempre (Gn 13,14-15). Y otra vez dice: Levántate, recorre la tierra a lo largo y a lo ancho, porque te la daré (Gn 13,17); y no recibió en ella herencia, ni siquiera la huella de un pie, sino que fue siempre peregrino y forastero en ella. Y cuando murió Sara, su mujer, queriendo los hititas darle gratuitamente un lugar para sepultarla, no quiso aceptarlo, sino que compró un sepulcro, dando cuatrocientas didracmas de plata, a Efrón hijo de Seor, el hitita; aguardando la promesa de Dios, y no queriendo parecer que recibía de los hombres lo que Dios le había prometido dar, diciéndole de nuevo así: A tu simiente daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates (Gn 15,18). Si, pues, Dios le prometió la herencia de la tierra, y no la recibió en toda su peregrinación, es necesario que la reciba con su simiente, es decir, con los que temen a Dios y creen en él, en la resurrección de los justos.

Y su simiente es la Iglesia, que recibe por el Señor la adopción para con Dios, como decía Juan el Bautista: Porque poderoso es Dios para suscitar de las piedras hijos de Abraham (Lc 3,8). Y también el Apóstol dice en la de los gálatas: Pero vosotros, hermanos, sois hijos de la promesa según Isaac (Gál 4,28). Y otra vez, en la misma, dice manifiestamente que los que creyeron en Cristo reciben a Cristo, la promesa de Abraham, diciendo así: A Abraham fueron dichas las promesas, y a su simiente. Y no dice: Y a las simientes, como de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente,

que es Cristo (Gál 3,16). Y otra vez, confirmando lo dicho, dice: Como Abraham creyó a Dios, y le fue contado para justicia. Sabéis, pues, que los que son de la fe, esos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios justifica a las naciones por la fe, preanunció a Abraham que en ti serán bendecidas todas las naciones. Así, los que son de la fe serán bendecidos con el fiel Abraham (Gál 3,6-9). Así, pues, los que son de la fe serán bendecidos con el fiel Abraham, y estos son los hijos de Abraham. Ahora bien, Dios prometió la herencia de la tierra a Abraham y a su simiente; y ni Abraham ni su simiente, es decir, los que son justificados por la fe, toman ahora en ella la herencia; pero la recibirán en la resurrección de los justos. Pues Dios es verdadero y firme; y por eso llamaba bienaventurados a los mansos, porque ellos heredarán la tierra (Mt 5,5).

CAPÍTULO 33

Confirma su tesis con las promesas en que Cristo se comprometió a beber de la generación de la vid en el reino del Padre, y prometió a la vez la recompensa del ciento por uno y los banquetes; lo cual también había presignificado mucho antes la bendición de Jacob, como lo interpretaron Papías y los ancianos.

1. Por esto, viniendo a la Pasión, para anunciar a Abraham y a los que están con él la buena nueva de la apertura de la herencia, habiendo dado gracias, tomando el cáliz, y habiendo bebido de él y habiéndolo dado a los discípulos, les decía: Bebed de él todos. Esta es mi sangre del Nuevo

Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé de la generación de esta vid hasta aquel día en que la beba nueva con vosotros en el reino de mi Padre (Mt 26,27-29). Ciertamente él mismo renovará la herencia de la tierra, y reintegrará el misterio de la gloria de los hijos; como dice David: El que renovó la faz de la tierra (Sal 104,30). Prometió beber de la generación de la vid con sus discípulos, mostrando ambas cosas: la herencia de la tierra, en la que se bebe la nueva generación de la vid, y la resurrección carnal de sus discípulos. Pues la carne que resucita nueva es la misma que recibió también la copa nueva. Ni puede entenderse que, establecido arriba en un lugar supraceleste con los suyos, beba de la generación de la vid; ni tampoco carecen de carne los que la beben: pues propia de la carne, y no del espíritu, es la bebida que se recibe de la vid.

2. Y por esto decía el Señor: Cuando des una comida o una cena, no invites a los ricos, ni a los amigos, y vecinos, y parientes, no sea que ellos a su vez te inviten, y recibas de ellos recompensa; pero invita a los cojos, a los ciegos, a los mendigos, y serás bienaventurado, porque no tienen con qué recompensarte: porque se te recompensará en la resurrección de los justos (Lc 14,12-14). Y otra vez dice: Quien haya dejado campos, o casas, o padres, o hermanos, o hijos por mí, recibirá el ciento por uno en este siglo, y en el venidero heredará la vida eterna (Mt 19,29). Pues ¿qué son en este siglo el ciento por uno, y las comidas ofrecidas a los pobres, y las cenas que se pagan?

Estas cosas son en los tiempos del reino, es decir, en el séptimo día, que está santificado, en el cual descansó Dios de todas las obras que hizo, que es el verdadero sábado de los justos, en el cual no harán ninguna obra terrena, sino que tendrán junto a sí una mesa preparada por Dios, que los apacentará con toda clase de manjares.

3. Como también lo contiene la bendición de Isaac, con la que bendijo a su hijo menor Jacob: He aquí, dice, el olor de mi hijo, como olor de un campo lleno que Dios ha bendecido (Gn 27,27). Y el campo es el mundo (Mt 13,38); y por eso añadió: Te dé Dios del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra, abundancia de trigo y de vino. Y sírvante las naciones, y adórente los príncipes, y sé señor de tu hermano, y te adorarán los hijos de tu padre. El que te maldiga será maldito, y el que te bendiga será bendito (Gn 27,28-29). Así pues, si alguno no toma estas cosas como referidas a lo predeterminado del reino, caerá en grande contradicción y contrariedad, como los judíos, que, cayendo en ella, se encuentran en toda aporía. Pues no solo en esta vida no sirvieron las naciones a este Jacob; sino que, incluso después de la bendición, él mismo, partiendo, sirvió a su tío Labán el sirio durante veinte años; y no solo no fue hecho señor de su hermano, sino que él mismo adoró a Esaú, su hermano, cuando volvió de Mesopotamia a su padre, y le ofreció muchos dones. ¿Y cómo heredó aquí abundancia de trigo y de vino este que, a causa del hambre que hubo en la tierra en que habitaba, emigró a Egipto, sometido al Faraón, que entonces reinaba en Egipto? Así pues, la ben-

dición predicha pertenece sin contradicción a los tiempos del reino, cuando reinarán los justos resucitando de entre los muertos; cuando también la creación, renovada y liberada, producirá abundancia de toda clase de alimento, del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra; como recuerdan los presbíteros, que vieron a Juan, el discípulo del Señor, que oyeron de él cómo enseñaba el Señor acerca de aquellos tiempos, y decía: «Vendrán días en los que nacerán viñas que tendrán cada una diez mil sarmientos, y en un sarmiento diez mil ramas, y en un sarmiento diez mil vástagos, y en cada vástago diez mil racimos, y en cada racimo diez mil granos, y cada grano, exprimido, dará veinticinco metretas de vino. Y cuando alguno de los santos tome uno de esos racimos, otro gritará: "Yo soy mejor racimo, tómame, bendice al Señor por mí"». Del mismo modo, que también un grano de trigo producirá diez mil espigas, y cada espiga tendrá diez mil granos, y cada grano cinco libras dobles de flor de harina clara y limpia; y los demás frutos, y las simientes, y la hierba, en la proporción que les corresponde; y que todos los animales, usando de esos alimentos que se toman de la tierra, se volverán pacíficos y concordes entre sí, sometidos a los hombres con toda sujeción.

4. Estas cosas las atestigua también por escrito Papías, oyente de Juan, compañero de Policarpo, hombre antiguo, en el cuarto de sus libros; pues compuso cinco libros. Y añadió diciendo: «Pero estas cosas son creíbles para los que creen». Y que, «cuando Judas el traidor», dice, «no creía, y preguntaba: "¿Cómo, pues, serán llevadas a

cabo por el Señor tales producciones?"», el Señor dijo: «Lo verán los que lleguen a ellas». Profetizando, pues, estos tiempos, dice Isaías: Y pacerá el lobo con el cordero, y el leopardo reposará con el cabrito, y el becerro, y el toro, y el león pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá. Y el buey y el oso pacerán juntos, y sus crías estarán juntas; y el león y el buey comerán paja. Y el niño de pecho meterá la mano en la cueva de los áspides y en la guarida de las crías de los áspides, y no harán daño, ni podrán destruir a nadie en mi monte santo (Is 11,6-9). Y otra vez, recapitulando, dice: Entonces los lobos y los corderos pacerán juntos, y el león comerá paja como el buey, y la serpiente tierra como pan; y no dañarán ni vejarán en mi monte santo, dice el Señor (Is 65,25). Y no ignoro que algunos intentan trasladar estas cosas a los fieros, que, de diversas naciones y de variadas obras, creen, y, cuando han creído, concuerdan con los justos. Pero aunque esto suceda ahora en algunos hombres, que de diversas naciones vienen a un solo parecer de la fe, no obstante, en la resurrección de los justos sucederá así con aquellos animales, como se ha dicho: pues Dios es rico en todas las cosas. Y es necesario que, restablecida la creación, todos los animales obedezcan y estén sometidos al hombre, y vuelvan al primer alimento dado por Dios (como, en efecto, estaban sometidos a Adán en la obediencia), el fruto de la tierra. Por otra parte, no es posible mostrar ahora un león que se alimente de paja. Pero esto significaba la grandeza y la grosura de los frutos. Pues si el león, animal, se alimenta de paja, ¿cómo será el

trigo mismo, cuya paja será alimento apropiado para los leones?

CAPÍTULO 34

Cierra su parecer sobre el reino temporal y terreno de los santos después de la resurrección con diversos testimonios de Isaías, Ezequiel, Jeremías y Daniel, y con la parábola de los siervos vigilantes, a quienes el Señor promete que los servirá.

1. El mismo Isaías anunció manifiestamente que tal gozo habrá en la resurrección de los justos, diciendo así: Resucitarán los muertos, y se levantarán los que están en los sepulcros, y se alegrarán los que están en la tierra. Porque el rocío que viene de ti es salud para ellos (Is 26,19). Esto mismo dice también Ezequiel: He aquí que yo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de vuestros sepulcros, cuando saque de los sepulcros a mi pueblo; y daré el Espíritu en vosotros, y viviréis; y os pondré sobre vuestra tierra, y conoceréis que yo soy el Señor (Ez 37,12-14). Y otra vez el mismo dice así: Esto dice el Señor: Reuniré a Israel de entre todas las naciones adonde fueron dispersados, y seré santificado en ellos a la vista de los hijos de las naciones; y habitarán sobre su tierra, la que di a mi siervo Jacob, y habitarán sobre ella en esperanza, y edificarán casas, y plantarán viñas, y habitarán en esperanza, cuando haga juicio sobre todos los que los deshonraron, sobre los que están en torno a ellos; y conocerán que yo soy el Señor, su Dios, y el Dios de sus padres (Ez 28,25-26). Ahora bien, mostramos poco antes que la Iglesia es la simiente de Abraham; y por eso, para que sepamos que

en el Nuevo Testamento, después del Antiguo, el que reunirá de entre todas las naciones a los que se salvarán estará suscitando de las piedras hijos de Abraham, dice Jeremías: He aquí que vienen días, dice el Señor, y ya no dirán: Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel del aquilón y de toda región adonde habían sido expulsados; los restituirá a su tierra, la que dio a sus padres (Jer 23,7-8).

2. Puesto que toda la creación, según la voluntad, será para incremento y crecimiento, para que lleve y nutra tales frutos, dice Isaías: Y habrá sobre todo monte alto y sobre toda colina elevada agua que corre en aquel día, cuando perecerán muchos, cuando caerán los muros. Y la luz de la luna será como la luz del sol, siete veces la del día, cuando sane la quebradura de su pueblo, y sane el dolor de su herida (Is 30,25-26). Ahora bien, el dolor de la herida es aquella por la que fue herido el hombre al principio, desobediente en Adán, es decir, la muerte, que sanará Dios resucitándonos de entre los muertos y restituyéndonos a la herencia de los padres, como dice de nuevo Isaías: Y estarás confiado en el Señor, y te hará entrar sobre toda la tierra, y te alimentará con la herencia de Jacob, tu padre (Is 58,14). Esto es lo que fue dicho por el Señor: Bienaventurados aquellos siervos a los que el Señor, al venir, encuentre vigilando. En verdad os digo que se ceñirá, y los hará recostarse, y, pasando, les servirá. Y si viene en la vigilia de la tarde, y los encuentra así, bienaventurados son, porque los hará recostarse y les servirá; ya sea en la segunda, ya en la tercera, bienaventurados son

(Lc 12,37-38). Y esto mismo dice también Juan en el Apocalipsis: Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección (Ap 20,6). Y también anunció Isaías el tiempo en que sucederán estas cosas: Y dije, dice, ¿Hasta cuándo, Señor? Hasta que las ciudades queden desoladas, sin ser habitadas, y las casas sin que haya hombres, y la tierra será dejada desierta. Y después de esto Dios nos alejará a nosotros, los hombres, y los que queden se multiplicarán sobre la tierra (Is 6,11-12). Y también Daniel dice esto mismo: Y el reino, y la potestad, y la grandeza de las cosas que están bajo el cielo fue dado a los santos del Dios altísimo, y su reino es sempiterno, y todos los principados le servirán y le obedecerán (Dan 7,27). Y para que no se piense que la promesa dicha es para este tiempo, se dijo al profeta: Y tú ven, y permanece en tu suerte en la consumación de los días (Dan 12,13).

3. Y puesto que las promesas eran anunciadas no solo a los profetas y a los padres, sino también a las iglesias congregadas de entre las naciones, a las que el Espíritu llama también islas, porque están puestas en medio de la turbulencia, y soportan la tempestad de las blasfemias, y son puerto salvador para los que peligran, y son refugio de los que aman la altura y tratan de huir de Bythus, es decir, de la profundidad del error, dice así Jeremías: Oíd la palabra del Señor, naciones, y anunciadla a las islas que están lejos; decid que Dios aventará a Israel, lo congregará y lo guardará, como el que apacienta el rebaño de sus ovejas; porque el Señor redimió a Jacob, y lo arrancó de

la mano del que era más fuerte que él. Y vendrán, y se alegrarán en el monte Sion, y vendrán a los bienes, y a la tierra del trigo, y del vino, y de los frutos, y de los animales, y de las ovejas; y su alma será como árbol fructífero, y no tendrán ya hambre. Y entonces se alegrarán las vírgenes en la reunión de los jóvenes, y los ancianos se alegrarán; y convertiré su luto en gozo, y los pondré en exultación, y los engrandeceré, y embriagaré el alma de los sacerdotes, hijos de Leví; y mi pueblo será colmado de mis bienes (Jer 31,10-14). Ahora bien, mostramos en el libro precedente que levitas y sacerdotes son todos los discípulos del Señor, que también profanaban el sábado en el templo y están sin culpa. Así pues, tales promesas significan del modo más manifiesto el banquete de esta creación en el reino de los justos, que Dios promete que él mismo servirá.

4. Además, acerca de Jerusalén y del que reina en ella, dice Isaías: Esto dice el Señor: Bienaventurado el que tiene simiente en Sion, y familiares en Jerusalén. He aquí que un rey justo reinará, y los príncipes gobernarán con juicio (Is 31,9-32,1). Y acerca de la preparación con que será reedificada, dice: He aquí que yo te prepararé piedra de carbunclo, y tus cimientos de zafiro, y pondré tus almenas de jaspe, y tus puertas de piedra de cristal, y tu cerco de piedras escogidas, y a todos tus hijos enseñados por Dios, y a tus hijos en mucha paz; y en justicia serás edificada (Is 54,11-14). Y otra vez el mismo dice: He aquí que yo hago a Jerusalén exultación, y a mi pueblo; y ya no se oirá en ella voz de llanto, ni voz de clamor;

ni habrá ya allí malogrado, ni anciano que no cumpla su tiempo. Pues el joven será de cien años; pero el pecador que muera será de cien años, y será maldito. Y edificarán casas, y ellos mismos las habitarán; y plantarán viñas, y ellos mismos comerán sus frutos, y beberán el vino. Y no edificarán ellos y habitarán otros; ni plantarán ellos y comerán otros. Pues según los días del árbol de la vida serán los días del pueblo en ti; pues las obras de sus trabajos envejecerán (Is 65,18-22).

CAPÍTULO 35

Sostiene que los testimonios anteriores no pueden entenderse por alegoría solo de los bienes celestiales, sino que han de cumplirse después de la venida del Anticristo y de la resurrección, en la Jerusalén terrena; y a las profecías anteriores añade otras de Isaías, Jeremías y el Apocalipsis de Juan.

1. Pero si algunos intentan alegorizar estas cosas, que son de esta clase, no podrán hallarse concordes consigo mismos en todo, y serán refutados por las mismas expresiones que difieren, puesto que cuando hayan sido desoladas las ciudades de las naciones, y que no sean habitadas, y las casas, porque no hay hombres, y la tierra será dejada desierta; pues he aquí, dice Isaías, que el día del Señor viene, insanable, lleno de furor y de ira, para dejar desierta la ciudad de la tierra, y para destruir de ella a los pecadores (Is 6,11; 13,9). Y otra vez dice: Sea quitado, para que no vea la gloria del Señor (Is 26,10); y cuando estas cosas se hayan hecho, Dios, dice, alejará a los hombres, y

los que queden se multiplicarán sobre la tierra. Y edificarán casas, y ellos mismos las habitarán, y plantarán viñas, y ellos mismos comerán de ellas (Is 6,12; 65,21). Pues todas estas otras cosas se dijeron sin controversia de la resurrección de los justos, que tiene lugar después de la venida del Anticristo y de la perdición de todas las naciones que están bajo él, en la cual reinarán los justos en la tierra, creciendo por la visión del Señor, y por él se acostumbrarán a contener la gloria de Dios Padre, y recibirán en el reino el trato y la comunión con los santos ángeles, y la unidad de los espirituales; y de aquellos a quienes el Señor encontrará en la carne, esperándolo desde los cielos, que han padecido la tribulación y han escapado también de las manos del inicuo. Y ellos son aquellos de quienes dice el profeta: Y los que queden se multiplicarán sobre la tierra.

Y a cuantos de los creyentes preparó Dios para esto, para multiplicar a los que queden sobre la tierra, y para estar bajo el reino de los santos, y para servir a esta Jerusalén y al reino en ella, lo significó el profeta Jeremías, diciendo: Mira en torno hacia el oriente, Jerusalén, y ve la alegría que te llega del mismo Dios. He aquí que vendrán tus hijos, a los que enviaste; vendrán reunidos desde el oriente hasta el occidente por la palabra de aquel Santo, gozándose en la claridad que viene de tu Dios. Despójate, Jerusalén, del vestido de luto y de tu aflicción, y vístete el decoro de la claridad que viene de tu Dios para siempre; rodéate del manto doble de la justicia que viene de tu Dios; pon sobre tu cabeza la mitra de la gloria

eterna. Pues Dios mostrará tu fulgor a todo lo que está bajo el cielo. Pues tu nombre será llamado por el mismo Dios para siempre: Paz de la justicia y de la gloria para el que adora a Dios. Levántate, Jerusalén, y ponte en lo alto, y mira en torno hacia el oriente, y ve a tus hijos reunidos desde la salida del sol hasta el occidente por la palabra de aquel Santo, gozándose en el mismo recuerdo de Dios. Pues salieron de ti a pie, mientras eran llevados por los enemigos. Dios te los traerá, llevados con gloria como trono del reino. Pues Dios ha decretado que se abaje todo monte elevado, y los montones eternos, y que se llenen los valles, para allanar la llanura de la tierra, a fin de que Israel camine seguro en la gloria de Dios. Y los bosques tejieron sombras, y todo árbol de buen olor, para el mismo Israel, por precepto de Dios. Pues Dios irá delante con alegría, a la luz de su claridad, con la misericordia y la justicia que vienen de él (Bar 4,36-5,9).

2. Pero todas estas cosas no pueden entenderse de las regiones supracelestes: Pues Dios, dice, mostrará tu fulgor a todo lo que está bajo el cielo; sino de los tiempos del reino, restablecida la tierra por Cristo y reedificada Jerusalén según el sello de la Jerusalén de arriba, de la cual dice el profeta Isaías: He aquí que en mis manos he pintado tus muros, y estás siempre en mi presencia (Is 49,16). Y también el Apóstol, escribiendo a los gálatas, dice de modo semejante: Pero aquella Jerusalén que está arriba es libre, la cual es madre de todos nosotros (Gál 4,26); no diciendo esto del pensamiento de un Eón errante, ni de algún

Poder que se apartó del Pleroma, y de Prunicus; sino de la Jerusalén que está dibujada en las manos. Y Juan la vio en el Apocalipsis descendiendo sobre la tierra nueva. Pues después de los tiempos del reino, vi, dice, un gran trono blanco, y al que estaba sentado en él, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo, y no hay lugar para ellos (Ap 20,11). Y expone ya las cosas que son de la resurrección general y del juicio, diciendo que vio a los muertos, grandes y menores. El mar, dice, entregó los muertos que tenía en sí, y la muerte y los infiernos entregaron los muertos que tenían consigo, y los libros fueron abiertos. Y también fue abierto, dice, el libro de la vida, y los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros, según sus obras; y la muerte y los infiernos fueron arrojados al lago de fuego, la segunda muerte (Ap 20,12-14). Y esto es lo que se llama gehena, a lo que el Señor llamó fuego eterno. Y si alguno, dice, no fue hallado inscrito en el libro de la vida, fue arrojado al lago de fuego (Ap 20,15).

Y después de esto dice: Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Pues el primer cielo y la tierra se fueron; y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descendiendo del cielo, preparada como esposa adornada para su marido. Y oí, dice, una gran voz desde el trono que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos, y ellos serán sus pueblos, y el mismo Dios con ellos será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte ya no existirá, ni luto, ni clamor, ni habrá ya más dolor, porque las primeras cosas pasaron (Ap 21,1-4). Y

también Isaías dice esto mismo: Pues habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, y no se acordarán de lo anterior, ni les vendrá al corazón; sino que hallarán en ella alegría y exultación (Is 65,17-18). Y esto es lo que fue dicho por el Apóstol: Pues pasa el aspecto de este mundo (1 Cor 7,31). Y de modo semejante dice también el Señor: La tierra y el cielo pasarán (Mt 24,35).

Así pues, pasando estas cosas sobre la tierra, dice Juan, el discípulo del Señor, que la nueva Jerusalén de arriba desciende, como esposa adornada para su marido; y que este es el tabernáculo de Dios, en el cual habitará Dios con los hombres. De esta Jerusalén es imagen aquella Jerusalén que está en la tierra primera, en la cual los justos se ejercitan de antemano en la incorrupción y son preparados para la salvación. Y el tipo de este tabernáculo lo recibió Moisés en el monte; y nada puede alegorizarse, sino que todas las cosas son firmes, y verdaderas, y tienen sustancia, hechas por Dios para el goce de los hombres justos. Pues como verdaderamente es Dios el que resucita al hombre, así también verdaderamente resucita el hombre de entre los muertos, y no alegóricamente, como lo hemos mostrado con tantas cosas. Y así como verdaderamente resucita, así también verdaderamente se ejercitará de antemano en la incorrupción, y crecerá, y florecerá en los tiempos del reino, para hacerse capaz de la gloria del Padre. Después, renovadas todas las cosas, habitará verdaderamente en la ciudad de Dios. Pues dijo, dice, el que estaba sentado sobre el trono: He aquí que hago nuevas todas las cosas. Y dice el Señor:

Escribe todas las cosas, porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Están hechas (Ap 21,5-6). Y con razón.

CAPÍTULO 36

Los hombres serán verdaderamente resucitados, y el mundo no será destruido del todo: pero habrá diversas moradas de los santos según la dignidad de cada uno, y todas las cosas serán sometidas a Dios Padre: y así será todo en todos.

1. Pues, siendo los hombres verdaderos, es necesario que sea verdadera también su plantación, y que no se pierda en lo que no es, sino que progrese en lo que es. Pues no es destruida ni la sustancia ni la materia de la creación (pues verdadero y firme es el que la estableció); sino que pasa la figura de este mundo (1 Cor 7,31), es decir, las cosas en las que se cometió la transgresión; porque el hombre envejeció en ellas. Y por eso esta figura fue hecha temporal, conociéndolo Dios todo de antemano; como hemos mostrado en el libro anterior a este, y mostramos, en cuanto fue posible, la causa de la fabricación de las cosas temporales del mundo. Y, pasando esta figura, y renovado el hombre, y floreciente para la incorrupción, de modo que ya no pueda envejecer, habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, en los cuales perdurará el hombre nuevo, conversando siempre cosas nuevas con Dios. Y porque estas cosas perdurarán siempre sin fin, dice Isaías: Pues como el cielo nuevo y la tierra nueva que yo hago perduran en mi presencia, dice el Señor, así permanecerá vuestra simiente y vuestro nombre

(Is 66,22). Y, como dicen los presbíteros, entonces los que hayan sido dignos del modo de vida en los cielos pasarán allá, es decir, a los cielos; otros gozarán con seguridad de las delicias del paraíso; y otros poseerán la hermosura de la ciudad: pero en todas partes será visto Dios, y según sean dignos los que lo vean.

2. Y que existe esta diferencia de morada entre los que fructificaron al ciento, y los que al sesenta, y los que al treinta: de los cuales unos serán elevados al cielo, otros vivirán en el paraíso, otros habitarán en la ciudad; y que por esto dijo el Señor que hay muchas moradas junto al Padre. Pues todas las cosas son de Dios, que da a todos la morada que les conviene; como dice su Verbo, que a todos les ha sido repartido por el Padre según cada uno es digno, o lo será. Y este es el triclinio en el que se recostarán los que banquetean, llamados a las bodas. Que esta pertenece al orden y a la disposición de los que se salvan, dicen los presbíteros, discípulos de los apóstoles, y que por tales grados avanzan, y que suben por el Espíritu [al] Hijo, y por el Hijo al Padre; el Hijo cediendo después su obra al Padre, como también fue dicho por el Apóstol: Porque es necesario que él reine hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies. La muerte, último enemigo, será destruida (1 Cor 15,25-26). Pues en los tiempos del reino el hombre justo, estando sobre la tierra, olvidará ya el morir. Pero cuando diga, dice, Todas las cosas están sometidas, evidentemente excepto aquel que sometió todas las cosas. Y cuando le hayan sido sometidas todas las cosas, entonces el mis-

mo Hijo estará sometido a aquel que le sometió todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (1 Cor 15,27-28).

3. Con cuidado, pues, previó Juan la primera resurrección de los justos y la herencia de la tierra en el reino; y concordemente profetizaron también acerca de ella los profetas. Pues también el Señor enseñó estas cosas, prometiendo que tendría nueva la mezcla del cáliz en el reino con los discípulos. Y también el Apóstol confesó que la creación será libre de la servidumbre de la corrupción, para la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Y en todas estas cosas, y por todas, se muestra el mismo Dios Padre, que plasmó al hombre, y prometió a los padres la herencia de la tierra, que la sacó a luz en la resurrección de los justos, y cumple las promesas para el reino de su Hijo; concediendo después paternalmente aquellas cosas que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni subieron al corazón del hombre (1 Cor 2,9). Pues uno es el Hijo, que cumplió la voluntad del Padre; y uno el género humano, en el cual se cumplen los misterios de Dios, a quien desean ver los ángeles (1 Pe 1,12), y no alcanzan a escrutar la sabiduría de Dios, por la cual su hechura, conformada y concorporada al Hijo, es llevada a la perfección: para que su progenie, el primogénito Verbo, descienda a la cosa hecha, es decir, a la hechura, y sea contenido por ella; y la cosa hecha a su vez contenga al Verbo, y ascienda a él, sobrepasando a los ángeles, y será hecha según la imagen y semejanza de Dios.